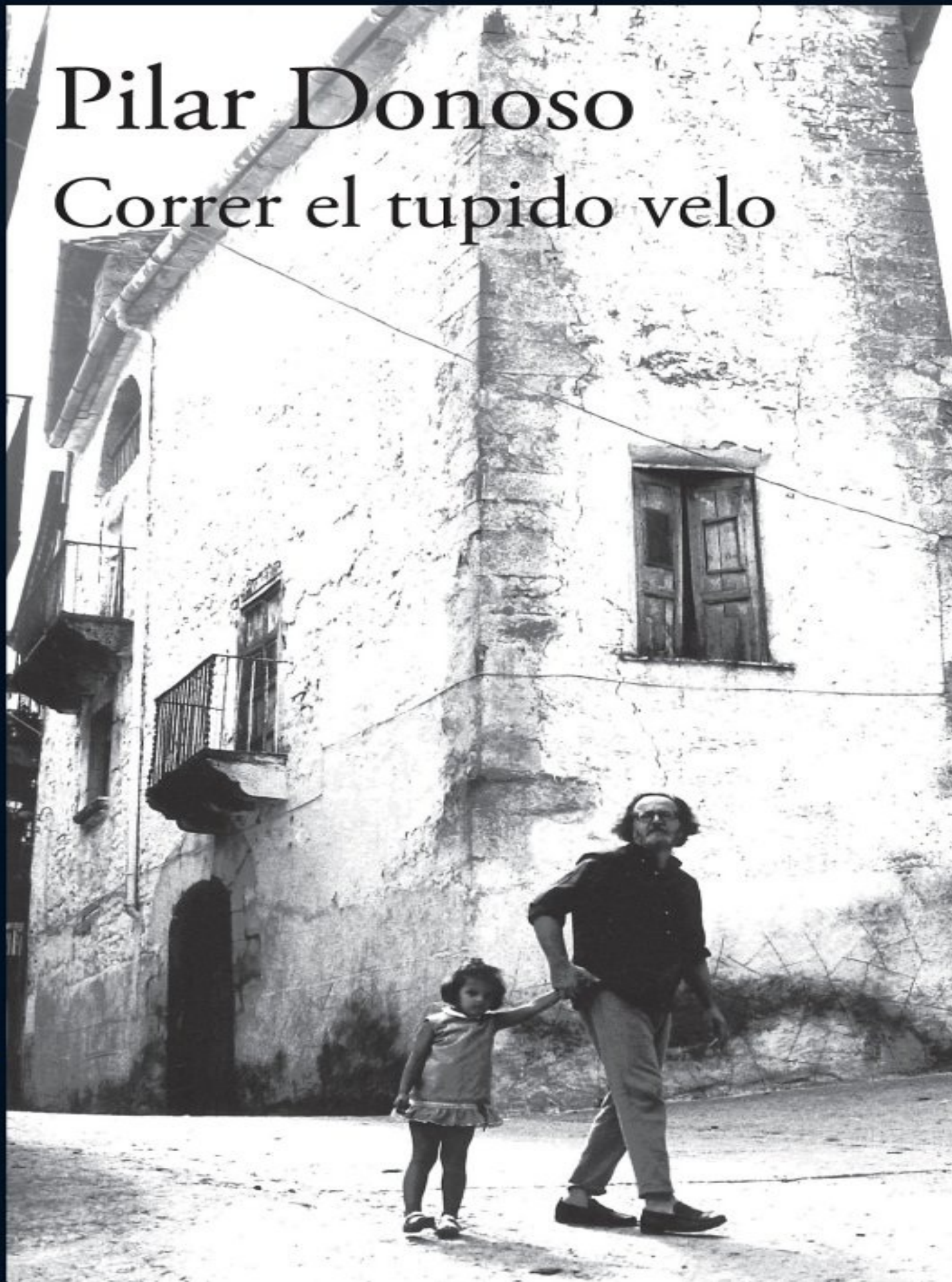


ALFAGUARA

# Pilar Donoso

## Correr el tupido velo

Narrativa Hispánica



## Índice

Cubierta

¿Quién escribió a quién?

Palabras preliminares

I. Correr el tupido velo

Santiago de Chile, 1961-1964

Iowa, 1965-1967

Lisboa, 1967

Pollensa, España, 1968-1969

Barcelona-Vallvidrera, 1969-1971

Calaceite, 1971-1974

Princeton, 1975

Sitges, 1976-1978

Madrid, 1978-1980

II. El retorno

Santiago de Chile, 1981

El psicoanálisis

El maestro

La enfermedad

Bibliografía

Agradecimientos

Notas

Créditos

*Escribir este libro tuvo grandes consecuencias  
para mí, pérdidas irreparables y,  
seguramente, habrá más. Es por ello que,  
como continuidad de mi historia, se lo  
dedico a mis hijos: Natalia, Clara y Felipe.*

## ¿Quién escribió a quién?

Cecilia García-Huidobro Mc.

De tarde en tarde la literatura nos asombra con historias de autores que han escrito un libro extraordinario, solo uno para luego, por las más diversas razones, refugiarse en el silencio. Pienso en *Matar un ruiseñor* de Harper Lee, *La conjura de los necios* de John Kennedy Toole o *El gatopardo* de Lampedusa. Obras reconocidas como maestras que son lecturas ineludibles para sucesivas generaciones, mientras estudiosos se cabecean preguntándose cómo se escribe un libro con tal potencia y madurez a la primera. Así, de una vez y para siempre. Eso es, ni más ni menos, lo que hizo Pilar Donoso. No sé si exista otro caso así en la literatura chilena. *Correr el tupido velo* es uno de los poquísimos títulos que podría estar en esa galería de escritores que desafían todas las leyes de la escritura.

Desde la aparición de *Correr el tupido velo* en 2009 la crítica reconoció su valor. Se habló de «un libro notable en su dolor y en su honestidad». Se destacó que «posee un valor literario insospechado»; se dijo que era una historia descarnada, franca, y «por contradictorio que esto parezca, un libro de amor: amor salpicado por el odio...». Comentarios que no hicieron otra cosa que anticipar la sólida y contundente recepción que luego tendría fuera de Chile. Esta biografía no es como ninguna otra, anota la española Rosa Montero: «He leído muchas, porque es un género que me encanta, pero me resulta difícil recordar otro texto tan desnudo como este.»

Me gusta el término desnudo. Quizás esa sea *el y lo* sustantivo de este relato. Estamos habituados a que una narración, sobre todo si aspira a retratar

una vida y una época, vaya vistiéndose a través de la suma de datos, miradas, perspectivas. Pilar Donoso sigue el camino contrario: extrae las capas exteriores y despeja maquillajes en busca de esa esquiva esencia que apenas es posible vislumbrar —o adivinar sería más apropiado decir— entre fisuras y sombras que han sido despojadas de sus más asfixiantes velos.

Más sorprendente aún es que Pilar Donoso consigue esta hazaña con un relato que está estructurado de forma originalísima haciendo difícil su clasificación: no es una novela aunque sea lea como tal, no es una biografía aunque aborda la historia de sus padres, no es autobiografía aunque se muestra hasta quedar en carne viva. Es eso y más. Porque tal vez lo que haya conseguido su autora sin buscarlo sea algo parecido a armonizar los contrarios. Poner el foco en la contradicción como el principal motor de vida.

*Correr el tupido velo* es una obra coral en la que la mirada de Pilar converge con las voces de sus padres a través de sus diarios y cartas. Como en la Comala de Juan Rulfo —un autor gravitante en la obra de José Donoso aunque no se haya destacado lo suficiente—, aquí los muertos hablan para dejar en evidencia sus relaciones más desgarradoras en clave road movie además, puesto que seguimos a esta peculiar familia en movimiento de un lugar a otro. Más de diez domicilios en menos de veinte años a lo que hay que sumar un desplazamiento existencial que los hace explorar y explorarse entre ellos a ratos de forma obsesiva. Y aunque hay tres voces protagónicas que nunca desentonan, este texto es antes que nada una historia personalísima, la de Pilar Donoso, historia que solo ella pudo haber escrito con esta lucidez, buena pluma y una dosis profunda de humanidad.

La extraordinaria acogida que *Correr el tupido velo* tuvo desde el primer día en Chile, y luego en España y algunos países de Latinoamérica, no significó que las cosas se volvieran fáciles para la autora. Se solía hablar de su obra como polémica, cuando se la presentaba no era suficiente decir que era su hija —se subrayaba que era adoptada— y, como si esto fuera poco, se

le preguntó una y otra vez qué sentía al leer los diarios de su padre, especialmente los pasajes más duros que reprodujo en el libro.

Porque entre tantas adversidades, Pilar tuvo que lidiar con esa suspicacia chilena de -cómo-puede-haber-escrito-ella-un-libro aplaudido por la crítica o un oblicuo cómo-es posible-que-publique-cuestiones-personales... Trasgredió un código social que opera de forma tácita pero eficiente en este país: hay cosas de las que sencillamente no se habla. Nada de trapitos al sol ni menos ocuparse de temas como el alcoholismo, la adopción o la homosexualidad. En una sociedad proclive al eufemismo y al cinismo, con una manía de ser perpetuamente el guardián del otro al decir de Benjamín Subercaseaux, descorrer velos como lo hizo Pilarcita —nótese el diminutivo descalificador—, tiene un alto costo. Pilar Donoso no solo lo experimentó sino que tuvo que pagarlo. Se sintió sola, desprotegida. Tuvo que soportar desconfianzas, burlas, suspicacias, cuestión que se encargó de explicitar en la dedicatoria: «Escribir este libro tuvo grandes consecuencias para mí, pérdidas irreparables y, seguramente, habrá más. Es por ello que, como continuidad de mi historia, se lo dedico a mis hijos: Natalia, Clara y Felipe.»

Pilar se casó en 1986 a los diecinueve años. Por diversos motivos, ese debió ser un año singular para José Donoso. Para empezar porque la perturbadora experiencia de regresar a Chile en plena dictadura, cinco años antes, había cuajado por fin en una novela cuyo título ya anticipa su perplejidad, *La desesperanza*, que publicó en medio del gris y doblemente oscuro invierno santiaguino. También ese año, unos meses después, Pinochet salió ileso de un atentado. Un plan perfecto que rebotó contra el azar y ciertos errores dejando al dictador sano y salvo y con un halo de intocabilidad. La impresión de que el general estaría para siempre en el poder dotó de mayor reverberación a su reciente novela y muy especialmente a su título. Pero ese 1986, tan cargado, en realidad para él será significativo sobre todo por el matrimonio de Pilar, su Pilarcita, que se casa con su primo hermano. Como

escribe Pilar en este libro, Pepe había regresado en buena medida para «crear una conexión entre su historia familiar y yo, su hija española». Y resultó que ahora la tribu resolvía esa inquietud de modo literal, como si todo hubiera vuelto atrás, recurriendo a los usos o hábitos de sus ancestros talquinos. Para ella, que era hija única y que carecía de tíos y primos maternos porque su madre también era hija única, su casamiento transformó a sus parientes también en su familia política. La jaula afectiva parece haber quedado cerrada por dentro.

Quizás por ello y tal como Pilar anticipó, hubo más consecuencias tras la publicación de *Correr el tupido velo*. Pero era valiente y de una autenticidad impresionante y no quiso desatender la necesidad de iniciar ese arduo viaje tras las señas de su identidad: «En cada página, sin darme cuenta, me encontré también conmigo; tuve que reestructurarme una y mil veces frente a lo allí escrito, ante el desconcierto, el dolor, el amor, el miedo, el odio... Pero de entre esas miles de páginas me rescaté a mí misma y quizás, finalmente, también supe quién soy...».

Dos años después de su publicación, Pilar Donoso se quitó la vida. No tardaron en aparecer hipótesis sobre su suicidio. Opinadores que en vez de sobrecogerse frente a su abismal decisión, exponían teorías o desplegaban todo tipo de suposiciones, sin respetar que, como escribió otra suicida, la gran Sylvia Plath, «morir / es un arte, como todo lo demás», y que el suicidio se prepara en el silencio del corazón, en palabras de Camus.

A diez años de su primera edición, la lectura de *Correr el tupido velo* conserva el conmovedor impacto que solo logran las obras que se internan en el corazón de las incertidumbres. Ahora que la autora no está y por tanto no hay cómo alimentar la sed de morbo, cuando las entrevistas no pueden indagar en las anécdotas y episodios biográficos que dieron origen a este libro, el texto se sostiene en sí mismo. Me corrijo, *Correr el tupido velo* no solo se sostiene. Estos diez años han contribuido a dejar claro que se trata de

un relato que forma parte del exclusivo club de esos libros que necesitamos, como calificaba Kafka a los títulos imprescindibles porque, como dice de manera inmejorable, parten «como un hacha el mar helado que tenemos dentro».

Si así nos deja su lectura, es inevitable preguntarse cómo debió haber dejado a Pilar su escritura.

Tuve el privilegio de conocer la gestación de *Correr el tupido velo* que no fue breve ni sencilla, como se sabe. Yo trabajaba en un suplemento literario y en algún momento pensamos en hacer un reportaje sobre José Donoso a propósito de una efeméride. Debe haber sido el año 2004, probablemente la idea era visitar su obra cuando Pepe hubiera cumplido 80 años. Llamé a su hija para solicitarle material. Ojalá inédito, le enfatiqué. Me citó en su casa. Para llegar, parecía necesario salirse de esa agitación frenética de Santiago haciendo un recodo para encontrar un lugar escondido. La calle era pequeña y sin salida (¿un presagio acaso de la enorme responsabilidad que pesaba sobre sus hombros respecto del destino de los diarios de su padre y la posibilidad de usos sensacionalistas?).

En el antejardín de la casa de Pilar, que no tenía ningún tipo de reja, había un pequeño arco de fútbol que remarcaba el aire familiar del entorno. No debe ser casualidad que a esa edad en que muchos jóvenes van a la universidad o se largan a viajar, Pilar Donoso se casara y tuviera a su primera hija. En esa búsqueda de identidad que supone la adolescencia, ella puso todas las fichas en la familia, en construir la suya propia y en crear un espacio al cual llamar su casa.

Al entrar en la suya se experimentaba un giro respecto del antejardín. Era un espacio elegante, con un destacado buen gusto y objetos refinados. Como un personaje arrancado de un cuento de su padre, ella se esmeró por dotar a sus casas de una estética personal. No era un lugar muy luminoso, o al menos así me pareció quizá porque estaba absorta en la decoración y ansiosa ante la



expectativa de encontrar material desconocido de Donoso. Pilar, mostrando el perfeccionismo que la caracterizaba, había hecho la tarea. Siempre me ha impresionado el pasaje en el que refiriéndose a su infancia dice que arrastra un «rasgo de carácter bastante insoportable: el orden en contraposición al miedo, al caos que muchas veces reinaba en mi casa». Me esperaba entonces con un organizado plan de trabajo y con muchos papeles a su alrededor. Uno a uno los iba tomando y describiéndome sus características en una escena muy similar ahora que lo pienso a la descripción con la que comienza este libro: «Sentada en el *bow-window* de la casa de mi suegra, en Cachagua, descansan sobre mis rodillas seis de los sesenta y cuatro tomos de los diarios de mi padre. Tengo miedo. Los observo, calculo su peso, los hojeo a la rápida y reconozco la letra de hormiga.»

Llevaba tiempo enredada en esa letra infernal e hizo mucho hincapié en la caligrafía de los cuadernos de su padre. En ese minuto me pareció una exageración aunque años después he tenido que pasar por el mismo calvario editando los diarios. Hasta ese momento yo conocía poco a Pilar. La había visto un par de veces de pasada en la casa de Pepe durante los meses que fui semanalmente a mostrarle los avances en la recopilación de sus artículos periodísticos que se publicaron en dos volúmenes: *Artículos de incierta necesidad* y *El escritor intruso*. Después de la muerte de Donoso, nos fuimos encontrando en algunos cocteles organizados por editoriales para celebrar la venida de grandes autores como Vargas Llosa o Saramago. Coincidíamos en algún rincón donde ambas nos refugiábamos para mirar la consabida batalla por conquistar la atención del homenajeados y de paso el verdadero torneo de egos a su alrededor. Yo disfrutaba de sus comentarios. Su sagaz ironía la convertía en una observadora francamente temible. Pilar era divertida, lo que revelaba su vitalidad mientras que su sentido del humor inagotable dejaba ver su inteligencia.

Después de un rato de revisión de cartas, y algunos cuentos inconclusos

acompañados de tibios «podría servir» de mi parte, Pilar me contó que estaba trabajando en un escrito a partir de los diarios de su padre. Tuve que insistir para que me lo mostrara. La lectura de las primeras páginas del texto me deslumbró por completo. Fue como frotar una lámpara en un cuento de hadas.

Unas semanas después, se publicaron fragmentos de su proyecto en el periódico y varios diarios extranjeros la llamaron para pedirle ese u otros trozos de su manuscrito.

Fue así, como por azar —aunque quiero creer que había algún designio invisible— que me convertí en una *sparring* y a ratos en una consejera editorial. Espero que en ese largo y difícil proceso de escritura que este libro le exigió haya podido ser también una amiga. Cuando se publicó, y comenzaron las reseñas alabanciosas, muchas personas se me acercaban y a media voz me preguntaban si lo había escrito yo, dado que aparezco en una suerte de créditos que ella, con generosidad, agregó al final del volumen. Probablemente un último intento de ninguneo. Pilar escribió este libro con las entrañas y con una profunda valentía y honradez. No queda duda alguna después de leerlo. Porque Pilar Donoso, que carecía de pasado propio, buscó aquí hacerse una historia, su historia. La niña sin sombra que fue Pilar, por haber nacido sin un pasado suyo, y que luego la vida la expuso a un sol inclemente, nos ha dejado en *Correr el tupido velo*, sin embargo, una enorme solera donde guarecernos.

La nueva portada del libro es una fotografía hermosísima situada en Calaceite, ese alejado pueblo aragonés, con portales construidos en piedra del siglo XVIII que le otorgan una prestancia dura e imponente, como se aprecia en la imagen. Pepe y la niña, como suele llamarla en sus cuadernos, parecen estar en un recodo, o acaso en una encrucijada donde el camino se divide como si estuvieran situados en un momento de elección vital. En efecto, al leer sus diarios íntimos pude conocer el enorme peso emocional que ese sitio

tuvo para ellos así como la interjección de caminos que allí vivieron. A ello hay que agregar que Calaceite fue el lugar donde Pilar Donoso recuerda haber sido más feliz. «Eran tiempos difíciles, pero los recuerdo con encanto y fascinación. Si tuviera que decir adónde pertenezco realmente, sería a Calaceite, tierra donde las extensiones inhabitadas se sienten y el horizonte infinito se agradece; es el pueblo que acogió mi más dolorida infancia, pero a la vez hizo posible grandes lazos: Mauricio Wacquez, Elsa Arana, Yves y Vigna Zimmermann serán siempre parte de nuestras vidas». Más adelante añade: «Para mí, Calaceite es el único lugar que reconozco como propio después de una vida de trashumancia, siguiendo el peregrinaje de mi padre en busca de la tierra prometida, Chile.» El dejo irónico de Pilar no es menor, pues en los diarios es posible percibir que el desasosiego de los Donoso no se esfumó con el regreso. Lo esperaban nuevas inseguridades, miedos que su tribu contribuyó a acentuar años después cuando relató su historia desde la fantasía y las conjeturas.

Pero volvamos a la foto. Lo que más me conmueve y perturba es que José Donoso mira hacia el horizonte. Queda la impresión de que está capturado por sus fantasmas que lo otean desde cualquier rincón, y él parece obsesionado en continuar la inútil tarea de atraparlos, de exorcizarlos, sin saber exactamente en qué dirección avanzar.

Pilar, en cambio, nos mira. Sus ojos nos apresan. La escena parece anticipar que será ella la que al final contará la historia. Da la sensación de que está a punto de dar un paso hasta nosotros, que va a acercarse, a comunicarse. Levanta un poco el pie como si estuviera pensando venir, cuestión que hará muchos años después a través de este estremecedor relato.

Quizá Pepe Donoso intuía ya que algún día se produciría ese mágico paso. De hecho, en uno de sus diarios, en enero de 1974, cuando su hija tiene solo un par de años más que la niña que en ese momento lleva de la mano, apunta: «Otra pena que sentí leyendo *Portrait of a Marriage*, es la de mi incapacidad

de escribir directamente sobre mí, sobre mí mismo, sobre mi vida. Lo cobarde que soy. El terror que tengo. Pero juro que algún día lo haré, analizando la génesis de mis represiones, culpas y temores. ¿Cuándo? No lo sé ¿Y para quién? Tampoco lo sé. Claro que entonces Pilarcita tendrá que estar grande y se publicará si en esos años —el final de la centuria y del milenio— todavía interesa la literatura...».<sup>1</sup>

Diez años después, ya instalado de regreso en Santiago, y luego de una discusión, escribe «...nada me va a consolar de mi pelea con Pilarcita. Y no sé cómo reaccionar con ella. Lo hago torpemente. ¿De dónde sacar sabiduría, y serenidad para ser como debo ser? Siento que debo ser de otra manera. ¿Verá alguna vez la niña estas notas... en el futuro, cuando yo ya no exista? Si llega a hacerlo algún día, le dejo este mensaje de amor, que quizás le llegue a compensar por las durezas recibidas. A nadie en el mundo he querido, y quiero, como la quiero a ella. Es como la roca única emocional a que me aferro, y frente a esta pasión, a este cariño, nada existe, todo lo demás es cero.»<sup>2</sup>

Su hija no solo vio esas notas sino que fueron el punto de arranque para su propia escritura al punto que varias veces se pregunta cómo hubiera reaccionado su padre frente a esta narración. A mí no me cabe duda de que la habría celebrado, y mucho. Desde luego por lo que se cuenta, mal que mal lo atañe directamente y el hombre tenía su ego. También porque pese a la dureza que significó para Pilar su escritura, ella admite que «la falta de identidad, de esa identidad tribal, ancestral, de la que no tengo conocimiento, finalmente la encontré en estas páginas». Pero lo que lo hubiera cautivado verdaderamente es el relato mismo. Conocedor a fondo del arte de la biografía, tan vívida en la tradición anglosajona, habría apreciado su factura. No creo que sea necesario subrayar que no bastaban los mejores ingredientes como los que sin duda dispuso Pilar gracias a los succulentos archivos de sus padres. Hay que tener una mano magistral para hacer con ello una historia

con la densidad y belleza que este volumen posee. Sin contar con el coraje que demanda llegar hasta la puerta tapiada y no detenerse hasta abrirla y hacerse cargo de lo que allí aflora.

Pilar escribió el libro que su padre quería hacer pero que sus miedos y angustias le impidieron. Me atrevo a afirmar que gracias a *Correr el tupido velo* José Donoso ha pasado a ser un personaje literario inmortal. Del mismo modo que, gracias a Pepe, Pilar es una autora insoslayable. Es la nueva y definitiva filiación que los une para siempre y que sella la simbiosis con la que siempre vivieron.

*Life is a sheet of paper white  
whereon each one of us may write.  
His word or two, and then comes night.  
Greatly begin! though thou hast time.  
but for a line, be that sublime.  
not failure, but low aim is crime.*

JAMES RUSSELL LOWELL

## Palabras preliminares

Han pasado diez años de la muerte de mi padre y su sombra aún deambula por todas partes: al caminar en las calles, al abrir un clóset, al subir la escalera, al mirar hacia el horizonte.

Una vez este padre tan presente me dijo:

—Uno logra ser uno mismo cuando los padres se mueren.

Qué mentira. No ha sido así en mi caso; ahora he tenido que hacerme cargo de su vida mucho más que cuando vivía.

No puedo liberarme de su cadena opresora. ¿Seré yo también un personaje de sus novelas? La ficción y la realidad vuelven a mezclarse, como cuando era una niña y pude creerle, por mucho tiempo, que los yogures colgaban de los árboles y que había unos con sabor a frutilla y otros a durazno; o que, al hablar de una persona cualquiera, yo podía llegar a creer que era una tía muy lejana que venía a visitarnos; o bien que un personaje de una de sus novelas era un amigo de su infancia.

En mi casa era imposible diferenciar esa línea tenue entre la ficción y la realidad, y aún ahora me cuesta distinguirla. Al leer sus diarios no puedo sino confirmar que él, más allá de su arte como novelista, tenía una seria disfunción respecto de la realidad.

Leo y releo y reconozco tantas cosas... me río, lloro, me enrabio, perdono, vuelvo a llorar; me decepciono, lo enaltezco y nuevamente lo perdono porque lo quise inmensamente.

Ser padre es algo normalmente impuesto; él, en cambio, tomó esa opción, me adoptó y me dio generosamente aquello que, como padres, a veces nos negamos por no habernos liberado de nuestras propias historias.

Ante todo, mi padre era escritor. Cuando los días en que la muerte ya no pertenecía al mundo de la fantasía —su presencia lo rondaba por la casa de Galvarino Gallardo— enfrentamos juntos el hecho de que llegaba el fin. Le pregunté qué quería que dijera su epitafio y me contestó:

—*Escritor*. No quiero nada más. Eso he sido.

Sostenía que muchos de los novelistas latinoamericanos contemporáneos, en su búsqueda de estatus, se transforman en figuras públicas, como tribunos, como políticos; él, en cambio, se consideraba simplemente un escritor.

Voy a tratar de contar esa historia —que es la mía en relación a él, finalmente— sin pretender un análisis literario de su obra, ni menos uno psicológico de su compleja personalidad. Será, más bien, la visión de una hija-niña, hija-adolescente, hija-mujer que lo acompañó, lo admiró, lo amó y lo odió. De modo que no esperen objetividad alguna; son los recuerdos de ese fantasma que me persiguen y me perseguirán por siempre.

Debo aclarar que mi padre me designó como su biógrafa, pero yo no era la única a quien confirió este título honorífico. También se lo pidió a Esther Edwards, a su sobrina Claudia Donoso, a su amigo el escritor Fernando Sáez, y quizás a muchos otros. En pos de esta tarea que emprendí seriamente, nos juntábamos tres días a la semana para grabar nuestras conversaciones. En realidad, más que diálogos fueron sesiones sobre lo que él quería contar y no necesariamente acerca de lo que yo preguntaba o quería saber. Estas reuniones metódicas nos dieron la oportunidad de intercambiar recuerdos, ideas estéticas, incluso ideológicas; nos escuchamos como nunca y como nunca nos encontramos. En esas conversaciones, además de sus diarios, cartas y ensayos, está sustentada esta biografía.

Este relato es, de un modo muy personal, una manera de liberarme, de ahuyentar a su fantasma. Mi padre me contó una vez algo que probablemente la mayoría de los lectores debe conocer: Virginia Woolf se preguntaba por qué el recuerdo de su madre no había dejado de obsesionarla a sus cuarenta y



cuatro años de vida. Entonces escribió *Al faro* y el fantasma de su madre dejó de perseguirla. Por supuesto, no es mi intención hacer una comparación de ese tono y proporciones, pero sí de mi propio proceso de liberación.

En un artículo de mi padre encuentro una opinión muy personal sobre este tipo de textos. *Biografías, cartas, semblanzas, recuerdos, crónicas, que si se publican son o académicas o ñoñas o mundanas. Somos una raza extrovertida y efusiva, pero temerosa, pudorosa, que no se entera de la verdad (como sí lo hacen los ingleses cuando deciden hacerlo). Así las figuras de nuestra cultura siguen siendo monumentales, nunca humanas, y los elementos contradictorios y a veces hasta vergonzosos con que se construyó la obra genial permanecen velados.*

No sé en qué categoría caerían mis escritos para él. Desde luego no en lo académico, pero quizás tampoco en lo ñoño o mundano. Espero que no. En mi personal búsqueda por rescatarlo en su intimidad, en su profundo y particular mundo sin límites, he recurrido a sus cartas, de las que guardó siempre copia, tanto de las que escribió como de las que recibió; también a sus ensayos y, especialmente, a sus diarios, en los cuales jamás guardó secreto alguno. Con esto debemos aprender la lección de que jamás hay que destruir papeles, que los archivos y las colecciones son sagrados, no sólo por cuanto iluminan el pasado, sino también porque proyectan el futuro.

Mis recuerdos se inician muy temprano y quizás simplemente estén asociados a fotografías. Pero si bien éstos comienzan alrededor de los tres años, empezaré esta historia, mi propia historia, desde el matrimonio de mis padres. Incluso creo que será necesario explicar ciertas experiencias previas de mi padre que lo llevaron a dejar Chile por diecisiete años y que lo marcaron definitivamente para ser quien fue.

La historia que quiero contar no es «la historia de José Donoso», sino la de una hija en la búsqueda interminable por saber quiénes fueron sus padres,

sean biológicos o adoptivos. Es la búsqueda de la identificación, del entendimiento de quién es uno y del inevitable conflicto que esto implica.

## I. Correr el tupido velo

## **Washington DC, viernes 23 de abril de 1993**

Cuaderno 63

*Novela sobre cartas literarias.*

*Muere un escritor. Queda la hija solitaria worshipping at his shrine, carta de la Universidad de Princeton diciéndole que tienen un paquete de cartas y diarios íntimos que su padre había depositado en sus manos. Ella se extraña porque creía que se habían vendido hacía mucho tiempo, para comprarle la casa cuando se casó. Los vende ahora por el buen precio que le indican y acepta la proposición de un biógrafo para hacer la biografía concentrándose en los papeles. Ella se olvida de este permiso. Los papeles le parecen demasiados, demasiado difíciles de leer y referente a gente que ella no conoce ni le interesa. Su hijo va al pueblo y compra el libro. Se sienta bajo un árbol a leer. Se horroriza. Los secretos más nefastos sobre el abuelo admirado. Se enfrenta con su madre sin decirle nada. Ella adivina lo de su padre con lo que nunca quiso enfrentarse, lo que ha oído murmurar y ha olvidado. No lee el libro. Toma el auto y una pistola para ir a asesinar al autor. El auto choca. Descubren que ella se ha pegado un tiro con el auto a toda velocidad porque no puede soportar lo que sabe.*

*Esta novela, la de los papeles, sucede en Valparaíso o en Viña del Mar o Cachagua.*

*Es el diario de vida que cuenta el reverso de todo lo que todo el mundo sabe sobre él, pero sin jamás nombrar el pecado.*

*José Donoso.*

## **Verano de 2006**

Sentada en el *bow-window* de la casa de mi suegra, en Cachagua,

descansan sobre mis rodillas seis de los sesenta y cuatro tomos de los diarios de mi padre. Tengo miedo. Los observo, calculo su peso, los hojeo a la rápida y reconozco la letra de hormiga. Intuyo lo que pueden contener, la posibilidad de encontrar las divagaciones, revelaciones de una mente creadora que explora las angustias profundas del alma y que en esas páginas, a las que debo enfrentarme, hay un mundo paralelo, oscuro, oculto, cercano al mundo de la muerte.

Los hojeo y finalmente decido aventurarme en su lectura, aunque tal vez luego me arrepienta: creo en el olvido como parte de la supervivencia.

Después de más de diez años de ausencia no ha sido fácil descubrir, reconocer, aceptar y negar sus huellas en mi vida. No es solamente el dolor que conlleva la pérdida de la persona amada, es también el encuentro con lo desconocido, con lo oculto, lo que está detrás del ser humano. La mirada de una hija enfrentada a la verdad..., si es que existe una verdad. Pero sí es el comienzo de una nueva historia, del encuentro de una nueva persona y el desmoronamiento de una historia anterior, que no necesariamente invalida la imagen que conservo, sino que le da una nueva mirada, más compleja, más amada y más odiada.

Este proyecto es un intento de novelar su propia vida después de su muerte, ya que al parecer he logrado zafarme del fatal destino que él me asignó en su diario el 23 de abril de 1993. Aunque nadie sabe si uno es realmente un personaje y ese designio es insalvable.

Dudo también de que la historia que yo escriba sea, en realidad, la proyección de la que él quería que yo contara. ¿Pero importa? Tengo tanto que decir sobre él, sobre mi madre, sobre mí misma, para rescatar del olvido.

Como hija, soy protagonista de muchas versiones noveladas de la memoria creativa de mi padre: soy mala, adorable, acusadora, ladrona, abnegada, asesina, ajena, protectora, cruel, generosa, lapidaria, madre y muchos roles más que se entremezclan en una relación amor-odio más allá de lo

comprensible. Sigo pasando las páginas de los diarios y, por momentos, decido no continuar, pero se vuelve una necesidad; quiero saber más, meterme en esa mente atormentada por la paranoia y el miedo a ser descubierto. Es aquella dualidad que demuestra al esconderse y al dejar estos manuscritos para finalmente ser descubierto, o bien manipulando al escribirlos para crear la imagen premeditada que quería que conservaran de él, amparado por la inmutabilidad de la muerte, fuera de todo juicio e incompreensión; inalcanzable para su mayor temor: el rechazo.

Abro otro cuaderno y contengo por un momento la respiración. Cada página es un encuentro con emociones complejas, disímiles. Su lectura me exige una mirada global; no dejarse llevar por la emoción que me despierta; esperar, leer todo y no desistir.

Mi padre plasmó en sus sesenta y cuatro diarios (su última anotación es de 1995) su lado más oscuro. En ellos muestra ciertas aristas de su personalidad que yo y creo que casi todos ignorábamos, aunque de algún modo intuíamos: un mundo interno de complejidad sin límites.

Detallo aquí distintas citas que deben ser entendidas, más que como un hecho en sí, como el devenir de una mente en contradicción constante, pues la validez de cada idea muda, se transforma e incluso se anula hasta desvanecerse por completo.

En la primera página del cuaderno cincuenta y nueve, en letra muy grande, se encuentra la siguiente advertencia:

*Se perdió por desgracia el cuaderno cincuenta y ocho que tenía medio escrito y temas muy importantes. Comprado en Davis, USA, en 1989 (California).*

*Creo que me lo robaron durante mi enfermedad, en la clínica, y tengo una idea, creo que bastante clara, de quién me lo robó. Hice ponerle candado a mi estudio, pero puede ser «too late» porque la ladrona tiene libre acceso a mi casa.*

Esta frase denota su rasgo de personalidad más evidente: la paranoia.  
Con los años irá en aumento.

### **Santiago, 30 de marzo de 1990**

*Acaba de venir Pilarcita, me acompañó media hora, obsesivamente hablando de sí misma. Pero me gustó estar con ella, me produjo placer; creo que, en esta etapa de mi vida, la amo, que es la única persona en el mundo a quien amo realmente y a quien estoy profundamente ligado, que siento mía, yo de ella, pero sin que me permita para nada invadirla, aunque a mí ganas no me faltan, ni ella tiene necesidad de invadirme a mí. Hay que hacer reservas para cuando realmente la necesitemos —por salud— y dependamos mucho de ella.*

### **Toronto, Canadá, 17 de noviembre de 1991**

*Hablamos hoy con la Pilarcita. El ser que más he amado en toda mi vida. ¿Raro, no? Raro que me parezca raro. Y no me gusta nada el libro. Latoso. Beige de Bruce Chatwin In Patagonia.*

Soy objeto de su amor, pero en otros momentos tomaré el papel antagónico. Voy a tener que debatirme entre estas contradicciones a lo largo de la lectura de todos sus diarios.

He sido una persona que, por lo general, me he protegido y, al mismo tiempo, me ha costado descubrir quién soy realmente. Mi realidad ha sido crecer bajo la sombra de un gigante. Eso hace que la tarea se torne muy difícil, además de ser objeto de una construcción premeditada de una realidad o personaje según la ficción de mi propio padre. El hecho de no tener un origen biológico conocido hizo que él fantaseara sobre esto y me criase haciéndome sentir un ser marginal, aunque siempre tratando de transmitirme los beneficios de ser «distinta». Era su propia disolución entre el ser marginal

que llevaba dentro, junto al burgués convencional que, a pesar de su creación literaria, creía ser o estaba condenado a ser.

¿Habré querido alguna vez ser «distinta»? ¿Tuve la opción de no serlo? ¿Fui un personaje dentro de su vida del que aún no salgo?

Luego vendrá una larga etapa —por lo menos tres años— en que yo, su hija, seré el centro de sus obsesiones, de sus delirios de persecución, de su monomanía. Para mí esto ha sido una verdadera sorpresa. Siempre se mantuvo como padre cariñoso, comprensivo, aunque lapidario frente a mis decisiones, pero siempre presente, al fin y al cabo. Detrás, sin embargo, se escondían miedos, rencores, odios, frustraciones. Al enfrentar cada página, cada párrafo, cada línea, debo recomponer nuevamente las piezas rotas, una y otra vez, para encarar la siguiente.

Este es el reflejo de sus obsesiones respecto del dinero:

*Navidad habitual familiar, esta vez en casa de Pablo y la Lucha. Miles —demasiados— de regalos, totalmente de sociedad de consumo, una locura. Temor horrible por la relación de Pilarcita con el dinero —el mío— y su relación viciada con el Toby. Algo muy malo puede suceder y no dejo de tener miedo. ¿Por qué me mintió para sacarme mil quinientos dólares? ¿Quiso comprarse al Toby con mi dinero? Peligroso y angustiante, y puede acabar muy mal. Pero puede ser, también, suspicacia de parte mía, y que la Lucha esté dispuesta, como yo, a soltar otros mil quinientos dólares para completar el estudio de posgrado del Toby.*

Otro episodio:

*Hoy ha sido un día terrible. La Pilarcita llegó de la consulta de su doctora con la noticia de que tendrá que hacerse un tratamiento carísimo para tener niños. Además de los mil quinientos dólares que acabo de darle, debo darle como doscientos mil pesos mensuales para su tratamiento. Debo decir que me asusté con la perspectiva y se lo dije, lo que me dejó muy culpabilizado, y a ella llorando y desprotegida. Temo que esto no sea más que un modo para*



*engañarme y para sacarme plata, pero sé que no puede serlo, y que su angustia por tener familia —otros hijos— es real. La verdad es que yo mismo se lo decía cuando se casó, que debía tener mucha familia propia, ya que como ella misma dice, no tiene lazos de sangre con nadie más que con la Natalia. Me desespera verla llorar por algo tan real. Y me desespera tener las prevenciones y los temores que con respecto a ella suelo tener.*

*Sigo pensando —a pesar de que al decirlo herí profundamente a mi hija— que no tiene por qué angustiarse por tener una sola hija. Pero el asunto está en que la pobre niña se siente sola sin más hijos, desprotegida, y que si se gasta todo lo que hay ahora, cuando yo me muera, lo que no veo como muy distante, no va a haber dinero con el cual ella misma se pueda proteger. En todo caso, mi hija está sufriendo por algo que María Pilar necesariamente tiene que conocer y que la hace empatizar con la niña. Yo la llamaré por teléfono para pedirle perdón. Y en la hora de las preguntas y recriminaciones, que necesariamente vendrán, no sé, claro, cuál va a ser su venganza, y cuál su manera de crucificarme... si en realidad tiene que hacerlo.*

*¿Será esta biografía mi venganza? ¿Será una manera de mostrarle al mundo quién era o quién podía llegar a ser? No. No lo creo. He logrado rescatar tantas cosas suyas, su inteligencia, su agudeza, su visión, su humor, su ironía, su entrega y su amor. Pero siempre me quedará la duda —y supongo que al lector también— de si lo que plasmó en estas miles de páginas de sus diarios es «él» o su propia ficción sobre sí mismo.*

*Desaparece un cheque de ciento cincuenta dólares y vuelve a sospechar que yo lo he robado. Son sus «tincas» respecto de mi falta de honradez con el dinero. Siente que si él tuviera fuerza y tiempo, tomaría todas las finanzas de nuevo en sus manos y así ya no tendría esas horribles ideas que le quitan el sueño. La verdad es que yo me hacía cargo desde los dieciocho años de las finanzas de la casa de mis padres: ir al banco, depositar, llevarles dinero o*

pagar sueldos. Me dieron un poder sobre sus cuentas corrientes, por conveniencia o más bien por comodidad, pues todo lo práctico se les hacía imposible de sobrellevar.

Admito que durante los primeros años, cuando estaba recién casada —a los diecinueve años—, eché al carro algunas cosas de más cada vez que les hacía las compras en el supermercado: algo de leche, arroz... Sentía que, de algún modo, aquello era un pago por ese trabajo tan tedioso que era realizar los mandados de una casa que ya no era la mía, pero de ahí al robo... Duele pensar que mi padre creía que yo era una especie de amenaza, de enemigo puertas adentro.

*Cada día que pasa siento más temor a la Pilarcita. ¿Por qué? ¿Es pura obsesión mía, pura paranoia? Temo que nos vaya a desvalijar, a dejarnos en la calle, que por un terrible y oscuro principio de agresión nos vaya a hacer daño, su impulso por hacernos daño, que viene junto con el principio de desvalorizarnos para valorizarse, para lograr valorizarse ella, que se odia a sí misma, que no logra verse como un ser humano valioso. Horror. Todo es temor y horror. Todo es desvalorizarme: ya me doy cuenta de que es neurosis mía y paranoia, pero el dolor es idéntico a que si yo pudiera estar seguro de que no nos odia, que nos ama. Este odio que siento de ella es nuevo, sobre todo su odio por mí. Pero debido a sus orígenes —no genéticos necesariamente, sino más bien psicológicos— siento que tiene que ser una persona terriblemente confundida, con la identidad terriblemente deteriorada. Y no sé qué hacer, quizás las cosas mejoren con el nacimiento de su nuevo hijo, pero también su propia inseguridad puede crecer, y con ello crezca su necesidad de depredarnos y hacernos daño de cualquier manera que pueda o se le ocurra hacerlo, porque tiene causa, se dirá a sí misma, de más para hacerlo, incluso para el crimen.*

*Sí, sí, no puedo sufrir tanto, tengo que aceptar que todo puede no ser más que pura imaginación mía, pura paranoia, y nos ame y quiera nuestro bien.*

*¡Pero por Dios, qué difícil debe ser ella, pobre criatura, y cómo debe sufrir, y los venenos que tendrá adentro!*

*¿Adónde voy a esconder este cuaderno para que nadie me lo encuentre? Es urgente hacerlo, pero ella se ha metido en todo lo mío, todo lo mío me lo ha sacado, se ha metido en mi caja chilota para sacarme papeles —la mayoría referentes a ella, es cierto, ¿pero si los quería por qué no me los pidió?— de todas clases y ya no me queda nada. Me pregunto si no es ella la que me quitó el otro cuaderno gemelo a éste. No sería imposible que así se hubiera enterado de cosas de mi vida que yo quería que permanecieran en la oscuridad, o por lo menos lejos de su mirada tan perturbada.*

*Es increíble lo fea que se ha puesto y cómo se enfeece con ese peinado y su colorido. También una agresión en contra de sí misma y en contra de mí o de nosotros.*

*De repente, debido a mis obsesiones, se me ocurre que se me puede estar produciendo un Alzheimer.*

*A veces se me ocurre que María Pilar puede tenerlo, por lo repetitiva y obsesiva que se ha puesto, en realidad siempre lo fue, pero he notado que ahora último está muchísimo peor en este sentido y esta es justamente —la nuestra— la edad en que el Alzheimer se suele producir con mayor frecuencia.*

*No me puedo quedar dormido. Voy a seguir leyendo a Bruce Chatwin a ver si logro conciliar el sueño.*

*Nueva página donde intenta analizarme:*

*Me pregunto si la voracidad, la crueldad de Pilarcita con todo lo que sea plata no sea más que una forma de temor: robos, la prosperidad de «otros» chilenos, la decadencia y vejez nuestra; sí, sin duda es una forma de miedo, un deseo de dibujar su silueta incompleta con lo material que le hemos aportado, un huir fácil —y muy difícil— de todo lo que sea decadencia, vejez, simbolizado en nosotros, en la fragilidad de mi salud, en las depresiones de*

*María Pilar. Prometerle más para más adelante. Ni un poco de ternura. No veo nuestra vejez apoyada por ella. Miedo a las borracheras de María Pilar. Miedo a la leyenda negra sobre mí que le puede haber llegado desde más de un lugar o dirección: Iván Vial, los Donoso Larraín, tantos otros voceros. ¡Pobre hija mía! ¡Pobres de nosotros, viejos y pobres y en sus manos!*

Tenía un gran miedo a que yo lo descubriera... pero nuevamente estaba su contradicción al dejar su vida plasmada en tinta.

Un día desaparece un sobre lleno de fotografías antiguas y supone que he sido yo quien me las he llevado sin ninguna explicación. Todo le parece como su cuento «Átomo verde número cinco»:

*¡Qué extraña sensación de explotación! Tampoco pude encontrar mi escobilla de dientes amarilla, y ni un solo tubo de pasta dentífrica en la casa.*

Mi padre está viviendo por esos años un largo período de «seca literaria», asume que, en parte, se debe a que yo le ocupo todos sus pensamientos y está, según él, profundamente paralogizado, espantado, perturbado por los asuntos con respecto a mí y que por eso no escribe.

Habla con Hugo Rojas, su psicoanalista, sobre el tema. Rojas le recomienda que yo «aparte» las cosas que son mías, o a las que yo creo tener derecho, porque ellos nunca me han dicho «esto es tuyo» y «esto es mío», sino «todo es nuestro», pero a él le parece una manera elegante de decir algo feo:

*¡Qué confusión de vida! Veo algo patológico en ella, la compulsión, sobre todo, con la que no tiene medida. Un momento muy tenso de mi vida, otro más que María Pilar no comparte como tal, sino que se encierra en su optimismo, en su capacidad de anular todo lo que no sea agradable, que es una de las cosas que más me separa de ella y menos me gusta. Está leyendo a Clarice Lispector, muy fascinada, lo que es positivo, me parece a mí, porque Lispector no es lectura fácil.*

Yo seré por mucho tiempo el motivo de sus obsesiones y de los reflejos de

sus propios fantasmas que lo acechan más y más a medida que envejece: el tema económico, su trabajo que cada día se le hace más pesado y que le exige un gran esfuerzo. Sigue escribiendo:

*¿Recordará a José Ramón, Pilarcita? ¿Lo equiparará con Luis Morales Bellet, por ejemplo? No creo. Todo lo que tiene relación con el pueblo (Calaceite) conserva para ella un ámbito afectivo, de pureza, del paraíso perdido, aunque bien sé que, como la insultaban por ser adoptada, fue cualquier cosa menos un paraíso. Yo sé que sufrió mucho, cómo sufrió en Sitges debido a la estúpida de la Pili Conde, que le contó a todo el mundo que mi hija es adoptada y se reían de ella.*

Como he dicho, lo extraño de todo esto es que mi padre nunca me hizo sentir nada de lo que veo reflejado en sus diarios. Menos, que llegaran a tal punto tanto sus persecuciones conmigo como la importancia que yo tenía para él en los períodos positivos, reflejo de un amor incondicional.

*Tengo todo el cuerpo —toda el alma— adolorido y no me queda fuerza para nada. ¿Cómo voy a escribir con un drenaje tan importante y doloroso de todas mis fuerzas interiores, de todos mis recursos? No puedo. Creo que lo único posible es vivir fuera de Chile, fuera del alcance de la Pilarcita y de su maledicencia. ¡Maldito el día en que se me ocurrió regresar de España! ¿A qué, para qué? Es bien poco, fuera del dolor, lo que obtengo de vivir aquí. Esa gloria literaria, esa paternidad literaria que María Pilar estima debiera ser mi mayor recompensa, no significa absolutamente nada para mí al enfrentar todos los demás problemas.*

En 1992 quedé embarazada de mi segunda hija, Clara. Concebirla fue muy difícil para nosotros: cuatro años de tratamientos de fertilidad bastante traumáticos y costosos. Para mi padre no existía, o no quería ver, esta nueva realidad. En diarios posteriores jamás menciona a su segunda nieta, sólo a Natalia, la primera, con quien creó cierto vínculo.

*Creo que cuando regrese la Pilarcita la voy a confrontar con su falta de*

*amor por nosotros. No sé si habrá pasado ya su tercer mes de embarazo y por lo tanto la guagua esté firme y pueda recibir un choque emocional. Espero que sí. Lo que sí voy a hacer en cuanto llegue es sacar cuentas junto con ella y, ahí, interrogarla. Va a ser doloroso pero tengo que hacerlo para aclarar la atmósfera. Que este silencio es un grito de guerra de su parte —la causa es que yo me he dado cuenta de sus sinvergüenzuras— no me cabe la menor duda, pero que tiene una compulsión depredadora conmigo, o con nosotros, y que es invasora y que nosotros no contamos para nada, y además de quitarnos una cosa detrás de otra, y de rechazarnos una cosa detrás de otra, nos invade, ocupa nuestro lugar, nuestro espacio, sin consultarnos; es decir, es otra manera de depredarnos, de desvalijarnos.*

Respecto de su enfermedad, siento que no lo apoyo, que no me voy a hacer cargo cuando envejecan, o bien de mi madre, en el caso de que él muera primero. Nunca fue así. Desde muy niña intuí que estos seres, en cierto modo frágiles, etéreos, creativos, veían lo práctico como algo inentendible. Asumí, siendo muy pequeña, el rol de madre de mis padres. Una vez, ya viejo, me dijo:

—Tú has sido más madre mía que yo padre tuyo.

De modo que con esta incertidumbre ante su propia vejez, escribe:

*La Pilarcita —a mí, por lo menos, a quien le resulta más difícil sacarle plata que a María Pilar— no me quiere mucho. In fact, que me desprecia. Pero también es verdad que esta sensación la tengo con casi toda la gente que conozco y a quienes aprecio.*

Mi padre teme reencontrarse conmigo después de las vacaciones de verano de 1992, en las cuales me mantuve distante emocionalmente para así conservar mi propio mundo. No quería ser invadida por sus constantes requerimientos y exigencias, aunque en su caso el reencuentro no fue lo esperado:

*Llegó la Pilarcita, fea, narigona, ha engordado (está de cuatro meses), se*

*peina mal, pero estaba simpática y me pareció increíble pensar lo que he pensado de ella estos últimos días. La Natalia, encantadora, y el Toby, inerte. Yo, bastante sordo. Le leí Alicia en el país de las maravillas a mi nieta, que es demasiado pequeña para ese libro y, sin embargo, se tendió conmigo por lo menos media hora para oírme traducir. Agradable, la quiero.*

Como ya he dicho, él me pidió directamente que escribiera su biografía. El modus operandi era que nos sentáramos en su estudio largas horas para que yo grabase lo que él contaba. Era una conversación absolutamente guiada por él, diciendo lo que quería que pasara a la posteridad, jamás con franqueza ni mostrando sus flaquezas ni con la mirada hacia la realidad. Su idea era que yo escribiera lo que él me decía y nada más. Creo que él nunca imaginó que yo sería capaz de emprender este proyecto como lo estoy abordando ahora. Supongo, además, que me pensaba incapaz de embarcarme en la lectura de sus cuadernos como en la historia que esbozó: *Los papeles le parecen demasiados, demasiado difíciles de leer...*

De hecho, encuentro este comentario al respecto: *Pilarcita, eternamente limitada de mente.*

Su obsesión conmigo no termina ahí: también duda de mi impulso por ser madre; piensa que sólo me he embarazado por segunda vez, después de largos tratamientos, para probarme a mí misma que «puedo» y que una vez que lo he logrado no me cuido porque, en realidad, el niño no me importa nada ni la maternidad tampoco; que no me gustan los niños como, según él, yo admito.

Juicio lapidario, como siempre. Cree, además, que mi matrimonio no va a durar nada. Pero luego se contradice y señala que es mejor que tenga más hijos, pues hasta ese momento sólo tengo consanguinidad con mi hija Natalia; piensa que estoy muy sola y por ello debo conformar una familia grande.

En una carta llena de amor, cuando está pasando una temporada en

Washington, invitado por el Wilson Center, me reconoce parte de sus paranoias y lo cruel que fue conmigo antes de partir: dudaba si dejarme o no a cargo de las finanzas de su casa.

### **Washington, 20 de enero de 1993**

*Me hace falta sentarme a contarte cosas y que me cuentes tú a mí, como algunas veces lo hemos hecho y me hace tanta falta.*

*Por la carta que nos mandaste, me da mucha pena saber que no me has perdonado. Es cierto que te he hecho sufrir, y tienes derecho a tus rencores, sobre todo en este caso cuando la crisis fue tan dolorosa para ti (y para mí). Pero te tengo que decir que estoy adolorido y arrepentido por el daño que te hice y asumo completamente mi culpa. Espero algún día saldar esa deuda contigo y que me perdones...*

*No sé si te aliviará que te explique algunas circunstancias mías. El año pasado, sabrás, tuve una larga y angustiosa crisis de paranoia general. No era sólo que creyera que tú me estabas destruyendo, era también tu madre, era la Claudia, era mi tía Berta, era la María, eran todas. Todas estaban conspirando de una manera terrible, me parecía, para destruirme. Lo analicé largo y tendido con mi terapeuta y llegué a tocar las raíces más profundas de mi propia inseguridad, de la que no culpo a nadie sino a mí mismo. En pocos períodos de mi vida me he sentido tan acosado por las mujeres (también por mis médicos, por mis hermanos, por mis amigos: Fernando Balmaceda, Jorge Edwards, Alberto Pérez) y tan frágil como para hacerme tambalear de modos que no analizaré aquí contigo. Pero sobre todo me dolía lo que te estaba haciendo a ti, y también a tu madre.*

*Se sabe que en las crisis psicológicas quien paga los platos rotos es siempre la, o las, personas más queridas, cuyo amor la imaginación lo transforma en deseo de destruirme a mí, a mi yo.*

*Tú, mi persona más querida, te transformaste entonces en objeto de mi*



*temor, de mi miedo, y te construí como la imagen de la persona poderosa, capaz de destruirme. Sobre todo tú, porque eras el ser más querido. Y mi cariño por ti, como todo, como todos los cariños, tiene una parte de luz, pero también una parte de sombra. Todas las relaciones humanas valiosas y profundas contienen esta dualidad, y forma parte del compromiso. Si no fuera así nada importaría nada y todo pasaría como por un tubo.*

*Te pido que me perdones, ya que esta es una herida de mi fragilidad frente al mundo entero. Por desgracia no tienes un padre fuerte, seguro, pero supongo que habrá ciertas cosas en mí que compensen estas carencias, que hacen que en un momento dado mi fantasía pueda revestir el acto más banal como agresión en contra mía. Esta es la parte de la sombra. La parte de la luz, supongo, está en mi disposición a querer (a quererte) y a mi peculiar talento como narrador y fabulador, ya que todo lo que mi obra ha hecho es una reconstitución (la restitución, la reparación, como dice Melanie Klein) de un mundo agresivo, malo, en el centro mismo de «la casa» (en mis novelas la casa como imagen puede ser mansión, convento, burdel, departamento, pero es siempre una imagen de la casa, y por ende de la familia). Es la metáfora que me sirve para reparar las relaciones humanas.*

Luego, vuelve a reaparecer su obsesión por mí. Cree que tengo un problema tan espantoso del que ni siquiera se siente capacitado para hablarlo. Todo es un error de planteamiento vital de ellos, como padres, y el temor que esto les genera. El miedo a lo que pueda suceder con sus nietas, con mi matrimonio. El centro de sus pensamientos soy yo y escribe unas líneas muy dolorosas, con las que experimento la carga que significa ser de algún modo un «alien», pues a quienes me rodean les genera inseguridad mi origen desconocido.

*Sigue y se agudiza el problema Pilarcita, que nos tiene totalmente crucificados con su odio, su odio a sí misma, su odio al mundo, a su marido y a sus hijas. De pronto, temo un asesinato, tan violenta y perversa es. María*

*Pilar sufre, vive para adentro, pero con las llagas incurables, abiertas, recordando, rememorando desde la más temprana niñez de Pilarcita, instancias innegables de odio, que nos retraen, con su infancia tan extraña a nosotros y nuestra vida, a sus genes, a su ajenidad, a su madre o padre físicos, de quienes aflora tan trágicamente, y que puede conducirla a los peores extremos, cierto rasgo (o rasgos) inidentificables que la colocan fuera del ámbito de la familia y, sin embargo, es la hija amada, adoptada, pero más hija que cualquiera hija, porque justamente su ajenidad hace que sea necesario despojarse de uno mismo y ser, un poco, otro para amar.*

*Todo un proceso de transformación en que sólo lo imaginario existe y tiene valor, lo imaginado tiene consistencia.*

Con mi madre le ocurre algo similar, aunque en menor grado. También es cruel, aunque ella logra despertarle ciertos sentimientos de compasión.

*La vida puso a disposición de María Pilar indudables oportunidades: posición, belleza, gente de selección, gusto, cultura, todo a su alcance. Y de todo eso queda ella hecha un trapo, un guiñapo, una vieja borracha con paquetitos como en el Pájaro: ¡Qué extraño como todas las cosas en la vida van formando un pattern, una forma reconocible y no son más que piezas necesarias en el rompecabezas ininteligible que es mi vida —¿o la vida de todos?—. ¿Por qué yo nunca alcanzo a ver el diseño completo? ¿Cuándo lo veré? No creo que lo vea nunca.*

Se siente agredido, amenazado, abusado por mi madre. Sobre todo en el aspecto económico. Cree que ella lo va a llevar a la ruina total. Este miedo lo hace sentirse desvalijado, desprovisto, un *homeless*. Piensa que mi madre actúa contra él cuando le habla del «patrimonio»; se ofende, considera que todo lo ha puesto él, que se ha gastado todo en vestirla, en sus médicos y en sus psicoanálisis durante treinta y cinco años de matrimonio.

*María Pilar hace una especie de jueguito, se olvida de cosas y las reconstruye a su gusto y según le sirva, borrando totalmente lo que es*

*realidad. Pero sin duda lo que en ella más me molesta es que no reconoce nada de lo que he hecho por ella, de lo que me he sacrificado, en el buen sentido de la palabra, por ella, de lo comprensivo y tolerante que he sido con sus borracheras, con sus peleas con Pilarcita. Esto no se lo puedo perdonar y me aleja terriblemente de ella. A veces me dice: «Tan poco tierno que eres conmigo». Para ella no cuenta como ternura ni la comprensión ni la tolerancia, sólo el añuñú, lo que a nuestras avanzadas edades —y ella dejando sus dientes desvergonzadamente por toda la casa— es un poco ridículo, si no hay una comprensión y entre nosotros ya no la hay. Me doy cuenta de que la quiero menos y menos, sobre todo por su no reconocimiento de mi trabajo (le gusta el brillo prestado que le da mi trabajo, pero no se da cuenta o prefiere no darse cuenta de lo que me cuesta en energía y agotamiento), de mi ayuda a ella (¿quién sino yo la impulsó, la ayudó y la corrigió en su libro? Se ha olvidado que una buena parte, comenzando por la idea, son aportes míos) y de mi financiamiento personal de todos sus problemas médicos, incluso de su borrachera. No puedo sino quererla menos. Y a veces, últimamente sobre todo, llego a un peligroso límite de la tolerancia.*

Es terrible asumir que, bajo esa superficie tranquila, se manifestaban rasgos de una brutalidad despiadada. Mi padre confiesa varias veces haber golpeado a mi madre con «fuerza y prolongación». Alguna vez admite, también, que esa violencia se desataba debido a su sensación de que no le importaba realmente a mi madre; que ella no lo respetaba ni lo quería; que él no la satisfacía. Pero luego quedaba lleno de culpa y de arrepentimiento.

*Puede ser que estos sentimientos negativos respecto a María Pilar se deban más que nada al temor de la separación de mañana, el deseo de no sufrir con la separación, una separación que no es solamente ella misma, sino que todas las separaciones futuras que se nos anuncian y con las que no me puedo enfrentar.*

*Pero puede que, dadas mis complejidades, esto no sea más que una excusa para quedar bien parado ante mí mismo, una racionalización común y corriente.*

El objeto de sus inseguridades, sin embargo, no se agota ahí. En Nueva York, en noviembre de 1991, aparecen otras inquietudes que lo torturan.

*Me aterra la situación de crímenes sociales en Chile. El libro recién publicado en la Universidad de Texas; Federico Schopf y Uribe y la Marta Rivas; El lugar sin límites; tantas cosas con referencia a eso. ¿Y qué compensación tengo? Una mujer que bebe y con la cual no puedo hablar y que lleva pésimamente mal la casa y las finanzas. Tiene atracción, es cierto, y cierta calidez e ingenuidad que son seductoras. Pero, en realidad, con su vozarrón incansable y su insaciable sociabilidad, es para mí, en esta etapa tan dolorida, una extraña. ¡Qué pena! Nos hemos querido mucho, pero yo no puedo seguir hablando de su prima Verónica y de lo elegante que es la Titi Cortés y de sus tiempos en El Cairo, porque me son todas cosas muy extrañas y además incomprensibles.*

Al volver a Chile debe enfrentarse cara a cara con sus temores, con sus demonios internos que lo insegurizan, generándole una gran angustia:

*Acabo de recibir la noticia de que Federico Schopf está invitado a enseñar en una universidad de USA. Como resulta que Federico es mi peor enemigo, y que en USA un libro que claramente me incrimina acaba de ser publicado, me temo que a través de Federico la noticia con sus más descabellados detalles vaya a encontrar su camino hasta la prensa chilena, que me hará picadillo (Totó Romero, Nelly Richard, etc.) y de allí hasta los oídos inocentes de mi pobre hija, que tendrá otro choque más que resistir. La única salvación parece ser que, según Silvia Malloy y María Luisa Bastos, el libro es tan malo que no será «noted» por los conocedores del tema. Pero me imagino con toda facilidad el deleite con que se leerá el título del libro en el*

*listado de las obras sobre mí en el índice de la máquina de las bibliotecas de dondequiera que se vaya a enseñar.*

Mi padre siempre está pensando en que va a ser descubierto. Su angustia asoma en ciertos episodios de la vida diaria. Un día cualquiera, cuando unos corredores de propiedades fueron a ver su casa para tasarla ante una posible venta, él apunta:

*Noté exactamente el momento en que, en la visita, Joaquín Lira, el socio de Carmen Paz, cambió en su actitud, un feeling con respecto a mí: como si en mí hubiera descubierto, de repente, un montón de mierda y le estuviera, desde ese momento en adelante, haciendo ascos terribles. Yo soy mierda. La gente me hace ascos. Joaquín Lira me hace ascos. ¿Es verdad o es pura paranoia? En todo caso sé exactamente en qué momento se destapó la olla de mierda.*

Lo increíble es que con respecto a sus propios diarios, también entra en un delirio sobre la posibilidad de ser descubierto. Le preocupa la consulta sobre los cuadernos que están guardados tanto en la biblioteca de la Universidad de Iowa como en la de la Universidad de Princeton. No quería que nadie los leyera. Los consideraba íntimos, privados. Los dejó ahí para ser analizados por estudiosos en un futuro lejano, y se protegió en que ese futuro sería lo suficientemente lejano para él, aunque no para mí ni los míos.

### **Septiembre de 1991**

*Me interesa ir a la Special Collections de la biblioteca para ver qué materiales míos poseen y en qué estado. Creo que dejaré mis diarios primeros, los de Coronación, under restriction, porque recuerdo que esos primeros, sobre todo, son terriblemente íntimos. No me gusta que estén al alcance de todo el mundo y de cuanto curioso puede andar circulando por ahí.*

*He estado leyendo un poco de la bibliografía de Donoso que sacaron en*

*Princeton con Nadja Benahid, y me horroriza que hay varios entries —en las listas de las tesis doctorales— sobre el tema de la homosexualidad. ¡Es increíble que eso sea lo que sacan en limpio solamente, claro que El lugar sin límites se presta para ello! ¡Qué le voy a hacer! A lo hecho, pecho. Pero tengo que descubrir alguna manera de enfrentarme con el hecho de que —in this day and age— es un tema que al público le interesa apasionadamente y no se puede decir que no me presto para ello. Tampoco quiere decir que no tengo razón para asustarme y deprimirme. ¿Qué hacer? ¿Cómo enfrentarme con el asunto? Para eso es muy importante mi relación con Hugo Rojas y aunque no quiera, aunque sea por esta razón, dudo de seguir mi terapia con él. Pero no puedo pensar en cambiar de terapeuta. Ninguno, estoy seguro, va a tener la calidad y el calor humano que tiene Hugo. Sin embargo, me desespero porque no encuentro en él una solución clara para enfrentar mis problemas. Este problema, sobre todo.*

La dualidad no deja de sorprenderme. Le inquietaba qué pudiera pasar conmigo cuando los conociera, pero, a la vez, no hizo nada para protegerme o prevenirme sobre ellos. Nunca me habló de su contenido y es esa la gran ironía que a veces tiene la vida: que soy yo, hoy, más de diez años después de su muerte, quien los está transcribiendo, ordenando y dando a conocer, tratando de conservar cierta objetividad, si es que existe; dándole forma al dolor, a la admiración, al desconcierto e incluso al temor que pueda provocarme haber vivido veintiocho años al lado de alguien a quien creí conocer tan bien, pero de quien hoy descubro muchas máscaras más de las que yo supuse tenía.

### **Washington, 1993**

*Gran preocupación por mis diarios de vida en Princeton y su relación (dentro de veinte años) con la Pilarcita. ¿En quién podría confiar mi*

*problema de los cuadernos de Princeton? Jay Tolson, Carmen Balcells, Jorge Edwards, John Elliot. ¿Con quién?*

En un fragmento de su diario de 1982 explica, si eso es posible, el porqué de estos cuadernos como testimonio de vida. Se deduce también el manejo intencional que hace de ellos y nos deja con la incertidumbre de la relatividad de la palabra «verdad» o, más bien, «realidad».

*Sé que estos cuadernos no morirán conmigo, por eso tengo miedo de que mucho de lo que digo aquí sea trampa, mentira, pose, manierismo. Esta página —es maravilloso y terrible pensarlo— me sobrevivirá en los sótanos climatizados, antibomba de hidrógeno, donde se guarda, me complace decirlo, justo al lado de los originales de Lewis Carroll, de Alicia en el país de las maravillas (el verdadero apellido de Carroll era Dodgson). Sin duda, este hecho me hará falsear un poco —espero que sea muy poco— la imagen de mí mismo que pretendo dar, pero voy a rajarme para que no sea así. Que lo que quede aquí sea la verdad, y así esta carne viva mía que son mis diarios me sobrevivan además de las fantasías de mis libros. Por otra parte, este deseo puede no pasar de ser un impulso. Puede terminar con este párrafo, y todo esto, y más que todo esto, y todo aquello que soy capaz de controlar, quede cifrado en forma mucho más clara y espontánea y compleja en mis fantasías escritas, que dejarán dibujado el verdadero contorno de mis facciones. ¿Para qué esto, entonces, que puede terminar siendo sólo una postura, una actitud, la pose para un retrato victoriano, con el dedo marcando el libro, y detrás el cortinaje de plush rojo con borlas? No tengo fe en mi capacidad de sinceridad pura y directa, aunque sí, lo sé, tengo fe en mi capacidad de entregar toda mi sinceridad cifrada en el código de mis libros. ¿Pero no existe también otra sinceridad, más sutil tal vez, más aterrada, o por lo menos con otra verdad, en la pose, en la actitud premeditadamente falsa? ¿Por qué nuestra pasión —y mi gran pasión, muy en particular— por los retratos del siglo pasado? ¿Por qué Nadar y Julia Margaret Cameron y*

*Lewis Carroll y todos los demás, que fuerzan a sus sitters a tomar poses falsas, de donde, sin embargo, sale algo que es verdadero, porque es otra forma de fantasía? Hubo un tiempo en que la fotografía, la gran fotografía, era considerada la espontánea, callejera, el snapshot. Cartier Bresson, Margaret Bourke-White, Capa, etcétera. Pero el gusto ha dado una vuelta completa y estamos mirando con asombro a los retratistas de pose y artificio, a Irving Penn, a Avedon mismo. Me gusta pensar que si bien sé que estos diarios, ahora, serán conservados en la Universidad de Princeton, y podrán ser escudriñados por estudiosos, estos señores no encontrarán sólo un monigote relleno de paja, sino que, si bien no un retrato cándido, encontrarán algo parecido a una estudiada fotografía de Nadar.*

Una fotografía construida a través de miles de páginas y de las que, la verdad, sólo he leído una parte, pues descubrir «todo» no es mi fin. Uno no debiera conocer los pensamientos más íntimos de nadie. Menos, los de sus propios padres. Pero este registro quedó y debo abordarlo como lo que es: una desnudez del alma que implica también todo lo oculto y aterrador que cada cual lleva dentro. Me enfrento, no sin tristeza, con los temores de mi padre y que debieron hacerlo sufrir mucho más de lo imaginable, marcándolo y limitándolo de manera definitiva.

*¿Por qué siempre he tenido la sensación de ser, de estar sucio, y que tiene que ver con mi familia, mi ambiente, la relativa pobreza (comparada con los millones de mis compañeros de colegio) en que yo crecí y la educación que me dio mi Nana? Siempre me he sentido relativamente sucio, calzoncillos, calcetines, camisetas, y muchas veces casi se podría decir que lo he cultivado. Ahora mismo, me doy cuenta al escribir esto, no he tomado determinaciones definitivas para deshacerme de la caspa (no es mucha y es disimulable) y de la seborrea que a veces siento que me cubre (no es para tanto: el hecho de que lo exprese así y eso demuestra que es lo que siento) la cara, las orejas, las cejas, y mientras escribo, o leo cualquier cosa, tengo*



*una infaltable sensación de suciedad, como si hiciera un mes que no me lavo y me está cubriendo, a lo más dos días que no me baño. Me siento inmundo. Es curioso, pero este tema no lo hablé jamás con Hugo Rojas, como si en ese hecho estuviera escondido lo más deleznable de mi naturaleza, y la suciedad fuera una metáfora para mi existencia y mi neurosis. Jamás llegamos a esto. ¿Por qué? De pronto siento la necesidad de hablarlo con alguien —digo alguien en vez de decir Hugo Rojas, que sería la única persona con quien discutiría este tema— y de llegar al fondo que sé muy bien que no sería el fondo absoluto. La gente no me quiere porque soy sucio: así podría contar mi inconsciente. De dónde salió, de dónde vino esta sensación, esta neurosis, y está, quizás o seguramente, vinculada con la suciedad granujienta de las viejas de El obsceno pájaro de la noche, siento que en una forma muy profunda, y muy abarcadora, me identifico con la suciedad asquerosa de las viejas del Pájaro, y por eso no toco, ni me dejo tocar, más que en relaciones que yo mismo puedo contemplar como «sucias». Cochino, eso soy y de eso estoy sufriendo, por eso, alguna vez, siento cierto placer en el olor a orina seca que a veces queda en mi calzoncillo y que, evidentemente, sólo yo percibo. Y recuerdo el olor peculiar de mi abuelo Emilio, que era el mismo olor, que a veces, cuando yo entraba en su escritorio, creía sentir y no sabía qué era, si agradable o asqueroso. El olor a pipí de mi abuelo Emilio. Esa es mi suciedad. Pero también la de mi abuelo Emilio y de mi tío abuelo, el obispo Cienfuegos. El amor a los libros, el intelecto, el amor a la lectura, que me viene de tan lejos, desde fines del siglo XVIII. Es curioso como todo se me junta en una sensación de suciedad, incitada por una frase respecto a que quien no necesita más que cinco camisas a la semana es sucio, encontrada al pasar leyendo, of all things, The Eustace Diamonds, de Trollope.*

*¿Qué relación real existe entre el olor de mi abuelo Emilio —y de qué origen era ese olor— con las viejas sucias del Pájaro? ¿Qué metáfora son*

*para la inteligencia, la literatura en último término? ¿Y por qué, como una suciedad imaginaria, relacionada con la sexualidad, es esa sensación de mi propia suciedad, lo que me aparta, me separa, hace imposible o difícilísima, la relación mía tanto con la mujeres como con los hombres? Pienso que es olor al limbo, esa suciedad, esa suciedad «inexistente» pero que me mancha, y esta «suciedad» presente, la de mi seborrea (mínima, pero que me molesta) es lo que impide que todo el mundo, desde la Natalia, mi nieta, hasta los solemnes sociólogos y economistas que almuerzan en mangas de camisa en otras mesas del comedor del Wilson Center, me quiera, que es el olor que siento ahora, yo tengo un estigma o mancha, que a la gente le da asco y por eso no me quiere, y por eso no puedo comunicarme con ella, con nadie, y permanezco en el limbo de los que no han nacido.*

Tener un registro escrito de cada paso de la vida de mi padre desde los cuarenta y dos años en adelante y tener, también, diarios de mi madre, me enfrentan a lo que no necesariamente quisiera saber. A veces es mejor guardar los recuerdos en la memoria, que está basada en la subjetividad propia de los afectos, las situaciones, los lugares, las palabras dichas, y de ese modo que uno sea capaz de estructurarse como persona; que la selección natural guarde lo que para uno significó cada momento.

No estoy de acuerdo con este registro tan metódico y descarnado de todos los pensamientos, emociones y conflictos. Creo que si los seres humanos dejáramos plasmado todo aquello que pensamos y sentimos en cada etapa de nuestras vidas; si reveláramos el testimonio de nuestra intimidad más verdadera, la mayoría seríamos bastante detestables, odiosos y abyectos. De modo que estas citas serán entendidas en su totalidad a medida que se lea el libro y se logre comprender la complejidad que encierran. Reunirlas así, aisladas, tiene, de algún modo, la intención de despertar la curiosidad para luego develar su explicación.

Me he visto enfrentada con la palabra escrita que mi padre plasmó en sus

diarios (a la que luego de unos años todos tendrán libre acceso) y en cada página, sin darme cuenta, me encontré también conmigo; tuve que reestructurarme una y mil veces frente a lo allí escrito, ante el desconcierto, el dolor, el amor, el miedo, el odio... Pero de entre esas miles de páginas me rescaté a mí misma y quizás, finalmente, también supe quién soy, pues si bien no era su hija biológica, él me regaló en vida, y ahora a través de sus cuadernos, la voluntad de aprender a mirarme y de sacar las capas que cubren mi propia alma. Así he descubierto que tengo mucho suyo. Mi padre me enseñó a mirar, a observar, a escuchar a través del dolor y de las fisuras internas. La falta de identidad, de esa identidad tribal, ancestral, de la que no tengo conocimiento, finalmente la encontré en estas páginas. De modo que hoy sí tengo una historia, mi propia historia.

Sólo hace falta correr el tupido velo.

Y esa es la manera voluntaria que tenemos de encegarnos, de mirar lo que nos perturba y es difícil enfrentar. Abandonar la negación. Con este tupido velo cubrimos todo lo que no queremos ver, pudiendo creer así que esa realidad no existe. Inherente al hombre, este mecanismo nos protege para soportar lo que la vida tiene de intolerable y dolorosa.

Aunque mi padre pensaba distinto. Él creía que este tema era un mecanismo de la sociedad chilena para no ver la realidad de manera profunda con todo lo que ello implica. Entre los múltiples métodos de huida que identificaba, había uno que le fascinaba: las máscaras, que de paso constituían su propio modo de encubrirse.

*Lo que hay detrás del rostro de la máscara nunca es un rostro. Siempre es otra máscara. Las máscaras son tú, y la máscara que hay detrás de la máscara también eres tú y así sucesivamente y con todas las otras. Y esas máscaras resultan de lo que te enseñaron a querer y a rechazar, y de lo que tú también quieres o rechazas, y de aquello que te sirve para defenderte, y de aquello que te sirve para agredir. Y mucho más. Las distintas máscaras son*

*funcionales, las usas porque te sirven para vivir. Yo no sé qué es eso de la autenticidad. Lo que sí creo es que la vida humana consiste en un refinado y complejísimo sistema de enmascaramientos y simulaciones. Tienes que defenderte.*

De modo que este será el desafío: lograr descorrer ese tupido velo al que el mismo José Donoso, mi padre, recurría. Descubrir, finalmente, el rostro que se escondía tras sus numerosas máscaras y que ocultaban su gran temor de no ser aceptado por los demás.

## Santiago de Chile, 1961-1964

*Juan Enrique Serrano Pellé y Graciela Mendieta participan a Ud. el matrimonio de su hija María del Pilar con el señor José Donoso Yáñez, bendecido en la parroquia de San Vicente Ferrer, el día 14 de octubre de 1961, a las 12.30 horas.*

Cuando se casó con mi madre, en Santiago de Chile, José Donoso ya era el autor de *Coronación* y de dos tomos de cuentos, *Veraneo* y *El Charleston*. Estos libros habían sido recibidos con buena crítica y, en algunos casos, con aclamación.

Mis padres se conocieron en Buenos Aires en 1958. Ambos fueron elegidos por un amigo común, el pintor Gastón Orellana, para ser padrinos de su hija. Los presentaron el día del bautizo mientras mi padre sostenía en brazos a su ahijada. Esa misma tarde se inició una relación que los llevó al matrimonio tres años después. Mi madre entonces había oído hablar sobre él, cuando su prima le trajo desde Chile *Veraneo y otros cuentos*. Le dijo que ese libro había ganado el Premio Municipal de Santiago.

Ella vivía con sus padres en un lujoso departamento de la calle Alvear. El rango de diplomático de mi abuelo —por ser director delegado de la Corporación de Ventas del Salitre— le daba una posición privilegiada. Mi madre vivía rodeada de lujo, de Cadillacs, vestidos y joyas. Mi padre, en cambio, en ese momento estaba instalado en Buenos Aires con una realidad económica muy distinta. Vivía en una pensión cuya dueña era una ex prostituta francesa bastante anciana. Él era su único pensionista.

Así las cosas, una mañana que «madame» Jeanne se retrasó en llevarle el desayuno, mi padre se dio cuenta de que algo extraño sucedía. Entonces se

levantó, fue a la cocina y la encontró muerta. Producto de las indagaciones de la policía, se clausuró el departamento y él se tuvo que mudar. Después supo que la policía había hallado una cantidad importante de dinero escondida en los cajones de la francesa.

En el funeral, mi padre se encontró con gente a lo menos curiosa: una mujer bella y madura a quien la «madame» solía presentar como «Juliette, ma grande amie», quien la visitaba frecuentemente; un trío de actrices venidas a menos; un hombre canoso, atlético y tostado, con aspecto de cazador en vacaciones; una mujerona con largas uñas pintadas verde lechuga. En fin, no demasiados, pero todos parecían disfrazados, como falsos actores de alguna película de los años treinta. Mis padres deben haberse visto así también bajándose de un Cadillac conducido por el chofer ucraniano de mi madre.

Mis padres venían de mundos muy distintos. Ella, que era medio boliviana por parte de su madre y medio chilena por su padre, había pasado casi toda su vida en el extranjero. Durante su infancia vivió en Bolivia y luego en el campamento salitrero de María Elena, en el norte de Chile. Tiempo después, por razones laborales, mi abuelo fue enviado como representante de la industria chilena del salitre a El Cairo, luego a Madrid y Buenos Aires.

Acostumbrada a una vida glamorosa, a fiestas con príncipes y duques, no era extraño que vistiera trajes de los mejores diseñadores del mundo. Era alta, morena, de labios gruesos y una nariz importante; era una mujer a la que nadie podía dejar de mirar.

La frase «baila, María, baila...» se repetía cada vez que ella llegaba a las terrazas iluminadas frente al Nilo, a los salones de palacios y embajadas, a hoteles y *boîtes*. Aquello sería su gran recuerdo de esa época en la que fue el centro de toda atención gracias a la samba, baile que le brindó popularidad en cócteles, cenas y *soirées* y fue su mejor carta de presentación en un mundo lujoso pero ahora demodé.

Mi madre vivió tres años en El Cairo. Allí debió cambiar su bíblico

nombre, María Esther, por María Pilar, ya que en 1948 el suyo resultaba peligroso en medio del conflicto entre árabes y judíos.

En Egipto conoció a miembros de distintas realezas en el exilio, entre ellos a Nicolás Románov, sobrino del último zar y con quien vivió un romance. Con él asistía a fiestas en el Palacio de Sohria de la princesa Faiza, iban a navegar en falúas por el Nilo, a pasear a caballo o en camello por el desierto. Por ese entonces también conoció a Nanou Naw-al-Zaki, quien sería una entrañable amiga durante toda su vida. También de entonces data su gran amistad con Luis Guillermo de Perinat, un español encantador, muy elegante, perteneciente a la alta aristocracia de la península, que vivía en El Cairo por su cargo diplomático y a quien mi madre admiraba, sobre todo, por su gran humor.

Pero sus intereses no eran únicamente esta vida social que hoy parece sacada de un cuento de hadas. Ella tenía grandes pasiones, como la pintura, los idiomas y el periodismo. De hecho, fue la primera mujer boliviana en trabajar en forma estable en un periódico.

Mi padre, en cambio, provenía de una familia tradicional chilena, intelectual y burguesa. Para ese entonces, sin embargo, su mundo era únicamente la literatura.

En sus memorias, mi madre describe la primera vez que lo vio:

*De mediana estatura, más bien alto, se abrigaba con un montgomery azul que encontré le sentaba muy bien. No era buen mozo, pero sí atractivo, con su aire inteligente y los ojos claros que me miraban curiosos a través de los cristales de sus lentes de miope.*

Mi padre siempre trató de explotar un cierto aire inglés en su apariencia, mucho tweed, impermeables, montgomerys, prendas que usó hasta sus últimos días.

Pero había un detalle que, sin entonces saberlo, los relacionaba. Durante la infancia ambos tuvieron la misma institutriz inglesa, miss Merrington. Ella se

hizo cargo de mi padre antes de que éste entrara al colegio. Luego, ella se fue a las minas del norte para ser institutriz de una niña entonces llamada María Esther Serrano. Miss Merrington debió ser muy buena maestra, pues tanto mi padre como mi madre tuvieron siempre una ortografía inglesa impecable.

Cuando conoció a mi madre, aunque tenía treinta y siete años, mi padre ya era un viejo. Siempre se sintió atraído por la vejez. Desde niño observaba a los ancianos, hablaba con ellos, interrogándolos sobre sus vidas. Diría que casi no fue un niño, era un viejo-niño o un niño-viejo. Le gustaba seguirlos a todas partes, casi embrujado. En un cuaderno explica el porqué de esta atracción: *por su ceceo, por su cojera, por ese aroma tan particular que tienen los que transitan cerca de la muerte.*

Tal era su atracción que siempre se interesó, con especial hincapié, en analizar la vida de grandes creadores durante sus años de vejez. ¿Querría adelantarse a la supuesta etapa más creadora y reflexiva disfrazándose de viejo?

Luego, cuando por fin y de verdad fue viejo, se volvió un ser libre, asumiendo feliz esa condición que brinda la libertad para decir y hacer lo que uno quiere (para mí, en cambio, en mis recuerdos de niña, mi padre siempre fue viejo).

Mientras vivió en Buenos Aires y antes de tomar la decisión definitiva de casarse —a lo cual le tenía mucho temor—, trabajó en varios relatos, pero no encontraba el tiempo necesario para sacarlos adelante. Sobrevivía empleándose en una oficina de abogados marítimos gracias a los contactos de una amiga. Por supuesto, eso a él no le atraía en absoluto. Cansado de todo esto, finalmente aceptó el ofrecimiento de su amiga Margarita Aguirre, que tenía un campo en la provincia de Córdoba, para instalarse allí y así poder escribir con tranquilidad durante algunos meses. Así nació el volumen de cuentos *El Charleston*.

Posteriormente, decidió regresar a Chile y trabó una amistad entusiasta y



admirativa con la periodista Lenka Franulic, quien lo contrató en la revista *Ercilla*, que entonces dirigía. Mi padre aceptó este trabajo como periodista para tener algún ingreso seguro y poder escribir más tranquilamente. Trabajó ahí hasta que se fue de Chile en 1964.

Durante aquellos años en *Ercilla* debió viajar constantemente dentro y fuera del país. Así fue como le correspondió cubrir el terremoto de 1960 en el sur de Chile.

*Yo trabajaba como redactor de la revista Ercilla. A la mañana siguiente del tremendo sacudón, fui enviado en un monoplano de la Fuerza Aérea Nacional —cabeza al aire, gorra y antiparras inmensas, la materia esponjosa y húmeda de las nubes palpando mi rostro y el del piloto del asiento delantero— a recorrer esa zona con el propósito de que enviara a la revista el primer informe sobre la catástrofe que apareciera en la prensa. Como era de esperarse, mi informe resultó más literario y personal que periodístico y objetivo, y adolece de pobreza de información y de datos pormenorizados.*

A los pocos meses obtuvo el Premio Chile-Italia. Éste consistía en un viaje por las distintas ciudades de la península. Aprovechando la ocasión, asume como corresponsal en viaje durante varios meses para la misma revista *Ercilla*. El premio, sin embargo, no incluía el pasaje desde Chile, por lo que consiguió que la Editorial Zig-Zag le diera un adelanto por su próxima novela y así partió.

La separación de varios meses fue una dura prueba para mis padres. Las cartas iban y venían, algunas llenas de amor; otras, de reproches.

Desde Italia mi padre mira sus posibles perspectivas literarias y las de su compromiso con mi madre luego de dos años de relación. Mientras pasa unos días en Florencia, escribe en su diario:

*Tarde increíble de soledad y emoción en Santa Croce. Larga caminata de vuelta a casa. Mi llanto en Santa Croce fue algo inevitable, envidia de una*

*pareja de enamorados que divisé y, sobre todo, de la sonrisa de placer que él —cojo de una pierna— le dirigió a ella al ver en la tumba el nombre Galileo.*

En su recorrido por ese país, mi padre goza con la arquitectura y la pintura, aunque se siente solo y triste. La nostalgia lo invade:

*Me gustaría conversar estas cosas con alguien. Pero en Italia nadie escucha, todos hablan y cuentan sus problemas, a nadie le importa lo que la otra persona pueda decir o contar, como María Pilar.*

De hecho, le escribe a mi madre largas cartas de amor, colmadas de nostalgia. Le dice que si no es con ella, no podría compartir su vida con nadie más.

Este largo período, además de ser una experiencia inolvidable, marcaría una constante: el viaje siempre fue para él una gran aventura, un goce muy personal, basado en la observación, la crítica y el conocimiento.

Primero llegó a Milán, donde escribe sobre la apertura de la temporada de ópera con la muy polémica *rentrée* de María Callas en La Scala, después de que ella tuviera una escandalosa conducta hacía algunos años. La Callas cantó la ópera de Donizetti *Poliuto*. Mi padre estaba deslumbrado con el ambiente mundano que al mismo tiempo se vivía: mucha joya, mucho escote, mucho frac.

Aristóteles Onassis, Grace de Mónaco, entre otros asistentes destacados, aplaudían a la Callas. Describe de una manera elocuente la atmósfera y termina su artículo mencionando hasta el menú de un restaurante muy elegante donde Aristóteles Onassis agasajó a la Callas luego de la función: ostras de Holanda, trucha de Escocia y pavo a la Savini.

Mi padre entrevistó a los hermanos del Papa Juan XXIII, Zaverio y Alfredo Roncalli. Luego, viajó a Trieste en busca de las huellas de James Joyce. Relata la vida del autor de *Ulises*, quien llegó a Trieste sin nada y fue contratado como profesor en la Berlitz School. Allí habló con quienes lo conocieron y lo recordaban como un hombre extraño, difícil, indescifrable,

pero claramente excepcional. La cuñada de Joyce aún vivía en Trieste y también la hija del gran escritor italiano Italo Svevo, que fue íntimo amigo de Joyce. Ambas relataron a mi padre la estadía de Joyce durante esos años en Trieste.

Incansable, tomó rumbo a Sicilia, ahora en busca del mundo de *El Gatopardo*, del príncipe de Lampedusa. En su búsqueda conoció en Palermo a una chilena, Sonia Ortúzar Ovalle, de setenta y tres años, en ese entonces duquesa de Aliata de Salaparuta, que vivía en una lujosa villa de Bagheria y había sido amiga personal de Lampedusa. También conoció a Gioacchino Lanza di Mazzarino, hoy Gioacchino Tomasi di Lampedusa, hijo adoptivo del autor de *El Gatopardo*, quien inspiró el personaje de Tancredi, según se dice. Mi padre lo observa minuciosamente tratando de reconocer en él al personaje.

Continuó su viaje por la ciudad de Merano. Ahí entrevistó al poeta Ezra Pound, quien vivía encerrado entre los cerros del Alto Adige, en el Castillo Brunnenburg de su hija Mary, casada con el príncipe Boris de Rachewild. Le había pedido a unos amigos comunes que lo llevaran a visitarlo. Estaban todos reunidos en la sala del castillo cuando entró Ezra Pound, alto y delgado, quien se hundió en un sofá. De pronto, le preguntó a mi padre de dónde era y, al responderle que de Chile, le dijo que el español era un bellissimo idioma y siguió contando ciertas cosas. Luego, volvió a sumirse en el silencio, pero al despedirse de mi padre, Ezra Pound le dijo: «He dicho muchas cosas inteligentes en mi vida, pero he hecho tan pocas...».

Finalmente, antes de volver a Chile, en Roma entrevista al pintor Chirico. Sentado en el famoso Café El Rosati, divisó por primera vez a Giorgio de Chirico y consiguió una entrevista. El día señalado llegó a un departamento de un excesivo lujo barroco. Según mi padre, todo lo contrario a lo que debe ser la casa de un artista.

Hay muchos otros artículos que escribió, los cuales muestran una faceta

suya muy desconocida: un periodismo literario único, teñido por la fantasía. Permiten entrever su visión tan particular del mundo que lo rodeaba, en especial la de Chile, llegando a lugares remotos, descubriendo realidades, personajes olvidados, rescatando tradiciones, además de un amplio registro de entrevistas a personajes de la cultura nacional.

De regreso en Chile le escribí a mi madre para encontrarse en Santos, Brasil. En un momento de locura, quisieron casarse en el barco, pero mi madre lo pensó mejor y desistió. Así, su largo noviazgo, no carente de altibajos, dudas, frustraciones y desencuentros, continuó en Chile hasta culminar en el matrimonio.

Al poco tiempo de casado, mi padre ya se había propuesto salir del país. Se sentía atrapado en un callejón, literariamente hablando, y pensaba constantemente en buscar nuevos horizontes.

Para él era absolutamente necesario escribir una obra mayor, algo que lo levantara más allá del medio, aunque no supiera bien en qué dirección. Tenía la ambición de hacer algo monumental, el retrato de todo un mundo. Sí, retratar, porque aunque parezca increíble, en aquella época todavía existía la obsesión con la «novela documento», con la «sencillez estilística» y la «claridad» como elementos necesarios para la gran prosa. En un ensayo revela:

*Supongo que se trataba de un neorrealismo, de inspiración marxista, de literatura útil, significativa. No recuerdo quién me contó que Pablo Neruda había dicho en alguna parte: «Pepe tiene que escribir la gran novela social de Chile. Nadie siente el frío de los pobres como lo siente Pepe». Lo que, claro, es absurdo.*

Estaba en estos conflictos cuando cayó en sus manos *La región más transparente*, de Carlos Fuentes, una de esas obras clave que llegan con un mensaje en un momento preciso. De una plumada terminó con todos los cánones de la sobriedad y la medida chilena. Destruyó su deseo de hacer algo

literal que sólo fuera una transposición de la realidad. Le abrió las puertas a otro mundo, a otra estética.

*Leer a Carlos Fuentes era como respirar por primera vez, era desembarazarse de una vez de todos los prejuicios del buen gusto, de la medida, de la realidad comunicable sólo de una manera documental, de la linealidad de la novela. Tan distinta a las grises tentativas de los novelistas de la llamada «Generación del 50» en Chile.*

Como marido, mi padre le exige a mi madre dos cláusulas matrimoniales indispensables. La primera, que supiera manejar un auto, ya que él no sabía y no iba a aprender nunca y, la segunda, que debía leer a Proust, porque si no, no tendrían de qué hablar.

Antes, durante y después de contraer matrimonio, José Donoso se somete a un proceso de psicoanálisis sin el cual quizás no hubiera dado ese paso tan definitivo que es casarse. Definitivo sobre todo cuando ocurre, como en su caso, a los treinta y siete años. Esto, sin embargo, no deja de ser la causa de los tempranos quiebres con mi madre, quien, a pesar de sus sufrimientos e inseguridades, lo apoya en todos sus proyectos.

El costo, como se verá en esta carta de noviembre de 1961, es alto:

*Primera página de mi diario casada. Pepe dice que respetará mi diario, ojalá.*

*Estoy triste sin saber por qué muy bien. En este momento significa, al escribir, poder ser totalmente yo sin el temor de desagradar a Pepe, sin tener que esconderme a mí misma constantemente, de no hablar, de estar callada porque Pepe no quiere que hable.*

*A Pepe tampoco le gusta mi risa, sólo a veces...*

*Pienso que de verdad le intereso sólo como obra y reflejo suyo.*

Pero luego, en otras páginas del diario, se siente feliz y escribe que su felicidad se llama «Pepe»:

*Qué maravillosamente delicioso es sentirse feliz como esta noche. Sentir*

*su deseo esta mañana, nuestra unión y alegría por la tarde, el que no quiera salir, ni estar con nadie, que el estar conmigo incluso sin hablarme como ahora que lee junto a mí.*

En ese momento mi padre estaba atravesando por un embotellamiento literario. Sentía que no podía saltar más allá de su propia sombra y que vivía una vida que no le gustaba. Años después recordará esa época:

*Y en mi sombra me encontraba siempre con la figura de un clochard, de un ser totalmente destituido y sin nada. Recuerdo, como primera piedra de El obscuro pájaro de la noche, las largas conversaciones con mi psicoanalista sobre esa figura que me acosaba, con la que soñaba, por la que sentía un atractivo feroz y un terror espantoso. Recuerdo, sobre todo, la envidia que me daba ese hombre que no tenía miedo porque no tenía nada que perder, cómo el clochard quedaba situado fuera del miedo, fuera de la envidia, como era, de alguna manera, la imagen del poder, yo quería ser él. Pero como nunca se me planteó la vida como una disyuntiva definitiva entre el clochard o el amparo del matrimonio que me salvaría de la temida intemperie de estos. Los seguía, les hablaba, sentía que la necesidad de ponerme en contacto con el mundo de ellos aumentaba, crecía, me obligaba a buscarlos una y otra vez, de nuevo con ese deseo de abandonarlo todo, de borrar mis huellas, de dejar atrás mi identidad y ser uno de ellos, en Santiago, en Buenos Aires, en Marruecos, en cualquier parte del mundo. Era la libertad de la destitución, de no poseer nada ni ser nadie, lo que en ese momento me seducía; más aún, lo que envidiaba obsesivamente.*

A los pocos meses de matrimonio esta obsesión queda relegada por los problemas domésticos. Vivían entonces en una casita en el campo, en Santa Ana, Talagante, y él escribía su cuento «Santelices».

Mi madre sigue escribiendo en su diario las primeras experiencias de casada. Son palabras dolorosas y que describen la dinámica de una relación que se perpetuará en el tiempo:

*Me dijo que cuando salíamos juntos lo dejaba en vergüenza. Debo convencerme de que por un largo tiempo no debo ser más que una sombra decorativa al lado de Pepe cuando estamos con gente.*

*Por el momento lo más importante es él, su angustia, su realización, su obra, su vida, y yo como un complemento para ella.*

Como vivían siempre en casas prestadas por algún amigo generoso, mi abuelo materno les regaló finalmente una que ellos podían diseñar a su gusto. La construcción tomó un lugar central y obsesivo en su existencia, desterrando, o enterrando momentáneamente, su profunda ligazón y dependencia de la idea del *clochard*. Era, en un plano simbólico, la negación a su posibilidad de «ser» un *clochard*, tener casa, mujer, jardín...

Hablando conmigo, cuando la muerte estaba ya cercana, me explicó, tendido en el chaise-longe de su estudio, su obsesión con los *clochards*:

—Una vez un amigo me dijo que quizás mi literatura se había empobrecido por todas las cosas que yo me negué, por no aceptar la disolución en mi vida, por no asumir que esa era «mi realidad». Quizás tenía razón, tal vez mi verdadera vocación se encontrara en la disolución. Y pensé y pensé durante días y días en el *clochard*, que encarnaba todas las posibilidades de disolución. Pero pensé también que uno de los atributos inseparables del escritor es su inmoralidad. Entregarme a la disolución del *clochard* hubiera sido sin duda un acto de integridad moral... integridad moral que indudablemente me hubiera impedido escribir. No hay que olvidar que siento terror, además de seducción, por la disolución y por el «clochardismo». Y actué, entonces, como tantas veces actúo, por terror, y dije no, y fui un ser inmoral porque preferí seguir siendo escritor antes que seguir «mi realidad», como si uno tuviera sólo una. Me reconozco un ser incompleto, no he vivido hasta las últimas consecuencias muchos de mis impulsos. Pero quizás sea esa inmoralidad mediante la cual voluntariamente me mutilo y acepto ser un hombre incompleto, lo que me permite escribir y lo

que da a mi obra el sabor y el carácter que tiene. La esencia del escritor, me parece, es su visión limitada.

Pocos meses después de casados la vida en pareja se complica. A esas alturas, para mi madre el alcohol es un tema importante y causa roces en la relación. Además, deben operarla de urgencia a causa de unos quistes uterinos.

La noche en que se hospitalizó, escribió en su diario:

*Se acaba de ir Pepe y empieza la noche larga y difícil de la víspera de mi operación. Estoy sola y deprimida, asustada de esta noche larga y vacía. Esta noche no podré tomar mi clásica «mamadera» para dormirme...*

*Me doy cuenta de que un problema que tengo que elaborar dentro de mí es mi sed de amor concentrada ahora en Pepe. Está bien quererlo tanto y él lo desea, pero mi excesiva ternura y deseo de amor pueden cansarlo. Quisiera por ello trabajar en algo interesante que me dé algo de «vida propia» aceptable y aprobable por Pepe. No tengo aún ni casa ni hijos que me ocupen, es complicado y caro empezar a pintar, aparte del hecho de que necesitamos que yo gane plata.*

*No quiero olvidarme de lo que me dijo hoy Pepe: «Cuando la odio a usted es porque me odio a mí mismo». Parece que sí me quiere, me ama mucho y me es tan importante.*

Luego de la operación, a mi madre le dieron pocas esperanzas de tener hijos. Dado que lo que más quería en el mundo era un hijo, el pavor de ser estéril la marcó profundamente. Los almuerzos familiares llenos de sobrinos, las navidades, las visitas a casas de amigos con hijos, comenzaron a ser un calvario para ambos.

Pero en el campo en Santa Ana hubo también momentos maravillosos. Escribe mi padre:

*Era una época de acercamiento y amor total, pese a las regulaciones exteriores, a nuestros deseos e impulsos que regían nuestro amor físico.*



*Recuerdo el frío invierno, cuando yo la hacía desnudarse junto a la estufa y me pasaba gran parte de la tarde dibujándola, hasta que la chimenea le ponía colorada todo un lado del cuerpo. Recuerdo la primavera, debajo de la glicinia, el perro a nuestros pies, y el olor a miel, bajo esa cortina de flores calientes. Recuerdo que María Pilar pintaba unos bodegones muy simples, muy blancos, quizás lo que más me gusta de todo lo que ha pintado en su vida, por lo directos. Recuerdo esa sensación de felicidad.*

Mi madre comparte esos sentimientos:

*Días de felicidad con Pepe. Hoy, por ejemplo, me llamó para hacer el amor a media mañana en medio de su trabajo y el mío, y tuve la sensación de que aunque yo pude gozar, a él le costó hacerlo y sólo pudo muy al final. Es él lo que cuenta... a quien amo, bendigo y agradezco a Dios que me lo dio y nos bendiga también con un hijo. Como siempre, como todo en mi vida, está costando mucho.*

Es en ese preciso momento cuando empieza a escribir *El obsceno pájaro de la noche*. Lo primero que escribió fue el prólogo, en agosto de 1962, y terminaría en 1969. Muchos de los elementos de la novela final existían ya en estado embrionario en esa época, lo central, lo que engendró *El obsceno pájaro de la noche* fue el problema de la esterilidad. El Pique, al que alude en la novela, era un abyecto perro sarnoso, flaco y amarillo, que rondaba la casa de Santa Ana, tenía una mirada servil e hipócrita, se escabullía dentro de la casa y aparecía por todos lados. A pesar de que eran muy aficionados a los perros, no podían soportarlo, y mi padre, especialmente, le tenía una aversión particular.

Una noche en Santa Ana ocurre un hecho que marcará la escritura del *Obsceno* de acuerdo a un ensayo sobre la gestación de esta obra:

*Yo había estado escribiendo mucho, recuerdo, y llamaron mis cuñadas un sábado para preguntar si podían ir a pasar el domingo en familia con nosotros. María Pilar contestó que lo sentía mucho, pero que era imposible*

porque yo estaba trabajando mucho y no se me podía interrumpir. Sin embargo, el domingo llegaron mis dos hermanos, con mis cuñadas y sus hijos, a quienes María Pilar y yo queríamos mucho, y queremos mucho. Me llamó a una habitación furiosa, diciéndome que era el colmo, que porque yo era escritor no se me respetaba, que si yo fuera cirujano como mi hermano Pablo, a ver si me iba a recibir durante una operación, etc., etc. Yo le dije que se calmara, y que —aunque tenía toda la razón del mundo— no tenía razón, y que puesto que estaban ahí, bien valía la pena pasarlo lo mejor posible. Yo estuve especialmente cariñoso con mis sobrinos y quizás porque sentí cierta hostilidad de María Pilar hacia ellos, algo me impulsó a «echarla», a decirle «Ándate... no quiero saber más de ti». Después que partió la parentela, nosotros cenamos. Noté que María Pilar había bebido y que tambaleaba un poco. Nos acostamos. Afuera la noche estaba inmensa y estrellada, era de primavera. Y entonces María Pilar comenzó a llorar, a decir que ella no servía para nada, que yo la había echado porque ella no era capaz de darme un hijo, o porque no me lo había dado todavía y quizás nunca me lo daría, que era basura, abyecta, que me dejaría, que claro, no merecía vivir a mi lado, que mejor se iba a vivir con el Pique, que cuando yo la necesitara, para lo que fuera, aunque no fuera más que para barrer la casa, la fuera a buscar a la caseta del Pique, que aullaba y aullaba, que la estaba llamando, que había luna llena, que ella me quería a pesar de todo y estaba a mi disposición, pero que no quería molestarme, porque no me merecía, ella sólo merecía al Pique. Con un empujón se liberó de mi abrazo, para ir desnuda donde el Pique, y cayó al pie de la cama, borracha, vomitando. Traté de consolarla, y entre abrazos y reconciliaciones, entre la angustia y el aullido del Pique afuera, se prolongó una de las noches más memorablemente embriagadas, abyectas, magníficas de mi vida, que cambió y me hizo aprender la relación con mi mujer, y, ciertamente, cambió el rumbo

de El obsceno pájaro de la noche. *Hijo de esta noche real fue uno de los capítulos de la novela.*

Para mi madre, en tanto, el tema de la infertilidad fue cada vez más doloroso:

*Mi deseo de un niño. Me he dado un año hasta probar otro médico.*

*Hoy creí ver cruzar a mi perro entre los autos y estoy llorando a sollozos. Este perro es la imagen del hijo que no tengo.*

*La angustia... dice Pepe que no debo «mamarme» por las noches como lo hago, compulsivamente tantas noches, por huir. Mi miedo se mete siempre en una copa de alcohol... tengo que encontrar otra respuesta, o no, enfrentarme con él y dejar que la respuesta se imponga.*

La casa que se estaban construyendo en Los Dominicos avanzaba. Su diseño quedó a cargo de dos arquitectos jóvenes, Rodrigo Márquez de la Plata y Jorge Swinburn. Aunque mi abuelo materno les había regalado esa magnífica casa, de todos modos fue una época muy difícil. Lo que mi padre recibía por sus colaboraciones en la revista *Ercilla* no era suficiente. Mi madre, asimismo, aportaba a la inestable economía familiar haciendo traducciones de obras como *Les personnages*, de Françoise Mallet-Joris, o *Who's Afraid of Virginia Woolf*, pero eran muy mal pagadas. En su diario apunta sobre esta última:

*Estoy traduciendo Who's Afraid of Virginia Woolf. Es una obra estupenda y cruel. También encuentro que dirigida a un público muy sofisticado, pues está llena de sobreentendidos y simbolismos psicoanalíticos.*

Debido a los gastos del tratamiento ginecológico contra la esterilidad y la cuenta del psicoanalista, apenas si podían mantenerse a flote.

La casa, no obstante, se termina de construir y por fin se trasladan a Los Dominicos. Es realmente espectacular: tiene un gran patio circular rodeado

de un muro como una viruta, con una torre hermética con un salón de dos pisos, y la cara interior de la casa abierta al parque y a la cordillera. A pesar de lo palaciego de la residencia, no tienen siquiera cómo calefaccionarla. Los sábados tenían *open house* a la hora del té y la casa se llenaba de amigos y enemigos que venían a verlos o a husmear. En esa época desfiló todo el mundo de la picaresca artístico-social-literaria por allí, desde Catalina Cruz y Manolo Montt hasta María Elena Gertner, Sonia Vidal, Manuel Rojas y Juan Agustín Palazuelos. Su gran amiga, Inés Figueroa, la primera mujer de Nemesio Antúnez, nunca quiso visitarlos.

Mi madre escribe justo antes del traslado a su nuevo hogar, donde todo se hará más difícil:

*Cómo disfruto de la deliciosa calma, qué deliciosa vida la de estos meses, solos acá arriba, casi sin ir a la ciudad. El campo, su sol de invierno, el tecleo de la máquina de Pepe, el juego de los perros y yo pensando lo feliz que soy y cómo gozo de esta vida.*

*Pepe dice que está demasiado pegado a mí. Me da miedo pensar en este próximo año en USA. Soy, somos tan felices.*

A su vez, mi padre apunta:

*Recuerdo las reuniones en mi casa los sábados y el silencio del resto de la semana, recuerdo que escribí, escribí mucho, recuerdo haber leído La ciudad y los perros, de Mario Vargas Llosa, recuerdo estar obsesionado con la pugna Cortázar-Sábato, tan inseparables en mi imaginación, recuerdo haberme hecho amigo de Carlos Alberto Cruz, que me satisfizo como amigo como hacía tiempo no me satisfacía ningún amigo nuevo, recuerdo que dejamos de ir a ginecólogos y volvimos a una vida erótica normal, nuestra, no esclavizada.*

*Recuerdo a muchos amigos en ese tiempo, recuerdo sobre todo cómo fructificó nuestra amistad con la pareja Jorge Swinburn y Poly del Río. Él era uno de los arquitectos que nos construyó la casa. Ella empezó a escribir*

*conmigo en las jornadas del cuento organizadas por Enrique Lafourcade en 1954, y posteriormente llegó a ser una de las «musas» de quien todos los escritores se enamoraban. Nos visitaban con bastante frecuencia, y con ellos era de las pocas personas con quienes se podía hablar de «gente», sin «pelar», sino analizando, desmenuzando, un arte que después cayó completamente en desuso. Poly tenía alrededor de ella una corte de amigos-adoradores, Antonio Avaria, Armando Uribe, Jorge Sanhueza; todos, menos Sanhueza, muchísimo más interesantes contados por ella, desmenuzados y analizados por ella, que conocidos en su cotidiana realidad.*

Mi padre trabaja incansablemente: escribe y reescribe los primeros capítulos de *El obsceno pájaro*. Siente la imposibilidad de hacer que la novela avance. Escribe lo mismo sin incorporar más situaciones ni personajes; da vueltas en círculo y el proceso creativo se convierte en un laberinto.

A pesar de las dificultades, las ideas se le agolpan una tras otra. Anota fechas, planes, estructuras, argumentos; la mayoría de los personajes ya están perfilados: la Peta Ponce, Humberto Peñaloza, Jerónimo de Azcoitia, Inés, la Iris Mateluna, Boy. En tanto, otros proyectos ocupan su cabeza y eso le permite descansar un poco de *El obsceno pájaro de la noche*. En su diario anota:

*Juego, durante un día, con la idea de un curso y un libro sobre la novela contemporánea, que sugiere una visita del escritor chileno Mauricio Wacquez. Introducción: novelistas norteamericanos hoy. 1: Cortázar, el artista libre. 2: Carlos Fuentes, el sociólogo. 3: Ernesto Sábato, la metafísica Argentina. 4: Mario Vargas Llosa, hacia un humanismo integral de la novela. Pero decido no hacer nada. No puedo. Mi novela, mi novela, mi novela. Este libro lo proyecto para cuando yo cumpla cuarenta años.*

Tardará cinco años más.

El trabajo en la revista *Ercilla* lo agobia y la idea de irse de Chile empieza

a ser una necesidad. Por entonces, en noviembre de 1964, es invitado a un simposio en México. Es su primera invitación al extranjero en calidad de escritor. Saldría de Chile sin sospechar que esa ausencia duraría dieciséis años.

Mi padre había conocido a Carlos Fuentes dos años antes, en un congreso en la Universidad de Concepción en 1962. Al ser presentados, el mexicano le dijo:

—Tú no te acuerdas de mí, pero estuvimos juntos en el colegio The Grange, cuando mi padre era diplomático aquí en Chile; yo estaba varios cursos más abajo que tú, por eso no te acuerdas de mí.

Se hicieron amigos inmediatamente. Carlos Fuentes le pidió que le regalara *Coronación* para llevárselo y mi padre le entregó varios ejemplares. Luego, se escribieron cartas durante los meses siguientes. Un día, Fuentes lo llamó:

—Cuate, le entregué tu novela a Fidel Castro y a mi agente literario en Nueva York, Carl D. Brant, que se la mandó al gran editor norteamericano Alfred A. Knopf y quiere editarla.

Así se abrió para él el mercado internacional.

Carlos Fuentes, casado entonces con la bella actriz Rita Macedo, lo invita a quedarse en su casa y le presta una casita de huéspedes, que estaba al fondo del jardín, por tres meses para que escribiera tranquilamente.

El simposio, financiado por la Fundación Rockefeller, se lleva a cabo en la ciudad de Chichén Itzá, en Yucatán, a la cual, por la distancia, sólo podía llegarse en avión. Carlos Fuentes y él estaban asustadísimos ante la idea de este viaje (ambos tenían en común el terror a volar en avión), pero finalmente parten junto a personalidades como Juan Rulfo, Lillian Hellman, William Styron, Norman Podhoretz, José Luis Cuevas y otros tantos, en un viaje que, tal como lo preveían, resultó infernal, con fuertes turbulencias, gritos de pánico y el consiguiente alivio una vez que tocaron tierra.

Años después, en el living de la casa en Santiago, Carlos Fuentes, tendido en un sofá, recordará este episodio entre risas e ironizando sobre lo que habría pasado si ese avión se hubiera caído:

—Habría sido el fin de una generación de luminarias literarias completa y el curso de la literatura latinoamericana habría cambiado por completo.

Aquella vez también recordaron amenamente cómo un grupo de estas lumbreras, con tequila, whiskys y daiquiris en el cuerpo, tenía un gran alboroto en el pasillo del hotel jugando trivia: ¿Quién hizo el papel de Prissy en *Lo que el viento se llevó?*, ¿Con quién se casó el modisto Adrián? Mi padre, Cuevas y Styron eran los campeones indudables y los que más gritaban. ¿Intelectuales serios, durante un simposio, hablando de Lupe Vélez haciendo el papel de Cleopatra?

Este episodio le reveló a mi padre una nueva visión de un mundo que desconocía, según destaca en *Historia personal del Boom*:

*El poder contestar algunas de esas cosas absurdas asentó de cierta manera en mí la sensación de pertenecer a una generación internacional y contemporánea, ya que participábamos todos de los mismos mitos cosmopolitas, a cuyos personajes aludíamos, y que para nuestra generación estos mitos triviales, tantos de ellos rescatados por el pop, tenían una vigencia por lo menos tan grande como los heroicos mitos nacionales.*

Esa notable velada llena de recuerdos y risas será recordada también por una noticia triste. Esa misma noche, en el living de nuestra casa de Galvarino Gallardo, Carlos Fuentes, casado hacía muchos años con su segunda mujer, Silvia Lemus (La Güera), recibió la noticia de la muerte de su primera esposa, Rita Macedo.

De regreso en Ciudad de México, Carlos Fuentes invita a una comida en su casa para despedir a todos los asistentes al simposio. Esa noche mi padre conoce a Gabriel García Márquez. Mientras actrices, escritores, poetas, pintores, escultores, autoridades, cantantes y todo tipo de asistentes

disfrutaban de la fiesta, mi padre buscaba a García Márquez por los salones, porque había leído *El coronel no tiene quien le escriba* y alguien le había dicho que Gabo estaba en la fiesta. De pronto, se le acercó un señor de bigote negro que le preguntó si él era Pepe Donoso y con un abrazo latinoamericano comenzó una gran amistad, no exenta de futuros problemas, o envidias escondidas bajo la alfombra:

*Vi a García Márquez como un ser sombrío, melancólico, atormentado por su bloqueo literario tan legendario como los de Ernesto Sábato y el eterno bloqueo de Juan Rulfo, del que salió con la gloria que es de conocimiento público.*

Para mi padre el inicio del Boom como tal comienza con esta fiesta en casa de Carlos Fuentes, presidida por la figura hierática de Rita Macedo cubierta de brillos y pieles, y a la que describe como *una diosa estática, intocable, era como si las autoridades culturales de México la hubieran prestado para la ocasión como valiosísima pieza traída del recién inaugurado Museo Arqueológico y Antropológico de México.*

Esos meses en México fueron deliciosos para mis padres: buena relación entre ellos, paz para escribir, amigos, sabores, olores... Pero aun así él estaba atormentado por el lento y difícil desarrollo de *El obsceno pájaro de la noche*. Escribe entonces *El lugar sin límites*, que en un principio se llamaría *Ríe el eterno lacayo*. Aquel libro surgió de un pequeño episodio de apenas una página presente en una de las tantas versiones de *El obsceno pájaro*. Al respecto, mi madre, en su libro de memorias *Los de entonces*, cuenta:

*Carlos Fuentes, en su escritorio, situado en el living de la casa, escribía Cambio de piel, con el tocadiscos a todo dar con música barroca, ponía una cortina de sonido entre él y el mundo que lo rodeaba. En la casita chica de atrás, al fondo del jardín, Pepe escribía El lugar sin límites. Yo, en una mesa puesta en la sombra del jardín, traducía Harry is a Rat with Women. Y Rita, en su pieza de costura que daba al jardín, trabajaba con su máquina de*



*coser. Los ruidos, sumados a la música de Carlos y al tecleo de las tres máquinas de escribir, componían un concierto extraño, muy moderno.*

Unos meses después, a mediados de 1965, viajan a Nueva York invitados para el lanzamiento de *Coronación* por la Editorial Alfred A. Knopf. Era su primer libro traducido al inglés. La partida estuvo llena de complicaciones, pues al ir a buscar la visa para ingresar a los Estados Unidos se llevaron la gran sorpresa de que había sido rechazada. De inmediato empezaron a indagar sobre lo que podría haber ocurrido y luego de muchos llamados telefónicos descubrieron que el embajador de la India en Chile había informado a Estados Unidos que mi padre era comunista y miembro activo del Instituto Chino-Chileno de Cultura.

¿Cómo se gestó todo esto? Por una increíble venganza. Años antes, mientras trabajaba como reportero para la revista *Ercilla*, este embajador le pidió a mi padre que escribiera un artículo sobre la invasión al Tíbet por los chinos, para el cual él le daría todos los datos. Mi padre estuvo de acuerdo, pero quiso incluir información de la versión china de los hechos. Al parecer, esto hizo que el embajador se sintiera ofendido y se vengó. No pudieron viajar sino hasta que aclararon el asunto. Una vez que todo estuvo despejado pudieron entrar a Estados Unidos.

En Nueva York alojaron en casa de John Elliott, amigo de mi padre de los tiempos en que ambos estudiaban literatura en la Universidad de Princeton.

Alfred A. Knopf era el supremo editor americano de ese entonces. Su sello era uno de los más influyentes y de mayor visión para presentar al público norteamericano la literatura extranjera. Era, además, un gran sibarita: nadie como él sabía tanto de comida y sitios donde comer, y, por lo demás, nadie era más expresivo que él cuando el vino o el plato no cumplía con sus requisitos. Ser editado por Knopf, en aquellos tiempos, era toda una hazaña e implicaba un gran ceremonial.

La llegada a Nueva York, el ambiente, su nerviosismo por el lanzamiento

de *Coronation* son recreados por mi padre en un ensayo:

*Alfred A. Knopf y su mujer, Blanche, me ofrecieron un almuerzo en el Harmonies Club, el Club de la Unión Judía, y sólo entonces caí en que era judío, y pese a mis años como estudiante en la Universidad de Princeton, nada sabía sobre el vasto mundo judío neoyorquino hasta que leí Old Money, de Nelson W. Aldrich Jr., para comprender las diferencias, y sobre todo para captar la inmensidad del poder de los judíos en Nueva York.*

*María Pilar tenía muchos vestidos elegantes que guardaba de su trousseau para asistir al almuerzo, pero no tenía zapatos, así que partimos corriendo a comprar unos a la tienda más barata que encontramos y fueron la sensación de la fiesta. Alfred Knopf nos recibió muy elegante y refinado, pero algo pintoresco, gran gourmet; la comida era increíble. Su mujer, Blanche, una señora de piernas largas y flacas, se ocupaba de toda la parte francesa de la editorial, era muy amiga de Camus. Fue ella quien durante la Segunda Guerra Mundial le regaló «el impermeable» a Camus, que fue su atuendo típico. Blanche hablaba con María Pilar en un rincón, y ante la conversación ansiosa de María Pilar de no poder quedar embarazada, le contestó muy seriamente «don't have children, have dogs».*

Después, el editor los llevó a comer a la casa de John Hersey, donde cenaron con el arquitecto Philip Johnson y Richard Ellmann, el biógrafo y editor de James Joyce, además de otros notables comensales. Al día siguiente, la invitación fue al Metropolitan Opera y al Opera Club, pero de etiqueta. Mi padre tuvo que rápidamente conseguir prestado un esmoquin para tal ocasión. Sentando en el palco del club sentía que el mundo se abría ante él.

José Donoso recuerda a este personaje tan especial que era Alfred Knopf como un hombre corpulento y colorado, vestido siempre con camisas escandalosamente llamativas, con unos agresivos bigotes y patillas blancas,

con innumerables pares de anteojos, siempre colgando sobre su pecho junto a su máquina fotográfica. Era un verdadero espectáculo.

Los Knopf invitaron a mis padres a pasar un fin de semana a su casa en Purchase, Connecticut, en las afueras de Nueva York.

*Antes de la cena no sirvió más que un jerez muy suave (consideraba una grosería tomar whisky, que anestesia las papilas del gusto). Recuerdo el menú de gourmet: una entrada consistente en delgadas rajadas de melón rosa alternadas con melón verde, espolvoreadas con un poco de jengibre confitado; luego, un espectacular y abundante guiso de perdices en una fuente, cubierta por masa de milhojas; no recuerdo el postre. Se habló de muchas cosas, entre otras de la belleza de la campiña americana, que lamentábamos no conocer mejor. Entonces, Alfred rugió: «Si hubieran tenido la cortesía de levantarse más temprano esta mañana, los pensaba llevar de paseo».*

*Era verdad, María Pilar y yo llegamos agotados después de los inusuales festejos neoyorquinos y para reponernos habíamos dormido toda la mañana. Al echarnos en cara nuestra descortesía, Alfred se puso rojo de ira, parecía que iba a estallar al igual que cuando lo conocí por primera vez en Chichén Itzá e irrumpió sobre el bullicioso juego de trivia que sosteníamos: Knopf apareció en pijama y nos gritó que nuestra conducta no era decente y mejor sería que nos fuéramos a acostar si no queríamos que se quejara a las autoridades del hotel.*

En este viaje a Nueva York coinciden con Carlos Fuentes. Estaba supervisando la filmación de la última parte de *Las dos Elenas*, en la que actuaban William Styron, Norman Podhoretz, Jules Pfeiffer, Lee Radziwill. Mis padres aparecieron como extras en una fiesta en el Hotel Saint Regis.

El último día son invitados a una comida para agasajar a Carlos Fuentes en el departamento de Rodman Rockefeller y su esposa, Bárbara, quienes habían financiado el simposio realizado recientemente en México. Esperando

encontrar grandes lujos, quedaron sorprendidos con la exagerada sencillez del decorado: la cena misma fue desilusionante, pues esperaban caviar y champagne francés, pero era un simple cordero con patatas cocidas. Mi madre recuerda a raíz de esta invitación:

*Rodman comentó:*

*—Nosotros no vamos a discotecas porque son muy caras.*

*Pensaba, estoy segura, que esa declaración, el sencillo cordero y las porcelanas falsas serían puntos a su favor, que atraerían nuestra aprobación y simpatía latinoamericana, y que no percibiríamos su sentimiento de culpa.*

Después, por esas cosas fortuitas de la vida, lo llaman de la Universidad de Iowa para ofrecerle un puesto como profesor de un curso sobre literatura inglesa.

Acepta inmediatamente.

## Iowa, 1965-1967

En aquellos años la narrativa latinoamericana era poco difundida en Estados Unidos. Había muy pocas traducciones de las obras que se estaban escribiendo. La poesía, en cambio, era mucho más accesible y valorada. De modo que cuando mi padre propuso a la Universidad de Iowa hacer un curso sobre narrativa latinoamericana contemporánea, sus colegas lo miraron sorprendidos.

*Fui el primero en hablar de literatura latinoamericana. Me preguntaron por qué quería enseñar «Spanish literature» y no «Spanish poetry» y les dije: «I will show you». Insistí y me salí con la mía.*

Consiguió, no sin dificultad, todos los libros que quería enseñar. Fue el primero en nombrar a Sábato, a Cortázar y a Borges en esa universidad. Creó dos talleres literarios, un seminario sobre Proust y otro sobre escritura, al que no asistieron demasiados alumnos, aunque entre ellos estuvo el escritor John Wideman, hoy autor de una decena de destacadas novelas.

Años después, en un seminario de homenaje a los setenta años de mi padre, John Wideman recordó lo definitorio que fueron para él estos talleres y lo sorprendente que José Donoso era como profesor. Destacó especialmente sus técnicas y las formas que sugería a sus alumnos para acercarse a la literatura:

*Describiré una típica clase. Ésta funcionaba como una pequeña democracia. Pepe se mantenía muy quieto y alerta. No existía la jerarquía, la razón por la que estábamos ahí se debía a que éramos todos escritores, nadie tenía asignado un rol privilegiado. Pienso que tanto como aprender a escribir, Pepe nos enseñó a leer, desde muchas perspectivas.*

*Se entregaban los manuscritos y éstos eran estudiados minuciosamente*

*por el profesor y por el resto de los alumnos. Cada clase era una sorpresa, pues estaba dedicada al escritor cuyo trabajo se estaba discutiendo, se entablaba un diálogo de dos o más horas sobre ese texto. El regalo de Pepe fue proveernos de ese entorno, de ese encuentro.*

*Otro ángulo particular era que el manuscrito sometido a discusión en el taller no tenía firma, ninguna referencia. Durante el debate los lectores siempre tenían la última palabra. Pepe, de alguna manera, reproducía para nosotros la situación como de hecho son leídos los manuscritos en el mundo, pues cuando uno escribe un libro no puede viajar para explicar cómo debe leerse. Así que en este taller de escritura, los manuscritos debían hablar por sí mismos, todas las respuestas a las preguntas debían estar en sus páginas.*

A mi padre siempre le gustó ser profesor. Disfrutaba especialmente enseñar a apreciar la lectura, a descifrarla, a interpretar el mundo escondido detrás de cada novela particular y única. Cuando vuelve definitivamente a Chile, en 1980, creará nuevamente un taller literario que funcionará de ese mismo modo y que motivará a toda una generación a escribir y a publicar sus trabajos.

Iowa era entonces un lugar de gran efervescencia intelectual, confluyendo importantes escritores y personalidades del mundo literario a través de conferencias y seminarios. Eran profesores de la universidad autores como Nelson Algren y Vance Bourjaily; el novelista irlandés Bill Murria, el filipino Ben Santos y con quien fueron grandes amigos, Kurt Vonnegut Jr., autor de obras tan populares como *Mother Night (Madre noche)*, *Cat's Cradle (Cuna de gato)*, *Slaughterhouse Five (Matadero cinco)*.

Su fama crecía cada vez más. Su taller era el más popular y concurrido, y de él salieron grandes escritores, como John Irving (*El mundo según Garp*), Gail Godwin (*The Old Woman*), John Casey (*An American Romance*) y Nicholas Meyer (*Elemental, Doctor Freud*).

Una noche fueron invitados a una fiesta organizada por Jane y Kurt

Vonnegut en honor a Saul Bellow —autor de *Herzog* y futuro Premio Nobel —, quien dictaba una conferencia en la universidad. La fiesta resultó muy animada, se compartió el amor por la literatura, la amistad, la comida y la bebida.

Entre los invitados estaba Nelson Algren con su mujer, Betty. Algren, que despertó mucha curiosidad y entusiasmo por su bullado romance unos años antes con Simone de Beauvoir y por la dedicatoria que ella le había hecho en su libro más famoso, *Los mandarines*, hizo que todos estuvieran pendientes de sus palabras. Algren hablaba románticamente sobre la pobreza y dijo que prefería a los pobres latinoamericanos porque «tenían dignidad».

Mi padre, en total desacuerdo, le alegó que ninguna miseria podía ser digna. A Nelson Algren no pareció importarle nada su molestia y siguió hablando como si nada. Pero mi madre, a pesar de las advertencias que mi padre le había hecho antes de llegar a la fiesta y de exigirle que no fuera a tocar el tema de la Simone de Beauvoir, de todas formas lo hizo y lo recuerda así:

*Mi tentación fue más grande que mis buenos propósitos y le pregunté a Algren por ella. Con tino, como «al pasar», a propósito de algo muy pertinente según yo. «¡A propósito de nada!», me dijo Pepe más tarde, entre furioso y divertido por el resultado de mi indiscreción. Algren me contestó sin inmutarse y habló de ella con gran entusiasmo y admiración: «Beauvoir is quite a guy... we had great times together, I showed her the electric chair and everything... yea, Beauvoir is quite a guy...» («La Beauvoir es una chica estupenda... lo pasamos muy bien juntos, yo le mostré la silla eléctrica y todo... sí, la Beauvoir es una chica estupenda»).*

A la fiesta llegaron también Gail Godwin, con aspecto de *femme fatale*, y John Irving, dos de las figuras más importantes de la narrativa norteamericana de los ochenta. También estaban entre el grupo que rodeaba a Saul Bellow, Lenny y Paul Schrader. Lenny era alumno de mi padre y Paul

estudiaba cine (luego sería uno de los más renombrados directores cinematográficos, sus películas *Taxi Driver* y *American Gigolo* lo consagraron como guionista y director).

Era una época llena de inquietudes, nuevas ideas y grandes amistades que dejaría huellas para siempre. En una carta a su suegro, fechada el 22 de enero de 1966, le cuenta:

*Hay proyectos cada dos minutos... no sé cuál de todos resultará. Espero que los más grandiosos, porque algunos, de veras, son realmente grandiosos y muy interesantes. Pero como usted siempre se ríe de mí porque vivo haciendo proyectos, aunque no puede negar que algunos por lo menos me resultan, no le voy a contar nada hasta que haya algún resultado.*

*Este semestre será más lo que voy a enseñar que lo que voy a escribir. Tengo que hacer un seminario sobre la novela latinoamericana en traducción al inglés, que será interesante, pero que significa bastante trabajo de investigación. En fin, no puedo quejarme. Pocos la tendrán tan buena como yo. Además, me voy a enseñar a mí mismo Coronación, lo que es buena propaganda. Ha estado nevando y el lago está helado y todo alrededor es blanco.*

Por entonces comienza a tomar forma en su cabeza un proyecto que le ofrece a la Universidad de Iowa: un taller literario latinoamericano, para el cual pretende becar a quince novelistas de la región con cinco mil dólares, además de gastos de viaje. El propósito es que dejen de hacer trabajos para subsistir y puedan instalarse en Iowa dedicados exclusivamente a la escritura. El primer año trabajarían bajo su dirección y, luego, bajo la de otros escritores.

*Si resulta el proyecto latinoamericano, yo tendría a mi cargo el primer taller, con un sueldo de quince mil dólares al año por lo menos. Además, casi con seguridad tendría que hacer un viaje por toda Latinoamérica dando a conocer el proyecto, «feeling around» y haciendo listas de las posibles*



*personas interesadas en venir y otra con los posibles profesores. Estoy muy contento, significará que podremos ahorrar bastante dinero, lo que nos asegurará un pasar más o menos discreto para los años venideros y no ser nunca más un «príncipe consorte», como sé que algunas malas lenguas han dicho de mí. Significará, creo, unos cuantos años de ausencia de Chile... pero en este momento no quiero, o por lo menos no tengo interés en volver a Chile a seguir arrastrándome en una vida miserable, llena de sobresaltos sobre el mañana. Estoy en el momento más productivo de mi vida. Buenas o malas, el año pasado escribí y terminé dos novelas. No me puedo quejar.*

Con tanta actividad, la escritura de *El obscuro pájaro de la noche* se le hace cada vez más complicada. Mi madre, mientras tanto, ha encontrado qué hacer. Toma cursos de literatura, filosofía y religión. Su gran capacidad para las relaciones sociales le permite crearse un mundo propio y ser querida por todos. En un libro muy posterior, el famoso escritor John Irving, entonces alumno, recuerda a mi madre paseando por los jardines de la universidad y confiesa haber sentido una especie de amor platónico por ella.

En esta época nace también su larga amistad con Jane, la mujer de Kurt Vonnegut, a quien acompañará más tarde en sus últimos días, durante una estadía en Washington.

Mi madre escribe:

*Pepe anda como león enjaulado con El pájaro royéndole el alma y no puede llegar a escribir. Es tanto lo que se muere por hacerlo que va de nuevo a tratar de organizarse empezando ahora con las tres semanas de vacaciones que va a tener. Pepe siente que se le secó con tanto tiempo, cuatro años, de no poder escribirlo y lo ha dejado, al menos por el momento, aunque es lo único que quiere hacer.*

Los tratamientos de fertilidad continúan y aprovechan la estadía en Iowa para consultar a algunos especialistas.

*El doctor aquí ha pedido que le den a María Pilar la píldora del doctor*

*sueco, y parece que aunque es difícil conseguirla se la van a dar, quizás. Este hecho me friega bastante porque va a ser desagradable viajar en el verano por Latinoamérica con una mujer en las primeras etapas de preñez, es sabido que la píldora sueca produce nacimientos múltiples: trillizos lo menos, a veces hasta cuatrillizos, y no me veo volviendo a Chile con cuatro Donositos llenándome los brazos.*

Para mi madre la preocupación de su posible esterilidad tiene una connotación más dolorosa, pero trata de restarle importancia, al menos frente a sus padres.

*Si no tengo guagua ahora, me voy a Extremadura, de donde salieron los Donoso, y adopto allí una niña, y luego a Castilla la Vieja, de donde salieron los Serrano, y adopto un niño y ya... me dejo de tanta complicación.*

Mi padre decide dejar de lado *El obsceno pájaro de la noche* para escribir *Este domingo*. Lo termina un año más tarde, en 1966. Es una historia en la que pensaba desde hacía mucho tiempo, basada, en parte, en las ansias caritativas de su madre que la hacían ir a las poblaciones más pobres de Chile, con objeto de proteger y sentirse necesitada.

Logra terminar este libro entre su estadía en Iowa y su viaje a Cuernavaca, México, donde van a pasar dos meses de vacaciones una vez terminado el primer semestre universitario, y posteriormente en las vacaciones de Navidad. Inmediatamente, la editorial de Alfred Knopf la compra. Entusiastas informes de sus lectores la encuentran superior a *Coronación*.

Aprovecha de saldar cuentas con la Editorial Zig-Zag por el adelanto del viaje a Italia, a quienes envía una carta el 19 de marzo de 1966:

*Tengo en mi poder copia del contrato por Tres metros de cuerda y un título posterior, El obsceno pájaro de la noche. Pues bien, no voy a escribir Tres metros de cuerda y probablemente tampoco nunca terminaré El obsceno*

pájaro de la noche. *Siento que se me secó finalmente, luego de tantos años de angustias de no poder escribirlo, o de poder hacerlo sólo a ratos.*

*Les ofrezco a cambio mi novela Este domingo, que ya ha sido aceptada por Alfred Knopf Inc.*

Finalmente, la novela será publicada por la Editorial Zig-Zag en castellano, y en inglés por la Editorial Alfred A. Knopf.

Ese mismo día, agitado, le escribe a su padre:

*Esto no es una carta, es una nota apuradísima y urgentísima. Es necesario que en la próxima media hora después de recibir esta carta, usted, papá, lleve Este domingo a los derechos de autor en la Universidad de Chile, y la inscriba como propiedad mía. En caso de que legalmente no lo pueda hacer, mi suegro tiene un poder notarial mío, para ocuparse de todos mis asuntos, y entonces que lo haga él.*

*Es necesario hacer esto porque, aunque quiero que esto sea secreto, los señores de Zig-Zag están urdiendo cosas siniestras.*

*Le ruego entonces que hable con la Georgina Durán, y que me inscriba los derechos de Este domingo como míos, en la sección Derechos de Autor en la Biblioteca Nacional.*

*Un abrazo y apúrese.*

*Pepe*

Alberto Pérez, un gran amigo desde la infancia, recibe una carta de mi madre:

*A partir del 24 de mayo, más o menos, nos vamos a México, donde Donoso piensa darle a una nueva órbita. En México sale también este año una «nouvelle» que escribió a principios del año pasado y que se llama Ríe el eterno lacayo. Como verás, después de un bloqueo de cinco años, los aires foráneos lo fertilizaron a tal extremo que en un año escribió dos libros, así que con tan bello antecedente volvemos por unos tres meses estas vacaciones a México para luego volver a Iowa.*

La *nouvelle* que estaba escribiendo terminará siendo *El lugar sin límites*, comenzada un tiempo antes en México, durante su estadía en la casa de Carlos Fuentes.

Mientras pasan sus vacaciones en Cuernavaca, son visitados por mis abuelos maternos y alteran el ambiente ya bastante frágil en ese momento. Mi padre está sintiendo toda clase de temores y su visión del mundo es apocalíptica, como suele ocurrir cada vez que terminaba un libro.

*Estoy en pésimo estado. Tal vez la úlcera, tal vez María Pilar parlanchina ayer en la mañana es lo que me tiene de pésimo humor y hace imposible concentrarme. De pronto, estoy entero dudando de todo, la literatura especialmente. ¿Vale la pena? ¿Es lo que quiero? ¿No es la gran farándula ante mí mismo? What the hell! ¿Y mi matrimonio vale la pena?*

*¿Quiero a María Pilar? ¿No es una cárcel para mí? ¿No es ella la que me está destruyendo poco a poco, no soy yo el que la está dejando que me destruya?*

*¿O me estoy destruyendo yo a través de ella?*

*Estoy desesperado, con ganas de irme a alguna parte donde no haya responsabilidad por mi tiempo, de nada, de nadie, donde no oiga la máquina, donde no la oiga a ella, estoy desesperado por un blow-off salvaje. Eso es lo que me tiene la úlcera en tan mal estado.*

*Es lo que me hace odiar y detestarlo todo, esta casa, María Pilar, mis suegros, mi literatura, mi trabajo, mis amigos, todo, absolutamente todo. Lo ideal sería decirle a Carlos Fuentes: «Vamos...», y parrandear una semana: volver con la salud hecha polvo, con un hangover feroz, pero repuesto espiritualmente, daría mi vida por hacerlo así. Creo que volver a Iowa va a ser sumamente difícil desde este punto de vista, y ya me estoy comenzando a atemorizar.*

El trabajo durante el semestre en Iowa se le hace muy pesado y los dolores de úlcera lo torturan. Los médicos lo revisan y las radiografías indican que la

úlceras está cerrada y que son las cicatrices las que le producen el dolor que siente. Lo tratan con tranquilizantes.

*Resultado, ando como zombi, se puede caer la casa encima de mí, puede haber guerra atómica, asesinato del Papa, lo que sea, y yo plácido y sonriente como un buda. Estoy muy aburrido con esta invalidez, y a veces sueño con algo paradisíaco, como comerme una naranja o tomar una coca-cola helada. Tengo cuarenta y un años. Estoy entrando en lo que puede y debe ser la fase más productiva de mi vida, en que crearé, probablemente, todo aquello sobre lo cual estará basado mi nombre y mi seguridad futura, y es necesario pelear contra la enfermedad, contra la escasez de medios, contra todas las torpezas de la vida, para aprovechar esta década de riqueza que se me está abriendo.*

La guerra de Vietnam es la arista desagradable de Estados Unidos en ese momento. Pero en un ambiente universitario como en el que viven, casi no existen personas a favor de la política exterior de Johnson, de modo que todos marchan en protestas y hay muchos activistas. Por supuesto, mi padre se da cuenta de que viven en un mundo muy distinto del americano medio, proguerra de Vietnam; aquel que no oye razones, pues todo le suena a comunismo. El hecho de vivir en un país donde exista tal fermento de protesta, lo hace odiar su política exterior, pero no a Estados Unidos ni a su gente. Por el contrario, mi madre es apasionadamente politiquera y vibra con todo lo que está pasando.

Para escribir con tranquilidad, mi padre decide pasar otra temporada en México, en Guanajuato. Viven durante cuatro meses en una casa increíble, una mansión dejada por opulentos mineros al abandonar las minas de plata de esa región.

De vuelta en Iowa persiste la imperiosa necesidad de encontrar el tiempo para retomar *El obscuro pájaro de la noche*. Un día, mi madre lo sorprendió con cajas llenas de papeles, en dirección a la biblioteca de la universidad.

Eran los diarios que él escribía desde 1951 y las cartas de amor entre ellos. Iba a vender todo para irse a vivir a Europa. Estos cuadernos, que se conservan hasta hoy en la universidad, darán, treinta y cinco años más tarde, mucho de que hablar al ser revelados por un periodista de manera sensacionalista y poco académica.

Con la venta de todo ese material, mi padre compró los pasajes que los llevarán a Europa, donde sus vidas darán otro vuelco.

El 20 de mayo de 1967 parten rumbo a Europa. Entonces escribe a Alberto Pérez:

*Llego a Madrid, de modo que si estás allá nos veremos y, como dice la divina Gabriela, «hablaremos por una eternidad». Nuestro plan: tenemos plata como para vivir un año y medio, más o menos, en España sin trabajar, yo escribiendo y terminando mi mágnum opus El obsceno pájaro de la noche.*

*Pensamos hacer nuestra vida alternando temporadas de sólo escribir en España, con temporadas de trabajar y rellenar las faltriqueras en USA. Chile is out. Probablemente for ever. Vendimos nuestra casa de Los Dominicos, con eso compraremos algo permanente allá. Con la plata de los libros y de las traducciones de María Pilar, y las temporadas de enseñanza en USA, y teniendo casa, nos será fácil hacer nuestra vida en Europa. Adoptaremos una niñita. Capaz que le pongamos Monserrat y le digamos «la Monsy», para que en Chile nos encuentren ridículos y siúuticos.*

*No nos conformamos, eso sí, con pasar la vida separados de una de las poquísimas personas que queremos de verdad. Eres el único amigo (fuera de algunos profesionales, como Carlos Fuentes) que tengo. El único con quien me sé comunicar enteramente. Y verás, lejos de los terrores chilenos, floreceremos los tres. Además, podemos casar a tu hijo Albertito a temprana edad con la Monsy, que será una catalana que mande fuerza para que lo dome. Y así, poco a poco, nosotros iremos adoptando más y más niñitas,*

*para írselas entregando núbiles a tus hijos, que emigrarán en masa a nuestra vera.*

*Te queremos, como siempre, los dos.*

*Pepe*

El destino hará que esta niña, que seré yo, se llame Pilar, sea madrileña y termine entregándose, no núbil, en Chile, a su primo hermano Cristóbal Donoso, creando así un lazo sanguíneo directo de mi descendencia con mi padre.

Saben que quieren vivir en Europa pero no dónde, piensan en Mallorca, pues una tía de mi madre vive ahí y les conseguiría una casa, o bien en algún pueblo que sea barato y cerca de Madrid o de Barcelona. Piensan en Aranjuez, melancólico y otoñal, decadente, pero mi padre teme que sea demasiado muerto. Le escribe nuevamente a Alberto Pérez sobre las alternativas de destino.

*Quizás Salamanca sería posible, y hay vida de pueblo y es todo baratísimo. Me atrae la idea de tomar cursos, dicen que en letras es lo mejorcito de España. ¿Qué otro sitio se te ocurre, que se avenga con nuestra bolsa y nuestros gustos, un tanto tiesos y académicos? Tanto María Pilar como yo vamos a tomar cursos. ¿Te das cuenta de que me conozco toda la poesía inglesa del mundo, pero que a Lope y Calderón no los ubico para nada y que el Quijote lo he leído a regañadientes...? Y uno se puede ir a pasar sendos week-ends a Madrid a frivolear un poco de vez en cuando, o a Lisboa.*

Lisboa será la decisión final que tomen. A mis padres les parecía un destino romántico y también el lugar que mejor se adecuaba a su situación económica.

*Ahora tengo que dar la gran novela que los críticos me reclaman y que pienso que no tengo por qué escribir, pero que tengo tantas ganas de escribir que no me atrevo, y ahora tengo el tiempo y la plata; básicamente, de*

*conferencias, ahorros, comiendo mucho hamburger steak, y por la Universidad de Iowa que me compró en unos buenos miles de dólares mis manuscritos y mi carteggio. Y voy a tener que hacerlo, o enfrentarme con la posibilidad de hacerlo.*

De manera que listos para dejar Estados Unidos, preparando la partida y definiendo bien qué hacer, la nostalgia de Chile renace en él ante la perspectiva cada vez más lejana de volver. El tiempo que lleva sin ver a sus padres, a la Nana, a sus sobrinos lo entristece. Sabe que lo difícil no es ir, lo difícil es volver a salir, es desprenderse una vez más de todas las cosas que tendría que dejar atrás para seguir viviendo la vida que lleva.

Así escribe a sus padres en abril de 1967:

*Aunque todos los días hablamos de ustedes y de mi Nana y los echamos de menos, las posibilidades de verlos de nuevo en un futuro más o menos cercano se alejan y se alejan cada vez más.*

*¿No hay posibilidades de que ustedes vayan a Europa a vernos?*

*Nosotros ya preparando el viaje a Europa. Es una lástima que resulte complicado mandar cosas a Chile, porque acabamos de regalar muchas cosas que quizás hubieran sido útiles allá. Me acuerdo de otros tiempos, de las maletas que llegaban de Europa, de los canastos inmensos llenos de cosas que nos parecían maravillosas, y es una experiencia que, yo creo, azuzó mi Wanderlust. Me gustaría que mis sobrinos también la tuvieran. Las etiquetas en las maletas de mi abuelita, esos baúles de mi tía Raquel Echaurren, los maletones de mí tía Clara y de mi tía Tránsito —estoy viendo Valparaíso—. La Palisse escrito con tinta.*

*Yo he trabajado mucho este año, me han tocado alumnos que son unos lince, hay seis que están terminando novelas, y estoy absolutamente agotado, y sobre todo frustrado por no haber escrito nada mío.*

*Este domingo sale aquí en el otoño y Kurt Vonnegut, que es probablemente el más conocido de los escritores, me va a hacer la crítica*



*para el New York Times. Le ha encantado el libro, de modo que tengo esperanzas de que le vaya mejor que a Coronación.*

*Bueno, mis viejos queridos, hay tanto que contar, que mejor no seguir, tanto que echar de menos, tanto que esperar, sobre todo volver a verlos.*

*Mi madre, a su vez, escribe a sus padres:*

*Aunque si no cambiamos de planes, lo que como dolorosamente saben por experiencia es muy posible, partiremos en un barco de carga desde Nueva York hacia Lisboa los primeros días de junio.*

## Lisboa, 1967

Viajan en un barco de carga, por doscientos dólares cada uno, desde Nueva York a Lisboa. Llegan a este limbo delicioso que creían que era Portugal, pero les va muy mal. Primero, la tragedia de no poder encontrar casa. Mi padre, con sus visiones románticas de villas dieciochescas, estaba muy decepcionado y todo lo que veía era feo. Por esto van a Sintra.

*Sintra es divino, pared con musgo, mucha hortensia en la sombra de los castaños, mucho Lord Byron slept here, mucho Browning enterrado en el cementerio, mucha flor, mucho verde, mucha estatua musgosa: in other words, a place after my own heart. Alquilamos una casita divina en la calle a la que llegabas por una escalinata desde la plaza, entre castaños y guindos, con una gran vista sobre el castillo. Volvimos a Lisboa ebrios de romanticismo, esa noche nos compramos las obras completas de Browning para ir a leerlas bajo los cipreses y los plátanos del cementerio, sentados en la hiedra, y fuimos felices esa noche. A la mañana siguiente, cuando nos aprontábamos a hacer maletas, telefonazo de un amigo portugués: pero si nadie va a Sintra en verano, está perpetuamente cubierto por una nube y llueve y llueve, y si el día que ustedes estuvieron había sol, quiere decir que es el único día de sol en la historia de los veranos en Sintra. Llamamos a la agencia y dijimos que no íbamos a tomar esa casa. Seguimos buscando. Dimos con un manoir en Setúbal, junto al mar, en un gran puerto de pescadores: casa auténticamente del XVIII, con muebles imperio portugués, olivar y naranjal privados, par de palmeras, la casa frente al mar, y al frente sesenta kilómetros de playa blanca desierta a la que cruzas en bote. Dijimos, claro, los turistas aquí no vienen porque es puerto industrial, donde hacen*

*las mejores sardinas en conserva, pero nosotros, que somos «superiores», entendemos la belleza de lo no bello, de lo no pintoresco, tomamos la casa. Nos trasladamos con camas y petacas. Habíamos estado dos horas y comprendimos a los turistas, y nos dimos cuenta por qué este manoir fabuloso nos costaba tan poco al mes: entre nosotros y la playa había una carretera y una línea de ferrocarriles. Bueno, nadie nos había dicho que un poco más allá estaban todas las fábricas de sardinas en conserva de Portugal. Por la carretera pasaban constantemente los camiones y el traqueteo era infernal. Súmale, cada media hora, la pasada del tren que remecía la pobre casa dieciochesca hasta sus fundamentos. Súmale que el aire estaba viciado por el olor a sardina, y te paseas por el huerto de los naranjos junto a una maravillosa noria dieciochesca respirando sardinas en conserva. Pero era tan linda la casa que decidimos tratar de habituarnos, pero sólo resistimos una semana.*

Al atardecer mi padre solía sentarse a escribir y miraba a mi madre bajar a una noria a buscar agua. De pronto, uno de esos días empieza a sentirse muy mal, la fiebre le sube a cuarenta grados... delirio, disentería. Llamaron a un médico que lo examinó y entendió inmediatamente qué pasaba. Acto seguido llevó a mi madre junto al pozo de donde ella había sacado agua:

—¿No ve? —le preguntó.

—No, nada —contestó ella—. Porque para no echar a perder el cuadro que Pepe ve desde la ventana de mi bajada a la noria con el cántaro al hombro, nunca me pongo anteojos.

La noria estaba infestada de sapos, pescados, guarisapos, anguilas, ratones y quizás qué más. Salieron corriendo de ahí, mi padre volando en fiebre. Llegaron a una casa en Venda do Pinheiro donde podría recuperarse. En cuanto se sanó, le sobrevino un violento ataque de úlcera que lo dejó en cama por tres semanas. Un verdadero calvario.

En ese tiempo trató de escribir, pero fue imposible; el ambiente lo hizo

sentirse abrumado.

—Lo pasé pésimo, nadie nos cotizó, yo tenía una idea romántica de Portugal, era gran admirador del novelista Eça de Queirós, me imaginé cualquier cosa, menos lo que resultó —me contaba mi padre.

Ante tales problemas, parten raudos a Madrid. Allí deciden, finalmente, adoptar un hijo y empiezan con los trámites necesarios, engorrosos y largos, aunque Luis Guillermo de Perinat, amigo de mi madre, agiliza el proceso saltándose muchas de las formalidades requeridas. Están decididos a dar el paso, pero veo en un cuaderno de esa época las siguientes divagaciones de mi padre:

*¿Vale la pena tener hijos? Isn't it vastly overrated? Sé que no vale la pena ser hijo, en muchos sentidos, hasta que no aprendes que no tienes para qué amar tanto a tus padres, y entonces empiezas recién a compensar. Tener un hijo, por lo tanto, tiene que ser igualmente fatigoso.*

Muchos años más tarde encontré un proyecto en relación a esas dudas sobre la paternidad: un «ensayo-novela» escrito en forma de carta para mí, cuando yo tenía dieciocho años, titulado *Carta genealógica a mi hija*. Remeció muchos de mis dolores escondidos, muchas dudas y, a la vez, mucho amor por la generosa elección de adoptarme y amarme sin obligación alguna.

Él tuvo una profunda empatía con mi condición, lo que asoció a su propio sentimiento de *clochard*. En eso éramos dos sin historia, aunque en la realidad él la tenía, nunca se sintió realmente parte de algo y el fantasma del *clochard* era su marca. De algún modo quería comparar mi frágil identidad social con la suya. Esa fragilidad, con sus angustias y rebeldías, le parecía una fuente de creatividad. Escribe sobre un posible ensayo:

*Ciertos novelistas tuvieron que inventar, de alguna manera, un pasado, un origen, porque el propio no los satisfacía, y este origen creado, sobre todo en sus novelas, les proporcionaba cierta seguridad. Para examinar este*

*problema de una manera no teórica, tengo la intención de recrear, como en una novela, la historia de mi propia familia, y analizar sus bajos y altos históricos y sociales, con especial atención en los personajes, períodos y situaciones de crisis y ruptura de su identidad social. Narraré esto en primera persona, reflejado en mi propia dolorosa experiencia de estas dudas de mí mismo que me vienen desde mi niñez, y de qué manera esta aparente falla, o debilidad, parece haber sido, en mi caso, una parte importante en la formación de mi vida imaginativa, y mi creación literaria.*

*Por otro lado, el otro ingrediente de esta Carta genealógica a mi hija es el hecho de que mi familia es muy característicamente chilena, familia troncal con la que está relacionada consanguíneamente casi toda la población de Chile. El fundador del apellido llegó a Chile en 1581, y en cuatro siglos de chilenidad su descendencia ha proliferado tanto, que descendientes de ese primer capitán de caballos del siglo XVI hay en todas las clases sociales del país y en todas las profesiones y regiones. En España, en cambio, Donoso es un apellido escaso, relegado a una pequeña región de Extremadura. Los Donoso en España no han sido ni prolíficos ni brillantes, pero en Chile es tan enorme y abigarrada la variedad de personajes producidos por la familia, desde corregidores y políticos hasta bandidos, militares y futbolistas, que resulta interesante examinar quiénes fueron algunos de ellos, y quiénes son.*

*Quiero, exhumando ciertos recuerdos, refiriéndome a ciertos personajes clave, a ciertos lugares y acontecimientos, pintar un cuadro de mi propia sensación de ambigüedad social y de la de mi familia, que tanto sentí en mi adolescencia y que ahora me parece un fenómeno interesante desde el punto de vista literario.*

*Por otra parte, este salvataje del pasado familiar se lo quiero ofrecer a mi hija, que no lo tiene, como regalo, ya que será libre para asumirlo como*

*pasado que le pertenece o para rechazarlo completamente: es en el momento de ejercer esa opción, me parece, que adquirirá una identidad social fuerte.*

Como se ve, estos serán los elementos que conformarán, más tarde, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*. A pesar de incluir el análisis de situaciones políticas, sociales y literarias, será esencialmente un trabajo literario. No tendrá nada de científico. Por el contrario, querrá que todo friso sea visto a través de la emoción y de la imaginación; demostrar así que esa debilidad identitaria que tan profundamente sintió en su adolescencia no es más que una de las tantas formas de la marginalidad, en cierto sentido necesarias, para el creador.

Y llega el día cuando mis padres se convierten en *mis padres*. Me adoptaron en Madrid y mis nombres en la partida de nacimiento española dicen María del Pilar Rodríguez Núñez. Atrás, en una nota explicativa, se ve escrito: «apellidos a modo identificatorio». De manera que mi nombre lo llevaba desde antes, el mismo que mi madre adoptiva. Fui bautizada así por las monjas que dirigían la Inclusa de Madrid, hogar de acogida donde fui dejada.

¿Coincidencia?

¿Destino?

No lo sé.

Les fui entregada a los tres meses de vida y ese mismo día, conmigo como hija, mis padres se trasladaron a vivir a Pollensa, en la isla de Mallorca.

Comienza aquí, entonces, mi historia junto a ellos.

## Pollensa, España, 1968-1969

Mis padres llegaron a Pollensa invitados por una prima de mi madre, Maggie Ear, una gorda inmensa, beata y bastante fea. Todos aspectos que naturalmente mi padre no pasaba por alto. Pero como era encantadora, deliciosa y divertida, le perdonaba estas particularidades que, por lo general, no toleraba. La verdad es que la quería mucho y ella, bastante rica, fue siempre muy generosa con ellos.

Encantados con el lugar, decidieron quedarse por «un tiempo»: dos años y medio. Estaban convencidos de que ahí podrían vivir con muy poco dinero. Les dan la dirección de una princesa rumana que estaba necesitada de dinero y que tenía en arriendo su casa. No era muy linda pero quedaba en la cima de un cerro rodeada de almendros floridos... Esto la convertía en una maravilla. Era una época de verdadera escasez económica. Mi padre no había logrado escribir nada en el último tiempo, ni generar ningún ingreso, así que vivían como bohemios, casi con nada. En Pollensa conocieron a mucha gente. En una comida les presentaron, entre otros, a la princesa polaca Osthousek, una mujer excéntrica dedicada a hacer joyas. Cuando mi madre le preguntó con quién era casada, ella contestó: *au du notre* (uno de los nuestros).

Ahí nació la gran amistad con Gene y Francesca Raskin, una pareja de judíos neoyorquinos brillantes, que habían sido cantantes de cabaret por muchos años y se dedicaban a componer música con gran éxito (escribieron *Those Were the Days*, una canción de moda que les dio bastante dinero).

Gene era aficionado a las letras y escribía. Tenían una casa muy bonita y lujosa; les gustaba navegar, afición que no compartían en absoluto con mis padres. Ella era muy lectora; él, un buen escritor pero no tuvo éxito. Publicó

varios libros financiados por su propio bolsillo. De algún modo fueron los mecenas de mi padre. Tiempo después, sin dinero y con la necesidad de dedicarse a escribir tranquilo, los Raskin le prestaron doscientos dólares al mes por mucho tiempo. Cuando mi padre quiso devolvérselos, dijeron que era un regalo. Esta amistad se conservó hasta el final de sus vidas.

También se hicieron amigos del doctor Carretero, mi pediatra, al cual llamaban constantemente para hacerle todo tipo de preguntas. Mi padre lo llamaba desesperado para saber por qué hacía caca verde o por qué lloraba, o por cualquier cosa.

En esa época conoce a Mario Vargas Llosa, por entonces un joven escritor. Le cuentan que está de paso por España y lo invita a pasar unos días a Pollensa. Luego, coincidirán en Barcelona en pleno Boom.

Mi padre, desesperado por la situación económica por la que pasa, postula entonces a una beca Guggenheim que felizmente obtiene.

La escritura de *El obsceno pájaro* lo absorbe por completo. Durante todo 1968 trabaja incansablemente. En su cuaderno número 37 anota:

*Creo que he dado en el clavo para el intermanejo de las narraciones, usando notas al pie de página. Puede ser interesante, y como voy a escribir todo esto, lo que pasa con Jerónimo ahora, Jerónimo con Iris, y él con Jerónimo y con Iris, en la parte cuatro, para hacer una gran parte media de la novela.*

*La cuarta parte la comienzo en la voz de las notas, en el mundo de las notas, y es toda esta parte, hasta que esa parte se transforma en el mundo enloquecido de «El último Azcoitía» y, gradualmente, lo que era relato realista se transforma en pura fantasía suelta... Ahí, empieza la quinta parte, se rompe, en la altura total de la fantasía y tenemos el mundo sórdido.*

En la última página de ese mismo cuaderno escribe:

*Bueno, voy en la página 308 y debo terminar la tercera parte, hoy era el día señalado, pero con los desperfectos de la máquina fue imposible.*



*Veremos ahora. Además, estoy en una parte muy engorrosa de la que me resulta muy difícil salir.*

Mi padre quiere dar forma a las miles de página de las distintas versiones que se han ido acumulando a lo largo del tiempo. ¿Cómo lograr cerrar el ciclo? ¿Hasta dónde continuar? La novela se le ha convertido en un verdadero laberinto. Pero no cesa en la búsqueda del hilo conductor para, por fin, terminarla.

Entre los papeles que dejó en la biblioteca de la Universidad de Princeton encontré un interesante ensayo, escrito en 1975, en el cual relata una importante etapa en la gestación de *El obsceno pájaro de la noche* y que para mí era totalmente desconocida. El texto me intrigó sobremanera. De cualquier modo, el texto aclara muchas dudas sobre esta obra.

*Tengo, sin embargo, grabada otra imagen de la disolución y del fracaso y de la soledad, mucho más cerca de mí, y con ciertos ribetes muy importantes. Se trata de Jorge Sanhueza. Jorge Sanhueza era... ¿qué era Jorge Sanhueza? Pequeñísimo, como el Mudio de El obsceno pájaro de la noche, con un rostro fino y sensible, que con el tiempo fue descomponiéndose, de una timidez enfermiza, le temblaban las manos con huesos como de pajarito, siempre un poco húmedas, un poco blandas, y los ojos rara vez miraban de frente detrás de sus pequeñas gafas: tenía rostro de niño que no piensa madurar jamás. Su ingenio, su simpatía, lo hizo durante un tiempo el «enfant gaté» de la inteligencia santiaguina: secretario de Neruda; luego, increíble y descuidado cuidador de su biblioteca cuando ésta fue regalada a la universidad; siempre pobre, siempre sin casa, era recibido por todos con los brazos abiertos. Pero, sobre todo, y su ingenio lo hacía acreedor de estos favores, se acercaba a señoras distinguidas y buenas mozas generalmente, supongo, y se enamoraba de ellas. El caso de Inés Figueroa, la mujer de Nemesio Antúnez, es uno; el de Poly del Río es otro. Inés, fascinada con el personaje, organizó unas «jornadas» o algo así en su casa de la calle*

*Guardia Vieja, en que Jorge analizaba cosas de literatura chilena, y los invitados escuchábamos o interveníamos. De alguna manera, Jorge tenía la facilidad para «intervenir» entre marido y mujer, su presencia, que poco a poco se iba haciendo ubicua en las casas, solía destruir la intimidad conyugal. Desde luego, la relación de «secretario» de Humberto con respecto a Jerónimo-Inés está, en cierto modo, basada en lo que sentí de la relación Jorge Sanhueza-Inés-Nemesio: que por un lado, ellos se nutrían de la dolorosa envidia del inferior, Jorge Sanhueza, y que a su vez, Jorge Sanhueza no podía vivir sin ellos.*

*Esta relación, precisamente, puede haber sido algo completamente subjetivo de parte mía, reflejo de lo que yo también sentía respecto a Inés y Nemesio; en esa época, siempre se quejaban de que la gente no los dejaba tranquilos, que no les daban intimidad, que los destrozaban, que se los devoraban, que la gente iba a pedirles, a sacarles cosas, que no tenían vida propia, porque las gentes no los dejaban vivir. Lo que, claro, era cierto: Nemesio Antúnez, el pintor por excelencia de mi generación en Chile, el triunfante, tenía un taller con alumnos en su propia casa, y ellos le invadían la casa. Inés, por otra parte, siempre aficionada a las amistades confidenciales e íntimas, tenía su corte. Yo, modestamente, formaba parte de esa corte. Muchas veces, lo reconozco, me propasé escandalosamente, pidiendo mucho más de lo que, lógicamente, se me podía dar. Pero el fenómeno era curioso: tenían necesidad de esta corte de admiradores, de esta corte de envidiosos, y uno de los adjetivos con que Inés solía defender a la gente, cuando otros hablaban mal de ella, era el adjetivo «pobre... pobre tal o cual, qué mal le va, no hablen mal de ella», que claro, la eliminaba de la competencia y la ponía en un plano de decidida inferioridad. Yo, claro, cuando ellos vivían en USA y yo también, estuve enamorado, con un amor adolescente cuando ya no era adolescente, de la pareja perfecta Inés-Nemesio, envidiándolos, adorándolos, contemplándolos, y sintiendo todo el*

*tiempo, como es natural, que yo no tenía más que un papel muy tangencial de amigo de la casa en su vida. A pesar de reconocer que esto era natural, el dolor era una constante, y mi imposibilidad de tocarlos más allá de la raya que me ponían como límite, y sentí todo el tiempo, hasta el final, que puede ser algo completamente subjetivo mío y, sin embargo, tengo razones, ya que el pattern se repetía, para creer que si bien había algo de subjetivo, no lo era enteramente, sentí que mi dolor aumentaba su felicidad, que la mantenía. Como en el caso de Jorge Sanhueza, que ya en un momento de mayor disolución del matrimonio, tuvo junto a ellos el mismo papel.*

*Ver a Jorge Sanhueza tan venido a menos, tan frágil, tan solo, tan hambriento de cariño y a la vez tan peligroso y tan fascinante. Sus amigos lo adoraban: Jorge Edwards, Armando Uribe, Antonio Avaria, Jorge Swinburn eran el grupo que lo rodeó, llenó de admiración durante el último tiempo, hasta que murió en una cama de la sala común de un hospital, y después de haber dedicado toda su vida a la literatura, a los libros, murió diciendo:*

*La poesía no vale nada, nada,  
más vale una naranjada  
una naranjada...*

*Sin embargo, hay que consignar un dato curioso, que quizás sea el que une y cose toda esta aparente disquisición, con el eje de El obsceno pájaro de la noche. Y es esto: que una noche cuando yo regresaba tarde a casa, antes de casarme, me encontré con Jorge en la esquina de Providencia con el canal San Carlos. Sacó un libro, me lo mostró, dijo algunas cosas, y como tartamudeando agregó: «¿Sabías, tú, Pepe, que hay muchas personas que de cara nos encuentran parecidos? Claro que esto no te gustará nada, pero...». A mí, con mis complejos de hermano enclenque, aunque alto, de dos hermanos atléticos, no me gustó, en efecto, nada, aunque no podía ignorar esa sensibilidad, esa disolución a punto de disolverse de la cara de Jorge Sanhueza, incluso de admirar la inteligencia de esos ojitos detrás de los*

*anteojos que siempre se resbalaban. Yo era Jorge Sanhueza; a través de nuestras relaciones paralelas aunque tan distintas con Inés Figueroa, a través de nuestro parecido físico que yo rechazaba. Yo era el Mudio: y sólo cuando Humberto Peñaloza aparece en los esquemas de El obsceno pájaro de la noche, comienza a relegarse a segundo plano la figura Inés-Jerónimo, a hacerse fantástica, como sin duda eran fabulosos Inés y Nemesio.*

*No quiero por ningún motivo que se desprenda de estas páginas la noción de que El obsceno pájaro de la noche es autobiográfico. Pero hay ciertos puntos de mi autobiografía que decantados, subjetivizados naturalmente, tuvieron que encontrar un camino a mi novela. Puedo agregar, también, que el grado de emoción que le producía a Humberto Peñaloza la belleza de Inés de Azcoitia, es el grado de emoción casi reverencial que me producía la extraordinaria belleza de Inés Figueroa. Sin embargo, curiosamente, no pude armar la belleza de Inés de Azcoitia con los rasgos físicos tan admirados en Inés.*

La relación entre mis padres muestra ya la dinámica que tendrá siempre. Mi madre se siente a menudo sola, postergada por «el espacio creativo» de mi padre, que se encierra a escribir y también en sí mismo. Encuentro en un diario de ella, fechado el 9 de julio de 1968, la constatación de su amargura junto a un amor incondicional, admirativo y protector hacia él. Deja ver su angustia y desolación frente al ser que ve como tan omnipotente:

*Con Pepe sería el único con quien podría hablar a fondo del problema, pero Pepe está «off bounds» envuelto en su novela, y no puede ni debe ser invadido por causas que pueden perturbarlo o distraerlo. Cómo llegar al fondo del problema, verlo, tratar de enfrentarlo... El problema que me hace beber de más y compulsivamente a veces, a odiar a Pepe, a mí misma y ahora a tomar tranquilizantes, para envolverlo todo en una nube de algodón, que lo adormece y acalla todo hasta la próxima vez.*

Anoche... al saber que comeríamos «a quatre» con los Flakoll tomé mis precauciones, tomé un tranquilizante como a las cinco antes de salir y llevé otro conmigo cuidadosamente camuflado en la bolsita de mis lentes de contacto. Empezamos bien, nos mandamos a hacer anteojos y Pepe se compró una camisa azul que le sienta de maravilla. Parece que yo estaba muy guapa, lo que a veces pienso es lo único que le interesa, al menos cuando estamos con gente. Nos encontramos con nuestros amigos en el Bar Formentor, todos muy contentos de vernos, ellos encantados con la posible ilusión final de la novela de Pepe y con mil cosas que comentar. Yo, participando de la alegría general, me dejé llevar y... sin querer interrumpí a Pepe, quien me echó una de esas miradas y/o hizo uno de esos gestos que son las exteriorizaciones de nuestro problema de relaciones en y con sociedad. Se me fue el ánimo a los talones, saqué disimuladamente mi tranquilizante de la cartera y me lo tomé. Allí acabó para mí la noche, traté de no hablar más, ni que se notara demasiado el asunto (pero lo notaron y me dijeron que no dejara que esto suceda, que me imponga... No creo que pueda ni que sea lo indicado). No quiero arruinarle las salidas a los demás, ni a Pepe que la pasó muy bien. Para mí se acabó allí y entonces el placer de la salida. Y así sucede una y otra vez.

Este problema debo enfrentarlo, de alguna manera tengo que amoldarme, cambiar probable y desgraciadamente ¡... me gusta la gente, las amistades, reírme, he sido muy sociable! Quizás lo mejor sea que me resigne y conforme a que eso ha terminado. Pepe dice que yo no capto el problema, que no comprendo. Son demasiado los años... y he tratado, quizás no suficientemente, quizás envenenada o dolorida o resentida, quizás son demasiadas las veces, quizás tan conflictuados los motivos de Pepe, como él mismo lo ha reconocido algunas veces, al molestarse hasta los extremos que se molesta.

Creo que un diario me ayudará, ahora la niña llora y trataré de hacerla

*dormir...*

La situación se complica para mi padre. Él necesita poder trabajar el año completo para concluir la novela. Saca cuentas una y otra vez; los pocos ingresos que ha tenido hasta el momento le permitirán vivir sólo hasta finales de ese año, no más.

Se presenta entonces la posibilidad de ir a la Universidad de Colorado, en Fort Collins, por un semestre a dictar un curso. La idea de ganar algún dinero lo hace decidirse a partir, dejándonos a mi madre y a mí solas en medio de esa isla española donde el sol brilla y el mar se agita contra una costa acogedora pero ajena.

Llega a Fort Collins el 10 de enero de 1969. La decepción es inmediata: encuentra todo espantoso, la atmósfera totalmente distinta a lo que imaginaba. Como muchas veces, su visión se torna radical; ve todo negro, todo repulsivo y vulgar. Se desespera, echa de menos a mi madre, al mundo construido entre los dos, su vida, su ritmo, su quietud. En su diario se ven claramente sus contradicciones en relación a mi madre, a quien oprime por un lado, pero que necesita con una dependencia bastante intensa:

*He odiado a todo el mundo aquí, porque no son yo-tú, porque no te conocen, no conocen a la Pilarcita, y nuestra pequeña, pequeña vida juntos, privada. Quiero que sea tan privada, tan escondida como sea posible, esta horrible gente entra y sale de las casa de los otros todo el tiempo, no hay privacidad, intimidad. ¡Oh!, cómo los odio a todos. Es tan distinto a Iowa. Hasta el momento sólo he conocido gente mediocre. Esto está muerto, muerto, una horrible pérdida de tiempo, cuando podría estar terminando mi novela con la Guggenheim.*

*Lo que es más horrible aún es que vivo en una especie de lujosa fraternidad, con todos los go-go boys y niñas, que estudian cosmetología y silvicultura. Estos van a ser unos tristes y difíciles dos meses y dudo soportarlo. Nada aquí me interesa. Pensé que prácticamente me iban a*

*recibir con una banda musical y todo, pero nadie parece saber quién soy, y parecen ignorar mi existencia. Cuál era el punto de hacerme venir desde España, si me iban a ignorar, y no me van a pagar todo lo que pensé, si mis estudiantes son sólo cinco en un curso y diecisiete en otro —éste parece mejor y se ve más interesante— y tener que estar con gente como Nick Crome, al cual detesto. Además, lo primero que hice aquí fue agarrarme un terrible resfriado. Estoy extenuado, muy deprimido, muy consciente de que esto no es lo que debería estar haciendo. Creo que venir aquí fue la peor idea que nadie ha tenido nunca. Serán meses de completa soledad.*

*El pueblo es todavía más feo de lo que recordaba. La gente horrible. Hay un «ugly little jewish boy» en mi clase que parece un poco diferente, más leído, más inteligente y sensitivo. Tenía que ser judío.*

*Sólo puedo pensar en la miseria que es estar lejos de yotú, yo-tú. Trata de mantenerme vivo en la memoria de la Pilarcita. Nunca debemos separarnos de nuevo, eso es seguro.*

*Durante su estadía, Carl Brant lo llama para ofrecerle un puesto de *writer in residence* en la Universidad de Columbia por un semestre y con un sueldo increíble. Cómo negarse, aunque se había prometido no más semestres en Estados Unidos para así volver cuanto antes junto a mi madre.*

*En una carta fechada el 13 de enero de 1969, le escribe:*

*Me horroriza traerte a New York a ti y a la niña por cuatro meses. Pero de hecho, una cosa: no voy a venir solo a América, ni a ninguna parte otra vez, sea como sea, ustedes tendrán que venir conmigo. Me doy cuenta de que sencillamente no existo si tú no estás a mi lado, me anulo. Soy desagradable con la gente, no sé mantener relaciones sociales con nadie, me apoco, me deshago, pierdo completamente el poco de seguridad en mí mismo que pueda tener y tengo que andar en cuatro patas debajo de las mesas buscando lo que queda de mi yo. Si resulta lo de Columbia y ahorrar algo de esos quince mil dólares, entonces, claro, valdría la pena. Pero si no... Claro que entonces,*

*¿qué haríamos una vez terminada la beca Guggenheim, en caso de que no la renovaran? Iowa estaría dispuesto a tomarme cuando sea y por el tiempo que sea. No sé. No sé. Estoy confuso y cansado. Y no teniéndote a ti aquí, a mi lado, para hablar las cosas, me parece terriblemente difícil tomar una determinación, si no imposible. Acabo de subir a ver el mailbox y no hay carta tuya. Puede ser que mañana llegue.*

José Donoso trabaja todo el día para amortiguar la soledad; se acuesta temprano, lee y toma notas para sus clases y conferencias. El trabajo, con el campus casi vacío por esos días, es la mejor parte de su estadía. Ha releído a Borges casi entero pensando en la conferencia que va a versar sobre los elementos de juego en el autor de *El Aleph*, Julio Cortázar y Carlos Fuentes con alusiones a Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Está releiendo *Homo Ludens*, de Huizinga, un libro maravilloso que lo tiene fascinado, y al respecto anota:

*Carlos Fuentes es cómico: todo Zona sagrada, incluso el título está sacado de Huizinga. He is a fantastic borrower of ideas. Creo que mi análisis sobre Fuentes puede ser brillante con este conocimiento de Huizinga.*

Su ánimo ha cambiado. Está más optimista; la primera impresión que tuvo a su llegada se ha ido disipando y el velo de oscuridad se desvanece poco a poco.

El ambiente del campus le parece «físicamente» cómico. Las chicas, bonitas pero muy pasadas de moda, no ha visto ni a Pam Piccards ni a Marna Klines. Los muchachos, en cambio, son increíbles, todos absolutamente peludísimos, de cabello largo, barbas, bigotes del modo más extraño.

La interrupción de la escritura de *El obsceno pájaro de la noche* lo tiene desesperado. Se siente muy ajeno a todo ese mundo:

*Nadie fuera de Nick Crome me ha invitado o tendido la mano. MacMurray, del Spanish Department, me convidó a una comida el viernes*



*para el sábado que viene... te imaginas. No lo conoces, una especie de Buster Keaton idiota.*

*Puede ser que con Shwartz y su mujer, judíos neoyorquinos, horribles, peludos, sensibles, cultos, tímidos, me salga una buena amistad. Podría ser. Pero miro el paisaje humano alrededor mío y todo lo demás es imposible. Para qué te digo lo que son mis alumnos del workshop... No podrías creerlo, es tan bajo el standard. Por suerte, son sólo cinco.*

Relaciona, entonces, la incapacidad social que ha tenido siempre con su madre:

*Ahora, lejos de mi madre, la quiero aún más y la entiendo perfectamente, y el dolor que siento al pensar en ella es obsesivo. Me siento tan cercano a ella, por primera vez en mi vida. Es tan frágil, tan cariñosa, tan poco sofisticada, y en muchos sentidos muy parecida a mí. Me veo a mí en ella de alguna manera, su apocamiento, su fragilidad, su dificultad y miedo de comunicación con todo lo que no sea su círculo inmediato y el terror de salir de él. Creo que con el tiempo me voy a poner peor y que tú, María Pilar, vas a tener que ser una especie de intérprete mío, un puente para comunicarme con el mundo, porque solo no puedo. ¿Por qué será que odio tanto a la gente? Me preocupa.*

Pero luego de esos pensamientos pasa rápidamente a otra cosa, a pormenores cotidianos, y le pide a mi madre que le compre («sólo si no es un gasto horrible») un poncho para la mujer de Nick Crome, Nancy, ya que, según él, es la única persona relativamente humana por esos lados y que se ha portado divinamente con él.

*Me he comprado unas camisas como la mía azul, wash and wear, para no gastar en lavandería, y Nancy Crome me deja ir a su casa a usar su máquina lavadora y ella misma me tenderá la ropa. Compré también dos pijamas drip and dry bastante monstruosos que también lavaré donde Nancy Crome. Pero*

*el poncho, pronto, muy pronto, mira que eso me puede abrir muchas puertas, y Nancy en realidad es encantadora.*

Por aquel tiempo, mi padre recibe nuevas propuestas de trabajo. Al parecer, lo de la Universidad de Columbia no era tan fantástico como esperaba, pues se trata de dos semestres en vez de uno: el primero casi sin trabajo, con diez estudiantes en *creative writing* y nada más, y el segundo con un *load* de trabajo mucho mayor, un *lecture course* de *Latin American Civilization*, y dice al respecto: *which I know nothing about, but which I could study in a pinch*. Además, un curso sobre literatura latinoamericana contemporánea. Cree que mejor debe contestar que no y aceptar la oferta de la Universidad de Iowa, que le resulta más seductora.

Mi abuela materna, Graciela Mendieta, viaja a Pollensa para cuidar de mi madre y ayudarla conmigo. La relación entre ellas es difícil y tensa, pero en este momento debe aceptar la ayuda, está enferma debido a unos tumores que le han descubierto en el útero. La ausencia de mi padre es cada vez más desoladora. Mi madre debe permanecer en cama mientras las hemorragias continúan. Los doctores quieren operarla cuanto antes, pero finalmente le aconsejan esperar hasta que se traslade a vivir a Barcelona, donde también podrá cuidarla mi abuela paterna, la Titi (Alicia Yáñez), que está visitando en ese momento a la tía Elenita en Alemania y llegará a Barcelona tan pronto como pueda, con tal de ayudar en caso de que la operen.

Mi padre escribe, en una carta dirigida a mi madre, el 20 de enero de 1969:

*Mi mamá y mi tía Mina llegan a Barcelona a mediados de febrero. Espero que le hayas escrito a mi mamá sin falta todas las semanas, mira que está muy sentimental, aunque me escribe que ha estado muy de buenas y han salido a todas las tiendas, lo que es su mundo, y ha estado comiendo y durmiendo bien, lo que es un gran descanso para mí. Dice la tía Mina que te han comprado ollas... Las veo llegando en bicicleta desde Francfort, con cuatro pares de medias puestas y calzones largos, cargadas de ollas,*

*pajareras, luleros, espumaderas, maniquíes, y esperándonos en nuestra casa transformada en un loquero absoluto.*

Mientras la salud de mi madre empeora, el 22 de enero, en Fort Collins, mi padre empieza a sentir fuertes dolores estomacales. Deja pasar los días hasta que finalmente Nick Crome lo lleva al hospital de urgencia. Llega con una hemorragia producto de una severa úlcera que le dura seis días. Debe ser intervenido de urgencia y recibe constantes transfusiones, las cuales, en el futuro, serán el origen de una hepatitis C que le causará la muerte.

A Pollensa llegan telegramas alarmantes de parte de los encargados de la universidad:

*Pepe hospitalizaded ulcer perhaps surgery doctor says he is strong enough keep you informed.*

*Pepe just had successful ulcer operation way to recovery no need for you to come.*

*In Fort Collins doctors happy Pepe unhappy will call.*

*Pepe's depression temporary all's well don't worry.*

Para evitar el dolor tras la operación, le dan altas dosis de morfina. Sobrerreacciona a esta droga con delirios y alucinaciones; se arranca las sondas y trata de lanzarse por la ventana. Ve bestias que le devoran el cuerpo, que le comen las entrañas. Cree que los médicos quieren sacarle la sangre, que lo envenenan. Son veinte días en el infierno, pero estas visiones salidas del inconsciente cerrarán, de manera definitiva, el círculo creativo de *El obsceno pájaro de la noche*.

En una conversación que mantuvimos años más tarde, me cuenta a raíz de esta experiencia angustiosa:

—*El obsceno pájaro* ya existía, tenía forma pero no tenía médula. Fue una cosa muy dura para mí trabajar en la médula. ¿Cuál era el truco? ¿Qué usar? De alguna manera la locura mía durante la operación de mi úlcera me sirvió para encontrar una forma a la novela.

»Me acuerdo perfectamente de mis delirios, de los ojos verdes de la enfermera, de las cosas que yo temía que me estaban haciendo. Recuerdo el horror que me causaba el hecho de que estuvieran mandando mi sangre sana a Vietnam, para que luego me pusieran sangre enferma para que yo la purificara y la mandaran nuevamente a Vietnam para ser usada.

»Es un delirio que me ha quedado firme y estable. Mi horrorosa sensación de que estaba en una cárcel y no podía evadirme. Todos mis monstruos interiores aparecieron en esos delirios».

El posoperatorio es lento, aunque él quiere volver cuanto antes a Pollensa. Los gastos médicos han sido muchos y se da cuenta de que vuelve sin nada de lo que pensó ahorrar. Por momentos duda si quedarse un tiempo más para ganar algo de dinero, pero no sabe si puede soportar el trabajo, el contacto con los alumnos, el temor a la soledad con el debilitamiento físico y emocional en que está.

Escribe a mi madre el 11 de febrero de 1969:

*Más y más me sano, más y más te echo de menos, más y más estás desesperadamente lejos. Ya estoy completo, mi mente, mi razonamiento, todo: todo difícil, es cierto, todo inseguro, pero me reconozco. ¡Por Dios, las cosas que me han pasado! ¡Qué horror ha sido esta separación! ¡Qué infierno nuestra vida desde que decidimos no ir a Chile, que fue el momento en que decidimos separarnos y todo se vino abajo!*

Finalmente, mi padre llega a Pollensa, con enfermera y veinticinco kilos menos. Mientras duró su ausencia, mi madre logra recobrase y la urgencia de la operación se pospone. Ambos recuperados, mi padre se embarca en un trabajo sin descanso para terminar *El obscuro pájaro de la noche*.

Luis Guillermo de Perinat les presta una casa, un palacete, por tres meses, en el balneario de Comillas, en Cantabria, para que mi padre pueda escribir.

Era una casa maravillosa, rodeada de jardines repletos de hortensias azules

y laberintos de boj, entre los que yo jugaba. Mi padre trabaja mientras me observa, desde su ventana, corretear entre medio de este idílico entorno.

Trabaja todo el día. Antes de la hora de almuerzo se da un descanso y baja un rato a la playa conmigo y mi madre para bañarse en el mar. Mi madre se adentra en el mar y yo la saludo desde la orilla. Pero cuando mi padre entra en el agua, yo grito como una loca, desesperada para que salga y esté a salvo. Así, a mis dos años, se inicia la relación protectora que siempre mantuve con él.

Muchos años después, comentando estos recuerdos, me dijo: «Ya entonces eras más madre mía... que yo padre tuyo».

Al atardecer volvía a interrumpir su trabajo para estar con nosotras. Al acostarse leía, desde el primer número hasta el último, la colección completa de *La Esfera*, revista del mundo elegante que el dueño de casa coleccionaba. Mi madre no entendía su entusiasmo por esta revista que ella consideraba «un frívolo afán». En su lado de la cama, él sonreía al leer las crónicas, mientras ella trataba de comentarle la lectura que sostenía, *Eros y civilización*, de Henry Marcuse, a lo que mi padre añadía de vuelta lo elegante que era tal o cual duquesa y mostraba la foto. Mi madre, desconcertada, suponía que aquello era una suerte de esquizofrenia artística.

Pero *La Esfera* sembró semillas en él que quedarían guardadas hasta dar frutos en Madrid, años más tarde, en su obra *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*.

En Cantabria, finalmente logra agarrar la cola de la novela, entenderla en toda su complejidad y terminarla después de siete años. Para lograrlo debió meterse dentro; él era parte de la novela. Había trabajado años sin entenderla, sin saber hasta dónde podía llegar. De pronto, todo tuvo forma y se plasmó. Me comentó una vez:

—Siempre *El pájaro* estuvo ahí, la tenía escrita en el ADN, y salió, le di apertura para salir a flote. Fui apilando distintos niveles a lo largo de su

gestación, hasta que tenía una cantidad enorme de ellos, y no sabía bien cómo esos niveles iban a cuajar, a funcionar.

Cuando finalmente termina el libro vuelven a Pollensa. En el trayecto de vuelta, mientras mi madre conducía, ocurre algo muy mágico. Pasando ya por Guipúzcoa aparece un letrero en la vía que decía «Azcoitía». Su sorpresa fue grande, pues, según me contó, no sabía que «Azcoitía» era realmente un nombre o un apellido o un lugar; no lo conocía, ignoraba su existencia, y agrega:

—Fue una de esas cosas mágicas que me pasan a mí, fue un nombre que se me ocurrió al iniciar la escritura de *El pájaro*. Por ejemplo, escribí: «Cuando don Jerónimo de Azcoitía...», y me dije: ¿qué es esto? No sé por qué lo escribí.

Pero no obstante la curiosidad sobre ese pueblo que tenía «su» nombre, no quiso desviarse de la carretera y entrar. Sintió que quizás se perdería la magia.

La gestación de *El obsceno pájaro de la noche* fue difícil y larga, pero le dará grandes satisfacciones, principalmente el reconocimiento como «escritor». Algunos, hasta hoy, aseguran que no ha escrito nada que valga la pena fuera de su primera novela, *Coronación*. Carlos Droguett, aún más categórico, afirmó que mi padre ha escrito sólo una cosa que vale la pena, su cuento «Una señora». Más allá de estas lapidarias sentencias, el tiempo demostró que *El obsceno pájaro de la noche* es reconocida como una de las obras fundamentales del habla castellana del siglo XX.

## Barcelona-Vallvidrera, 1969-1971

Atraído por el mundo editorial e intelectual, Barcelona será su nuevo destino. Mi madre se angustia, no quiere más cambios, pero, muy a su pesar, quedarán varios traslados más, de ciudad, de país, de continente.

Al llegar a Barcelona mi padre ve a su mujer tan disminuida ante el terror de buscar nuevamente un departamento, que la deja instalada en un restaurante en el barrio de Vallvidrera y empieza a recorrer el sector, pues los precios eran razonables. Sin saber por qué —con esa visión que lo caracterizó para encontrar lugares espléndidos donde vivir, hallaba casas y departamentos que siempre tenían un carácter especial— va directamente a un edificio antiguo cerca del Tibidabo, barrio que en otra época había sido muy elegante. Toca el timbre y pregunta si alguno de los departamentos está en arriendo. Hay uno en el segundo piso. Era un departamento maravilloso, se asomaba sobre el precipicio del cerro Vallvidrera, con ventanales de medio punto de una altura de tres metros, de cara al Mediterráneo y a toda la ciudad de Barcelona. Tanto en su vida como en sus novelas las casas fueron puntos centrales para él.

Poco tiempo después de instalarse, las hemorragias uterinas de mi madre vuelven. Es operada de urgencia y se le practica una histerectomía. Al momento de internarse, mis dos abuelas están en Barcelona. Todo sale bien, a pesar de las constantes peleas entre las dos ancianas por definir cuál es merecedora de más amor de mi parte, lo que torna el ambiente un poco infernal. Una vez que mi madre se recupera, ambas señoras regresan a Chile y la calma vuelve al hogar.

Mi padre, que trabaja incansablemente para poner punto final a la novela,

refleja sus dudas de la época en una carta fechada el 13 de mayo:

*Elucubro sobre la posibilidad de que reescribir toda la primera parte antes de seguir con la segunda sea un error, simplemente seguir adelante, ya que al fin y al cabo esto no será The Final Draft. Creo que voy a seguir adelante en cuanto termine esta parte como está. Entonces, cuando tenga las primeras tres partes listas, que al fin y al cabo son las fáciles y rápidas, entonces la reescribiré en un final draft. Después seguiré con las dos últimas partes. Pero, por otro lado, me gustaría desgenetizar esta primera parte. En fin, that can wait. Probablemente sea lo más realista, ya que es lo más trabajado que tengo y lo más listo para presentar. Tengo que seguir adelante.*

*Por otro lado, pienso que debo reajustar toda la primera parte con una revisión final. En fin. Estoy muy confuso. Trataré de terminar esta semana esta parte. No es imposible.*

Más adelante:

*Me aterra, de pronto, el volumen que ha cobrado la parte dos, con el agregado tan lógico de la historia de los monstruos al final.*

*Me entusiasma tanto la idea y la encuentro tan lógica, que creo que me va a seducir para seguir adelante.*

*En realidad, no le voy a dar a leer a nadie nada hasta terminar la segunda parte. Es la novela imaginada. Esto está fantástico. La novela está tomando un orden nuevo y una nueva dirección. Sobre todo un orden.*

En un cuaderno posterior anota el 3 de diciembre:

*Estoy definitivamente terminando el libro.*

*Idea: una serie de cuentos sobre ropa: Los vestidos.*

*Bueno, tengo completo y total el trabajo en bruto hasta el final.*

*Nombre para la próxima novela: Los malos pasos, Los malos pensamientos, me gustaría empezar a planearla en Málaga este invierno y*



*comenzar a escribirla aquí en Vallvidrera en la primavera que viene, quizás terminarla a fines de año.*

Luego, el 7 de diciembre:

*Mañana tengo que comenzar el último capítulo de mi novela. Superficialmente parece que no le temo. Pero durante el día de hoy no he pensado en él, quitándole el poto a la jeringa. Es un capítulo final que se compondrá de dos partes cortas. La primera parte es la más complicada desde mi punto de vista. La segunda tiene que estar maravillosamente escrita y sutilmente hecha.*

*En la tarde del miércoles puedo llevarle a Carlos Barral todo el material completo y llamar a Carmen Balcells. Quizás festejar en Boccaccio.*

*El obsceno pájaro de la noche llega a su punto final, después de años de distintas versiones, trabajo, frustraciones y satisfacciones. Es el cierre del círculo creativo. Escribe entonces a sus padres:*

*He decidido hacer una locura... no regresar a USA a enseñar. Estoy en la etapa más creativa de mi vida y no puedo archivarme en una universidad. El pájaro lo entrego definitivamente a fines de esta semana. Carlos Barral, que es muy parco, escribió una carta a Gallimard diciéndoles: «Se trata de una obra genial, de gran, gran calidad, una de las piezas mayores de la literatura contemporánea...», etc. Él es el dueño de la Editorial Seix Barral y gran autoridad.*

*Pero está asustado. Rechazar un sueldo seguro lo hace dudar de si tomar el riesgo de dedicarse a los proyectos que tiene en mente, dos novelas pensadas, un libro de cuentos y uno de ensayos.*

En otra carta a su padre:

*Las opiniones sobre El obsceno pájaro de la noche me han envalentonado. Tengo una carrera demasiado linda por delante, y mis años maduros más creativos, que no puedo tirar a la basura. De modo que... bueno, tengo que salir adelante, ser valiente, si hay que pasar hambre se pasará, aunque no*

*creo, pero María Pilar está de mi parte... No hay pelea que ganar, ya está ganada: lo decidí. Las locuras generalmente me salen bien.*

Hasta ese momento su agente literario era Carl Brandt, de Estados Unidos, pero esta relación no durará más tiempo ya que conoce en Barcelona a Carmen Balcells, quien desde entonces será siempre un personaje central en su vida. Brandt quedará por un tiempo sólo a cargo de los derechos para lengua inglesa.

Hablando sobre Carmen en esas largas conversaciones, sentados bajo la sombra de la flor de la pluma, en la terraza de nuestra casa en Santiago de Chile, se reía de sí mismo por la autoridad que esta mujer tiene sobre él:

—Llego donde la Carmen Balcells, justo antes de terminar *El pájaro*, bastante mágicamente, me parece. Ella estaba muy presente en nuestras vidas, iba a visitarnos a nuestro departamento a menudo. Es una catalana de gran carácter. Por ambición llegó a ser lo que es. Estudió letras en la universidad, Carlos Barral la conoció y la invitó a participar en la editorial para manejar toda la parte extranjera, ahí toma contacto con muchos escritores y crea lazos de amistad con ellos. Luego, se va de Seix Barral y funda su agencia. Trabajó mucho, tenía muy buen «ojo literario», sabía reconocer dónde iban las cosas. Con esta visión logra ser la agente literaria de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Jorge Edwards y muchos escritores importantes que con el paso del tiempo fue reclutando. Hoy en día tiene una oficina elegantísima y es la más importante agente de la lengua castellana. Una vez dijo: «Pepe Donoso es el más escritor de todos mis novelistas», aludiendo a mi trabajo, porque veo las cosas literariamente. Ella entra en la función literaria de los otros escritores, pero no entra a la «cocina literaria», como la obligo yo.

»¿Si la quiero? No, no la quiero nada, me hace sufrir horriblemente, es una canalla, una perversa».

Mi padre espera mi reacción ante sus palabras y se ríe porque sabe que yo

noto lo mucho que la quiere, admira, depende y, a la vez, teme sus opiniones. A pesar de que dice sobre ella:

—Es una mercenaria de la literatura y me inspira terror la autoridad de su tono, pero me pregunto admirado de dónde habrá sacado ella tanta sabiduría, además de un gran sentido del humor.

Años más tarde, Carmen Balcells será un personaje en la novela *El jardín de al lado*, caracterizada en Nuria Monclús, y de algún modo mi padre también será un personaje en esa novela, Marcelo Chiriboga, un escritor exitoso. Luego del funeral de mi padre llegaron unas condolencias dando el pésame a nombre de Nuria Monclús y Marcelo Chiriboga... por supuesto enviadas por Carmen Balcells.

La Editorial Seix Barral va a publicar *El obscuro pájaro de la noche*. Las editoriales norteamericanas Knopf, Harpers & Row y Dutton quieren publicarla. Le llegan noticias de posibles «grandes oportunidades» para él sobre algo «que alguien dijo», que «era posible, pero aún nada definitivo», que «otro editor dijo», que «tal crítico opinó».

En Francia, Editions du Seuil; en Italia, Bompiani, y Jonathan Cape en Inglaterra publicarán también la novela, además de *Coronación*. Postula entonces al Premio Biblioteca Breve, de Seix Barral, uno de los más prestigiosos de la lengua española en ese momento. La felicidad para él es absoluta. Sin embargo, huye a Marbella, escapando de la olla de grillos, respecto de los dimes y diretes del mundo editorial, que le producen un temor inmenso. Marbella le parece un paraíso terrenal:

*Sofisticado, elegante, blanco, Gibraltar al frente, África al otro lado del agua, cerca de Cádiz, Málaga, Sevilla, Granada. Greta Garbo entrando a una boutique en la plaza de los Naranjos. La duquesa de Windsor con perros iguales al Peregrine, sólo que negros. La joven esposa de Alain de Roschild agonizando de una larga leucemia con las mostacillas al tope. En la fonda, en el bar, de noche, hay marquesas disfrazadas de hippies y hippies*

*disfrazados de marquesas. Nosotros paseamos impertérritos en nuestro Seat 600 inmundo (hay agencia de Rolls Royce en este pueblo de veinte mil habitantes), con la Pilarcita y el Peregrine.*

*Pienso usar este mundo en una novela: tenemos nuestra «petite entree» a través de Mary Foxá, la viuda del conde Agustín de Foxá, inmundo embajador de Franco ante Perón, y ella, íntima de Evita, es muy linda, muy extraña, le está estrujando hasta la última gota a lo que le queda de sus blasones, y muy amiga nuestra.*

*Desde Marbella escribe una carta a sus padres, fechada el 26 de febrero de 1970:*

*Hace ya dos meses que los parlamentos van y los parlamentos vienen, que las intrigas se tejen y se entretejen alrededor de mi novela, que dicen y que no dicen, que me llaman por teléfono, que se publica un artículo en Madrid echándome abajo, otro ensalzándome, que se citan palabras de Carlos Barral falsamente, que ya no sé quién es mi amigo y quién mi enemigo... la faramalla usual en un caso así. ¿Pero se imaginan lo que significa para mí el ganarme el Premio Biblioteca Breve? Hasta en Chile tendrían que reconocerme y tendrán que reconocer, pese a sí mismos, que en Chile HAY novelistas.*

*Es el premio que consagró a Mario Vargas Llosa, se lo ha ganado Goytisolo, Carlos Fuentes el año pasado. Y como, por ser muy «hereje» como libro, no lo van a publicar en España, va a ser un escandalazo que lo va a vender muchísimo más. Y, según dicen, es una novela tan loca y tan extraña que tiene material de best-seller. Carlos Barral me dijo que desde que leyó La casa verde, de Vargas Llosa, y Rayuela, de Cortázar, no ha leído nada que lo haya conmovido más y le haya interesado más profundamente.*

*Una cosa buena: que si no me saco el premio, Carlos Barral me ha prometido que no figuraré, de manera que así no se desprestiege mi novela.*

*Hoy deben estar llegando todos los escritores del jurado y todos los periodistas, y me escuecen las orejas de lo que estarán hablando de mí.*

*¡No saben la ilusión que me hace sacarme el dichoso premio! Podría significar, incluso, que me atreva a regresar a Chile. ¿Se dan cuenta de que, en ese caso, su hijo será, junto con Neruda, el escritor chileno más conocido en el extranjero, y el hombre de letras número dos de Chile? Sería la consagración. Bueno, esperar... esperar... La María Pilar no deja de rezar rosarios, hagan ustedes otro tanto o lo equivalente.*

*Para qué cito a la lechera... el cántaro se puede romper en cinco días más, las ilusiones, los proyectos son infinitos, entre ellos, naturalmente, traerlos a ustedes por un buen tiempo, además de ir nosotros a Chile a ver a mi Nana y llevarles a la niña para que la conozcan.*

*Bueno, viejos queridos, aquí los deja este hijo egoísta, egocéntrico y ambicioso. Hay una vida, hay que vivirla bien y gozosamente, con todo lo que tiene, y a la mayor altura posible. Jamás creí que se me presentaría la oportunidad para vivirla a la altura emocional, profesional y social a la que la estoy viviendo. Creo que muy pronto voy a «hacer» otra úlcera, qué horror. Un abrazo muy grande para los tres, y para la Claudia, Martín y el Pocho y demás Donosos.*

*En Marbella mis padres se reencuentran después de muchos años con Toño Fernández Muro y su mujer, Sarah Grilo, pintores extraordinarios, ambos argentinos, residentes en Nueva York. Amigos verdaderos, profundos, entrañables, con los que hubo un vínculo excepcional, al punto de que tratan de convencerlos de que abandonen Nueva York y se vayan a vivir a Barcelona con ellos.*

*No coincidirán ahí, sino en 1979 en Madrid, donde la amistad se hace aún más estrecha y de mutua admiración. Viajaremos con ellos y su nieta, Carolina Head, en un recorrido inolvidable en auto desde Granada a Marruecos, lleno de acontecimientos, accidentes, peleas y aventuras. Pero*

como suele ocurrir en la estrecha y larga convivencia, la amistad fue distanciándose cada vez más y luego nos veíamos con muy poca frecuencia.

De vuelta en Barcelona, con todas estas nuevas posibilidades, la situación económica mejora algo. Ha ahorrado e invertido su dinero en Estados Unidos en una cuenta en dólares. Se siente liberado, por un tiempo, de los problemas financieros y del yugo de su suegro, que los ha ayudado en los últimos años, pero no sin pasar la cuenta. Le está pagando lo que le adeudaba por la operación de úlcera como por otros gastos realizados. No era fácil pedirle dinero prestado a su suegro, le incomodaba profundamente ser un supuesto «príncipe consorte». Le escribe, entonces, a mi abuelo ante estos nuevos augurios económicos.

*Me falta muy poco para completar lo que he «sacado» del patrimonio de María Pilar y pienso reponerlo todo. De modo que, además de haberle mantenido a su hija a mi suegro en bastante buen estado, «devuelvo» todo y no adeudaré ni un solo cinco a mi suegro.*

*Podré pagar el alquiler en Barcelona y una criada. Voy a ahorrar para que nos podamos dar lujos. Recuerdo la primera carta de casado que Jorge Valdivieso me escribió desde Roma: «Estamos ahorrando en todas las cosas de primera necesidad para poder darnos lujos». Es lo que pienso hacer.*

Lamentablemente, no obtiene el Premio Seix Barral y se siente frustrado. Justo en ese momento pelean Carlos Barral y Víctor Seix, lo que concluye en la disolución de la editorial y, por consiguiente, el premio. Carlos Barral fundó independientemente Barral Editores, y con un nuevo premio trató de hacer renacer el Biblioteca Breve sin conseguirlo. En una comida mi padre discute acaloradamente con Carlos Barral y terminan peleándose por un tiempo. Barral le echaba en cara que publicara *El obsceno pájaro de la noche* con su rival. Ingenuamente mi padre le ofrece el manuscrito a Carlos Barral, con la intención de ayudar a su nueva editorial.

Me relata así este acontecimiento que lo perturbó durante semanas, pues

era incapaz de enfrentar el conflicto:

—Le dije: te doy mi manuscrito, te lo regalo, para que tú formes una nueva editorial, y Carlos Barral se puso furioso conmigo: «¡Qué eres, un indigno de mierda!, ¡con esa barba mal cortada!, ¡te ves ridículo con tus anteojos pegados con scotch!», me dijo furioso. Lo consideró como una ofensa, como un insulto. Luego, las cosas se arreglaron entre nosotros, gracias, en parte, a las gestiones diplomáticas de Carmen Balcells.

Mi padre esa noche cayó en cama con un supuesto ataque de úlcera y Carlos Barral abandonó la fiesta con unas copas de más, llorando. Pasada esa noche ambos «corrieron un tupido velo» sobre el asunto y volvieron a ser tan amigos como antes.

Mi padre está lleno de sí mismo en ese momento, todo lo que no está relacionado con su ascendencia en la carrera literaria ha tomado un segundo plano. A pesar del apoyo incondicional de mi madre, la deja bastante sola y a mí también. Incluso temas como la tramitación final y legal de mi adopción, tan necesaria, ha quedado relegada frente a su enorme egocentrismo.

Los problemas que ocurren en Chile con su familia tampoco lo inquietan demasiado, a pesar de las preocupaciones que sienten sus padres con respecto de la reciente separación de su hermano Gonzalo de su mujer, Gaby Plate, que en ese momento vive en la casa de avenida Holanda con sus hijos: Claudia, Martín y Gonzalo. Mi padre, a su manera, les da consuelo:

*Queridos viejos:*

*Veo que los Plate les preocupan, pero no se les dé nada, acuérdense lo que éramos nosotros a la misma edad. Yo, por lo menos, un verdadero monstruo... y tan mal no he salido, por lo menos hasta ahora. La adolescencia en los niños sensibles es terrible, larga y casi intolerable. Cuando son inteligentes, logran salir en parte de la adolescencia y de eso se trata. Cuando son tontos, o muy débiles, la adolescencia se los devora y se quedan con los mismos problemas toda la vida. No dudo de que la Claudia y*

*Martín vayan a salir de la adolescencia porque los dos son muy inteligentes. Yo, personalmente, y quizás por afinidad, prefiero las adolescencias convulsionadas que las adolescencias planas... el fruto maduro, generalmente, es mejor y más interesante. Y me parece estupendo que la Gaby ponga casa por su cuenta y haga su vida, lo único que siento es la soledad de ustedes. Hay que dar comprensión y cariño, que no dudo de que ustedes darán, ofrecer un puerto de afecto, un refugio, quedándose siempre a un lado y sin exigir demasiado... Es absurdo aconsejarlos. ¿Pero qué voy a hacer desde aquí? Cuéntenme de Gonzalo, ténganlo al tanto de mis movimientos, para que así quizás nos encontremos.*

A pesar del distanciamiento, al escribir a Chile no deja de sentir cierta nostalgia por un aislamiento afectivo: estar lejos de su historia, de los viejos amigos que le hacen falta, de su país. El aislamiento emocional le duele. Encuentro la siguiente nota en su cuaderno de la época:

*Es increíble que si me dieran a elegir a pasar quince días con, digamos, mi gran amigo Juan Goytisoló, con quien tengo mucho tema y mucho afecto, o quince días con alguna prima solterona y bigotuda de Talca, me temo que casi seguramente elegiría esta última.*

Mi padre siente que aún no se recupera bien de la operación de úlcera, que le queda poca energía vital y psicológica. En una carta a Alberto Pérez le dice:

*Envejecí mucho, y fuera de los libros, y aun eso, no me interesa realmente casi nada. Lo único posible para mí es escarbar dentro de la poca tierra que adentro me queda, a ver si encuentro algo antes de llegar a la roca donde no hay respuesta. Y eso ya no tardará. Tengo que apresurarme. Mi hija, maravillosa, crece, pero como un monumento al tiempo que yo voy perdiendo y que ella va ganando, amenaza constante, envidia constante que matiza el amor, distancia infinita, ser cuya experiencia será de otro siglo que el mío,*



*de otro milenio que el mío, rubia, ojos negros, alegre, libre, vital, todo lo que yo no soy y no he sido nunca.*

La época de Barcelona está plagada de éxitos, amigos, reconocimiento, contactos y proyectos. Pero las dificultades económicas persisten y a pesar del adelanto por *El obscuro pájaro de la noche*, que en un momento pareció solucionar las cosas, la economía familiar tambalea nuevamente. Como bien dice Gabriel García Márquez: «Todos los editores son ricos y todos los escritores son pobres».

Mi padre nunca consiguió la estabilidad económica que hubiera querido. Los premios le fueron siempre esquivos y sus ventas nunca alcanzaron la envergadura de sus pares del Boom. Piensa en Chile y trata de crear una conexión entre su historia familiar y yo, su hija española. Me cuenta historias familiares, me describe la casa de avenida Holanda, las calles, me detalla aromas y sensaciones, me hace imaginar y tomar conciencia de la existencia de mis abuelos, de la Nana y de mis primos, y a contestar que yo soy chilena. Pero mi sentido de pertenencia a España es más fuerte y, a pesar de los esfuerzos que hace mi padre, me paso horas viendo corridas de toros por la televisión, hablo catalán, ceceo y digo «olé» y «vale».

La posibilidad de volver a Chile está excluida en todo sentido y se aleja cada vez más. Las noticias que llegan desde allá anuncian un clima político desastroso por las próximas elecciones. El país está convulsionado y dividido en bandos totalmente antagonistas. Esta vez Salvador Allende parece no tener contrincante y parece probable que sea electo. Mi padre dice a sus padres, de manera premonitoria, en una carta de julio de 1970:

*Yo estaría muy por un gobierno revolucionario, pero Salvador Allende me parece lo último de lo último, y no votaría por él por ningún motivo. No sé qué gente lleva. Si lleva a Carlos Altamirano me parece horrible. Aquí hay gente que se está yendo de regreso a Chile porque están tan seguros que va a salir Allende. Para mí sería un motivo más para no volver a mi patria. Si sale*

*Allende, ¿no habría, como corolario, un golpe militar de derecha casi inmediatamente?*

La vida en Barcelona es uno de los momentos más felices en la vida de mi madre. Está siempre alegre, dispuesta a todo. La recuperación del «entorno social» es clave. Ella es por naturaleza sociable, acogedora con quien llegue a su casa. Sigue a mi padre a todos lados; es una suerte de secretaria que trata de resolver la parte práctica de la vida, sin mucho resultado, pero, desde luego, bastante mejor que mi padre. Se siente acompañada al estar rodeada de amigos, invitaciones y largas conversaciones. Es admirada por su elegancia y su estatura. Es bautizada por todos como la «Nefer de Barcelona», por sus características similares a las de la raza egipcia. En una conferencia, Rosa Regàs la recuerda así en esa época:

*Donoso nos hacía reír mucho, y sobre todo nos hacía reír María Pilar. Yo recuerdo la primera vez que la vi, en casa de unos amigos comunes: ella bajaba por una escalera y llevaba un traje muy bonito, con una especie de capa que le llegaba casi hasta las rodillas. Entonces, cuando llegó abajo, estuvo hablando un momento con nosotros y se desabrochó la capa, se la quitó, se la volvió a abrochar en la cadera y le quedó una falda larga preciosa que nos dejó a todos muy impresionados.*

Personaje importante durante muchos años fue nuestro perro Peregrine. Mi padre lo había comprado mientras vivían en Pollensa y entonces era un miembro central y muy querido en la familia. Mi padre lo describe en una carta a su amigo Alberto Pérez:

*Cómo es posible que haya escrito una carta tan importante sin mencionar al Peregrine. El Peregrine es mi perro campeón, un elegante pug blanco (Mopse, Carlin), como el perro que mira al público desde los pies de la marquesa de Pontejos de Goya, y en los autorretratos de Hogarth. Es un ser estupendo, un dragón minúsculo (según Mario Vargas Llosa) que echa mucho humo y ruidos increíbles.*

Cuando quisieron que el Peregrine se cruzara ya era un poco viejo. Mi madre no perdía la esperanza y le compró todo tipo de productos geriátricos para que funcionara la cruz. Años más tarde este perro se convertiría en un verdadero monstruo, digno de *El obscuro pájaro de la noche*. Empezó a sufrir de cataratas, hubo que operarlo y, para que no abriera los ojos, le cosieron los párpados con dos botones color crema, que en esa enorme cara chata y negra resaltaban dándole un aire simplemente terrorífico.

Los perros siempre fueron muy importantes en la vida de mis padres, pero éste fue especial, tanto así que al morir, mientras vivíamos en Sitges, quisieron enterrarlo en la casa de Calaceite con una lápida que lo conmemorara. El problema era mantenerlo en buenas condiciones durante su traslado, así es que mi madre no encontró nada mejor que congelarlo en el freezer de la casa. Se me prohibió acercarme, pero mi curiosidad de niña de diez años pudo más y, al abrir la puerta del congelador, vi que el perro, con la cara hacia delante y muy apretado en el reducido espacio, aún miraba con los botones cosidos a sus párpados.

Creo que nunca olvidaré esa imagen.

A mi primo Martín le encargaron el traslado de Peregrine de Sitges a Calaceite, pues mis padres partieron antes para preparar las pompas fúnebres de tan célebre personaje. Martín lo envolvió en bolsas de basura y lo metió en una maleta con la que viajó tres horas en tren y luego otra más en autobús, mientras el descongelamiento inevitable hacía que la maleta goteara incesantemente.

Pero las cosas seguían su rumbo y una de ellas era la política y el modo en que sus pares del Boom se relacionaban con el tema.

Mi padre, más reacio a «la amistad», me describe esa época:

—Yo me sentía lejano, porque en ese momento todo era política, era estar con o en contra de Fidel Castro. Tanto Carlos Fuentes como Gabriel García

Márquez como Vargas Llosa hacían política, estaban muy metidos en eso. A mí la política nunca me ha hecho vibrar, aunque mis novelas sí tienen un fondo político, esa es toda la política que concedo, es un poco lo que dice Ramokov que debe tener un autor, que también lo tienen Chejov y Tolstoi, es escribir la vida de ellos, pero no haciendo política.

»Yo he logrado que la gente de derecha me tilde de izquierdista, y los de izquierda me tildan de derechista».

En ese mismo tiempo viven en Barcelona Mario Vargas Llosa con su mujer, Patricia Llosa, que es mitad boliviana y pariente de mi madre. La amistad entre ellos se hace fuerte, se admiran mutuamente, y mi padre le pide a Mario Vargas Llosa que le escriba el prólogo de *Coronación* para una edición de bolsillo. Gabriel García Márquez también vive en Barcelona, pero mi padre, un poco celoso, creo yo, lo encuentra parco, menos humano y amistoso que Mario. Además, están Sergio Pitol y Jorge Edwards. Todos ellos se reunían constantemente durante el día para comer cualquier cosa en la Tortillería Flash-Flash y, por las noches, en las profundidades *art nouveau* de la *boîte* Boccaccio. Eran la *gauche divine* del momento, las mujeres guapas y bien vestidas; los hombres, talentosos y muy sofisticados: Carlos Barral, el editor-poeta, y su mujer; los hermanos Moix, el arquitecto Oriol Bohigas y Rosa Regàs; Óscar Tusquets y su mujer, Beatriz de Moura; los hermanos escritores Juan, Luis y José Agustín Goytisolo; la fotógrafa Colita.

También existía un grupo numeroso de novelistas hispanoamericanos que vivían autoexiliados por razones políticas, o bien por huir de los fantasmas que en los propios países los ahogaban. Todos pasaron largas temporadas fuera de sus países, de modo que el exilio, el cosmopolitismo y la internacionalización como escritores fue lo que los unió y lo que dio fruto a esa legendaria cofradía. La mayoría de las novelas capitales del Boom fueron escritas fuera del lugar de origen de cada autor.

Mi padre creía que este momento era ya el fin de ese fenómeno. Al igual que ve su inicio en aquella fiesta en México en casa de Carlos Fuentes, en 1965, ve su fin como unidad en una fiesta de Noche vieja de 1970 en Barcelona, en la casa de Luis Goytisolo, donde estaban Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez y otros. Esta celebración, que marcó para él este comienzo del fin, es descrita así en *Historia personal del Boom*:

*María Antonia, la mujer de Luis Goytisolo, presidía la fiesta, que, bailando ataviada con bombachas de terciopelo multicolor hasta la rodilla, botas negras, y cargada de alhajas bárbaras y lujosas, sugería un figurín de León Bakst para Scherezade o Petruska. Cortázar, aderezado con su flamante barba de matices rojizos, bailó algo muy movido con Ugné, su compañera; los Vargas Llosa, ante los invitados que les hicieron rueda, bailaron un valsecito peruano, y luego, a la misma rueda que los premió con aplausos, entraron los García Márquez para bailar un merengue tropical. Mientras tanto, nuestra agente literaria, Carmen Balcells, reclinada sobre los pulposos cojines de un diván, se relamía revolviendo los ingredientes de este sabroso guiso literario, alimentando, con la ayuda de Fernando Tola, Jorge Herralde y Sergio Pitol, a los hambrientos peces fantásticos que en sus peceras iluminadas decoraban los muros de la habitación. Carmen Balcells parecía tener en sus manos las cuerdas que nos hacían bailar a todos como a marionetas, y nos contemplaba, quizás con admiración, quizás con hambre, quizás con una mezcla de ambas cosas, mientras contemplaba a los peces danzando en sus peceras.*

En esa fiesta había un clima de esperanza, de coherencia, de unidad, pese a que ya se traslucían las semillas de las divergencias que terminaron por, si no deshacer amistades, por lo menos por enfriarlas. Se evidenciaban algunos zarpazos de los excluidos y de celosos. Poco después estalló el caso de Heberto Padilla en Cuba, donde una serie de hechos llevaron a este poeta a leer en una sesión pública una carta de autocrítica donde se calificaba a sí

mismo de «contrarrevolucionario objetivo» y afirmaba que, a pesar de la conmoción que su arresto había provocado, «no merecía estar libre», involucrando además a otros intelectuales cubanos que llamó al proscenio junto a él.

Fue este caso el que, con todo su estruendo, puso fin a la unidad entre los intelectuales latinoamericanos, dividiéndose entre quienes siguieron apoyando las políticas culturales de Fidel Castro y los que no.

Con todo, los contornos de este fenómeno son imposibles de fijar. Son sólo cuatro los nombres que, si los definimos, componen para el público el «gratis» del Boom, la elite, los «capos de mafia». Éstos eran y siguen siendo los más exageradamente alabados y los más exageradamente criticados: Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa. Pero hay muchos otros nombres importantes que engrosaron las líneas de este movimiento: Augusto Roa Bastos, Manuel Puig, Mario Benedetti, entre otros.

Mi padre se sintió integrante de este Boom por converger en un mismo momento y en un mismo lugar con este grupo, pero intuyó que en el fondo nunca fue parte importante del movimiento, al igual que en otros momentos de su vida sintió su incapacidad de ser parte de un grupo o de un partido político. Sus libros nunca tuvieron el éxito comercial alcanzado por los de sus pares, si bien su calidad literaria nunca ha estado en duda.

*El obsceno pájaro* ya está suelto. En todas las librerías hay afiches con la portada del libro, además de jaulas colgando con el libro adentro. Hay entrevistas, reportajes fotográficos, avisos en los periódicos. Las «precríticas», lo que dice Vargas Llosa, lo que dice García Márquez, lo que dice Clotas, lo que dice Castellet. En fin, todo un mundo admirativo que se moviliza.

El lanzamiento, en diciembre de 1970, se realiza en un edificio decorado por Picasso frente a la catedral de Barcelona. Hay 250 invitados. Mi padre no cabe en sí de felicidad, aunque con cierta ironía escribe:

*Por primera vez toco el papel en que viene envuelto el triunfo. No sé lo que habrá de verdadero, de valioso, adentro. Quizás no sea más que un mojón. Pero el papel, esta temporada, es muy bonito.*

Para esta ocasión le ha comprado a mi madre, para que se luzca, una capa negra que le llega hasta los pies y un sombrero con alón negro y botas de cabritilla negra hasta las nalgas.

Es en esos días cuando recibe el llamado de Época Films, los productores de *Tristana*, de Luis Buñuel, pues «el maestro» quería hablar con él. Mi padre viajó inmediatamente a Madrid y estuvo tres días hablando con el cineasta, interesado en hacer una película de *El lugar sin límites*. Incluso ya tenía el reparto y las locaciones determinadas. El desarrollo del libro se trasladaría a un ambiente español y el guión parecía estar definido. Buñuel estaba muy entusiasmado, pero la censura española bajo Franco terminaría por hacer fracasar el proyecto.

Le escribe su padre:

*Buñuel hace años que dice que ya no quiere hacer más películas. Pero que si la censura pasaba esta película, la haría inmediatamente. Yo puse cara larga: que no me atribulara, dijeron los productores, el gobierno español tiene tantas ganas de que Buñuel siga filmando en España, que le aguantan cualquier tema. Que no me preocupara, que ellos tienen mucha influencia. Tres días de conferencia, apuro, almuerzo con un sordo (Buñuel es como una tapia) y demás. Luego, tres semanas de espera, telefonazos diarios, que sí, que no, que parece, que... en fin, hasta que hace algunos días el telefonazo definitivo: la censura española dice que no, definitivamente, Buñuel o no Buñuel, que es una inmoralidad inaceptable, rechazada definitivamente y sin apelación y ya está... esperanzas rotas.*

Mi padre empezó a sentir la necesidad urgente de un cambio. Otro lugar, otra gente o simplemente estar solo. La *gauche divine* era muy *gauche* y demasiado *divine* para él. Sentía que no pertenecía completamente a ese

grupo, pero los frecuentaba, los observaba divertido, armando en su cabeza lo que luego sería *Tres novelitas burguesas*.

Entonces, mágicamente, aparecerá el lugar indicado donde emigrar.



## Calaceite, 1971-1974

El hallazgo —o más bien el descubrimiento— del pueblo de Calaceite se produce porque mi padre, cansado de que su traductor al francés, Didier Coste, le escribiera cartas pidiéndole aclaraciones sobre los «chilenismos» que usaba en sus novelas, decidió visitarlo y entenderse directamente con él. Para su sorpresa, resultó que las señas indicaban un pueblo tierra adentro, en la provincia de Teruel. Intrigado, fue a visitarlo y quedó sorprendido con la belleza del lugar, con ese pueblo de casas de piedra, congelado en el siglo XVII.

En cuanto vuelve a Barcelona, convence a mi madre de que es el lugar ideal para ellos y empieza de inmediato a gestionar todo lo necesario para comprar una casa y trasladarse cuanto antes.

En una carta dirigida a doña Momo, madre de Fernando Balmaceda, mujer muy importante en su juventud (según él, gracias a ella pudo estudiar en la Universidad de Princeton), le comenta cómo es Calaceite, a propósito de su amor compartido por los jardines.

*Con María Pilar dijimos «basta, no podemos seguir así como gitanos por el mundo». Por terceros me entero de que en la provincia de Teruel — olivares y olivares y olivares y viñas— hay un pueblo de dos mil habitantes que se llama Calaceite y que es uno de los más bellos y no prostituidos de España. Un pueblo de piedra ocre del siglo XVII, enorme catedral barroca, plaza con estupendos portales de piedra, y como ahora en la carretera que pasa desde Zaragoza a Tarragona han hecho una gasolinera, y los ricos del pueblo se están construyendo casas de estuco rosado y verde y amarillo pipí junto a la gasolinera, que es lo chic, venden palacios de piedra del siglo XVII*

*por tres mil dólares. Los viejos fuman sus pipas en la plaza; su única defensa contra el sol es la sombra de las piedras y la inmovible y uniforme espesura de la pana negra. Vamos a comprar una casa en este pueblo que es maravilloso y con un silencio verdaderamente balsámico. En el pueblo no hay casas con jardín, y como yo soy amigo de doña Momo necesito casa con jardín, porque ella me enseñó que una vida sin jardín no vale la pena. En las afueras del pueblo, sobre el río, hay un molino, también del siglo XVII, de piedra dorada, con dos balcones con soportes de piedra tallada, con el agua que pasa por debajo de la casa, la planta en ele, que me encanta, cuatro pisos de alto, una hectárea de terreno, tilos seculares, cerezos enormes, y el río abajo, lleno de chopos, y al frente los cerros grises y los olivares que se extienden hasta el infinito. Si no resulta la compra de este molino, otra casa con un jardincito aunque sea minúsculo. Casa, por fin.*

Un mes más tarde estaba comprando por seiscientos dólares una casa del siglo XVII casi en ruinas, la cual reconstruyó y arregló dejándola convertida en una especie de laberinto para tener un jardín de un estilo que en un pueblo como Calaceite era imposible de hallar. Este jardín inventado era, en realidad, un patio empedrado que tenía dos niveles. El superior estaba sostenido por dos bóvedas enmarcadas por arcos románicos que aparecieron casualmente al derrumbar un muro (al parecer databan del 1300, según el cura del pueblo). A este jardín se accedía por una pequeña escalera a cuyos pies mi padre había plantado «colas de zorro», que posteriormente serán las gramíneas, protagonistas simbólicas de *Casa de campo* y que fueron bautizados como Los jardines colgantes de Donoso. Esta escalera conducía al altillo que era su estudio, al que también se podía llegar por detrás de su dormitorio mediante una escalera de gato.

Era una casa bella, toda de piedra, con un living grande que tenía como originalidad dos chimeneas y el cielo de bovedilla catalana; troncos a la vista, cada medio metro, entre tronco y tronco, una pequeña bóveda de yeso y las

paredes de piedra descubierta. En el tercer piso estaba la «solana», granero típico de las casas de la región, con una vista incomparable hacia la sierra a través de los campos de olivos.

Mientras reconstruía la casa tuvimos que vivir en la fonda del pueblo, en plena carretera, y parada obligada de los camioneros que iban hacia Zaragoza. La fonda pertenecía a don Enrique Alcalá; su mujer, doña Adoración, estaba a cargo de la cocina. Don Enrique, hombre encantador, ya entonces muy viejo, al menos para mí (seguro la realidad era otra), tenía una energía envidiable y años más tarde fue bautizado como Henry Fonda. Nos atendía con mucho esmero, dejó que yo instalara todos mis juguetes, cocinilla con repisa incluida, al fondo del comedor, donde me la pasaba, mientras el murmullo de las conversaciones de los camioneros, el olor a ajo, el aroma de la leña quemándose en la salamandra y el zumbido de los autos al pasar por la carretera llenaban el ambiente.

La fonda continuó siendo siempre un punto de encuentro, el conejo al ajillo y la ensalada de judías blancas eran los platos preferidos de toda la población itinerante que fue llegando con el tiempo.

El primer y segundo años en Calaceite seguíamos yendo a Barcelona para estar en contacto con todos los del Boom. Fuimos a la casa de los García Márquez, invitados por la Gaba, Mercedes, con los Vargas Llosa y los niños, que éramos el mini Boom, a una especie de festejo para que todos se reunieran. Mi madre cuenta que al llegar a Barcelona, el día antes de la cena, Gabo gritó al vernos aparecer:

—¡Ya llegaron los primos de provincia!

A la celebración también estaban invitados Julio Cortázar con su pareja, Ugné, y Carlos Fuentes.

A nosotros, los niños, nos dejaron jugando juntos, mientras los grandes salieron a celebrar la reunión. Fueron a comer a un restaurante típico catalán. Esta ida a comer tiene un cuento encantador que mi madre relata con mucha

gracia en el capítulo que se incluyó en *Historia personal del Boom*, llamado el «Boom doméstico»:

*La cocina catalana es muy sabrosa pero no muy variada. Al llegar al restorán nos sentamos todos en una mesa. Allí, un papelito colocado junto a cada asiento con el menú impreso sirve para anotar, con un lápiz también convenientemente situado junto a los cubiertos, el número de raciones que se desea de cada plato. Luego se entrega el papelito al maître, para que haga los pedidos en la cocina.*

*En nuestra mesa la conversación se animaba haciendo olvidar la comida y nadie estaba preocupado de anotar lo que quería comer.*

*El maître, cansado de esperar, recurrió al dueño del establecimiento, que se acercó a la mesa muy decidido. Miró primero detenidamente a los comensales. Se hizo un silencio culpable ante la fuerza de aquella mirada. Silencio que aprovechó el dueño para preguntar muy serio pero haciendo gala del particular sentido del humor catalán: «¿Alguno de ustedes sabe escribir?...». Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Franqui y José Donoso se miraron desconcertados, entre inseguros y divertidos. Y el silencio se hizo más pesado aún.*

*La Gaba salvó la situación, ella es sabia, no sólo es cálida y encantadora, dijo: «Yo, yo sé...», cogió el menú, apuntó los pedidos y entregó el resultado al dueño.*

Recuerdo esas reuniones; éramos casi una familia. Todos estaban lejos de sus respectivas patrias y esta suerte de collage latinoamericano nos brindaba seguridad. Como niña, yo intuía esto: me faltaban los vínculos familiares y los hijos de estas «lumberas» del Boom fueron mis «primos» por un tiempo: María Monterroso, hija de Tito Monterroso; aunque mayores que yo, los hijos de García Márquez, Gonzalo y Rodrigo; y Álvaro y Gonzalo Vargas Llosa, los más importantes para mí. Con ellos compartí muchas vacaciones,

temporadas en el parvulario Pedralbes en Barcelona, donde nos dejaban nuestros padres mientras viajaban.

La amistad más estrecha era con los Vargas Llosa y juntos nos organizaban panoramas los fines de semana: títeres, idas al circo o al cine, y luego ellos comían juntos. En estas tertulias mi padre y Mario Vargas Llosa se trenzaban en discusiones literarias que terminaban siempre versando sobre Flaubert. Mario, gran admirador del escritor francés, lo defendía apasionadamente y mi padre lo atacaba, en parte, por molestar a Mario.

También Álvaro y Gonzalo Vargas Llosa pasaban algunos fines de semana en nuestra casa en Calaceite. Un verano estuvieron quince días mientras sus padres viajaban a México. Fue un verano inolvidable para mí, que normalmente estaba sola, ya que por un tiempo estuve con dos chicos de mi edad compartiendo mis juegos, nadando en la piscina municipal, paseando en burro, yendo al campo a cosechar cerezas, compartiendo la libertad total del pueblo. Dormíamos los tres juntos en mi habitación. Risas, llantos, celos porque uno jugaba con el otro y el tercero quedaba solo... nuevamente risas, juegos, peleas.

Mientras desde su habitación mi padre escuchaba nuestros juegos infantiles y pedía reiteradas veces que nos calláramos, se gestaba en su cabeza parte de la novela *Casa de campo*, donde treinta y cinco primos hermanos juegan a los «juegos del amor y del azar»; todo muy distinto, desde luego, a nuestras inocentes picardías.

El fin de año de 1971 lo pasamos en casa de los Vargas Llosa en Barcelona. Recuerdo que fuimos antes a la Feria de Santa Lucía, alrededor de la catedral gótica, llena de puestos donde se vendían adornos de Navidad, arbolitos, figuras para el pesebre, luces y guirnaldas. Yo, tomada de la mano de mi padre, aún con su pelo oscuro, pero su barba ya blanca, lo escuchaba mientras me mostraba todo y me señalaba a la gente para que la observara, costumbre que no perdió nunca. Quería que yo viera cómo él lo hacía,

apreciando también todo detalle físico de alguien: su vestimenta, su porte o algún defecto notorio que describiera lo que esa persona podía ser.

De regreso en la casa de los Vargas Llosa para celebrar el veinticuatro, los niños jugamos con los regalos. A pesar de que en España se entregan para día de Reyes, recibíamos algunas sorpresas para conservar la tradición latinoamericana. Se habló de literatura, era inevitable, y se recordó también las patrias y familias lejanas. Mientras nosotros, agotados, dormitábamos tendidos en cualquier parte.

La fiesta de la que mi padre habló como el fin del Boom, en casa de los Goytisolo, fue unos días después de esa Navidad y definió un momento importante, pues quedaría claro, con el paso del tiempo, aquello de que «nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos».

Esa Nochevieja la pasamos en la casa de los García Márquez. Invitados sólo los «íntimos», cenaron, bailaron y se abrazaron todos con real cariño, prometiéndose sinceramente ser amigos siempre y augurándose grandes éxitos literarios. Pero la amistad prometida se puso a prueba muchas veces con el paso del tiempo.

En 1972, mi padre cumplió ocho años fuera de Chile y once de matrimonio con mi madre. Yo tenía cinco años y mi padre sentía una grave «crisis idiomática», lo cual dificultaba su escritura. Su «chileno» fue sometido desde siempre a los embates de una vida anglófona, por su educación en el colegio The Grange, después sometido a los bolivianismos y argentinismos conyugales. Luego, comenzaron a viajar: México, Estados Unidos, Portugal, Madrid, Mallorca, Cataluña, de modo que se sentía escribiendo en una completa esquizofrenia idiomática.

Aparte de los cambios idiomáticos por sus viajes, existe un dato emocional: yo, su única hija, que nací en Madrid, viví en Mallorca y Barcelona, por lo que aprendí a hablar un castellano de España salpicado de catalanismos. No hablaba el idioma de Chile como el suyo y el de los suyos,

y me reía cuando decían «pieza» en lugar de «habitación», «ustedes» en lugar de «vosotros», o «pelota» cuando yo decía «balón».

—Así como los padres determinan la primera parte de la vida de sus hijos, los hijos, en gran medida, determinan la segunda parte de la vida de sus padres —me decía a veces.

José Donoso teme comenzar a escribir en un engendro de inglés y un castellano chileno, argentino, boliviano o catalán indistintamente con mi madre; además del castellano catalán conmigo y los idiomas respectivos de sus amigos que los visitan: peruanos, suizos, franceses, mexicanos, que lo hace dudar. En su cuaderno precisa:

*Temo que tendré que usar un collage, inventar un idioma con todos estos elementos, crear, darle vitalidad a este problema que es el mío de este momento, el de un escritor contemporáneo que se está quedando sin idioma. Porque chileno, lo que se llama verdaderamente castellano chileno, creo que ya no podré escribir.*

La escritura de *El obscuro pájaro de la noche* le significó un esfuerzo inmenso para conservar el «chileno», y siente que esa exigencia lo ha dejado estrujado, vacío. Quizás el libro entero sea como uno de esos paquetitos que hacen los personajes de «sus viejas» para que no se escurra la vida, para amarrarlo a sí mismo e identificarse; para poseer ese idioma en la forma más apasionada y definitiva posible, porque, al ir escribiéndolo, va gastándolo, perdiéndolo y cualquier intento por conservarlo es inútil.

Salió de Chile con la intención de permanecer afuera dos o tres meses y luego de ocho años todavía no regresa ni sabe si regresará algún día. Salió en tiempos de la presidencia de Jorge Alessandri y no conoció Chile bajo Eduardo Frei Montalva. Tampoco lo conocerá mientras Salvador Allende está en el poder, ni vivirá el golpe de Estado de Augusto Pinochet.

Una vez me dijo:

—Hay quienes dudan de que José Donoso haya conocido jamás un Chile

verdadero. Posible, muy posible, si se refieren a la «realidad» chilena. La realidad chilena es muy importante, pero como todas las realidades, subjetiva y fluctuante.

Mi padre percibe, por la prensa y las noticias que le llegan de los amigos y la familia, a un Salvador Allende ejemplar, que hace un papel espectacularmente positivo, noble y único en el mundo. Hay quienes le dicen que no es verdad, que por debajo los hombres grises del *soviet* usan a Allende como fachada para estalinizar a Chile. Prefiere creer lo primero, aunque el desastre ocurrido en Cuba, a raíz del asunto de Heberto Padilla, había roto ya definitivamente sus esperanzas.

Así como la ausencia de Chile ha ido atomizando su lenguaje, lo mismo ha ocurrido con el mundo inútil y decadente que alimentaba su fantasía. ¿Volver y elegir otros niveles de su país para estimular su creatividad? No. Sobre esto anota en su diario de entonces:

*Me parece que el creador no elige sus temas, que al contrario, es elegido por ellos. Estoy seguro de que uno es impulsado hacia ciertos temas, y hacia ciertos tratamientos de estos temas, por ese oscuro amasijo sepultado que se llama el inconsciente. Que por mucho que se concientice ese inconsciente, siempre será el inconsciente lo que en último término me hace elegir tal palabra, tarjar una para colocar otra en su lugar, desechar una anécdota, desplegar ciertos sectores de un personaje y esconder otros. La lucidez es siempre relativa para un escritor, aunque sea la esencia de su literatura, aquello que él utiliza para recrear lo más oscuro. Uno lee los diarios de los escritores —pienso en los cuadernos de Kafka, en el diario de Virginia Woolf, tan antagónicos y, sin embargo, tan paralelos en este sentido— y no puedo dejar de percibir lo profundamente determinados que todos estuvieron al elegir su tema y sus formas, qué cosa más tremendamente obsesiva y esclavizante es la literatura.*

Muchas veces se ha propuesto cambiar de tema, hacer experimentos que lo



lleven a otras cosas, cosas que por lo menos, en cierta medida, tengan relación con su vida, tanto con lo que se ve como con lo que se esconde.

*Quisiera tener una mejor relación con mi inconsciente, que no me tiranizara como lo hace, que me ofrendara un poco de libertad. Soy un hombre para el cual la belleza formal, lo epidérmico, la estructura de las cosas en sus manifestaciones plásticas, tiene mucha importancia y cumple un papel de gran estímulo. Sin embargo, jamás mi inconsciente me ha permitido incorporar mi deleite por los seres humanos y por las cosas a mi literatura. ¿Por qué? Mi inconsciente me obliga a escribir sobre viejecitas pútridas, asilos y sirvientes, y obedezco, porque si no obedezco —esto lo sé por experiencia— la palabra me brota muerta. No tengo derecho a celebrar, a manifestar el goce que siento ante algunas cosas.*

Entretanto, recibe una carta de su madre. Ella le comenta la lectura de *El obsceno pájaro de la noche*.

*Hace ya varios días terminé de leer El pájaro. Esperé estos días antes de escribirte para «masticarlo». Tú muy bien sabes que yo no soy una persona autorizada para hacer una crítica. Sólo te diré lo que mi corazón sintió al leerlo. Vibré, vibré mucho. Para mí, y creo que para muy pocas personas como a mí, fue algo muy vívido. Trajo a mi mente toda mi vida, que aunque no vivida en una atmósfera tan terrorífica como la que tú describes magistralmente, hay una enormidad de semejanzas y recuerdos, tal vez no en la forma pero sí en el sentir. Mi vida desde muy chica fue vivida en una atmósfera de semiterror; no sé si porque realmente fue así o por mi sensibilidad. Cuando chica vivíamos en la calle San Antonio, a los pies de las monjitas Rosa de Santiago-Concha, en la calle Claras (hoy Mac Iver). Tendría yo unos seis años.*

*Los pies de la casa, que era de cuatro patios, llena de zaguanes, bodegas, cochera, caballerizas... Los pies de la casa deslindaban con el cementerio de las monjitas. Según mi papá, mi tío Eliodoro, don Vicente Santa Cruz y todos*

*los vecinos decían que en la noche los cadáveres salían a la calle por el tejado de la casa nuestra y metían un ruido tremendo arrastrando sacos. Eso lo oíamos nosotras y vivíamos aterrorizadas. Según decían las empleadas viejas, eran los propios patrones y sus hijos los que hacían los ruidos mientras iban a visitar de noche a las empleadas jóvenes de las otras casas. Nosotras, como éramos chicas, no entendíamos y nos tenían convencidas de que eran las ánimas. Recuerdo que me acostaba y me tapaba bien la cabeza con la sábana porque nos decían que si no nos portábamos bien y nos dormíamos, por la claraboya iban a salir ánimas. ¿Comprendes por qué me acostumbré a hacerme pipí hasta los veinte años? Además de todo esto había vivido siempre al lado de la María Vallejos, que si no era bruja sabía tanto de ellas que pasaba la vida contándonos. Por ejemplo, cuando a los terrenos de su padre en Parral llegó el señor Rivas disfrazado de perro y los echó de sus tierras para quedarse con ellas. Todos los años para el primero de noviembre iba al cementerio en Santiago, se paraba frente al mausoleo de los Rivas y gritaba a toda boca: «Sale sinvergüenza de tu tumba y devuélvele las tierras a mi paire, que le robaste». Así se fue desarrollando mi niñez. Las empleadas de la casa, después las tías viejas de la calle Ejército y todo ese batallón de gente que las visitaba en la casa... Todo esto me lo ha hecho revivir tu libro aunque nada preciso tienen que ver con ello, pero que a ti como a mí se nos quedó muy adentro y tú con tu imaginación le diste forma. Yo le digo a tu padre: «Sé que el tema no es de tu agrado, pero para mí es un rincón de mi vida y se me ha venido todo ese mundo a la cabeza que ya estaba casi borrado en mí...».*

La carta sigue. Las evocaciones son muchas, pero, sobre todo, sugiere una cosa central para él: la tremenda relación que hay entre su vida y obra, entre la vieja, la criada, el amor sexual, el miedo, la brujería y la muerte.

A raíz de la carta de su madre, reflexiona y recuerda al escribir en su diario:

*Esas viejas, que dormían con mi madre y le decían que los ruidos del techo eran los muertos, pero sabían que eran los patronos que se iban a acostar con criadas jóvenes, como lo habían hecho con ellas, era toda una confabulación tejida por mujeres, sexo, brujería, explotación, miedo. Yo también tuve mi primera experiencia sexual con una criada, no puedo haber tenido más de siete u ocho años. La Marta, parte de una serie de hermanas suplantables que sirvió en casa. Recuerdo una de las primeras escenas, la primera vez: en la habitación de ella, al fondo de la casa de la calle Ejército, al lado del gallinero en el tercer patio. Recuerdo que me dijo que lleváramos unos cuentos de Calleja, para disimular si nos pillaban, Episodios Nacionales, se llamaba, recuerdo, y eran sobre historia de España, estoy viendo la portada, Numancia, Covadonga, la Campana de Huesca, cada uno en un cuadradito. Y mientras la Marta me leía, me iba soltando los pantalones, me iba mostrando su propio sexo, haciéndome recorrer su cuerpo. Desde entonces, también tuve esa vocación tremenda por la clase baja como objeto erótico: las cosas misteriosas, maleficio y magia y belleza, surgen del jergón de una criada, como El pájaro, en el fondo de un cuarto oscuro junto al gallinero.*

Calaceite, dos mil habitantes, pueblo de piedra, teja y campanario. Una isla entre un mar de viñas y olivares, situado en el ángulo donde confluyen las provincias de Tarragona, Teruel y Castellón. Se habla una mezcla increíble de catalán, castellano de Aragón y valenciano; un dialecto difícil. Tierra de vendimia a la antigua, con cura párroco y viejos vestidos de pana negra, que sentados en la plaza con sus bastones chuecos, hablan de la «guerra nuestra» como si todavía siguiera, y de hordas de gitanos que llegan en temporada de cosecha de aceitunas y de la fonda de Alcalá.

Después del primer año, mi madre empieza a desesperarse en esta soledad y la relación con mi padre se complica. Él se mantiene ocupado con

innumerables proyectos que tiene en su mente. Luego de haber terminado *Historia personal del Boom*, escribirá *Tres novelitas burguesas*. Pero en ese momento quiere escribir un musical sobre el pintor Mauricio Rugendas, para lo que postula a una beca de la Fundación Guggenheim, la cual obtiene. El proyecto no se realizará y culpará al golpe militar por sucumbir esta idea.

Mi madre, en cambio, ahogada en las tareas domésticas, acompañada de algún libro o de sus trabajos esporádicos de traducción, se siente frustrada y recluida. Sentada bajo un pino en la ermita de San Hipólito, donde iba seguido a llorar para desahogarse y para huir del encierro de la casa por un rato, escribe en su diario en febrero de 1973:

*En el campo se siente bien, completamente sola, sin peligro de ninguna interferencia para poder escribir.*

*La característica de Pepe del rechazo a hacer favores. Pepe siente su individualidad más que yo. Las cosas para mí, en cambio, no tienen realidad absoluta o no han cuajado su realidad hasta que yo no las comparto con Pepe.*

*Estoy leyendo a Laing que me ayuda bastante. Múltiples y multifacéticas tensiones con Pepe.*

Están en plena crisis matrimonial, al igual que años antes, durante la época en que vivieron en Portugal y que se arrastraba desde Iowa, debido, según mi madre, a que de algún modo él se había «enamorado» de sus alumnos en Iowa y estaba cansado del matrimonio debido a los tratamientos de fertilidad y comenzaba a pesarle. Entonces, ella se iba sola al campo y lloraba, como ahora en Calaceite. Mi padre ha descubierto una nueva y gran amistad: Alfredo Capone, un italiano inteligente y agudo con quien comparte largas conversaciones y con quien siente que de verdad se comunica.

Si antes mi madre sintió que no podía coexistir con los alumnos de mi padre, ahora le ocurre lo mismo con Alfredo Capone.

*Añoro volver a sentir el estímulo del amor algún día.*

*Pepe me quiere, a ratos se siente atrapado por el matrimonio y a ratos se ataca con algunos rasgos de mi personalidad, mi comportamiento social, mi parlanchinería. De pronto, le doy pena al notarme ausente y silenciosa. Pepe quiere que yo lo acompañe a todas partes, pero al mismo tiempo está harto de mí.*

*Pepe está muy cerca de Alfredo y me dice: «Sólo tengo a Alfredo...». Yo le dije: «Sólo no te atacan la niña y Alfredo». Me miró duramente y me contestó: «La niña también me ataca...».*

*Trataré de vivir lo menos intensamente que pueda la vida de Pepe, que es tan intenso, hasta trágico diría, convulsionado entre superlativos... tan escritor, tan artista. «Cómo sufren, pobrecitos...», dice la Gaba respecto a su marido, Gabriel García Márquez, con esa sabiduría tan terre a terre que tiene ella.*

*Cada vez más desolada, siente que ha pasado la vida de rodillas, agradeciendo primero a sus padres por haberle dado la vida, a mi padre por haberla convertido de una solterona neurótica en una mujer, y a mí por haber sido la hija que su esterilidad le negó. Necesita sentirse un ser valioso, objeto de amor y se vuelca cada vez más hacia los animales y el alcohol.*

*Sus diarios reflejan estas angustias:*

*Desperté a las 6.30 y me tomé otro vaso de vino para dormir un rato más, quiero liberarme de esta esclavitud, de esta compulsión.*

*Anoche, luego de beber, Pepe se enfrentó furioso a mí, no siente compasión, yo quisiera que me abrazara. Me dijo: «Tú siempre reduces las cosas a términos tuyos». Quizás tenga razón. Él lo hace también, pero en él se universalizan sus conceptos y miedos y reducciones a lo personal en su obra y eso es importante. Aquí es donde acepto de buena gana mi categoría de inferioridad y no me importa; al contrario, lo admiro y lo respeto profundamente y hasta lo compadezco por este regalo de doble filo que son los dones... aparte de que lo amo profundamente.*

Mi padre también está en crisis. Empieza a «no sentir» lo que escribe. Cree necesitar volver a Chile; está bastante desorientado. No ha logrado escribir, pues aguarda desesperado que le contesten si obtuvo otra beca Guggenheim. Sus problemas existenciales, literarios y cierta tendencia a la depresión, más su ego ávido e insaciable, lo hacen pasar por momentos difíciles. Además, reaparecen los dolores de úlcera.

Esta vida tan «a dos» que me incluye sólo a mí, al perro y, ocasionalmente, a algunos amigos, ha convertido a mis padres más en hermanos que en pareja, aunque para ella eso no es suficiente.

*Hace tiempo, años, que no tenemos relaciones sexuales, desde que el sexólogo que veíamos le dijo a Pepe que me dejara la iniciativa a mí. Pepe dice que mis largos años de tratamiento por esterilidad, con las imposiciones que ello implicaba, lo han enfriado, que espera poder volver a tener una vida sexual conmigo, pero que por ahora es una parte de su ser que está dormida.*

Mi madre busca vías de escape a su dolor en el alcohol. Al respecto hay una frase suya que me conmueve, pues refleja la magnitud de su angustia: *La sensación de que me quedan horas para dormir aún en el útero de mi cama.*

Mi padre, en tanto, planea la idea de una novela corta que podría llamarse *La cola de la lagartija*. Los elementos son:

a) *Un hombre solo que vive en un piso que no le gusta, es un pintor.*

b) *Temor a la violencia, fantasía de venganza, paranoia, como elemento trágico, inevitable, que lo coloreará todo, el tema de estar destinado a caer en la paranoia. Al final del libro siente que la conciencia ya se está cerrando, y sólo de cuando en cuando percibe que la paranoia es locura y no-realidad. Este temor encarnado en los vengadores de Dors.*

c) *Vengadores, y la evocación de la juventud, no sólo de Dors, donde se enamoró, sino general, la horrible nostalgia, la sensación de no pertenecer. Personajes: Claudia, Joaquín, Andrea, otros.*

d) *El idealismo mal planteado y el esteticismo del personaje central.*

*e) La novela se cierra con la muerte o el anuncio de muerte.*

En su diario, el 6 de febrero de 1973 escribe:

*Ayer terminé con cierto éxito mi segunda versión del primer capítulo. Ahora es cuestión de seguir adelante lo más que pueda, haciendo cada capítulo minuciosamente como hice el primero, hasta tener toda la novela completa, y después, en una revisión final, fundirlo todo rápidamente, con una sola perspectiva, que pondrá el time sequence en orden (o desorden) y me dirá exactamente lo que tengo que sacar y lo que tengo que agregar, lo que debo subrayar y exagerar y lo que debo hacer más glissé, como diría mi pobre tía Flora.*

*Ideas que no quiero perder:*

*1) La Manuelita, mi vecina, con un ataque histérico, que se le caen las piernas, etc. Y yo le doy uno de los valiums que de vez en cuando tomo cuando estoy con problemas. Agradecimiento increíble: «Si no fuera por las pastillas que me dio me hubiera muerto». Luego, cuando viene la reacción en contra, es ella la primera que habla de pastillas extrañas, pociones, de remedios viciosos, y la primera que triggers off la reacción de la gente que habla que he sido yo el corruptor del pueblo.*

*2) La idea del silencio, vivir lenta y profundamente, la frase de Bergman, esa necesidad a esta edad de «vivir lentamente para recuperar mi espíritu».*

*3) La frase de Rita Macedo, la primera mujer de Carlos Fuentes: «Ya no tengo edad para gozar lamiendo a un señor de la cabeza a los pies. Por eso no busco amante, ni lo quiero. Prefiero entretenerme en cosas menos humillantes, como las conversaciones y la música, y dejarle eso a los niños».*

*4) Posibilidad de una relación entre un hombre con un galgo negro, como el de los gitanos. A raíz de la recolección de olivas de los gitanos. Este amor por los perros, tan poco español, me indica que este personaje pueda ser, no griego, como él dice, sino por lo menos en parte gitano y quiere esconderlo porque le da vergüenza. Al poco tiempo que le han dejado al perro, lo mata.*

*El perro se había enamorado de él, lo había buscado desesperadamente, y para borrar toda traza de su relación con la raza calé, lo mata.*

*5) La idea de dividirlo todo en años, en vez de partes (año uno; año dos, etc., hasta año seis) no me gusta. Aunque la idea de comenzar con año siete, y volver al año uno no me parece mala.*

*Ahora tengo que organizar el capítulo dos, ya habiendo eliminado de él todo lo innecesario, que creo lo hice ayer. Puedo empezar a trabajar en la redacción misma del capítulo.*

Trabaja con decisión en esta novela y elabora una minuciosa cronología del personaje principal. Lleva dos capítulos, cree que puede darle aún una coherencia mayor a la historia y le interesa eliminar mucho de la meditación abstracta. Quiere hacerla lo más activa posible. Sin tanta quejumbre y la cosa entera partida en secciones, según él, «a la Durrell».

*Si lograra incorporar ciertos elementos del segundo capítulo, al primero, usando ciertos elementos de cada uno y eliminando otros, creo que sería bueno. Puedo utilizar, también, esos cortes que usa Durrell, y que le da tanta vitalidad a su obra, interponiendo cosas que parece no vienen al caso, con secciones de descripción, de evocación dolorida. ¿Pero puedo realmente hacerlo? ¿No me faltan muchos eslabones? ¿Estaré o no errando en inspirarme en tal forma en el Cuarteto? Quizás no. Más que inspirarme, ya que esta novela no tiene nada en común con aquella, estoy aprendiendo técnica de ella... Una técnica que por cierto no apruebo, pero para escribir mi Sanctuary, por qué no, hay que saber escribir mi Sanctuary.*

La historia finalmente quedará escrita, en dos versiones diferentes, a la deriva entre los papeles de la Colección José Donoso en la Biblioteca de la Universidad de Princeton. Su hallazgo, en ese sentido, fue casual: buscaba cuentos inéditos de mi padre para un proyecto de recopilación (en un volumen que incluiría tanto los acabados como los inconclusos) cuando pedí a la Universidad de Princeton un gran listado de material. En esa lectura me



encontré con las dos versiones, que en realidad no eran dos ideas sobre la misma novela, sino una la continuación de la otra. Estaban ahí, como sombras del pasado esperando a ser expuestas a la luz del día.

No he podido descubrir aún por qué desechó este proyecto. He buscado en sus diarios y no hallo nada. Creo que la causa fue el golpe de Estado en Chile y las consecuencias psicológicas que este acontecimiento tuvo para él.

La novela fue publicada en 2007, a once años de su muerte.

El 2 de septiembre de 1973, mis padres viajaron a Cracovia y luego a Varsovia, invitados por la Sociedad de Escritores de Polonia. Es ahí, por la radio, cuando se enteran del golpe militar en Chile. Su desconcierto es absoluto y ante la angustia deciden volver cuanto antes a España para tener más información y reunirse con otros chilenos. Mi padre estaba desolado, desorientado. No sabía bien qué hacer, pues las noticias eran alarmantes.

*Casa de campo* empieza a gestarse de inmediato en su mente. Encuentra ahí la manera de canalizar todo el temor que siente por la situación política de su país. Recobra la seguridad en sí mismo a medida que la novela avanza, trabaja incansablemente y le tomará largo tiempo. La rehará una y otra vez; se irán sumando nuevas ideas, personajes y elementos inesperados que fluyen del inconsciente.

Navidad de 1974 en Calaceite: solos, mi padre, mi madre y yo, de siete años. Mi padre no puede sino pensar en la nostalgia de las navidades en Chile, sobre todo las de calle Ejército, donde creció.

*Recuerdo el nacimiento que tenía mi tía Clara; recuerdo la «caridad» distribuyendo regalos a los pobres; recuerdo el árbol de la Trini Barriga en la última ventana de atrás de su casa por la calle lateral y cómo distribuía los regalos a los pobres entre los barrotes; recuerdo la compra de petardos a don Santos; recuerdo a la Felicinda Bravo preparando el pesebre de su tía Rosa, muda y en cama; recuerdo el yate rojo que mi padre hizo copiar*

*porque el original era muy caro; recuerdo los mecanos que siempre me vencieron, y a mi tía Berta y a las Cortés y a mi tía Elena Yáñez. Recuerdo también los cajones de fruta que mandaban del fundo de las tías viejas de Talca y del dulce de manzana que se hacía en la casa. Después las navidades ya no fueron tan exclusivamente «nuestras», cuando nos trasladaron a vivir a la calle Holanda, porque poco a poco, ya todo el mundo hacía árboles y tenían nieve artificial y esas guirnaldas de plata que se vendían en todas partes, era bonito siempre, pero más común, no exclusivo. Y mi mamá, siempre al centro, el eje que mantuvo las cosas, conservó esas navidades incambiables, seguras, pese a las pobrezas: una fiesta con la que se podía contar, aunque mi hermano Gonzalo estuviera de malas por estas celebraciones, ya que sus fuertes convicciones comunistas lo hacían verlas como ridículas; aunque no hubiera dinero en la casa; aunque yo hubiera salido mal en todos los exámenes.*

*Y ahora las navidades tan distintas en Calaceite, con un frío entumecedor y sin regalos, porque en España se dan para Reyes, y con las bandas de muchachos con panderetas después de la misa del gallo que inicia las festividades, recorriendo el pueblo de arriba abajo cantando villancicos, y ya más tarde, cuando el vino ha hecho estragos, jotas muy alegres y al día siguiente el almuerzo del día 25 en que se come lomo de cerdo, cardos y turrón.*

Sí, es muy distinto aquí. En España él intenta conectarme con su infancia, busca reintegrarse a la seguridad que sentía cuando niño, pese a todas las incertidumbres que lo merodeaban. Pero no puede dejar de imaginarse el ambiente que debe haber en la casa de la calle Holanda en ese momento: a su mamá atareada y rabiosa con los regalos y siempre atrasada para arreglarse y bajar a cenar porque estuvo ocupadísima haciendo los paquetes hasta última hora; su Nana haciendo los maravillosos helados de guindas agrias que proustianamente llamaría el «sabor patria de las fiestas de mi niñez»; a su

papá después de muchos retos de su mamá movilizándose para ir a buscar el árbol; a su cuñada Luisa Larraín, la Lucha, diciéndole a su papá: «Ya pues, Tata, no rezongue y vamos a tomarnos un traguito»; a su hermano Pablo y a sus sobrinos peinados y emperifollados esperando la fiesta.

Es la nostalgia; los espectros de las navidades pasadas; el maestro Bavestrello, Juan Vizcarra y el maestro Torres que ayudaban a plantar el árbol; el miedo que tenía su mamá a las pololas inaceptables que pudiera traer su hermano Gonzalo, como la Kimiko Yamamoto (su mamá una vez lo siguió hasta la Gran Avenida, descubriendo que el padre de ella tenía micros); la Mónica Fett, una griega estupenda, y tantos otros personajes, como su abuela Herminia, la Blanquita Portaluppi, inolvidable y básica en su mitología particular, y su tío Manuel paseando por la casa, ataviado sólo con la chaqueta de su pijama, medio adormecido a las ocho de la noche cuando recién comenzaba a levantarse, pasando por el living con una bacínica llena de pipí y de colillas de cigarrillos para ir a afeitarse al baño. En fin, los recuerdos buenos y malos.

A mí las fiestas en Calaceite me traen remembranzas de tiempos alegres. Mi padre mandaba a cortar un árbol todos los años y lo adornábamos y celebrábamos con los amigos de entonces, y ese árbol quedaba como registro de la Navidad ida en una pequeña casa que mi padre había comprado frente a la nuestra. Era sólo una fachada y tenía como proyecto arreglarla para invitados. Ese árbol quedaba ahí, secándose y dando muestra del paso del tiempo, de que otra Navidad llegaría cuando de éste no quedara nada. Recuerdo mirarlo ahí tendido, seco, y comprobar que aquel instante mágico en que estaba lleno de luces y adornos se había perdido para siempre.

El día de Reyes, el 6 de enero, día tan esperado por mí y por todos los niños, era el momento mágico de los regalos. Todo el pueblo se organizaba para la gran celebración, los padres compraban los juguetes para sus hijos y se los entregaban con el nombre de los destinatarios a los encargados de

organizar la llegada de los Reyes Magos. La plaza del pueblo repleta de niños ansiosos que esperaban la aparición de tres tractores manejados por un paje, con cantidades de paquetes de regalos. Avanzaban por las calles empinadas hasta llegar a la plaza. Después, subían al estrado y los pajes les iban pasando a los Reyes Magos los regalos que luego anunciaban por el micrófono al feliz destinatario. Éste subía a recibir su obsequio, obviando que todo era una fantasía y que fácilmente podía descubrirse, bajo aquellos ropajes llenos de brillo, el rostro de algún habitante del pueblo.

Recuerdo mi decepción cuando Baltasar, el mago negro, me llamó. Nunca había visto a nadie de ese color y mi miedo fue paralizante. Mi padre, molesto al pensar que yo era racista —cosa difícil a los siete años—, empezó a hacerme toda clase de recriminaciones y a darme explicaciones acerca de la intolerancia, de modo que me sentí culpable, rompí en llanto y no quise subir a recibir mi regalo.

Poco a poco, gente muy diversa fue llegando al pueblo. «Los catalanes», como nos apodaron a todo el grupo los lugareños. En un principio llegamos un francés, Didier Coste; una familia de chilenos, nosotros; una periodista peruana, Elsa Arana; el escritor chileno Mauricio Wacquez; una familia colombiana, los Gutiérrez, y unos suizos, los Zimmermann. Muchos de ellos no vivían en el pueblo, venían el fin de semana y en las vacaciones de verano. Luego, llegaron pintores, escritores, editores, médicos y arquitectos, quienes encontraron en este pueblo escenarios plagados de olivos y almendros junto a sus habitantes congelados en un tiempo eterno e inmutable, tal como la piedra de sus construcciones. El pregonero anunciaba todas las mañanas alguna noticia que pudiera interesar a sus habitantes, como la llegada de alguna feria ambulante, un perro perdido, una reunión en la alcaldía o bien la muerte de alguno de sus habitantes.

Cuando el invierno pasaba y se avecinaban las fiestas, estos «catalanes» llegaban para hacer del aislamiento en el que vivíamos todo el invierno algo

que se podía olvidar por unos meses. Aparecía el caluroso verano y el pueblo volvía a recibir a esta gama de tan diversos y atractivos visitantes. Muchos años después, tanto Mauricio Wacquez como Elsa Arana elegirían Calaceite como residencia definitiva.

Aunque Chile parecía lejano, los amigos llenaban ese espacio vacío, compensando las necesidades de apego y afecto; los Zimmermann, los Gutiérrez, los Gili y, en especial, Elsa Arana y Mauricio Wacquez, pasaban tardes enteras en el jardín empedrado disfrutando largas conversaciones hasta caer el sol. Esos momentos animaban a mi madre, pues si bien en un principio el proyecto de vivir en Calaceite la ilusionó, luego se convirtió en una cárcel para ella. Sin mucho que hacer, sin tener con quién entablar relaciones, se hundió en una profunda depresión. La vida del pueblo para las mujeres consistía en ir a los bares de la carretera en la tarde a tomar el vermouth, después de sus quehaceres domésticos. Mi madre pensó que tendría algún tema que compartir con ellas, el cuidado de los niños o la comida, pero no fue así. Cada vez estaba más lejana y deprimida, creo que poco a poco incluso yo dejé de interesarle. La añoranza de su juventud exótica llena de príncipes rusos y princesas egipcias fue su refugio, los recuerdos poblaron su cabeza para sobrevivir a ese pueblo tan agobiante. Mi padre, mientras el tiempo transcurría, despacio, lento, congelado, refugiado en su atillo, escribía.

Con una visión analítica y retrospectiva que brinda el transcurso del tiempo, mi padre escribe en esa época un ensayo y analiza los primeros orígenes de *El obscuro pájaro de la noche*. Una novela, decía, nunca surge de una sola idea.

*Es un entretejido de innumerables ideas, recuerdos, visiones, obsesiones, sugerencias, observaciones que poco a poco van apoyándose las unas en las otras hasta encontrar la forma, el lenguaje preciso de una novela, sin que, al fin, uno sepa muy claramente qué quiso decir.*

La primera de estas visiones la tuvo paseando por el centro de Santiago junto a su amigo Fernando Rivas. Al detenerse en una esquina frente a una luz roja, su atención se fijó en un gran auto negro, muy lujoso. El coche era conducido por un chofer aparentemente nórdico, apuesto y rubio, pero en el asiento trasero vio a un muchacho de edad indefinida, aunque pasada la adolescencia, magníficamente vestido —camisa de seda, traje de franela listado— pero totalmente deforme.

*Era un enano, un nomo, una criatura como de feria: la cara cosida, los ojos asimétricos, la nariz estropeada, el labio leporino, todos los accidentes e irregularidades que puede tener un rostro, incluso la saliva en los labios y en la lengua que asomaba un poco. El cuerpo era igualmente deforme, estropeado, las piernas cortas y nudosas, torcidas, la mano que se tomaba de la manilla colgante a su lado, igualmente nudosa y de dedos cortos... En fin, una visión de total intensidad, pura visión, era una visión de fiebre, de alucinación.*

Sin embargo, su atención no siguió en el muchacho del auto, sino en la conversación de su amigo Fernando Rivas.

Años después, el día que inició la escritura de *El obscuro pájaro de la noche*, sentado frente a su máquina de escribir bajo la glicinia blanca en la casa de Santa Ana, escribió lo que sería el párrafo inicial, que luego quedaría como parte del relato, algo cambiado, pero con la misma esencia:

*Cuando Jerónimo de Azcoitía entreabrió por fin las cortinas de la cuna para contemplar a su vástago tan esperado, quiso matarlo ahí mismo...*

El niño deforme en el auto de lujo, esa imagen, vista durante unos pocos segundos, permaneció dormida, aunque vívida, durante años en un rincón oscuro de su cerebro... hasta que regresó y lo atacó de improviso, convirtiéndose en parte fundamental de la novela. De aquella visión inicial partieron los ochos años de aventura que implicó escribir esta obra.

Otra pregunta que mi padre se hacía al analizar el desarrollo que tomó *El*

*obsceno pájaro de la noche* fue el porqué del apellido del personaje: Azcoitía.

*Es uno de los misterios que mi memoria, pese a todo lo que la he saqueado en diversos psicoanálisis y meditaciones por mi cuenta, jamás lo he podido descubrir. Fuera del hecho de ser un apellido vasco, aunque ni siquiera sabía eso, ahora sé que es un lugar. En ese momento jamás lo escuché como apellido, jamás lo vi escrito en un mapa, ni aludido en un escrito, ni en un texto de historia o de literatura, ni sabía dónde estaba, aunque sí lo identifiqué como vasco. Me imagino que mi memoria lo tiene que haber recogido muy como dato de tercera importancia en alguna lectura y mañosamente lo guardó hasta que pude deshacerme de él, utilizándolo, sacándolo de mí. ¿Cuántas cosas en uno siguen este mismo camino? ¿Este depósito de cosas inútiles, riquezas, de porquerías, de formas, de sonidos, de espacios, existe desconocido y encubierto, hasta que de alguna manera, alguien lo utiliza o algo hace caer ese nombre, esa palabra, ese sonido, ese gesto desde el aparente olvido de la existencia? ¿Qué significado tiene Azcoitía...? Cuando lo sepa, y sepa qué relación tiene ese significado con mi vida, me imagino que ya no voy a tener inquietud respecto a él, ni tal vez respecto a mí mismo.*

Otro momento clave fue una visita con sus amigos Poli del Río y Jorge Swinburn a un barrio al otro lado del río, por las calles laterales a la avenida Independencia, en Santiago. Fueron a un antiguo convento donde debían recoger una bicicleta vieja para regalársela al jardinero para Navidad. Se detuvieron frente a la puerta de un edificio gris, de un piso, teja española y ventanas cubiertas con rejas de hierro. La monja portera les abrió y entraron. Un hombrecito enclenque, a quien Poli del Río siguió, arrastraba un carrito. Mientras mi padre recorría los distintos corredores y patios donde había construcciones hechizas que albergaban a antiguas sirvientas de familias importantes, ellas se acercaban a él y a su amigo a pedir limosna. También

hubo un grupo de niñas que los acosó. Luego, hallaron un *lapidarium*, un patio que servía de cementerio de santos de yeso destrozados. Todo un mundo que encontraría lugar en *El obsceno pájaro de la noche*.

Mi padre detalla así esta visita:

*Era un mundo alucinante y la alucinación toma sólo un segundo. Pero este mundo alucinatorio de la casa de la calle Cruz prendió en mi mente con una potencia distinta a la del nombre vasco y del muchacho. En el caso de la casa donde había visto a las viejas con sus paquetes de desechos, se fueron prendiendo otras imágenes.*

*Recuerdo, además, la muerte de una tía de mi madre, Blanquita Portaluppi, pobrísima, discreta, siempre muy bien presentada, que llegaba a la casa a vernos de vez en cuando. Nunca supimos dónde ni de qué vivía. Se sabía que era pobre, pero jamás se quejaba, no pedía nada. Una noche llamaron a mi padre diciendo que la Blanquita estaba enferma. Era una pensión en la calle República. Estaba grave, agonizó brevemente, como para no molestar a nadie y murió. Fue velada y enterrada. Mi madre me llevó con ella, algunos días después, donde había vivido la Blanquita para desocupar su habitación. Tenía muy pocas pertenencias, pero todo estaba habitado por una loca población de paquetes, paquetitos, porquerías que atiborraban los cajones, debajo de la cama, por todas partes con sus signos sin significado, obsesivos, enfermos, inmundos, de quién sabe cuántos años, recordando quién sabe qué. Una mujer que había desaparecido sin haber dejado una huella, más que los paquetitos; que yo recogí, naturalmente. La casa de la calle Cruz en mi novela se llamó La casa de ejercicios de la Encarnación de la Chimba.*

Hay en *El obsceno pájaro de la noche* otras conexiones significativas que se fueron entretejiendo; residuos de la memoria que permitieron la transformación de todas sus obsesiones y dolores en pura fantasía para lograr escribir esta gran historia.



Me contó una vez, a modo de pedestal de otra parte de la historia, que cuando él era un adolescente, su madre se llevó con ellos a una antigua sirvienta de la casa de la calle Ejército. Como la mujer no tenía otro sitio, iría a morir a la casa de avenida Holanda.

Esta mujer moribunda lo llamó una tarde y le dijo que quería decirle algo. Mi padre entonces oyó la leyenda familiar más rara, más perturbadora que pudiese imaginar: que ella había vivido en el fundo del bisabuelo de mi padre, en Odessa, y que ahí había un galpón al que nadie podía entrar ni acercarse. En ese galpón vivía escondido un niño, negro y curcuncho, que él había tenido con una de las inquilinas.

La historia de ese niño contrahecho, deforme, campechano y rural, se puso en contraposición con el niño deforme que mi padre había visto en la parte de atrás de ese lujoso automóvil. De lo rural salió la falsa conseja, la bruja que agonizó en el cuarto bajo el higüero. De ahí nació el parque lleno de monstruos de La Rinconada.

Los monstruos de La Rinconada, sin ir más lejos, tienen también otro origen: una amiga de juventud de mi padre, María Elena Gertner, encantadora y llena de imaginación, le hablaba de un ser misterioso, llamado Olga. Una noche, María Elena llevó a mi padre al Parque Forestal a conocer a este personaje. Era una mujer de no pocos años, de boca pintada y muy arreglada, que había perdido el uso de sus piernas, o la parte inferior de su cuerpo, y lo arrastraba como la cola de un lagarto, apoyándose en sus grandes manos musculosas. Olga era meticulosa en el vestir y siempre calzaba los zapatos más finos posibles. Mi padre, sin embargo, duda sobre la veracidad de su propia memoria.

*Qué parte de esto es sueño y qué parte realidad, ahora, con los años, el recuerdo se me ha confundido, con el discurso de esta Olga, y con la realidad literaria de la Emperatriz y la corte de monstruos que habitaban La Rinconada..., y todos estos elementos, junto con los monstruos esculpidos en*

*los grandes muebles estilo Enrique II, o Enrique III, no sé bien, que eran los muebles de la casa de mi niñez, todo ello junto forjó de algún modo estos monstruos.*

Dejando atrás este análisis tardío que él mismo elabora sobre los orígenes de *El obscuro pájaro de la noche*, decide que quiere incursionar en algo distinto. Mirando desde su estudio por la pequeña ventana, se divisaba el gallinero de la casa de atrás y algunos montes desnudos de vegetación al fondo. En su cuaderno escribe:

*Voy a empezar otro libro, se llamará El Boom y serán ensayos que sacarán roncha: ahí sí que agárrese Catalina que vamos a galopar.*

Entonces yo era una niña, aún bastante pequeña, pero independiente. La libertad de vivir en un pueblo como Calaceite me permitió sobrevivir a todos los problemas y abandonos que sufría. Podía salir libremente, paseaba por las calles, me quedaba horas en la plaza del pueblo jugando, todos me conocían e invitaban. Me sentía a salvo, pues la vida en casa no era fácil: mi madre empezaba a tomar desde muy temprano y mezclaba el alcohol con Valium, por lo que ya a las ocho de la noche caía inconsciente a su cama; mi padre prefería no ver o no hacerse cargo del problema y permanecía en su altillo hasta lo más tarde posible. A pesar de mi corta edad, mi sistema de autoprotección funcionaba bastante bien, me preparaba mi comida y me acostaba sabiendo que al día siguiente podría correr por el campo, descargando así toda esa frustración interna. La libertad que le da a un niño vivir en un pueblo reafirma su independencia, autonomía y sus futuras seguridades.

En ese sentido, un rol importante cumplió nuestra criada Lourdes, quien no sólo me cuidaba, también me invitaba a su casa a comer, pues muchas veces en la mía no había nada para echarse a la boca. Nunca entendí bien por qué trabajaba para nosotros, tenía mejor auto, tenía campos, tenía televisión, cosa que en mi casa no existía, e incluso se comía mucho mejor en su casa, ya que

el menú habitual en la nuestra era sopa de pan. Todavía mi padre no se había consagrado como escritor, a pesar de sus publicaciones, y vivíamos gracias a sus mecenas: Gene y Francesca Raskin, quienes mandaban con rigurosa puntualidad los dólares que nos permitían subsistir para que mi padre pudiera escribir. A ellos les dedicó *Tres novelitas burguesas*.

Eran tiempos difíciles, pero los recuerdo con encanto y fascinación. Si tuviera que decir adónde pertenezco realmente, sería a Calaceite, tierra donde las extensiones inhabitadas se sienten y el horizonte infinito se agradece; es el pueblo que acogió mi más dolorida infancia, pero a la vez hizo posible grandes lazos: Mauricio Wacquez, Elsa Arana, Yves y Vigna Zimmermann serán siempre parte de nuestras vidas.

Con los primeros aires tibios de la primavera, el fin de semana llegaban amigos y, con ellos, los tan esperados picnics a las distintas ermitas de los pueblos cercanos, como el tradicional paseo al Castillo de Valderrobres, a cuyas ruinas los árboles, arbustos, ortigas y zarzas se han ido adosando. Allí nos escondíamos a jugar, intuyendo que la infancia no duraría por siempre.

Yo miraba a mi padre embelesada. No sé si era algo común entre padre e hija, pero entonces lo veía como a un dios que vivía en el Olimpo —su estudio—, y cuando bajaba a la tierra y podía estar con él, simplemente lo escuchaba absorta. Él solía contarme cuentos, no los comunes y corrientes de la literatura infantil, sino inventados exclusivamente para mí, y dejaba que esa fantasía me transportara. Me lograba hacer creer que en el campo de Chile había unos árboles maravillosos que, en vez de frutas, daban copitas de yogur.

Tiempo después, cuando ya dudaba de la veracidad de esos cuentos, iba donde mi madre para que me confirmara el relato. Ella, para salir del paso, me contestaba:

—Mire, linda, no importa que no sea verdad, porque en esta casa se come de las mentiras de papá.

Él me obligaba a leer, pues lo consideraba fundamental para que mi cultura se ampliara. Me dio *La ilíada* y *La odisea* a muy temprana edad. También tenía una antología llamada *Los mejores poemas*, que aún conservo, donde me marcaba con una cruz cuáles debía leer e incluso memorizar, especialmente las *Coplas a la muerte de mi padre*, de Jorge Manrique, también *Ojitos de pena*, de Max Jara, o *A Margarita Debayle*, de Rubén Darío.

Todo alrededor de mi padre tenía un halo de fantasía. Por supuesto, los otros niños también miraban encantados a este ser con barba, vestido con chilaba blanca, igual a los contadores de cuentos que hay en la plaza de Marrakech y que, como ellos, nos encantaba con sus relatos.

Ejemplo de estas fantasías constantes, confusiones de la realidad-ficción, incluso sobre sí mismo, es un relato que me contó años más tarde sobre uno de los tantos paseos que hacíamos para hacer picnic con los amigos:

—A medio camino, en una taberna, paramos a tomar algo y un hombre porque sí llega a mí y me regala un bastón. Yo le pregunto por qué. Es más bien un garrote que un bastón. Él me dice que con ese bastón los combatientes de la Guerra Civil española guardaban el orden y a quienquiera que no obedeciera le daban un garrotazo en la nuca y lo mataban. Se me hacía difícil creer el cuento. Pero he conservado el garrote. De ahí nos fuimos en busca de un sitio que no conociéramos para hacer nuestro picnic, Beceite, Cretas, tantos otros pueblos ya conocidos. Pero a la vuelta de un camino fuimos a aparecer a un castillo más bien fantasmal: torres, arquerías, casas, todas pintadas de azul, como si Pablo Neruda hubiera andado por ahí. Nos dijimos que este pueblo no lo conocíamos y después de preguntar su nombre, decidimos hacer nuestro picnic en la ladera de una ermita en la cima de un monte que nos quedaba bastante cerca. Tú y los otros niños, que no conocían el lugar, se entretuvieron jugando. Tu mamá y Vigna dispusieron el almuerzo sobre un paño blanco. Se llamó a los niños a comer. Y estaban comiendo

cuando uno de los niños lanzó un grito diciendo «muertos». Se le preguntó si estaba loco, pero insistió en que había muertos allí, muchos muertos. Lo tomamos de la mano y lo paseamos para mostrarle que no había muertos. Sin embargo, hacia el lado del río y la pradera, Vigna me agarró de la mano y agarró a los niños y les dijo vamos, para que volvieran a comer. A mí me llevó aparte y me señaló la ladera del monte. Toda la ladera, entera, estaba repleta de cadáveres, de huesos, no había podredumbre, sólo la limpieza de los cadáveres. Qué es esto, pregunté yo. Y nos hicimos muchos planteamientos. Que era un cementerio antiquísimo que se había desgajado con el desmoronamiento del cerro, que era un lugar donde los nacionales tiraban a sus víctimas; en fin, mil teorías más, hasta que Vigna se tapó la cara con las manos y se puso a llorar.

»Fue una de las aventuras más extrañas que he corrido. Muchos años después me aventuré sin Vigna a ir nuevamente a ese lugar. El pueblo estaba remozado, alguien había metido mano sin demasiado gusto. Me atreví a dar la vuelta por el cerro para ver lo que antes había visto, pero ya no existía. ¿Había sido sueño o realidad? Sueño, me dije. Vigna había muerto hacía dos o tres años. Eso no podía seguir existiendo con Vigna en un cementerio en Zurich. Nos quedamos hasta tarde en ese lugar tan apacible, nosotros ya éramos viejos y los niños habían crecido. Pero al caer la tarde oímos un extraño ruido. Miramos. Los perros estaban escarbando en algún sitio y se estaban robando los huesos viejos. Se los oía triturar lo que antes habían sido personas. Y le dije: vamos, no puedo soportar este lugar. Sin embargo, en las noches me despertó durante largo tiempo el ruido de los perros royendo huesos y que todo se terminaba».

Un momento muy importante, y que rompía la rutina del pueblo, eran las fiestas en honor de la santa titular del lugar, Santa Espina, y que duraban una semana. En una de éstas, justamente, le pidieron a mi padre que hiciera el discurso inaugural. Se celebraban en agosto, en pleno verano, cuando la

población del pueblo se duplicaba y se elegía una reina entre las jóvenes más bonitas. Era una semana llena de bailes, de encuentros en las peñas, de bares habilitados en las bodegas de las casas y de la fonda, de paseos nocturnos de gente joven que recorre las calles tocando la bandurria y cantando.

Una de esas tardes se realizaba la procesión de la Virgen, a la que acude todo el pueblo. Pero lo más impresionante eran las corridas de toros, dentro de las cuales existía una en especial, la del «toro embolado», que se realizaba de noche en el lavadero municipal.

Al toro se le ponían unas bolas luminosas en los cuernos y los mozos más valientes los corrían y, cuando el animal se acercaba demasiado, ellos se lanzaban a la pila de agua, de donde salían empapados. La última noche era la del «toro de fuego», la más concurrida y la más alegre. Consistía en ponerle a un hombre un artefacto con forma de cabeza de toro que despedía petardos y fuegos artificiales. Esta especie de centauro correteaba a la gente por la plaza y las calles, despidiendo cohetes, mientras todos iban entre asustados y divertidos. Con esto culminaba la alegría de las fiestas y el «toro de fuego» quedaba guardado hasta el año siguiente. Entonces, la vida del pueblo volvía a su tranquilidad, a su aislamiento desolador sólo interrumpido por visitas como Luis Buñuel, Paco Rabal, los escritores Juan Benet y Luis Goytisolo, ambos con sus familias; los poetas Carlos Barral y Luis Rosales, la novelista Ana María Moix y la fotógrafa Colita. Incluso una vez, en los primeros años en Calaceite, vino a pasar una Navidad con nosotros Enrique Lafourcade con su mujer, Marcela Godoy.

En el prólogo de *Poemas de un novelista*, publicado en 1981, mi padre habla en retrospectiva de esta etapa que vivimos allí.

*Era un mundo tremendamente ajeno, tremendamente solitario, tremendamente —así lo sentíamos— frío y hostil. El primer llamado telefónico internacional que se hizo desde el locutorio del pueblo, lo hice yo, noticia que pronto se esparció por el pueblo: comenzaron a respetarnos.*

*Respeto que se consolidó cuando aparecí en Televisión Española, ya que en esas soledades la televisión es fuente de saber. Sin embargo, debo decir, con cierta amargura, fueron años muy solitarios y muy duros, ya que mi núcleo familiar era demasiado distinto a los del pueblo y era inútil ensayar posturas de campesinos. No creo que durante esos años fuimos recibidos —en el sentido chileno— más que por cuatro o cinco familias de la región, aunque sí por los Buñuel, y en Calaceite mismo por mis queridos amigos Tina y Pepe Ferrer, que me abrieron su casa, generosidad que no olvidaré. Pero casi no conocimos otras intimidades y otras mesas.*

*Mi hija asistía a la escuela pública, compañera de los hijos de los gañanes de la comarca. La que más sufrió fue mi mujer, a quien no le quedaban más que las tareas domésticas y la lectura o una traducción —La letra escarlata—, labores insuficientes para satisfacer su vitalidad.*

*Yo, entretanto, encerrado contento en mi alto estudio desde el que se ve la torre churrigueresca de la iglesia y los tejados que caen colina abajo, me enfrentaba a diario con la población de mis páginas.*

Pienso en esta visión que mi padre da sobre Calaceite y la encuentro parcial, distorsionada, quizás por las luces de los distintos mundos que se le abrieron después. Fue una de las épocas más fructíferas para su creación literaria, produjo más novelas que nunca. Para mí, Calaceite es el único lugar que reconozco como propio después de una vida de trashumancia, siguiendo el peregrinaje de mi padre en busca de la tierra prometida, Chile. Para mi madre, en cambio, fue una época desoladora, diría que la más dura y también la más autodestructiva, en la que el alcohol la mantenía aletargada.

Una amistad importante durante ese tiempo fue la de Luis Buñuel y su familia. Nos visitaban con frecuencia. Buñuel era aragonés, del pueblo de Calanda, a cuarenta kilómetros de Calaceite. Siempre venía con su hermana Conchita o con Margarita, o bien con su hermano Leonardo o alguno de sus sobrinos. Caminaba junto a mi padre por el pueblo y al atardecer se sentaban

frente a la chimenea y se adentraban absortos en largas conversaciones. Mi padre recuerda que la primera vez que Buñuel visitó el pueblo, lo primero que preguntó fue:

—¿Cómo es el cura del pueblo, Pepe?

Buñuel era ateo.

Mi padre entendió inmediatamente lo que imaginaba el cineasta y le contestó:

—Una lata: joven, moderno, viste ternos claros y hasta camisas deportivas; va a la plaza a conversar por las tardes, al bar con sus amigos... Simpático, pero una verdadera lata.

Nada más alejado del cura clásico de pueblo, el de las películas de Buñuel.

Nosotros pasábamos algunos domingos en la quinta de la familia del cineasta en las afueras de Calanda, pero recuerdo especialmente un Viernes Santo en Calanda, donde los Buñuel tenían un departamento en la plaza misma del pueblo, frente a la iglesia. Esta fiesta se celebra en ese pueblo de una forma muy especial: al mediodía exacto, el alcalde y sus concejales se presentan en el balcón de la alcaldía mientras las campanadas de la iglesia anuncian las doce. Desde allí decreta a las miles de personas que concurren «un día de luto», mientras que con la última campanada comienza el estruendo de miles de tambores que redoblan y retumban durante veinticuatro horas seguidas, sólo con una pausa para comer a las diez. La multitud toca con frenesí los tambores, sujetos al cuello con correas, hasta que las manos les sangran y el pergamino se tiñe de rojo. Es un encantamiento, un trance que une a los fieles en un rito único. Mi padre, agobiado con este ruido ensordecedor, empezó a inquietarse al punto que se desmayó. Su cara estaba desfigurada, con espuma que salía por su boca, en una especie de ataque epiléptico que aterró a todos. Nos fuimos rápidamente al hospital más cercano. No era nada al parecer, simplemente no resistió el golpeteo incesante en su cabeza, pero a mí me quedó grabado el horror de su rostro.



Respecto de Buñuel, años después se encontrarían o despedirían, mejor dicho, en México.

*La última vez que estuve con Luis Buñuel fue en México, exiliado voluntario ahí, luego de París y de todo el mundo, luego de casi medio siglo. «El león a su guarida...», me dijo cuando le expliqué que había comprado casa en Chile y pensaba volver a vivir allá en breve plazo. Pero Buñuel celebra, sin embargo, la vuelta a las raíces, a la guarida, pero en los otros, porque él ya no se moverá de ahí. El viejo león de ochenta años sigue vigoroso todavía, divertido, buen bebedor, buen charlador pese a su sordera, ironizando sobre sus prejuicios de español que dice no abandonar. Me repite, una vez más, que no, que no hará cine. Disfruta lo que tiene, pero recordamos nostálgicamente nuestros jamones de Calanda y Calaceite, en su Teruel natal. No vive, sin embargo, en la añoranza ni en el pasado, sino en un vigorosísimo presente en que asume su vejez sin miedo.*

Fue amigo también de las hermanas de Luis Buñuel, y en una ocasión ellas invitaron a mis padres a una celebración familiar muy especial: «La fiesta mortuoria de las Buñuel», que así recuerda mi padre:

*Cuando uno decide que le está yendo tan mal en la vida que ha llegado el momento de la muerte, uno invita a una fiesta mortuoria: esquelas de luto, con santitos e invitación en verso. El mantel es negro con orla de plata. Hay una gran torta mortuoria, como la de los novios, coronada por un féretro con seis velitas. El menú: caviar, morcillas, olivas negras. Las flores: violetas, lirios morados. La gente debe llevar regalos apropiados, como un almohadón para la cabeza del difunto, ¡qué mono el almohadón!, ¡qué ilusión este sudario!, ¡qué linda la corona! Los invitados, de estricto luto. Música: la marcha fúnebre. Entonces, al final, uno se mete al ataúd y se acaba la fiesta.*

Una de las grandes desilusiones en la vida de mi padre fue que Luis Buñuel no llevara al cine *El lugar sin límites*, novela de la que tuvo los

derechos por varios años. Buñuel lo llamaba para decirle que tal actor debía hacer de Manuela, pero luego cambiaba de opinión, incluso una vez le dijo que iba a hablar con Peter O'Toole para el papel. Así se la pasó durante seis años. Hasta había en el living una foto de Buñuel junto a mi madre, que cuando él anunciaba que sí hacía la película, mi padre la ponía en un lugar protagónico, pero cuando nuevamente se perdían las esperanzas lo castigaba dándole vuelta hacia la pared.

Pero Luis Buñuel quedó siempre como amigo en su vida. También pensó en hacer una película de *El obscuro pájaro de la noche*, pero, según mi padre, le advirtió que no pensaba hacer el texto tal y como él lo había escrito, de manera que le dijo:

*Pepe, a ti ni siquiera te voy a consultar, y ni siquiera te voy a dejar entrar en el plató, porque todavía no sé bien si voy a escribir un texto o lo voy a filmar directamente con el libro en la mano. En todo caso, te puedo adelantar que sólo pienso utilizar la parte de las viejas en la casa de La Chimba, pero la parte de los monstruos en La Rinconada no me gusta y no los voy a utilizar.*

Años después, *El lugar sin límites* fue llevado al cine por Arturo Ripstein, en México. Una buena película que ganó el Premio de la Crítica en el Festival de San Sebastián. Esta versión mexicana, llena de colorido, es bastante distinta al ambiente gris y opaco de los burdeles del campo chileno que inspiraron a mi padre. Manuel Puig realizó el guión y agregó un baile de la Manuela, que enriqueció aún más la película.

También rompió la monotonía apacible de Calaceite la visita de mis abuelos maternos. Ellos llegaron a pasar una larga temporada, aunque, como condición, mi madre les pidió que alquilaran algo independiente. Para mí fue fantástico. Yo, que no sabía muy bien qué era tener una familia, me sentía cuidada y mimada. Aunque para mi padre fue un verdadero calvario.

*Fue un desastre, cualquier cosa mía era interpretada como egoísmo, y cualquier cosa de María Pilar la interpretaba yo como un abuso. Las peleas eran diarias, cuando se fueron dimos un respiro de alivio. Yo tengo unos amigos que, cuando van a llegar sus padres, se dan un beso de despedida y se dicen «nada de lo que sucederá entre nosotros mientras ellos están aquí cuenta», porque la conducta de ambos es completamente anómala.*

Las posibilidades de huir por un rato del pueblo no eran muchas y mis padres aprovechaban cada una: París, Inglaterra, Polonia y Lucca, en Italia. Estos viajes, en especial para mi madre, eran muy estimulantes, la hacían olvidar por un rato la soledad del pueblo.

En 1973, mi padre fue invitado a París para el lanzamiento de la versión francesa de *El obscuro pájaro de la noche*, a cargo de Editions du Seuil. La situación económica no le permitía ir con mi madre y pagar el alojamiento, así que le escribió a Jorge Edwards, en ese entonces era ministro consejero de la Embajada de Chile en Francia, cuando Pablo Neruda era embajador, para que los alojara durante unos días. Neruda y Matilde le contestaron inmediatamente: *Tienen alojamiento en el Hotel Neruda por el tiempo que quieran. Avisen fecha de llegada.*

Esta invitación los llenó de alegría. Llegaron a París una mañana de primavera y se dirigieron a la embajada en avenue de la Motte-Picquet, un palacio que un día fue de los príncipes de la Tour D’Auvergne.

Sobre su estadía, mi madre describe en sus memorias:

*Nos abrió el portero de la embajada. Nos invitó a pasar y nos dijo que don Pablo y la señora Matilde no habían llegado aún de Condé-sur-Iton en Normandía, su casa de campo, donde habían pasado el fin de semana. Nos condujo a nuestra habitación, subimos al segundo piso, donde se encontraban las habitaciones privadas del embajador, y nos instalamos. En el primer piso se encuentran los salones y en el tercero las oficinas de la cancillería. A eso de las doce y media bajó Jorge Edwards de la cancillería y*

*nos dijo que Pablo y Matilde nos esperaban en «su» living para tomar una copa antes de almorzar. Neruda había logrado transformar en tal forma las habitaciones del imponente palacio, que al atravesar la alfombra del pasillo que separaba nuestro dormitorio de las habitaciones privadas, nos pareció que atravesábamos el mar y la enorme cordillera, reencontrando el Chile de Neruda en ese entorno que él había creado, inventándolo, como era su costumbre. Había hecho que retiraran los muebles franceses entre los que «no se halló», como se dice en Chile, y compró unos cuantos muebles y unos cuantos trastes a su gusto y los instalaron. Un sofá y unos sillones Morris de cuero, una mesa y unas sillas amapola de Saarien, un pequeño bar lleno de botellas raras y vidrios azules. Todo muy nerudiano. También cuadros de pintores chilenos, objetos traídos de Chile o comprados en anticuarios. Y, por supuesto, juguetes.*

*Sobre el mesón del bar había un muñeco de madera que tirando de una cuerda se quedaba en calzoncillos. En la pared, un tiro al blanco, y en sitio de honor en el living un enorme león de peluche. El león de peluche era como un símbolo del cambio de los tiempos, de su persona y sus circunstancias. Y no sólo el poeta disfrutaba con él. Nunca olvidaré la visión tan estética de Matilde peinando su melena de color parecido a la suya mientras conversábamos tomando el té una tarde de domingo en el palacio de la Motte-Picquet.*

Para festejar la salida de *El obsceno pájaro de la noche*, los Neruda dieron un gran cóctel, en el que agasajaban también al Coro de la Universidad de Chile, presente por esos días en París. Todos los asistentes esa noche escucharon muy atentos las canciones chilenas que removieron las nostalgias de la patria. El menú combinaba magistralmente, como Pablo Neruda solía hacer: una ligera sopa francesa, luego empanadas y humitas, acompañadas de vinos y licores.

Mis padres habían participado en otros tiempos en algunas fiestas

nerudianas. Una especialmente memorable fue la que el poeta organizó en La Chascona para los intelectuales invitados al encuentro organizado por la Universidad de Concepción en 1962. Un «civet» de jabalí decidió Neruda como menú para esa ocasión, y fue un acierto. Entre los invitados estaban los escritores Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, el poeta Thiago de Mello, Benjamín Carrión, Roa Bastos, el pintor ecuatoriano Guayasamín, el científico Premio Nobel Linus Pauling, Jorge Edwards, Jaime y Mercedes Valdivieso, Fernando Alegría, Juan Marín, Miguel Serrano, entre otros. Fue una gran fiesta, muy alegre, todos los comensales aplaudieron el resultado y se llevaron en recuerdo de esa noche memorable un menú escrito y dibujado por el dueño de casa.

La relación de mi padre con Pablo Neruda no fue muy cercana, pero sí marcó algunos momentos clave de su historia. En alguna oportunidad conversamos sobre eso:

—Nunca fui muy amigo de Neruda, nunca le tuve un gran cariño. Pero de alguna manera me sorprendía, me llenaba de planes. Me acuerdo que fuimos con Juan de Dios Vial Larraín a una conferencia suya, hasta entonces no lo conocía, y yo desde arriba, en el aula de la Universidad de Chile, lo veía hablar de su niñez, de su pobreza. Me acuerdo especialmente que habló de la música de las cacerolas, cuando llovía en el sur era única, la lluvia caía y se ponía a escuchar los distintos ruidos. Yo me quedé tan impresionado, fue muy violento que un hombre así pudiera hacer eso, había grandeza.

»Habló también de los veranos en Puerto Saavedra, de los muelles abandonados a la hora del alba, de los aromos amarillos en los campos de Loncoche. Cuando tuve vacaciones lo primero que hice fue ir a ver esas cosas. Viajé al sur a recorrer la geografía del poeta. Llegué a Puerto Saavedra después de leer el canto a «La lluvia austral, personaje de mi niñez», y me quedé dos meses en la casa de una familia de pescadores, la familia Leal, que vivía en las dunas al otro lado de la desembocadura del río Imperial.

»Era un mundo increíble, en que los ratones andaban por arriba de mi cabeza, en la noche me despertaban porque trataban de comerme las uñas, pero eso me gustó.

»Uno de los Leal era botero a remos que cruzaba a la gente de esa boca a Puerto Saavedra, yo iba con él muchas veces y me gustaba observar y hablar con la gente. Otras veces hacíamos excursiones a caballo, a playas extraordinarias.

»Luego, escribí lo que sería el primer cuento de mi primer libro, *Veraneo*.

»Cuando quise irme de mi casa a vivir solo para poder iniciar *Coronación*, me fui a una casa en el barrio Bellavista, que era un barrio muy nerudiano, donde estaba su casa La Chascona. Ahí pude escribir y luego dejé la novela por seis meses. La volví a retomar cuando Hernán Díaz Arrieta, el gran crítico Alone, me dijo que era una locura que tuviera la mitad de la novela hecha. Entonces me fui a Isla Negra para terminarla, donde Pablo Neruda tenía su casa de playa. Viví nuevamente en una casa de pescadores. Me instalé en una pieza que estaba llena de sacos de papas, y donde en un rincón frente a una ventana puse una mesa donde trabajaba con mi máquina de escribir mirando el mar. Fue en ese entonces cuando fui más amigo de Neruda, yo los visitaba a menudo porque la casa de los pescadores no tenía baño, y Pablo y la Matilde me ofrecieron que me bañara ahí. Fueron muy cariñosos. De alguna manera, Pablo Neruda me guió involuntariamente».

Mientras seguíamos viviendo en Calaceite, mi padre recibió la noticia de la muerte de Pablo Neruda. A pesar de que sabía que estaba muy enfermo, le dolió, quizás no como la partida de un gran amigo, pero sí como algo suyo que se perdía para siempre.

Sin embargo, la relación de mi padre con Matilde Urrutia, la mujer de Neruda, se volvió bastante difícil por un tiempo. De hecho, Matilde dejó de hablarle durante varios años a causa de un comentario, un «pelambre», que hizo mi padre en una carta a Margarita Aguirre, donde le comenta que

Neruda ni siquiera nombraba a Delia del Carril, la Hormiguita, en su autobiografía, y que en ello veía la mano de Matilde. Ella se enteró y evitó a mi padre.

Años más tarde, en Barcelona, se reanudó la amistad. Luego, al volver a vivir a Chile, Matilde los invitaba bastante a su casa, pero al poco tiempo ella murió. Su entierro es el comienzo del libro *La desesperanza*, que marcó nuestra vuelta a Chile en 1980.

*Nosotros quisimos a la Matilde, su etapa de agonía nos conmovió, le dejábamos flores, pues no nos dejaba entrar a verla. La Matilde, siendo una mujer de origen humilde, con el tiempo aprendió a vestirse, era una mujer elegantísima. No era sensible literariamente, Neruda no tenía esa cosa de buscar a un igual, los amigos de Neruda eran todos inferiores a él, también es cierto que él era superior al resto.*

Durante dos años veraneamos en la ciudad de Lucca, Italia, donde tenían casa Alfredo y Marina Capone. Los padres de Marina eran propietarios de una lujosa villa rodeada por un parque. Creo que ahí nació mi inclinación por la estética y la decoración. Los frescos *trompe l'oeil* del salón principal y del salón de baile, la sala de música con un piano de cola maravilloso, los tapices, los brocados... A través de los ventanales se podía divisar la pequeña laguna con cisnes atravesada por un puente. Nos prestaban, para que nos alojáramos, una de las antiguas casas de los trabajadores, que habían sido remodeladas para recibir invitados. Es allí cuando aparece otro elemento decisivo para *Casa de campo*: la mansión campestre donde se desarrolla la novela es muy parecida a la Villa Rossi, en Lucca.

En uno de esos viajes a Italia pasamos a Roma, donde el cineasta Antonioni pidió conocer a mi padre y le propuso hacer un *soggetto*, pues había leído la versión italiana de *El obscuro pájaro de la noche* y quería algo nuevo, no el libro mismo, que era muy diferente a lo que él hacía, de modo

que le interesaba algo absolutamente nuevo. Fue uno de los muchos proyectos cinematográficos que quedaron sin hacer.

Mi padre está a un mes de cumplir cincuenta años y ciertos temores se apoderan de él. Estos fantasmas lo hacen escribir a su hermano Pablo. Le pide, en caso de que él y mi madre mueran, que acepte legalmente hacerse cargo de mí.

*Si se diera la circunstancia de que tanto María Pilar como yo nos muriéramos al mismo tiempo —lo que no es probable, pero tampoco imposible, ya que viajamos y dejamos a la niña sola, y se puede hundir el barco, o descarrilar el tren o caer el avión— les dejáramos a la Pilarcita como hija, para que la criaran junto a los tuyos. Pilarcita no sería una carga económica para ti: llevaría propiedades, el income, ahora relativamente grande de mis derechos de autor, que le pertenecen por cincuenta años después de mi muerte. Si no me contestas esto —tú o la Lucha— sé que no aceptan este papel. Prefiero que no escriban una negativa, sino que guarden silencio; pero si aceptan, me gustaría mucho que me pusieran que sí aunque no fuera más que una tarjeta postal si no quieres darte más trabajo, ya que en ese caso tendríamos que tomar pasos legales y así estaríamos más tranquilos y saber que la Pilarcita no se quedaría totalmente sola en el mundo.*

Ante la necesidad de tener un ingreso estable, mi padre acepta dar clases por un semestre en la Universidad de Princeton. En la víspera se siente excitado, con mil cosas por hacer, pero la fecha de la partida llega y Calaceite quedará atrás, pues luego de nuestra estadía en Estados Unidos volveremos a vivir en Sitges, un pequeño balneario próximo a Barcelona. La casa de Calaceite pasó a ser un refugio al cual volver y al que regresamos siempre mientras vivimos en España.

Cuando yo me casé, sin embargo, mi padre decidió venderla para regalarme el dinero, pues no tenía sentido tener una casa a quince mil



kilómetros de distancia. Hoy la habita Jane Alexander, una inglesa que la ha mantenido como estaba desde el día que la dejamos por última vez.

## Princeton, 1975

Mi padre se rehúsa a viajar en avión debido a sus delirios, plagados de presentimientos fatalistas. Planifica, entonces, un viaje en barco desde el puerto de Algeciras a Nueva York. ¡Y cómo viajábamos nosotros! Con perro, miles de maletas, bolsas y cocavíes.

De cualquier modo, esta aventura llena a mis padres de ilusión luego de cuatro años viviendo en Calaceite. Han viajado mucho el último tiempo, pero sólo por temporadas cortas, por lo que la idea de pasar cuatro meses en Estados Unidos y estar tan cerca de Nueva York, donde tienen tantos amigos, los entusiasma. Pero la vida ahí no les resulta tan fácil como esperaban. Para vivir, José Donoso necesita trabajar, generar dinero, pero al mismo tiempo quiere terminar *Casa de campo* y no estar lejos de su agente literaria, Carmen Balcells, quien le proporciona trabajos con que sobrevivir.

Frecuenta a algunos chilenos que viven ahí en ese momento: al hijo de Gabriel Valdés, al hijo de Volodia Teitelboim y, sobre todo, a Claudio Spies, su amigo de la niñez durante su permanencia en el colegio The Grange. Spies era entonces director del departamento de música de la universidad, y fue muy cercano a Stravinsky, por no decir su confidente. Se reencontró también con otro gran amigo, John Wideman, escritor afroamericano con el que se siente muy acompañado y con quien sostiene largas conversaciones.

Pese a todo, le escribe a su padre, desilusionado por las dificultades que está pasando.

*Estoy preocupado porque Pilarcita está inquieta y desazonada, echando de menos su pueblo. En lo que se refiere a María Pilar, también está pasando por un difícil período de adaptación, sobre todo en estos momentos*

*que estamos tratando de solucionar las dificultades básicas —auto, tele, clases, niña, máquina de escribir— hasta que podamos estar viviendo normalmente. Lo malo es que una vez instalados poco nos faltará para partir otra vez. En fin, yo también desazonado porque no logro pescar el hilo de mi novela que tengo perdido desde hace varios meses debido a distintas circunstancias... Espero que pronto se arreglará todo y pueda ver claro, para trabajar y decidir dónde me llevará el futuro.*

Todo lo práctico los agobia. Mis padres no saben cómo instalarse para llevar una vida cómoda. Son incapaces de tomar las decisiones domésticas más simples. Yo fui bastante infeliz durante ese tiempo en Princeton, a pesar de lo maravilloso del lugar, que ha quedado guardado en mi memoria. Me sentía tensa, inquieta, echaba de menos el pueblo, a mis amigas, correr libre por todas partes, que todos me conocieran, ser la «reinita mimada» de toda esa buena comunidad que era Calaceite.

Como no hablaba inglés, todo se me hacía muy duro. Me matricularon en un colegio público con negros, chinos, alemanes, coreanos, etcétera, y la única amiga que pude hacer era una niña francesa, hija de un profesor también invitado a la universidad, con la que tenía en común que ninguna de las dos hablaba inglés. Además, yo no hablaba francés ni ella español.

Es ahí cuando mis padres me cuentan que soy adoptada. Sobre eso, mi padre le escribe a su cuñada:

*Por el momento, estamos luchando con problemas graves. Finalmente le dijimos a la Pilarcita —presionados por expertos— que es adoptada. Esto ha producido, como era de esperar, grandes problemas en la niña y en María Pilar. Te imaginarás lo que ésta sufrirá cuando, si a veces la trata con mano firme, la niña sale con «tú no eres mi mamá de veras». Es terrible, no han pasado más de dos veces, pero te aseguro que es terrible, me imagino que para las dos. Para mí no tanto. Yo no tengo mucho sentido genético de lo que es ser «padre». Si soy «padre» bueno no es porque soy «padre», sino porque*

*quiero a la niña y porque tenemos una relación específica de cariño que se mantiene sea cual sea la circunstancia de nuestro «parentesco». El hecho de que sea un buen padre no está condicionado, en realidad, por el hecho de que yo sea su padre, sino en mi elección y determinación de serlo. Esto facilita mi relación con ella, y hace posible para mí ver los problemas que se suscitan entre las dos y en lo posible ayudar, lo que a veces no me resulta mucho, pero en fin.*

Es una época traumática, difícil, con sufrimientos y complicaciones, tanto para mis padres como para mí. Hay una nueva realidad familiar y el manejo de ésta se hace complejo; es un desafío doloroso para todos. Mi rebelión ante tal descubrimiento es cada día más agresiva. Mi padre confía en que las cosas se están arreglando a pesar de los altibajos. Siente que mi amor hacia él es incuestionable y el de ellos dos hacia mí también.

Desde Chile la familia de mi padre escribe demandando su presencia. Su madre está notablemente deteriorada, el fin se avecina. Él no sabe bien el futuro que tendrá entonces la casa de calle Holanda, ni el de su padre ni de sus sobrinos Martín, Claudia y Gonzalo, que viven ahí. Pero se niega al retorno, no sólo por cuestiones políticas (teme que el gobierno de Pinochet lo deje entrar al país pero no pueda salir más), siente que está desconectado, que su vida se rige en ese momento por coordenadas totalmente diferentes a las de la gente de Santiago. Hace once años que no vive en Chile, tiene una hija española y económicamente depende, también, de España. Mal que le pese, es chileno sólo por su pasaporte y porque su familia vive allí, aunque por sobre estas sensaciones hay también un dejo de añoranza. Escribe en una carta a su hermano Pablo:

*Ustedes han disfrutado de algo que ni yo, ni María Pilar, ni mi hija conocemos desde hace mucho tiempo: la seguridad, la familia, la no-soledad, la facilidad de vivir que nosotros desconocemos desde hace tanto y que ustedes han preservado pese a Allende y pese a Pinochet. Para mí, la lucha*

*por sobrevivir es diaria, y se efectúa en un plano que va de mes a mes. Cuando quiero un cambio, unas vacaciones (en mi profesión las vacaciones no existen, ni los permisos), no puedo alquilar una casa y trasladarme con mi familia y amigos. Ni dedicar mis ratos de ocio (no tengo ocios) a algo que bien querría hacerlo. No tenemos amigos verdaderos, de toda la vida, como ustedes... Bueno, es verdad que tenemos otras cosas que también son buenas.*

Mientras dura la estadía en Princeton, mis padres deciden definitivamente no volver a vivir en Calaceite. El aislamiento del pueblo terminó por desesperarlos. Si en un momento fue algo positivo, después de cuatro años ya no lo era. Deciden, además, que a mí tampoco me estaba haciendo bien.

Princeton ha despertado en él todos los recuerdos de su paso como estudiante: las amistades que conservó, los maravillosos profesores; los lindos edificios entre los parques, plagados de hojas en otoño y de flores en primavera; las inquietudes literarias que se le abrieron en ese entonces, la publicación de sus primeros cuentos, «Blue Woman» y «The Poisoned Pastries», en la revista literaria *MSS* de la universidad.

También es un momento en que la pintura vuelve a tomar gran importancia para él. Años antes, en Chile, siendo muy joven y gran dibujante, había tomado clases de pintura e incursionado en la disciplina. Durante sus estudios en Princeton también pintó e incluso en una exposición vendió tres desnudos por cinco dólares cada uno. En una carta dirigida a doña Momo que rescaté del olvido le cuenta en enero de 1951:

*Yo cada día más interesado por la pintura. Tengo ahora el curso más maravilloso del mundo, que se llama «The Northern Renaissance». Tres clases y una discusión cada semana. El examen final es lo siguiente: nos dan la quotation de Eckhardt «What is man that thou art mindful of him?», y uno puede hacer lo que se le dé la real gana con ella. Un amigo mío escribió sólo un soneto; otro, un cuento de cuarenta mil páginas; Waring Biddle hizo un film; John Elliott pintó un tríptico moderno; Bob Belknap escribió una cosa*

que él llama un «*Interplanetary Pastoral*», totalmente genial e insano; Tony Devereux, un diálogo entre él y Lutero; Art Windels, un diálogo entre tres bolas de billar blancas, etc. Yo escribí una cosa larguísima llamada «*The Private Collection of J. M. Donoso*», en la que hago con palabras un grupo de diez pinturas imaginarias, por pintores del Renacimiento. «*Retrato de un hombre con un sombrero color ciruela*», por Fouquet, representa mi idea del escepticismo. «*Retrato de un santo*», mi idea sobre el misticismo, éste es por un maestro alemán desconocido, del siglo XV; «*Retrato de una mujer noble*», por Clouet, mis ideas sobre la belleza; «*Hombre y mujer desnudos*», por Cranach, mis ideas sobre el amor; «*El enano*», por Carreño, mis ideas sobre la compasión humana; «*Pecador*», por Bosch, sobre la degeneración y el pecado; «*Alegoría del paraíso*», por Memling, mis ideas sobre la felicidad; «*Alegoría al infierno*», por Van Eyck, ideas de lo contrario de felicidad; «*Retrato de una niña con una flor azul en la mano*», por Van der Weyden, ideas de inocencia; «*Retrato de un Rey*», por Holbein, ideas de poder.

Tuvo un success feroz, pues en el estilo de inglés traté de imitar el estilo de pintura, y las ideas eran siempre las mías, no las del pintor, tratando de poner cada cuento —es en realidad una serie de diez cuentecitos de más o menos cuatro páginas de largo cada uno— fuera del tiempo.

La temporada en Estados Unidos se prolonga más de lo esperado, pues le ofrecen dar clases el siguiente semestre en la Universidad de Dartmouth, donde permanecemos hasta ese verano. Luego, pasamos una temporada en Cape Cod, en casa de Kurt Vonnegut. Mi padre lo admiraba inmensamente, pero a la vez se sentía disminuido ante él. A pesar de tener cierta fama y que gran parte de sus obras estuviesen traducidas al inglés, sentía una especie de envidia afectuosa, ya que distaba mucho de la calificación de best-seller, hasta que un día Carmen Balcells le dijo:

—Pepe, tú no eres un best-seller, sino un long-seller.

En aquel tiempo siempre había pretextos para juntarse con amigos, profesores y alumnos. La conversación era estimulante y el vino y la alegría llenaban la vida.

Después de estas vacaciones volvimos a Nueva York, desde ahí mi madre y yo volvimos a España, gracias a Dios, en avión.

Mi padre decide quedarse por dos meses más en casa de su amigo John B. Elliott, trabajando en la idea de un guión para una película sobre la vida de Rimbaud en África. Esta propuesta se la hizo un ex alumno suyo de Iowa, Lenny Schrader, convertido entonces en uno de los principales guionistas de cine de Hollywood. Entusiasmado, le escribe a mi madre:

*Si el guión cinematográfico pega, si les gusta a los productores, y no hay razón para que no sea así, ya que está dentro de la línea contemporánea de cine de acción —será sobre todo la vida de Rimbaud en África como contrabandista de armas y como traficante de esclavos— y con muy bellas posibilidades para un par de buenos actores. Es un carril que debo tomarme, que me abre las puertas como guionista de Hollywood, donde, trabajando un poco cada año, podré ganar dinero en cantidades. Pero no seamos como la lechera y esperemos. En todo caso, esto no significa que dejo mi novela, sino que la interrumpo por dos meses, para volver después a ser un escritor «serio»; como digo, es un carril, pero un carril que me debo a mí mismo y a mi familia. Veremos. Capaz que me haga rico.*

Este proyecto cinematográfico, como muchos otros, tampoco se llevó a cabo.

Los temores e inseguridades que lo han perseguido siempre y lo perseguirán hasta la muerte, no cesan durante este tiempo. Al contrario, se ven reforzados ante este mundo académico americano tan relevante. De hecho, durante su permanencia en Nueva York le confiesa esos temores a mi madre. Es septiembre de 1975 y está lleno de angustia.

*No he recibido ni una sola palabra tuya. Para qué te digo lo perturbado*

*que esto me tiene, incluso me cuesta concentrarme en mi trabajo. En la noche no me duermo si no tomo un Valium, cosa rarísima en mí. No he visto a nadie. Tim Braine se dejó caer una tarde. Ni siquiera a María Luisa Bastos, ni a nadie he visto. Pasado mañana estoy invitado a cenar en casa de Kurt Vonnegut, con Susan Sontag, Joe Heller et al. Estoy aterrado. Le dije que no sabía si podía ir... básicamente porque trabajo tanto que termino agotado, y ese día es justamente el día que hemos decidido, Len y yo, terminar la primera parte del screenplay.*

*Sus miedos finalmente se concretarían unos días después.*

*Han pasado cosas importantes, no todas buenas, y su carta me llegó, justamente, en el momento mismo del suicidio o poco menos. Figúrese que Kurt Vonnegut me dio una comida: comensales, Susan Sontag, el famoso Michael Arlen (hijo, no el padre) con su mujer, hija del pintor Ivan Albright, y Doctorow, el de Ragtime, best-seller universal y se ha hecho millonario, etc. En la comida me trencé con la Sontag, y después que discutimos le conté lo que estaba haciendo en Nueva York. Ella, que es una maravilla pero insoportablemente arrogante, me dijo: «¿No sabes que hace tres años el director Nelo Risi, en Italia, hizo un film sobre la vida de Rimbaud con Terence Stamp y Florinda Bolkan, que se llamó A Season in Hell, y que fue un flop completo, que casi no se exhibió?». Cuando la oí sentí que me moría. Le pregunté cómo sabía: «I edited it», me respondió. Ya no cabía duda. El fracaso. Habíamos hecho un tercio del guión, pero habíamos trabajado mucho y fue un golpe duro.*

*De ahí mismo llamé por teléfono a Lenny Schrader. Me dijo: «Estoy escribiendo, pero lo dejo aquí mismo, no sirve para nada seguir». Llamó a Hollywood, donde le dijeron que si así era, iba a ser poco probable vender el guión: «If you've been doing that, you'd better go out and get drunk». Which we both did. Pero eso no arregla nada. De modo que al día siguiente me*



*reuní con Lenny para despedirnos e irnos cada uno por su lado, él a Hollywood, yo a España.*

Pasados unos días, sin embargo, el desánimo de mi padre desaparece y otra vez su mente se llena de proyectos. Baraja otros temas, otras posibilidades: la vida de Poe, la vida de Gertrude Stein, una película sobre la adopción. Finalmente, recuerda a sir Richard Burton, el gran explorador inglés del siglo pasado, traductor de *Las mil y una noches*, una de las personalidades más complejas de la época victoriana.

Nuevamente toma contacto con Lenny Schrader y comienza todo de nuevo, a investigar, buscar datos relevantes, leer libros, biografías, comentarios, sus hazañas de cómo entró a La Meca disfrazado de árabe, siendo el primer europeo en hacerlo, y se encanta con este nuevo tema pero sin tener un *story-line*. Finalmente, les aconsejan seguir con Rimbaud, pues aun existiendo esa versión europea la posibilidad de éxito se mantiene. Entonces el trabajo continúa y lo revitaliza.

También lo mantiene ocupado el lanzamiento de sus *Cuentos*, de *Tres novelitas burguesas* y de *El obscuro pájaro de la noche* por la Editorial Knopf y Godine para el año que viene, todo con la promesa de una gran campaña publicitaria.

Nueva York nunca deja de asombrarlo. Diría que es su ciudad favorita, pues su gran actividad lo nutre y lo abrumba. Anota en su diario de ese entonces:

*El otro día entré a la famosa librería de segunda mano que se llama The Strand, enorme, una verdadera catedral. Uno de los vendedores me reconoció y me presentó al mánager, un muchacho joven, enormemente dinámico, que tiene una especie de guarida abajo, desde donde organiza y maneja todo como un reloj. Va a publicar un libro de autorretratos de los escritores más famosos (hechos con su propia pluma, sentados entre libros, espontáneamente), y me pidió que hiciera el mío: salí igual a Shakespeare.*

*Allí conocí al famoso cómico Zero Mostel, que compró mi libro. Gordon Lish estaba también ahí y supo que yo andaba por ahí y quiso conocerme. Ya sabía de las Novelitas y de los cuentos en inglés y quiere publicar algo en Esquire. ¡Qué ciudad esta! Aquí sucede todo.*

Mientras tanto, mi madre y yo llegamos a vivir a Sitges, cerca a Barcelona. Mi madre encuentra para alquilar una casa grande, fría; un mausoleo con un pequeño jardín en el sector de los veraneantes, alejada del centro, a tres cuadras del mar. La oportunidad de tomarla por todo el año la hacía muy atractiva económicamente. El duro golpe que significó para mí dejar Calaceite, además de la reciente noticia de mi adopción, acentuaron mi rebeldía, enfocando mi rabia sobre todo en mi madre. Ella no se sentía capacitada para manejarme y lloraba ante cualquier palabra mía. Yo sabía que me era fácil herirla y, por lo mismo, arremetía con frases dolorosas.

A la distancia, mi padre trata de explicarle, desde su perspectiva siempre muy intelectual y poco aterrizada, cómo controlar la situación.

*María Pilar, espero que usted se deje de sensiblerías y pueda manejar las cosas con más frialdad y paciencia, ya que lo que va a ayudar a la niña no es tu llanto, sino que tú tengas confianza y le expliques, le hables, mediadas explicaciones y aclaraciones, no hay nada que la asuste. Lo importante es que con mucho amor, mucha paciencia le expliquemos las cosas: ahora sí le podemos hablar libremente, ya que evidentemente no ha reprimido las cosas, sino que las tiene muy presentes. Para manejarla falta sólo paciencia e inteligencia y no obligarla ni a hablar ni no hablar. Usar su sentido competitivo, hacerla sentirse distinta, superior. Ya que además es distinta y es superior. Lo que en cambio sí me asusta es su apego a Calaceite, su absorción de sus valores que veo en parte como una rebelión contra nuestros valores y lo que nosotros somos. Dile que estudie para que sea la mejor del curso y todos la envidien y la admiren mucho, pero que también se divierta.*

*¿Bastará el colegio de Sitges? ¿No será importante ponerla en un colegio mejor, como los de Barcelona?*

Es así como mi padre intelectualizó mi adopción. Desde siempre me hizo creer que «ser distinta» era una virtud que debía explotar y no un karma doloroso. Quiso hacerme creer que el no tener los fantasmas de una historia anterior me daba la posibilidad de reinventarme y me educó siempre para ello, lo que finalmente se volvió en mi contra. Me aislé, y aquello dejó una huella eterna, la de sentir que no pertenecía a ningún lugar, a ninguna historia. Mi adopción se convirtió en un aspecto literario más de su propia imagen del *clochard* que tanto lo obsesionaba; se identificó conmigo en este aspecto y eso nos unió mucho. Aunque, por otro lado, me dejó como una isla fuera de un mundo al que yo realmente quería o anhelaba pertenecer.

Mi padre pospone nuevamente la vuelta a casa. Nueva York todavía tiene mucho que ofrecerle y, de algún modo inconsciente, o más bien «muy» consciente, elude todos los aspectos prácticos y engorrosos de un cambio de casa y de pueblo. Llega la primera carta a nuestra nueva dirección en Sitges el 28 de septiembre de 1975.

*El episodio Sontag segunda parte: me encontré con ella en un cóctel monstruosamente enorme en casa de Roger Strauss... Dorotea disfrazada de Mme. De Guermantes, y el tout New York. Susan Sontag exhibiéndose junto a la escalera: «Shiny black leather tights, a black silk shirt, black leather», redingote hasta el suelo, pelo negro lacio hasta el hombro con un «clarito» de canas a un lado, y, haciéndole juego, un collar discreto de plata. Divina. Me acerqué. Ella me dijo: «I hear you decided to go on with the movie...». «Yes», le dije, «but that was a wonderful kill you did the other day at Kurt's, you certainly got my skin to put on your wall... and you did it in public too...». Con esto se enfureció, gritándome: «I reaent [sic] your word, kill. I think it is an insult. You must be in your cups (borracho)», se dio vuelta y se fue. No te diré cómo me sentí... si hubieras estado tú allí, estoy seguro, «I*

*would have been more assured», y no me hubiera pasado nada. «This is Granmother Sontag, part 2». Fin de la chica. «No more comments», fuera del hecho de que no voy más a cócteles.*

Acaso producto de la distancia, la relación de mis padres ha evolucionado: comparten y disfrutan de ese aspecto más frívolo y divertido que poseían ambos. Él elegía toda la ropa que mi madre usaba y daba todas las directrices necesarias para los arreglos, transformaciones o qué debía ponerse para cada ocasión. Le escribe desde Nueva York, confirmando este aspecto tan peculiar y característico suyo:

*Por favor, que te hayan arreglado todos los vestidos cuando yo llegue, especialmente el violeta. Dime si la Carmen Navarro te va a arreglar el gris... y terminarte el rojo, acuérdate de las dos tiritas (más bien largas) para cerrarlo, y que termine y acorte desde el medio de la bufanda. Importante, han salido unos vestidos «slezy» maravillosos en Saks, y no demasiado caros. Mándeme sus medidas. Aquí le mando las medidas que necesito. Me voy a trabajar...*

Mi padre dejaba salir así su gusto por lo estético y el lado femenino que había en él. Esto, por lo demás, fue siempre así: dirigió a mi madre en su forma de vestir hasta su muerte. Incluso hay situaciones muy lúdicas al respecto, cuando, tendido en su cama, ya en Santiago de Chile, hacía que mi madre se probara un vestido tras otro hasta decidir con cuál debía salir a la calle o a un cóctel.

Era un ritual, una especie de gran fiesta de disfraces que disfrutábamos y a la que estaban todos invitados: las criadas de la casa, los sobrinos que entonces vivían con nosotros, Martín y Gonzalo, los perros. Y mientras este mágico momento transcurría, las conversaciones eran alegres y nos recordaban los juegos de la niñez, cuando «transformarse» era una posibilidad constante.

La complicidad entre mis padres se basaba en la ironía y en reconocer las

propias fisuras sin herirse. Tenían su encuentro en el humor.

*En cuanto a nosotros, usted y yo, le he contado a todo el mundo tus parting words:*

*«Make money, not love, but if you have to make love, make it with a man...», y lo han encontrado maravilloso. «I have not made love to a woman, to a man or to a monkey: my typewriter is your only competition. Tell me you love me, tell me, tell me... yes. I do. So what? I am human too, aren't I?». Todo mi amor.*

Desde Estados Unidos, mi padre organiza la presentación de la nueva edición española de *El lugar sin límites* en Barcelona y luego en Sevilla, además de pasar por Madrid para una serie de entrevistas. Mientras Luis Buñuel desiste definitivamente de hacer la película (decepción total para mi padre), una compañía cinematográfica española se muestra interesada en el proyecto bajo la dirección de Leopoldo Torre Nilsson y con Paco Rabal en el papel del camionero. Esto le da esperanzas temporales, pero finalmente tampoco se hizo.

Terminado ya el primer *draft* del guión de *A Season in Hell* y escribiendo diez horas diarias, mi padre siente que esto ha sido una de las pocas cosas que le han producido tal felicidad; una sensación de juventud, de estar lleno de energía, con una vitalidad mental prodigiosa que Nueva York le ha despertado. Supongo que nada mejor para conocer y amar una ciudad que trabajar en ella. Aunque no está convencido de si va a poder vender realmente el proyecto, la experiencia de escribir para el cine le interesa.

*He aprendido a hacerlo. Entiendo el mecanismo y aunque el burro de Mario Vargas, «they are in town» (él y ella), dice que Hollywood está muerto, él simplemente no sabe: «There's where the money is, baby, and there's where we're going». No es improbable que si las cosas van como pensamos, nos pasemos el verano próximo no en Dartmouth, sino en Hollywood.*

*Cuando me encontré con los Vargas Llosa se quedaron pasmados. Dijeron que era otra persona, que había perdido veinte kilos y veinte años (es verdad que estoy delgado, soy como Coco Chanel, no como nada más que en los week-ends) y que estaba con una alegría y vitalidad y curiosidad increíbles. Esto me tiene dichoso. Y esto, también, corroborado por las fotos que me tomó Jill Kreaments (me hizo ciento cincuenta fotos, pero tengo que pagar los prints, que son cinco dólares cada uno, de modo que no he mandado a hacer ninguno).*

*El viernes voy a almorzar con los Vargas Llosa y les mostraré los secretos del Village. Patricia «is going to be shocked indeed» y el sábado vamos a salir a dar vueltas por la ciudad de noche, para llevar a la Patricia a las porno shops y a ver films cochinos. ¿Adivine quién está haciendo el papel de la puta principal en Pantaleón? You're right, good old Katy Jurado. Mario dice que es un monstruo, terrible de trabajar con ella.*

*Si A Season in Hell se vende lo primero que voy a hacer es un viaje a Etiopía con usted y la niña, para que ande en camello. Pregúntele si le gustaría andar en camello.*

Poco antes de que su temporada en Nueva York llegue a su fin, debe encarar el término de una larga y vieja amistad. John Elliott, en cuya casa estaba viviendo en Manhattan, bebe cinco vodkas antes de cenar y por lo menos ocho después, duerme poco y no trabaja nada. De manera que la convivencia se hace insoportable y la autodestrucción de su amigo lo desespera. Siente que John lo odia y él lo está odiando también. Anota en su diario:

*Racista, imperialista, jamás le ha trabajado un día a nadie y se ha dedicado a administrar la fortuna que le dejó su padre, lo que significa, en buenas cuentas, gastarla, porque parece que ha perdido mucho. Me tiene profunda envidia porque trabajo, porque estoy joven, porque soy honrado, porque, según él, «I have achieved something». Con su ética puritana, esto le*

*parece muy importante, y su súper ego lo castiga por no haberlo hecho él. Por eso bebe. Su mente se ha achicado notablemente. Está lleno de agresividad, se enfurece constantemente.*

Vuelve a España. Es el reencuentro con nosotras luego de una larga separación.

## Sitges, 1976-1978

Sitges se convierte en nuestra siguiente escala vital gracias a que mi padre conoce a algunos extranjeros radicados allí: los pintores chilenos Nemesio Antúnez con su familia; Iván Vial con dos de sus hijos y su mujer, Angélica; Fernando Krahn con María de la Luz Uribe y sus hijos; el pintor mexicano Miguel Conde con Carola y sus hijos, Pilar y Amadeo; la gran amiga y personaje de siempre Elsa Arana; por épocas también Mauricio Wacquez, y otros que irán tomando importancia a lo largo de nuestra estadía.

Sin embargo, a dos meses de su llegada de Nueva York debe partir rumbo a Chile, pues recibe la noticia del inminente fin de la Titi, su madre.

Alcanza a llegar dos días antes de su muerte, pero la familia le reclama no haber venido antes. Su hermano Gonzalo tampoco está, de manera que su hermano Pablo y su cuñada Luisa se han encargado de todo. Nos escribe contándonos la experiencia:

*Lo terrible de la muerte de mi mamá, y supongo que será igual con la muerte de todos nosotros, es que a la semana es como si nada, como si ninguna tragedia hubiera ocurrido. La vida sigue: la muerte es como el agua... la piedra cae en ella, se altera un minuto y el agua se cierra sobre ella sin dejar rastros de ninguna clase. Dos, tres días quizás, y el recuerdo y el vacío y la pena, pero pronto, demasiado pronto, todo esto se va desvaneciendo. Recuerdo su carita, su enorme sonrisa cuando me reconoció. ¿Pero me reconoció realmente? ¿O creería que fue una alucinación suya? No lo sé. Me arrepiento horriblemente de no haber venido antes. Pero ya sucedió. Y no hay «si hubiera...». Mi Nana, increíble, la vida tiene una fuerza tremenda, y la necesidad de seguirla. La muerte carece de importancia. Es*



*un gran hueco negro en que todos caeremos y nadie nos recordará mucho tiempo después... yo ya ni recuerdo. No por eso estoy menos conmovido. Pero el estar conmovido con su muerte altera mucho menos mi vida de lo que yo hubiera creído.*

El viaje significa, además, el reencuentro con sus raíces. Se despierta en él la certeza, quizás olvidada por un tiempo, de que realmente pertenece a este mundo del cual ha estado alejado —quizás huyendo— por tantos años.

Su fama como escritor ha sido reconocida en Chile. Es entrevistado y querido de todas partes, con lo que su ego se colma y apacigua.

Un cineasta joven, Carlos Flores, le propone hacer un documental recorriendo los barrios que le sirvieron de inspiración para sus novelas: su casa de la infancia en la calle Ejército, la de avenida Holanda, la de recién casados en Los Dominicos y todos aquellos lugares que se guardaron en su memoria.

Decide embarcarse en este proyecto.

*La experiencia de filmar la película ha sido sencillamente fabulosa. Mañana parte todo el equipo a Puerto Saavedra, a filmar los sitios donde por primera vez escribí cuentos —y donde Neruda escribió sus primeros poemas de paso—; iremos a Talca a filmar las casas patronales de mi familia, iremos a Valparaíso, al Canelo, a Isla Negra y posiblemente a Magallanes. Esto significa mucho en el sentido de un reconocimiento de mi propio país. No puedo desperdiciar esta oportunidad, ni emocional ni profesionalmente.*

Dentro de ese mismo documental se filmó un coloquio con los miembros de la Generación del 50: Guillermo Blanco, María Elena Gertner y Enrique Lihn. La excepción es Enrique Lafourcade, quien por cierto se excusó por escrito: *No asistiré porque se me avisó con un solo día de antelación, y porque me parece que no debo formar parte del número de tus «extras» como los demás que aparecerán.* Esto desata la ira en mi padre, aunque seré

testigo del modo como constantemente lo defenderá, a pesar de las reiteradas agresiones que recibía de su parte y que se mantuvieron a lo largo del tiempo.

*Se acabó con Enrique Lafourcade. Es un hijo de puta. Al cóctel que me dio la Marta Alessandri se excusó también porque le mandaron a avisar por interpósitas personas en lugar de que la Marta lo llamara directamente. Un cretino, un envidioso e innoble personaje.*

Santiago está lindo y verde. Mi padre pasea por las calles, percibe un mundo protegido, unitario, reconocible, no como en España, donde se siente solo. Ve a sus antiguos amigos: Alberto Pérez, Jorge Swinburn, Inés Figueroa, Gabriela Matte, Ignacio Domeyko, María Luisa Lyon, Manolo Montt, Jorge Valdivieso y Maribel Tocornal. Con mucha pasión habla de algunos como «seres maravillosos» y de quienes, sin duda, volvería a ser muy cercano. En cambio otros, como Fernando Balmaceda, han sido una amarga desilusión, desilusión que años más tarde confirmaré yo también. En su diario anota:

*He visto al who's who. Divertido y deprimente: tanta arruga después de tantos años, tan poca comunicación.*

José Donoso experimenta momentos emocionantes, como las conversaciones con su padre en la casa de avenida Holanda mientras divisa a través de la ventana a la Nana regando el jardín mientras los perros ladran... Ella ocupa en su vida una posición central y fue a quien dedicó su primer libro. En un ensayo cuenta sobre esta relación tan vital:

*Yo soy un hombre que llora muy poco. Tanto, que si miro hacia atrás en mi vida, simplemente no recuerdo, ni siquiera en mi infancia, ninguna vez que lloré, absolutamente ninguna, ni de amor, ni de terror, ni de frustración, ni de nada. Recuerdo claramente momentos en que estuve destrozado por estas cosas y muchas otras, pero llanto, lágrimas, no recuerdo. Sólo una vez, cuando me puse a hablar de mi vieja Nana en una comida, siendo ya un viejo, de la injusticia cometida con ella en mi familia que la ha ido utilizando*

*y utilizando a través de tres generaciones, hasta que la pobre mujer ya no tenía vida propia. Ya era inútil tratar de hacerla salir a veranear. No quería. Pero la cara se le iluminaba cuando pensaba que, años antes, no muchos, había salido de veraneo sola, con un grupo de viejas sirvientas de buenas casa y un sacerdote, no recuerdo a qué sitio de la costa, y se acordaba feliz de entonces, pero aunque se le ofrecía ir, no quería. De pronto, sentí como si me abrieran una compuerta, y comencé a llorar de compasión, de terror de haber destruido y explotado a mi Nana como nosotros lo hacíamos, lo habíamos hecho y seguíamos haciéndolo, cómo le habíamos robado la vida suplantando la nuestra a sus afectos y su vida, cómo habíamos destruido su identidad —en una casa como la nuestra, con una vieja tradición universitaria, nadie se había preocupado jamás de enseñarle a leer, pese a su inteligencia natural y muy elevada— convenciéndola de que, al quitarle todos sus derechos, nos bastaba colocar nuestro afecto —real, tremendamente real, tanto en la generación de mis padres como en la nuestra como en la de los hijos de mis hermanos— como sustituto a sus derechos de ser humano. Ese es el único llanto de mi vida que recuerdo: siento las lágrimas calientes, el deshacerme, el verme impotente para reaccionar.*

Se deja envolver por la hiedra de la nostalgia de la casa de avenida Holanda, casa centro, casa madre. Había jugado tantos años en ese jardín con sus palmeras simétricas a la entrada y su breve camino de acacias rosa. No podía soportar el vértigo de imaginarse que no sobrevivirían, ni siquiera en su memoria. Caminando por Providencia, cuando volvió a vivir en Santiago, algunas veces divisó un par de palmeras al fondo de algún jardín, pero jamás volvió a ver acacias rosadas, salvo en la imaginación de otros.

El 3 de diciembre de 1975 le escribe a mi madre:

*Hay experiencias notables: el reencuentro con Pablo y la Lucha, que a un nivel son gente de insospechada calidad, ciegos, es verdad, en muchos*

*sentidos, pero aun eso es posible perdonarles. Luego, mis adorados sobrinos, especialmente Martín y la Claudia. Luego del primer shock por la muerte de mi madre que le produjo una actitud agresiva, Martín ha mejorado mucho y ha sido muy cariñoso. La Claudia es la gran revelación: inteligente, madura, irónica, sabia, estructurada, cariñosa. Un poco regalona, es verdad, pero así ha sido criada, y criada en un mundo en que eso es la regla. Es una niña que se está preparando para ser mujer, y ser mujer contemporánea. Macanuda.*

*Vuelvo a España y quiero empezar a trabajar inmediatamente, voy repleto de ideas y emociones que no quiero inutilizar.*

Por entonces mis padres pasan momentos muy difíciles, de los peores en su vida conyugal. Mi padre está con una fuerte depresión por el regreso de Chile y la angustia que le produjo plantearse si volver o no. Siente que las envidias en Chile son siniestras cuando se destaca en el extranjero. Y en la corta temporada que pasó las notó incluso en sus mejores amigos. Está muy afectado y piensa que, quizás, la vuelta sea cuando esté un poco más viejo y más fuerte.

La vida trashumante que ha tenido hace que los lazos parezcan terriblemente frágiles; vive en un mundo en el que casi no encuentra a qué ni a quién aferrarse y, si lo encuentra, dura poco. Hace años que se casó y en ese tiempo ha vivido en trece lugares distintos, ha tenido diecinueve casas, seis refrigeradores propios —fuera de los arrendados, prestados y robados— y vive con lo que le pertenece dentro de una maleta. Los amigos, los lazos, van quedándose atrás, en los distintos sitios... Mallorca, Portugal, Iowa, Nueva York, Guanajuato.

Se pregunta para qué volver, y anota en su diario:

*A Chile no creo que regrese nunca más. Por lo menos eso parece por ahora. ¿A qué? ¿A morirme de hambre con cuatro puestos distintos y escribiendo para alguna revista? ¿A ser juguete del chisme de los que no*

*tienen vida propia porque jamás han sido capaces de tenerla, o porque están demasiado viejos para vivir de otra manera más que vicariamente? ¿A que me clasifiquen, me encajonan, me obliguen a tomar formas que no sean mías? Ya estamos demasiado acostumbrados María Pilar y yo a la soledad, aunque duela, a la independencia, a ser nosotros mismos, deformes y contrahechos, sufrientes y bellos e inclasificables como somos. Que se paga caro por eso, se paga.*

Su padre, en tanto, no está bien y vive solo en la casa de avenida Holanda. La familia piensa que lo mejor es venderla. Al respecto, le escribe a su cuñada:

*Me parece sencillamente espantoso lo que me cuentas de mi papá. Yo estoy bastante picado con él, te voy a decir, porque durante todo el tiempo que estuve en Chile no me preguntó ni una vez por María Pilar y la niña, y en cuanto yo hablaba de ellas cambiaba el tema. Siempre ha sido el ser más egoísta que hay, y ahora se está poniendo más y más, está involucionando. Me imagino que a mi padre no le quedará mucho tiempo de vida. Lo que me preocupa es mi pobre Nana. ¡Dónde y con quién vivirá! Tú sabes que a mi papá nunca lo he querido mucho, ni siquiera cuando niño, y los rencores de entonces persisten. No me fregó tanto como me fregaba mi mamá, pero por egoísmo y despreocupación, y nunca me entendió ni se interesó, ni me ayudó durante mis graves problemas de adolescencia, siendo que tenía las herramientas y conocimientos intelectuales para hacerlo. Sin embargo, anteanoche fui a ver al Teatro del Liceo de Barcelona Los maestros cantores, y claro, es una música tan de mi papá, la canción del premio es pura calle Ejército, que no pude sino recobrarlo y pensar en él con cariño. Pero el rencor persiste.*

Recibimos la visita de algunos de mis primos. Esto de tener a mi familia lejana ahora tan cerca es una experiencia que me marca. Llega Pascuala, hija de Pablo, con una amiga; también Claudia y Martín, hijos de Gonzalo, con su

amigo Emilio Lamarca. Fue un momento de mucha alegría en casa, con toda esa gente joven alojando como podía por falta de espacio, pero brindándonos una sensación de familia y cercanía importantísima para mí y mis padres; sensación que no solíamos tener muy a menudo.

El verano de 1976 lo pasamos en París, en la casa de unos amigos de mis padres con quienes intercambiaron la casa en Sitges. Un departamento maravilloso, en la calle Jules Chaplain (Bvd. Montparnasse esquina Bvd. Raspail). Era un estudio enorme, que en el siglo pasado fue del pintor Carolus Durand. Tenía un inmenso living, un piano de cola se dibujaba contra los grandes ventanales y sólo contaba con un sofá blanco y una pequeña mesa. Había un saliente con un balcón abierto a este espacio con una gran biblioteca y un escritorio, muy estético.

Creo que también ahí aprendí a apreciar aún más la belleza de los espacios, la decoración, los jardines que hoy tanto me gustan y que a mi padre también le producían un gran goce estético, al igual que la Villa Rossi en Lucca.

Ese verano lo recuerdo muy bien. Mi padre haciendo que mirara todo, que apreciara el arte, la arquitectura, la escultura; tomada de su mano paseábamos por los Jardines de Luxemburgo y por el Palacio de Versalles; fuimos mil veces al Louvre y visitamos la casa de Proust en Illiers-Combray.

En ese momento Carlos Fuentes, casado con Silvia Lemus (La Güera), con la que tuvo dos hijos, Carlos Rafael y Natacha, era embajador de México en París y vivían en una lujosísima mansión en la que nos recibían constantemente. Sus hijos eran aún muy pequeños y yo, que tenía nueve años y creyéndome ya muy grande, los entretenía en una habitación habilitada como salón de juegos en el último piso de la embajada.

En ese momento también estaba Cecilia, hija de Carlos Fuentes con Rita Macedo. Mayor que yo, ella se dedicó a torturarme sin tregua y lograba dejarme llorando desconsolada. Fue tan evidente su tortura que La Güera, a modo de disculpas, me regaló el vestido más maravilloso que jamás había

tenido, de terciopelo azul con bordados que remarcaban los puños y el cuello, todo un diseño parisino que a mí, como pueblerina, me deslumbró y, de algún modo, apaciguó mi rabia.

También ese verano visitamos mucho al pintor mexicano José Luis Cuevas, en una casa en las afueras de París, rodeada de magníficos jardines. Él pintaba incansablemente y yo lo observaba curiosa. Era para mí una novedad ver este oficio tan distinto y a la vez tan similar a la literatura. Cuevas se dio cuenta de que me llamaba la atención y en un gesto muy cariñoso tomó un lienzo, un carboncillo, dibujó y me lo entregó: era un autorretrato con una afectuosa dedicatoria, el cual conservo hasta hoy colgado en mi living.

Pero en ese momento, Cuevas me dijo:

—Mis hijos nunca se han interesado en lo que hago y, al parecer, tú sí.

Esta frase la oiría innumerables veces de mi propio padre, alegando mi falta de interés por su trabajo.

Él recuerda esas épocas y trata de reconstruirlas en mi memoria:

—En París nos la llevamos de comida en comida, conociendo gente divertida. Fuimos al château de un amigo en el Loira, a pasar el fin de semana; vimos a mi tía Mina, a Carmen y Cuco Yáñez, vimos a la Marta Rivas, a Gonzalo Santa Cruz; en fin, miles de personas, Sergio Matta, la Maritza Gligo, que estaba estupenda, a Juan Goytisolo y José Luis Cuevas... un baño de internacionalidad después de la monotonía española. Vimos a la Paquita (Francisca Truel) y su hija la Poky (Gregoria Larraín), con quien salimos a bailar a los bal musettes para el 14 de julio, y era un gentío tal que casi nos ahogamos.

»Te llevé al ballet en Cour Carré del Louvre, a ver *Giselle* con el ballet de Leningrado, que te encantó y cimentó para siempre tu deseo de ser bailarina. Tenías cierta gracia y talento, y aunque eras bastante culona, tenías figura, porque eras larguita, y como eres competitiva te dedicabas mucho. Fuimos a

Versalles y a Chartes, y a visitar la casita de Proust en Illiers: igualita a la casa de mi tía Marta Donoso en Talca. Yo fui a Rouen a ver los recuerdos de Flaubert y a Charleville a ver los recuerdos de Rimbaud, a la casa de Mme. de Sevigné, la casa donde Mozart dio su primer concierto parisino a los ocho años, la casa donde apalearon a Voltaire. Las casas de las *precieuses*, etc., etc., etc. Es una maravilla, recuerdas...».

Pero de vuelta a la vida cotidiana en Sitges, el ambiente familiar se nota deteriorado. Mi madre no logra salir de una larga depresión, lo que naturalmente repercute en mi padre y en mí. Algunos días está triste, otros mejor, a veces está acelerada o ausente por completo. La casa, a ratos, parece sumida en una nube gris.

*Los pronósticos de la depresión de María Pilar son buenos y se comienza a vislumbrar el final del largo y tremendo proceso. La única que no parece sufrir es la niña, tan fuerte es, y sigue alegre, extrovertida y apasionada, no cariñosa, pero muy unida a nosotros.*

Si hubiera sabido cuánto sufría yo realmente... Me daba cuenta de la tristeza profunda e irremediable de mi madre, la veía días enteros en cama, sin levantarse, tomando alcohol incesantemente, lejos de la realidad que mi padre creía cierta o quería creer como cierta.

Por esos días es invitado a la Feria de Francfort, donde tuvo gran éxito. Los diarios destacaron su intervención en un coloquio en el que, contra toda la palabrería política en boga, se declaró escritor burgués que escribe para la elite que lo pueda leer.

Trabaja incansablemente en su novela *Casa de campo*, desde hace tres años. Para terminarla se instala durante una temporada, solo, en la casa de Calaceite, llevándose como compañía a Fanny, una perra de patas largas y flacas que yo había recogido en la calle. Fanny se tiende a sus pies mientras él teclea en su máquina de escribir. Mi madre se siente aún más abandonada y



su depresión se agrava, empieza a mezclar tranquilizantes con alcohol que le producen *black-outs* y pérdida de memoria.

A los diez años, yo tenía que hacerme cargo de esta situación. Recuerdo levantarme sola para ir al colegio. Cuando volvía a la casa veía desde la distancia las persianas abajo, por lo que sabía que mi madre aún no se levantaba. Empezaba a beber temprano, se escudaba en su presión baja, en el frío, en su imposibilidad para dormir, o en que había discutido con mi padre. Luego, venía la torpeza, la lentitud, la repetición de ideas.

Ella jamás se reconoció como alcohólica.

Mi padre, con la excusa de terminar su novela, huía de algún modo de esta situación, que por lo demás evitó durante toda su vida, sin dejar, eso sí, de sentir pena. Una vez, al enfrentarlo por sus constantes huidas, me dijo:

—Mi cárcel es mi novela y la de María Pilar su depresión.

Así, ninguno quería salir de su propia prisión y yo me encontraba en el más absoluto desamparo, observando y creando también mi propia celda.

Es difícil hablar de la intimidad de los padres. He tenido muchas dudas sobre si hacerlo o no, pero creo que no mencionarlo sería dejar fuera en este intento de biografía parte tan importante de sus vidas, de sus dudas interiores, que me he decidido a hacerlo.

Hay una carta de noviembre de 1976 dirigida a mi madre en que se ve el dolor que sienten ambos en ese momento de frustraciones y fisuras en su amor:

*Aprovecho la ocasión de mi viaje a Valencia para dejarte esta carta. Lo hago porque, por gajes del oficio, me expreso mejor escribiendo que hablando.*

*Quiero decirte algunas cosas que según creo aclararán un poco la atmósfera:*

*1) No es que yo no te encuentre atractiva a ti. Creo que en este momento, y hace ya algún tiempo, quizás algunos años, hay muy poco de un verdadero*

tú, y en mi caso, de un verdadero yo. No te puedo encontrar atractiva, ni desearte como me gustaría hacerlo, porque yo tengo problemas muy fuertes, míos, que lo impiden. Pero, mi amor, tú, por desgracia, con tu ser «perseguida» y tu sentimiento de culpa, crees que yo encuentro una falla en ti, y no te das cuenta de que yo también estoy enfermo, y que tengo una problemática mía, que yo también soy un ser aparte y autónomo, entonces vas a poder asumir que no es falta de amor de mi parte, sino imposibilidad de manifestarlo en la forma en que yo quisiera hacerlo, y que nos uniría y nos brindaría placer. En este momento no estamos funcionando de yo a ti, de tú a mí. Quizás tendríamos que tener conciencia de que en este momento nuestros yo se encuentran bajo presiones ajenas al yo, que nos desfiguran. Nada quisiera más yo que volver a encontrarme.

2) *I don't grudge you anything. The little I've given, I've done it with love.* Con un amor torcido, enfermo, mal planteado, muchas veces egoísta y mal expresado. En este sentido, *I've loved you not wisely but too well.* ¿Qué puedo hacer si me he resistido al amor? Es por esto que lo debemos hacer para mejorarme, para mejorarte, porque hay que hacerlo para estar bien, porque es para probar algo. El otro día fue espontáneo y estuve contento. Creo que he estado en espera de esa espontaneidad. Mucho tiempo, quizás. ¿Pero cómo, dados mis problemas particulares, puedo vencer esa horrible barrera de conciencia de que tengo que hacerlo, problema de exigencia que está en mí, no es tuyo, para probarme y probar que estoy bien, que estamos bien?

Es como si constantemente sintiera no la exigencia tuya, sino de mi súper yo, de que tengo que probar algo. De ahí la falta de placer, de ahí la masturbación, que es gratuita, con la cual no tengo que probarme nada a mí mismo, sino lo contrario, puedo mantener mi independencia de mi súper yo siendo «un niño malo» como las mamás y las nanas decían de los niños chicos cuando nos masturbábamos, y haciéndolo nos rebelábamos. Esa

*mamá exigente, introyectada en mi súper yo, es la que burlo mediante la masturbación, y me proporciona placer porque no me pruebo nada haciéndolo, sino al contrario, es un desafío. No es a ti a quien siento que debo probar nada, ni eres tú la exigente. Es algo dentro de mí que me exige un comportamiento de cierto tipo y yo me niego a obedecerle. ¿Qué más quisiera yo que romper esa barrera de exigencia interna que me impide el placer, no sólo el placer sexual contigo, sino todo el placer, incluso el placer del amor, y a veces aun el del cariño, el cual depende en tan alto grado de la aproximación sexual? Yo te quiero. Lo que más quisiera en el mundo es sentir que vuelve a fluir entre nosotros y que lleguemos a una modesta armonía en que los dos podemos volver a coexistir, a comunicarnos, a compartir eso que, estando fuera de nosotros dos, es algo que creamos por iguales partes y sin exigencia con nuestro amor: es el placer embodied en el acto sexual que nos compromete y nos ilumina a ambos. El origen de esta exigencia interna mía es muy complejo, sé de alguno de sus orígenes y parcialmente su funcionamiento, demasiado to go into it now.*

Mi madre, de gran fragilidad, está en una fase activa y destructiva que afecta sobremanera a mi padre. Siente unos terribles celos de la relación de mi padre conmigo, piensa que él no la ama a ella tanto como a mí. Esto se le mezcla con la inseguridad que le produce no ser mi madre biológica. Mi padre trata de consolarla:

*No te niego que la quiero mucho. ¿Por qué no ves mi amor hacia ella como bifurcación de mi amor hacia ti, como reflejo, por decirlo así? La verdad es que yo la quiero como parte tuya. Sin ti no hay Pilarcita, adoptada o no. En ese sentido, y profundamente, tú me la has dado, ya que si no me hubiera casado contigo no la tendría. Es tu regalo para mí, es nuestra obra en que ambos la quisimos. En ese sentido es un ser tan particularmente «nuestro», como si llevara nuestros genes. Por las circunstancias de nuestra vida, ninguna otra mujer más que tú me podría haber dado al individuo*

*Pilarcita. Es en este sentido que la veo como específicamente tuya, nuestra, además de quererla a ella como individuo, te amo a ti en ella. Tú eres componente esencial, principal, en mi amor por ella. Y en ella amo cierto grado de placer gratuito que por mis debilidades no soy capaz de manifestarte a ti en forma directa. A ti te temo, no porque seas temible, sino porque proyecto en ti mis propios temores esenciales, el temor de mi impotencia, de mi exigencia, son una y la misma cosa, que me destruyen. Así, Pilarcita no te roba mi amor. Al contrario, en muchos sentidos lo mantiene vivo, esa parte del amor-placer que en estos momentos desgraciados no puedo darte a ti.*

*Hay tantas y tantas cosas que quisiera decirte. Así como deseo con el fervor más inmenso poder reanudar nuestras relaciones amorosas, deseo con igual fervor reanudar nuestras relaciones humanas, amistosas y afectuosas, en que nos comprendemos mutuamente. Pero quizás comprender no sea la palabra justa, quizás «aprender a aceptar» al otro como otro sería más justo, una relación en sí menos exigente que la de «comprender», más justamente amorosa. Es en espera de esta situación renovada que día a día espero.*

*Ten en cuenta que te amo, pese a lo que pueda parecer mi egoísmo, pese a tu y a mi enfermedad. De acuerdo, la tuya ha reventado primero, está en una fase activa y destructiva, mientras que la mía es latente, insidiosa, la puedo mantener pasiva hasta que termine la novela.*

*Hay cientos de miles de cosas que no he hablado aquí: mi homosexualidad, pasiva y latente e imaginativa en este momento, como una huida al miedo de la entrega total a ti; pero el miedo a esta entrega total no existiría si no existiera la urgencia y el deseo de esta entrega, que mi neurosis transforma en peligro.*

*No pierdo de vista este amor tan valioso, y a veces tan delicioso, que nos une.*

Hasta hoy me pregunto qué los llevó a casarse. En ese momento él era un hombre maduro, soltero, de treinta y siete años, perseguido por los fantasmas de su juventud; ella, una mujer soltera, virgen (a su decir), de treinta y seis años. ¿Qué misteriosos lazos los unían? Desde luego había muchos: lograron estar casados treinta y seis años, con crisis, grandes heridas y dolores profundos, pero a su vez con grandes momentos de amor mutuo. Incluso la muerte los quiso unir: se fueron con sólo dos meses de diferencia. En un diario muy posterior a esta época, en 1991, mi madre escribe:

*Recuerdo, recuerdo extraño, sin felicidad, recién casada, cuando Pepe actuaba de machista en el sentido de que me arreglara lo más bella posible y estuviera callada, no interviniera... y todo lo que me hizo sufrir en ese sentido. Yo sentía una especie de placer masoquista al ser dominada.*

*¡Cómo he cambiado! ¡Cuánto me ha costado el cambio!... en depresiones y hasta mi alcoholismo. Pepe ha evolucionado porque he cambiado y no le quedaba más remedio... a pesar de que fue él quien me empujó al psicoanálisis y a la cama, aunque forzosamente, matrimonial... mi virginidad a los treinta y seis años que él mismo me agradeció nuestra «noche de bodas», la siguiente a nuestra noche de matrimonio, tan simpática, sin sexo, con risas, amor y un baño de burbujas. Nuestro sentido del humor... Hablamos tomando champagne, por supuesto, nos daba risa nuestra situación de recién casados: «joven de treinta y siete años que temía no hacerlo, no poder nunca», «niña de treinta y seis virgen». Encantadoramente, lo veo ahora, nos reímos de nosotros mismos mientras nos dábamos un baño de burbujas.*

¿Cómo analizar la relación de los propios padres? ¿Cómo no caer en sentimentalismos absurdos, o en juicios lapidarios, o en fantasías que responden a necesidades personales para poder justificar el dolor?

Su relación era compleja, atípica, amorosa, envidiosa y dependiente. Una

vez, siendo ya adulta, le pregunté a mi padre por qué no se separaba definitivamente.

—Mira, Pilarcita —me contestó—, uno se enamora otra vez a estas alturas de la vida, cuando necesita renovar su propia vida contándosela a alguien por primera vez, y yo he construido mi vida con tu madre.

Naturalmente, no era necesario para ninguno de los dos revalidar sus propias vidas. Se trataba de una relación compartida, de años buenos y otros amargos, de gratificaciones y frustraciones que creó en ellos una variante propia de la pasión, lejana a aquella de los primeros años —que duró muy poco—, pero que los mantuvo unidos, compensando las carencias de cada uno y, por sobre todo, perdonándose las.

Al hacer esta reflexión no dejo de emocionarme con la imagen de mi madre, una mujer tan generosa, acogedora, a pesar de su gran fisura interna, a quien con la distancia de los años he entendido y también compadecido. Lamentablemente, no tuve la oportunidad entonces de entender como lo hago ahora. Mi madre era una mujer insegura en sus afectos, hija única de una mujer de carácter muy fuerte, de gran belleza, tremendamente frívola, que nunca fue cariñosa y que incluso le contó que casi la había abortado, pues no quería tener hijos.

Su padre, en cambio, era afectuoso pero muy maniático. Fue una niña fea hasta que se convirtió en mujer, deslumbrando a todos. A pesar de ello permaneció soltera muchos años y virgen, elemento que puede parecer privado, pero importante para demostrar que tenía grandes inseguridades con su sexualidad. Sigo elucubrando sobre la unión de mis padres: ¿Por qué eligió ella entonces a mi padre, otro solterón de treinta y siete años, también con claras inseguridades en el mismo aspecto? ¿Sería esa la clave que los unió? ¿No exigirse explicaciones de un pasado, para uno lleno de soledades y para el otro lleno de fantasmas?

«Lo sexual» sólo existió los cinco primeros años de matrimonio. Los agotó

el esfuerzo infructuoso por tener hijos y la espontaneidad que eso le quita a la pasión, al placer puro... y *El obsceno pájaro de la noche*. Sí, ese libro produjo el quiebre final entre ellos en ese aspecto, pues para mi padre implicó liberarse de una parte oculta, el Imbunche, el Mudito, y así quedaron las cosas entre ellos.

Hubo intentos de acercamiento pero normalmente fracasaban, y ello acarreaba dolor y frustración para ambos. Mi madre sufrió mucho por la falta de contacto físico, el no sentirse amada ni deseada aumentó su inseguridad. A pesar de los reclamos que en algunas ocasiones hizo, aceptó que la relación con mi padre se basaba en otras cosas que de igual modo la compensaban.

Hoy, como hija, al conocer el revés de la historia, admiro su valor de postergarse de tal modo ante un amor que ella consideraba vital, dejando a un lado su propia femineidad, sin olvidar la frustración que eso le produjo, y la búsqueda de una vía de escape en sus depresiones y su alcoholismo. En este sentido, mi padre siempre fue egoísta; él tenía un mundo propio tan grande que pudo sublimar toda su frustración con respecto al placer.

En su diario de 1976, mi madre se pregunta:

*¿Cuál es my thing? La he perdido de vista, siempre supeditada a circunstancias realmente vitales e importantes de mi condición de esposa de Pepe y madre de la Pilarcita y del sitio donde vivo.*

*He logrado seis meses de abstinencia.*

*¿Con quién hablar de este cansancio, de estas ganas de llorar, luego de ocho horas de sueño, dos cafés y ahora un tranquilizante...? ¿Qué hacer?... Las circunstancias tan favorables, por una parte, Pepe me quiere, la niña es un amor, la vida en Sitges ideal y yo... doblada en dos con ganas de llorar.*

*La raíz... en parte... gran parte... quizás... el que no me sienta ya «mujer». La niña es tan linda... cómo quisiera haberla parido... Cuán profunda la herida, empiezan a desbordar las lágrimas.*

*¿Para qué escribo?... ¿Para los biógrafos de Pepe? Vivir de la fama de*

*Pepe y la belleza de la niña, y el Peregrine, que es un receptáculo de mi amor, de mi ternura desbordante... pero no hay más. Me ayudará la terapia, espero... Que Dios me ayude.*

Por primera vez ella se enfrenta a la posible separación matrimonial. Recurre nuevamente al alcohol como paliativo al dolor.

*Anduve tocando fondo hoy hasta físicamente... En un momento dado creí que me caería, que no podía quedarme sola, pero me levanté. Tengo que enfrentarme con las limitaciones de mi relación con Pepe, o con lo que él me puede dar, y con mi situación en la casa... Siento a veces que Pepe me quita a la niña y eso es peligroso.*

Como he dicho, mi padre se ha refugiado en Calaceite para terminar *Casa de campo* y así alejarse de los reproches de mi madre y de las constantes peleas que éstos ocasionaban. Por un largo tiempo, los fines de semana serán el único momento en que veré a mi padre.

Escribe a Chile pidiendo que le envíen ciertos muebles que habían quedado ahí y le encarga a su cuñada Lucha unas alfombras y algunos objetos de la casa de sus padres. Con éstos habilita nuevamente la casa de Calaceite, bastante vacía por el traslado a Sitges, y, como siempre en todas las casas que tuvimos, el resultado fue una ambientación espléndida y original.

Los asuntos en el plano profesional van bien. Es invitado a todas partes, le piden entrevistas constantemente y sus libros se están traduciendo a casi todos los idiomas, incluso al japonés. Mi padre cree que para que mi madre «pueda verse a sí misma» él debe estar a cierta distancia. Esto «justifica» haberse instalado en Calaceite y dejarnos solas. En esos momentos de crisis de pareja mi padre siente que uno interviene en el campo visual del otro. Por esos días le escribe a su hermano Pablo:

*Con María Pilar nos queremos mucho. Pero el cariño a nuestra edad y en esta época tiene ahora que plantearse de manera distinta a la que hasta ahora... aunque signifique desastres. Pilarcita, muy bien, tomándolo*



*estupendamente, espero: qué sé yo si esto no le causará un trauma que tendrá que recuperar veinte años más tarde por medio de qué sé yo qué tratamiento psicológico.*

Sí, me costó muchos tratamientos psicológicos, desde la adolescencia hasta hoy, elaborar no sólo esa época, que es una parte mínima de una historia inusual, sino la globalidad de una vida junto a dos seres tan intensos e interesantes pero, a su vez, muy traumatizados por sus propias historias y fantasías, las cuales marcaron mi vida de manera determinante.

En Calaceite escribe, finalmente, la gran novela que tiene en mente. Además, aprovecha la soledad para enviarle una larga carta a su padre, en la cual logra encarar ciertos fantasmas.

*Qué difícil escribirle esta carta en respuesta a la suya. No sé. En todo caso, para qué le digo cuánto me ha dado que pensar su carta, qué pena me da, qué absurdo encuentro un alejamiento debido quizás a frases citadas fuera de contexto y sin explicación, que adquieren significados independientes y autónomos de esa frase dentro del contexto que le pertenece, y esto usted lo sabe. No es que quiera justificarme. Pero sí explicarme: a pesar de mi cariño hacia usted, siempre le he tenido rencor, eso no lo puedo negar. Considero que en mi adolescencia, cuando tanto lo necesitaba, no se ocupó de la formación de mi carácter, ni en aliviar los problemas que entonces me corroían, transformando mi adolescencia en un infierno secreto, que por ser secreto era peor; tampoco me daba ni el cariño ni el cuidado material que me daba mi madre y a través del cual, y simbolizado en él, yo podía adivinar una preocupación intuitiva que casi llegaba al conocimiento de lo que yo estaba pasando. Pero esto, papá, si bien en una época me causó un rencor vivo hacia usted, se terminó, dejando apenas cenizas, aunque sí, éstas quedaron, y a veces, cuando el viento las alborota, vuelven a molestarme, a ahogarme. Eso es todo. Muy simple: queda mi gran afecto por usted, por sus cualidades de inteligencia y*

*sensibilidad —yo las heredé de usted, aunque como usted sabe mi imaginación es herencia de mi madre—, por su buen humor y su simpatía y caballerosidad —cualidades que por desgracia no heredé—, mi profunda ligazón emocional con usted, sin olvidarme del sinfín de cosas que le debo: mi iniciación en la literatura y en las artes, tan importantes en mi vida, mi amor por el mundo de la cultura; en fin, que es lo que me guía y me conduce.*

*¿Cómo puedo no quererlo, si tanto le debo? ¿Cómo no echarlo de menos día a día, noche a noche, cómo no desear que el siniestro mundo contemporáneo no nos haya permitido mayor contacto en esta fase de nuestras vidas? Mantengo mi opinión sobre ciertos puntos negativos de su personalidad. Pero ¿no es cierto que usted mantiene sus opiniones sobre ciertos puntos negativos de la mía? Que haya compartido estas opiniones negativas con mi hermano Gonzalo no tiene nada de raro: si no las comparto con él, que es una de las pocas personas en el mundo que realmente quiero y con quien tengo verdadera y total confianza, a quien siento hermano en el más profundo sentido de la palabra, no sé qué haría con ellas, me ahogarían. Hay cosas, claro, que a usted yo no le he podido perdonar nunca, pero que no disminuyen mi amor por usted: su falta de carácter, su conformismo, su pereza, y específicamente con respecto a mí, su falta de ternura e interés (nunca olvidaré que para el matrimonio del Queno Cruz, fuimos yo con usted a Talca, y al presentarme no sé a qué señorón de provincia en la plaza, usted dijo: «Esto no es lo mejor que tengo, mis otros hijos no pudieron venir»). ¿Qué puedo decirle, papá, cómo puedo mentir, justificarme, engañarlo? ¿No demuestra una fe en usted mucho mayor que el engaño, el hecho de afrontar juntos estas cosas y reconocerlas, sabiendo que a pesar de ello el cariño, el reconocimiento y agradecimiento, la piedad misma, y espero que mutua, no mueran, sino al contrario, aumenten? En mi caso, sí; espero que en el suyo también.*

*Hace una semana que estoy desesperado con su carta, logrando apenas*

*concentrarme en mi trabajo pensando en que usted, mi pobre viejo, habrá sufrido con mis palabras. Puedo haber sido duro, injusto, papá: perdóneme. Pero le estoy pidiendo perdón sólo por el daño, ya que no puedo negar lo que digo. Creo que ha pasado la época, gracias a Dios, en la que los hijos no juzgaban a los padres. Esta es una época de eterno enjuiciamiento de las generaciones, y no puedo ocultarle que tiemblo al pensar en el juicio que, en su momento, hará la Pilarcita sobre mí y María Pilar.*

*Una vez, en el pasado muy, muy distante, yo analicé su personalidad con un gran amigo suyo, cuyo nombre me callo, en que surgieron todas las tormentosas ambivalencias que yo sentía respecto a usted. Este señor quedó pasmado por la precisión del análisis, pero desde entonces prácticamente me quitó el saludo y me han llegado rumores de que no me quiere porque «juzgué» a mi padre. Pierda cuidado, papá, que a usted yo lo juzgo; como juzgo a mi madre, como juzgo a mi mujer, como juzgo a Gonzalo. Sólo a mi Nana no la juzgo porque es un ser angélico, que prefiero dejar en su estado angélico en el mundo. Sin embargo, analizando El obsceno pájaro de la noche desde el punto de vista psicoanalítico, es fácil darse cuenta de que ella es la «vieja» inicial, la Peta Ponce, la manipuladora de conciencia y de la historia, pese a que mi conciencia quiere dejarla permanecer en su estado angélico, supongo que por el sentimiento de culpa que me produce su existencia... lo que quiere decir que, si a ustedes los juzgo, en esencia no me producen sentimiento de culpa, que es la mayor liberación.*

*Se trata de usted y yo, y en esa relación, se lo juró papá, pese a las ambivalencias necesarias en un ser como yo que prácticamente se alimenta de sus complejidades, queda el balance, inmenso, maravillosamente positivo a favor suyo y de las dotes que de usted recibí. Usted jamás me ocultó que, de sus tres hijos, yo fui el menos querido (no por eso no-querido; esta simplificación sólo la hice durante mi adolescencia, cuando los conflictos eran demasiado grandes para andar buscándole cinco pies al gato); entre*

*usted y mi madre, amé más a mi madre, lo que no significa que a usted yo no lo ame, le agradezca y lo respete, y mucho más a medida que los años pasan, cuando se va haciendo, tan poco a poco, el arqueo de ceja como quien dice.*

*Si pudiera, viviría sin duda alguna a su lado. Sin duda alguna muchas cosas suyas me irritarían, y muchas cosas mías lo irritarían a usted... pero creo que la buena razón civilizadora, el buen escepticismo y la buena ironía paliarían un poco estas cosas que tenderían a separarnos y nos aceptaríamos tal como somos. Si yo lo acepto y lo quiero a usted quizás demasiado blando, como creo que es, y demasiado egoísta, ¿por qué no me acepta usted también a mí como soy, quizás demasiado duro y quizás demasiado narcisista? Papá, papá, quitémonos las telarañas de los ojos y reconozcamos, por fin y con un suspiro de alivio, que no somos perfectos ni usted ni yo. Y que sí somos seres civilizados. Usted me enseñó la magia de considerarse tal, el diálogo y el cariño no puede quedar interrumpido porque nuestra fantasía de ser perfectos se rompe.*

*Repetirle que lo quiero mucho, mucho, y que lo echo de menos, así como echo de menos su cariño y su cuidado y su preocupación de padre, y como usted, espero, eche de menos mi cariño y mi cuidado de hijo, si bien no el más querido de los tres, ciertamente querido.*

Fue la última carta que le escribié.

Como es de imaginar, esta relación nunca fue fácil. En su niñez mi padre jamás pudo recurrir a él. Mi padre le leyó los primeros capítulos de *El obscuro pájaro de la noche*, buscando su aprobación y, de algún modo, lo logró; sintió que su padre apreciaba su trabajo y lo admiraba como escritor. La literatura era un tema común. Mi abuelo era un gran lector, leía especialmente a españoles como Ortega y Gasset y Unamuno.

Una vez me contó sobre su relación con su padre:

—Cuando niño, toda mi flojera en el colegio era una forma de atraer su atención. Yo quería que él me ayudara en mis tareas, pero nunca estuvo ahí.

Cuando sabía de mis problemas en el colegio se encerraba detrás de una puerta y se quedaba leyendo, luego abría esa puerta para ver lo que yo escribía.

»Sólo me apreció cuando yo fui alguien, no así con mis hermanos. La única vez que recuerdo que sentí una admiración de su parte, fue cuando yo era muy joven y estaba dibujando en el jardín, y él estaba ahí también, y de pronto me miró y me dijo: “Qué estupenda cabeza de intelectual tienes, hijo”. Siento que no me captó, que nunca me vio a mí».

Mi padre se ha ido a Calaceite y mi madre hace planes.

*Pepe se ha ido... y de la mejor manera... no trágica, no definitiva, ni heroica... se va a terminar su novela a Calaceite... y me quedo sola con la niña, podré organizarme, hacer mi vida... respirar... y lo iré a ver y será bueno.*

*Estoy sola en mi cama, con mi tiempo y mis cosas. Durante muchos años he permitido que gran parte de mí quede sin usar. La visión de mi vida ha sido contraída alrededor de convencionalismos y falta de fantasía. El amor ha sido en gran parte una sensación de dependencia, apoyo mi vida en otro ser, creyendo que el otro tiene la suficiente fuerza para los dos.*

Al principio ella enfrenta bien esta nueva realidad, pero luego la tristeza la invade y casi no se levanta; apenas va a su terapia y vuelve a acostarse. El vacío es demasiado grande. Descarga su dolor en las páginas de su diario.

*Acaba de llegar cable para Pepe confirmando la invitación a Bellagio. ¡Qué bien! ¡Todo le sale bien! ¡Qué envidia! ¡A mí tan mal! Mis relaciones con la niña, pésimas. Tengo pena, pena. Qué sola estoy... cómo me duele. Sólo mis animales. Está Eduardo (su analista), pero es distinto.*

*He estado pensando que en realidad Pepe no me quiere de verdad, a la niña sí, por el contrario, pero más como un reflejo de sí mismo.*

*Tengo que enfrentarme con mi culpa en esta relación viciada, privadora,*

*negadora de placer para mí y ladrona de mis figuras femeninas, pero también, y quizás esto sea más difícil que muchas cosas, sobre todo en eso de negarme placer.*

*Pero todavía estoy tan emocionalmente aferrada a Pepe que incluso no puedo internalizar lo que leo sin estar constantemente refiriendo todo a él o queriendo compartirlo con él. Sólo encuentro consuelo en los animales.*

La Fundación Rockefeller lo invita a pasar un mes en la Villa Serbelloni, en el lago di Como, un palacio renacentista de estuco rosa-ocre, con varios órdenes de ventanas y galerías que acogen el sol del norte de Italia. Desde su altura mira los Alpes por un lado, otea las llanuras italianas hacia el sur, y a sus pies se refugia el pueblo de Bellagio. La villa está rodeada por un parque que por su extensión se asemeja a un bosque. La fundación invita una vez al año a una veintena de destacados intelectuales de cualquier disciplina para que en ese ambiente de lujo monacal terminen sus obras. No incluye ninguna obligación más que aparecer a la hora de la cena en tenida formal y degustar el menú puesto delante de cada silla, donde los invitados toman sus puestos, después de haber consultado, antes de entrar, su ubicación en la mesa.

Villa Serbelloni es tan perfecta que le parece casi absurda. En su habitación, la mesa con la máquina de escribir está frente a una ventana alta, desde la cual se ve el pueblo por sobre los cipreses, tras un balcón repleto de glicinias, en donde se respira el aire perfumado de lilas, flores de castaño y se aprecia una vista del lago.

*Una visión mezcla de Gustave Doré y Böcklin. En todo caso, romántico hasta las narices; los atardeceres, aquí, son de aquellos que deben haber instado al primer romántico a suspirar frente a un atardecer antes de que se transformara en cliché, y las ruinas ahogadas por yedras olorosas enmarcan más villas, hoteles donde a comienzo de siglo venían los ingleses, pero que ahora hospedan a italianos o alemanes de medio pelo, y barquichuelos que*

*hacen la navette entre Bellagio y otros pueblos de la ribera di Como, que dejan sobre el agua tranquila una estela delicada como las fibras de un ala de mariposa seca.*

El lugar lo ha conquistado. Se siente arrebatado con el ambiente, tanto, que durante los primeros días se entusiasma con la idea de una nueva novela. Esto, como es de imaginar, significó durante esos momentos un verdadero torbellino interior, la sensación de no querer volver a trabajar en *Casa de campo* nunca más. Después de tanto tiempo de estar prisionero en el mismo tono, con los mismos personajes, en un mismo mundo, quiere trasladarse a un estilo y a un ambiente totalmente distinto. Pero una vez más se ve su ambivalencia. Vuelve a su diario y escribe:

*Hoy, después del almuerzo, me di cuenta de que «it was just one of those things», y que debía y quería volver con mi «lawfully wedded», con Casa de campo, aburrido y hastiado como estoy con ella, dejando la nueva novela totalmente planeada —y es una idea corta y gloriosa— para inmediatamente después de terminar Casa de campo. Creo que nunca había avanzado tanto en un proyecto de novela como con la nueva, se llamará, creo yo, Fiestas de guardar, con la que estoy entusiasmadísimo, todo sugerido por mi viaje en tren y por mis primeros días en la Villa Serbelloni.*

Las reuniones en la noche, a la hora de comer, son un momento de «placer» intelectual, interesantes y enriquecedoras junto a los otros invitados, gente inteligente que sabe escuchar. Un privilegio estar con personas sensibles, según él. Este mundo lo atrae, sin duda, e irónicamente piensa que quizás podría tener vocación por la vida monótona y monacal. Siempre, claro, si está rodeada de belleza y probablemente de lujo.

Desde Bellagio le comenta a mi madre:

*Hay, como en la casa de Peggy Wheaton, un sitting arrangement todas las noches; se enciende el fuego decorativo en las chimeneas, sirven los lacayos de libreas, silenciosos, familiares, hieráticos; el menú delante de cada*

*asiento, con el nombre del vino que se servirá, todas las noches distinto. Todos han leído la biografía de Edith Wharton que estoy leyendo; casi todos conocen a Alfred Knopf. Han estado aquí Jessica Mitford, Steele Commager y ponte a enumerar. Aquí vivieron Leonardo da Vinci, Plinio el Joven, Masaryk, Adenauer... El sitio está henchido de historia. La principesa que regaló la villa para este propósito era una americana, casada con un príncipe Thurn und Taxis, de los amigos de Rilke. ¿Qué más te puedo decir? Sé muy bien que es como el noveno plato de manjar blanco... pero yo tengo una gran resistencia para el manjar blanco cuando se trata de un sitio de tan portentosa belleza, jardín y casa, cada pieza del mobiliario, una joya de época, catalogada y reconocida.*

*Y nadie es frívolo, aunque la conversación, muchas veces, es pesada a costa de no decir nada... pero es preferible esa pesadez, para mí, que el gay trinar usual de los que nos rodean, y con esta gente tengo un frame of reference que no tengo con nadie en España.*

*El trabajo durante su estadía ha sido duro, está repleto de dudas sobre cómo va la novela, no le gusta la evolución que está teniendo. Corrige incansablemente el draft que creía final de Casa de campo.*

*Si el fracaso es demasiado total al finalizarla, tengo definitivamente estructurada una nueva novela, más corta, más fácil, para meterme en ella y terminarla cuanto antes a modo de antídoto del fracaso. Tengo miedo. Mucho miedo. Y no es el mismo miedo que con El obscuro pájaro de la noche: es un miedo mayor.*

*En medio de estas terribles inquietudes aparece su otra faceta, que nunca deja de sorprenderme: su capacidad para combinar aspectos profundos de su ser con otros tan simples. Otra carta a mi madre.*

*Voy mañana a Milán y haré shopping, a usted María Pilar no sé. Lo chic cuesta monstruosamente caro, porque es como siempre, Ken Scott, Falconnetto, Luisa Spagnoli, etc. En todo caso, el viernes saldré con Luciana*



*Ceserani (pese a que no tiene el menor sentido del chic, sabe de oportunidades y baraturas). Para mí compraré, como te dije, papel de muro para el baño de Calaceite en caso de que encuentre uno lavable que sea verdaderamente extraño y maravilloso.*

Los días que siguen son de intenso conflicto con su novela. Llueve incesantemente en Bellagio. Luego, la niebla lo inunda todo.

*Uno está prisionero en este lujoso hospital amarillo, anaranjado, de espejos enormes pintados con chinoiserie veneciana, con enormes arreglos florales en la loggia, con las altas ventanas abiertas al jardín dibujado por Plinio el Joven, mirando el pueblo, allá abajo, donde vivieron Cósima, Liza y Wagner, el romántico lago lleno de penínsulas que parecen islas repletas de cipreses altos como las torres de San Geminiano, y las silenciosas embarcaciones que se acercan a ellas como al son de La isla de los muertos, de Rachmaninov y de Böcklin.*

Se hace amigo de Ernst Mayr, profesor de Harvard, biólogo de setenta y cinco años, inteligente, tierno y humano. También de otras personalidades de impresionantes trayectorias, pero quien realmente lo cautivó fue un anciano, de esos que ya sólo producen algunas universidades inglesas, cuyo libro versaba sobre un tema apasionante: la vegetación en el Mediterráneo en la época de Julio César.

Mi padre, de hecho, se dedicó a recorrer los jardines de la villa con el anciano, quien le contaba detalles de cada planta que encontraban en el camino. Conoció también al australiano Premio Nobel de Medicina sir John Eccles. Mantenían largas y complicadas conversaciones que resultaron fatales, pues mi padre le comentó el ataque convulsivo que había tenido en Calanda años atrás, y éste, sin ningún preámbulo, le dijo que lo más probable era que tuviese un tumor cerebral.

Esto fue el fin de su estadía en la Villa Serbelloni.

Mi padre le escribió desesperado a mi madre, diciendo que se estaba

muriendo y que, por favor, hiciera venir desde Chile a su hermano Pablo, neurocirujano, para que pudiera operarlo. Apenas llegó a España se tomó un escáner que resultó absolutamente normal.

Ante la inquietud que despertó el posible tumor cerebral, se queda en Sitges junto a mi madre y a mí, cosa que me puso muy contenta.

Desde Chile, su cuñada le escribe explicando la necesidad de vender la casa de avenida Holanda, donde vive junto con mi abuelo, la Nana y Martín y Claudia. Mi padre firma un poder notarial para que se ponga a la venta la casa. La idea de esta pérdida lo hace pensar en ir a Chile a pasar la Navidad. Yo voy a cumplir diez años y aún no la conozco. Mi padre quiere que tome contacto con ese mundo antes de que desaparezca para siempre su núcleo central, la casa de avenida Holanda.

Le escribe a su cuñada:

*Vamos a Chile en diciembre. Esperamos pasar las vacaciones todos juntos en Av. Holanda, las últimas vacaciones familiares, me imagino. Tengo ganas, al mismo tiempo que miedo, de esta reunión con todo tan cambiado. Espero que hasta diciembre la casa aún esté en pie y mi padre viviendo en ella para que la alcance a conocer mi hija. Pero claro, si las cosas están muy avanzadas, y conviene hacer otra cosa, vender antes, avanti: no hay que perder la ocasión.*

A mi padre, como al resto de la familia, le preocupa lo que pasará con mis primos Martín y Claudia, quienes viven en la casa junto a mi abuelo. Su padre, Gonzalo, está trabajando como médico en el extranjero y su madre, Gaby Plate, vive en Suiza con el hijo menor, Gonzalo, el Pocho, de manera que pide que se les proteja lo más posible. Si hubiera testamento, le parece que la cuarta y libre disposición debiera ser para ellos. También le preocupa que se vele por sus propios intereses. Le escribe a su cuñada, encargada de solucionar todo lo práctico, de manera generosa.

*Te ruego, Lucha, que veles también por mis eventuales intereses y: 1) que*

*si se compraran casas con lo que dará la venta de Holanda, quedemos protegidos nosotros, si no favorecidos; 2) que se haga de manera que por ningún motivo haya dificultades, ni peleas, ni alejamientos en la familia, y agregaría una tercera condición; 3) que mi Nana también quedara favorecida y protegida. Pero me imagino que esta condición casi no es necesario hacerla, ya que sé que a ella nada le faltará.*

*Para qué te digo las ganas que tengo de verte. Mi cariño por ti no disminuye, y te echo de menos, como asimismo echo de menos tu casa y tus niños y tu familia. Y me hace mucha ilusión que Pilarcita los conozca y los quiera, lo que no dudo sucederá.*

Para mi padre, la venta de la casa también significa la esperanza de cierto alivio económico. Lleva cuatro años escribiendo *Casa de campo* y vive de lo que le producen las ventas de sus libros anteriores, pero sus ganancias son irregulares, con la incertidumbre de cuándo llegarán estas liquidaciones. No tiene ni seguro de vida, ni retiro, ni capital, ni rentas fijas mensuales. Vive en una constante zozobra económica.

La Navidad de 1977 la pasamos en Chile. Yo viajé un mes antes con mi tío Pablo, que estaba en Europa en ese momento, y me invitó, pues mi prima Pascuala se casaba en noviembre. La idea de conocer cuanto antes a la familia me tenía muy excitada. Recuerdo bien ese viaje, eterno, pero al llegar al fin a tierra chilena nos esperaba toda la familia: los hijos de mi tío Pablo, Pablo, Pascuala, Sebastián, y detrás de un ventanal, Cristóbal, el Toby, que sería el amor de mi vida, padre de mis tres hijos y mi marido por casi veinte años. Luego, en diciembre, llegaron mis padres.

Esas navidades fueron inolvidables. Mi padre se dedicó a ver a todos sus amigos, a pasar de cóctel en cóctel; mi madre, a su vez, aprovechó de estar con sus padres, que en ese momento estaban en Viña del Mar.

Yo me dediqué a mis primos, a disfrutar de todo lo que este mundo me ofrecía. Conocí la casa de la avenida Holanda y me envolvió su magia.

Reconocí el ambiente que me habían descrito tantas veces, la luz reflejada entremedio de las hojas en el jardín; las empleadas en el fondo de la casa preparando la comida y desde donde los aromas salían invadiéndolo todo, y la presencia aún notoria de la Titi dando vueltas, haciéndose sentir. Todo un mundo familiar, pero al que nunca logré pertenecer ni aun ahora, quizás porque no tuve ese denominador común de todos ellos, que desde luego importa aún más que el vínculo sanguíneo.

De vuelta en España, mi padre parte de inmediato a Calaceite para terminar *Casa de campo*, dejándonos nuevamente solas en Sitges.

Por momentos, el trabajo se le torna duro y la soledad, que creí lo ayudaría, se le vuelve en contra. Su estadía se prolonga desde abril hasta agosto de 1978.

Sus diarios de esos días son muy metódicos, siguiendo pautas, anotando horarios de trabajo, expectativas de cumplir cierto número de páginas por día, problemas que se le van presentando, retrocesos.

Trataré de resumir este período del trabajo que culmina con la palabra FIN de *Casa de campo*.

*Mala la predicción para esta semana. Ayer pasé todo el día en Alcañiz porque se me estropeó la máquina de escribir y cuando llegué de vuelta estaba Pedro Cristián García Buñuel, que pasó la tarde aquí, hablando, como si le hubiera pedido yo que viniera, del problema de envejecer. Por lo tanto no escribí nada.*

*En todo caso, he vuelto al trabajo. Me está costando mucho esta sección que yo creía tan fácil. ¿Cómo seguir?*

Anota una serie de ideas:

*Y de pronto estoy contento otra vez y creo que las cosas van para adelante. ¿Estoy o no contento? No sé. Hoy por lo menos escribí el mejor día de una semana NO brillante.*

*En el mejor de los casos, quince páginas al día (será más pero con correcciones y días en que el trabajo no dará eso). En veinticinco días son sólo 375 páginas y necesito un total por lo menos de quinientas, eso sería veinte páginas diarias, pero dudo que lo pueda mantener.*

*¿Por qué Carmen Balcells haría fotocopiar la novela en la versión que leyó ella? Que me demande.*

*Perezco de ganas de ponerme a escribir El bisonte, novela divina y cachonda con escenas cómicas. La idea de leer humoristas ¡no me apetece nada!*

*Lista:*

*1) Cándida.*

*2) Sentimental Journey.*

*3) Quijote.*

*4) ¿Vonnegut?*

*5) Otros americanos modernos, but I don't like them.*

*6) Not Jane Austen AT ALL.*

*Hoy regresaré a Sitges. El ventarrón obsesionante, el río. La sensación de que las criadas Lourdes y Anita are «out to get me». Todo desazonante. ¡El frío que hace! ¿Qué fue lo que anunciaron de Pinochet en la televisión anoche? ¿Que ha formado un gobierno con civiles? ¿Un Sergio Fernández (Larraín)? ¿Qué pasa? Maldita novela esta, que si no fuera por ella podría volver tranquilamente a Chile, como Jorge Edwards. Pero después de publicarla tendré mucho miedo, con la más profunda desesperación me doy cuenta de que NUNCA podré volver, que Chile debe permanecer un mundo sellado para mí, ahora, cuando tanto y tanto lo necesito. En fin.*

*Con nueve horas de trabajo al día, que representan dos meses de trabajo, podré terminar a fines de junio, no de julio. No sé si me va a dar el aliento*

*para tanto, tan cansado estoy, y tres meses más me parece horrible, pero dos me parece posible y hasta agradable. Seguro la pesada de la Carmen Balcells, cuando llegue de regreso de Río la primera semana de mayo me va a decir: «Bah, creí que me la ibas a tener terminada completa», porque ella, como María Pilar, como Pilarcita, como todas las mujeres, por lo menos las que me rodean, es insaciable. Pero decirle que me faltan sólo dos capítulos, que le podré entregar dentro de una semana, la calmará, estoy seguro, y capaz que hasta se ponga contenta. Lo importante ahora es sacar fuerzas no sé de dónde para terminar el capítulo «La llanura» y quedar en paz conmigo mismo. ¡Oh, las vacaciones, las vacaciones maravillosas que voy a tener cuando termine! ¡Definitivamente solitarias! Y después en familia. Pero mis vacaciones solo con lo que me interesa, probablemente en la India, casi seguramente, en realidad. Otra posibilidad sería Londres. En fin: La lechera.*

*Ahora a leer a Jorge Edwards, Los convidados de piedra. Mala, mala hasta la página sesenta. Luego, estupenda, por lo menos las escenas del cuadrillaje, de las fiestas de periodistas, de la cárcel. Antes es caótico, demasiado coral, y no agarra interés. Después sí, definitivamente sí.*

*Mi madre sola en Sitges. Los días pasan lentos y mientras mi padre está en plena efervescencia creativa, ella reflexiona sobre sí misma y su vida.*

*Estoy sola en casa, rodeada de mis animales que tanta falta me hicieron mientras estuve en Chile... el Peregrine y el gato Vaska, los que más me quieren, están junto a mí... y es un día de sol tan lindo...*

*Bajo esa felicidad... toda la carga de mi depresión coexistiendo.*

*En todo caso, la satisfacción de la soledad para sufrir en paz, junto a los animales.*

*Ya tendré tiempo para ordenar la casa y esperar a Pepe cuando venga. Cómo me cuesta... o no puedo moverme... quizás no lo haga hasta que*

*lleguen y me ayuden... no tengo que hacer las cosas realmente. No me muevo. Me doy este gusto en medio del caos total de esta casa.*

*Unos días después, su estado anímico es evidente.*

*Llegó el correo lleno de gratificaciones para Pepe... invitaciones, póster de la película El lugar sin límites, noticias de un libro sobre él; para mí, sólo el compartirlo y ni siquiera eso me deja... Sólo me quedan mi analista y mis gatos... y el perro.*

*Pepe le dijo al Kuky que sólo le queda libido para lavar los platos. How sad!, How true!*

*Tomo Tranxilium más una cerveza.*

*Mi padre, en cambio, en la tranquilidad de Calaceite y desconectado de toda la realidad familiar, se encierra a trabajar. Apenas se levanta se pone su tradicional chilaba blanca sobre su pijama y sin lavarse ni la más mínima parte del cuerpo —característica muy suya la de evitar el baño— sube a su buhardilla, se sienta a escribir y sólo se levanta cuando el cansancio o el hambre se apoderan de él.*

*Anota el 8 de abril de 1978:*

*Estoy durmiendo mal. Poco. Pero no importa porque escribo. Hablé anoche con María Pilar, está totalmente comprometida con los problemas de nuestro sobrino Martín y con la primera comunión de la niña: vestido largo para la niña, almuerzo para cincuenta personas: terrible y sórdido. Pero no incomprendible. Hablé con Magda: llega la Carmen la primera semana de mayo. Le tendré dos capítulos terminados (cien páginas) y probablemente medio capítulo más. ¡Maravilla!*

*Me mandé a hacer una chaqueta, blazer azul de alpaca de verano, sensacional, y me haré un par de pantalones. Carísimo. Pero no importa. Mil pesetas, lo que es mucho, pero no un escándalo. Are things beginning to fall in place? Maybe.*

*Ahora, la pauta rehecha (y el handle) para estas dos últimas partes. El*

*handle —estupendo— para la importantísima sección final lo tengo. Pero no tengo el handle para la sección de hoy, que deben ser por lo menos seis páginas, y de las más importantes de toda la novela. Sin embargo, pienso en «El bisonte arrodillado junto al fuego». Pauta as follows...*

*Me parece que está bien, aunque no me gusta el principio.*

*Va a ser APASIONANTE inventar el próximo capítulo. He hecho una página: tres horas por página. Quedan ciento cincuenta páginas = cuatrocientas cincuenta horas = cuarenta y cinco días, si trabajo diez horas, es decir, un mes y medio. No angustiarme. No aterrarme. Mantener la calma y seguir, seguir, seguir.*

*Había pensado rehacer y recopiar este capítulo, el once. Pero no lo haré. Lo llevaré a Sitges para leérselo a María Pilar, y luego, la semana que viene, lo llevaré junto al capítulo doce, «El mayordomo», para que lo fotocopien.*

Su método de trabajo es riguroso, como se refleja en sus diarios. Perfil las características de todos los personajes, haciendo una especie de biografía de cada uno de ellos, sigue su evolución a medida que la novela va adquiriendo fuerza y desarrollo. Otra parte interesante de su trabajo son las listas de palabras que quiere usar en algún momento, o de frases de otros autores que llaman su atención, como de Fitzgerald, Tolstoi, o de alguna novela que esté leyendo en ese momento.

*Estoy absolutamente dichoso; he trabajado mucho y me ha cundido maravillosamente, en la mañana terminé el capítulo «La llanura», que era el gran escollo con el que no me atrevía a enfrentarme, y ahora ha salido como por un tubo, con esto de quedarme aquí y trabajar diez a doce horas al día. ¿He estado aquí, cuánto? Llegué el 25 de marzo más o menos y estamos a 18 de abril: veintiún días para completar este capítulo. ¡No está mal si se considera que es terreno totalmente nuevo!*

Más adelante:

*Guerra de Wenceslao contra los falsos políticos «modernos». ¿Quién?*



*¿Malvina? No lo sé. Dependientes de los extranjeros y de los Ventura. Contra los Tomic, los Gabriel Valdés, en la vida; en el fundo, contra los Jorge Edwards, civilizados, sabelotodos, mundanos.*

*Por otro lado, guerra de Wenceslao contra los saboteadores y terroristas, como Valerio y Teodora. ¡Con decir que estoy encontrando la obertura de El conde de Luxemburgo, de Franz Lehar, encantadora. Así estoy de bien.*

El humor es algo que a mi padre nunca le faltó, y quien tiene la virtud de la palabra asociada a la profundidad de la ironía, se vuelve aún más sático. A veces esa ironía era incluso lapidaria. Podía hacer daño con comentarios al pasar, casuales, dejando la duda de si había sido realmente su intención herir tan profundamente o si ni siquiera se había dado cuenta de la magnitud de sus palabras.

Recuerdo una vez, estando casada, una revista de decoración me pidió fotografiar mi casa, y en la introducción compararon mi estilo con el de una princesa inglesa, comparación bastante exagerada, desde luego, pero cuando mi padre lo leyó, me dijo riéndose:

—Pero cómo «princesa inglesa», si no has hecho nada ni para ser cajera de supermercado.

Quedé dolida, con la sensación de que no me valoraba, pero, con el tiempo, entendí que el comentario era parte de una broma cotidiana. Cada vez que algo no me resulta, río diciendo:

—De princesa inglesa a cajera de supermercado.

Hay algo en lo que debo ser justa: usaba esa misma vara consigo mismo, sabía reírse de sí mismo, de su propia fantasía, de su aburguesamiento, de sus «mentiras-ficción», de su frivolidad. Así, por ejemplo, en un discurso que dio cuando lo condecoraron con la Medalla Alfonso X el Sabio, se refleja esta característica:

*Un periodista me preguntó si Julio Méndez, el escritor que aparece en una*

*de mis novelas, es un autorretrato. Le contesté que sí. «¿Cómo?», me preguntó, «¿si Julio Méndez es un fracasado y usted no?». El secreto, dije en mi respuesta, es que todo éxito lleva implícito un fracaso. Es necesario conservar la medida irónica de ser un fracasado pese a todo. Este fracaso, aunque a veces imaginario, no deja por eso de ser doloroso. Y este dolor y esta ironía controlan la capacidad de reírse de uno mismo, impidiéndole a uno hablar de MI OBRA, como si estuviera en papel biblia y con cantos dorados, y uno fuera a explicar el mundo desde la altura de su propia estatua ecuestre, como decía Huxley.*

En muchas ocasiones le preguntaron sobre su huida a Magallanes cuando joven, pensando que esa etapa había marcado un hito en su vida. Pero para él era una experiencia sin importancia, por eso otro ejemplo de esta ironía se ve reflejada en una entrevista, cuando yo creo que simplemente por entretenerse sobre ese momento de su vida, o por tomarle el pelo al periodista, contó:

*Yo hacía mucha vida social en ese entonces, iba a fiestas, bailes y de pronto me dio una especie de asco todo eso, al mismo tiempo leía mucho a escritores, como Thomas Wolfe, libros sobre Nueva York, mucho Jack London, ese mundo de hombres que hacen la vida exterior, eso me sedujo mucho y quise también ser como ellos y abandonar esta vida de «le petit Marcel» (Proust) y me aburrí y quise un cambio de piel, quería ir en busca de vivencias fuertes.*

*Me fui en un barco, en tercera clase, al lugar más lejos que pudiera ir dentro de Chile. Llegué al estrecho de Magallanes. Busqué trabajo en una estancia como peón, luego me ascendieron a cadete, hice de ovejero, me levantaba a las cinco de la mañana, ensillaba mi caballo y me asignaban un potrero, para cuidar a las ovejas, que no era con «cayado» a lo María Antonieta, tenía que recorrer el potrero de un extremo a otro, y esto me tomaba todo el día. Tenía que matar las ovejas que se habían caído y descuerarlas. Son muy estúpidas las ovejas, tienen un «IQ» muy bajo, se*

*caían de espaldas cuando tenían mucha lana y no se sabían poner de pie y venían las gaviotas y les comían los ojos y la boca, la lengua, y yo a las que quedaban así tenía que matarlas, degollándolas y descuerándolas.*

*Luego, simplemente me aburrí y me fui.*

La verdad es muy distinta. Lo pasó mal, se aburrí, pasó muchísimo frío, no logró escribir. Lo que sí hizo fue leer Marcel Proust completo, y si la «experiencia vital» de Magallanes no significó nada, la lectura de Proust y el aprendizaje de «la conciencia de la utilidad del tiempo perdido» fueron importantísimos.

No aguantó más en esa hacienda en Magallanes. Empezó un largo viaje hacia Buenos Aires. Tomó un precario autobús hasta Río Gallegos. Ahí, en un café, conversó con camioneros hasta que uno de ellos lo llevó hasta el pueblito de Trelew, enclavado en medio de la pampa patagónica. Desde allí siguió en otro camión hasta Bahía Blanca, donde tomó el tren a Buenos Aires. Describe su llegada a esta ciudad tan novedosa para él:

*En el terminal de Retiro dejé mi maleta y compré un diario. Caminé por la recova de Leandro Alem mirando a la gente y abrí el diario en la sección espectáculos. En el Teatro Colón, esa tarde, el Cuarteto Lehner ejecutaba el Cuarteto Dórico, de Ravel, uno de mis músicos preferidos. Tomé un taxi que me llevó «a Colón...», compré mi entrada para galería y crucé a la plaza Lavalle a esperar que comenzara el concierto hojeando el diario y observando a la gente que por allí transitaba.*

Encontró trabajo como mesero en el puerto y dormía en el camastro de una pensión de mala muerte. Esto, pensó, era lo que en las novelas se llamaba «vivir intensamente».

*Me sentía Jack London, Hart Crane, Melville, Conrad, Thomas Wolfe. Pese a mis esfuerzos, me sonaba falso mi empeño por acercarme a mis compañeros de trabajo y de albergue, y continuaba esclavo de unas señas que me identificaban como burgués y como intelectual en ciernes. Pero tuve,*

*en cierta medida, suerte: me enfermé de alfombrilla con fiebre muy alta. Me daba vueltas y vueltas en la cama como pollo en el asador, sudando en sábanas fétidas a otros cuerpos. No tenía amigos ni médicos que me atendieran. Hasta que el único amigo que tenía, Enrique Ezcurra, llamó por teléfono a mis padres a Santiago, que en veinticuatro horas lograron presentarse para cuidarme. Accedí a volver a Santiago. Mi padre había ido a rescatarme, e hicimos las paces, pero no sin señalarme: «Mal fin para esta primera salida de Don Quijote». Y prosiguió agorero: «Veremos cómo te va en la segunda».*

*Fin de las aventuras: no se me dio «lo real» donde lo buscaba. He escrito sólo un cuento sobre esta «primera salida de Don Quijote», como la llamaba mi padre, y recuerdo esos tiempos sólo cuando leo las contraportadas de mis libros, que rara vez dejan de señalar esa salida como un exótico episodio de mi juventud, no como la modesta rebeldía que fue.*

La estadía en Calaceite se prolonga y sus momentos de descanso los dedica a leer y a releer. Comenta a propósito de *Los convidados de piedra*, de Jorge Edwards:

*Es el recurso de la mía, para empezar, lo que no deja de ser interesante y lo que significa que inevitablemente las van a comparar. En fin. Ya veremos. No es una obra maestra más que a nivel chileno, políticamente es cuidadosa, inteligentemente cuidadosa, lo que no significa que sea cobarde. ¿Significa acaso que sea oportunista? No, pero sí hay algo de cierto: y es que es una novela por, para y sobre esos señores zapallarinos que Jorge mismo describe. Es la limitación estética de la novela. ¿Cómo compararla con la mía? Desde luego, la de Jorge es más para leerse en Chile. Afuera, la gente no va a tener el mundo de referencia necesario para apreciar lo que vale... lo que significa que no vale tanto. Tiene lo violento, lo sensual y sexual, estupendo. Y, sin embargo, no es una novela densa. Al contrario. Es una novela muy humana, muy carnosa, muy cálida, no sin poesía y con mucha*

*pasión. Mucho mejor de lo que yo creía que sería. ¿Qué irá a pasar con Casa de campo? Después de la novela de Jorge, estoy aterrado con lo que estoy haciendo. Y me entran todas las dudas sobre si es o no es lícito.*

Su velador siempre estaba repleto de libros que separaba en montículos: «por leer»; «volver a leer»; «leídos y con comentarios». Estos últimos eran los más especiales, pues no sólo hacía notas al margen sobre lo que le interesaba, sino que al final siempre había un listado de palabras que él había rescatado y que quería usar en algún momento.

*Quiero comenzar a leer Juan sin tierra, de Juan Goytisolo, que me espera sobre el velador. Ada, de Nobokov, y luego terminar Tiempo de silencio, por el que no siento ningún entusiasmo.*

Sus influencias literarias son claras. Cuando niño comenzó a leer los clásicos de la literatura infantil: Julio Verne, Salgari, Dumas, Feval. Luego, fueron otras cosas: las vidas de Wagner, Chopin, Liszt, Luis II de Baviera; libros prestados por una tía romántica que tocaba el piano, la que también le dio a leer novelas de moda de esa época: Somerset Maugham, Stefan Zweig, Margaret Mitchell. Su padre puso en sus manos obras de Balzac y Stendhal. Pero lo que lo marcó profundamente fue la literatura anglosajona durante su estadía en el colegio The Grange. Leyó primero a Shakespeare, Virginia Woolf y James Joyce. Aunque tampoco dejó de lado ni a los clásicos rusos, como Dostoievski o Tolstoi, ni a los franceses ni a los americanos, como Faulkner y Fitzgerald.

Por más libros que hubiera, en la soledad de Caleceite, Chile seguía siendo un tema tan recurrente como doloroso.

*Puedo decir una cosa: que en toda mi vida, NUNCA, como hoy, he deseado tan violentamente volver a Chile, ver el Pacífico, tener PAZ, esa paz que nunca tendré, ahora lo sé, fuera de Chile. ¿A quién tengo en Chile? La verdad es que a nadie. Alberto Pérez me pareció infantil y no demasiado inteligente, puro fracaso, pura locura; Fernando Balmaceda, frío, no*

*interesante, tal vez oportunista; Pablo, mi hermano, estilizado, gélido, aterrado, castrado, infantilizado; Javier Sierra, demasiado homosexual para ser interesante, homosexual conservador, regodeándose y gozando sus prejuicios; Cucho Larraín, loco del todo, no hay donde dialogar. ¿Quién más? No sé. No sé. Los jóvenes Enrique Lihn, Cristián Huneeus, más soportables, aunque no me veo intimando con ninguno de ellos. ¿O será que en Chile uno no necesita intimidades personales, porque tiene intimidad con el país y con su clase? Es probable. En todo caso, quedan las mujeres, que en Chile siempre han sido lo más interesante, y con las que siempre he mantenido mejor relación que con los hombres: mi sobrina Claudia Donoso, sobre todo; mi cuñada Lucha Larraín, la Marcela Vicuña, la Pilar Valdivieso, la Techy Edwards y la María Elena Gertner y la Rosita Orrego, todas, de una o de otra manera, imposibles, momias, borrachas, incultas; la gran Inesita Figueroa, helada, un témpano de falsedad y hielo, aunque inteligente y bella. ¿Quién más?*

*Pero tengo la sensación, de nuevo, como con los hombres, que hay infinitas posibilidades de reanudar, de recomenzar, de descubrir, todo dentro de un marco conocido y querido.*

Su sobrina Claudia siempre fue para él la imagen de su continuidad. Veía en ella inteligencia, capacidad, pasión, curiosidad, interés por las letras que tanto le importaban. Trató muchas veces, eso sí, de dirigir sus intereses, pero Claudia siguió su propio camino, logrando ser «la» periodista cultural de Chile y que además incursionó en otras áreas creativas, publicando su libro *Insectario amoroso*, prosa poética de gran calidad.

Muestra de ello es lo que mi padre escribe en su diario en 1978, mientras su sobrina aún estudiaba Periodismo. Allí elucubra sobre cuál es la especialidad que ella debe elegir. Manipulador, como muchas veces, y esperando que todos cumpliéramos con sus expectativas, pero a la vez con un

interés real y sincero por darle al otro herramientas que él consideraba indispensables para la vida.

*Pensar en mandar libros a la Claudia, algo de crítica literaria The Use of Poetry and The Use of Criticism, de T. S. Eliot, me parece algo realmente brillante. Tal vez, Extraterritorials será también algo interesante y, desde luego, algo de Bunny Wilson. Creo que con estos tres libros estaremos al otro lado por el momento en lo que se refiere a crítica literaria, no sé si está en castellano The Common Reader, y si está, sin duda me parece que tengo que mandárselo, porque es importante. Estos libros, más Against Interpretation, formarán una buena e interesante pequeña biblioteca de crítica literaria, con estos libros podré cambiarle la vida a la Claudia, darle un enorme estímulo, que es lo que quisiera. Voy a ver qué tengo aquí, creo que la Sontag, que se lo mandaré hoy mismo, si lo encuentro.*

*Están tocando jotas en la plaza y no me puedo concentrar, espero que este horror no dure demasiado, no dure toda la mañana, porque sería uno de esos desastres impensables.*

Se siente atrapado, sin saber muy bien qué hacer. Piensa en posibles viajes, en ser joven y vital otra vez, pero se enfrenta al deterioro y divaga sobre su frustración.

*Quisiera ver de nuevo a Félix de Azúa. Es tan inteligente, tan bello. ¿Qué será de él? Quisiera que me viniera a visitar aquí con Javier Marías. ¿Pero por qué pienso en ellos? ¿Tengo tan poca gente en quienes pensar, que pienso en Javier Marías y Félix de Azúa? Shadows of Joan Benet. ¿Lo vería a Joan Benet en Madrid? Tengo ganas de ir a Madrid. Tengo ganas de ver a Víctor Ajote, de quien tengo excelentes recuerdos. ¿Hace cuánto de eso, un año, más de un año? Increíble. Y es lo más satisfactorio que recuerdo hace tanto tiempo. ¿Diez años o más? Probablemente, y aún pienso en él como la salvación, el Teizio que no da vida ni cosa que remotamente se le parezca. No lo seguiría al fin del mundo. Me molestaría verlo demasiado seguido, más*

*de dos veces al año, por ejemplo, y eso que es mi única experiencia sexual satisfactoria en más de un decenio. ¡Qué poca importancia tiene para mí lo sexual y, sin embargo, cómo estoy de encadenado a mis sucios escombros! ¿Por qué no tener un amor con Víctor Ajote? ¿Verlo en Madrid, por ejemplo, cuando nos traslademos a vivir allá? ¡Qué pereza! Realmente no le veo interés ni futuro. ¿Estoy equivocado, entonces, en lo que se refiere a mi naturaleza sexual? Probablemente. En todo caso, ya no tengo tiempo, cincuenta y tres años y bastante débil, para echar pie atrás. Lo que sí quiero, después de terminar Casa de campo, es sentirme bien físicamente: delgado, fuerte, tostado, bello, excelente salud, una vez que tenga a la «pasajera cotidiana» bien acomodada (acordarme de usar esta maravillosa expresión).*

*¿La palabra placentero viene de placenta?*

*«La nostalgie de la boue»: se me había olvidado esta frase magistral.*

Quizás es aquí donde yo deba enfrentar un tema esencial: su homosexualidad. Aún ahora, con la distancia, me parece dudosa, en el sentido de que esa parte de él era una máscara más. Una vez me dijo:

—Lo que hay detrás de una máscara nunca es un rostro. Siempre es otra máscara. Las distintas máscaras son una herramienta, las usas porque te sirven para vivir. No sé qué es eso de la autenticidad. Lo que sé es que la vida es un complejo sistema de enmascaramientos y simulaciones.

Desde esta perspectiva creo que esta arista de mi padre fue «una» de las tantas máscaras y no la única, como algunos hoy quieren definirlo. Debo reconocer que hay episodios de mi vida en que esta máscara se dejó entrever, aunque siempre la mantuvo muy protegida ante mí. Una vez, cuando yo era una niña de unos siete años, peleé en la plaza de Calaceite con un amigo al que le grité «¡maricón!». Lourdes, que trabajaba para nosotros, escuchó casualmente mientras caminaba hacia mi casa y le contó a mi padre. Enfureció, me enfrentó con dureza y me pegó una cachetada, cosa que nunca había hecho y nunca volvería hacer. Me exigió que fuera a pedirle perdón al



ofendido. Mi desconcierto fue grande, pero intuí de algún modo que esa palabra que yo aún no entendía bien era, para él, algo doloroso.

Muchos años después, cuando me entrevistaron para un reportaje sobre hijos de famosos, me pidió que no contara que nosotros hablábamos de decoración. Me pareció un poco ridículo, pero lo acepté y nuevamente intuí el porqué, sin saber aún la envergadura que esto tomaría después, con la revelación hecha en Chile por el diario *La Tercera*, a propósito de sus cuadernos guardados en la Universidad de Iowa.

La confirmación de esta posibilidad, aunque la había negado por completo, ocurrió en un almuerzo en la casa de Santiago, en un día común y corriente. Sentados a la mesa como siempre, comenté que era una pena que un escritor joven que conocíamos fuese homosexual, pues lo encontraba muy atractivo. Hubo entonces un gran silencio que se prolongó en el tiempo y quedó detenido por la sombra del dolor. Mi padre se levantó disimuladamente, como un fantasma. Pero ahí vino la tormenta. Mi madre me miró y me dijo:

—Le has causado un dolor muy grande a tu padre con ese comentario.

Sin entender muy bien todavía, pero sintiendo una culpa inmensa, el peso de la «realidad» (que no es la «única» realidad) cayó sobre mí. Mi madre prosiguió:

—¿Es que acaso no sabes que tu padre tuvo experiencias homosexuales cuando era joven?

Quedé sin habla, atontada, pero sobre todo furiosa con mi madre por su falta de delicadeza al cargarme la culpa por herirlo. Él nunca me dijo nada, ni una palabra. Se «corrió el tupido velo», como hacía también él. Pero no importó, nada cambió, ¿o sí?

De pronto, al conocer otra de sus máscaras, una de las más ocultas, lo vi más humano, más terrenal ante mis ojos de hija, de manera que simplemente comprendí o quizás también preferí «correr el tupido velo».

Mientras está en Calaceite, sus idas a Sitges no le son muy satisfactorias, pues son tiempos de crisis matrimonial, y mi madre no logra sobreponerse a su depresión. Mi padre no contribuyó mucho a su mejoría tampoco; él prefería desentenderse.

*Acabo de llegar de regreso de Sitges. Definitivamente el cariño por María Pilar se está gastando. Weekend horrible, crueldad increíble de María Pilar hacia Pilarcita: odio, insensibilidad, crueldad. Odio a María Pilar, la gran víctima, incomprendida. Ya no juego más su juego. Mi corazón, eso sí, siempre por Pilarcita. La pelea fue siniestra. Mujer totalmente desequilibrada. Estoy destrozado, no sé si voy a aguantar mucho más.*

*Cosas buenas:*

*Posibilidad de una versión teatral de El obsceno pájaro de la noche.*

*Le leí a Kuky y a Martín los capítulos recién hechos. Felices.*

*Visita de Conchita Buñuel.*

*¿Por qué no Tánger? Escribir a Paul Bowles, a Stefan Foster, a Juan Goytisolo.*

*Y si me separo de María Pilar, que ahora parece un hecho real y no demasiado remoto, ¿volveré a rejuvenecer, a revivir? ¡Qué curioso, qué complejo es esto de las relaciones!*

Por momentos mi padre siente que todo le sale mal. Que está enfermo. Que no podrá terminar jamás su novela. Todo es caos. La soledad y la desesperación lo invaden y ocupan las páginas de esos días.

*Tocan las campanas de la iglesia insistentemente, absolutamente, tienen que ver conmigo. Quiero irme de aquí. Iré a la farmacia a ver si me venden Valium 5, que puede ser un buen cambio.*

Piensa en regresar a Chile, aún bajo el gobierno de Pinochet, pero la comprensible negativa de mi madre lo hace volver a la realidad. En tanto, lo económico sigue siendo y será una preocupación.

*Estoy preparándome para grandes entradas de dinero. Pero tengo que*

*mantener el más estricto orden, porque de otro modo me caotizo totalmente. Si me dieran, por ejemplo, veinte mil dólares por mis papeles (lo dudo), mandarí a diez mil a Suiza, to save, le regalaría cinco mil a María Pilar para su cuenta y para que fuera independiente, y pudiera gastar en lo que ella quisiera, sin consultarme, y cinco mil para mí, para hacer un viajecito, Chile, USA, India. También un viaje más pequeño con María Pilar, de puro agrado. Si pudiera comprarme una bellísima mesa de escribir, la gran, la definitiva mesa de escritorio, por Dios que sería feliz. Una mesa francesa o italiana, con bronce, sería sensacional. Pero es probable que eso sea mucho más caro, ya vendrá, es decir, con el dinero de Casa de campo. Ahora comienzo a trabajar, recién a mediodía. Me siento mejor de salud con el supositorio de Espasmo-Cibalgina.*

Los fines de semana que nos visitaba en Sitges terminaban con un asado argentino junto a Kuky Lovisolo, los Beraudi, Linda Keeler. Mi padre lograba sentirse entre amigos queridos, no entre exiliados; se sentía realmente rodeado en un sentido afectivo y feliz.

Por esta misma época, en mayo de 1978, su perro Peregrine agoniza:

*El Peregrine: una historia de amor y placer, compartirlo todo con este perro casi humano, la historia de nuestro exilio, casi tiene catorce años, lo compramos en Iowa.*

*Ante el problema de nuestra soledad, y nos vamos a sentir más viejos y más solos con su muerte, que seguramente será esta semana. María Pilar, naturalmente, está desesperada. No queremos prolongar su sufrimiento, ni de María Pilar, ni del perro. Pero parece tan brutal ponerle una inyección and send him to sleep. Su muerte comienza a advertirme que yo comienzo a morirme un poco, como la muerte de mi madre. Ambos, el Peregrine y mi madre, tuvieron buenas vidas; mi madre, una mala muerte. Ambas vidas benignas, bienhechoras, llenas de amor dado, aun neuróticamente, pero siempre regalado, llena de fidelidad y de alegría y de ternura. Sin embargo,*

*como frente a la muerte de mi madre, siento una extraña... ¿frialdad? No sé lo que es. Un frío reconocimiento del hecho como parte de la vida, como parte de mi vida, específicamente, un no-dolor ante el hecho material de la muerte, tan sin misterio, en comparación al deterioro, por ejemplo, o a la soledad, o al desamor, que son tan misteriosos y por lo tanto más dolorosos. ¡Pobre Peregrine! Pero tuvo tan buena vida, está tan protegido, tendrá tan buena muerte, ha sido tan amado, ha amado tanto, que por eso es difícil decir adiós, Peregrine. Más bien, pobres nosotros que nos quedamos sin él.*

*(...) Me falta fuerza para todo, sobre todo para trabajar y terminar de una vez esta maldita novela que no amo nada.*

*Horrible período crítico de enfermedad: viajes a Zaragoza y a Barcelona a ver otorrinolaringólogos. Pelea atroz, tal vez definitiva, con María Pilar. Pero no quiero seguir analizando eso. Estoy agotado con el tema, con la situación, con el dolor que me impide trabajar, con la incomprensión. No puedo más. Debo terminar mi novela y ver qué pasa; después veré, espero ver más claro. ¡Qué maravilla era hace dos semanas, cuando el trabajo, la salud y el amor estaban bien! Ahora a trabajar y seguir adelante, que es la única solución.*

*Teme que pasar por un período emocional tan bajo —y tan mísero— pueda interferir negativamente con lo que está escribiendo. Pero hay una inmensidad de material que procesar, elaborar, elegir, eliminar, y le va a ser difícil.*

*El dolor es la única nota real de mi emoción, estoy dando en él, y mi inmensa ternura por Pilarcita, lo que queda de amor por María Pilar se está terminando y no sé cuánto más me dure el poquito de calor que queda en las cenizas. Queda por resolver el problema Pilarcita. Cuando María Pilar quería tanto tener una niña y no podía, le pregunté por qué; me respondió: «Para que así nunca puedas dejarme».*

*Sus terribles palabras de entonces, fueron en Madrid en 1968, están*

*grabadas ahora en la forma de mi miserable vida presente, los últimos tres años, y en mi tierno lazo irrompible con Pilarcita. Ayer, en el teléfono, la sentí triste, desesperada porque yo no iba a verla, la niña durmió con la versión japonesa de El obscuro pájaro de la noche, como siempre lo hace cuando pelea con María Pilar.*

En ese mismo momento, Mauricio Wacquez junto a su pareja, Francesc, llegan a pasar una temporada a nuestra casa en Calaceite, mientras arreglan la que compraron hace poco. Grata compañía para mi padre, que lo distrae un poco, mientras las tardes se suceden unas a otras sentado en su buhardilla batallando para lograr terminar la novela.

Viaja a Barcelona a dar una conferencia junto a Carmen Balcells como adelanto sobre *Casa de campo*. Piensa en que le falta sólo un mes de trabajo para tener terminada la redacción. Se siente feliz por el logro:

*Es como si todo esto fuera un compás de espera, y después fuera a retomar mi vida, toda una dimensión nueva, más rica y más feliz, incluyendo a María Pilar, quien se alegrará con la finalización de Casa de campo. Será posible cambiar los pasajes a Mallorca y, por ejemplo, hacer con María Pilar un viaje Mallorca-Londres-Constantinopla-Mallorca-Barcelona. ¡Qué maravilla! I THINK THIS TIME I'VE DONE IT! ¡Qué gloria!*

*Va a ser curiosísimo plantearnos la vida, conyugal y artística, sin Casa de campo. ¿Qué haré? Proyectos:*

- 1) Novela El bisonte echado junto al fuego.*
- 2) Cuentos: Despojos (el exilio).*
- 3) Guión cinematográfico con Kuky (Jorge Lovisolo): Exilio.*
- 4) Carta genealógica a mi hija. ¿Será posible?*
- 5) Obra de teatro: Encuentro Milnes-Burton-Swinburn.*

*Estos, creo yo, son los proyectos que por el momento me importan. Pero claro, puede acabar todo de un momento a otro.*

Entre tantos proyectos y la relectura de los capítulos ya escritos surgen

delirios con ciertas personas. Las labores domésticas de la casa de Calaceite estaban a cargo de Anita, y la echa por supuesta falsificación de cheques y siente que ahora la tía Ventura, la persona que vino a reemplazar a Anita, es aterradorante.

*Analizar anciana, mujer del sepulturero, que parece un personaje prestado de Amor brujo, de Manuel de Falla, y de la que temo toda clase de encantamientos.*

Está inquieto por terminar la novela, el Premio Planeta se otorga por esas fechas y no pierde la esperanza de obtenerlo. Habla casi diariamente con Carmen Balcells, quiere mandarle, aunque no sea la versión definitiva, toda la novela.

*Para que en todo caso la Carmen Balcells ya pueda estar intrigando para la novela, y darme algún resultado, alguna esperanza.*

El 16 de junio de 1978, José Donoso escribe:

*Fin de Casa de campo.*

Para descansar decide pasar unas vacaciones familiares durante el mes de julio en Pollensa, Mallorca. Ahí se reencuentra con viejos amigos, en especial con Gene y Francesca Raskin, y la isla, los recuerdos lo hacen replantearse la idea de volver a vivir ahí, por supuesto que esta idea dura sólo unos días. Al volver a Sitges concluye:

*Reuniéndome con mi realidad, después de terminadas las positivas y exquisitas vacaciones. Todo parecía haber cambiado, las cosas familiares van bien, pero no es imposible que hayan cambiado muy poco. No me importa.*

No puede estar sin escribir, da vueltas a varias ideas, las cuales desecha y luego retoma, pero finalmente se decide:

*Escribo ahora para comunicar en estas páginas que voy a comenzar, ahora, a escribir otra novela. Elementos:*

— *Jorge Edwards-Mario Vargas Llosa: el intelectual que desea el poder, a lo mundano. La traición a los sacrificados, debido básicamente al racionalismo, acertado, con que se analiza la situación.*

— *Una mujer sensible, encantadora.*

— *El derecho del establishment.*

— *Nada ha cambiado en las oligarquías, aunque se disfracen de liberales.*

— *El ambiente de Sitges.*

— *El exilio latinoamericano.*

— *Música latinoamericana.*

— *Personaje Poil para Jorge (¿o es ella?) que sirva de comentario a sus ambiciones.*

— *Querer volver y no querer volver.*

— *El ambiente del resto del Boom.*

— *Ex hippie Kuky (Jorge Lovisoló).*

— *Loto y su ambiente.*

*Esto no es más que una colección de materiales que tengo que estudiar y trabajar con mucha atención. Ciertamente daría para una novela corta y precisa, que podría escribir rápidamente. La novela tiene que ser magnífica. Fin beethoveniano.*

*Esto sería un trabajo apasionante, creo que lo emprenderé en cuanto termine dos artículos, el de Picasso y el de Bacon.*

Propone como nombre para esta nueva novela *El filisteo ilustrado*, luego lo desecha por malo. Se está entusiasmando con la novela y cree poder terminarla en unos seis meses. ¿Quizás en Nueva Delhi? No sabe bien dónde. Piensa en dedicársela a su hermano Gonzalo. ¿O a la Claudia? ¿O al Kuky?

Tiene millones de ideas para la nueva novela, debe terminarla con un posible suicidio de él o la protagonista, el lento planeamiento del suicidio liberador que se torna cada vez más un tema. Juega con la idea de que al final

es el protagonista, al saber que ella se piensa suicidar, quien inexplicablemente se suicida.

*La protagonista, epitomizes «the private life» (is against the public life de él). Ella es nada, un vacío, que crece y se hace mayor. El ex hippie es su amigo, un confidente, el hippie es lo efímero de lo estético, en ella es el reto al mundo utilitario de él.*

Decide que debe ser una novela realista, de pareja y de triángulo, contemporánea en tema, en personajes, en ambientes y en preocupaciones. Ella ha tenido amores que le dejan poco o nada, y no quiere ni a su marido ni a sus hijos. El hippie quiere enamorarla, arrastrarla a otra cosa, a ella le gusta el lujo, la gente elegante, las grandes posiciones, pero no lo logra.

Ve a la protagonista como a una mujer enferma, que pasa largo tiempo en cama. Cree que puede situar la novela en Sitges, Castellet y con el tema político como centro. La exigencia del izquierdismo de Juan Marsé. Piensa en basarse en Jorge Edwards y en Pilar Fernández de Castro, su mujer, como perfiles para sus protagonistas, también en su amigo Juan Lovisolo y el Kuky. Para ello establece una pequeña reseña que caracterizará a cada uno y luego elabora una lista de personas y temas a incluir: Clara Lagos, Cristián Casanova, Carlos Barral, Nemesio Antúnez...

Estos serán los comienzos de su próxima novela, *El jardín de al lado*.

Ahora en Sitges, pese a los afectos ahí adquiridos, y más aún pese a la nutrida colonia de chilenos que se ha afincado, siente una profunda extrañeza de España, sumada a la aún más profunda extrañeza de Cataluña. Al escuchar en las calles las palabras catalanas, se pregunta qué hace ahí.

No es que no se haya preguntado lo mismo en Guanajuato, Buenos Aires, Roma, París, Iowa o Calaceite. Y hasta en Santiago de Chile. Pero cuando esta pregunta surge, uno hace las maletas, toma un pasaje en tren, barco o avión y parte. No deja de ser agotador volver a empezar cada dos o tres años o reinventar nuevas lealtades y familiaridades con las cuales no sentirse



igualmente extraño: de nuevo tendría que contar toda su historia, ubicación y trayectoria geográfica, política, literaria, moral. Establecer un territorio común e iniciar intimidades.

Pero cuando mi padre tenía ya iniciadas estas relaciones, vuelve a preguntarse qué hace ahí y huye otra vez más.

Una tarde salió a caminar por Sitges, pueblo de turistas alemanes, suizos y franceses que se desplazan y pasan sin dejar huellas, y estuvo hablando con un muchacho que le dijo ser de Extremadura y que despertó en él ciertas preguntas.

*Esa noche pasó bajo mi ventana un coche estrepitoso que me despertó y no pude volver a conciliar el sueño. Traté de seguir leyendo Terra nostra, de Carlos Fuentes, pero estaba demasiado nervioso, sin concentración, y tuve que dejarlo aunque me apasionaba su lectura, para apagar la luz y quedarme con las manos cruzadas detrás de la cabeza y la vista fija en la oscuridad preguntándome: ¿Qué hago aquí?*

*Pensé en el muchacho de Extremadura. Dijo ser de la provincia de Badajoz. Probablemente gitano. Caballerizo de esos picaderos para que los turistas lleven a sus hijos a dar una vuelta en jamelgos de mal andar. Entonces recordé muchas cosas, olvidadas qué sé yo desde cuándo. ¿Por qué, en vez de desarraigar a toda la familia, no partía yo por una semana, digamos a Extremadura? ¿Y por qué Extremadura?*

*Es aquí donde interviene el elemento genealógico, pues recordé que el primer Donoso que llegó a Chile provenía de un pueblo de Badajoz, llamado Villa de la Haba. Cuando yo era niño solía hacer la cimarra (novillos; uno ya no sabe ni siquiera qué palabra utilizar; el Casares ofrece también la posibilidad de «rabona» y veo que no aparece nuestra chilena cimarra por ninguna parte) yendo, durante los meses de invierno, a la Biblioteca Nacional. Allí, en las salas heladas, leí mucho durante mi continua desaparición del colegio, y durante uno de estos períodos, cuando en la*

*adolescencia tanto la rebelión contra los padres como las dudas sobre la propia identidad se hacen más graves, me dediqué a construir minuciosamente, metiéndome en archivos y testamentos del siglo XVI, en tomos de historia y genealogía que nadie, hacía años, había tocado, todo el pasado de mi familia: una manera débil, por cierto, de identificarse, pero creo que de esta indudable identificación que de aquí surgió, surgieron también muchas cosas más importantes y más sólidas que nada tienen que ver con la genealogía. Por ejemplo, una minuciosa sabiduría de cómo está constituida, desde sus bases, la sociedad chilena, tanto en sus estratos más altos como en los más bajos, y cuáles han sido las curvas ascendentes y descendentes de las distintas familias, relativizando, así, el dogma tanto del patriarcado como del proletariado, y señalando falsas pretensiones y olvidos inmerecidos.*

De estos largos días que pasaba en la biblioteca nace su pasión por la historia familiar de los Donoso. No se puede decir que sea una familia que pertenezca al patriarcado, pero es un clan importante, troncal y en su trayectoria se puede leer la historia social y económica de Chile.

La familia Donoso ha tenido desde escribientes, en los albores del siglo XVII, hasta encomenderos y militares, corregidores, obispos, diplomáticos, escritores y demás. Pero esa noche de insomnio y su conversación con el muchacho extremeño hicieron que emprendiera un viaje en busca de sus raíces en España. Vuelve a escribir sobre aquello.

*Me dirigí, primero que nada, a Cáceres, vía Madrid, por tren. No llevaba ni dirección ni contacto alguno, y sólo una pequeña bolsa con ropa, y Terra nostra, de Carlos Fuentes. Como en toda novela de calidad, difíciles las primeras páginas: el mundo, tan minuciosamente y tan reiterado y repintado (glazes, dicen los ingleses de este tipo de pintura que está destinada a conseguir una superficie dura, brillante, compleja, riquísima) de Terra nostra no comenzó a mostrar su forma de Barcelona a Madrid en un Talgo*

modernísimo. El París de Fuentes, como el de Cortázar, es un país de signos que señalan el interior del libro, y en Terra nostra, París es como el marco, la orilla asible y humana y reconocible de los otros mundos espejeantes que el centro de Terra nostra contiene. Y el tren Barcelona-Madrid era eso.

El tren Madrid-Cáceres, en cambio, fue muy distinto. La modernidad de los pasajeros cambió radicalmente, nada de atuendos Costa Brava; nada de juventud, dando paso a esa España de algo que los que hemos visto la pobreza de Chile no podemos llamar pobreza justamente, pero algo muy parecido a ella, muy familiar: la ropa incorrecta, hecha por el sastre del pueblo, el sastre amigo, el sastre de la esquina, y vieja y gastada, oscura, quizás heredada de un tío. Cosas familiares que rara vez veía en Cataluña: el moño canoso tirado hacia atrás y sostenido por una peineta de carey, y las percalas de medio luto de las viejas. Mis viejas. Las viejas chilenas: mis tías.

Leo en el libro de Fuentes sobre jorobados y enanos y viejas y nobles... En el asiento frente al mío, al otro lado del pasillo, viaja una curiosa pareja. Una anciana muy pequeña y casi jorobada, vestida con harapos negros, que casi no habla, dormita todo el viaje, mientras su acompañante, también vieja y de negro y de moño, parece cuidarla un poco. Pienso que no estarán tan malas las cosas en España cuando dos mujeres tan humildes pueden viajar en un electrotrén y en primera clase.

En la estación de Cáceres tomo un taxi y le pido me lleve a un hotel, a cualquier hotel. Me lleva, cosa que no quería y no solicité, al mejor, al más caro. Justo antes de mí veo subir la escalinata del hotel a la anciana jorobada del tren, ahora sola, que el botones ayuda a subir. Es recibida con grandes zalamerías. La anciana juega continuamente con sus dientes postizos, hechos, evidentemente, cuando su rostro era más lleno, y que ahora se le ven inmensos, desproporcionados, peligrosamente móviles en su rostro encogido, entre sus labios delgados y flácidos. Lleva una cesta pequeña y vieja en la mano, como cualquier labradora. En la conserjería es recibida

*con más zalamerías, y yo doy un respingo al oír: «Sí, señora duquesa». «Cómo no, señora duquesa». «Está todo preparado para la señora duquesa». El mundo de Carlos Fuentes se hace posible, vivido en Extremadura: la jorobada, los títulos, la fealdad, la vejez, la suciedad del pequeño cesto que sin duda contiene alhajas.*

*Pero Cáceres, que se me había descrito como monumental, resulta una desilusión. Una gran ciudad, o una ciudad grande más bien, de esas ciudades provinciales españolas que han ido creciendo sin ningún plan ni concierto, absolutamente desprovista de belleza, de refinamiento de ninguna clase.*

*Cáceres es un poblachón feo y desaliñado, tremendamente remoto, ajeno a la vida cultural, pero al atardecer, bullente de actividad en sus calles que se acercan al llamado casco viejo. Actividad provinciana: paseo de muchachos y muchachas, calle arriba, calle abajo.*

*Mi padre pensó ver entre el gentío al joven que había conocido en Sitges; pensó acercarse, pero no estaba seguro si era él. Gracias al viaje emprendido ya había logrado, en cierta medida, un escape, un desprendimiento de Sitges.*

*Al volver de esta «travesía», la decisión de un cambio está tomada: Madrid. Ahí mi madre estará más a gusto y yo tendré la posibilidad de una mejor educación. Y otra vez las maletas, las cajas, el perro, el gato, el traslado y la dialéctica que precede a la partida, el llanto inicial, previo al entusiasmo por el nuevo sitio que está destinado a acogernos.*

*Mi padre estaba un poco cansado por el mundo de latinos que conformaban un grupo cerrado y reiterativo.*

*Recuerdo esas desesperadas fiestas en que las dueñas de casa trataban de fabricar los platos autóctonos, de cada país, que conformaban este amplio grupo; el asado argentino, el pastel de choclo chileno, los moles mexicanos, no sólo con materiales no propios, crecidos en tierras distintas a las nuestras y con sabores ligeramente alterados, sino que introduciendo a estos guisos*

*ciertos elementos de libertad adquiridos en el extranjero; que un diente de ajo donde antes no lo había, que una rama de albahaca, que unas rodajas de tomates un tanto extrañas, pero que era el vocabulario de la cocina del exilio. Mientras, las guitarras entonaban chamamés y rancheras, cuecas y baladitas, y todos sabían que era una fiesta latinoamericana, pero que era otro el idioma, a pesar de oírse en la reunión las múltiples variantes del español. Lo que en realidad estaba sucediendo era una fiesta de expatriados.*

Pero la disculpa final y definitiva para partir —o huir— de Sitges fue la ola de catalanismo que invadió la región luego de la muerte de Franco y del advenimiento de la democracia.

## Madrid, 1978-1980

Llegamos a esta ciudad, la capital por excelencia, inmensa para mis ojos de pueblerina, en noviembre de 1978. Mientras mi padre y yo buscamos departamento, mi madre se queda en Sitges desarmando la casa para luego viajar a Chile debido a la enfermedad y el abrupto deterioro de sus padres.

Mi padre le escribe desde Madrid:

*No sé lo que en tu interior estarás pensando y sintiendo con respecto a tus pobres padres. Pero no les tengas rencor. El deterioro, y quién lo sabe mejor que yo, es algo horrible, y el miedo a la muerte también, y la gente a veces comete locuras. ¡Pobres seres! Si bien tú no has tenido la suerte de tener ciertas cosas que ellos tuvieron, ellos no tuvieron la suerte de tener ciertas cosas que tú has tenido, experimentado y gozado. El manejar ideas y conceptos, al fin y al cabo, como lo haces tú, como jamás lo han hecho ellos, es, entre todos, el mayor de los privilegios. Tenles compasión y arréglatelas para que queden lo mejor posible, pero que no erosionen tu sensibilidad, y estar libre de esa erosión sólo se puede si no hay rencor, si el rencor se reemplaza por la compasión no autodestructiva ni autoinmulatoria. Es fácil, tú dirás, dar opiniones desde esta distancia y que las realidades emocionales son otras.*

En esta misma carta, luego de consejos y divagaciones, se vuelca a la realidad frívola y divertida, combinación que lo hacía tan único.

*Te quiero pedir que traigas de Chile cuantas cosas BELLAS Y RARAS PUEDAS y este es un encargo que la Mónica Bordeau te ayudará a cumplir, cosas para la casa, alfileres y cucharas de plata para la Virgen y adornos araucanos para la misma (distintos, si es posible, a los que tenemos),*

*alfombras, alguna antigüedad (mira algún florero de lalique o de Gallé, de los que no es imposible conseguir allá). Ponte al habla con la Helena Cortés, y pídele si me puede conseguir la fotografía de mi abuela, no, la de mi bisabuela Julia Gana, esa en que está joven, con sus boucles a l'anglaise negros y su vestido de muaré y sus joyas, ese chiquitito, que me muero de ganas de tener. Trae mi retrato de Alberto Pérez, el cuadrito bretón de Camilo Mori que hay en el comedor y que mi papá me regaló; en fin, ya hablaremos. Te dejo, mi amor, me caigo de fatiga y de sueño, y pensando en usted y esperando de todo corazón que no esté destruyéndose, ni lo hagan otros.*

Primero nos instalamos en un aparthotel junto a nuestro infaltable perro salchicha, el Bacán, que vino a reemplazar al tan querido Peregrine. Mientras mi padre buscaba alquiler, me matriculó en un colegio bastante extravagante; era de centro-izquierda española, muy de moda por ese entonces, pero académicamente dejaba mucho que desear.

Las primeras semanas fueron muy difíciles: caí enferma y él no sabía qué hacer ni cómo buscar médico en una ciudad aún extraña. Me cuidó, me hacía fricciones con alcohol, me envolvía en toallas tibias para bajarme la fiebre; finalmente encontró a un doctor que le dio las indicaciones del caso.

A mi madre le cuenta:

*Vino un médico de una especie de asistencia pública, siniestro, idiota, ignorante, que me dio una lista interminable de antibióticos, que no fui a comprar, y la mantuve una noche más con antitérmicos. Ahora está mejor, ya sin fiebre, enorme (cómo crecen los niños durante las enfermedades), y me pidió, por primera vez en dos días, algo de comer. Yo me he portado muy mujercita, he hecho de comer, he lavado, he hecho la casa, he hecho mis cosas, todo, y he cuidado, sobre todo a la niña, a la que sólo abandoné hoy durante hora y media para ir al asunto de Vostell, cuya descripción me reservo para otra ocasión, y que fue increíble.*

Además de mi enfermedad, el Bacán se vuelve su verdadera cruz. Si no lo saca a pasear, lo tiene que dejar en la terraza porque adentro se come todo: cortinas, sofás, alfombras..., pero en cuanto lo encierra en la terraza se pone a chillar y no para. La gente de otros departamentos ha protestado, y no sin razón. No le queda otra que llevar al perro consigo a todas partes, hasta a la Agencia EFE, donde ya lo conocen y cuidan mientras él sube a las oficinas.

Mi madre, en tanto, está pasando momentos duros en Chile. El estado de sus padres es bastante terrible y debe tomar decisiones que se le hacen difíciles, pero a la vez logra mantenerse fuerte y busca refugio desahogándose con mi padre en cartas llenas de tristeza, ante la conciencia del fin cercano de su mundo familiar. Mis padres pasan por una época de estabilidad en su relación, la posibilidad de una nueva vida en Madrid para los dos les da esperanzas y perspectivas más alentadoras. Mi padre le escribe a Chile:

*Estar juntos, juntísimos, cada día más juntos, tú y yo, yo y tú, lo más importante del mundo. También la niña, pero el túyo, yo-tú es lo importante, lo que con la separación y la desilusión siento reforzarse, comprobar cómo somos fuente de vida el uno para el otro (esto no debemos olvidarlo), y cómo somos tú y yo, pese a feminismos, pese a familia, pese a patria, pese a genio literario o no, toda nuestra historia. Me siento tan unido a ti en estos momentos, tan uno contigo, que lo que te pasa a ti me pasa a mí, y es como si te viera en Viña del Mar con tus padres y tus primas y mis hermanos. Me imagino que te pasará lo mismo a ti, pensando en la salida de mi libro. Debo confesarte que parte del placer se desvanece porque tú no estás aquí. No por eso dejo de entregarme de lleno a lo que sucede.*

El cambio a Madrid significa mayores gastos, pero mi padre se siente tranquilo respecto a su nueva situación y escribe a mi madre muy graciosamente, fantaseando sobre sus planes económicos para el futuro.

*Te quiero decir sobre todo una cosa: que siendo las cosas como son, nosotros estamos excepcionalmente bien, como poca gente, muy poca gente*



*tiene una liquidez de ciento treinta y cinco mil dólares en una cuenta en Suiza, ninguna deuda, y una casa en el campo que podría estar avaluada en cinco millones de pesetas. De modo que no hay para qué lamentarse, no hay nada terrible, nada terrible nos ha sucedido, y con el dinero suizo y lo que yo gano podemos vivir bastante bien, si no muy bien, en Madrid. Además, hay la expectativa de lo que vendrá, por tu parte y por la mía (no tanto, pero según parece no es moco de pavo), fuera de lo que me preparo para recibir por mi libro, que tampoco será peanuts. Te incluyo plan económico, relativo sólo a lo que tenemos en Suiza, para que lo veas claro de una vez. Aun suponiendo que yo no ganara nada, lo que no puede ser, tú podrías mantenerme a mí y a la niña. ¿Te das cuenta, mi amor? Este plan económico, que no es ninguna locura puesto que lo he conversado con mucha gente, en fin, no con mucha, pero sí con varios, es el siguiente, que te detallaré en página aparte para que lo tengas muy claro.*

*Casa de campo* ya está impresa. Mi padre recibe los primeros ejemplares y los pósters promocionales del libro, ilustrados con la portada que él eligió: una foto tomada por Julia Margaret Cameron. Lo presentará Rosa Chacel, la primera persona que escribió sobre él en el extranjero, en la revista *Sur*, además de un friso de mancebos literarios: Guillermo Carnero, José María Guelbenzu y Félix de Azúa. El cóctel será en el Princesa Palace para quinientos invitados y, como se verá más adelante, es todo un triunfo.

Da entrevistas y asiste a una rueda de prensa, con setenta periodistas, incluidos de radio y televisión, pero ésta lo decepciona y aburre. A pesar de su terror por el tema político, no le preguntan nada de interés y, a pesar de la fuerte gripe con que estaba, calificó sus respuestas de «brillantes».

*Yo, sudando la gota gorda, con tantos remedios... Me levanté a hacer pipí, sonó el teléfono, y no ha parado de sonar, y todavía no puedo hacer pipí, una hora después... Carlos Saura, la Beatriz para hablarme de unas acciones de*

*la bolsa (esta mujer es increíble), Fernando Rey, la Virginia Careaga, una y otra y otra persona porque ya están saliendo y saliendo cosas en los periódicos, y yo entre enfermedades, teléfonos y el Bacán, y todo, ya no tengo tiempo para nada.*

Ve por ese entonces a sus amigos Toño Fernández Muro y su mujer, Sara Gligo; a Gastón Orellana, a Teresa del Rey, Olga Arana, Pablo Burchard, Mireya Kulchewsky y Alfredo Portales, Isabel de Tramontana... Siente, por fin, que ha encontrado el lugar definitivo para vivir, donde estar cómodo, en paz y a gusto.

Entre tanta vida social se dejaba el tiempo para estar conmigo. Fue una época deliciosa, los dos solos. Yo lo acompañaba a todas partes y él trataba de ser padre y madre a la vez. Recuerdo que incluso me llevó al cine a ver la película *Grease*, que debe haber sido una verdadera tortura para él.

Le cuenta a mi madre:

*La niña me hace el desayuno todas las mañanas. Esta vez no está nada de competitiva con mi vedettismo y mis triunfos, sino que se los ha incorporado totalmente. Hay niños en su colegio que están leyendo mis libros. Mañana en la tarde iremos con Beatriz a comprarle un vestido para la recepción, que será sencillo, para que lo pueda usar. Hoy me propuso (después de Grease) pantalones negros, pero yo le paré el carro y le dije que no, con lo que se fue un poco enfurruñada, diciéndome «mi mamá me hubiera comprendido». Creo que por primera vez se está enamorando de veras, es el hermano mayor de su amiga María José Pérez, que esta en primero de BUP. Ayer se lo sonsaqué y me confesó que creía que sí, que sentía algo que no había sentido nunca antes, que... en fin, para qué te cuento. Esto es top secret.*

Mi madre prepara su vuelta de Chile. Ha dejado todo lo más organizado posible tras ver desvanecerse la mente lúcida de su padre y presenciar la decrepitud de la belleza de su madre. Asume verlos flotando en una suerte de crepúsculo mental. Mi padre la consuela:

*Te compadezco tener que enfrentarte con todo esto, ya que es la primera vez que lo haces. Yo, en cambio, lo conozco desde hace tanto tiempo, y tan bien, esta decadencia de la burguesía. ¿En manos de quién en buenas cuentas van a quedar tus padres cuando tú te vengas? ¿Quién los va a cuidar? Espero que dejes todo eso bien atado, y todo controlado, directamente por tus manos. ¿Cómo está la Verónica Serrano? Dale millones de cariños, sobre todo a ella y a la Marta Echegoyen, que mucho las recuerdo como uno de los mejores productos nacionales, que sin duda merecen ser de exportación. ¿Y la Mónica Bordeau, con su extraño destino de sequedad, de esterilidad, de no entrega, tan contrario y contrapuesto a tu destino? También dale todo mi cariño, siempre, dile que no esté demasiado revolucionaria. También a la Maryalise. ¿Cuántas víctimas lleva...?*

De alguna manera envidia a mi madre por estar en Chile, por ver a la familia. Piensa en su padre, en su Nana, en la Claudia, en sus hermanos y el poder admirar la belleza del paisaje, la calidad humana de la gente chilena que él echa tanto de menos. Cuando piensa en todo eso, no puede ocultar que se le llenan los ojos de lágrimas y se dice a sí mismo:

*Sí, sí quiero volver, ahora, ahora mismo. Pero no, la vida por ahora esta aquí, en España, y es aquí donde tengo que planteármela por ahora y desde aquí debo vivirla. Debo dejar atrás la nostalgia por algo que no existe, un mirage, será, supongo, parte de los elementos importantes que configurarán mi madurez, la de mi mujer, y tal vez la de mi hija.*

El lanzamiento de *Casa de campo* fue el 2 de diciembre de 1978 y se convirtió en un acontecimiento. No puedo dejar de reproducir una carta suya a mi madre en la cual relata, con gran triunfalismo, los detalles de la ceremonia.

*Fue todo muy bien, brillante, elegante, controversial, bien preparado, lujoso y rangoso. El gerente del hotel me dijo: «Ni Suárez hubiera convocado*

*a tanta gente». Jasanada, muy cariñoso, comenzó la presentación hablando de lo mucho que se te echaba de menos, y de tu gran ausencia, por lo que le agradecí, como detalle de sensibilidad insospechada en alguien como él. Estaba todo el mundo (no Simeón, ni los Semprún, no me explico por qué después de haber hablado con Cordelia el día anterior y haberme asegurado la asistencia en masa de la familia), y aunque la mesa no se pudo llamar brillante (jamás lo son), fue por lo menos breve. La parte social, Piluca San Luis, Ana Spiritu Santo, Elena Sartorius (estupenda), Sweetie Larrañaga, y todas esas. Los pintores Pepe y MariFer Caballero, Amadeo Gabino, Gastón Orellana (smoking de terciopelo negro y camisa color damasco), Rafael Canogar en papel protagonista, los Fernández Muro, etc.*

*El Chile «bien»: los Grisar (Beatriz de smoking negro y blusa de volantes roja), Gerardito y familia, Pablo Burchard y su bella mujer, etc. La izquierda: innumerables médicos chilenos, argentinos sensibles y psicoanalizados con mujeres que prometen para la amistad, la Bisagra González Vera (viuda de Carmelo Soria), etc., etc. Los escritores españoles García Hortelano y Caballero Bonald y Félix Grande, y toda la plana mayor (menos Benet que no estaba), es decir, «todo el mundo», y todo el mundo feliz. Total, un éxito. La prensa: generosa, excitada, deslumbrada.*

*Los escaparates de las librerías de Madrid están repletos de libros míos y de pósters, y la propaganda en los periódicos, también con la foto, que se ha hecho famosísima, es muy llamativa. Las ventas son de excelente pronóstico. Y... SURPRISE, SURPRISE, Carmen Balcells me trajo, como regalo, la siguiente noticia: que Calmann-Lévy y Editions du Seuil, en tiempo récord, han puesto cable que quieren el libro, ambas, con lo que Carmen va a, según me dijo, pedir una fortuna. Le dije a Carmen:*

*—Ah, entonces me compro un piso inmediatamente. Ella, aterrada, me contestó:*

*—Alto, no es para tanto, para una máquina de escribir eléctrica sí... pero*

*piso, no.*

*En todo caso, no puedo negarte que tengo mucha ilusión.*

*Mañana voy a Barcelona a dar entrevistas y a un programa de televisión y radio y a firmar ejemplares.*

*Me hicieron un reportaje para la revista Lui. Dicen que todas las revistas francesas están hablando de Este domingo, que está teniendo mucho éxito, y Calmann-Lévy acaba de comprarme Coronación. La verdad es que estoy ansioso. Con tanta cosa, no he tenido tiempo de ir ni una sola vez al cine (tanta cosa being enfermedades, publicación, piso), y me muero de ganas de hacerlo, ni al teatro, ni salir con nadie, ni a un café.*

Cuando mi padre tenía que viajar para publicitar el libro o dar conferencias, yo me quedaba con Olga Arana, siempre muy cariñosa, o con la familia de los Del Rey, o con Gastón Orellana. Nunca me gustó quedarme sola; esta peregrinación me provocaba mucha angustia. La situación se repetía bastante seguido y me entristecía, me alteraba, sentía desarraigo y desamparo, sentimientos que me han perseguido toda mi vida y, en cierto modo, incluso esclavizado. Eran demasiados los viajes y demasiada gente. Necesitábamos instalarnos, recuperar nuestro carácter de núcleo, con raíces y permanencia cuanto antes.

Su éxito sigue y es realmente en este momento cuando creo que se «consagra», no en un sentido de calidad literaria propiamente tal, sino de darse a conocer masivamente; una popularidad menor al lado de la de otros escritores del Boom, pero transformándose claramente en un personaje público. Pese a ello, siempre estaba lleno de inseguridades.

*Pero esta es una época muy competitiva: Marsé acaba de publicar un libro (Premio Planeta) que se llama La chica de las bragas de oro. Te imaginas el éxito popular que está teniendo, y yo verde de envidia... claro que es fruto de temporada, porque después de la venta salvaje inicial, después son novelas que se olvidan y no venden nunca más nada. Mañana*

*me entrevistan para la televisión. Hoy para la radio y luego, en la tarde, una larga entrevista con Rosa Pereda, un monstruo, pero muy poderosa, que me hará la gran entrevista para El País, y después de esta entrevista se espera también una crítica, la editorial espera que sea la crítica la que le dé el mayor empujón al libro, cuyo valor más grande es su calidad en contraposición a la ordinariéz de La chica de las bragas de oro... y comienza el baile. Acabo de dar una entrevista por teléfono, en la que me he peleado a gritos con el entrevistador. Según él, anoche en una discoteca se armó una polémica entre Bárbara Rey y no sé quién, que yo estaba criticando al gobierno de Suárez y al Rey, y ellos no permitían, y que la novela era una novela en clave sobre el gobierno español actual... ça commence. Muy desagradable... y terminó gritándome:*

*—Yo no estoy aquí para hacerle publicidad a Casa de campo.*

*Y yo le grité (todo esto en directo):*

*—Y yo no estoy aquí para hacerle publicidad a Luis del Olmo... —en fin.*

*Como ves, la cosa se calienta desde ya... veremos cuando llegue a su boiling point si no perecemos en la cazuela nosotros también.*

Por entonces sigue buscando incansablemente un departamento para alquilar. Es muy exigente en este aspecto y, como de costumbre, finalmente encontró el sitio adecuado donde viviríamos durante nuestra permanencia en Madrid. Es grande, palaciego, luminoso; está en el segundo piso de un edificio muy elegante en la calle Castellón de la Plana, entre las calles Velázquez y Serrano, y mira a los jardines de la casa de los condes de Romanones (lo que dará origen al título de su próxima novela, *El jardín de al lado*). Una casa más que marca no sólo un hito, una novela, sino su vida, su espacio cerrado, su mundo.

Mi madre regresa de Chile menos afectada de lo que se pudiera pensar. Empieza una nueva etapa de esta trashumancia, una vida familiar plácida y

tranquila como en pocas épocas, en este departamento donde la luz y el verde de los jardines lo invaden todo.

El Príncipe Myshkin, nuestro gato siamés, regresa después de una noche de lujuria en el parque de los Romanones. Sus pasos de terciopelo crujen con levísimo cálculo felino sobre el parqué flexible de tan viejo que es. En unos momentos más, el sonido del mismo parqué le anunciará a mi padre mi llegada para darle un beso de despedida y pedirle dinero antes de irme al colegio.

—En mi pantalón... —susurra sin sacar la nariz de entre las sábanas, sin abrir los ojos. Pero adivina que a través del pentagrama de la celosía, la luz verde iluminará pronto la habitación, inundando su cuarto con una claridad en la que su conciencia aún podrá flotar sin tener que apoyarse en nada.

El piso vuelve a crujir, esta vez son los pasos agitados de nuestro perro el Bacán, que salta a la cama y se acomoda a sus pies como si fuera una estatua yacente, destinado a no levantarse más. Pero no, está vivo. Desde la cocina siente el aroma del té preparándose: Earl Grey, Darjeeling, no adivina cuál aún, por el aroma puede que sea Lapsang-Souchong. El parqué cruje, elocuente ahora con los pasos inconfundiblemente precisos de mi madre que le trae el té. Lo colocará entre los libros de su velador y recién entonces, mientras mi madre con su habitual gesto apaciguador alza sus brazos para abrir la persiana, sabrá qué té va a tomar esa mañana. Poco después, el departamento resuena con el entretejido de los pasos de cada uno sobre esas tablas humanizadas que hablan.

Hacía tantos años que mi padre estaba habituado a los suelos mudos, de ladrillo, de piedra o de moqueta del Mediterráneo, que cuando despertó en este departamento por primera vez, se dio cuenta de lo mucho que le había faltado una parte de su experiencia desde que salió de Chile, hacía ya catorce años:

*Cada uno tiene derecho a sus «madeleines» particulares. Hay muchas*

*otras «madeleines» con las que me he encontrado últimamente. Hace pocos días, almorzando con Leandro Silva en el jardín de Rafael Canogar, hablábamos de los jardines de Buhle-Marx, de quien Leandro es un discípulo un poco disidente. Le expresé mi escepticismo respecto a la obra de tan distinguido paisajista, alegando que me parecía que sus jardines no provocaban resonancias de ninguna especie para mí, a mí me gustan los jardines poblados de evocaciones literarias, vitales, musicales, históricas, sociológicas, filosóficas. Los jardines de Buhle-Marx son, me parece a mí, forma pura, intelectuales, sobre todo estáticos, separados de la casualidad, excluyentes de la emoción y asociación que el espectador pueda aportarles, ajenos a las manipulaciones del tiempo: terminados, en fin, al nacer. Tan distinto al jardín de la casa de mis padres, donde nací, en avenida Holanda; ha tenido en el tiempo, tan diversos aspectos, su sinuosidad en el tiempo es tal que es, como son tan a menudo las cosas a que estamos apegados, un collage o compuesto de muchas casas y muchos jardines. Odette fue tantas personas antes y después de ser madame Swann, que es como la recordamos, pero la recordaremos así porque sabemos su pasado y su futuro y su apogeo.*

El jardín vecino, que vemos todas las mañanas cuando mi madre levanta la persiana, tiene castaños, olmos y tilos, muy distinto al jardín de paltos, araucarias y naranjos de la casa de su infancia en Chile, en el otro hemisferio. Sin embargo, de algún modo, es el mismo: hay zorzales (él no sabía que existían en Europa) que saltan en el césped algo descuidado, los lirios crecen alineados a lo largo de las paredes apenas entrevistas y, en la sombra generosa de las ramas, una semana hubo junquillos y narcisos, como en la casa de sus padres.

En las tardes calurosas alguien riega el césped. El sonido del agua cayendo sobre el pasto en la penumbra y las fragancias que desata son, por excelencia, la «madeleine» de la seguridad y de la paz de otros tiempos, y que mi padre encuentra sorpresivamente en este microclima en el centro de Madrid que ha



elegido para vivir. Vuelve a caer en la nostalgia, pues sabe que el jardín vecino no es suyo más que por reverbero de su imaginación, y que los pasos que hacen crujir el parqué de ese piso alquilado constituyen un ambiente ecológicamente amenazado.

*El Chile, el microclima que habitábamos sin saber que era microclima, ha sido destruido, destruido por sí mismo, por los que creyeron preservarlo. La casa de mis padres, donde está solo mi padre, mi madre murió hace ya cuatro años, ahora está rodeada de edificios de pisos. Me imagino a mi padre, pobre viejo enternecedor que jamás se enfrentó ni con la tragedia ni con la disipación, pero al que tanto le debo pese a que nuestras relaciones fueron insatisfactorias porque uno encontraba en el otro cualidades que no admiraba... Sí, me lo imagino sentado en su sillón de mimbre bajo la sombra del palto, con un chal a cuadros sobre las rodillas, el bastón caído en el pasto, la cabeza ya perdida despertando, quizás, al fijarse en algún zorzal que salta entre las vincapervincas que yo planté y que ahora son un colchón inmenso bajo la araucaria. Sus ojos borrosos estarán pesados de recuerdos. Pero no, tal vez no. Ya debe ser incapaz de recordar, de sentir dolor, todo lo que ve debe haberse transformado en acontecer estático, desligado de la emoción, sin pasado y sin futuro, sólo la pobreza de lo presente.*

*Pronto derribarán la casa ahogada en hiedra, en la que yo nací, pero recuerdo cuando era aún desnuda, con un allée de acacias lilas que crecían a lo largo de la entrada, que luego talaron porque ya no se usaban, y rosales altos, sostenidos por tutores pintados de blanco abajo y rojo en la punta, que ahora tampoco se usan. Construirán edificios en ese solar del cual cortarán los grandes árboles y ese trozo de suelo comenzará a tener otra historia en que ni yo ni los míos participaremos.*

Al mirar al jardín de al lado, una señora de voz ronca y de aspecto elegante, de vez en cuando da órdenes, y niños cuidados por criadas de

delantal blanco, como fue él con sus hermanos, juegan en el césped. Entonces su memoria se transporta nuevamente a su niñez.

*Mi cuarto, cuando era pequeño, daba hacia la parte posterior de la casa de avenida Holanda, sobre un nogal bonito, pero que todos los años daba una abundante cosecha de nueces, absolutamente todas vanas. De ese nogal se colgaban las jaulas con tordos que hablaban, el famoso tordo de una criada que tuvimos que se llamaba la Ema Cortés, los jilgueros, alguna tenca, alguna loica de pechuga escarlata, y en mi cuarto daba el sol de la mañana. Las barras de luz se inscribían temprano en mi sueño. Oía moverse a la gente, prepararse para comenzar el día. Pero el día comenzaba cuando sentía subir por la escalera de servicio, sobre la cual daba mi cuarto, a alguien con mi desayuno: los lentos pasos de mi Nana, los de mi madre, los de la Paulina... tantos pasos, tan distintos todos, tan elocuentes, en ese microclima metido en el interior de otro microclima, que era esa casa donde nací, donde pasé mi adolescencia y parte de mi juventud. Casa poblada por infinitas criadas donde se riegan los prados al atardecer, como mi Nana que regaba, durante horas y horas, pensando quién sabe en qué, recordando quién sabe qué.*

*El que lea esto pensará que estoy hablando de una especie de jauja. Pero no es así. El escenario burgués que describo estaba lleno de dolores y tensiones, dependiente y definido por el afuera y sus relaciones con él, escuálido y egoísta, poblado de seres maravillosos en parte y destruidos en otro sentido, y, finalmente, como siempre, por lo demás sucede, sólo en apariencia un microclima.*

La posibilidad de volver a Chile, sin embargo, se hace cada día más remota y, cuanto más remota, más y más deseada. En sus dos brevísimas visitas a Chile, durante los últimos catorce años, comprendió la diferencia de experiencias fundamentales que habían formado y deformado al país: la vana esperanza del Presidente Eduardo Frei, el caos de Salvador Allende y el terror

de Pinochet lo separaban de una manera desgarradoramente definitiva de los contemporáneos por quienes tanto afecto tuvo y tiene; el marco de referencias y alusiones era distinto, y se sintió extraño en Chile, como se siente también extraño en Europa.

*El complemento siniestro y necesario de la «madeleine» benigna es la otra «madeleine», que en mi caso es sólo referencial, ya que salí de mi país antes de que se precipitaran los hechos políticos que condujeron a la presente barbarie cuyo terror sólo en visitas fugaces he experimentado, pero que modestamente he sufrido como para sentir que participo yo también de él.*

*Hoy no comprendo cómo pude querer a la gente que tanto quise. Cuando regresé a Chile para la muerte de mi madre, lo encontré todo pequeñísimo, la casa, los sitios, las mentes, todo irreconocible, todo definido por parámetros que, más allá del terror implantado por el general Pinochet, ahora un poco insostenibles y ciertamente incomprensibles. Y, sin embargo, esos parámetros insostenibles e incomprensibles son proyecciones de cosas e ideas que me formaron: son, en suma, yo mismo. En este mundo, que habito ahora desde hace años, el pasado, lleno de imperfecciones, me sale al encuentro y se apodera de mí. Son perfiles, sensaciones, lugares, personas, siluetas, una que otra idea que tanto entonces como ahora era fácil contradecir, pasos, algunas casas, algunos jardines, una que otra amistad, que, de pronto, han resurgido, ese microclima del que he hablado. Me pregunto si en realidad existen los microclimas en el sentido social en que estoy usando la palabra. Creo que no. Son siempre definidos por y dependientes del afuera, y el afuera, a su vez, es a menudo determinado por éstos.*

Mi padre siente que su infancia está ligada a enormes habitaciones de una casa de muros de adobe en las cuales, junto a ineficaces braseros de carbón de espino, se hacinaban gatos, viejas, niños leyendo *El Peneca*, algún caballero leyendo el periódico o *La montaña mágica* con su abrigo puesto, y

otros jugando brisca con el sombrero puesto. También recuerda a legiones de criadas, lavanderas, planchadoras, hombrecitos que habitaban el tercer patio de esa casa; a gente que tomaba mate donde se tostaba azúcar sobre las brasas, personas que se ocupaban de cosas que hoy ya ni siquiera existen en la memoria: almidonaban cuellos, hacían chuño, alfeñiques, arrope, mercocha, bordaban monogramas, pelaban mote con la ceniza muerta de los braseros, molían chuchoca y cuidaban sus gallinas trintres y a las tencas que hablaban; rezaban novenas, transmitían chismes familiares y adivinanzas, procesaban la cera de abeja, el ulpo; costumbres y palabras que ya en su tiempo eran antiguas.

Era como si el feudalismo estuviera muy cerca de su infancia y la rodeara, pero esto también lo hacía sentirse ajeno, distinto. A propósito me contó:

—Recuerdo que una vez, en el colegio inglés que había en el barrio alto al que me mandaban, le comenté a mi gran amigo de la niñez, Charlie Elsesser, que una criada de mi casa se había quemado la mano al revolver el pote en que estaba fundiendo la cera de abejas para limpiar los muebles. Charlie se rió de mí, preguntándome si no teníamos suficiente dinero para comprar cera ya preparada. Charlie vivía en el barrio alto, sus padres eran extranjeros, era adinerado, atlético. Inmediatamente sentí, con su pregunta, su desprecio y la desvalorización de todo mi mundo, él tenía acceso a algo más moderno y más caro, simbolizado en la cera envasada. Desde entonces sentí que el mundo y la forma en que a mí me estaban educando en casa era pobre, inferior, y comenzó a producirme cierta vergüenza.

Es justamente todo ese mundo, el de su niñez, el que alimentó el primer suelo de su imaginación, pero entonces también surgieron muchas de sus inseguridades sociales que, en parte, se las había transmitido su madre por sus propios temores al respecto.

Mi padre siempre se preguntó por qué decidieron educarlos en el colegio inglés The Grange, pues significaba un sacrificio económico para la familia.

Era un colegio caro y, además, bastante elitista. Creía que su madre lo había decidido al verlos con el precioso uniforme de franela gris ribeteada con una cinta azul marino, con el escudo del colegio en medio de la gorra, también gris con azul; al verlos con una «hallulla» y un *canotier* de paja rubia con una cinta azul y gris, que era el uniforme de verano.

Fue feliz los primeros años en ese colegio de educación inglesa, aunque sería expulsado por mala conducta y malas calificaciones, de modo que tuvo que irse a un internado, el Patrocinio de San José. Cuando relata sus primeros años en el The Grange uno descubre, sin embargo, que gran parte de su interés por la literatura nació ahí, pese a que una vez más sus recuerdos funden realidad y fantasía.

*En el Grange, en ese momento de total anglicanismo, no se impartían más clases de religión que una vez por semana, una hora con Mr. Curie, que enseñaba la Biblia desde el punto de vista protestante. Mi padre, que era ateo practicante, si eso puede existir, nos prohibió ir a clase de religión, a cualquier religión que fuera, así que durante esa hora nos quedábamos vagando con mi hermano por el jardín junto a un muchacho, Claudio Spies, que era judío. Luego, se instauró un curso de religión católica. Pero nosotros, junto a Claudio Spies, nos quedábamos afuera, exiliados de todos los paraísos, del católico y del protestante, éramos los «raros», los marginales, los rechazados, los sospechosos, carentes de toda filiación. Le rogaba a mi padre, ya que lo que yo deseaba tanto era pertenecer, que nos dejara asistir a alguna clase de religión, a cualquiera. La verdad es que yo sufría porque en el recreo los muchachos nos perseguían lanzándonos piedras e insultándonos: «Get out, you dirty Jews», nos gritaban.*

*Pero entre todo esto cómo olvidar a miss Blake, que fue mi profesora de inglés, era una británica que Mr. Jackson, el director, había importado para que nos enseñara un poco de literatura. Era más bien un ser bizarro, alta y desgarbada y con zapatos de tacones gruesos vestida con trajes que estimé*

raros por lo incomprensibles —ahora adivino que sería el equivalente de lo artesanal, lo «onda lana», como lo llaman mis sobrinos—, un ser de todo punto de vista atrabiliario con sus gruesos lentes que le magnificaban los ojos saltones, como dos peces hambrientos en sus redomas. Al llegar mis compañeros empezaron inmediatamente a reírse de ella porque no era igual, definitivamente, a ninguna de sus madres. Nos leía, desde el comienzo mismo y sin explicar nada al principio, una versión en prosa de La odisea. Muy pronto, en el recreo, estábamos jugando a los griegos y a los troyanos. Yo era troyano y participaba en la defensa de una ciudad noble que encerraba a una mujer hermosa. Este juego continuó durante bastante tiempo. Le contábamos a miss Blake las peripecias de nuestras batallas, y ella se reía de nosotros; sí, era de nosotros, no con nosotros, lo que nos pareció una afectación arrogante que nos rechazaba, que nos repetía cada vez que cruzábamos una palabra con ella, que éramos demasiado jóvenes, demasiado incivilizados y demasiado tontos. Al poco tiempo ya nadie la quería. Yo, en cambio, soñaba con poder llegar a no ser el blanco de sus sarcasmos como los demás, lo que significaría mi conquista de miss Blake. Pero siempre permaneció distante.

Al final del año escolar me fui a despedir de miss Blake, cosa que yo fui el único de mi curso en emprender. Le dije cuánto la admiraba por habernos leído La odisea, de lo cual no sólo yo estaba contento, sino que también mi padre había sido de la opinión de que esa era la verdadera manera de impregnar de cultura a los niños. Ella en vez de darme las gracias y enviárselas a mi padre, me miró como mofándose de mí y de mi padre, por lo pobre del cumplido, viniendo de quienes venía. Le estiré mi mano porque quería tocar la suya, pero como dándose cuenta guardó su mano y se volvió hacia otro lado para saludar a un grupo de profesores, dejándome la mano estirada con la ausencia del tacto de su persona vacante, desolado.

Esta profesora dejó una huella imborrable en mi padre, quien construyó un

halo de fantasía en torno a ella. No podía aceptar que simplemente había sido una profesora de paso por un país extraño, por lo que le construyó una biografía propia e individual, quizás cierta o quizás únicamente cargada de su imaginación sin límites.

Miss Blake partió a Europa en el mismo barco al que mi padre fue a despedir a su abuela Herminia, madre de su madre, que regresaba a Alemania. Allí la divisó entre la gente, ajena a todo, como si ya estuviera al otro lado del mar, yéndose sin dar una sola mirada hacia atrás.

Nunca más se supo de miss Blake, aunque muchos años después mi padre le preguntó al capitán Balfour, entonces su profesor, si sabía algo de su vida.

*El capitán Balfour era un hombre duro, nuestro capitán, que había peleado en la batalla de Gallipoli, de la que siempre estaba hablando, y, según la leyenda escolar, habría caído tan mal herido en el campo de batalla que habían tenido que cambiarle sus intestinos por otros, artificiales, de platino, según decían. Me dijo que nada sabía de ella, que nadie en el colegio había recibido una nota o una carta de ella con alguna explicación por su partida. Pero era evidente, dijo el capitán, que este no era un ambiente en el que calzaba.*

Mi padre escuchó entonces las mágicas sílabas emitidas por el capitán Balfour de la palabra «Bloomsbury», el círculo literario inglés al que miss Blake había pertenecido. Luego, lo llamarían el Grupo de Bloomsbury. Sus cabecillas eran un historiador muy raro, Lytton Strachey; un gran economista, Maynard Keynes, y una novelista que recién se estaba dando a conocer y que acababa de suicidarse, Virginia Woolf. Estamos hablando del año 1940 y de un grupo que lograría fama una vez disuelto.

En el colegio se rezaba por los soldados británicos casi a diario. La mañana terrible en que comenzaron los bombardeos sobre Londres, los reunieron en el aula magna y les leyeron detallada la noticia. Entre las secciones destruidas escuchó nuevamente el nombre de «Bloomsbury» y mi padre sintió que todo

le temblaba bajo los pies. Ese día el director, Mr. Jackson, en vez de la usual plegaria e himno, hizo que un muchacho inglés, llamado Laing, leyera un poema de Shakespeare extraído de *Ricardo II*. Todo el colegio quedó conmovido. Estaban sucediendo cosas demasiado terribles. Pero mi padre no podía dejar de pensar en miss Blake, quien podía estar muerta entre las ruinas humeantes de los bombardeos, y la idea no lo dejaba tranquilo.

*Muchos años después, aun después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, he recapitulado sobre estas conversaciones con el capitán Balfour. En la época de la que ahora estoy hablando, ya había leído a Virginia Woolf, y a Lytton Strachey, y algún ensayo de Keynes. Mi fascinación con Virginia Woolf, de entrada, fue completa. Comprendí que nadie escribía como ella, apelando a la sensibilidad más que a la razón, pese a su poderosa inteligencia. Había leído sobre ella cuando me escapaba del colegio y hacía la «cimarra» en la Biblioteca Nacional. Leí también mucho material sobre el grupo de Bloomsbury imaginándome perteneciendo a él y a miss Blake como una de las tantas mujeres de la comparsa en Bloomsbury. Posteriormente he buscado por cielo y tierra huellas de miss Blake, sin encontrarlas. Miss Blake desapareció, tragada por la tierra en algún colegio de tercera categoría en las islas Británicas, o con más seguridad en una de sus colonias, donde habrá envejecido, sin saber seguramente que un soldado de la corona y un niño chileno la concibieron por muchos años como participante de ese fantástico cenáculo de Bloomsbury, lo cual, probablemente, la escandalice, porque esa gente —la crítica del capitán Balfour traía esta implicación— no tenía la moralidad bien controlada.*

Entretanto, al colegio seguían llegando profesores y profesoras ingleses, como Mr. O'Neil, el inolvidable Mr. Dagg, con su cultura y su ironía incomparables. En la clase de composición mi padre le había entregado un trabajo llamado «Diálogo entre Petrushka y Pinocho», y él declaró, en plena



sala, que era demasiado sofisticado, literariamente hablando, para que él se atreviera a juzgarlo, y le puso la nota máxima.

También lo marcó profundamente la sensible e inolvidable mujer del capitán Balfour, Ethel Balfour, desde luego la mejor profesora que tuvo en ese colegio. Ella le enseñaba con especial afecto y le explicaba las distintas comedias y tragedias de Shakespeare. Hablaban, además, de la misteriosa miss Blake.

*En mis conversaciones con Mrs. Balfour la recordábamos constantemente, fue ella quien me dijo que el texto de La odisea que miss Blake había usado era el de la traducción en prosa del coronel T. E. Lawrence de Arabia, publicado justamente el año anterior a aquel en que miss Blake le enseñara La odisea a mi curso. Al día siguiente me lo trajo para que lo examináramos juntos. Traía un prólogo de Lawrence mismo, y quizás fue ese prólogo, más que la lectura misma del texto en la clase de miss Blake, lo que me enseñó a apreciar y a meterme dentro de La odisea.*

A pesar de estar entonces al otro lado del mundo, mi padre tuvo otra experiencia en relación con la Segunda Guerra Mundial.

Su abuela Herminia regresó de Europa y se instaló a vivir con ellos. Por esos años comenzó a mostrar las características de la anciana que más tarde inspiraría su primera novela, *Coronación*. La abuela Herminia, madre de mi abuelo, le hacía la vida imposible a mi abuela Titi, gritándole las cosas más horribles, insultándola, escupiéndola en sus malos momentos y persiguiéndola con un bastón para azotarla. Eran los años finales de la guerra y mi padre, con los ojos cuadrados de terror y rechazo, veía a su abuela, recién regresada de la Alemania nazi, leer el diario muy detenidamente, para luego trepar a un pequeño taburete hasta donde tenía un mapa con alfileres con banderitas nazis. Ella empezaba a mover los alfileres en el mapa, adelantándolos hacia el enemigo, que por cierto eran ellos: su madre y él y

todos los de la casa, además de los profesores y directores ingleses del Grange, del cual mi padre sentía que formaba parte.

Su hermano Gonzalo, simpatizante y admirador de Hitler en ese entonces, seguía las batallas con la abuela Herminia en el mapa. De hecho, él le ayudaba a mover las pequeñas suásticas. Mi padre, en cambio, sentía que no tenía ningún compromiso político mayor, como tampoco mucho vínculo con este mundo inglés.

*Me sentí tremendamente menoscabado por mi incapacidad para abrazar y serle fiel a una ideología. Porque para mí lo que había importado el día del bombardeo de Londres en la ceremonia en el colegio, había sido mi conciencia de que cambiando el habitual servicio religioso e himno, por silencio respetuoso y por poesía, Mr. Jackson me había abierto una puerta para comprender lo abarcadora que era la imaginación poética, cómo pude sustituirlo todo con un ritmo y un adjetivo, e iluminar con otra luz la historia.*

Mucha gente criticó a mi padre su poco compromiso político, tanto mientras vivió en el extranjero como cuando volvió a Chile. Hasta cierto punto era cierto, y aunque mi padre no lo creía así, su negativa a pertenecer a partidos políticos, clubes, asociaciones, grupos de toda índole, fue un reflejo invertido de la sociabilidad de mi abuelo.

Es de noche y suena el teléfono del departamento de Castellón de la Plana número 17. Llaman desde Chile. Es la voz de su hermano Pablo al otro lado de la línea, anunciándole que al día siguiente se hará entrega de la casa de avenida Holanda. El 4 de julio de 1979 escribe en su diario:

*Me dijo también, y es curioso que me pareciera una tragedia menor que la anterior, que mi padre, desde hacía un mes, estaba internado en una clínica, oscilando entre la vida y la muerte, perforado por sondas y agujas, inconsciente, pura función, puro organismo descompuesto, deshumanizado, ya muerto. La muerte, al fin y al cabo, no es un hecho físico en muchos*

*casos, sino un acontecimiento psicológico. Esta muerte no la presenciaré, sólo mi hermano Pablo, mi cuñada Lucha, que ha sido como el pilar de la familia, mi vieja Nana que amortajará a mi padre y que se ha inclinado sobre tantas muertes familiares, que ha lavado a tantos recién nacidos de mi familia para que entren limpios en la vida y les ha puesto pañales para que entren adecuadamente vestidos, y que ha lavado y vestido a tantos muertos para que salgan de ella también en forma pulcra y decente. Mi Nana es como la continuidad del amor: lo que no muere, la contradicción total, lo que sobrevive a la gente y a las cosas y a toda contingencia. Bruja y hada, ser humano, manipuladora del tiempo y de las vidas, consoladora, normativa en las cosas más simples, como la limpieza y la decencia y el respeto a otros seres humanos. Pura continuidad de lo humano, representa para mí algo tan extraordinario y misterioso, me parece la encarnación de la sobrevivencia y sabiduría.*

Quizás como parte de su peculiar forma de amar, formó en torno a su Nana Teresa una historia fantástica, mezclando realidad y fantasía, confundiendo hasta al más plantado con la posibilidad de coincidencias de un mundo paralelo, no necesariamente imaginario, sino simplemente mágico y donde encontramos el porqué de muchos de los intereses, tendencias y gustos que lo marcaron en la vida, los cuales designaba como «esas cosas mágicas que a veces me pasan a mí».

Según él, la Nana Teresa llegó a trabajar a la casa de mis abuelos a los quince años. Venía desde Mariposas, el fundo donde había nacido a orillas del río Maule. Allí su padre era nochero o jornalero, y su madre ayudante en la cocina. El objeto de los juegos infantiles de la Nana en el fundo Mariposas era perseguir a las lagartijas, la cacería de arañas, de grillos y de sapos verdes.

Por algunos meses vino a formar parte de ese mundo una muchachita rubia, de su edad, que no hablaba nada de castellano y vestía ropas muy

elegantes, adornadas con blondas y cintas, y usaba sombreros de terciopelo con flores y frutas artificiales. Pese a su elegancia, ambas niñas se divertían juntas. La francesita se llamaba Laure. Había llegado con su madre y su padre, un ingeniero que debía hacerse cargo del diseño del regadío del fundo.

A los padres de Teresa no les gustaba que su hija alternara con la exótica francesita. Le tenían temor. Era demasiado distinta. Pero ambas continuaron su amistad corriendo detrás de las gallinetas y los pavos reales.

Luego, la niña francesa se fue.

Antes de entrar a trabajar a la casa de mis abuelos, la Nana, Teresa Vergara, quien nunca supo leer ni escribir, viajó a Europa con una familia a modo de doncella. El viaje en barco la llenó de angustia y debió quedarse en cama por varios días. Ya en Roma mejoró casi totalmente, al punto de que en Milán pudieron mandarla a La Scala, de la que se hizo *habitué*. Escuchaba a Beniamino Gigli y otras luminarias líricas.

Las primeras historias que mi padre oyó, cuando la Nana hubo regresado y entró a servir en la casa de avenida Holanda, fueron sus narraciones sobre *Tosca*, *Madame Butterfly* y *Rigoletto*. No siempre la Nana contaba el mismo cuento y le daba varias versiones al final de *Madame Butterfly*, pero eso despertaba aún más el interés de mi padre por escucharla, aunque confiesa que lo que más le gustaba oír era la descripción que hacía del circo romano, donde el perverso Nerón hacía quemar a los cristianos y las fieras se los comían.

Cuando mi padre y su hermano Gonzalo eran más grandes, la Nana, en vez de llevarlos a la plaza, lo hacía al vecino Teatro Iris, y sin decir una palabra a nadie. Toda una ilustración basada en esas películas quedó plasmada en él como parte esencial de su cultura, como primer eslabón de su curiosidad por los demás y la posibilidad de otro mundo, el de la imaginación. Es aquí, posiblemente, cuando comienza su ambición de escritor, o bien, lo que lo condujo a su literatura.

Uno de los placeres preferidos de mi padre durante toda su vida fue la relectura constante de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. Y aquí viene el relato, o su construcción imaginaria más asombrosa; un esfuerzo por lograr el nexo entre Proust y la Nana, teoría que cree posible y, por lo demás, construye.

*Sucede que hace un tiempo yo estaba leyendo una biografía de las mujeres en la obra proustiana, y me fijé especialmente en una amiga suya llamada Laure Heyman. Su fotografía es espectacular: un rostro dulce pero al mismo tiempo irónico, sombreado por párpados soñadores.*

*Marcel Proust, como todo el mundo sabe, era un reconocido homosexual del mundo parisino, un homosexual de los aficionados a las señoras elegantes y que saben los últimos chismes de sociedad, lo que está de moda y lo que no. Proust jamás tuvo un affaire con una mujer, sólo con hombres. Sin embargo, hubo una extraña excepción en su vida. ¿Es posible que la belleza de Laure Heyman lo haya atraído? Quedan algunas cartas de Laure Heyman dirigidas a Proust, y de él a ella; son cartas de un alto contenido erótico que, evidentemente, involucran a Laure.*

*Pensando un poquito más atrás, no puedo dejar de recordar que la amiga de la infancia de la Nana Teresa en Mariposas se llamaba también Laure. Me interesó de nuevo la biografía de Marcel Proust: consulté tanto su lugar de nacimiento como la fecha en que todo esto sucedió. Mi sorpresa fue grande, o quizás no tanto, cuando comprobé que los datos coincidían para las dos mujeres.*

*Es posible conjeturar entonces que la Nana Teresa, gris, humilde, servicial como fue, haya jugado cuando era niña pequeña con la que fue una de las mujeres más cultas, elegantes y admiradas de la Europa de su tiempo. Aunque más tarde ambas hayan sido arrastradas por las circunstancias a hacer vidas tan distintas. Probablemente la vida de la ficción y la de la realidad tengan la misma raíz y se entremezclen, y tal vez la Nana Teresa y*

*Laure Heyman, de hecho, fueron amigas y jugaron juntas al diábolo y al aro cuando niñas, en un olvidado parque en el sur de Chile.*

La Nana Teresa está enterrada con todos sus secretos, conocimientos y misterios sobre la familia en la tumba en Zapallar, bajo la misma piedra inscrita con el nombre de mis abuelos y ahora junto a la que lleva los de mis padres.

Ese verano, mientras mi madre vuelve a viajar a Chile, mi padre se embarca en un novedoso proyecto para él: emprende la filmación de un cortometraje documental sobre la estadía de Picasso en Horta de San Juan, donde pinta su cuadro *Fábrica* en 1909. Mi padre quedó fascinado con la historia de la permanencia de Picasso un verano en ese pueblo cercano a Calaceite. En una ocasión, Picasso había dicho: «Todo lo que sé lo he aprendido en el pueblo de Pallarés». El pueblo de Pallarés era Horta, y Manuel Pallarés, su gran amigo y compañero de estudios.

Para esta nueva aventura, que lo tenía feliz, se trasladará todo el equipo de filmación a Calaceite por unos diez días. Le entusiasma la idea y tiene pensado otros cortos más: *La huella de los Antoninos en España* (dónde nacieron, qué dejaron Adriano, Trajano, Marco Aurelio y Antonino Pío); otro, algo más popular, sobre Manuel de Falla y Granada; uno del retrato de Goya del duque de Osuna; otro de Rilke en Ronda, sobre Hemingway y los toros; sobre Gerald Brennan en La Alpujarra, sobre los teatros del Siglo de Oro en Madrid. En fin, el sueño de convertirse de repente en *businessman*. En este proyecto lo acompañan Luis Morales, Lorenzo Cebrián y Juan Ramón Silva, cineastas jóvenes que están formando una productora independiente.

Ante esta nueva pasión le escribe a mi madre a Chile:

*Me aburrí definitivamente de ser pobre. Me aburrí definitivamente de depender de la casa y la familia. Me aburrí definitivamente de pasarme el día entero frente a la máquina de escribir, solo.*

*Lo terrible es que Sara Castro me pide mi ponencia escrita ya y*

terminada, para imprimirla y poder discutirla. Dime tú cuándo voy a poder escribir ocho mil palabras entre película, Calaceite, Moscú, etc. Supongo que a bordo de Aeroflot.

Estuvo la Elizabeth Reitman de Rivas chez Villavecchia, pesadita, pero no tanto como antes, cadavérica de tanto estirarse la piel, which didn't help much.

El otro día gran dîner chez Canogar. Se durmieron las siguientes personas: Miguel Ángel Aguilar (Paco Umbral, lo habían llamado en El País de ese día «el que acompaña a los cócteles a Juby Bustamante»), Juana Mordó y Frances Coughlin.

En la euforia con Luis Morales, el cineasta, consentí una noche salir a bares con él y sus amigos y se me desmoronó todo: muchachos inteligentes —unos veintiocho años— y chicas idiotas y sin interés ni clase, ni belleza, just pieces of ass, y todas sus referencias, todo su humor, todo, no entendí nada. I slipped away at one o'clock y volví a casa a leer Mountolive, que me consoló algo. Pero estoy viejo. Un abismo gigantesco me separa de todos ellos. ¿Hasta qué punto es válido lo que literariamente hago? ¿Hasta qué punto no estoy trabajando y escribiendo para una generación que absolutamente no me leerá? No leen, no leen nada, ni les interesa. ¿Qué hago yo? Días muy críticos, muy duros, muy llenos de dudas. Deseos de nuevo, de Tetuán, de borrar las huellas, de dejarlo todo, de semisuicidio: todo es inútil, mi vocabulario ya no tiene objeto.

La generación de Luis Morales no tiene el Humanitas. Es terrible la distancia que hay entre ellos y yo. Da miedo. Fumamos porros, no me pasó nada, la noche caliente y madrileña del barrio de Malasaña, por donde andábamos, hedía a hachís, ensordecía el ritmo «disco», en la vía todo el mundo, y yo, como ocurre tantas veces, me cerré, no pude abrir la boca, y me fui quedando atrás. Veremos qué pasa con la película. Quizás no la haga después de todo. Estoy agotado, nuestra vida ha sido demasiado agotadora y

*no me quedan fuerzas, y no hay silencio, y tantas cosas que hacer, y sin posibilidad de descanso, de tiempo para mirar las mariposas, y sólo una angustia tras otra, en forma de obligaciones sucesivas que se superponen unas a otras tiránicamente hasta que uno está como en una cárcel.*

*Amor, pienso en usted y en la gente de allá. Tenemos que reencontrarnos aquí a la vuelta. If you are a wonderful complex woman, I'm a wonderful complex man, lo que hace la vida difícil. Quisiera comprarme una casa en Marrakech, para huir allá, un sitio lejos, nada más que para huir, para encerrarme.*

*Pienso todo el tiempo en usted. Todo mi amor.*

La película sí se lleva acabo. Todo el equipo de cineastas está instalado en nuestra casa en Calaceite. Mi padre tiene ahora otra visión de las cosas y, como solía ocurrir, hay un vuelco en su estado de ánimo. Le hace bien la vida al aire libre, el contacto con la gente joven, a pesar de que no los entiende demasiado bien, los quiere mucho, se interesan por el mismo trabajo y mi padre lo encuentra fascinante.

—De ahora en adelante me dedico al cine, y lo digo en serio —afirmaba.

Escribir alguna novela por ahora está postergado; la película le quita tiempo y, además, no tiene ganas de hacerlo. Está feliz con su nuevo juguete: el cine. Es un mundo desconocido para él.

*La cantidad de gente joven extrañísima que he conocido, suelta, sin reglas, sin piedad, ni respeto, y ya que no sin fórmulas, por lo menos con fórmulas y vicios (marihuana: he fumado bastante, pero no lo volveré a hacer porque no me produce más que ansiedad) distintos a los nuestros —meteorólogos, hostess de Iberia, iluminadores de televisión—. Por lo menos hablan de cosas distintas a las que me tenían sofocado en Madrid, y distintos a los Carlos Fuentes que le dedican cuentos a Louise Rainer y hacen artículos para hacerle la pata a Bill Styron. By the way llamó Carlos, muy cariñoso, para anunciar visita a Madrid a vernos in mid-september. No sé si me hace*



*demasiado feliz, pero en fin, podría ser si no se transforma todo en una loca algarabía social llena de cosas que «hay» que hacer.*

*Esta gente nueva, apenas la conozco, he salido por ahí con el grupo un par de veces (ni saben quién soy) y me he aburrido un poco, pero por lo menos es un cambio. Y me hacen sentirme cómodo, querido.*

Pero este mundo no logra desconectarlo totalmente de Chile. Sabe lo que está pasando allí con su familia; sabe que su hermano Pablo se está haciendo cargo de toda la responsabilidad moral y afectiva de la agonía de su padre.

*Tienen la bondad y la nobleza para hacerlo, y él y la Lucha nos han quitado a Gonzalo y a mí una parte del peso más doloroso de la vida. No saben cuánto se los agradezco.*

Mi recuerdo del verano de 1979 es fantástico, lleno de libertad y de amigos; la casa de Calaceite repleta de gente joven, los cineastas, asistentes de cámara, fotógrafos, y mi padre vital, animado, además de toda la plana mayor de los calaceitanos: Mauricio Wacquez, Elsa Arana, los Gutiérrez, los Soler Díaz de Quijano, los Zimmermann, como también todas mis antiguas amigas del pueblo. Mi padre me dejó adelantar mi cumpleaños número doce y hacer una pequeña fiesta con todos. Fue una noche memorable. Le cuenta a mi madre:

*Ella con sus amigas lo han arreglado todo, y no han gastado nada, técnica de Carmen Balcells: «Haga lo que quiera y gaste lo que quiera». La modestia de sus pretensiones es conmovedora. Espero que no indique la limitación de su imaginación.*

Es invitado a la Unión Soviética para dar conferencias; sin embargo, pocos días antes de partir recibe la noticia de la muerte de su padre.

*La muerte de mi papá ha significado mucho más que lo que creí que me importaría: sensación, al fin, de cosa que se termina, y todo un verdadero pasar a otra generación. También, con su muerte, la apreciación en él de sus cualidades positivas, que eran grandes: tolerancia, una buena relación con*

*el placer a un nivel muy suyo, que iba desde el bistec a lo pobre hasta su amor por el Fedro de Platón (amor que jamás comprendí), la maravillosa facultad de correr el tupido velo para que la vida pudiera continuar y una gran modestia y caballerosidad. Mi papá, en esencia, me «dio permiso para ser escritor» porque siempre lo toleró y lo comprendió; ahora, por fin, puedo ser escritor sin permiso de nadie. No puedo decir que le perdono su falta de ambición y de voluntad, ni su pereza, pero creo que sin esos ejemplos negativos no hubieran sido esas las características que me dan mi dureza.*

Como mi madre continúa en Chile, trata de organizar todos los temas prácticos de la mejor manera para poder viajar tranquilo a Rusia: me deja en Sitges, en casa de mi amiga Ana Beraudi, donde me reciben con mis hámsters y todos mis bártulos de adolescente. Nuestro perro, el Bacán, y nuestro gato, el Myshkin, se quedan en la casa de su amigo Pepe Ferrer en Calaceite y él parte en tren desde Caspe a Madrid para tomar su vuelo a Rusia. Mi madre estará de regreso antes de su vuelta, yo viajaré Barcelona-Madrid y nos reuniremos después de una larga separación.

En agosto viaja finalmente a la URSS, junto a Sergio Pitol, Miguel Littin, Elly Kerim, Jaime Barrios, Volodia Teitelboim, Yogui Rouge y José Miguel Varas. Un viaje fascinante para él.

*Amor por Moscú, Leningrado, Souzdal, Armenia. No me enviaron a Tashkent y Alma-Ata, como me prometieron. Me di cuenta de que por asuntos fronterizos con Afganistán, no por falta de notas. Pero lo pasé divinamente: Yasnaia Polyana (la casa de campo de Tolstoi) bajo la lluvia y mi papá en ese túmulo, muerto de repente, ahí, de veras, por primera vez, en el medio de Rusia. Amistades nuevas, gente insólita, la inagotable calle llena de miradas. Me sentí joven, entusiasta, libre.*

Luego, regresé a Madrid esperando encontrar a María Pilar después de su vuelta de Chile pésimo y está estupendamente, como nunca.

*En Moscú, García Márquez —uno nuevo, distinto, difícil, difícil de otra*

*manera, menos simpático que el difícil Gabo de antes—, Coppola, Littin, Evtuchenko, etc. Terror y pasión por la URSS. Estado policial absoluto. Todavía, de cierta manera, puro Nadezdha Mandelstam. Sin embargo, la gente vive. Y plenamente. Y existe, a veces más que en Occidente a pesar de la policía, o con su permiso. Me gustó José Miguel Varas, me gustó Volodia. Gran parte de los otros, incapaces de ser ellos mismos ante la derrota y tener que contarse el cuento para sobrevivir.*

*La muerte de mi padre no me significa mucho —fuera de Yasnaia Polyana—, porque había muerto hacía tanto tiempo. Pero la demolición de la casa de Av. Holanda brought everything home: papá y mamá muertos y ya no soy hijo de nadie. Ahora me va a tocar a mí. Ya no tengo un sitio «mío» donde llegar a Chile. Lo dice Pushkin: «Mi patria es Tsarkoie-Selo».*

*Es como si yo ya no tuviera Tsarkoie-Selo. Quedan, claro, mi Nana y la Claudia, que prolongan Tsarkoie-Selo sur Mapocho. Los últimos puntos fijos de mi entonces, de mi siempre, de lo no construido por mí, de lo no elegido. Lo que era y sucedió, no lo que hice.*

*Conmovedora carta de la Claudia, larguísima, maravillosa, puro Tsarkoie-Selo, Yasnaia Polyana esencial. Vergonzosa llantina mía, solitaria y mocos.*

*Imposible que vaya a Chile. Me postra, por ahora, esta alternativa tan desesperada del regreso. Las pérdidas. Dolor. Ausencia. Cambios constantes de ciudad, estado, país. Un dolor muy norteamericano, muy contemporáneo. ¿El dolor de mi hija?*

*Vuelve a Madrid absolutamente hipnotizado por el mundo ruso, antes tan lejano para él y conocido o intuido sólo a través de la lectura de sus clásicos. Pero la vida en Madrid también tiene sus compensaciones. Es una buena época familiar, de unión, de paz. Mi madre renace en Madrid. La depresión parece haber quedado atrás. Tener con quién hablar, qué hacer y dónde ir la conectan nuevamente con la mujer sensible y sociable que era.*

*Me encanta la variedad y el equilibrio que ofrece Madrid y voy bien.*

*Nada, nada me conmueve y me moviliza como el arte. Esto me recuerda que puedo ser feliz y de lo que la belleza significa para Pepe y para mí, y con nuestro amor como parte tan importante de nuestras vidas.*

Entonces se presenta la posibilidad de que le publiquen *Casa de campo* en la URSS. Están muy interesados, pero a mi padre le preocupa que puedan entresacar alguna parte de la novela, la sexual, especialmente.

En todo caso, está obsesionado con la URSS. Lee y relee incansablemente a los rusos, pero sobre todo se apasiona con la figura de Lenin. Lee todas las biografías sobre él.

*A pesar de toda mi lectura sobre Lenin, no logro más que comprenderlo menos y menos, y me desagrada más y más: su gran sentido de lo colectivo le impide lo individual. Su sentido de misión le impide el regocijo. Compara el idílico destierro de Lenin y Krupskaya en Asia con el horrible destierro de los Mandelstam, a pocas millas de Moscú, durante Stalin.*

Le cuesta mucho volver a adaptarse al trabajo luego del viaje. No tiene ganas, ni impulso. Su cabeza está llena de gente de la Unión Soviética, de muertes, y también de miedo por la película sobre Picasso, la sensación de haberse lanzado a una aventura loca sin una red de cautela que atenúe la caída. No ha visto el material filmado, siente curiosidad y temor del resultado final.

El 8 de octubre de 1979 escribe en su diario:

*Hace tres días cumplí cincuenta y cinco años. Leo a Cavafis, sobrecogido, sobre todo por su última época.*

1) *¿Escribir un poema relacionado con «Viaje nocturno de Príamo»? ¿Quién reclamará mi cadáver? ¿Quién se hará cargo de mis viejas piedades? ¿Soledad, aridez, no amor, no recuerdo? Muerte de mis padres. Poema muy largo, elaborado, prosístico, autobiográfico... serie de poemas*

*sobre esta aridez que siento al cumplir los cincuenta y cinco años —y que puede ser otra cosa—, y lo que pudo haber sido, pero, claro, no pudo.*

*2) Importante para la novela de los exiliados o expatriados o lo que sea. Calixto se pierde. Pierde su identidad disolviéndola en otra cultura justamente porque «puede» volver a Chile, y porque sabe que no podría tolerar que nada, ahora, sea igual, no desde el punto de vista político, sino humano... qué ganas de seguir, pero esta pluma esta pésima y tengo sueño y no me voy a levantar a buscar otra.*

El sol entra iluminando el living y el calor se filtra por las ventanas entreabiertas. Ojalá llegue alguna brisa que refresque este inclemente agosto en Madrid. Sentados en el living veo conversar, después de un almuerzo dominical en *famille*, a los Vargas Llosa con mis padres. No son *famille* ahora como lo fuimos en Barcelona. Ese tiempo quedó atrás; no la amistad, pero sí la sensación de que éramos parte de una sola tribu.

En Madrid, José Donoso tiene amigos como Sara Gligo, Ian Gibson y su mujer, Carol. Mi padre pasa por un momento de insatisfacción, de dolor. ¿Echarle la culpa a Madrid? Le pesa la falta de ironía en la gente española: todo es blanco o negro. Quizás es verdad, como dicen los españoles, que por culpa de Franco no hay grises en las relaciones humanas y en las conversaciones. Todo el mundo tiene opiniones, eso sí. No hay duda, los españoles siempre están seguros de algo, aunque no sea más que de una tontera. Mi padre siente una gran envidia de ellos y a la vez cierto rechazo.

*En cierto sentido, el acontecer político español, afectivamente, «me la trae floja», como dicen ellos, no puedo ni debo ocultar mi deleite con algunos de estos modismos del vernáculo de España, como «la puso a parir», o «hay que mojarse el culo», «el rollo», y tantos otros, que no son para nada correspondientes a los míos y, sin embargo, son notables.*

Pero no se desconecta de Chile. Le llega la revista *Hoy* y entiende parcialmente lo que lee. No conoce todos los hechos ni los nombres ni las

siglas, y eso lo conmueve. La contingencia es tanto menos próxima que la española, que poco le importa. Townley, Yumbel, Vicaría, tienen un poder que no tienen sobre él ETA, ni «Monarquía Sí», escrito sobre los muros de nuestro barrio en Madrid. ¡El anhelado regreso!

*¿A qué volver?*, se pregunta en su diario el 19 de octubre de 1979, y luego continúa:

*¿Qué haría en Chile? Por un lado me emociona, por el otro, el lado negativo, me aterra y me ahoga. Regresar me produce la mayor claustrofobia posible: A) por la limitación de los chilenos a lo chileno, su aislamiento, el énfasis en lo nacional, que deteriora y quita imaginación y vuelo y libertad; B) fantasmas del pasado que me acosarían y quizás ahogarían, gente y recuerdos y hechos y reputaciones; C) imposibilidad de elegir una máscara de anonimato, como en el extranjero, cualquier máscara que me guste y que hago cursar como válida y que me resulta... Allá, no, no, las señas de identidad de toda clase me atarían a una sola posibilidad de ser, y no hay lifestyle, más que uno, que elegir; D) María Pilar tiene pocas raíces chilenas, ha vivido más en España y el extranjero que en Chile, pero ha vuelto de otro modo... y ve lo que nuestra hija necesita: un entorno. Pero ¿y ella, ella misma? Resumen. Actitud contradictoria, dolorida y ambivalente, comme d'habitude? ¿Qué hacer? Nada. Aguantar la mecha. Ver cómo se van solucionando las cosas, buscando paliativos para este dolor.*

*¿Quién, aquí, reclamará mi cuerpo cuando yo muera? Nadie. El aterrador poema de Cavafis. En Chile, en cambio, mi gente se disputará el mío. En unos años más, el regreso sería posible. Pero el dolor en este sentido, como tónica general, permanece y es constante y no sé qué hacer con él. Claro que se puede vivir dolorido toda la vida y morir dolorido. El dolor no es incompatible con la vida, que es demasiado fuerte. ¿Tendré que resignarme también a esta otra humillación, a la de saberme demasiado cobarde y frágil como para atreverme a enfrentarme con un regreso?*

*Inacción. Veremos qué puedo hacer, qué pasa, cómo salir de este letargo analítico, este estancamiento de pereza y de miedo en que estoy metido. Ciertamente, hoy no he escrito nada que me vaya a ayudar a salir de nada ni a comprender nada. Comprender es inútil. Estoy estancado, pudriéndome.*

Se embarca en un nuevo trabajo creativo; tiene ganas de escribir, quizás una novela corta, un cuento largo de corte erótico. Entonces empieza a gestarse *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*.

Siente que es un buen tiempo familiar, plácido, sin grandes tormentas entre mi madre y yo. Mi padre tiene menos inquietudes que otras veces; estamos unidos y es un momento propicio para iniciar un trabajo. Relee anotaciones que encuentra en un diario anterior. Hay apuntes para un relato erótico y empieza a desarrollar las primeras ideas.

¿Razones para hacerlo? Necesitaba escribir. Esta novela podría ser rápida y darle el estímulo necesario. Se sentía inseguro, debía escribir algo importante, pero ¿por qué? Ese súper ego monumental no se conforma con escribir una artificiosa novelita erótica. Por momentos cree que es poco importante pero, nuevamente, ¿por qué importante? Por qué todo tenía que ser «importante». Se resiste por momentos, no quiere escribirla, pero la novela ya está metida dentro suyo y continuará con ella a pesar de todas las dudas.

Tiene listo el esquema para el relato. Le gusta mucho. No sabe bien en qué tono, ni en qué libro encajará, pero le parece atractivo escribirlo, quizás más que otras veces. Anota:

*¿Por qué? Podría analizar hasta el infinito. Pero no, porque tengo más ganas de escribir que de analizar motivos hoy: excelente síntoma. Novela corta, manejable, contemporánea. Y sin embargo, manierística. ¿Eso es lo contemporáneo? (¿Puig, Vargas Llosa en sus últimas novelas?), lo que me gusta mucho. Algo de dimensión jamesiana. Hacerlo rápidamente. Desarrollo aquí mi primera idea:*

1) *Ambiente Hoyos y Vinent, marquesas morfinómanas, Paul Poiret, «La*

*Esfera», etc., de Madrid, 1920.*

2) *La marquesita de tal era viuda. Había estado casada dos meses, probado apenas las delicias del amor, pero no quedó satisfecha; era ella quien, recién salida del convento y puesta de largo, con todo su fuego había ravagé a su joven marido, pasivo, pero bien dotado, ella lo hacía, deliciosamente, todo. Su muerte la había dejado no sólo con la miel en la boca y cargada con el peso de su imborrable título, sino con la certeza de que había algo que no conocía.*

3) *En el boudoir des roses fanées (Marcela Vicuña, autora de esa absurda frase de entonces) con una amiga le confía todo y ella le dice que todo es posible, etc. And so on. Divertido, pero no sé. No sé siquiera si tengo ganas de escribir esto, ni qué futuro tendría*

*Y sin embargo... sin embargo, insatisfecho estoy, porque ni esto, ni aquello, ni lo que vendrá, será lo definitivo, literariamente. Recuerdo lo que dice Stendhal al comienzo de La Cartuja de Parma: «Se puso de moda arriesgar la vida...». Quisiera que así fuera para mí, y aquí, en esta novelita, no lo estoy haciendo, a no ser que lo esté haciendo sin darme cuenta. ¿Chi lo sá...?*

Unos días después vuelve al asunto:

*Tengo totalmente terminada y en limpio, y corregida, la primera parte. ¡Oh, maravilla! ¡Qué feliz soy! ¡Qué bien funciono, qué bien funciona todo! Hasta desarmarme, claro, pero escribir, escribir, hasta que se rompa el motor. A seguir. Gran fiesta de disfraces para carnaval, escena, set piece. Será bellísima.*

La vida continúa en Madrid. Los fines de semana los pasábamos en El Escorial; en las vacaciones más largas volvíamos a Calaceite para reencontrarnos con los amigos.

Ya no soy una carga, tengo doce años y no hay necesidad de que me cuiden. Aunque nunca lo hicieron mucho. Siempre fui independiente y, de



alguna manera, muy práctica. Por lo demás, ninguno de mis padres lo era y alguien tenía que serlo, asunto que dejó en mí un rasgo de carácter bastante insoportable: el orden en contraposición al miedo al caos que muchas veces reinaba en mi casa. Eso fue lo que me hizo crecer y ser hoy quien soy.

Mis padres decidieron, entonces, que el paso de una década a otra merecía algo especial, algo exótico... Marruecos.

El viaje fue organizado en conjunto con Toño Fernández Muro y Sara Grilo, quienes tenían una nieta de mi edad, Carolina Head, que además era amiga mía. El viaje fue una odisea, llegamos en auto a Algeciras, para cruzar en un ferry el estrecho de Gibraltar. Por primera vez, tanto mi padre como yo, no así mi madre, que vivió muchos años en Alejandría, salíamos del mundo occidental clásico judeo-cristiano de Europa y América, para asomarnos a otra cosa.

Recorrimos Tánger, Chefchaouen, Fez, Meknes, Marrakech, Rabat. Un mundo desconocido y nuevo, lleno de sensaciones e imágenes deslumbrantes. El paisaje, los colores, los sabores... Tengo los más increíbles recuerdos de ese viaje, mi padre me llevaba a la plaza en Marrakech, todo teñido de rojo, a ver a los encantadores de serpientes, a los contadores de cuentos, comíamos cous-cous en cualquier puestecillo, mirábamos a la gente en silencio, tomados de la mano. También me acuerdo de que el día en que llegamos a Marrakech no podíamos conseguir alojamiento, así que, desesperados, no nos quedó otra que pasar la noche en el Mamunia, el hotel más elegante y lujoso de la ciudad. Recuerdo los grandes salones, la tapicería de brocados de colores combinados con los pisos de mosaicos, las lámparas de lágrimas.

De vuelta en Tánger —era Nochevieja— salimos a recorrer las calles atestadas de gente. De todas las ciudades que visitamos, Tánger era la menos bella, quizás por ser, a primera vista, la más europea. Aunque para mi padre, Tánger fue la más perturbadora, la más extraña. Paramos en un café cualquiera, en una animada esquina. Mientras yo y mi amiga jugábamos,

todos evocaron, en relación a sus propios intereses, su vínculo con Tánger. Toño Fernández Muro y Sara, pintores, recordaron el oriente romántico de Delacroix, que pasaba largas temporadas allí, y el balcón del Hotel Villa de France, con la palmera inmortalizada por Matisse. A mi padre le hubiera gustado comprobar la veracidad de la leyenda de que Oscar Wilde y André Gide se encontraron en el Café de Khafita, en lo alto de la ciudad. Mi madre recordó a William Burroughs y la Generación Beat, todos ligados a Tánger. En un artículo sobre esta ciudad misteriosa y esa noche en el café, mi padre recuerda:

*El café se iba poniendo cada vez más y más silencioso. Frente a una mesa del rincón, observando la calle con un aire de melancólica ironía, estaba lánguidamente sentado un marroquí flaco y de gafas, ya maduro, quizás un poco enfermo por la palidez de su rostro, cuya sabiduría, dije, me recordaba a alguien.*

*Baltasar... acertó Sara Grilo.*

*Claro que sí. Esa era la clave que había andado buscando en Tánger: El cuarteto de Alejandría, de Durrell, leído con tan inmenso deleite hacía veinte años, ahora totalmente olvidado, pero tal vez no tanto. El fugaz entusiasmo de mi generación por ese libro había dejado demasiados sedimentos en nosotros para poder olvidarlo totalmente. El fervor de la primera lectura dejó a ciertos personajes tan vivos en mí. Sí, Baltasar, el de Alejandría, en un extremo del África mediterránea, era también este Baltasar de Tánger en el otro extremo.*

*Y detrás del discutible valor del Baltasar durrelliano, lo indiscutible de su modelo: el poeta alejandrino Constantino Cavafis.*

*En ese rincón del Mediterráneo donde pasé esa hora mágica, frente a este Cavafis durrelliano redivivo, pensé en la lejanía de las raíces de todos los que tomábamos té de menta alrededor de esa mesa. ¿Dónde colocarnos, después de tantos años en el extranjero, cuál era nuestro ámbito, a qué*

*pintura, a qué literatura adscribirnos? Esto me hizo pensar, en ese café, frente al Baltasar de Durrell sentado a su mesa, en el final de un poema de Cavafis, el alejandrino.*

Creo que de vuelta de este mágico viaje, mi padre decidió su retorno definitivo a su Ítaca, Chile.

1980 es el año de los grandes cambios y decisiones. Volveremos en diciembre, a mis quince años. ¿Cómo se gestó todo? Bastante inexplicable ¿En Marruecos? La excusa final fui yo; la necesidad de que «la niña tenga raíces». Pero realmente quien quería reencontrar las suyas, y con derecho, era mi padre.

Todo comienza cuando recibe una invitación para dar una serie de conferencias: Nueva York, México, Colombia, Bolivia y Chile. Decide ir, a pesar de la larga separación, tres meses de intensa actividad, pero se trata ganar dinero, y ganar dinero da tranquilidad para escribir.

Los viajes para mi padre siempre eran no sólo un prolongado *trottoir* literario: entrevistas, conferencias, cursillos, televisión, amigos viejos y nuevos, además del constante agasajo al ego pese a algunas vicisitudes menores, sino también el placer de ser espectador apasionado; ver, escuchar, absorber y, a su vez, ser receptor de estos mundos con sus paisajes y sus personas. Viajar, sin duda, fue una de sus grandes pasiones.

En su estadía en México se reencuentra con viejos amigos que lo invitan constantemente a los más lujosos restaurantes. México le trae recuerdos, piensa en todo lo que pasaron con mi madre cuando vivieron años atrás ahí: las flores, los olores, los ruidos, los insufribles mexicanos; pero, sobre todo, recuerda lo bello y lo agradable durante su vida ahí: los elotes de sabores y las guanábanas, los mangos y algunos amigos.

Quiere que mi madre viaje a México para encontrarse con él después de toda la gira, con la que está comprometido. Le cuenta:

*Al principio no la echaba nada de menos, estaba, in fact, feliz de haberme evadido del círculo familiar y ser YO, nada más que YO durante un tiempo, pero ahora he comenzado a desesperarme de nostalgia por ti, de pensar en ti todo el tiempo, de pensar en lo maravillosa que hubiera sido esta experiencia compartida, lo mismo que con la niña, a quien tan desesperadamente echo de menos.*

*Esta venida a México ha sido realmente providencial. Tú y yo tenemos que viajar más y gozar más. Mañana, Valentín Pimstein da un cóctel gigante para mí, con María Félix incluida. Almorcé con Carlos Fuentes y Buñuel y la Poniatowska. Después pasé toda la tarde chez Buñuel (casa increíblemente fea, idéntica a la de Zaragoza) con Alcoriza.*

*El agotamiento y la maravillosa actividad, y comprobar que hago las cosas bien, no neuróticamente, y que tengo una voluntad creativa y productiva fuera de serie. Estoy realmente feliz, en «mis plenos poderes». Te digo que lo único que me hace falta son ustedes para compartir este goce. Ciudad fea y apasionante. Gente HORRIBLE. Pero todo con una dimensión, positiva y negativa, que realmente emociona y te deja con la boca abierta.*

*Tenemos que viajar y gozar más ahora que podemos. El mundo está fascinante, pleno, terrible. Son nuestros años de plenitud. ¡Aprovechémoslos! Si mi plenitud le sirve a la tuya, tómala, te la regalo, es toda para ti.*

*Se siente abrumado con todas las posibilidades que se le han abierto, primero en Nueva York y ahora en México. Incluso piensa en la eventualidad de vivir un tiempo en esta ciudad para dirigir él mismo una película de alguno de sus libros. ¿Gaspard de la Nuit? A lo mejor. Es un proyecto que reconoce como «no realista, pero posible».*

*La carta a mi madre continúa explicando todas estas vivencias:*

*No sabes cómo se ha portado Valentín Pimstein y su mujer, me tratan a cuerpo de rey. Fui a Cuernavaca ayer con Álvaro Covacevic y sus dos*

*mujeres. Vi a Bob Brady y es un ridículo increíble pero muy pintoresco. Todos te recuerdan.*

*Pero los mexicanos son muy particulares. Tito Monterroso me dio una gran comida —cómo vas a gozar con la comida mexicana— y estaban Leñero y su mujer. Con Leñero tuvimos una discusión, amable, divertida, literaria, algo violenta, no se despidió de mí, se puso furioso, no me publicó en su revista la entrevista que me hicieron larguísima para ella, y cuando lo llamo para concertar una cita para ir a cenar o algo, nunca puede. A un periodista le dije que La cabeza de la hidra, de Carlos Fuentes, no me gustaba mucho como novela, y aparecieron los titulares «Donoso habla contra Fuentes». Por suerte, la entrevista misma no contiene nada que sustente eso. En fin, un mundo difícil si uno viviera aquí, pero fascinante para unas semanas. Todo es bello (la ciudad es horrible), pero qué casas, qué interiores, las casa de Cuernavaca, los hoteles... My God y qué restaurantes increíbles... Covacevic me llevó ayer a Cuernavaca a un restaurante que se llama La hacienda de Cortés, recién inaugurado, que es el fundo de Hernán Cortés, remodelled... qué maravilla increíble... un comedor junto a una cascada, bajo un techo sólo de lianas muy altas de filodendros gigantescos, de mariposas azules volando entre las mesas y las marimbas, no tienes una idea, y las paredes rojas casi como Marrakech. Te hubiera encantado después de la sobriedad castellana y del frío general de Europa y su medida, todo este desmesuramiento.*

Dominante como era con mi madre, le envía en la misma carta todo tipo de instrucciones de qué ropa llevar: las blusas que le ha regalado y sus vestidos de verano, la capa negra. Nunca dejó de dirigirla en cómo debía vestir, pero esto no era por dudar de la capacidad de mi madre, elegante por naturaleza, sino más bien porque él estaba orgulloso de su belleza y le gustaba que la resaltara. También era porque mi padre tenía un sentido bastante frívolo, el

cual reconocía en el buen vestir, además de ser una manera oculta de disfrazarse él mismo mediante ella.

Mi padre debe ir a Estados Unidos y luego volver a México, a la Feria Internacional del Libro, donde se lanzaría, para toda Latinoamérica, *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*. Le ofrecen varias posibilidades de llevar al cine alguno de sus libros. Le entusiasma sobre todo la seguridad económica que ello le aportaría. Álvaro Covacevic quiere hacer *Casa de campo*; Alcoriza quiere comprar el cuento «Átomo verde número cinco»; Ripstein está interesado en «El Güero»; Werner Herzog también quiere *Casa de campo*.

Me escribe desde México para hacerme partícipe de sus planes.

*Con todo lo que me está pasando podríamos hasta quizás comprarnos una casa... ¿En Chile? ¿En Madrid? No lo sé. En todo caso, mi linda, ahora que tu mamá está dispuesta, nada me gustaría tanto como volver a Chile si es que es social y políticamente posible, y si a mí, después de verlo, también me gusta. El retraso en volver a España, entonces, se debe en muchos sentidos a mi esfuerzo para consolidar una seguridad para los tres, que nunca debemos separarnos, y para poder darte a ti una buena educación. En el mundo futuro, que bien lo sabes se presenta como problemático y difícil, y las herencias no son ninguna seguridad puesto que el dinero pierde su valor día a día, lo único que da seguridad es una buena educación. Dentro de esta buena educación, una cosa básica es el aprendizaje del inglés: yo no sería quien soy sin saberlo.*

*Quisiera instalarme en Chile, si fuera posible, definitivamente, y ahí veremos.*

*Pienso todo el tiempo en ustedes. Te mando un gran beso, amor mío, y no olvides a tu padre que piensa en ti todo el tiempo.*

Llega a Chile en abril de 1980, agotado después de México, pero entusiasmado con el reconocimiento que le brindan. Irónicamente le dice a mi

madre que «en Chile falta muy, pero muy poco para el recibimiento multitudinario en el Estadio Nacional que usted me exige como condición para el regreso».

Todo el mundo lo conoce y reconoce su mérito como escritor, algo tan anhelado internamente por él. Es ahora conocido como *the major literary figure* de Chile. Eso, curiosamente, después de *Casa de campo*.

Inmediatamente busca dónde podríamos vivir. Primero se entusiasma con un departamento, pero desiste cuando encuentra la casa de Galvarino Gallardo, que será nuestra residencia definitiva. La decisión está tomada, el regreso es un hecho.

A mi madre le da sus razones:

*La vida sería tan, tan fácil. No fascinante, no excitante. ¿Pero lo es en Madrid? Para mí, ciertamente, no. Lo es sólo durante los viajes, Unión Soviética, New York, Marruecos. No hay razones por las cuales estos halagos y excitaciones no puedan seguir existiendo si vivimos en Chile, y aún más. Aquí soy el Rey. Tú serás la Reina total, y la Pilarcita estará rodeada de seguridad y cariño.*

*Regresó a vivir aquí la Tachy Edwards, están los Castedo, Jorge y Pilar Edwards, la Lily Garafulic, y algunas luminarias más. Existe un grupo elegante y sofisticado, del cual sin duda seríamos centro.*

Está muy entusiasmado con volver; todo está dado. Encuentra que la gente ya no friega tanto con la política, y es un momento de mucha seguridad económica en el país (caerá luego y abruptamente). Con lo que mi padre gasta en el alquiler del departamento en Madrid, en Chile puede vivir muy bien e incluso ahorrar. Por otra parte, está la familia, el calor, el cuidado.

Siente, entonces, que en Madrid nada ni nadie realmente lo compensa. En cambio, en Chile están los amigos: Cristián Huneeus, Julio Fabres, la Mariga Rojas, la Pauline Barros, Jorge Astaburuaga, Jorge Swinburn. En la misma carta describe su emoción.

*La gente admira mi sencillez, mi vitalidad, mi calidez, que me gusta proyectar como imagen, y aquí es recogida junto con mi sentido de humor, allá incomprendido. Todo el mundo saludándome, felicitándome, y nada, esta vez, de paranoia política. I feel at peace, at home. Fuera de que, ya lo sabemos, nada es «para siempre». También el no tener miedo a ser quien soy y a mis iguales. Reconocerme en grupo humano del cual soy diferente pero del cual vengo. Y la visión de la Pilarcita creciendo aquí, entre sus primos un poco mayores que se enamorarán de ella... No te lo niego, me hace feliz, me da paz.*

*Quiero ofrecerte la facilidad de una nueva vida, cómoda, y más lujosa. Posibilidad de tener una casa de weekend en Cachagua. De pronto, todo es posible. Todo para ustedes dos, que son lo que más quiero, lo único que realmente me importa en la vida. Y si aquí reina en este momento esta bonanza económica, por qué no aprovecharla. Why should we feel guilty, when we didn't when we lived under Franco? Aquí hay mucho que hacer. No me veo haciendo una gran «vida pública», pero sí una tranquila vida de utilidad pública, if you can tell the difference. Lo mismo veo para ti.*

*La familia, la Nana, el olor a mar, las falenas en la noche en torno al farol costero, el olor a hilang-hilang, a peumo, a prado recién regado. La sensación de que mis canas tienen eco en las canas de otros que son mis iguales y a los cuales ya no temo. Amores... pensad... pensad... tenemos que decidirlo pronto.*

*Va a pasar unos días al balneario de Cachagua, a la casa de Pablo y la Lucha. Son días de descanso, la placidez de Zapallar, los paseos a la orilla del mar, las visitas al cementerio donde están enterrados sus padres entre las rocas que el mar golpea. Ve a su hermano Pablo en el deleite de ser abuelo, paseando a su nieto a caballo; por la tardes, sentado junto a él, escucha en silencio el *Réquiem*; su cuñada toca el piano en una habitación lejana y luego baja a sentarse frente al fuego. Mi padre quiere un pedazo de ese mundo para*



sí, quiere recuperarlo; la vida se le plantea finita y le escribe a mi madre el Viernes Santo de 1980.

*Amor querido:*

*Pienso que estuve en la tumba de mis padres, donde probablemente me entierren a mí y a ti y a la niña, donde están debajo de la tierra los restos de mi papá, mi mamá, tan queridos y tan recordados, en un montículo alto, en un cementerio de campo frente al mar. Curiosamente, sentí poca emoción: murieron, supongo, cuando debían morir y como debían morir. Junto, exactamente al lado, hay dos tumbas que separan las tumbas de la fila nuestra del mar. En una está Eduardo Sánchez, el más brillante y más encantador de los amigos del grupo de mi hermano Pablo, que murió idiotamente con la Carmen Reyes en un accidente de auto hace —parece increíble— casi diez años. Sobre su tumba crece una gran macrocarpa achaparrada por el viento y abajo truena el Pacífico en las rocas. Esta tumba sí me conmovió: Sanchula era como hermano nuestro, un poco, el mejor, el más encantador, y está ahí, junto a mis padres, a quienes precedió por diez años a la tumba. La otra tumba es muy reciente: un cuadrado de piedras enterradas en la tierra, el cuadrado cubierto con conchilla molida, una cruz de palo, un tarrito de Nescafé con agua tierrosa y una sola flor completamente seca, quebrada y caída. Es la tumba de la pobre Christiane Cassel, que se suicidó hace unos meses. La mujer más bella, más encantadora, más inteligente, más rica, más glamour, más buena tipa... ¿Te acuerdas qué luz era? La estoy viendo, en una de esas exposiciones que organizaba Thiago de Mello en la Embajada de Brasil, una gloria de mujer, la recuerdo con dos pendientes largos que eran como lágrimas de azabache. ¿Te acuerdas de ella? Y estaba allí, bajo la tierra, al lado de mis padres, al lado de Sanchula. Un poco terrible, y sin embargo no tan terrible: tiene algo de benigno, de familiar este cementerio, tan tranquilo, tan remoto, con Mario Matta, rey de Zapallar, a quien mi mamá tuvo en sus brazos de niño,*

*enterrado en una especie de avanzada, de roca majestuosa. Y don Sergio Larraín, a quien sorprendimos unos pasos más allá rezando, o contemplando la tumba de su hijo Santiaguito, muerto hace treinta años cuando era un niño y se cayó del caballo y le cambió para siempre la vida a don Sergio y a la Pin. Todo tan conocido. Sentí las voces de Juan Rulfo, una especie de Pedro Páramo, los muertos hablando y discutiendo, y el sol abrasador arriba, y el mar rugiente abajo, y toda esa paz, y mis padres que murieron cuando debieron morir, y la roca, pequeña, con su modesta inscripción y modestos nombres y modestas fechas en ese cementerio benigno, este increíble Viernes Santo que tanto en mí ha santificado y aclarado. Dios mío, y de vuelta en casa, sin nada que hacer más que tratar de traspasarte esta emoción tan válida, tan primaria que he sentido por primera vez, la certeza de dónde quiero que mis restos reposen.*

Qué distinta es hoy mi emoción al pararme frente a esa misma tumba, donde ahora están ellos. No veo ni nombres ni fechas modestas en la inscripción de la piedra, siempre inmutable, silenciosa como la muerte.

Nuevamente mi padre nos escribe desde Chile, esta vez anunciando que la casa que eligió está comprada. La carta va acompañada de dibujos hechos por él para explicarnos cómo es. La describe como una casa de estuco amarillento claro, estilo francés, con una enredadera que cubre la fachada; se llama *empelopsis* y en otoño se pone colorada. El techo es de teja plana, con ventanas y puertas francesas, y las ventanas del segundo piso tienen una baranda de hierro forjado. El primer piso tiene tres ventanales iguales que dan a una terraza elegante, donde quiere hacer una pérgola en la que cuelguen glicinias. La terraza mira a un jardín no muy grande, pero arbolado. El segundo piso tiene cuatro habitaciones, dos baños y un hall de distribución. El tercer piso es una buhardilla, y quiere convertirla en su estudio, levantando el techo y haciendo un gran ventanal a todo lo largo. Más tarde pasará largas

horas ahí, en la tarea solitaria de inventar un mundo, encerrándose en la soledad de su locura creativa.

Una vez más mi padre ha encontrado un lugar fantástico para vivir. Si bien era potencialmente bello, logró transformarlo en un espacio único. Las casas de toda nuestra historia de trashumancia familiar, al igual que ésta, debían cumplir ciertos requisitos, sobre todo que el mundo exterior no viniera a invadirla, que no pudiese devorarla y que, en su interior, se desarrollara una vida sin paralelo alguno con el exterior.

Logra dejar todo arreglado en Chile, las obras necesarias para la casa a cargo de Jorge Swinburn; la parte legal a su gran amigo y abogado Jorge Valenzuela, el Cholo; a la Lucha, su cuñada, la parte de los pagos, y a su sobrino Martín, la misión de mantener el jardín. Mi padre sigue su gira por Latinoamérica: primero pasará por Bolivia a visitar a mi abuela materna, luego a Colombia, Venezuela, Panamá y México. Lo hace para ganar dinero y así arreglar la casa recién comprada, además de costear el traslado.

*Bueno, amores míos, comienza otra etapa. Quizás la definitiva, la más verdadera: el círculo del peregrino se cierra y Donoso vuelve a Ítaca. Hay una armonía en todo esto. Estoy feliz.*

Después de esta larga travesía, de la locura de viajes tras viajes, de los reencuentros y desencuentros, llega a Madrid a preparar la vuelta a Chile.

Viaja a Barcelona para definir con Carmen Balcells cómo se hará todo desde la distancia, y a Calaceite para ver la posibilidad de arrendar la casa; por ningún motivo quiere deshacerse de ella.

A mi madre también le entusiasma la idea de volver a Chile. Pese a que su vida en Madrid ha sido buena por momentos, su tendencia a la depresión y al alcohol ha vuelto.

*Cuándo llegará el día en que al despertar no me angustie ante la idea de abandonar mi cama-útero y enfrentarme con el día. Hay ratos en que estoy muy contenta de mi vida aquí... pero igual...*

*Tengo la esperanza de que en Chile estaré mejor. Qué ganas de desahogarme, no puedo con Pepe, está tan feliz escribiendo que no quiero perturbarlo. Calmo mis ansias orales... agua del Carmen, café, cerveza.*

*Mi padre le escribe a Jorge Swinburn y en sus exigencias se advierte la importancia que tiene para él la estética:*

*Querido Jorge:*

*Por fin carta tuya, cuando ya desesperaba. Menos mal que salgo en los diarios para que te acuerdes de mí. Y dime, ¿por qué salgo ahora en los diarios de Chile? ¿Qué he hecho?*

*En todo caso, tu carta apaciguó mi corazón atormentado, y espero que salga todo estupendamente. El presupuesto es más elevado de lo que quería gastar, ¿hay alguna forma de bajarlo? Y dime, el presupuesto incluye: a) arreglo y muebles de cocina; b) pinturas; c) placard; d) ¿pérgola?*

*Los colores: sabes el color que digo, rosa-salmón-beige no demasiado tenue, el color de algunos mármoles. Espero, antes de terminar esta carta, convencer a mi mujer de que el comedor debe ser amarillo-Lisboa.*

*Estudio: perfecto, sin reparos. No se te vaya a olvidar un fuerte aislamiento contra calor y frío en el techo.*

*Ahora, la pérgola: me parece fabulosa tal como está. ¿Pero una estructura tan grande no se comerá a la casa? ¿No habrá una desproporción? ¿No resultará una casita a una pérgola pegada? Tu dibujo es delicioso, ¿pero es realista?*

*Llama ahora mismo a la Lucha, por favor, y dile que le pida a Martín, mi sobrino, que plante desde ya las enredaderas de flores de la pluma más largas que encuentre exactamente donde tú le indiques, de modo que cuando lleguemos ya haya una especie de parrón con hojas. Por favor, lo de la pérgola cuanto antes. Y que a lo largo de la pared del sol plante lirios, muchos lirios, azules y amarillos mezclados (no morados, o sólo alguno, y alguno blanco).*

*Es muy importante sobreplantar (es decir, plantar demás, dos glicinias donde debía haber una, consejo que me dio Vita Sackville West en un absurdo almuerzo chez Paz Larraín en Santiago hace siglos).*

*Vuelvo a los colores. Comedor: insisto en rosa-veneciano, es decir, un coral bajo pero no tan bajo como para que parezca «sobrio». Toda la entrada, toda la escalera, todo el hallcito arriba, amarillo claro. Amarillo flor, amarillo sol, amarillo narciso, acuarelado, como en Lisboa, limón, tú sabes, el que se ve tan bonito con los dinteles blancos. Sin nada de beige, sobre todo. Pura acuarela, pura transparencia, lo mismo que en el dormitorio principal, sólo que allí más pálido. El living blanco.*

*En el living una biblioteca en obra, algo regular, con estanterías, que todo sea muy regular tanto en lo horizontal como vertical.*

*Manos a la obra.*

Esta carta retrata fielmente su impulso de crear, al igual que en una novela, un entorno en el deleite ante lo bello. Para mí, esto también es vital y él me lo enseñó: el espacio donde uno vive debe ser un ambiente característico; más allá del gusto personal de la casa, debe ser un mundo en sí mismo, aislado del resto.

Tomada la decisión de retornar a Chile, sus paranoias salen a flote. Siente que todo es un verdadero caos, que el traslado a Chile le va a costar millones, que va a quedar arruinado. El departamento de Castellón de la Plana, inspirador de *El jardín de al lado*, está desarmado y vacío.

*Vienen a llevarse la casa. Fingiendo interesarse por el departamento, nuestro vecino, el condesito de Romanotes (o algo así, que debe haber oído que un «escritor» vive en ese piso y los mira desde su ventana) vino con una amiga y con su mujer (nada que ver con mi personaje, ni él tampoco: sí el jardín, el verano, la juventud, el privilegio, la belleza) a ver nuestro piso y lo encontraron «muy mono».*

*Ahora, elegía. No quiero permitir que este caos la interrumpa. He estado*

*escribiendo demasiado de corrido y con demasiado placer..., por lo menos el principio.*

*Aunque mi escritura de hoy no sea brillante, no quiero suspenderla ni cortarla, quiero que avance. En todo caso, como vivo en el desorden de esta casa desmantelándose, prefiero contrarrestar ordenando, analizando, que utilizando la simple redacción.*

Luego, cambia de opinión y siente que es mejor escribir más y redactar, que ordenar y analizar. Debe tener claro el *time sequence* correcto, perfecto, conforma la novela: MadridSitges-Madrid-Tánger.

*He terminado la versión definitiva del handel-agarradera, o verso de oro, o página de oro, o párrafo de oro, o lo que sea, de donde siento surgirá, como al destapar una olla, toda la fragancia y la forma de todos los monstruos que inventa el brujo. Buena presentación de personajes y ambientes, liviana y como al trasluz.*

*El jardín de al lado, sin saberlo aún, ya está en plena gestación y su escritura avanza.*

*Desde la ventana de mi estudio veo, en la tarde tórrida, a la princesa alemana (hija del Rey de Alemania, según chismes de portería), con encrespadores y gritándoles a sus hijitos que juegan con conejos de felpa. Está leyendo un libro. Desde esta distancia y con el temblor de las hojas de los árboles inmensos, parece ser un libro de mi editorial. ¿Quizás un libro mío? Ella consume, yo produzco. Tengo que terminar este libro mío sobre ella antes que ella termine de leer mi libro. Gestos íntimos porque no sabe que alguien durante todo el día la mira y la ve y queda la crónica. La criada le lleva el té en una bandeja que deja sobre el pasto. Le pregunto más sobre ella al portero y fantaseo...*

De hecho, es reconocible ya en estas palabras. Pero el terror se apodera de mi padre. Le llega la noticia del atentado y muerte de Roger Vergara en Chile, director de la Escuela de Inteligencia Militar. Si un día antes su regreso

a Chile le parecía traumático, complicado, agotador, ahora simplemente es aterrador. Pero sabe que ya no puede echar pie atrás.

*Estoy francamente aterrorizado. ¿Por qué no atreverse a tener miedo, a confesarlo? Sueño que no se atreverán a tocarnos. ¿O me estoy haciendo ilusiones pretenciosas de que siquiera piensan que vale la pena tocarme? Tal vez el silencio en torno a mí vaya a ser completo y eso sea difícil de tolerar. ¿O no? No sé. La policía secreta crecerá. Habrá toques de queda, razzias, vigilancia, listas negras. Los pobres se harán miserables y la nueva clase de ricos propiciada por el régimen tendrá la sartén por el mango. No creo que yo corra peligro personal. Pero, ¿y lo que escribo? ¿No sería este justamente el momento indicado para quedarme afuera y usando mi prestigio despotricar contra el régimen? Puede ser. Pero ya es demasiado tarde...*

Mi padre sabe que tiene razones importantes para volver: sus padres han muerto y quiere tomar su lugar en la delgada historia de su familia. Además, estarán los tres hermanos juntos. Tal vez tampoco sea esta la razón por la que vuelve, tal vez sea porque no le falta tanto para cumplir sesenta años y quiere, de una vez por todas, quedarse en su tierra, morir ahí, entre los suyos. Quiere, finalmente, ir a participar en la historia de su gente. Ya no más cambios; éste será el definitivo, el arraigo. Pero de todos modos está lleno de dudas.

*No otro viaje. Odio las maletas, el olor a maletas, a naftalina, y los perros y los gatos, como si supieran, se ponen histéricos cuando uno comienza a ordenar la ropa adentro y la vuelven a revolver.*

*Imposible trabajar en un día trágico como hoy, trágico para Chile otra vez. ¿Cuántos días trágicos para Chile tendré que enfrentar viviendo allá, y cómo aprenderé a ir capeando, si es posible, el temporal? Y si lo capeo — que es probable puesto que no soy persona de alto riesgo, supongo, espero—, ¿qué fuerza me va a quedar para hacer qué, para decir qué? ¿Terminaré, por fin, convencido de que ya no vale la pena decir ni hacer nada, que, supongo, será lo que ellos quieren que suceda? Falta tan poco para la*

*partida. Para el regreso. Y cada día se hace más difícil ese viaje, y de alguna forma —quizás sólo para dejar allá mis huesos— más necesario y más doloroso.*

Se cierra definitivamente el departamento de Madrid. Nos vamos a pasar los últimos dos meses que faltan primero a Calaceite, luego a Sitges y, finalmente, haremos un viaje por Italia a modo de despedida de Europa.

En Calaceite escribe el final de *El jardín de al lado*. Siente terror de terminarla; se agarra desesperadamente a la novela; sabe todo lo que implica; el desgaste físico que se apodera de su cuerpo luego de cada final; la angustia de qué hacer después, el miedo a la «seca» literaria.

A lo lejos suenan las campanas de la iglesia de Calaceite. Seguramente en Chile pensará en los paseos diarios por el campo en los alrededores de Calaceite que hizo durante los cuatro años que vivimos ahí. Se llena de pronto de tristeza al pensar que abandona estos paisajes de olivos.

*A veces he odiado este pueblo que tanto amo, porque se autodestroza y se vulgariza —¿dónde no sucede, por otra parte?—. Yo lo que menos querría sería un pueblo-museo, y a veces ha habido hasta mal olor, a cerdos, en las calles. Pero de alguna manera todo forma parte de un todo significativo, y al fin, armonioso. El paisaje sigue bello, casi intocable, el río Mataraña, los ancianos olivares en torno a Calaceite y sus cipreses, y los de Horta picassiana, y el Castillo de Valderrobres, ahora cerrado por reparaciones, y los palacios de piedra rosa-dorada que van quedando perdidos por ahí en los pueblos, si no los derriban para construir mamarrachos. Y pensar que estoy tan cerca del fin. Lo más terrible de todo es tener que elegir: uno inevitablemente yerra, por lo menos en algún sentido. Y cerca del fin de dieciséis años fuera de Chile, temo... temo todo, errar con el regreso, que algo suceda y que no pueda llegar a disfrutar todo lo que quizás sea posible disfrutar allá, y tanto, tanto que está cayendo en mis manos. ¡Es un período tan pleno! Pese al tinnitus que algo muy inconsciente me está diciendo. No*



*me importan nada las pequeñas tragedias del diario vivir, como se dice, y soy capaz de sobrellevarlas pese a que sé que algunas pueden llegar a ser grandes tragedias, andando el tiempo. Pero gozo demasiado escribiendo, paseando, con el pueblo y la niña y María Pilar..., aunque no siempre es, o ha sido así.*

Mi padre trabaja en la segunda versión de la novela. Mientras, divaga a quién dedicársela, posiblemente a Mauricio Wacquez, a quien encuentra «como siempre tan maravilloso, insoportable, intransigente, siempre renovador y cariñoso». También podría ser a su sobrina Claudia o a uno de sus hermanos. Ante el inminente término de la novela, lo asaltan dudas sobre su propio fin, su miedo a la muerte, siempre presente en estos momentos de cierre creativo.

*Curiosas fantasías de muerte, de repente. Moriré esta noche, no lograré terminar esta novela (recordar el ataque al terminar Casa de campo; la hemorragia al terminar El obsceno pájaro), que moriré en el viaje a Italia en el avión o que caerá nuestro avión que nos lleve a Chile o que allá nos pasarán cosas peores. Es aterrador. Y a medida que se acerca el final de la novela y el viaje a Chile aumenta mi terror.*

Dos días después anota:

*He trabajado como bestia de carga. Hoy me toca el final. ¡Sí, puedo!*

*¡Fin! ¡Fin! Increíble. Fin de mi sorprendente Jardín de doscientas treinta páginas.*

## II. El retorno

## Santiago de Chile, 1981

El retorno de cualquiera a su país luego de cerca de veinte años de ausencia es una situación límite; debe «adaptarse» o «readaptarse» a un mundo que creía conocido, pero que, sin embargo, ya no es tal.

En este primer reencuentro, a mi padre le resulta difícilísimo recuperar la ligazón afectiva con Santiago, ciudad que tenía metida adentro, pero que ahora no existe. Se siente ajeno; los paseos que da en estos meses iniciales arrojan un resultado negativo. Las huellas de su modesto pasado —que por lo menos es suyo— parecen haber desaparecido, o están dentro de un contexto político, económico y social que las ahoga, las aplasta.

*El progreso y el cambio en la ciudad son necesarios; pero no a costa de la destrucción o anulación de nuestro pasado. Sólo quiero dejar constancia de mi perplejidad de recién llegado ante este espacio real que por mis circunstancias particulares debo transformar en espacio emotivo y novelístico.*

*Thomas Hardy, en The Return of the Native, presenta al nativo que regresa despedazado por dos fuerzas, dos emociones, que ese novelista simboliza en dos mujeres: una es la fuerza que quiere alejarlo de nuevo y para siempre de su tierra, y la otra, la fuerza que lo haría permanecer anclado allí. En este momento yo me siento agobiado por la complejidad de esta ambivalencia.*

La vuelta a Chile es más compleja de lo esperado. ¡Si hasta la lengua le parece ajena! La patria de un escritor es, inevitablemente, su idioma, y aquí se siente exiliado, como en Madrid o como en Cataluña. No tiene nada que

ver con el «vai», «estái», «tierno», ni con los diminutivos ni con el «súper». Ese lenguaje, que él creía tan suyo, no expresaba lo que él era.

Su retorno también está marcado por el fantasma de la falta de reconocimiento. Si bien en el extranjero sus obras son bien consideradas, se siente inseguro debido a que Chile sigue siendo catalogado como un país que no tiene novelistas, sino que es tierra de poetas. Mi padre quería que lo reconocieran como novelista y, ojalá, como «el» novelista chileno.

Pasarán los años y no dejará nunca de preguntarse qué lo hizo volver realmente. No fue esa nostalgia primaria, ni la idealización de lo que se ha dejado.

*Es más bien lo contrario a la idealización: lo recordado con más ansia suele ser lo negativo, lo doloroso, lo que da rabia, ese universo doloroso que dejó perpetuas llagas limitadoras, y por lo tanto formativas de la visión parcial de su país que tiene cada escritor.*

*El escritor no vuelve a su país natal después de veinte años de ausencia en busca de la misma parte de sí mismo cuyo conflicto creyó haber superado y eliminado, si no resuelto, con los libros escritos desde el extranjero. Una parte considerable de la novela contemporánea trata la recuperación desde el extranjero de los espacios nativos.*

*Cuando salí, Chile era un país democrático que mi imaginación percibía como envenenado por los fantasmas de mis tres novelas escritas en el extranjero —fantasmas que sentí me impedían escribir dentro de Chile—, rematando en las ruinas y las viejas de El obsceno pájaro de la noche.*

*No volví para enfrentarme nostálgicamente con «la pesadumbre de los barrios que han cambiado», que canta Susana Rinaldi en el tango Sur. Sin embargo, me encontré aquí con la repetición, idéntica pero con otra clave, de las miserias de las que hui. Creo decir algo que no está lejos de la verdad*

*si afirmo que volví a mi país porque estaba cansado de ser extranjero, quizás en busca de lo fructífero que literariamente sería dejar de serlo.*

*Ser extranjero es tener que identificarse, explicarse a sí mismo a cada persona y volver a definirse ante cada situación. En el país propio no hay necesidad de hacerlo porque se reconocen todas las claves, yo identifico inmediatamente las señas de identidad de los otros, y los otros reconocen las escritas en mí: habla, vestir, casa, costumbres, dirección, color, forma de la barba y los bigotes, anteojos, modismos, todo instantáneamente descifrable. Desde allá uno pensaba con deleite que volvía, justamente, a eso. Pero con el tiempo uno llega a comprender que ese deleite es pasajero, además de esterilizante. Si uno exhibe señas de identidad inmediatamente reconocibles es prisionero de ellas, una terrible máscara de hierro que le impide cambiar constantemente de máscara y uno está condenado a una sola. Se echa de menos la variedad de máscaras que uno podía conjugar allá, y uno se da cuenta de que la identidad es más rica si es una suma de máscaras diversas, no una sola «persona» esclavizadora.*

En varias de sus inseguridades más profundas reconozco su temor a que, una vez aquí, vuelva a ser catalogado de alguna manera dolorosa, tal como en su juventud; ese temor a ser incomprendido nuevamente, mirado con extrañeza en un mundo tan pequeño como Chile.

La vuelta también tenía relación con un sentimiento de culpa muy fuerte. El gran dolor de haber perdido un pedazo suyo por no haber vivido parte de la historia de su generación. Eso significaba, para él, la sensación de que le faltaba un brazo y una pierna, de ser un lisiado. Retornar significó un esfuerzo por recuperar esas partes y expiar culpas.

Mi padre vuelve a este sitio que creía tan suyo, pero los espacios creados por el novelista, que son collages de experiencias vividas y lugares conocidos, son inlocalizables en un mapa que no sea el de la imaginación y,

por lo tanto, debe enfrentarse a esto, a esta nueva realidad, donde no logra encontrar ese espacio.

A mi madre, en cambio, se le abrió todo un mundo. En los primeros años en Chile organizó un taller de «toma de conciencia feminista». Venía con el bagaje del grupo al que pertenecía en Madrid y creía que podía aportar mucho al que se estaba formando en Chile. Se comprometió políticamente a través de la Iglesia. Comenzó también a escribir un capítulo sobre su visión de la época del Boom, titulado «El Boom doméstico», para ser incluido en una nueva edición del libro de mi padre *Historia personal del Boom* y que luego la llevará a atreverse a escribir *Los de entonces*, sus memorias.

Es una nueva oportunidad para ella y escribe en su diario a los pocos días de llegada al país:

*Quisiera que esta nueva etapa de mi vida estuviera marcada, además de la realización gratificante de algo mío, lo más importante también, de gracia y belleza... personal y del entorno.*

Mi padre sentía una gran inseguridad, un temor enorme ante «los otros». Trató de no demostrármelo, pero yo intuía esa fisura en él, aunque todavía no conocía el verdadero motivo. Hoy se sabe, por la revelación de parte de sus diarios guardados en las universidades de Iowa y de Princeton, que tenía una tendencia homosexual. Podría pensar que ese era su temor, pero no era eso realmente, era el ser catalogado de «algo» que no le permitiera ser nada más que eso. Siempre planteó que uno era muchas cosas a la vez, y ese regalo de la complejidad es lo que para él distinguía a las personas interesantes de las que no lo eran.

Estaba, además, la constante sensación de fracaso, tal vez inherente a todo gran artista, y la conciencia siempre presente y dolorosa de no ser un novelista popular, como otros del Boom. En una de esas largas conversaciones que grabamos al final, me confiesa:

—Aun ahora me siento fracasado, hay una parte de uno que es un fracaso,

que no logra realizarse. Me atormenta. Siendo una persona que tengo un renombre, aún siento el temor al fracaso, el temor a que no me quieran, el temor de hacer las cosas mal, al rechazo de la gente es a lo que le he tenido un gran temor toda la vida. Pero, a pesar de estos temores, soy auténtico. Creo que uno siempre elige ser algo o no serlo, elige a partir de uno mismo y los demás.

»En mis obras hay mucho de mí. El niño de *Coronación* soy yo, es una parte de mí, uno entrega una parte de uno mismo en la literatura. *El obsceno pájaro de la noche* tiene mucho de mí: el temor a no ser nadie, a la fealdad, a vivir en un mundo feo.

»*Casa de campo* tiene también mucho de mí, no reflejado en un personaje, sino en el ambiente, en ese mundo que yo quise haber conocido pero que no conocí. Es un mundo que no tiene fallas y mi mundo es un mundo fallado. Entrego un mundo sin fallas que finalmente se cae.

»Me gustaría tener más fuerza de la que tengo, pero por otro lado tengo una fuerza que la gente no tiene, mi escritura».

Sus miedos nacen de amenazas muy básicas. Uno de sus primeros temores fue pensar en la inmensidad; le causaba pavor, tanto, que durmió durante años con la luz de su habitación encendida. La conciencia del infinito, de lo inasible.

La conciencia de la muerte fue otro temor infantil. Su primer contacto con ella fue la de su perro, el Chico, atropellado por un auto cuando él tenía unos cinco años. Luego, su inseguridad física: sentirse feo, sin ningún atractivo, su sensación de ser rechazado por su padre frente a dos hermanos buenos mozos, a los cuales, confiesa, les tenía cierta envidia, sobre todo a Gonzalo, porque era sociable y tenía mucho éxito.

*Yo tenía muchos amigos y conseguía por ellos que me convidaran a fiestas, porque yo no tenía ninguna gracia, las mujeres no me hacían ningún caso. Un día en el baile de la Margarita Donoso Larraín, le pedí un baile y*

*me dijo que bueno, «el quinto baile es para ti», y cuando llegó el momento la fui a buscar y ella se trataba de esconder y la vi; me dolió tanto que me fui. Yo sufría mucho con esto, me quedaba despierto en la noche, pensando y pensando en eso.*

A poco de llegar a Chile mi padre publica *Poemas de un novelista* sin ninguna repercusión. La verdad es que él mismo sabe que son bastante malos, pero del prólogo se rescatan sus preferencias poéticas, que son reflejo también de su gran mundo interior, crítico, tajante. Escribe:

*No me gusta la solemnidad de Milton con toda su escenografía clásica y bíblica.*

*Quizás sea una limitación de mi gusto considerar que la escenografía pertenece por derecho propio a la novela, no a la poesía.*

*No he sido jamás un gran consumidor de poesía. Tengo por lo tanto pocos patrones. Si se encuentran huellas de otros escritores será más bien de novelistas.*

*Es verdad que en la adolescencia y en la primera juventud, yo y mis amigos leíamos a Neruda, Neruda y nada más que Neruda. Y a García Lorca y a la Generación española del 27.*

*Después vino la época de los grandes rechazos y los grandes descubrimientos.*

*Todavía leo con placer al Rilke. Tal vez fue en la Universidad de Princeton donde conocí de veras la poesía inglesa que aún consumo, uso, y con la que vivo: Donne, T. S. Eliot, Wallace Stevens, Gerard Manley Hopkins, Emily Dickinson, George Herbert. Estas novedades determinaron mi empacho con la Generación del 27, que todavía me dura, y mi rechazo por Whitman, que sigue vigente, y mi aburrimiento con Rimbaud y con Blake, a quienes recién vuelvo a descubrir. Después se insertaron otras lecturas, otros amores poéticos: Baudelaire, a quien leí demasiado tarde; Sylvia*



*Plath, que fue como una enfermedad que a todos nos afectó, y Constantino Cavafis.*

Entre 1981 y 1984, debido a la dictadura militar, la actividad cultural en Santiago de Chile no era demasiado excitante; más bien no existía. Entonces, los viajes anuales a la Feria del Libro en Argentina se volvieron inolvidables. Argentina es un país culto donde mi padre se encontraba muy a gusto, y asistir a la feria era para él casi una obligación; llegaba muy temprano y se iba de los últimos. Se sentaba en el stand de su editorial a firmar libros y a esperar los elogios. Luego, paseaba por la feria; le encantaba la animación, el constante ir y venir de los asistentes, deteniéndose a observar libros y, por sobre todo, hablar de literatura.

La versión de 1984 fue especial: era la primera desde el regreso a la democracia en ese país. La vuelta del exilio de muchos significó el renacimiento de las artes. La feria estuvo muy concurrida; un público masivo, conferencias, mesas redondas y los invitados: Ernesto Sábato, Juan Rulfo, Italo Calvino, Jorge Amado, María Elena Walsh, Jorge Asís, Evgeni Evtuchenko.

Un día, mientras la agitación de la gente atiborraba los distintos stands de las editoriales, se anunció por los altoparlantes que Manuel Mujica Láinez, gran escritor argentino, autor de *Bomarzo*, había muerto pocas horas antes. Un silencio emocionado recorrió el gran recinto; pocos días antes había asistido a la feria a firmar libros y le habían tomado una fotografía junto a Silvina Bullrich, su gran amiga. Se le veía cansado pero sonriente.

Esto trae a mi memoria la coincidencia con el día de la muerte de mi padre, el 7 de diciembre de 1996. Él asistió, aquí en Chile, a la que sería su última Feria del Libro. Unos días antes de su deceso quiso estar presente y no hubo modo de convencerlo de lo contrario, pues la feria de Santiago tampoco se la perdía por nada del mundo. Finalmente, tuvimos que llevarlo y acompañarlo todo el trayecto, desde el auto hasta el stand de la editorial, con un brazo en

su bastón y el otro apoyado en mi marido. Apenas si le quedaba aliento. Estaba muy pálido y cansado, pero sin dejar de sonreír a quien se acercara a pedirle que firmara alguno de sus libros. Con su pulso tiritón, mi padre nunca dejaba de hacerlo.

—Me encanta el constante sobajeo del ego —decía, como siempre.

Días después de esta visita, mientras la feria continuaba, se anunció por los altavoces que José Donoso había muerto. Se hizo un silencio denso y conmovido.

El gran ausente en aquella feria de 1984, en Buenos Aires, fue Jorge Luis Borges, pues estaba de viaje, acompañado de María Kodama. Mi padre conoció a Borges mientras vivió de soltero en Buenos Aires en 1959.

*Me lo presentaron en una mesa de café en la calle Lavalle, un café que quedaba, me parece, frente a la Facultad de Letras. Entonces ya lo había leído, lo admiraba y su inteligencia despertaba la mía, produciéndose la mayor perturbación. En esa mesa de café un grupo grande de estudiantes lo rodeaba, discutiendo de los más variados temas. Dos muchachas junto a mí discutían un tema sobre literatura india, no sé a propósito de qué. Borges estaba en el otro extremo de la mesa. De pronto, en desacuerdo sobre un vocablo, una de las muchachas se inclinó sobre la mesa y le preguntó casi a gritos: «Borges... Borges... ¿usted sabe sánscrito...?». Borges se quedó pensando un segundo antes de responder, la mesa en silencio, hasta que él contestó con su pequeña voz tentativa y balbuciente, oscilando entre la hondura y la ironía: «Bueno, che, no... en fin, nada más que el sánscrito que sabe todo el mundo...», y la mesa estalló en carcajadas.*

*Recuerdo también otro encuentro con Borges. Con una amiga común pasamos a buscarlo a su biblioteca para llevarlo en taxi a visitar a unas señoritas Hernández, sobrinas nietas, o bisnietas del autor de Martín Fierro, que Borges admiraba. Se decía en Buenos Aires por entonces que estas señoritas Hernández, profesoras y solteras, si mal no recuerdo, practicaban*

*con mucho éxito el espiritismo, y que con frecuencia convocaban a su mesa a su pariente José Hernández, que gustoso las visitaba. Recuerdo la penumbra del pequeño departamento. Los ojos ciegos de Borges se fueron encendiendo en la penumbra. El poeta, nos contaron nuestras anfitrionas, solía recitar desde el otro mundo estrofas de Martín Fierro que no fueron recogidas en el poema publicado. Bajaron aún más la luz y nos sentamos, colocamos nuestras manos sobre la mesita y las damas invocaron al ausente. Esperamos mucho rato, pero ninguna voz llegó desde ultratumba. Sin embargo, un poco después escuchamos la voz de Borges muy vibrante que recitaba en la penumbra. Y recitaba no el Martín Fierro por todos conocido sino páginas inéditas del poema, estrofas perdidas, que él, en su amor por esta obra, había almacenado en su prodigiosa memoria; ya que ahora el vate no se hizo presente, las ofrecía él, transformado en Hernández.*

*Fuimos a dejar a Borges a su casa. Mi amiga y yo partimos a comer. Ella opinó que no eran de veras estrofas de Hernández las que Borges recitó, sino estrofas compuestas por él a la manera de Hernández, lo que no sería extraño en este cultor del pastiche, e hizo más interesante aún haberlo escuchado.*

Para mi madre, las ferias de libro en Buenos Aires también eran excitantes. Había vivido en esa ciudad cuando joven y se reencontraba con antiguas amistades. Pero ese año era especial, pues se presentó la nueva edición de *Historia personal del Boom* con el capítulo escrito por ella. Anota en su diario:

*Estamos felices. Feliz con la buena acogida de mi capítulo en el libro de Pepe, fotos de los dos en la feria, entrevistas a los dos, los dos en la televisión. Pepe, contento de compartir esto conmigo. Esto me sirve, me impulsa, para seguir adelante con mi libro.*

Pero retrocedamos un momento a 1982. Aquel año viajamos en familia a

Bolivia. Queríamos pasar unos días de las vacaciones de verano con mi abuela materna, Graciela Mendieta, que por ese entonces vivía en La Paz.

A mi padre, el ambiente boliviano lo decepcionaba. La personalidad del politicastro hueco, como tantos que se ven también en las reuniones sociales en Chile, en las que se habla sólo de la pequeña política y el chisme, le parece brutalizante. Y entre las mujeres es también una convención necesaria la de las «visitas». Claro, que de toda esta crítica a ese mundo da para que la imaginación de mi padre empiece a dar rienda suelta a una nueva idea.

*La idea de proponer y contrastar, o igualar a ambos en un sketch en que socialmente los hombres se separan de las mujeres, y al sentarse a cenar, ionescamente, se entrecruzan las conversaciones incoherentes y vacías. ¿Cómo transformar esto en una «situación», en lo que Delfina Guzmán llamaría una «peripecia»? No lo sé todavía, pero las dos figuras contrastantes e idénticamente vacías, la del político que no es político más que socialmente y no sabe nada de política auténtica, y la de la señora de sociedad que no sabe nada más que hacer visitas. Ambos tendrán que mirarse a la cara algún día, porque nuestros países, o nuestras clases medias dirigentes, están constituidas así, con gente carente de otra referencia que sus propios pequeños mundos.*

A la vuelta de Bolivia fuimos a pasar el resto de nuestro segundo verano en Chile al balneario de Cachagua. Mi padre había arrendado una casa simpática, pero muy pequeña; su gran ventaja era que quedaba en primera línea sobre la playa. Como no había espacio al interior de la casa, hizo construir en el jardín una ramada de eucaliptos fragantes, mirando hacia el Pacífico, bajo la cual puso un mesón. Ahí se sentaba a escribir vestido con su tradicional chilaba, espectáculo que llamaba la atención de quien pasaba por adelante, ya que ese camino era uno de los obligados para acceder a la playa. Desde ese puesto privilegiado, como el de un vigía, un día me ve alejarme caminando hacia la orilla.

*Hoy sólo mi hija y María Pilar ocupan mi afectividad. Sin embargo, no siento por María Pilar algo que siento por mi hija: temor, cuidado, la sensación de que «me puede», y que en último término es el único ser en el mundo frente al que yo soy totalmente vulnerable... Mirándome así, pienso que mi mundo afectivo es muy pobre... y siento que podría dar tanto más, y con estos grandes espacios en blanco afectivos soy tan poca cosa. ¿Por qué no alguien más, una amiga, una compañera, un discípulo? Pero no sé nada. Es como si ellas, especialmente mi hija, tuvieran escondida la llave de mi corazón. No sé por qué estoy escribiendo esto ahora. Asumir la estrechez de mi mundo pasional —en la que no dudo que hay mucho de miedo— no es novedad para mí. No es descubrimiento ni sorpresa. Lo tengo metabolizado hace mucho tiempo... Es de ese vacío, supongo —y prefiero pensar que es así—, de donde nacen mis libros, donde se encuentra la raíz de mi fantasía, que al fin y al cabo es mi compañera eterna. A veces me parece que todo ha muerto, salvo mi fantasía, y siento cómo se empobrece y se descompone y se desintegra mi inteligencia y qué pobre y limitada es mi cultura —sé que no hay creador que no nazca justamente de estas limitaciones—, qué difícil soy en sociedad, y siento que me estoy limitando demasiado, y secando, y ya no soy ni rico ni jugoso. ¿También imaginación? Puede ser.*

De pronto, entre medio de estas líneas, confiesa que tiene la fantasía de encontrarse pasionalmente con su amiga Delfina Guzmán, pero se da cuenta de que es incapaz, a la vez, de llevar algún impulso hasta el final. Decide que durante ese verano va a tratar de escribir y de desnudarse lo más posible ante sí mismo. Mientras el tecleo de la máquina en el jardín se deja oír, desde la casa de al lado siente la presencia del catalejo de su vecina y que es observado. Escribe en su diario:

*Pienso que si María Teresa Eyzaguirre, de vez en cuando, no me mirara desde su balcón —soy esa extraña figura vestida de chilaba blanca refugiada bajo un toldo de eucaliptos—, yo no existiría: bendita María Teresa.*

Es invitado a Estados Unidos a dar una serie de conferencias: Washington, Atlanta, Princeton. Luego, viajará a Madrid para la Feria del Libro. Está cansado, se siente solo, pero todas las universidades quieren que dé conferencias y pagan muy bien, de modo que ve esto como un trabajo por un mes o dos, que le dará un ingreso para lograr una buena renta y así poder escribir tranquilo el resto del año.

Una vez en Estados Unidos, mi padre recupera energías y su espíritu de viajero errante le da fuerza para cumplir con todas sus obligaciones y además para disfrutar. Nueva York, en aventón, nunca deja de impresionarlo.

*Es primavera otra vez, y esto está precioso: una primavera larga sin calor ni lluvia. Hoy es el primer día de calor y las calles están repletas, muy locas y alegres, las librerías abiertas y la gente vestida de la manera más extravagante, se usa la moda corsario o la moda safari, o color camuflaje.*

Los agasajos y elogios no lo dejan indiferente. Confiesa en una carta:

*Parece que me van a hacer Doctor Honoris Causa en Princeton, dentro de dos años; no se lo cuentes a nadie, porque se puede echar todo a perder. El pájaro en inglés, me dicen, se ha transformado en un «cult book».*

Este galardón será otro reconocimiento que nunca llegará, al igual que varios premios a los que fue eterno candidato.

Desde Estados Unidos viaja a Madrid para ver los detalles de la publicación de *El jardín de al lado*. Siente todo tipo de dudas acerca de la novela; está confuso y aterrado, sus paranoias se desatan en todas direcciones en un entramado emocional en el que se enreda. Le escribe a mi madre:

*¿Cómo va a caer esta terrible novela que he escrito? ¿No ha sido una imprudencia revelar tanto de nosotros en ella, tanto de mí? En estos días aquí me ha acometido el terror de que este monstruo nos destruya la vida. Los que aquí la han leído dicen que, absolutamente, es lo mejor que he escrito. Eso debía ser consuelo suficiente. Pero la quieren «autobiográfica» ¡y no lo es! ¡No lo es, les insisto! Es parcialmente autobiográfica, es la*

*autobiografía de una «parte» de mi vida, de nuestro pasado, cuando el temor al fracaso, en mí, por lo menos, determinó fantasías y conductas terribles. Pero escribí El obscuro pájaro de la noche y no fracasé y me salvé. Tú pagaste, en muchos sentidos, las consecuencias, pero es esa parte, la parte del temor, del fantasma del fracaso literario, lo que, unido a otras cosas, he escrito en El jardín de al lado. Esa sensación de que todo estaba perdido, el resentimiento que lo deformaba todo. Pasó. Pasó. Y aquí, ahora, me acomete el temor de sobre todo herirte, e hiriéndote, herirnos.*

*Me haces tanta falta para paliar este temor, para hablar, para que me consueles, para consolarte. ¿Qué van a decir de esta novela en Chile?, sobre todo en Chile, que todo es cotilleo. ¿No te van a herir, amor mío?*

*Sé que las cosas no son tan graves, tal vez lo estoy viendo todo aumentado, magnificado, deformado. Por favor, escíbeme y dime que me perdonas y que nada va a cambiar.*

La novela es un éxito. Viaja desde Madrid a París a promocionarla; las editoriales francesas se la pelean. Viaja luego a Calaceite para estar unos días con Mauricio Wacquez. La calma retorna y ve las cosas más claras: quiere volver pronto a Chile para escribir otra novela. A pesar de la belleza de París y de su fascinación con la ciudad, quiere regresar.

*La forma excita, pero no suplanta nada. Ni los lugares bellos ni la fiesta: somos nosotros tres lo importante, hasta que seamos más dentro de unos años, ya que en el corazón caben muchas personas. También Martín y la Claudia. Y Pablo y la Lucha, y así todos los que nos rodean.*

Cuando regresa a Chile, José Donoso continúa con un proyecto de libro de cuentos que ha dejado inconcluso. Trabaja horas en su estudio, sin descanso, totalmente imbuido en ese mundo propio donde nadie ni nada tenía acceso. Está trabajando en el volumen que se publicará posteriormente como *Cuatro para Delfina*, dedicados a su gran amiga Delfina Guzmán. En un libro sobre

las memorias de Delfina Guzmán, escrito por Esther Edwards; ella recuerda esa amistad:

*Un día confesó a su amigo José Donoso que se sentía muy sola. José, a pesar de su naturaleza cariñosa, podía ser muy tajante: «Toda la gente es sola. Por favor, no te hagas la guagua, Delfina», replicó. Acostumbrada a aceptar ciegamente los dictums de su amigo, no se quejó más, terminó por sentirse cómoda en su nueva situación.*

Uno de los cuentos que componen el libro, «Sueños de mala muerte», se llevará al teatro. El montaje estará a cargo del grupo teatral Ictus, del cual Delfina Guzmán forma parte. Esta misma obra fue transformada por el cineasta Silvio Caiozzi en *Historia de un roble solo*, para hacer un cortometraje en combinación con el Ictus.

La experiencia del teatro para mi padre fue fascinante, lo cautivó por completo, se dejó encantar por este mundo a pesar de que tenía que atenerse a los límites que implica el trabajo en equipo, cosa a la que no estaba acostumbrado. Se pasaba días enteros viendo los ensayos, opinando hasta donde se lo permitían sobre cada detalle, de cómo debía vestir un personaje, de la escenografía. Disfrutaba viendo las transformaciones que sufría su obra producto del trabajo colectivo. Se sentía muy feliz experimentando esta sensación de grupo, de creación en un plano tan distinto al individual.

*Es verdad que yo sentía mi soledad (del trabajo como escritor) impuesta como una carencia, ya que jamás he sabido pertenecer a un grupo humano. Con el egoísmo de todo artista sentía, por otra parte, que un trabajo en equipo terminaría por anular esa absurda quimera de todo creador, que es su propia individualidad.*

*Cuando Delfina Guzmán me llamó para proponerme trabajar con el Ictus sentí que era la posibilidad de probar algo distinto, ver si era capaz de cambiar mi propia piel, ver si me quedaba algún resto de capacidad de ser yo mismo en otros y permitir que otros sean sí mismos en mí.*



*Finalmente, después de toda esa experiencia, lejos de sentir que mi individualidad es desperdigada en ellos, los siento a ellos ligados a la mía.*

En este volumen de cuentos hay uno en especial, «Los habitantes de una ruina inconclusa», que refleja el mundo que lo rodeaba entonces. Existieron tres elementos para la creación que mi madre analizó brillantemente en un ensayo sobre su génesis. El primero, que desde el altillo de la casa de Galvarino Gallardo, donde estaba su estudio, se veía un edificio en construcción suspendido por un largo tiempo debido a una crisis económica, quedando la ruina, un esqueleto de cemento y alambres.

Otro elemento: los mendigos que se reunían alrededor de la casa que estaba frente a la nuestra, que pertenecía a una familia de vieja raigambre criolla histórica y de grandes terratenientes. El hijo de la dueña de casa, «don Jorgecito», era diácono y se llenaba de mendigos que recurrían a la caridad de este hombre. Se instalaban en la calle, sentándose en el pasto, en los bordes de las jardineras, y a veces en los vanos de las ventanas de la casa. Esta especie de «corte de los milagros», con sus trajes desteñidos y sus quejas, esperaba largas horas la llegada de su benefactor. Eran casi siempre los mismos, semana tras semana, y sus sombras se dibujaban en el asfalto de las tardes. Estos personajes reiteran una vieja obsesión de mi padre, los *clochards*.

El último elemento para este relato ficción-realidad fue que mis padres, al desaparecer los últimos rayos de sol, cuando las ramas del ilang ilang se bamboleaban con la suave brisa y desde las flores del jazmín emanaba su dulce aroma, salían a pasear a sus dos perros, el Bacán y el Cirilo. Una tarde les llamó inmediatamente la atención la figura de un muchacho alto que caminaba dando grandes zancadas por el medio de la calzada. Parecía extranjero, o al menos tenía algo que marcaba en él un sello foráneo. El chico de pronto adelantó a mis padres y desapareció. Minutos después volvieron a

encontrarlo a la vuelta de la esquina. Se le veía angustiado. Mi padre se le acercó y le preguntó:

—¿Busca algo?

Él contestó con un gesto que demostraba muy claro que no entendía nada. Mi padre insistió:

—English?

El muchacho, aliviado, le respondió:

—Telephone.

Ya en la casa lo escuchó hablar en un idioma extrañísimo, ninguno reconocible, mientras mi padre lo observaba desde el umbral de la puerta, pensativo, silencioso. El joven mostró un papel con la dirección de un club israelita, dio las gracias y se fue.

Cuando mi madre me contó este episodio, los recliné por meter a un extraño así a la casa, pero me di cuenta inmediatamente, por los comentarios de mi padre, sus divagaciones y luego esa peculiar presencia-ausencia de su mente, de que de ahí nacería un cuento. Mi madre y yo nos miramos, reímos y ella dijo:

—Habemus cuento.

Mi padre subió a su estudio y días más tarde nos leería esta *nouvelle*, lo que demuestra cómo sus obsesiones salían a la superficie y se convertían en materia poética ante algún estímulo externo. En el relato de «Los habitantes de una ruina inconclusa», la pareja hojea un libro del Imperio ruso que les remueve sensaciones y sentimientos. Emparenta al muchacho de la mochila con los andariegos rusos del siglo pasado y escribe *que vivían en la orilla misma del no vivir*, pensamiento clave en su propia preocupación vital.

Mis padres estaban felices con el retorno. Para mí, en realidad, no significaba un retorno a nada. Adaptarme a esta nueva vida en Chile, como la adolescente que era entonces, no fue fácil. Entré a un colegio donde me sentía totalmente ajena, con un vacío inmenso. España había quedado atrás y no

sabía cómo enfrentarlo. Me hice muchos amigos, pero la vida familiar era un constante conflicto. Mi madre, por momentos bien y, en otros, con serias depresiones de las que yo debía hacerme cargo, pues mi padre era bastante negador en ese sentido o, quizás, le era más cómodo que yo asumiera ese rol. Siempre fui práctica, por lo que descansaba en ese aspecto mucho de mí. Pero la situación no era fácil. Escribe mi madre en sus diarios:

*Qué peligro el alcohol. No aguanto las presiones de la agresividad a mi alrededor, incluso mi perro el Bacán casi me mordió. ¡Y bebí anoche, creí que podría un trago, pero no, fueron varios, compulsivamente! ¡Peligroso!*

*¡Qué pena que tenga un problema alcohólico! Me siento tan bien cuando logro tomar sólo dos copas de vino, que no me emborrachan, pero anestesian los problemas de momento y me hace sentir bien. ¡Pecatto!, ¡je come!*

En un principio, Chile para mí representó puro dolor. Mis padres me enfrentaban diariamente. En un acto de rebeldía no quise ir más al colegio y me encerré en el baño de la casa, trasladando colchón, televisor, comida y cuanto fuera necesario. Me negaba y quería volver a España, donde sentía que realmente pertenecía. Mi padre, desesperado, me escribe varias cartas, medio que solía usar después de una pelea, para lograr así un acercamiento. En ellas se evidencian sus esfuerzos por educarme y hacerme fuerte. El 15 de marzo de 1982 me escribe:

*Unas cuantas palabras que quiero leas con atención y creyendo en todo mi cariño.*

*La persona fuerte no es la persona «que se sale con la suya», ni tampoco la que «gana». La persona fuerte es la que comprende, la que sabe dejar pasar las cosas que no tienen importancia, la que sabe dialogar: sobre todo es verdaderamente fuerte y humana la persona que sabe arrepentirse, reconocer sus errores, la que sabe perdonar, ceder y pedir perdón. La persona que se atrinchera detrás de una fachada hostil e imponente y monolítica, que sólo sabe pelear y dar órdenes —como Pinochet—, es*

*esencialmente frágil porque es rígida, y terriblemente vulnerable. También te quiero decir que es fuerte el que dice «no sé», para así aprender.*

En otra ocasión, el 31 de julio de 1984, debido a las fuertes discusiones entre mi madre y yo, me escribe:

*Es verdad que me hace sufrir tu mala relación con tu madre, que por suerte no es siempre mala, sino sólo a veces.*

*También haces sufrir a tu madre, como ella te hace sufrir a ti, y probablemente, yo también a ti y a ella, sucede siempre entre la gente que se quiere mucho y tiene relaciones muy profundas. Lo que no puedo aceptar es que le faltes el respeto como lo hiciste.*

*Te quiero mucho, cada día más. Pienso que con el tiempo podremos hablar muchas cosas, quizás todas. Siempre estaré contigo mi amor, y comprende que te exija esto.*

Hay también una pequeña nota que me escribió en un tarjetón de cárDEX que dejó sobre mi almohada:

*Amor mío:*

*Acabo de encontrar esta frase de Freud, que me parece tan inteligente (carta de Freud a Ferenczi).*

*«La lucha por la independencia no tiene por qué tomar la forma de alternativa entre rebelión y sumisión».*

*Un beso, Papá*

Otra carta, un año después, refleja la relación de entonces, en plena adolescencia y con la consiguiente búsqueda de mi propia identidad:

*Siento toda la absurda pelea de anoche, y tu llanto, qué pena nos dio a tu mamá y a mí.*

*Quisiera, eso sí, que cuidaras tu irracionalidad... Yo debo hacer lo mismo con la mía. Eres extremadamente inteligente, dueña de una capacidad de razonar espectacular... pero como todo ser que posee esa cualidad, tienes también el demonio de lo irracional con igual potencia. Hay una fuerza en*

*los que son como tú y yo, que a veces se arranca con nosotros y les hace daño a los otros. La inteligencia consiste en hacer que esa capacidad de raciocinar, de alegar, de discutir, no haga daño, no nos destruya, que nos enseñe a perdonar, a pasar por alto mil cosas, a ver el brillo de lo bueno en el barro de lo malo. Tenemos fuerza, hija adorada, hay que emplearla para unirnos con los demás, y no permitir que nos separe de ellos. Me siento muy unido y te acompaño y te quiero mucho.*

*Un beso, Papá*

En 1986, está en Washington, invitado a pasar una temporada de escritura en el Smithsonian Institution Center. Manda una carta para mí y mi marido, usando el plural siempre, como en una especie de tratado educativo.

En ese momento tengo diecinueve años y estoy embarazada de mi primera hija, Natalia. Mi padre me hace ver su preocupación e inquietudes, no sin su ironía tan característica.

*Cada momento que pasa pienso que es más y más urgente que estudien inglés. No se puede vivir en el mundo contemporáneo sin saber inglés, por las oportunidades que ofrece para educarse, instruirse, mejorar de posición real y económica, e incluso divertirse.*

*Quisiera tanto que no fueran unos intelectuales como tú a veces crees que yo quiero, sino que sean capaces de entender y fascinarse y comprometerse con el mundo contemporáneo, y todo lo que lo rodea.*

*Estoy feliz que te hayas casado y con alguien tan excelente como el Toby. PERO, insisto, no olviden que existe el espíritu, la tradición, la historia, el pensamiento, la emoción y el sentimiento y sus manifestaciones, y la necesidad, desde cualquier ángulo que sea, de pelear por la justicia y la verdad y por el derecho a tener una vida armoniosa. Pero no se puede tener una vida armoniosa a costa de los demás, hay que hacer algo para que ellos también la tengan, no dar limosna, sino comprometerse con un quehacer que*

*los haga salirse de sí mismos, sólo así vale el espíritu, sólo así vale la felicidad. Y hay que comenzar por los que están más cerca.*

La educación para mi padre era un tema primordial. Nunca dejó de preocuparle mi instrucción, era intransigente al respecto; severo a veces; irónico otras y, por lo mismo, me rebelé y nunca terminé ninguna carrera. Obviamente, eso me perjudicó, y fue una lucha interminable entre los dos. Yo no quería ser «una intelectual» y lo malentendí, porque podría haber sido otra cosa, muy diferente a él. Creo que lo hubiera aceptado de igual forma, aunque siempre teniendo un tono de crítica.

Cuando a los diecinueve años le conté a mi padre que estaba embarazada, reaccionó sorprendentemente violento y furioso.

—*Children having children...* —dijo, y me castigó con su indiferencia durante varios días. Mi madre, en cambio, lloraba entre emocionada y triste, pues, como característica de su personalidad, centró el hecho en ella, en su no maternidad, diciéndome cuánto lo había anhelado y ahora yo iba a tener ese privilegio. Fue una escena bastante ionésca. A pesar de la primera impresión que le causó la noticia de mi embarazo, luego lo aceptó y me apoyó incondicional y económicamente.

Durante todo mi embarazo mis padres vivieron en Washington. Sus cartas siempre eran cariñosas respecto de la idea de ser abuelos, pero mi padre insistía en mi educación una y otra vez.

*Me preocupa mucho lo que vas a hacer una vez que nazca la guagua y vayas a tomar una actitud ante la vida y decidir tu futuro, tus estudios y todo eso, y es algo que me interesa mucho. No por razones feministas, sino porque, te lo repito, es criminal poseer un equipo cerebral como el tuyo y una buena sensibilidad y no usarla, no darla a los que quedan fuera del círculo de tu familia, no utilizarla para que el mundo sea un poco mejor de alguna manera: un cliché, si quieres, pero es verdad. Sabes que siempre he pensado en historia para ti, aunque sé que no estás de acuerdo. Y la filosofía,*

*y sobre todo, ahora, periodismo: parece que se nos viene encima una época interesante, de la que será apasionante formar parte, ser espectador desde cerca, cronista, comentador. No pienses en hacer algo directamente útil — aunque no hay nada de malo en ser parvularia o visitadora social o abogado; todo depende de la proyección que le des al ser parvularia—, porque esa no es la única manera de dar, ni de estar presente en la historia, también hay otras. Acuérdate que Milton dijo: «También sirven aquellos que sólo parecen quedarse parados, esperando». No es que quiera que te quedes ahí parada, esperando. Pero no hay nada más terrible que las buenas máquinas que no se alimentan, nada que produzca tantos monstruos, y tu buena maquinita (no te quiero decir que seas un genio, pero tienes una cabecita que no está mal), si no se la alimenta, si no se la hace funcionar, bueno, simplemente se pudre. Acuérdate de lo que dijo Goya: «El sueño de la razón produce monstruos». Cualquier cosa que estudies, aun lo más fácil, me parecería bueno. Algo, la idea de ampliarte, agrandarte, sin dejar de lado tu muy válida vocación de madre. Cómo coordinar este agrandarte (no es que la maternidad no agrande, al contrario, me dicen que tú estás enorme) con ser dueña de casa, esposa, madre, es un arte que la vida te tiene que dar a medida que se van armonizando las piezas de tu vida con la vida exterior, con el mundo, con tu pareja, contigo misma, con tu trabajo. Pero, te repito, no hay nada más triste que la mujer burguesa que no hace nada con su vida más que ser burguesa. Burguesa y otra cosa, muy bien. Pero sólo burguesa, una lata, un desperdicio.*

*Bueno, linda, te vamos a amar a ti, al Toby, a los tuyos, sea como sea, aunque engordes, aunque seas como seas.*

La relación de mi padre con mi marido no fue para nada armónica; pese a los esfuerzos de ambos por acercarse, mantenían cierta distancia. Creo que la barrera se estableció no por falta de cariño, sino más bien por un poco de celos entre ambos, y el sentimiento de pertenecer a mundos distintos.

*Yo he pensando mucho en el Toby, en cómo me gustaría que se soltara un poco, que fuera más comunicativo y se entregara más a nuestro cariño, y contara más de él, y de su vida, y de sus cosas, que nos interesan a tu madre y a mí apasionadamente. No para tragarnos al Toby, lo que, claro, puede ser un peligro. Pero es un peligro del que yo tengo plena conciencia, y haría lo posible por no tragármelo, aunque debo confesar que sé que tengo tendencia a hacerlo. No para tragármelo, te digo, sino para vivir, compartir, crecer y envejecer y madurar juntos, juntos pero no revueltos.*

Cada vez que mi padre viajaba, desde que yo era muy pequeña, volvía cargado de regalos. Regalar era un verdadero placer para él y siempre acertaba. El obsequio llenaba un espacio que sólo él había notado que faltaba. Tenía ese don, tanto con la familia como con los amigos. Abrir las maletas del recién llegado era una verdadera ceremonia; la caja de Pandora podía contener cualquier cosa y todos nos reuníamos en su habitación aguardando esa sorpresa que, sabíamos, íbamos a recibir.

En este aspecto, sin embargo, aparecía otra contradicción de su personalidad. Era generoso, sí, pero bastaba que uno le pidiera algo para que se molestara y se negara; le gustaba dar sólo cuando le nacía. Como hija, varias veces tuve que recurrir a él para que me ayudara económicamente, pero se negaba, haciéndome sentir culpable. En cambio, podía darme un cheque por una suma que para mí era importante sólo porque él encontraba que la fachada de mi casa necesitaba una mano de pintura. Si yo le pedía, la respuesta era «hasta cuándo tengo que ayudarte», o «te he dado mucho últimamente».

Yo quedaba perpleja, pues muchas veces realmente necesitaba su ayuda, y otras, en cambio, su generosidad me pillaba por sorpresa.

Con la vejez se puso cada vez más avaro, característica que, lo sabemos, siempre acompaña a esta etapa de la vida. Para una Navidad me regaló un



sobre con unos cheques. Uno a treinta, otro a sesenta y otro a noventa días, ninguno al día y por una suma ridícula. No me quedó otra que reírme y preguntarle si me consideraba una casa comercial.

Aunque, por otro lado, era tan inmensamente cariñoso...

Para mí, lo estético siempre ha tenido mucha importancia. Mi casa está llena de objetos y me preocupo de pensar en el lugar adecuado para cada cosa. Martín Donoso, mi primo diplomático, además de experto en antigüedades, al que yo adoro y que es, en realidad, lo más cercano a un hermano que he tenido, vivió varios años con nosotros. Cuando fue a su primer destino me prestó un cuadro maravilloso de un gato de Henriette Petit que coronaba la chimenea de mi casa.

Cuando volvió me lo pidió y yo quedé bastante triste, pues sentía que faltaba algo en ese espacio vacío sobre la chimenea.

Un día, al volver a mi casa, había un paquete junto con una carta de mi padre.

*Tu mamá y yo pensamos que este cuadro de Fortunato San Martín te gustaría para reemplazar el gato de H. Petit. Lo hablamos con tu mamá anoche y pensamos que realmente estas flores se te verían muy bonitas encima de la chimenea (el Chupito Cruz tiene sobre la chimenea de él un cuadro de don Fortunato complementario de éste). Si encuentras un lindo marco antiguo podrías cambiarlo por el que tiene.*

*Tu mamá y yo estamos felices de que te quedes con este cuadro, cuya historia te contaré algún día, cuando me la preguntes. Un beso muy grande de tu papá y de tu mamá.*

Hasta hoy ese cuadro está sobre mi chimenea y me ha seguido en mi trashumancia. Por supuesto, no pudo dejar de contarme la historia de esta pintura y de su creador.

La historia es novelesca: don Fortunato San Martín era un maestro carpintero que trabajaba en un pequeño sucucho de una calle del centro, y mi

padre, siempre en busca de objetos raros, entró al local. Nada le llamó especialmente la atención, salvo una pintura al fondo del local que había hecho el maestro. Interesado, mi padre le preguntó si había más y así resultó tener unos cuatro o cinco más. Inmediatamente, mi padre le ofreció comprárselos y conseguir vender los otros. El gran coleccionista chileno Chupo Cruz (Carlos Alberto Cruz) se interesó. Mi padre, al volver al taller de don Fortunato a contarle la buena nueva, se encontró con la noticia de que había muerto. Nunca supo del reconocimiento y de la gloria que podría haber obtenido.

Ni la dictadura ni la represión dejan indiferente a mi padre durante estos primeros años en Chile. A pesar de la crítica que se le hace de no haber tomado una posición política a su regreso, sus diarios reflejan su fiel compromiso con la democracia y su rechazo absoluto al régimen de Pinochet.

*¿Qué puede hacer un escritor en esta atmósfera? ¿Cómo librarse del paralizante peso de la noche que mantiene a los burgueses neuróticos y a los pobres, neuróticos también y además hambrientos? ¿Cuál es el papel del escritor?*

Esta inquietud se le hace más y más urgente con cada noticia que logra filtrarse en la prensa o en la radio. Mi padre, contrariamente a la mayoría de los escritores latinoamericanos, no era un apasionado de la política, pero sí tenía una posición clara. En un artículo puntualiza:

*Me debo confesar ajeno a las ideologías en todo, ya que soy incapaz de creer que un único ideario sirva de solución para problemas variados. Sin embargo, enfrentado con el Chile actual, no puedo dejar de politizarme para clamar con los otros por el regreso de la democracia que desde siempre fue nuestra tradición, y que con todos sus defectos es una maquinaria que por lo menos conocemos y sabemos manejar.*

En medio del ambiente agitado de entonces trata de escribir, de

concentrarse en su escritura, para ello viaja a Chiloé a investigar para un proyecto. Tiene en mente un cuento, «El Trauco», relacionado con las leyendas populares de esa zona, pero vuelve decepcionado. En su diario en 1983 escribe:

*Ayer, día de manifestación multitudinaria en el Parque Cousiño. Trescientas mil personas por lo menos, pese a que el diario El Mercurio dice que no fueron más de ochenta mil.*

*Aterrador, pero sin embargo, por el entusiasmo, muy emocionante.*

*Anteayer di una conferencia en el Aula Magna de la Universidad Católica. Lleno total.*

*Aplausos, y creo que estuve bien aunque bastante superficial. Toda esta semana ha sido de inquietud, dispersión y falta de tiempo para trabajar. Después de haber descartado definitivamente «El Trauco» y todo lo que tenga que ver con el regreso y con Chiloé, no se me ocurre nada. No voy a permitir que esto vuelva a sucederme. He estado de un malhumor espantoso.*

*Oí hablar a Jorge Edwards sobre su nueva novela, me temo que demasiado coyuntural, quizás periodística. ¿Pero quién sabe? Me dijo (ayer en la manifestación en el parque) que su heroína oligarca, ya vieja, va a terminar en la concentración justamente de ayer. ¿No será imposible, literariamente hablando? Quizás no. Quién sabe. Todo es posible. En todo caso, me señala la necesidad, frente a lo real y conyuntural, de crear un microcosmos. De pronto he recordado que ha estado hirviendo a un nivel muy oscuro dentro de mí la imagen del niño que vio a la Virgen en Villa Alemana, de las peregrinaciones, de la histeria creada en torno a eso y que dicen fueron organizadas por la CNI (Servicio de Inteligencia) para distraer la atención de la gente preocupada con el estado de las cosas políticas en el país.*

*¿Cómo abordar este tema? Difícil. Desde luego, no en Villa Alemana. ¿En Lo Gallardo? No, demasiado familiar. San Antonio o Llo-Lleo: posibilidad*

*por los hoteles viejos, las pensiones abarrotadas de camas húmedas, vacías, la soledad y el aburrimiento del invierno en un balneario de tercera clase. ¿Por qué no Cartagena? Podría ser. ¿Qué otro sitio? Vuelvo a pensar en Chiloé. El hecho es que siento que tiene que ser una novela rural o cerca, volver a algo como el ínfimo y miserable pueblo que toqué en El lugar sin límites. Ya sé: Lota. Hacer otro viaje, volver. Tiene infinitos ingredientes seductores: parque, clase alta, detritus mineral, población minera, violencia política en la población minera, mar, maravilloso muelle viejo y ferruginoso de embarque, desempleo, violencia de la represión del aparato represivo.*

*¿Cómo es el niño?*

*No quiero que sea un retrasado mental, al contrario, que sea el más inteligente del curso. Catorce años. No ve solución para su vida. Canijo. Mal alimentado por generaciones.*

Conforma entonces, como solía hacer cada vez que empezaba una novela, toda una estructura, un argumento con personajes bastante definidos, situaciones y conflictos, biografías de cada cual, pautas o acontecimientos a seguir con un orden minucioso. Es un primer esquema, todavía no muy claro, pero que dará como resultado *El Mocho*, obra póstuma publicada en 1997, que coincidió mágicamente, como siempre, con el cierre definitivo de las minas de Lota y con el consiguiente desmoronamiento de ese pueblo que vivía de la explotación del carbón. Una coincidencia que pasó inadvertida para muchos.

En un diario de aquel entonces continúa:

*Intensificada mi hambre de escribir luego de leer de Roger Poole sobre Virginia Woolf. Llegó La historia personal del Boom, la traen incluyendo el capítulo de María Pilar, con linda foto de ambos en la contraportada. Muero por ver cómo reaccionará María Pilar: estará feliz. Hablé esta mañana con Concepción para ir a pasar una semana a Lota y ver cómo están las cosas de la realidad por allá, para mi novela. Estoy convencido de que la voy a «ver»,*

*literariamente, entera, una vez que vea, de noche, el cerro de Tosca, que es lo que me interesa. Los cuentos que me contarán irán a ser sin duda lo que va a definir la novela.*

*¿De dónde diablos arrancar el hilo narrativo? ¿Cuáles son mis personajes? Los que he delineado no me sirven para nada como están. Quizás, sin embargo, surja algo de sus cadáveres.*

*Es decir, me faltan muchos, muchísimos eslabones para llegar a definir la novela.*

*Acabo de leer La casa de los espíritus y no me gusta completamente. Un poco primaria: tiene buen destino. Sobre todo porque la escritura es periodística, rápida. Sin embargo, pese a lo que la gente está diciendo, me parece que el relato de la tortura, la persecución y la prisión son excelentes, quizás lo mejor del libro, aunque me temo que adolezca de un poquito de mal gusto literario.*

*Estoy sintiendo muchas desazones y escribiendo todo esto para no tener que pensar en mi propia novela, para huir de ella porque me aterroriza. Tengo que pensar en todo hasta el fondo. Pero es un hecho que desde que el tinnitus me molesta, me resulta muy difícil «pensar», así en abstracto, cuando estoy solo, por ejemplo, o en ese rato maravilloso justo antes de quedarme dormido. Por lo tanto, mi única esperanza y salvación se reduce a escribir aquí en este cuaderno, porque es cuando puedo pensar con cierta hilación. A veces me pregunto si me voy a volver loco con todos estos ruidos dentro de la cabeza, o mi inconsciente los inventa con el fin de no pensar porque no me atrevo a pensar. O si es el comienzo de un Alzheimer's disease. No sé. El hecho es que la concentración se hace cada día más difícil, y sólo este cuaderno me sirve de hilo de Ariadna para no perderme en la vaguedad vaporosa y falta de fuerza de mi pensamiento, permitiéndole que vaya sin dirección de un lado para otro.*

*Está cansado. Son los primeros síntomas reales, pero aún desconocidos, de*

su enfermedad que lo acecha solapada. Veo a mi padre deteriorarse día a día, pero no quiero aceptarlo. Mi madre, tampoco; y los amigos atribuyen todo a una hipocondría excesiva. Así todos nos negamos a enfrentar la realidad dolorosa de la enfermedad.

Le falta un año para cumplir setenta y siente que es una tragedia. Aunque sabe que, en parte, esa tragedia la está fabricando él mismo. Pero no todo es fantasía y eso lo hace sentirse desapacible. Poca comunicación con mi madre de este tema, la vejez. Para ella también debe ser inquietante, tiene sólo un año menos; debe sentir el mismo miedo. A mi padre entonces lo tortura el sentimiento de soledad.

*Viendo sólo la gran soledad que va a venir de todas maneras, que será total y eterna. ¿Quizás María Pilar, proporcionándome esta soledad de pareja, es lo que se interpone entre yo y la soledad eterna? Hemingway se mató a los sesenta y dos años porque sintió sobrevenir ese deterioro, viendo sólo esa soledad total. Yo, supongo, no me suicidaré, aceptando la imbecilización gradual de los años pasivamente, humildemente, humanamente. ¿Quién soy yo, al fin y al cabo, para ir a quitarles la vida a los leones en África con el fin de divertirme?*

*Quizás debido a mi formación y entrenamiento, la conciencia de mi deterioro será gradual, más y más lúcida. ¡Peccato, esta lucidez! Pienso con terror en la carga que seré para mi pobre hija. Y a María Pilar, sin que ella se dé cuenta, le está pasando lo mismo, pero no lo ve, porque es optimista y el optimismo es una forma de ceguera. Y si uno de nosotros muere, seremos una carga para Pilarcita, una sombra para su joven vida. No deseo morir. Me queda demasiada vida. Quiero ver a mi hija realizándose como mujer y como profesional, quiero ver la vuelta de la democracia en Chile, y pese a estos períodos de angustia por los que con tanta frecuencia paso, cuando la figura de la muerte es lo único válido en que pensar porque siento que no estoy escribiendo y no podré volver a escribir nunca más en mi vida —esta*

*novela de mierda, por ejemplo, es pura mentira y la odio—, quiero seguir adelante porque amo a mi hija, amo a mi mujer, amo a mi Olivetti, todas tal como son, incompletas, insuficientes, pero horrorosamente necesarias para mí porque me amarran a la vida y me dan vida, como espero dársela en algún sentido yo a ellas. Cuando mi hija sea mayor hablaremos de todo esto si yo no estoy convertido en una cosa, y eso será mi consuelo. Hablaré con ella de todas las cosas que no pude hablar con mi mujer, como mi mujer habló de todas las cosas que no puedo hablar con Pilarcita.*

*Mi hermano Gonzalo (médico) dice que no puedo ceder frente a estas placas de la memoria ilocalizables dentro de la masa encefálica, y agrega que para mantenerse hay que hacer cosas, seguir, trabajar, crear. En este momento, frente al deterioro, la pregunta es cómo. Lo he intentado tanto, y por lo que llevo escrito veo que no puedo. Quizás mi viaje a Lota sea en parte para aceitar esas placas, revivir esas neuronas.*

En medio de este proceso creativo estancado, de pronto viene a su mente la visión de la mujer de cabellera negra llena de murciélagos. Pasaje poético tremendo, esa figura de madre-mujer, del carbón de su cabellera, hará que todo tome coherencia. Se siente entusiasmado, quiere escribir como un loco, frenéticamente; está todo dado. Viaja a Lota finalmente por un par de semanas. Escribe gran parte de esta novela en ese entonces, pero luego la historia lo desmotivará y quedará en el olvido hasta que la rescate, años más tarde, de debajo de un montón de manuscritos. La retomará, ya muy enfermo, para darle un punto final como un último adiós a su creación.

Mi padre se mantiene como el lector insaciable y crítico que fue desde siempre. En ese entonces ha terminado el cuento «Aballay», de Antonio di Benedetto; también una novela de Germán Marín, le parece brillante, parcialmente genial, lo mejor y más radiante de su generación, pero asimismo opina que se repite mucho y es muy monótona hacia el final.

El proceso creativo nunca fue fácil para él. Siempre estuvo acompañado de las famosas «secas» literarias y del terror a no poder escribir nunca más.

*Supongo que todo escritor que merezca ese nombre conoce lo que es un período de seca: esa agobiante sensación de vacío cuando las imágenes no cuajan, esa tremenda aridez que la fantasía plantea como eterna, son enemigos con los que todo escritor aprende a vivir porque no hay alcohol, ni amor, ni viajes, que remedien esta mudez; sólo cabe esperar.*

Mi padre no dudaba de que escribir era sobrevivir. ¿Cómo era entonces este proceso creativo tan vital para él? Quizás un erudito en literatura pueda hacer un análisis de todo este proceso, yo me he limitado al escribir estas páginas a lo que vi, escuché, intuí y a veces comprendí.

Antes de empezar cualquiera de sus obras, lo tortura el solo hecho de emprenderla. Pasa semanas dándole vueltas a una idea, desvelándose sin poder dar tregua a su imaginación. En un principio no anota nada. Según él, cuando la idea surge hay que confiar ciegamente en el filtro inconsciente de la memoria. Es un filtro porque si luego se recuerda esa idea, entonces conviene o es importante; si se olvida, es que no tuvo ninguna relación con él, no le servía. Aquella es una de sus teorías principales. Luego, comienza a anotar, a estructurar, a conformar planos distintos para la creación.

Muchos años atrás, siendo joven, su primo Cuco Yáñez, que tenía en su poder un libro sobre cómo ser escritor, y andaba con él todo el tiempo debajo del brazo, se lo prestó por unos días. Allí decía lo importante que era no acabar nunca una frase al terminar un día de trabajo, para que ésta se pudiera retomar al día siguiente, consejo que siguió siempre y transmitió a sus alumnos.

Otro hito eran las palabras clave. Iba anotando las que le parecían raras en su lectura, las subrayaba o las anotaba al final del libro en una especie de lista fónica. Eran palabras que él comúnmente no usaba y quería incluirlas. Cuando entregué su biblioteca particular, que había donado al colegio The



Grange, Arturo Fontaine, escritor y amigo fiel de mi padre, y Carlos Cousiño, revisando el contenido de esta donación, encontraron, por ejemplo, una edición de *Bestiario*, de Julio Cortázar, en la que al margen se leen notas como *modo borgiano de usar los verbos* o *gran tema: los planes no se cumplen*, un Foucault intacto, pero que en la contratapa tenía anotada sumas y restas de sus cuentas domésticas; en *Cartas a Milena*, de Kafka, está subrayada la siguiente frase: *Your dress, strangely enough, was from the same material as my suit*; en *The Waves* anota: *Todos igual idioma. No verosímil*, y en la contratapa enumera una lista de novelas; *Out of the Past*, de Alexandra Tolstoi, tiene en la página 355 un papel donde se lee, en trazos grandes, *Albertini*. Se podría pensar que es una clave para identificar a Albertine, la heroína de Proust, pero no, se trata de un señor que le regaló a Tolstoi una vaca.

Las palabras se le presentaban mágicas desde niño; le gustaba el sonido de algunas de ellas; le llamaban la atención y las retenía en su memoria. Se fijaba mucho en que no hubiera repeticiones, asonancias, que la frase fuera bonita, envolvente. En uno de nuestros encuentros en su estudio para las grabaciones de su biografía me cuenta:

—Si algo me queda lo uso, si no quiere decir que no valía, que no tiene relación conmigo; «importante» es una palabra que no me gusta, porque la cosa «importante» no me parece para nada «importante». Yo voy descubriendo en el proceso la cosa importante o lo que sea importante, o más bien lo que sea de mi importancia en lo que escribo.

»Es curioso pero, por ejemplo, cosas que me dice tu mamá, ella tiene mucho sentido del humor, es muy chispeante, muchas cosas de ella están en mis libros, las uso, pero no como las dijo, sino a mi modo».

Un punto central era lo que él llamaba la memoria involuntaria o, más que involuntaria, inconsciente; aquella que uno no sabe que es memoria; la memoria trucada, que es mitad memoria y mitad fantasía. Mi padre sentía que

sus novelas ya estaban en su ADN, que simplemente fluían cuando le daba la apertura a esas ideas para salir a flote.

Planteaba que también existe una memoria ancestral, que uno carga y que te guía. Ésta era de vital importancia para él, pues de ahí vienen sus grandes obras. A raíz de esta memoria tuvimos una conversación bastante dolorosa para ambos. Mi padre me pregunta:

—¿Tú has sentido esa memoria?

—No, la verdad es que no —contesto.

Entonces siento que se entristece. Le explico que la causa es mi adopción, sentir que no tengo una línea de ascendencia y que si bien también en mi ADN podría estar esa memoria, la he bloqueado.

Me mira con esos ojos casi transparentes de lo azules, cambiantes; a veces deslavados en las mañanas nubladas, verdes pálido cuando hay tormenta, celestes con los rayos del sol, y con cierta ternura me dice:

—¿Y lo que nosotros te damos como memoria no te sirve?

Yo le digo la verdad, que se trata de un problema mío, interno, de un bloqueo; que me cuesta mucho recordar, que cierro la puerta de cada etapa de mi vida y trato de no abrirla más.

Por un momento, mi padre me observa en silencio y luego vuelve a preguntar:

—¿Las cosas que te cuento no te abren recuerdos? Todo lo que te cuento, ¿no despierta en ti imágenes, olores, lugares?

—No —le digo con franqueza—. Es tu historia, no la mía; aunque de alguna manera se relaciona con mis hijas, pero no la siento parte mía.

Me mira sin decir nada, pero sé que entiende.

Por momentos mi padre siente no haber encontrado en Chile las amistades reales que esperaba, vínculos que le sean de importancia, algo que, en la realidad «objetiva» (si es que la hay), no es así: vive rodeado de gente con la

que yo noto que se siente a gusto, que quiere realmente, sin dejar de lado, por supuesto, su ojo crítico e irónico. En uno de sus diarios se ve reflejada esta dualidad tan constante en él en todos los aspectos.

*Agradable Año Nuevo, con todo, plácido y maduro. No se puede penetrar ni quebrar a Tere y a Lucho, aunque creo que estamos encaminados a una buena amistad futura muy «conversada» y deliciosa. Dudo —aunque ¿quién sabe, o quién sabe si logre algo distinto?— poder repetir la amistad apasionada que logré en Sitges con Kuky Lovisolo y con Ana María y Miguel Beraudi. Somehow, Lucho y la Tere son demasiado perfectos, círculos cerrados, autosuficientes. Su idioma, sus símbolos ya plasmados, sus referencias establecidas. Pero el patio de La Estacada, que al fin y al cabo es pura obra de la Tere, y esos espacios, y esos muros de adobe, y la flor de la pluma y el agua que cae, son parte de ella, inconsciente, su idioma más rico y más íntimo, que es su estilo y que no es cerrado porque como símbolos quedan abiertos. Y en Lucho, su verdadera pasión por la música, y su inteligencia desnuda como un hueso, todo como parte de un todo, una coherencia, menos cuando asoma esa ansia de poder escondida que con frecuencia veo asomarse en la mente de la mejor gente chilena de ahora, aunque nada tengan que ver directamente con el poder.*

A continuación, el día 3 de enero. Todavía en La Estacada:

*Me gusta este cuaderno. Las páginas son gruesas y de un bonito blanco. Menos enorme que el que acabo de terminar. A María Pilar le fascina la casa de la Tere, como me lo imaginé: es la parte embrujadora, no perfecta, no práctica de la Tere. Estuvieron a almorzar Juan Pablo y Gonzalo Izquierdo con sus respectivas cónyuges. Yo estaba leyendo Sonya, de Anne Edwards, y Lucho a Tolstoi. Había mucho de qué hablar, pero sólo tocamos tangencialmente el tema. Por un extraño motivo, la conversación nunca realmente se estableció, se organizó. El perfume de la Tere es increíble: qué mujer bella es, y cómo se sabe rodear de belleza, y cómo sabe ser bella.*

*Mañana llega la Pilarcita de Zapallar, ¿cómo estará? Continuar ahora con mi novela. Es tan tenue lo que hasta ahora tengo que temo que aun estas interrupciones positivas puedan hacerle daño, y reinstaurar mi seca. Para reavivar la novela, viajar a Lota.*

*Continúa el jueves 8 de enero:*

*Bueno. Regreso a mi novela después de una temporada corta, que sin embargo puede haberla detenido definitivamente. Estuve atendiendo a Peter Johnson, de la Universidad de Princeton, terminando mi artículo sobre Sonya Tolstoi, y trabajando con Silvio Caiozzi para lo que será mi película, trabajando a mata caballo, porque comienza a filmar el martes La luna en el espejo. No he olvidado mi novela. ¿Cómo volver a mi novela sin nombre? Tengo que cumplir con estos tres requisitos: (1) dejar mi tiempo completamente limpio y deshabitado, un limbo maravilloso: se debe escribir maravillosamente en el limbo acerca de todo lo que ocurre en el cielo y en el infierno y en el purgatorio; (2) viaje a Lota a entrevistarme con los mineros comunistas y sindicalistas; (3) estudiar toda la porquería que hay metida en el caso del niño-santo-místico de Villa Alemana, que es, al parecer, siniestro. Si llego a cumplir con todos estos requisitos la novela puede avanzar. En todo caso, por ahora, voy a seguir adelante como pueda.*

*El asco es que todo se detuvo por la frivolidad de ir a la despedida de Claire Duhamel para Ana María Vergara, donde estaban todas mis amigas: Marta Rivas, Angélica Edwards, Delfina Guzmán, pero la fiesta «no me hizo nada». It was not fun, supongo que porque yo estoy con muy poco «fun». ¿Volveré a tenerlo algún día, como antes, hace algunos años, en tiempos de la Marta Rivas y de la Inés Figueroa y de las Orrego, por ejemplo? Lo dudo. A veces siento que me invade, crece, sube por mis piernas, algo como un verdín que sale del suelo húmedo y sube por las paredes de las casas, y se ha establecido allí. No es sensación de fracaso, que no la tengo. Pero ahí está,*

*esa melancolía definitiva cuando uno pasa los sesenta y comienza a contar los años, y todos los días son un arqueo de lo que uno no es.*

Efectivamente, avanza en su novela. El primer capítulo está completo. Le falta, eso sí, la escena de la mujer con los murciélagos que, piensa, debe ser la más brillante de la novela. La ve, aunque no sabe cómo la definirá. Quiere hacerla cuanto antes. Arístides, uno de los personajes principales, le presenta el mayor problema. Esboza una serie de posibilidades, pero finalmente encuentra que es una confusión enorme y no le gusta nada. Son ideas sueltas, pero sabe que de ahí puede rescatar mucho. Viaja nuevamente a Lota, quiere hablar con los dirigentes de la mina para ver qué estímulo puede obtener su imaginación, pero a la vuelta de este viaje la novela quedará definitivamente postergada.

Durante la mayoría de los años que vivimos en Chile mis padres alquilaban una casa en el balneario de Zapallar durante el invierno. Les encantaba ir, pasaban ahí casi todos los fines de semana. Era un momento de encuentro entre ellos, de acompañarse, de escucharse o de permanecer simplemente en silencio con el sonido de la música inundando el espacio, reconociendo el lazo que los mantenía unidos, la mutua dependencia. Algunos veranos pasábamos también ahí nuestras vacaciones familiares todos juntos. Mi madre, en su diario, registra esos momentos.

*La brisa marina se cuele por la ventana. Los Nocturnos de Chopin, los versos de Zurita, La muerte de Iván Ilich que me espera en el velador, lo poco que escribí esta mañana. Esto es lo que me gusta, me gratifica, es lo mío, y debo aislarme para que nada lo estropee.*

*Pepe sigue sumergido y maravillado con la relectura de Los hermanos Karamazov, y siento cada vez más el deseo de escribir algún día un libro significativo sobre el Boom y su gente... Pepe... y los otros.*

*Sólo soy feliz en cama, leyendo, con Pepe en la otra cama leyendo*

*también, y la música, en este momento Beethoven.*

*Pepe ahora duerme. ¿Qué significa el sueño de Pepe durante el proceso de escribir?*

*Qué agrado ver una buena película, leer un buen libro, escuchar linda música y poder comentarlo todo, compartirlo todo con Pepe, tan inteligente y tan culto. Gracias, Dios, por enviarme esta felicidad... este goce.*

*Pero mi padre ya se ve cansado, lento, y la preocupación de mi madre al ver su deterioro físico le causa verdadera angustia y temor. El futuro se le presenta incierto.*

*Me preocupa Pepe. Está desvitalizado a un punto increíble y me preocupa. Me pregunto si escribiré otro Pájaro alguna vez... u otro Casa de campo. El hecho de no poder agarrar la novela que está escribiendo y cumplir pronto sesenta años lo tienen muy desgastado.*

*Son días agitados políticamente. La ciudad está inquieta, amenazante, perturbadora. Se anuncia por radio que extremistas de derecha han reconocido públicamente el atentado que pudo haber matado al demócrata cristiano Jorge Lavandero. Es tiempo de constantes protestas y movilizaciones con la consabida represión. Mi padre está preocupado.*

*Todo es espantoso. La gente tiene miedo, aun la más «blanca», políticamente hablando, y este pobre país, en estos días, es un infierno. Cualquiera día lo vienen a buscar a uno porque sí. ¡Increíble! La histeria de las sirenas que ocupan el horizonte entero, y el plano intermedio. Pero mientras escribo parece que han amainado un poco; a alguien en alguna parte se lo llevaron a una cárcel o a un hospital y pasó el peligro. Ya pasó ese incidente que debe haber sido monstruoso —y que seguramente mañana no aparecerá en los periódicos y seguiremos viviendo en las tinieblas que las autoridades nos proporcionan—; sin embargo, breve «operativo». En fin, silencio. Es de noche. Puedo seguir pensando en mi novela balsámica que lo cura todo.*

Ante la situación política, la Iglesia ha convocado a los chilenos a una «jornada por la vida», a la cual tanto mi madre como yo asistiremos. Mi padre tiene miedo y quisiera no ir. Pero piensa en las palabras del segundo de a bordo en *Moby Dick*, Starbuck, quien dice: «Jamás embarcaría en mi lancha a un arponero que no sintiera miedo ante los peligros de una ballena blanca. Los mejores son los que sienten miedo. No hay nada más peligroso que un hombre que no siente miedo».

Y sobre su propio temor escribe:

*Me parece lícito el miedo, mi deseo de no ir, cuando se sabe, como sé yo, que todo esto no es más que un bienintencionado movimiento, retórico frente a las metralletas. Pero María Pilar me convenció y fuimos. Del brazo. Nunca me hubiera atrevido sin sentir su brazo en el mío, desde el comienzo mismo hasta el fin: parece que sí, que hay actitudes y pensamientos y sentimientos que pueden derrotar a las armas.*

A esa altura mi padre siente que quizás la vida no durará demasiado. Piensa en las cosas que jamás hará, que jamás le sucederán.

*Quisiera ver crecer a mi hija, contenta, serena, no dolorida como la vi hoy y sentir que moralmente está al lado de las cosas grandes. ¿Qué será de Pilarcita? No pude contenerme a bajar una vez más a ver qué está haciendo mi pobre hija solitaria y aislada por su amor por el Toby. Pero es más que eso. Es una soledad radical, de identidad, la que siento en ella —como la de esa mujer en el retrato de Diane Arbus—, y no me gusta verla sufrir. Quisiera que sufriera un poquito menos. Que fuera capaz de abrirse y entregarse, no como un problema, sino como una fruta.*

La idea de escribir los cuentos sigue en su mente. Cree que deben ser cuentos sobre situaciones humanas burguesas, tenuemente teñidos —e incluso definidos— por la situación política y social de ese momento en Chile. Piensa que deben ser coyunturales, ásperos. Piensa en un título: *Cuentos del barrio alto*. Para ello quiere releer a Hemingway y a Moravia

para tratar de ponerse en el camino del realismo. También tiene en su mente, desde ese entonces, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, titulada en ese tiempo *Conjeturas acerca de una vocación*. Pero se llena de dudas sobre todo lo que está haciendo.

*¡Qué ingenuo soy! Ni un proyecto ni el otro. No sé muy bien qué voy a escribir ahora... o jamás. Un proyecto cancela al otro. No serán ni los cuentos, ni las Conjeturas. Peccato. Tengo, hoy, la certeza de que pasaré un largo período vacío. En todo caso, es temporada de ir almacenando ideas para cuentos y novelas, que con suerte, y transformadas quizás en otras cosas, usaré más tarde. Cuando llegue la temporada de las cosechas.*

Ese verano de 1985 será memorable. Como una excepción a nuestro clásico veraneo, en vez de ir a Zapallar, mi padre arrendó por febrero una casa en Castro, ciudad principal de la isla de Chiloé, frente al mar impasible de los archipiélagos del sur de Chile; un paisaje melancólico, verde, normalmente llovido y pintado de cielos grises. Cuando le preguntaron por qué Chiloé, dijo:

—Es igual a Irlanda pero está más cerca.

En un principio, mi madre parecía contenta estando ahí... el paisaje, la tranquilidad, pero luego se deprimió profundamente. Los días pasaban lentos y todos iguales, todos grises. El cambio anímico que se produjo en ella con el pasar de los días se evidencia en las anotaciones en su diario:

*Solos, Pepe y yo en esta casa luminosa frente al plácido mar interior, él leyendo Balzac y ambos escuchando música, en este momento Danzas húngaras, de Brahms.*

Unos días después, todo cambia para ella.

*Despierto angustiada, demasiada tranquilidad, demasiado distinta la gente y faltan cuatro semanas para volver a Santiago.*

*Pepe está tan feliz, justamente por la tranquilidad y falta de tensiones.*



*Pepe está escribiendo maravillosamente bien y está feliz. Está nublado y llueve.*

Sin embargo, hubo un acontecimiento importante, aunque casual, que rompió con la rutina de mis padres: los tomaron presos.

Aquello ocurrió mientras participaban en un acto organizado por un colectivo feminista en apoyo de un grupo de profesores despedidos arbitrariamente de sus cargos. En su libro de memorias *Los de entonces*, mi madre relata así este episodio:

*De pronto, mientras un grupo folclórico cantaba aires andinos, irrumpió la policía. Miré asustada al teniente de bigotes recortados y piel muy blanca que se plantó ante el grupo de mujeres que ocupábamos los asientos delanteros. «Usted...», me señaló el teniente. Mi marido lo vio desde las sombras del fondo de la estancia, donde se había sentado junto a un grupo de poetas jóvenes. Se adelantó y fijó su mirada en el policía, que al captarla lo llamó también. «Y usted...».*

*Pudimos así subir juntos al carro celular y hacer con los otros, unos veinte asistentes escogidos al azar, el trayecto hasta la cárcel. Nos cogimos de la mano y reconocimos que teníamos miedo, luego de oír tantos relatos de peripecias dolorosas en las prisiones de Chile.*

*Pepe tuvo tiempo de citar a Melville para consolarme y animarme. Llegamos a la comisaría. De pronto irrumpió el teniente, era capitán en realidad, y nos dijo unas palabras airadas, entre las que con especial énfasis manifestó: «Yo me contuve para no ser más violento...». Sonreímos solapadamente, pues de veras teníamos miedo. El primero en ser llamado y encerrado fue Pepe. Debió dejar, como todos, sus documentos y objetos personales en el escritorio que quedaba junto a la entrada de las celdas. También sus anteojos, lo que lo desesperó. Dice que se sintió vejado, impotente a merced de sus ojillos grises y miopes. Se recostó en el suelo de madera tratando de serenarse. No estaba bien de salud y a veces la presión*

le subía peligrosamente. Poco a poco se fue llenando la celda. En la celda de enfrente, yo junto a otras cuatro mujeres. Pepe se acercó a los barrotes de su celda, irreconocible sin sus anteojos.

«No te veo...», me dijo, «pero oigo tu voz y estoy bien».

Nos fueron llamando, uno a uno, para tomarnos declaraciones y fotografiarnos para el prontuario policial. El médico de la cárcel nos exigió firmar un documento en el que declarábamos no haber sufrido ningún apremio físico o moral.

Una compañera me dijo:

«Después que firmas, te dejan salir, ya verás...».

Nada. Pasó más de una hora. Ya eran las diez de la noche y se cerró la gran puerta de entrada.

De pronto una voz llamó:

«José Donoso...». Corrí a la ventanilla y lo vi salir escoltado por un policía gordo.

Pensé que me llamarían inmediatamente. Pasó otra media hora. Empezaba a asustarme. ¿Dónde llevarían a Pepe? Otra voz:

«María Pilar Serrano...». Salí aliviada. Vi a mi marido sentado en un banco pequeño, sonriendo porque le habían devuelto sus gafas. Me senté a su lado.

«¿Qué pasa?», pregunté. «Nada, no sé...». «Estoy sentado aquí desde que me llamaron y aún no me han dicho nada...».

«Señor Donoso, señora...», el mismo teniente y nos dijo que deberíamos dormir en la comisaría porque no nos podían soltar sin una orden expresa del intendente, que en esos momentos no se encontraba en la ciudad. Que nos llevarían al casino para que estemos más cómodos. ¿Se nos ofrece algo? Pepe le dijo que sí, que sus remedios, sin los que teme pasar esta noche. Por suerte, en la casa que habíamos alquilado por ese mes de febrero estaba nuestro sobrino Toby con sus amigos. El teniente nos ofreció mandar un jeep

*con una nota nuestra a buscar lo que nos hiciera falta. Pedimos los remedios, unas frazadas y los libros a medio leer.*

¿Por qué ese extraño cambio de actitud? Lo que pasó fue que un amigo alertó de la detención a Radio Cooperativa, entonces la radio de la oposición, que lanzó la noticia haciendo eco en otras emisoras internacionales. La noticia llegó al mundo entero. Yo, en cambio, estaba a unos cuantos kilómetros en la ciudad de Puerto Montt, en un albergue repleto de estudiantes que se movían con mochilas recorriendo el sur de Chile. Varios de mis amigos se enteraron y no me dijeron nada, seguros de que todo se solucionaría pronto. Yo estaba totalmente ajena a los acontecimientos mientras por el mundo entero se daba la noticia de que «José Donoso había sido víctima de la dictadura».

Los cables no dejaban de llegar al Ministerio del Interior, en apoyo a mi padre. Ante esto, el entonces ministro Sergio Onofre Jarpa se molestó por el encarcelamiento casual de mis padres, que había tomado ribetes inesperados, y ordenó que los soltaran inmediatamente.

Empieza ahí, en Chiloé, a gestarse su próxima novela, *La desesperanza*. La paz y tranquilidad que le brinda la ciudad de Castro le permite concentrarse y trabajar de sol a sol ante el paisaje de canales, bahías plácidas y verdes costas bajas, de aspecto más celta que americano.

*La desesperanza, que es como definitivamente se llamará la novela que estoy escribiendo. Quiero darle una vasta estructura (no, me retracto, no quiero una novela panorámica ni totalizadora, quiero una novela proporcionada y clásica) y quiero incorporar el gran tema del «argumento» como esencia de la primera parte, en la muerte de Matilde Neruda. Parece increíble que ocurrió hace apenas un mes. Pocas cosas me interesan más en una novela que yo escribo que la creación de un espacio significativo, que es lo contrario del espacio realista en que todo el mundo reconoce lo que ya conocía en la realidad, y cree dar una opinión literaria diciendo que en*

*realidad es igual a la ficción, y que está muy bien reproducida. A mí me parece que lo contrario es lo importante: que la ficción tome elementos de la realidad, pero que la agigante, que le dé una dimensión y un significado posiblemente simbólico, o metafórico más bien, de modo que el espacio literario tenga una autonomía literaria y no sea necesario compararlo con el espacio natural para apreciarlo.*

Ese mismo año 1985, junto con el trabajo teatral, aparece en la vida de mi padre un amigo que tendrá mucha importancia en los años venideros: Carlos Cerda, escritor chileno que venía llegando de Berlín. Largas conversaciones, atardeceres en la terraza, discusiones literarias. Trabajaron juntos, años después, en una versión teatral de la novela *Este domingo*, para el teatro Ictus. Recuerdo bien que Carlos pasaba tanto tiempo en la casa de mi padre, que mi hija Natalia le decía: «Hola, Carlitos... ¿Quieres ver esto, Carlitos?», y todos reíamos.

Este gran amigo, ahora también muerto, dejó un libro sobre la obra de mi padre: *Donoso sin límites*, testimonio de la amistad y admiración que le tenía.

Luego, vendrá el trabajo incesante, doloroso y largo de la creación de *La desesperanza*. Será la primera novela que escriba en Chile. Ésta se inicia en el velatorio y posterior funeral de Matilde Urrutia, mujer de Pablo Neruda, en La Chascona. Es una novela de ciudad. Tratará de temas que se acercan a la contingencia nacional, el retorno del exilio, de la identidad, la represión, la desesperación, la fealdad. Mi padre narra el mundo chileno de los años ochenta con dolor, desgarró e impotencia.

Mis padres empiezan a vivir entonces una nueva etapa, la del nido vacío. En 1986 yo me he casado y me he ido a formar mi propio hogar. Mi primo Martín, quien vivió durante varios años en la casa de mis padres, viaja a India como tercer secretario a la Embajada de Chile, y Gonzalo, su hermano, que vivió igualmente una temporada con ellos, también se va. Quedan solos en

una casa excesivamente grande y fría. Quedaron así como la pareja de sus primeros tiempos: uno frente al otro.

Mi madre, después de años de esfuerzo, publica finalmente sus memorias, *Los de entonces*. Debe ahora plantearse también una nueva vida, una nueva etapa para ella. ¿Qué hacer? Quiere emprender otros proyectos y piensa en la posibilidad de escribir una biografía sobre alguna mujer de la historia de Chile. En el epílogo de su libro escribe:

*El futuro será lo que yo haga de él. El compromiso conmigo misma es duro y estimulante. Soy yo quien debe marcar mis días y llenar mis horas, compartiendo algunas cosas con mi compañero que cumple su historia.*

*Es larga la vida, aunque a veces parece tan corta, y el mundo ya no es ancho y ajeno como lo proclamara Ciro Alegría.*

*Quizás dentro de veinte años, los ochenta son a veces activos y así auguro los míos, me sentaré en una máquina, computadora sin duda, y a la vuelta del año 2000 escribiré sobre los de ahora, que serán los de entonces. Mientras, observo, conozco, leo, participo, a veces también bailo, y espero, espero sobre todo, contra toda esperanza.*

La vida no le dio oportunidad, murió a los setenta y un años, como he dicho, dos meses después que mi padre. Si hubiera escrito sobre «los de ahora» habría sido un libro lleno de anécdotas y recuerdos que sólo ella sabía retener con una capacidad asombrosa, reproduciendo exactamente hasta los más mínimos detalles de situaciones, lugares o cuentos, pues si mi padre era un gran escritor de historias, mi madre era una gran contadora de historias.

En 1986 viajan a Washington por seis meses. Mi padre es invitado por The Woodrow Wilson Foundation perteneciente a The Smithsonian Institution. Desde allí me manda una carta impresionado con el ambiente americano.

*Aquí, la historia está tan cerca: aquí en el Smithsonian, donde trabajo, está la piedra que los astronautas trajeron de la Luna. Uno la puede tocar.*

*Poner la mano sobre ella. Eso es emocionante. Y una experiencia que no se olvida.*

*Es muy linda esta ciudad, muy romana, en el sentido imperial, capital del mundo como Roma lo fue del mundo antiguo, y claro, uno no puede no pensar en su eventual destrucción. ¿Cuándo será la caída del Imperio americano? No parece que caerá. Es inmensamente rico y poderoso, por eso también injusto y odioso, además de admirable y contradictorio. Ninguna ciudad es tan lujosa como Washington, es arquitectónicamente la más espectacular, parques y lagunas y ríos y monumentos de mármol blanco y rosa. Pero también es la ciudad con más porcentaje de población negra de todo el país, lo que significa incultura y miseria (miseria a la americana: con auto, televisor, casa propia, etc.). Es apasionante. No te diré cómo son las tiendas, los supermercados, los barrios elegantes, los restaurantes más variados, de todos los países del mundo, y la población cosmopolita. ¡Cómo me gustaría que estuvieras aquí, que pudieras disfrutar de todo esto!*

*Amigos de todos los países del mundo, reencontrados aquí después de tantos años.*

*Mucha preocupación por lo que me dices que mi libro no está en librerías. Dile a Ricardo Sabanes, de Planeta, que me escriba para saber cómo le va a La desesperanza en Chile y Argentina.*

*¿No has oído más comentarios sobre La desesperanza? Me encantaría saberlo todo. Este es el país de la abundancia, hay TANTO de todo, tan fantástica variedad, que uno llega a no saber qué hacer. ¿Qué llevar?, ¿qué quieres?, ¿qué te gustará? El tiempo ha estado gris y frío e invernal. Pasaron las grandes nevadas y de pronto cae un poco de agua-nieve y está desagradable.*

*Sabes que aquí me cambié de editorial, de Knopf a Weidenfeld and Nicholson. Creo que será para ventaja mía pese a que Knopf es la editorial de mayor prestigio. El viernes voy a Nueva York a firmar cosas con ellos, me*

*hospedaré donde John Elliott. Valentín Pimstein nos invita a México, nos manda los pasajes, nos aloja en el mejor hotel por una semana, y no sé qué cosas más. Algo está tramando. He escrito poco. Me hace falta mi casa, mi máquina, mi ambiente. Hace siete meses que ando moviéndome y siento que tengo todas las barras agitadas, adentro, enturbiándome: no sé con qué voy a salir. Pienso que en cierta medida la venida a USA ha sido una pérdida de tiempo. Este no es ambiente para mí, el del Wilson Center te quiero decir, aunque Washington es muy estimulante en todo sentido, los museos son fabulosos, se conoce gente extraordinaria, pero no hay eso que hay en Nueva York, esa sensación de gente-en-la-calle, como parte de la ciudad, que es tan maravillosa. Aquí, todo el mundo es de otra parte, nadie tiene raíces, no hay tradición, ni se está creando una como en Nueva York, esa palpitación, esa inquietud, que es excitante y revitalizadora. Y matadora, supongo, a la larga. Aquí hay un ambiente obsesivo, la gordura, la comida, el sida que tiene vueltos locos a los americanos y no hablan de otra cosa. Pero la Biblioteca del Congreso es una maravilla, y en el Capitolio se puede asistir a las sesiones del cuerpo legislativo discutiendo las leyes que regirán al país y, en último término, al mundo. Lo que, claro, después de Chile, es fabuloso.*

Durante su estadía en Washington, mis padres se reencuentran con Kurt Vonnegut y su mujer, Jane, gran amiga de mi madre, desde los tiempos en que ambas parejas vivían en Iowa. Ella está muy enferma. Mi madre la visita en el hospital casi a diario. Eso la tiene muy afectada y me escribe en una carta:

*La tía Jane está en estado de semicoma y su muerte es cuestión de días, lo que es muy terrible, pues la quiero mucho y era tan buena y generosa. Aquí están sus hijos, la Eddie y Mark con su mujer, Pat, los que te prestaron la cama de agua y te llevaron a pasear en lancha en Cape Cod. Y fíjate que justo una editorial muy importante quiere publicar el libro que ella escribió sobre su experiencia con sus hijos y sobrinos-hijos... Recuerdas que a Tiger,*

*el que se celebró su cumpleaños con el tuyo, y sus dos hermanos, se les murieron sus papás y Jane y Kurt los recogieron y los criaron como a sus hijos... Pues escribió un libro sobre eso y su ilusión más grande era publicarlo. Me lo contó una tarde, la última que estuvo más o menos bien. Ahora despierta a ratos cuando la acompaño y cuando me reconoce se echa a llorar, pero luego se queda dormida. Pobre. Por un lado, me alegra acompañarla en estos momentos después de tantos años de amistad.*

Pocos días después escribe anunciándome la muerte de su amiga Jane expresándome su gran dolor y la importancia para ella de esta pérdida.

Al revisar los escritos de mi padre me parece curioso que el balance de su estadía en Washington, más que de ideas o conocimientos, trate de gente que quiso y por la que se sintió querido, gente que lo estimuló y lo entendió, gente que recreó su vista y su imaginación. En él se da poco lo abstracto. Pero está seguro de que esa gente con la que se relacionó, como Gonzalo Biggs y su mujer y Jay Tolson y otros, tampoco muchos, le reconocieron más «ideas» que todos los sistemas racionales, y todo ese tributo alteró inconscientemente un poco de lo que él era. Este aspecto no se le manifestaba habitualmente e intuyo que se debe a la cercanía de un posible fin.

Ya de vuelta en Chile le escribe a Gonzalo Biggs y a su mujer, Regina Santa Cruz, los que continúan viviendo en Washington. Con ellos pasó mucho tiempo durante su estadía ahí y sintió una verdadera amistad, cálida, correspondida y vívida. A ellos les describe el ambiente en Chile en ese momento; se ve claramente, una vez más, su gran capacidad visionaria en cuanto a los futuros acontecimientos nacionales y personales:

*Queridos Chalo y Regina:*

*Hace tiempo que quería escribirles esta carta, pero la situación familiar no mejora, María Pilar está muy afectada y el bolsillo casi más. Mi suegra está en un beginning of the end. Por otro lado, Pilarcita con su guata a punto. Pero en fin, pese a las muertes, hay también nacimientos en*



*perspectiva, aunque el país se ha convertido en una especie de sanatorio de ilusiones perdidas, y todos los políticos, y las ideas políticas, y las esperanzas políticas andan con parches curita y magulladuras. Realmente no hay una estirpe más idiota que la de los políticos inutilizados por la fuerza bruta de los militares que lo controlan todo.*

*Estoy contratado por John Hopkins para ir en marzo del año próximo, iré nuevamente para estar antes de la salida de La desesperanza en inglés, para manipular y poner en movimiento toda mi red de amistades y conocidos para que hablen del libro. Como dicen los españoles, «me hace mucha ilusión». Decididamente, la única manera de vivir en este país-clínica es saliendo por tiempo más o menos prolongado todos los años. Voy también a Princeton — no es seguro— para compilar en mis cuadernos de diario un libro que se llamaría Diario de un escritor. Esto siempre que tenga un buen funding de alguna parte, pero mis papeles están en Princeton y quiero meter mano yo antes de que los curiosos se pongan a destapar cosas que mejor quedan tranquilas. Creo que el proceso de creación seguido paso a paso no deja de tener un interés para el público en general. De modo que en un año más, seguramente, como le decía Gepetto a Pinocho, «nos estaremos viendo las narices».*

*Te cuento de Chile. El Papa, que se esperó —y se creyó— que iba a tener un efecto benéfico, ha sido una desilusión. Si bien tuvo momentos grandiosos, en el estadio, por ejemplo, besando la tierra «donde tanto se ha sufrido», ha dejado una huella de profundo descontento y se siente, en general, que su presencia en el país ha hecho girar la Iglesia un poquito —o mucho— hacia la derecha.*

*Pero lo que fue curioso para mí, y en mi ignorancia laica, fue algo que jamás computé, fue darme cuenta de que el pueblo chileno es profundamente católico, profundamente fervoroso, que la religión le importa, que cree en la vida del más allá, y que la Virgen del Carmen y toda esta farándula de Santa*

*Teresita de los Andes es algo real dentro de la estructura de nuestra sociedad. Perteneciendo a una familia tan devotamente laica, me resulta difícil metabolizar este nuevo conocimiento, y todavía no sé qué hacer con él.*

*Jorge Edwards ha llegado, luminoso con el reflejo del Mercado Común en Alemania y con una novela casi terminada. Pero Jorge es como los chinos, uno nunca sabe lo que les pasa por dentro, o si en realidad les pasa algo.*

*Pero se ha salido del diario El Mercurio, que por un lado me parece bien, pero por otro quizás no tanto, porque el diario La Época, que le da todo el espacio que quiere, es un diario pálido, agónico, sin proyecto ni carácter, y me temo que no tenga para una vida muy larga, por desgracia, porque nada necesitamos tanto como un diario verdaderamente serio, informativo y combativo. Mañana, con los «intelectuales» (such as they are in this country), voy a almorzar con Harry Barnes (embajador) a la Embajada de USA, lo que me postra de aburrimiento porque me parece que todo es una mentira tan grande y yo no sirvo para estas cosas.*

*Bueno, mis queridos, añorados Biggs, por favor escriban. Un abrazo,  
Pepe*

La vuelta a Chile los conecta nuevamente con una realidad dolorosa. Mi abuela materna, después de haber vivido una temporada en nuestra casa, se hunde en el marasmo de la senilidad y de una muerte inminente en un hogar de ancianos. Mi madre, afectada, cae nuevamente en una depresión profunda; le es muy difícil aceptar la muerte de su madre, con quien siempre ha tenido una relación conflictiva. Al mismo tiempo, se aproxima el nacimiento de mi hija. Esto despierta en ella el tema no resuelto de su maternidad frustrada y la de su relación amor-odio con su propia madre. Esta dualidad muerte-nacimiento la hunde en los infiernos de la tristeza y de la angustia. Mi abuela morirá dos días antes del nacimiento de mi hija Natalia.

La muerte de su madre y mi maternidad la obligan a enfrentarse con todo

el dolor a su propia esterilidad. Ahoga su depresión en el alcohol.

*Me encanta esta sensación de embriaguez. Ahora me enfrento con el hecho de que tengo «un drinking problem», pero siento que AA no es la respuesta total. Me acabo de tomar dos sorbos de gin y me siento bien y no culpable.*

*Dos sorbos de vino, secretos, y ahora un café para borrar la culpa... y quizás el bienestar, pero... me siento bien ahora. Gracias a Dios que tengo a la Ana María Noé (terapeuta), hablaré con ella, porque de veras quisiera la abstinencia total, ya que siempre he fracasado con la parcial.*

*Tomé vino, pero es «la caricia» que tanto me falta. Si me gustaría tener sexo, no es en sí sino por la autoafirmación que significan las caricias.*

A pesar del gran amor que sé que me tenía, yo le significaba enfrentarse a su sensación de ser incompleta. Escribe dolorida:

*No pude dar vida, amo a la Pilarcita, que quizás me amará algún día... amo a Pepe, que es un amigo encantador y casi tierno. ¿Qué pasará? ¿Qué puede pasar a mis sesenta años?*

*Desgraciadamente, la Pilarcita no es para mí lo que yo soñaba.*

*Qué distinto hubiera sido todo si la Pilarcita hubiera sido más tierna. El Gabo, al verla grande (Gabriel García Márquez), dijo: «Qué bella es, pero qué dura...».*

*La envidia que debo enfrentar en ese sentido hacia Pepe, el hecho de que la Natalia, nuestra nieta, sea de su sangre y la Pilarcita lo quiere más a él.*

*¡Qué terrible tener que ser perfecta para que me quieran! Un mendrugo de amor gratuito me ayudaría tanto... los perros y los gatos... son los únicos. El corazón se me rompe. Luego, vino Pepe y me besó, y si tengo su amor todo cambia. ¡Ayúdame, Dios mío!*

Por el contrario, mi padre está pasando por una buena etapa, se siente feliz, pues cree haber encontrado su próxima novela. Quiere que su nueva idea tenga la misma forma de sus diarios, más bien una transcripción de sus diarios, con todas las tentativas, autocríticas, estudios de personajes, apuntes,

versiones distintas, cómo los personajes nacen, mutan, se desarrollan, se desvanecen y vuelven a aparecer en otra cosa, hasta llegar a un fin. En junio de 1987 escribe:

*Incluiré también los comentarios familiares del diario como diario, mis quejas, mi risa, las personas que viven en mi casa o que vienen por aquí (se me hace una fiesta hablar, por ejemplo, de Diamela Eltit, que, definitivamente, es personaje novelesco, con su belleza y con los jirones con que viste, y su fuerza y su inteligencia y su origen. Pero no, ahora no, me reservo a Diamela para después), y terminaré la novela no donde terminan mis novelas, que no sé dónde terminaré el argumento, sino con la transcripción de este diario y las cosas de mi vida que me suceden cuando trato de terminar una novela.*

La vida en la casa de Galvarino Gallardo era siempre agitada. Mientras mi padre en su estudio divaga, crea, imagina, el timbre de la puerta sonaba al mismo tiempo que el del teléfono, el perro ladraba desesperado al cartero y mi madre gritaba por la escalera del altillo avisándole que tenía una llamada; luego, trataba de conectar el fax, pues estaban mandando uno, y era incapaz de hacer funcionar la máquina que sonaba y sonaba, mientras mi hija, de meses, lloraba en otra habitación porque he pasado un rato a saludarlos y las empleadas de la casa peleaban por cualquier tontera.

Las comidas también eran un acontecimiento, sobre todo a la hora de almuerzo. Mis padres se sentaban a la mesa, con invitados o no, y pedían el teléfono que se traía con un alargador desde la cocina y se dejaba sobre el comedor. Pero lo más importante era la espera del cartero, que solía aparecer en ese momento. Las cartas y paquetes también se colocaban sobre la mesa, en el ritual de abrir las esperadas noticias, en especial las de la agente literaria Carmen Balcells, por alguna nueva edición de un libro, o alguna invitación. Mientras, se hablaba por teléfono y en eso transcurría el almuerzo, entre bocado y bocado, hasta que la siesta obligada los hacía retirarse de la mesa.

En medio de su desesperación creativa, mi padre por primera vez ve la forma necesaria y única para esta novela en la que está embarcado y, mientras, se pregunta si todos los escritores serán tan locos como él o, por lo menos, tan maniáticos como él, y en algunas cosas tan mágicos como él. Pero cree que en la vida normal es la persona menos maniática y neurótica posible, ni con su ropa, ni con su dinero, ni con sus exigencias, ni con el orden, ni las horas, ni la comida; nada le importa mucho y cree poder prescindir de casi todo. Sin embargo, cuando se trata de escribir, todo cambia. No le gusta el ruido. No le gusta la luz, ni la vista al frente, sino de lado, le gusta tener un tiempo largo sin interrupciones ni eventualidades. Por ejemplo, los cuadernos donde escribe sus diarios tienen que ser de cierta forma, tamaño, los encabezamientos deben llevar cierto orden, la escritura con bolígrafos Bic de tinta negra y punta fina, la letra muy chica. En las copias limpias a máquina, las hojas tienen que ser de tamaño carta, del papel más pesado que encuentra; la máquina así, los encabezamientos así. Odia los borrones, las correcciones, aunque pocas veces puede evitarlos.

También tenía la manía de mandar a hacer cajas especiales para guardar las distintas versiones de sus novelas. Debían estar forradas en papel jaspe, como los cuadernos antiguos, y en colores distintos según la novela. Alguna vez fueron azules, negras y verdes.

En junio de ese año escribe en su diario:

*Anoche, con las manos detrás de la cabeza y escuchando La fantasía, de Schumann, me quedé pensando en mi novela y cómo ordenarla. ¿Cómo verla? Verla como desde el aire, entera y sin detalles, una sola vez y después lanzarme en picado sobre ella.*

Divaga sobre posibles títulos y, de pronto, a raíz de las cajas que manda a hacer, cree que el mejor título es *Las cajas azules*. No podían ser *Las cajas verdes* porque las verdes eran de *La desesperanza* y *Las cajas rojas* tenían algo de público y hasta de Edgar Allan Poe. Sí, *Las cajas azules*. En un acto

impulsivo manda a hacer seis cajas azules de inmediato para guardar ahí las versiones.

*Siento que no podré escribir una línea hasta tener las seis cajas azules. Las cajas azules. The blue boxes. Les boîtes blues. Gli Scattole blule (¿O será azzurri? Nunca me acuerdo). Queda perfecto como título en todos los idiomas. Creo que esta vez dividiré la novela no en partes con nombre, como es mi costumbre, sino en cajas: caja uno, caja dos, caja tres, en fin... Esta idea, claro, es tremendamente ordenadora, y ahora entiendo una serie de cosas sobre mi novela aún no escrita que no había entendido antes. ¡Hoorray! Y tal vez cada caja dividirla no en capítulos, sino en cuadernos numerados. Pero no comenzando desde un supuesto cuaderno nº 1.*

*Por desgracia, hoy no voy a poder hacer nada de todo esto. Y no puedo seguir, aquí, donde estaba perfectamente cuerdo y feliz. Tengo verdadera urgencia de corregir la versión inglesa de La desesperanza, maldición, gritó Chupete; que es muchísimo trabajo y muy lento. Y, sobre todo, no voy a poder escribir —¡ni siquiera leer!— hasta que me lleguen las cajas azules maravillosas, que adentro traen mi novela completa.*

La mirada sintética, que no se desparrama, le dura poco a mi padre; su imaginación salta continuamente a otras cosas. De ahí su necesidad imperiosa, urgente, de recogerla dentro del pensamiento organizado de una novela, para así retenerla durante un tiempo prolongado.

Decide leerles a los alumnos de su taller algunos trozos de *Las cajas azules*, donde, según él, fueron bien recibidos, pero con algunas críticas e ideas para mejorar el texto.

Como en otras tantas ocasiones, esta novela será postergada por nuevas ideas que invaden su imaginación, y quedará el esbozo de este material registrado en sus diarios.

En 1987, España le confiere la Encomienda de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. La Embajada en Chile le organiza una gran fiesta. A mi padre lo

emocionan los reconocimientos, siempre ansioso y necesitado de ellos. Decide preparar un discurso para la ocasión, pues siempre decía: «I'm a poor public speaker», cosa no cierta del todo. Solía arrastrar un poco las palabras, con la lentitud que tienen los ingleses, pero eso le encantaba y lo hacía a propósito.

*Aunque para mí se está inaugurando la edad un poco melancólica de los honores —diferentes a los premios, a los que, como es de público conocimiento, parece que no tengo acceso—, las palabras siempre quedan cortas.*

*La ciudad, el idioma, la palabra entrañable, insistentemente, obsesivamente, persiguen al viajero. En mis años de vagancia, España y su idioma me acogieron. Un idioma del que el mío era tributario y me sentí en mi casa allí, en su idioma y su cultura, donde fue tierra nutrida donde pude madurar.*

Este homenaje lo hace reflexionar sobre su obra: después de haber publicado quince libros y ser traducido a veinticuatro idiomas, se pregunta por qué su palabra y su visión de mundo pueden proyectarse hasta China y Turquía, hasta Dinamarca y la Unión Soviética, asunto que nunca dejó de sorprenderlo. Se preguntaba por qué, quién era en realidad, cuál era su aporte, su perfil característico, cuál era la grieta personal en el muro por donde atisba el paisaje que adquiere su forma y limitaciones específicas.

Este misterio a veces lo ve como un logro, aunque nunca llega a comprender cómo se produjo; para él, la creación de una novela compromete, sobre todo, al inconsciente, que crea imágenes y metáforas, nunca explicaciones.

¿Por qué en Checoslovaquia interesa la suerte de una criada de la casa de su abuela, una serie de brujas encerradas en un convento, unos seres incoloros que habitan una casa de pensión?

Cada vez que piensa en este misterio, le parece más inexplicable y

prodigioso... y lo hace cada vez más feliz.

Sus hipocondrías lo rondan, tiene un dolor en el pie izquierdo que le preocupa. Apoyar la planta le produce una gran molestia en el arco del pie.

*¿Qué me pasa? ¿Es una enfermedad terrible? ¿Quedaré rengo para toda la vida? No. Qué tontería. Probablemente no sea más que un comienzo de gota, por ejemplo, algo muy inglés, alguna forma dolorosa de depósito de ácido úrico. Acabo de llamar al doctor para saber si puedo verlo hoy mismo, porque, además, hace tres o cuatro días siento no un dolor, sino una opresión en el corazón que es bastante alarmante. Puede no ser más que «nervios», como se decía antes, algún mal «psicosomático», como se dice ahora, dolencias generalmente miradas en menos, aunque son las que producen los ataques al corazón y las úlceras duodenales. Miedo. Sí, a veces tengo miedo, miedo de todo, sobre todo de la venganza de mi propio cuerpo. ¿Pero por qué? Preocupaciones muy grandes no tengo.*

En abril de 1988, pese al temor a la enfermedad, mi padre está escribiendo una novela que lleva bastante adelantada, pero ha pasado unos días estancado, no ha podido afrontar un problema que se le presenta con uno de los capítulos y lo evita, por lo que se dedica a escribir cartas que tiene pendientes y así, de alguna manera, quitarle el cuerpo a la escritura que siente como su mayor enemiga.

*Todo, hasta el vuelo de una mosca, me parece un asalto a mi sensibilidad, una agresión, y el trabajo es una tarea imposible de encarar. Ganas de quedarme en cama, tantas ganas que me llegan a doler las piernas y es como si se me inmovilizaran para que de este modo mi familia se vea obligada a solucionarme todo sin intervención. Es terrible. No estoy tan viejo.*

*No quiero escribir. Me prendo de este cuaderno como de una tabla de salvación, como tantas y tantas veces lo he hecho. No quiero nada. No quiero hacer nada, ni escribir ni leer nada. Es probable que lo que me duele en el pie sea un cáncer. ¡Qué risa después de tanta aspirina que he tomado! Pero*



*sé que no es. Sin embargo, ese pensamiento horrible me descansa y el hecho de poder formular terror justifica mi estado letárgico-deprimido de hoy. La muerte viene por todos lados —espero que no mañana— como una gran amenaza, como una bandada voraz que me envuelve. Por ejemplo, tengo terror de irme a Buenos Aires en avión dentro de unos días. No estoy listo para morir, sólo para usar la muerte para no escribir, que es lo que más quiero.*

En esta época mi padre se siente absolutamente amenazado por la mayoría de las personas, sobre todo por las más cercanas, aunque en especial conmigo. Cree que le robo, que lo engaña constantemente, que me llevo cosas de su casa, y su obsesión es evidente; yo lleno todos sus pensamientos y me culpa por no poder escribir, no puede pensar en nada más. Incluso mi madre, a raíz de este delirio, comenta en su diario:

*Pepe dice que hace dos meses que no escribe por la Pilarcita... porque tanto la ha amado.*

*Quiere escribir y tratará alejándose, tiene razón, que lo haga si puede.*

*Él dice que dejará de querer a la Pilarcita y lo hará si con ello escribe.*

En ese entonces da forma una novela corta titulada *Naturaleza muerta con cachimba*. La escritura de esta *nouvelle* le ha sido muy satisfactoria y ha tenido otro tipo de beneficios personales: le sirvió de una manera muy curiosa para refugiarse durante el mes anterior al plebiscito. Se encerró lo más que pudo en ella, fue su protección, la concha donde se replegó y protegió de los cientos de entrevistas que le pedían periodistas nacionales e internacionales respecto a su posición antes del plebiscito. Puede así, entonces, estar ausente de todo el acontecer político.

*El mundo imaginario en el que yo estaba metido, en cambio, la ficción de Naturaleza muerta con cachimba, me servía de contrapeso para mantenerme a flote y poder respirar mi propio aire, no el de los otros, tantas veces me sentía a punto de naufragar y con los nervios deshechos y sin sueño o con*

*pesadillas o con palpitaciones al corazón, gracias a las barbaridades que oía a cada rato de los políticos de extrema izquierda y de extrema derecha, y así permanecer dentro del círculo de la cordura.*

Después de enviar su novela ya corregida una y otra vez a Carmen Balcells, vuelve a irse junto a mi madre, esta vez a Davis, Estados Unidos, a dictar un curso por un semestre. Es ahí donde comenzará a escribir otra *nouvelle*, *Taratuta*, a partir de la llegada de una carta que nunca se supo si era ficción o no, firmada por un señor de apellido Taratuta.

En Davis se instalan en un departamento agradable. A mi padre le parece falsa la cordialidad de los californianos. Mi madre inmediatamente se consiguió un gato, ante su necesidad de afecto «animal»; uno colorín como un escocés, según ella. Mi padre encuentra al gato totalmente idiota o disléxico, y ella se irrita mucho cuando se lo dice.

Se siente contento, sobre todo por haberse alejado de la pesadilla en que se había transformado Chile en ese último tiempo. La irritación general, el miedo, la rabia, la agresividad, la sospecha, los hermanos y las parejas separadas por el plebiscito del Sí o No.

*Con María Pilar nos dijimos que nos parecía increíble que hiciera cuarenta y ocho horas que no pronunciábamos, ni oíamos, ni leíamos el nombre de Pinochet. Yo, sin duda, tengo una sensación de más aire, de vida nueva, de poder existir en mis propios términos y no según las normas dictadas por el general. ¿Qué vendrá ahora? No todo, seguramente, será bueno. Pero será distinto. Distintas las limitaciones, más amplia la elección de lealtades y de lo que aquí en Estados Unidos llaman «lifestyles», sin esa horrible sensación de castigo que nos amenazaba tácitamente —a algunos abiertamente— en todas nuestras acciones y en todos nuestros pensamientos durante el régimen de Pinochet: castigo esencial, puro, abstracto, que caería sobre nosotros con la inevitabilidad del pecado original, simplemente porque pensábamos en una forma distinta o éramos distintos a lo que ellos exigían.*

*Cuando a los hombres se le solucionan los problemas básicos como el hambre y la salud, y la justicia, y los demás derechos humanos —y el problema básico para nosotros era Pinochet—, uno recién puede comenzar a ser civilizado, y las llagas vuelven a ser literarias, sin que esto signifique falta de realidad, sino otra forma aceptable y riquísima de realidad.*

Mi padre trabaja todo el día. Sale únicamente a dar las clases, con las que debe cumplir como obligación. Por suerte son pocas y le dejan tiempo para escribir. El campus es precioso, lleno de árboles, flores y laureles enormes, floridos de todos colores. Eso lo llena de placer. Lo que lo inquieta es lo que está pasando en Chile con la política. Casi no hay noticias sobre este asunto allá y siente que nuevamente se está perdiendo cambios históricos de su país.

Pero esa no es su única preocupación. En una carta fechada en octubre de 1988, me escribe:

*Te quiero pedir dos favores: (1) que llames al maestro Salazar, que es el tapicero. Su número sale en la guía café de tu mamá. Lo llamas por teléfono y conciertas con él un día para que vaya a la casa, y me diga cuántos metros de chintz tengo que comprar para el sofá del living y el sillón, y un poco más para cojines, carpetas; en fin, lo que se necesite. Aparte, que te diga cuántos metros van a entrar en el sillón —en el bergere— nuevo, ese con tapiz que no te gusta. Lo apuntas con cuidado y me lo mandas lo más pronto posible.*

*(2) Y esto es lo más delicado: en ese mueble mal hecho pintado blanco, donde pongo mis cartas y archivadores que tengo en mi escritorio, te pido que busques en todas las carpetas que diga Cartas. Ahí buscas en la letra T en cada archivador, y buscas una carta firmada por un señor Mario Ricardo Taratuta Barenboim. Con cuidado, saca esta carta, la pones en un sobre y me la mandas con suma urgencia. Haz esto en cuanto recibas esta carta, mira que es un asunto que me apura. Espero que la encuentres, esa carta significa mucho para mí. En otro sobre ponme las cartas que me hayan*

*llegado y que parezcan importantes y me las mandas separadas de la carta de Taratuta.*

Esta misteriosa carta nunca aparecerá, pero servirá para la *nouvelle* del mismo nombre. ¿Habrá existido realmente este señor Mario Ricardo Taratuta? Lo que sí existe es un libro, una biografía sobre Lenin de Gerard Walter, en la que mi padre subraya todo lo referente al legado Schmidt. Nicolás Schmidt, que era uno de los mayores fabricantes de muebles de Moscú y que al morir legó su fortuna a los bolcheviques. La herencia pasó a manos de las hermanas de éste, quienes debían entregar cada una su parte. Una de ellas, por lo demás, era amante de un bolchevique activo, muy bien considerado en los círculos dirigentes, Víctor Lodzinski, alias «Taratuta».

Todo esto —la fantasía, la teoría y la historia— tomará forma y se mezclará en la cabeza de mi padre hasta lograr darle forma. En un artículo confiesa:

*Como soy incurablemente novelista, fue más bien un detalle curioso, quizás frívolo, algo que no pasa de ser una nota a pie de página en la biografía de este ser monumental, Lenin, lo que me estimuló a perseguirlo a él y a su formidable esposa, Krupskaya. Fue el legado Schmidt.*

En la misma carta, desde Davis, me describe su vida allá y una vez más se conjugan estos dos mundos tan opuestos dentro suyo: el poder creativo, la locura y la imaginación combinado con lo cotidiano e incluso frívolo.

*Yo he estado con un resfrío horrible estos últimos tres días que me pesqué a la salida de la tienda, exageradamente refrigerada, Macy's. Tu mamá acaba de salir a una fiesta en la casa de aquí al lado. Yo vivo dentro de una nube de mentolatum, que es lo único que me hace bien.*

*Dentro de una semana vamos a Los Ángeles. Hablamos por teléfono con John Wideman y la Judy. También he hablado varias veces con la Isabel Allende, que también vive en San Francisco, y nos veremos cualquier día, incluso piensa venir a Davis la semana que viene. Siguen saliendo críticas*

*favorables de La desesperanza, pero las ventas no suben demasiado, lo único que realmente vende es la reseña en el New York Times, que sí vende, pero eso ya salió hace mucho tiempo. El obscuro pájaro de la noche, la segunda edición de bolsillo, hace un mes que está por salir y todavía no sale. ¡Editores de mierda! Todo el mundo lo pide y no sale. No sé qué pasa.*

*La gran novedad es una película de la Shirley MacLaine, Madame Sousatzka, que fue basada en un libro de una amiga mía, la Bernice Rubens, que es sensacional. La veremos esta semana.*

*Tu mamá se ha hecho amiga de un gato colorín que parece que es disléxico, pero come jamón con la mano, se sienta y con la mano saca el jamón del plato y se lo echa a la boca. Pero es bastante pesado te diré.*

*Mi hija tan querida... ayayayayaay, que se me está acabando el papel y me voy a caer, un beso.*

*Papá*

A mi padre lo invitan de varias universidades a dar conferencias. Esto lo mantiene activo y feliz. Mi madre también está pasando por un buen momento. Toma un curso sobre la literatura en el exilio de distintos autores; lee particularmente a escritores magrebíes, del norte de África, y se siente deslumbrada con algunos de esos libros. Ella siempre buscaba su espacio dentro de estos períodos de vida universitaria que debía compartir o asumir junto a mi padre, y tenía una gran capacidad para relacionarse muy bien con la gente joven, de una manera espontánea y afectuosa, por lo que naturalmente dejó muchas huellas afectivas por donde pasó.

Fernando Alegría lo convida, junto a mi madre, a Stanford, para el homenaje que le brinda la universidad por su jubilación, hecho que resulta desastroso y frustrante, pues en el programa figuraba como huésped de honor Isabel Allende, lo que pone a mi padre en una situación incómoda. Se molesta mucho con Fernando Alegría y desata un conflicto interno de

envidias, inseguridades y falta de reconocimiento. Su ego se ve seriamente afectado. El 11 de noviembre de 1988 escribe al respecto:

*No porque la Isabel Allende tenga nada de malo, yo no tengo nada contra ella, sino porque soy tan claramente el escritor «Señor», no sólo en edad sino universalmente reconocido. La Isabel sufre mucho —porque es una mujer inteligente, compleja y sensible— porque siente la ambigüedad de ser, querer ser, reconocer ser y apuntar a ser una escritora de masas, de ventas masivas, por un lado, y por otro, ser una mujer que sufre por la mala crítica del Times a Eva Luna, que pese a eso tiene un éxito de ventas increíble. Esta ambigüedad —fuera de su talento mal empleado, que pese a ser mal empleado es talento—, su gran fluidez y alegría narrativa incomparables, aclara el hecho de que es cualquier cosa menos mediocre. ¿Pero Fernando Alegría? Nada. Nunca ha sido nada. Nunca ha escrito ni una palabra que valga la pena. ¿Por qué me duele todo este asunto tan mediocre? Creo que por incómodo, más que nada. ¿Qué hacer? ¿Irnos mañana mismo sin despedirnos y crear un escándalo y que se diga que me fui como una persona ofendida porque se puso a otro como más importante que yo? ¿Recordarle a Fernando Alegría que en su ponencia en Davis no nombró La desesperanza como novela contemporánea política, ni El jardín de al lado como novela del exilio? Sórdido, la envidia.*

*What to do? Lo hablaremos largo con María Pilar esta noche.*

Mi madre, consciente de ello, también lo registra en su diario:

*Pepe tiene un ego como una casa, un ego de artista: «Pepe vive su locura y María Pilar queda enganchada un mes», frase de nuestra terapia de pareja de hace años. Difícil, muy descalificador. Por otro lado, nos queremos y somos felices... somos pareja, somos muy amigos.*

Quizás la limitación de Pepe como escritor sea su absoluto egocentrismo artístico, su imposibilidad de trascender en un ideal político, religioso o filosófico más que con sus creaciones de artista.

*Quizás... o quizás sea su fuerza, su don, no sé. El ego omnipotente de escritor y allí se encuentra su no grandeza literaria.*

Últimamente mi padre había tomado varias decisiones drásticas y hecho supuestas aclaraciones sobre su futuro, con no muy buenos resultados: la pelea con la Editorial Knopf, su pelea y salida del Lloyds Bank, su banco, y cierta aclaración que hizo a Carmen Balcells, por sentir que no estaba manejando bien sus asuntos y de lo que luego se arrepintió. «Esto puede resultar trágico para mí», comenta.

Por lo tanto, decide ser sutil, dejar que los vientos se calmen y permanecer en Stanford un tiempo más.

*No asistir al simposio en la mañana, asistir un ratito en la tarde, para mostrarme y hacer como «si aquí no ha pasado nada», y en la noche asistir a la cena, pero advirtiéndome que no voy a hablar. ¡Quién fuera Jorge Edwards, que sabría exactamente y sin duda qué hacer! En fin. Se acabó el asunto. A no ser que mañana despierte con la idea de hacer otra cosa.*

Mi padre me escribe una postal anunciando su pronto regreso, está finalizando sus clases en Davis. Viaja por un fin de semana a San Francisco y le fascina; le gusta todo, el paisaje, la diversidad. Mi padre, ávido viajero y observador, me describe todo con detalle, como el caso de una comida en un restorán camboyano, y luego, la de uno chino:

*Pilarcita, fantástico, tú sabes que a mí no me gusta demasiado la comida china, pero tengo que reconocer que la de anoche es la comida más rara y exquisita que he comido en mi vida: unas gambas gigantes con una salsa especial sobre una verdura no muy fácil de identificar, con una salsa de almendras. Alguien comió pato asado. Otro comió un guiso estupendo con salsa de jengibre —pollo, creo que era— con cantidades de nueces acarameladas. Todo raro y exquisito, y los chinos y sus familias gritando como locos en las mesas de al lado, con niños, guaguas, abuelos, igual a las familias de los italianos cuando salen a comer afuera.*

*Las librerías y las galerías de arte son una maravilla, aunque no así la música y la ópera (que, contrario a lo esperado, es mala), ni el teatro; la tele, en cambio, tiene cosas estupendas, y aunque no lo creas, yo me paso las tardes enteras tirado mirándola, un programa sobre la reconstrucción del asesinato de Kennedy, otro programa de lo mejor que he visto en mi vida, que es un repaso de los cinco últimos presidentes de México (por cierto, que Carlos Fuentes salió a hablar), y de las cosas buenas y malas que han hecho y de las elecciones y los chanchullos que han hecho, los pobres... Y claro, Bill Moyers, que es un entrevistador genial. Mi próxima novela va a estar armada sobre la idea (formal) de cómo hacen el programa de noticias televisivas.*

Durante la estadía en Davis la salud de mi padre de pronto empeora y debe ser llevado de urgencia al hospital; él cree tener un ataque al corazón, cosa que no es así, pero esto lo afecta anímicamente: la sensación de vejez lo atormenta, las palabras en su diario denotan su angustia.

*¿Cómo se prepara uno para la muerte? Siento temor, temor del no ser. Parece que no he amado jamás, porque los placeres que la vida me dio jamás estuvieron desprovistos de culpa ni de competitividad. Es mi conciencia de mí mismo y del mundo y no quiero desaparecer.*

*Lo realmente terrible es el caso de Pilarcita, que depende tanto de mi amor como yo del de ella y quien tantas veces me ha pedido que no me muera porque va a quedarse muy sola; su marido, su hija, su madre son importantes, pero en mí encuentra algo, un amor absoluto y sin limitaciones. Quisiera que tuviera más hijos para que cuando yo falte —y falte María Pilar— tenga algo tan propio, tan suyo, con que identificar un pasado y un origen y que genéticamente le sean reconocibles. Me está rondando la muerte con la forma de un infarto.*

El temor aumenta en él la necesidad de escribir sobre su familia, dejar un



testimonio; escribir sobre quién es, de dónde viene. Esboza los temas para incluir en lo que serán las futuras *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*.

Entre esas páginas de sus diarios, que señalan esquemas e ideas a incluir, de pronto aparece destacada una frase escrita por él para justificar este proyecto. La leo con especial detenimiento:

*La falta de identidad llama a la atención, a la invención de una identidad, la autobiografía es ficción.*

En tanto, mi madre comienza con ciertos síntomas inespecíficos. Está muy cansada, delgada y débil. Mi padre se inquieta al verla así.

*Es de noche, preocupado por una tosecita tonta pero persistente de María Pilar. Preocupado con su falta de apetito, siempre tan bueno y terrenal, y su vitalidad disminuida. Le palpé el abdomen y me pareció que tiene hinchado un sector. El médico señaló pequeños desperfectos en su corazón que podrían explicar sus palpitaciones.*

Luego de unos días enferma gravemente, es llevada de urgencia al hospital y las constantes taquicardias terminan en una hospitalización prolongada. El médico a cargo resulta ser japonés y mi padre comenta al respecto con ironía:

*Tenso samurái a punto de suicidarse, estoy seguro, joven y guapo, que no «entraba» a la pieza, sino que en silencio se materializaba, aparecía allí todo vestido de blanco y con un aire de saber todo lo que decíamos de él. Máscara de personaje de Kurosawa medieval, guerrero, incommunicable, racista (se me antoja suponer), arrogante, cruel, totalmente desprovisto de humor —o con un incomprensible humor de antenas de coleóptero— que aparecía a exigirte suicidio, como Mishima.*

Fue este doctor japonés quien finalmente le diagnosticó una miocardiopatía dilatada, de la cual se recuperaría relativamente por un tiempo, pero que, años después, sería la causa de su muerte. Tanto mi padre como mi madre pasan unos días hospitalizados durante su estadía en Davis. Esto solía suceder con frecuencia, con cada viaje, una hospitalización; luego, se recuperaban y

seguían como si nada hubiera pasado. Tras las crisis de salud, mi padre, como siempre, renace. Está lleno de ideas y proyectos. Le entusiasma la invitación que recibe para ir a Alaska, en marzo del año entrante, para ver una adaptación teatral de *El obsceno pájaro de la noche*. Justamente, después de quince años o más, acaba de releerlo para un seminario que dictó en la Universidad de California y le gustó; piensa que puede durar vigente aún unos años más todavía. «*Before the ice cap reigns...*», según la frase de T. S. Eliot.

*Excitadísimo con la perspectiva de un viaje a Alaska. ¡Qué frío, eso sí! ¿No voy a quedar bloqueado por el hielo, como las ballenas que tuvieron enloquecidas a las noticias de todo USA el mes pasado? La buena prensa es una de las ventajas que tienen las especies en extinción: las cuidan, se preocupan los periódicos. Voy a intentar optar a ese «estatus» privilegiado de especie en vías de extinción. ¿Y en Alaska qué le va a pasar a mi pobre próstata, tan sensible al frío? Que en Alaska hayan decidido hacer una adaptación de El obsceno pájaro de la noche y me inviten al estreno me parece increíble.*

Luego del viaje a Alaska, que no deja mayor huella en él, vuelve a lo que realmente le interesa, la escritura. *Taratuta* está tomando cada vez más fuerza y esboza toda la historia una y otra vez. En 1988 anota:

*Terminada (definitivamente) la versión total de Naturaleza muerta con cachimba. Estoy contento con este cuento, quién sabe por cuánto tiempo. Estoy leyendo The Golden Notebook, que es un libro en muchos sentidos magistral, pero la prosa presenta algunos problemas.*

Mi padre se pasa el día angustiado con la idea del regreso a Chile y la prisión que significa no poder hablar de otra cosa que de política.

*No rechazo el mando político: lo rechazo como mantra, como conversación de salón, como arribismo.*

Mis padres vuelven a Santiago en el verano de 1989. Ambos han logrado

salir del túnel de las enfermedades. Al menos por el momento. Mi madre dice estar dispuesta a cambiar su personalidad para transformarse en «señora con perrito, diván y novela». A mi padre le entusiasma esta imagen, la encuentra muy poética; ha comenzado por regalarle una perrita de bolsillo, una yorkshire terrier bautizada como Clarisa.

*Le pondré a María Pilar el diván junto a la chimenea que estoy construyendo en el salón de mi casa, como preparación para el invierno, o para nuestro otoño más bien, cuando la glicinia de afuera se ponga amarilla, y no sea una aberración entregarse al lujo de la melancolía, la soledad y la lectura. ¡Poco moderno pero qué le vamos a hacer! ¡A ver si podemos incluir esta etapa en la posmodernidad, donde parece caber casi todo si uno lo empaqueta bien!*

En ese verano, la soledad de un Santiago desierto por la huida de la gente al litoral, aletargado por el calor y con la ausencia de la vida social impuesta, le dan la paz necesaria para volver a su estudio y encerrarse a tratar de terminar *Ta ra - tuta*. Aunque el proceso se alargará bastante más tiempo. Los cuadernos de la época contienen muchos esquemas que ordenan personajes, acontecimientos, lugares, para lograr darle forma a la novela. Anota:

*Mañana tengo que hacer este esquema que está vago. Quiero que sea preciso, a lo T. S. Eliot.*

Pasa por momentos de crisis. Su salud vuelve a decaer, le falta la fuerza que requiere escribir ocho horas diarias. Por períodos largos no escribe, su enfermedad al hígado parece estar empeorando. Anota en julio de 1989:

*Terminado y mandado Taratuta, el martes le llegará por correo a Carmen Balcells (espero que esté en Barcelona).*

*¿Ahora qué? Desde luego mi trabajo, por lo demás duro, de la adaptación teatral de Este domingo para el Ictus, con Carlos Cerda. Pero no es suficiente. Tengo que saber guardar mis mañanas para ser yo mismo y sentir que estoy viviendo. ¿Qué hacer? (1) Tengo cerca de cien páginas de*

*«Conjeturas acerca de una vocación». (2) Tengo ciento cincuenta páginas de «El pez en la ventana». Pero resulta que ninguna de las dos me impulsa a seguir adelante. Quisiera hacer algo nuevo. Y distinto. Por eso he pensado tanto en estos días en «La anciana cara».*

*Lo importante aquí es el prólogo explicativo de por qué este libro no es un desnudamiento total, y una justificación de mi... Esto es clave. Un hombre es también sus máscaras desde las cuales es posible inferir la identidad, la unidad de un ser, y son como metáforas de ese ser, objetos traslúcidos, no transparentes, que dejan pasar la luz y entrever lo que hay al otro lado, pero sobre todo que retienen la luz y son, en esencia, cuerpos que se interponen entre el ojo del espectador y el objeto real, que queda al otro lado.*

Describe alguna de las partes que incluirá en este proyecto:

*La casa vieja, ser provinciano, la rama nueva, ser escritor, el exilio, mis casas, escribir Coronación, escribir El obscuro pájaro de la noche, escribir La marquesita de Loria, escribir El jardín de al lado, escribir La desesperanza, los finales de mis novelas. Y finalmente se propone «escribir una novela grande, realista, mucho paisaje, mucha ciudad, algo entre Lampedusa y La hoguera de las vanidades. ¿Cómo?*

Las casas, siempre tan centrales para él. Decía que son el espacio donde ocurre la fábula, donde sucede la novela, el lugar de la acción y la pasión, el orden y las reglas..., y también del advenimiento del caos.

*Insisto en el tema porque soy, esencialmente, un hombre de casas, tal vez también de ciudades, rara vez un hombre de paisajes y campo. He sido un hombre condenado a las ciudades y amante de las ciudades. Y dentro de las ciudades, de las casas, y dentro de las casas, de las habitaciones y las familias. Tengo que contar las riquezas de esas habitaciones. He derivado: una sensibilidad para captar las estructuras humanas que produjeron esas habitaciones. No puedo permanecer ciego a cómo se inscribe en una habitación toda una historia, toda la antropología de un grupo humano. O de*

*la persona que produjo ese ambiente físico. Cómo están presentes en él su cultura, su clase social, sus pretensiones y fracasos, todo visible en la disposición de sillas y mesas y cuadros, en la selección de colores y texturas. Allí está inscrito lo que la gente es, o quiso ser, o intentó ser, o se sacrificó por ser. Estas habitaciones tienen una voz, y hablan, y uno puede reconstruir a los habitantes a partir de astillas y trapos. Uno recrea relaciones y estructuras, inventa armamentos y sensibilidades y emociones.*

Sigue pensando en *Conjeturas...*, pero quiere darle un vuelco para que se llame *Los ruiseñores cantan en griego*. Le preocupa cuánto tiempo le tomará escribir. Imagina que bastante y sabe que el tiempo se le va haciendo cada vez menos.

Mi madre quiere escribir un libro sobre la génesis de las novelas de mi padre. Empieza a grabar conversaciones con él sobre las primeras obras, entre ellas *Coronación*, y se siente feliz con este proyecto, que junto a su trabajo en el diario *La Época* le han devuelto la confianza en sí misma. Anota recuerdos que se le vienen a la mente en relación a comentarios sobre las novelas de mi padre. Destaca uno en especial: la reacción de Carmen Balcells al leerle las líneas que Luis Buñuel le había escrito sobre *El obsceno pájaro de la noche*. Carmen Balcells había dicho: «Por fin comprendo por qué me entusiasma (o emociona) esta novela que no me gusta nada».

Mi padre continúa trabajando, pero el miedo no lo abandona. En 1989 cumple sesenta y cinco años y escribe:

*Mala cosa, la peor época de mi vida, estoy alrededor de mi sesenta y cinco cumpleaños, la más enferma, la más angustiada, la más inestable, la más paranoica. No quiero seguir hablando de esto porque me voy a enfermar más aún y puedo quebrarme porque no puedo tolerarlo. Entre otras cosas, me agotó *Conjeturas* y no me interesa volver a él, ni escribirlo.*

*El tema que me ocuparía, que quiero que me ocupe, es el siguiente: el hombre, el escritor, que se siente abandonado, por un lado, el mundo*

*contemporáneo, y, por otro lado, que ve claramente que la literatura, como él la ve y la entiende, ya no tiene un lugar en el mundo contemporáneo. Pero esto es sólo una idea y un sentir, y las novelas no se hacen ni con ideas ni con sentir.*

*Podría llamarse Preludio, fuga y final o de nuevo y más apropiadamente Los ruiseñores cantan en griego. ¡Qué obsesión este título!*

Finalmente decide retomar la novela sobre Lota que tenía abandonada, pero sigue conservando el título *Los ruiseñores cantan en griego* o *Los zorzales cantan en ruso*, pero se pregunta si habrá zorzales en Concepción o en Lota.

Pasa tres meses ininterrumpidos trabajando, pero no logra terminar y siente que el proyecto se le marchita entre las manos; es tan distinto a lo que él quisiera escribir, tan distinto todo lo que siente y piensa a lo que escribe de verdad. Encuentra el tema tan remoto, tan pasado de moda, sin relación alguna con el mundo contemporáneo. ¿Cómo seguir adelante?

*No sé. ¡Qué difícil es juzgarme a mí mismo!; y de mi juicio depende lo que debo hacer enseguida. Por un lado, me rehúso a lo que «está de moda», a «lo que venderá». Por otro lado, mi conciencia de que una de las características más conmovedoras de la creación artística es la continuidad de su contemporaneidad. Mostrar mi juicio, una visión, una mirada que sea esencialmente contemporánea.*

Su amistad con Teresa del Río es muy importante. Pasa del encantamiento al desencantamiento constante; le gusta su compañía, se hablan casi todos los días por teléfono, se juntan a comentar alguna de las comidas en las que han coincidido. Mi madre no la quiere mucho, pero no son celos precisamente, sino más bien molestia por sus duras críticas; es implacable y fría con sus juicios hacia ella.

Mi padre decide dejar la novela sobre Lota a un lado, le tienta la idea de

retomar *Conjeturas*, pero algo lo detiene, siente una incapacidad de escribir, como de hablar, de leer, lo que lo tiene aterrorizado, condenado. Ni los antidepresivos que está tomando, ni su trabajo, ni su psicólogo Hugo Rojas han logrado aliviar esta sensación que lo tiene paralizado.

«Encefalopatía», palabra aterradora que le vaticinó el doctor Silva en Davis unos años antes. Pero no se quiere detener y trata de sobreponerse. ¿Cómo seguir? Con *Los ruiseñores...*, con *Conjeturas...*, con *La anciana cara...*

Al parecer, por una anotación que encuentro entre sus diarios de ese entonces, el rumbo ya está definido: sus memorias es la elección, aunque no está claro cuándo cerrará el círculo.

*Encima de mi velador tengo la ampliación de una fotografía color sepia (el original, más pequeño, que también guardo y también es color sepia) de un gran grupo de personas, caballeros de bigote y patillas, señoras de mangas de encajes y peinados complicados, reunidos para tomarse una fotografía por un profesional llamado para ese propósito, en el año 1890, es decir hace justo un siglo. La fotografía está centrada sobre un grupo de cuatro señoras sentadas. La central, alta, imponente con una capa hasta el codo, con una mirada senil y soslayada, pero inflexible. Es mi bisabuela María de la Luz Henríquez de Donoso. La fotografía fue tomada con ocasión de un almuerzo que esta señora le ofreció al Presidente Federico Errázuriz Echaurren durante su campaña presidencial contra Vicente Reyes. Mi bisabuela, dicen, era muy errazurista. Politiquera, aficionada al poder, empeñada en sacar a su provincia del atraso y amante de los naipes.*

*La fotografía está tomada en una parte a plena luz —probablemente antes del almuerzo, porque las tenidas están todavía muy cuidadas— y los caballeros están de abrigo y las señoras de manteleta, los cuatro niños que juegan entre las rodillas de las señoras (es la parte mejor de la fotografía)*

*son graciosos y no están con señales de mucha algarabía. El Presidente y su comitiva tienen cara de aburrimiento, de corderos llevados al matadero.*

La economía familiar es un tema que lo agobia. No deja de sacar cuentas, hace anotaciones al margen de sus cuadernos. La única entrada segura son los artículos que escribe para la Agencia EFE y los intereses de lo que tiene invertido en dólares, pero los gastos de una casa grande y los gastos médicos consumen todo muy rápido.

Por momentos se siente en la ruina y cree que si no logra escribir nunca más no podrá sobrevivir. El caos imperante en la casa de mis padres en el sentido práctico es parte del escenario y los abrumba. No saben ver las cartolas del banco, ni llevar la cuenta en la chequera, ni manejar el dinero de manera coherente o hacer algún tipo de presupuesto. Si hay dinero se gasta rápido y a veces absurdamente, y luego viene la escasez y se deprime con la idea de no tener dinero. Pero también en ello hay una cierta ironía.

—Hay que ahorrar en lo necesario para gastar en lujos —dice entre risas.

Mi padre viaja ese año nuevamente a la feria de Buenos Aires. En esta ocasión quiere visitar a Ernesto Sábato, a su amiga Pepita Delgado y a Elena Ovando. Quiere rememorar, pues tiene la sensación de que tal vez no haya más oportunidades para hacerlo.

Por esa época está leyendo *Ada o el ardor*, de Nabokov. Le parece maravilloso, imposible de alcanzar. Lo compara con lo que él está escribiendo en ese momento, y se desalienta. Anota:

*No, no sirve.*

*Y Ada, de Nabokov, que me está fascinando, más allá de todo lo describable. Pero es inaccesible. Tiene una sensualidad —de experiencia y de lenguaje— realmente impresionante, que me maravilla, pero me deja muy*



*inútil y muy solo. ¿Cómo escribir ahora? Mi modo tradicional de escribir ya no sirve para nada, ni mis temas.*

Hay millones de cosas que le preocupan y que apenas lo dejan respirar: desde el misterio de su alta sedimentación en la sangre y su situación económica, hasta la falta de importancia que va adquiriendo ser escritor a medida que termina el milenio. Pero no quiere sentirse derrotado y se plantea, en cambio, usar todas las preocupaciones para retomar una novela. Y esa novela no puede ser la que tuvo pensada sobre un personaje que lo tenía fascinado, sir Richard Burton, el traductor de *Las mil y una noches*, explorador de las fuentes del Nilo y uno de los grandes lingüistas de todo el mundo que, supuestamente, había estado en Chile una temporada, lo cual era un verdadero misterio. Cuando investigaba y escribía sobre Burton se encontró con que al llegar a Chile exclamó: «What a black hole!». Y dio media vuelta y se fue.

Ante eso mi padre decidió también darle la espalda indignado y no retomó esa biografía novelada sobre él. Sí, porque mi padre, a pesar de todo, era un nativo de vuelta en su tierra, con la cual finalmente se sentía ligado. Prefiere un sano retorno hacia lo que él conoce y ya tiene comenzado: *Conjeturas acerca de una vocación*. De manera que empieza por hacer un esqueleto dividido en distintas conjeturas. Aquí van apareciendo en su mente las historias familiares, tanto por el lado Donoso como por el Yáñez. Comienza la gestación realidad-ficción de toda su historia familiar, que será luego la causante de serios conflictos y rupturas con parte de su parentela.

Anota en su diario:

*Tengo que construir personajes, darles vida y pasión. No tengo que tener miedo de introducir episodios y personajes extraños a la parte central del relato, ni episodios aparentemente desligados del tema central del relato.*

*Rasgo esencial de algún personaje: la increíble avaricia de la Tere del Río.*

*Importante tal vez no comenzar con la evocación romántica con que comienzo. Dejar eso para una «parte dos». La novela debe comenzar con un retrato del bisabuelo joven.*

*Yo, mis recuerdos, mis vivencias de chico, el terremoto. La calle, la vecindad, la escasez de cosas.*

*Leo —estoy terminando— la vida de Dickens. Veo el dolor con que Dickens veía aproximarse la muerte, pero ¡cómo trabajaba, cómo se divertía, cómo amaba, cómo Dickens escribía, escribía mal, pero escribía! Edwin Drood está incompleto. Pero, igual que a mí, se le terminaron las energías para un trabajo continuado, entre una obra y otra de él hay siete años sin publicar una novela.*

*Me gustaría recoger el Santiago de entonces, y también el Santiago de ahora, algo de lo que recoge Dickens en las calles de Londres. Granted: Santiago NO es Londres.*

Para mi madre, la presencia de la muerte también es aterradora y se da cuenta de su posible cercanía. Su enfermedad al corazón ha dejado en ella secuelas evidentes. Se cansa con facilidad, está más flaca, se siente débil, pero a la vez le ha dado cierta conformidad consigo misma y paz.

*En el fondo, la idea de la posibilidad de la muerte no muy lejana me ha dado una gran libertad, como la enfermedad; derechos y, por ende, gran alegría... ¡Extraño! En algún momento de estos últimos justificados meses del «aprovechamiento» de mi enfermedad al corazón, algo cedió y no me duele, no me siento estéril, soy madre y abuela efectivamente y madre esencialmente.*

Mi padre sigue trabajando incansablemente en su proyecto. En sus notas se evidencia la evolución de los personajes, desde sus bisabuelos en adelante, en los lugares a los que quiere hacer referencia: la calle Ejército, Talca, las plazas de su niñez, la avenida Holanda.

Pero por momentos duda del curso que está tomando todo este material,

titubea y escribe en su diario:

*¿Qué hacer? No puedo plantearla como el caballero maduro que busca las pistas de algo, porque sería igual a Taratuta. Y la esencia de esta novela está en esa búsqueda. ¿Qué otra manera puedo tener de hacer las tres conjeturas? ¿A quién le interesa Talca? ¿Y a quién una monja? Sin embargo, esa primera escena del entierro no deja de tener posibilidades una vez desarrollada. ¿O no? No sé.*

*Tengo que comenzar con un ambiente oscuro, de gran misterio. No sé si oscuro. Tiene que haber al comienzo misterio sin oscuridad. ¿Cómo? No puedo comenzar por el final, que sería tan fácil.*

*Veo muy difícil realizar esta novela, la veo con poca popularidad, y que no va a hacer nada por mi prestigio, que tanto necesito remontar. Recuerdo las palabras al otro lado del teléfono desde Barcelona:*

*«Escribe una novela grande», me dijo por teléfono hace casi un año la Carmen Balcells. «Lo necesitas». ¿Cómo no saber que tiene razón? ¿Cómo no despreciarla porque tiene razón? ¿Cómo no despreciarme por encontrarle razón y que me importe la falla que su recomendación me señala?*

*En fin, todo es muy caótico, no sé para dónde tirar las dos novelas viejas (El pez en la ventana y Conjeturas). Tengo que inventar algo que sea fresco, nuevo, esas dos novelas las tengo demasiado manoseadas y las siento añejas, que pertenecen a un mundo que no es mi mundo de hoy.*

Las preocupaciones lo siguen invadiendo, en especial la depresión de mi madre, de la cual ella no ha podido recuperarse. Es tan profunda que debe pasar unos días internada en una clínica. Se siente sola, incomprendida, abandonada. Escribe en su diario mientras está hospitalizada:

*Días enteros de soledad, dos o tres. Leo a Sylvia Plath y encuentro tantos puntos comunes.*

*Relación con Pepe simbiótica, ¿canibalística?, ¿canibalística?*

En la cabeza de mi padre siguen superponiéndose ideas, posibilidades de nuevos proyectos, pero, en el intertanto, debe escribir sus artículos que son el pan de cada día. Esta tarea cada vez se le hace más cuesta arriba; quiere tener tiempo para escribir lo que a él realmente le interesa, y cree que por ahora no puede volver a escribir una novela. Pero, como es cambiante, tiempo después escribe en su cuaderno:

*Vuelvo a la idea de las tres conjeturas leyendo a Kazuo Ishiguro (The Remains of the Day), me doy cuenta de que la novela sobre una monja talquina puede tener un similar exotismo. Pero para esta novela tengo tantos comienzos posibles, que no sé muy bien cuál es cuál, ni cuál es el más atrayente y me abre mayores posibilidades.*

En 1990 sufre una nueva crisis de salud, esta vez muy grave. Se le produce una hemorragia masiva de las várices esofágicas, producto de su problema hepático, que lo lleva a un estado casi de coma. Pasó cerca de cuarenta días hospitalizado, debatiéndose entre la vida y la muerte. La sala de espera siempre estaba llena de gente. Se hizo hasta un llamado por televisión pidiendo dadores de sangre, hecho que originó en poco rato una fila de personas: amigos, estudiantes de literatura, admiradores, desconocidos (que dejaban incluso pequeñas notas para que se entregaran a mi padre diciéndole el honor que era para ellos donarle sangre). Pero aun semiinconsciente, conectado a todo tipo de máquinas y de tubos, estaba atento, preguntaba quién había venido o quién había llamado. Su eterno ego, una parte tan suya.

*Me gusta saber que soy querido, que los demás sufren pensando que me voy a morir.*

Logra superar esta crisis, pero queda muy débil y aún más envejecido. A mi madre esta nueva realidad le despierta una serie de inseguridades respecto al futuro.

*Temo la convalecencia de Pepe en casa. De algún modo le tengo envidia a*

*Pepe, al clamor que ha producido su enfermedad, al amor que lo rodea. Han sido largos los días de clínica y preocupación y entrega.*

*Dolor de enfrentarse con los años que vienen, su enfermedad y temprana muerte. ¿Cómo será después de la muerte de un ser indispensable? Comer, ir al baño, respirar, dormir.*

El trabajo de las *Conjeturas* quedó, entonces, postergado por mucho tiempo, no sólo debido a su larga estadía en la clínica, sino que una vez recuperado, en septiembre de 1991, nuevamente viajó junto a mi madre a Estados Unidos. Va primero a Iowa, donde se siente muy decepcionado del lugar y del ambiente, pero ahí, sin embargo, comienza nuevamente a trabajar y aparece de manera casual una idea que luego tomará fuerza para una futura novela y que será muy importante: el mundo universitario de Iowa, con los exóticos gordos que le obsesionaban tanto. Deja esta idea archivada pensando en un futuro artículo, pero más adelante escribe en su diario sobre la posibilidad de una novela divertida.

*A very fat Iowa girl and a very intelligent Latin American professor. How happy she is, how she becomes fat-fatty foods, popcorn, etc.*

Atlanta, octubre 1991.

*Sigo con la idea de la gorda.*

*El amor del chileno por la montaña y, según cree, un amor por la iowana gorda, crece un amor por el paisaje de ríos... No, no hacerlo ridículo, ni a él ni a ella, hacerlos humanos.*

*Él-ella, pareja que añora Chile. La gorda iowana que lo hace olvidar a su pareja y a Chile. Suicidio de la gorda. Regreso a Chile (?).*

*Where the Elephants go to Die. Title of a novel?*

*Debe ser cómica, ¿Pero cómo a mis alturas se es cómico? No creo que pueda, ni siquiera ser witty. Todo se resuelve en lo solemne, por desgracia, en lo anti Nabokov.*

*Importante: incluir la experiencia terrible de que no es posible engendrar.*

*La mujer estéril, muere esa relación. Todos los métodos conceptivos de hoy, María Pilar en su batalla, Pilarcita en la suya. ¿Para quién? Pérdida del sentido del placer, del juego en el amor. Seriedad de toda actividad sexual.*

Para mi madre, en tanto, esta nueva estadía en Estados Unidos no ha sido tan beneficiosa; se siente postergada y sin nada que hacer.

*Estoy tan deprimida de nuevo y tan angustiada. Ojalá me ayude el Dr. Labarca cuando volvamos. Incluso peligro de muerte si no dejo mis traguitos... dice el cardiólogo que me puedo matar.*

*Debo aceptarme positivamente como soy... poco a poco... elaborando. Pepe, con las contradicciones de nuestra relación... y tuyas profundas también... contra lo que tuve que luchar, larga y dolorosamente, psicoterapia... feminismo.*

*Comprendo vida y vivencias compartidas, Pepe y yo con sus flanes, la Pepita, Tere del Río, Ágata.*

*La crueldad de Pepe es inmensa, se está quizás agudizando y transformando en una forma de locura.*

La cabeza de mi padre es invadida por sus paranoias con la gente. Mientras está de viaje se entera de que a su vuelta a Chile estará aquí Carlos Fuentes y quiere hacer algo para evadirlo; siente que no puede enfrentarlo, está aterrado ante la idea; se siente, de algún modo, disminuido ante esta figura tan poderosa.

También siente temor ante el grupo que se reunirá a escucharlo en la Universidad de Princeton. Es un miedo a todo, a Peter Johnson, aunque no tiene muy claro por qué. Anota en su diario:

*Tengo una invitación para el Premio Extremadura y otra a París, que creo voy a rechazar. En todo caso, los viajes a España me apetecen para ver a Carmen Balcells y para ir a Calaceite. No para ver a Mauricio Wacquez, que se ha portado de hecho como un canalla conmigo. Pienso en mi hija, en mi*

*nieta. Toda mi vida es una tensión entre el deseo de verlas pronto de nuevo y mi voluntad de no volver nunca más a Chile, lo que es imposible.*

*¿Adónde me voy? ¿A Salta? ¿A Santiago?, que sería lo más lógico, pero lo más terrible de todas las posibilidades, por lo que tendría que enfrentar. No, imposible. No puedo ahora enfrentarlo. ¿A Lota? ¿A Temuco?*

Divaga sobre las distintas posibilidades de huir. Huir también puede ser la oportunidad para él de un nuevo proyecto, de una novela de viajes. No sabe muy bien qué lugar escoger, si Lota o Temuco —en relación con los mapuches— u otra idea.

Temuco puede ser más un trabajo de investigación; Lota le parece más enigmático; Chiloé le atrae, lo seduce más que ninguna otra parte. Pero deja abierta la posibilidad de que mañana puede cambiar de opinión, muy típico en él.

La idea del viaje persiste. Buscar un lugar. Viajar siempre tuvo para él un atractivo especial, algo de mágico había en el descubrimiento de nuevos mundos, nuevas caras, nuevas calles.

Se propone comenzar a investigar a Bruce Chatwin y a un par de autores más. Éstos tenían varios detalles que les eran favorables: eran jóvenes, fuertes, con buenas relaciones con la tecnología. Mi padre, en cambio, siente que ya es un viejo de sesenta y siete años, que no sabe manejar un auto, con pésima salud, y la necesidad de cuidados y dieta constantes.

Sabe bien que su hermano Gonzalo y su amigo Alberto Pérez han hecho cosas similares; esfuerzos físicos comparativamente equivalentes al que él quiere hacer. Pero se siente también contrario a lo que Héctor Orrego le propuso en Toronto y a lo que él inmediatamente se negó: que el hijo de Orrego, Felipe, lo acompañara. Siente que debe emprender esta aventura solo, sin escudero. Esta exploración de los límites de la sensibilidad propia, utilizando un paisaje, una región, un pueblo como reflejo exterior o como objeto en el cual se refleja su personalidad, es algo muy distinto a lo que ha

hecho. Quiere que sea un gran canto a la vida (canto tácito, reprimido, como en Chatwin), un largo adiós, o quizás cree que no tiene para qué ser tan largo, pero con los pedales a fondo y echando humo.

El tono de la narración quiere que sea a lo Chatwin. No debe imitarlo, lo que sería relativamente fácil, sino buscar un equivalente propio, de esa sensación de adiós a la vida.

Su permanencia en Estados Unidos ha sido fructífera, a pesar de las dificultades que se le presentaron. Han surgido estas nuevas ideas, el libro sobre «la gorda», el libro sobre los viajes, sus conferencias..., pero está cansado, su cuerpo no lo acompaña para todo lo que quiere o desearía hacer. Mi madre también es una preocupación constante.

*Estoy extremadamente enervado y nervioso. María Pilar, debido a las tensiones con los Raskin, está comenzando a beber de nuevo, un poco. Pero es terrible pensar que con el menor traspie le da por beber. Me aterroriza.*

*Dice Orrego que Rafael Parada ha aprendido en Canadá una técnica nueva. Hablaré con él llegando.*

Mi madre debe volver a Chile; él se quedará, evitando por unos meses el retorno tan temido.

A pesar de las preocupaciones, Nueva York sigue cautivándolo. Sale con sus amigos Gene y Francesca Raskin, come con su antiguo compañero John Elliot. Entra a las librerías, pregunta por sus libros en Strand Bookstore y le dicen que sus libros son muy buscados y lo invitan a ir a firmar al final de la semana. Compra por fin los dos libros de Bruce Chatwin que buscaba, le gustan bastante y, ciertamente, quiere tomar ese camino en su futuro libro de viajes. Va a ver una obra de teatro que encuentra horrible, piensa en la posibilidad de escribir una. Sobre la página en blanco de su diario, después de un largo día, escribe:

*La llamaría Eminent Victorians, y el personaje central sería Florence Nightingale, y ya inválida y de regreso de Crimea, en un sofá dialogando con*



*sir Richard Burton, sir Eduard Lear, general Gordon, Darwin, Jowett o alguien así, Charles Swinburne.*

*Una escena sadomasoquista entre Swinburne y Burton. Releer The Other Victorians, también Eminent Victorians. Me parece una idea genial. Debo investigar.*

Parte rumbo a México antes de retornar a Chile. Le parece fea la raza mexicana. Sentado en el aeropuerto escribe en su cuaderno de notas:

*Respecto a la fealdad, una vez le comenté la fealdad de los mayas a Gabriela Mistral y me dijo, once and for all: «¡Sí, pero son tan raciales!». La frase, dicha en Xalapa en 1950, se ha quedado conmigo como una descripción válida del otro lado de la belleza fácil.*

En México se aloja en la casa de Valentín Pimstein, que lo recibe con la mayor generosidad. Habla con sus amigos: Tito Monterroso, Sergio Pitol, Rafael Ramírez Heredia, Margo Glantz. Asiste a una comida en la casa de Diamela Eltit, su amiga escritora, que está viviendo ahí en ese momento. Ella ha invitado a un grupo de amigos para recibir a mi padre y él, con su mirada crítica, comenta en su diario:

*Embajador chileno igual a todos los embajadores chilenos. Estaba Tito Monterroso, completamente un enano monstruificado, perdida la liviandad, la ligereza de otros tiempos (los tiempos de la loca maravillosa Milena, su primera mujer, ahora es casado con una especie de niñera que le consiente todo), envidioso, selfcentered, totalmente second rate. No hay más que mirarle las manos. Sergio Pitol, entero y encantador. Diamela, encantadora e igual a sí misma. Y algunos más.*

*No dejo de lamentarme de lo poco que contribuye Tito al mundo actual, y qué poco toma de él. Hace una cultura de su pequeñez y de su temor (a María Félix, por ejemplo). Sergio, en cambio, sordo y todo, es lo contrario, útil, conectado al mundo. Sin embargo, me parece que lo mejor de Tito es mucho mejor que lo mejor de Sergio.*

Está maravillado con la riqueza de ese país, con las casas lujosas, embriagado con los paisajes exóticos, con las frutas, con los aromas. Esto lo motiva, quiere irse de Ciudad de México solo, por unos días, para enseñarse a sí mismo a ver, a observar; ve mucha gente, pero poco mundo exterior, y eso que siempre ha sido su percepción del mundo aquello que más lo define. Siente que esa cualidad se le quedó en pana en alguna parte del camino y ahora quiere una real compenetración con el mundo que ve.

Pero nadie le parece lo suficientemente atractivo o interesante. Disfruta de la compañía de Sergio Pitol, con quien recorre caminando la parte antigua de la ciudad.

*Me agoté. De caminar y de hablar, aunque hay pocos sitios que me gusten más para caminar que México, y pocas personas con quien sea menos ostentoso ser inteligente e informado que con Sergio Pitol.*

*La mirada de odio de la diminuta indiecita que me pidió limosna. La única mirada de toda esa multitud.*

*Tengo las manos olorosas a tortillas de maíz y recuerdo el aroma de las rosas rosadas que compré ayer en la calle para llevarle a Soledad. En USA nada tenía aroma, ni sabor. ¡Pero aquí los pepinos y los tomates y las rosas!*

*Fea y sombría la casa de Sergio Pitol, sin ambiente, con algo de pensión desordenada. Una leve sospecha de que sea mezquino con él. La conversación fluyó. Muchos recuerdos de Barcelona, de México hace veinticinco años, de encuentros en Hamburgo, en París, en otras partes, que no recuerdo muy bien.*

*A Sergio no le gustó el título La voz de la vieja, me propuso otro que a mí no me gustó absolutamente nada. Supongo que una de las fallas literarias de Sergio es cierta «vulgaridad de gusto». A pesar de todo lo que he escrito aquí sobre él, es un escritor de prosa muchísimo más interesante que Jorge Edwards, por ejemplo, que es de su misma edad y generación.*

Visita el Museo Antropológico Nacional de México; las piezas olmecas lo

tienen trastornado por la fuerza y la imaginación que demuestran, el baile olmeca parecido a una multitud de Giacometti. Podría pasar días y días ahí. Es el museo que más ama en el mundo, casi tanto como amaba el Moma cuando era estudiante en Princeton, no se sentía tan feliz en ninguna parte como en el Moma (recuerda sobre todo los nenúfares de Monet y dos esculturas de Lehmbruck, el hombre y la mujer desnudos). Allí pasaba días enteros consolándose de todos sus males.

Ahora tiene la misma sensación en el Museo Antropológico, que cura todas sus aflicciones, incluso la de tener que volver a Chile. Lleva consigo también el recuerdo cercano de Nueva York al escuchar las *Variaciones Goldberg*, de Bach, en la Frick Collection. La experiencia musical respaldada por la experiencia pictórica de los tres maravillosos Vermeer que, de algún modo, lo retrotraen a su amistad adolescente con George Beecke, que vivía en la esquina de la cuadra de su casa en avenida Holanda, cuando él tenía doce o quince años, y ambos subían a comer guindas que caían del árbol sobre el techo del gallinero de su casa, y como George le enseñaba de pintura, se pregunta ahora cómo este amigo sabía tanto si entonces tenían la misma edad.

Aprovecha ese último día para ir al museo, pero la muestra de pintura mexicana permanente le parece desilusionante. Tamayo se le cayó en forma definitiva. Frida Kahlo es interesante como tema, no como lectura, y a María Izquierdo la encuentra insignificante. Concluye entonces que, de algún modo, los gigantes aún permanecen: Orozco, Diego Rivera.

Llama a Santiago para saludar y para que le den noticias sobre los acontecimientos familiares. Luego, escribe desilusionado:

*Hablé por teléfono con María Pilar y Pilarcita. Deprimente: cócteles y operaciones. ¿Por qué será la angustia de Pilarcita por tener niña/o? No lo comprendo. ¿No fue tan espantosa su niñez sola? Tengo miedo que esto se refleje en cierta desvalorización de Natalia con muy malos resultados*

posteriores. En realidad, Chile y mi casa y mi familia me producen una cantidad de angustia o depresión que no sé cómo manejar. Todo en Chile es sombrío, sin libertad ni progresión, todo es regresión. Agregarle a eso mis temores de kidnapping y tenemos un cuadro verdaderamente desastroso.

Parece que la Carmen Ballcels me escribió que (1) no vendiera la casa, (2) no me divorciara. *What the hell does she know about my life?* Me muero de ganas de hablar con ella. Tengo los pantalones pasados a pipí. Mañana debo mandarlos a la tintorería. Y ya comencé a hacer las maletas. Parece que me van a caber más cosas de las que yo creía posible.

María Pilar habló con Hugo Rojas (su terapeuta) y me reservará una hora. No sé cómo va a ser mi reencuentro con él. Puede ser el fin de algo. Desde luego, si él no cree que puedo hacer mi viaje al sur habrá pelea. ¿Y qué va a pasar si me tienen que operar de la próstata, que creo que más que posible es necesario? Esto me tiene bastante deprimido, y también el hecho de que no haya invitado a la María Pilar a la Marialyse al cóctel para Carlos Fuentes. La Marialyse es una enemiga temible y formidable.

El cóctel es el jueves de la semana próxima. Y eso también me tiene bastante inseguro. Estupidez mía, mi inseguridad por un asunto así, pero es la cosa y no hay nada que hacerle.

La inseguridad de mi padre se refleja hasta en los más mínimos detalles. Mientras prepara sus maletas y el chofer de Valentín Pimstein lo espera en la puerta para llevarlo al aeropuerto, piensa cuándo, cómo y cuánta propina debe darle, ya que lo ha atendido tan cuidadosamente, lavándole la ropa, doblando suéters... Las propinas le parecen siempre aterradoras y en su titubeo al darlas se refleja su tremenda inseguridad social, además de económica. Mientras se decide, divaga pensando en que duda mucho que Jorge Edwards, o la Tere del Río, titubeen con el asunto de las propinas.

Llega de vuelta a Chile con una sensación bastante negativa, desalentadora, deprimente.

*La visión de mi casa y mi ciudad, y de nuevo, no quiero a ninguna de las dos, hoy por lo menos. Me encuentro como El extranjero, sin vínculos, sin afectos, viendo sólo lo negativo de todo. Veo mi casa como el sitio más depresivo del mundo, en la calle más depresiva, y en el mundo más depresivo. Pienso en el infierno invernal de la salita de la televisión, con su calefacción fétida a parafina. Y en verano veo nuestra terraza bajo el ojo escrutador que nos mira por el boquete cuadrado desde la calle, no hay paz para mí en ninguna de las dos situaciones.*

Ese año pasamos la Navidad todos juntos en la casa de mis suegros, rompiendo la tradición de la gran cena familiar en Galvarino Gallardo. Angustiado por problemas económicos, de salud y familiares, mi padre se siente sobrepasado. Ese 25 de diciembre llueve como nunca en Santiago. Desde su estudio describe la preocupación que le produce la idea de que yo le robe dinero y que no logra entender. Se pregunta si su amiga, alumna y escritora Ágata Gligo se va a morir. De algún modo no puede creerlo, pero la gente muere cuando uno menos lo imagina. Preocupado también por los problemas de su amigo Alberto Pérez, viejo el pobre, sin muchas esperanzas, pero con el apoyo de su hijo. Y en cambio, él siente que se deja explotar por mí. ¿Qué hacer? Esa tarde lluviosa de Navidad, que le pesa tan terriblemente, le pesan también sus miedos, sus paranoias, y se pregunta:

*¿Se robaría otro de mis cuadernos mi sobrina Claudia? Lo creo muy posible.*

Todo se ve negro en este momento, sin salida posible.

Va a ver la película chilena *La frontera*; le parece buena hasta cierto punto, pero siente que invalida de alguna manera su proyecto del libro de viajes. Al respecto anota en su diario:

*Más que nada porque los temas y los paisajes se pisan la cola. Es muy lo que yo quería-quiero ver en mi viaje, que ahora no sé si voy a hacer o no.*

No sabe qué hacer. Llena su tiempo con las visitas que aparecen en su casa. Gonzalo, su hermano, almuerza seguido con él. Mi padre lo quiere y le gusta su compañía, pero no lo siente ni íntimo ni próximo, aunque, contrariamente, es la persona que siente más cercana de las que lo rodean.

También lo visitan escritores. Uno de ellos es Alberto Fuguet. Mi padre lo encuentra nervioso y neurótico en esa oportunidad.

*Menos mal que está con su psicoanalista. Sus perplejidades literarias me hacen comprenderlo. Y hay tantas cosas que en él y en mí son por lo menos paralelas. ¿Habrá más paralelismos además de los paralelismos literarios? Es probable, aunque en él no están plenamente cocinados. Es un buen muchacho, inteligente y sensible y respetuoso, que me gusta mucho tener — haber tenido— como estudiante, aunque ahora no es más que un relativo vecino.*

En cambio, días más tarde, una visita de Gonzalo Contreras con su pareja no le deja la misma impresión.

*Un poco de lata. Demasiado jóvenes. Gonzalo, demasiado poco admirativo, muy egoísta con sus contemporáneos literarios.*

Finalmente, mi padre decide retomar su trabajo y sube a su estudio, por primera vez desde su llegada, para escribir aunque sea algunas cartas. Quiere hablar con Edward Rojas, su amigo arquitecto que vive en Castro, para organizar su viaje a Chiloé. Mientras divaga se siente desconectado de la gente, siente que nadie le importa verdaderamente.

*¿Qué es esta dificultad mía para relacionarme? Es como si estuviera definitivamente solo, para siempre. En todo caso, en este momento me siento definitivamente abandonado por todos y yo tengo la culpa. Ya no veo a Nemesio Antúnez, es de la gente que para mí se ha terminado, sin que haya ninguna causa para que así sea, pero es un poco como la Inesita Figueroa, y como Fernando Balmaceda, también sin ninguna razón para que así sea, ni valga alguna explicación (hay más explicación en el caso de Fernando,*

sobre todo porque hemos sido tan íntimos, tan completamente hermanos) para ello. Quiero ver a la Tere del Río, y a la Ágata no quiero llamarla porque me da un poco de lata o tal vez siento que es porque creo que se va a morir, pero luego pienso que lo más probable es que no vaya a ser así. Hablé largo rato con Carmen Orrego por teléfono, comenzó ridícula y pesada, pero terminó encantadora y bien. Hablé también con Jorge Comandari, una lata feroz. No me interesa nada que me pueda decir. Very gagá.

Mis padres están invitados a pasar el Año Nuevo de 1992 en La Sebastiana, la casa que era de Pablo Neruda en Valparaíso. Pero a mi padre le preocupa sentirse en *alien ground*.

Valparaíso se ve bien con tiempo nublado. Los cerros estaban magníficos y vimos rincones conmovedores cubiertos de geranios floridos y suspiros morados, y la calamina teñida en distintos tonos con que cercan algunos predios, entre casas endebles como pájaros viejos y llovidos y una vegetación lujuriente. Me gusta muchísimo estar aquí.

La fiesta donde Pablo Neruda (sin Neruda) fue curiosa, no aburrida, dos grandes viejos amigos, los Edwards y los Antúnez, cariñosísimos todos. Y la Carmencita Rojas y su marido, y Cucho Figueroa. Los fuegos artificiales sobre la bahía fueron una maravilla, pero claro, una maravilla es lo único que pueden ser unos fuegos artificiales. La comida, francamente de segunda, y la casa de Pablo Neruda, muy Neruda, muy divertida, llena de objetos, pero incómoda y finalmente fea como todas las casas de Neruda. La vista mágica, sobre todo la bahía iluminada, y los cerros, y los barcos, y los ruidos que subían hasta la casa nerudiana y duró todo una media hora y no había nada muy interesante ni nadie muy interesante y, sin embargo, estábamos todos allí como hermanos, que en cierto modo lo soy con Jorge y con Nemesio. Y Jorgecito Edwards, cariñoso con María Pilar, y ella, elegante con la blusa que le compré en Nueva York, y contenta de estar allí y juntos a pesar de todo, otro año más, menos bueno, siempre menos bueno

*que el anterior, pero allí estaba naciendo con fuegos artificiales y todos juntos a pesar de todo. Así es que nada malo realmente ha sucedido y no tengo por qué tener miedo a la vida, como tengo, porque por un tiempo aún, creo, habrá otro año, para mí y para los míos, a quienes bendiga quienquiera que sea que tiene el poder de bendecir.*

Una vez pasadas las fiestas de fin de año, mi padre decide que debe ir a Chiloé. Su necesidad ya no se debe al delirio de persecución que lo tenía preso, sino a una real voluntad de buscar un mundo que descubrir. No es una huida de los fantasmas en los que cree que ha dejado de creer, sino el encuentro con una realidad seductora; la búsqueda voluntaria de esa realidad.

Todavía se le hace difícil subir a su estudio y escribir. No puede; redactar las cartas pendientes aún se le hace un trabajo mayor, tiene un largo listado, y es algo que no mira con demasiado placer.

*En realidad, tengo que disfrazarme un poco, para que cada interlocutor se sienta único en mi mundo.*

Siente que está dejando muchos libros a medio camino. Para él, eso es una muy mala señal. Habla con su hermano Gonzalo, gran expedicionario que hace largos viajes a pie, sobre su viaje a Chiloé; de algún modo quiere imitarlo, pero teme que sea demasiado tarde, que estará sin fuerza y viejo.

Después de una larga tertulia familiar finalizando el clásico almuerzo dominical, sentados en la terraza de Galvarino Gallardo, mi padre escribe esa tarde en su diario:

*Comenzamos hablando de cambiarnos de casa y terminamos hablando de las razones que nos hacen desear lo que no tenemos y sentirnos desgraciados si no lo obtenemos. Pilarcita es buena, inteligente y vivaz interlocutora, y también lo es Gonzalo. María Pilar, como siempre, demasiado autorreferida; el Toby, mudo, y yo hice algunas acotaciones que valieron la pena.*

Con su hermano Pablo la relación no es tan cercana. Se ven poco, cada vez



menos, siente que no tienen nada en común, aunque quisiera. Lo encuentra: *frío, hermético, desconectado y un mal suegro con la Pilarcita.*

Mi padre acepta hacer una cita, de la que luego se arrepiente, con Luis Alberto Ganderats, un periodista de renombre, para una serie de cinco artículos sobre él para el diario *La Segunda*. Esto lo tiene bastante perturbado, ya que es íntimo de la Totó Romero y es un tipo, a su parecer, tremendamente intruso en la vida privada de la gente. No sabe por qué aceptó y este encuentro tan temido lo hará sentirse perseguido y acorralado, desatando en él un nuevo brote de paranoia total.

La vida continúa su curso natural, llena de contradicciones. Decide retomar la escritura regular de artículos para la Agencia EFE y el diario *Abc*. Así tendrá nuevamente una entrada de dinero fija. Quiere arreglar la casa, le ha llegado un cheque que no esperaba y con ese dinero decide tapizar sillones y comprar colchas; quiere todo azul oscuro, con ramilletes chicos, de esos que apenas se notan, a lo inglés. Tiene muchas ganas de tener el dormitorio bien arreglado y poco a poco ir haciendo lo mismo con el resto de la casa, a medida que entre dinero. No está conforme con su casa ni con su jardín.

*¿Por qué no puedo relacionarme con mi jardín? ¿Es porque es demasiado civilizado, demasiado hecho? Puede ser. Puede ser también que ahora los jardines ya no me interesan, como no me interesa la ropa. ¡Qué le voy a hacer!*

Está fascinado leyendo *La odisea*, de T. E. Lawrence, arrebatado por ella, y no tiene ganas de leer nada más. Está sorprendido con la materialidad, lo específico que es todo en *La odisea*: los brazos blancos y los peinados de Nausícaa, la fascinación con la ropa, los objetos y las casas, la magia del lujo (curiosamente unido a la comodidad, no separado de ella); de la majestad (no separada de la sensualidad y a veces —como en el caso de algunos dioses— de la mezquindad); del orden, de las jerarquías y el derecho del cuerpo a su satisfacción: comida y bebida en abundancia, sexo, ropa lujuriosa, tanto que a

veces tiene un carácter sobrenatural, mágico. Sobre todo le parece admirable cómo se va reuniendo el relato, cómo los muchos relatos se transforman en uno sólo. Pero lo más sorprendente para él es la presencia de las emociones y de los apetitos que tienen importancia en la configuración de todos los personajes. También la terrible presencia de la sangre —ritual o de venganza— que forma una especie de cortina frente a la cual, como frente a la lámina de oro bizantina, se conjugan estas vidas y estas muertes.

*Todo es absolutamente vivo y no hay una palabra suelta que no pertenezca a una situación ritual, a su transgresión de él. La importancia de la transgresión de los destinos diseñados por los dioses para cada uno de sus hombres, significa que la rebelión o la transgresión es el enfrentarse con los dioses e incurrir en su furia. La transgresión de la Manuela en El lugar sin límites acarrea su fin, no obedece al destino dibujado para ella, y transgredí, y los cuatro perros negros infernales se lanzan a devorarla. Es importante haber encontrado esta transgresión crítica, de la Manuela, a la vida normal —transgredió de ser nómada a ser sedentaria, transgredió de ser hombre a ser mujer, transgredió de tantas y tantas cosas, que es el modo mismo de la transgresión, la transgresión de la baja clase media a la media clase media, etc., etc—. Sobre todo, es la transgresión de la vida, el conocimiento humano, el conocimiento de los animales encarnados en los cuatro perros negros de don Alejandro ya viejo.*

Mi padre se reúne con Silvio Caiozzi, con quien unos años antes realizó el guión de *La luna en el espejo*, film muy premiado y reconocido. Hablan sobre la posibilidad de una nueva película; le gustaría, pero siente que no tiene tema en este momento. Al parecer, Caiozzi le propuso hacer una película basada en *Casa de campo*, aunque por las personas que le nombró que intervendrían y por el bajo presupuesto, no le apasiona para nada el proyecto y amablemente se desentiende.

Está abatido. Es un período curioso de su vida: siente que ninguno de sus

pensamientos deja huella en su recuerdo, ni en su vida, y todo se lo lleva el viento. Sus preocupaciones respecto del dinero no cesan; tampoco sus paranoias con que yo posiblemente le robo. No sabe si es una realidad o es parte de sus delirios.

*Pero en todo caso está su presencia en mi mente, taponeando, insistiendo, no dejándome mirar para otro lado ni a otras cosas que necesito urgentemente mirar.*

*Mis finanzas me preocupan. Ayer fui a ver a mi contador Carlos Cerda y hoy voy a ver al Cholo Valenzuela (Jorge, su abogado) who is the only one I trust.*

De pronto, el viaje a Chiloé empieza a perder su atractivo. Mi padre está muy dudoso, aterrado de no tener nada que escribir allá. Analiza la posibilidad de un libro sobre la familia en vez del libro de viajes. Mientras piensa cómo estructurarla, la perrita yorkshire ladra constantemente y no lo deja concentrarse. Escribe en medio de sus notas:

*La pesada de la Clarisa no deja de ladrar histérica y chillonamente. ¡Qué perrita más antipática! En fin, culpa mía es, yo se la regalé a la María Pilar, para consolarla por una enfermedad que en realidad jamás tuvo.*

Tiene que viajar a Concepción a dar una conferencia y lleva con él el libro de Carlos Fuentes *La campaña*. Abrió la primera página, la leyó y cree que no le va a gustar nada, no le atrae, le parece una novela demasiado «macho».

Mientras está en Concepción asiste a un coloquio con profesores y estudiantes de posgrado, pero se le abren viejas y dolorosas heridas al tener que hablar de su obra, especialmente porque lleva un año completo sin escribir absolutamente nada en serio. *Taratuta* es su última obra y se publicó en 1990, por lo que en realidad sólo han pasado dos años. De todas formas, esto lo angustia mucho.

A raíz de esta frustración vuelve a pensar en retomar el libro sobre la

historia de su familia. Cree que puede ser un libro bellísimo, en el cual dar cuenta de toda una franja de la sociedad chilena y su desarrollo.

De vuelta en Santiago se siente ahogado, atormentado por la realidad circundante, especialmente en el aspecto político. Anota en su diario:

*El periódico está aterradorante. Tengo un miedo generalizado, del que no sé cómo deshacerme. Yéndome de Chile, supongo, a un sitio donde nadie me conozca ni me reconozca. Pero quién sabe qué frustraciones pueden producir estos sitios desconocidos.*

Piensa en la posibilidad de terminar la novela *El pez en la ventana*, que está bastante avanzada. Idealmente sería en junio, cuando se cierra el Concurso de Novela Extremadura, del cual es jurado, pero al que planea presentarse, lo que implica dar aviso a tiempo. Aunque siempre ha tenido muy mala suerte con los premios. Ante esto reflexiona con ironía y en su letra minúscula escribe:

*Si no me dedico a ganar premio tras premio (¿por qué no hago un poco de lobby para que me den el Premio Cervantes?) me voy a morir de hambre. Si me ganara el Premio Extremadura y el Cervantes creo que podría vivir tranquilo y sin mayores preocupaciones. Mañana voy a releer *El pez*, pero tiene que cambiar de nombre forzosamente, porque el que tiene es realmente pésimo. En todo caso, hoy todos los marcadores indican mi deseo de tener más dinero. Tengo que releer toda la novela y trabajarla. Mañana quiero llamar a Rojas Mix para preguntarle hasta cuándo tengo plazo. En realidad, en este momento lo que más quiero es ganarme el Premio Extremadura, aun más que el Premio Cervantes, creo yo, o esto puede ser sólo una fantasía.*

En el verano de 1992, mi padre está realmente desesperado; no sabe qué actitud tomar frente a la embriaguez de mi madre. El alcoholismo de mi madre, aunque parezca increíble que yo lo diga hoy, tenía, en cierto sentido, bastante justificación. Veo ahora su necesidad de huir, de desconectarse del

dolor; siempre vivía en un segundo plano frente a este ser que era mi padre, sintiéndose poco querida, poco valorada, poco deseada. Lo que ella buscaba en el alcohol era, más bien, estar al filo de la incoherencia; se notaba en la inseguridad de sus movimientos, en su lentitud con las palabras. No eran, en algunos casos, borracheras propiamente tales, pero sí lo suficiente para que la convivencia se transformara en algo difícil.

*Yo soy otra persona, con otras necesidades y problemas, pero la realidad en la forma que la sufre María Pilar, y el seguro deterioro que ya se le está notando no puedo dejarlo pasar de largo sin tomar una actitud, aunque ella sea otra persona.*

Un aspecto desconocido de mi padre es que estaba lleno de manías, que en realidad no eran manías, sino más bien supersticiones. Por ejemplo, terminar en la página número doce del diario que está escribiendo, porque le da miedo permanecer en la trece, número que infaliblemente trae mala suerte. Esta temida página señala lo «urgente para mañana»: un listado de personas a las que les tiene que escribir, después anota que debe llamar a Jorge Edwards para ir a tomar algo al Hotel Carrera, ir a cobrar un dinero al diario *El Mercurio* y luego comenta en su cuaderno:

*Vino Marcos Solís a hacerme una visita en la tarde. Lo creíamos genio y parece que es idiota, esa división invisible.*

*Debo contestar a Gonzalo Contreras su invitación a cenar el viernes. Tengo ganas de ver a la Celia y a Tony Cussen. Y a la Ana María Larraín, en sociedad y con un marido que se la puede... tiene que ser un gran marido: le ha hecho siete hijos y ella sale a hacer jogging a las seis de la mañana — admirable, o tal vez horrible—. La Ana María es simpática, pero decididamente too much of a good thing.*

*Fui a El Mercurio a cobrar mis platas. Mundo increíble, la María Elena Aguirre no ha tenido la menor amabilidad conmigo, y supongo que será la actitud Opus Dei respecto a mi persona. Vino el maestro Salazar para*

*tapizar nuestras camas y hacernos los cubrecamas, que traerá terminados el sábado, qué felicidad. ¿Por qué me interesa tanto esta tontería? Es una parte muy mía, que he tenido casi olvidada hace dos o tres años, y que en éste parece revivir mi (pequeñísima) posibilidad de placer.*

Desde Bogotá lo llaman para pedirle un artículo en homenaje a Gabriel García Márquez. Mi padre teme la reacción de Cabrera Infante y de Mario Vargas Llosa. Está dudoso, ya que ha escrito una página y media sobre el incidente de La Font dels Ocells en Barcelona, hace muchos años, y esto puede acarrearle malos entendidos.

Le llegan noticias a través de Jorge Edwards sobre su gran amigo Mauricio Wacquez, diciéndole que éste había abandonado todos sus trabajos, liquidado su casa en Barcelona y se había ido a encerrar a Calaceite. Además de que tenía un herpes terrible, y mi padre piensa lo peor: sida. Esto le despierta la añoranza por Calaceite y de pasar un tiempo ahí. Entonces se acuerda de una idea dejada de lado hace tiempo. Empieza a soñar con la posibilidad de otra novela basada en la historia que escuchó hace mucho tiempo, mientras vivíamos en Calaceite, que le contó Pepe Ferrer, sobre la vida de una tía suya. La idea lo entusiasma y quiere viajar cuanto antes a Calaceite para hablar lo más posible con Pepe Ferrer sobre esta historia que considera muy interesante como *set-up*.

*Nada de raro que le dedique el libro a Pepe Ferrer y a la Tina, lo que no dejaría de ser divertido. Mauricio Wacquez se podría matar de rabia, que lo parangone a él, a quien le dediqué —creo— El jardín de al lado, con Pepe Ferrer, a quien desprecia y a quien yo le dedicaría un libro tan o más importante que el que le dediqué a él.*

Lee *El invierno en Lisboa*, de Antonio Muñoz Molina. Comenta en su diario:

*Me parece que esta novela es mediocrota: bar, jazz, mujeres, capitales, todo lo «modernette», pero veré qué pasa más adelante. Este libro ha*

*vendido más de veinte ediciones. Claro que los españoles ponen el número de ediciones cuando se trata de ellos, no cuando se trata de alguien como yo, que hace mil años que estoy vendiendo y no ponen ni el número de ediciones ni el número de ejemplares.*

*Dejé de leer Fumée, de Turguéniev, básicamente porque está en francés y mi francés se pone peor y peor con los años que pasan. Encontré aburrido a Turguéniev, más interesante leer sobre él que leerlo a él.*

Mi padre vuelve a su novela y recomienza *Los ruiseñores cantan en griego*. No sabe si va a podérsela, pero quiere que le resulte rápido, tiene tanto material listo. Lo más difícil, le parece, será el comienzo. Busca desesperadamente su desvencijado libro *Mrs. Dalloway*, para chequear el título, ya que es una cita que corresponde a esta novela. Elabora una lista de palabras importantes en su diario: «dicha» (decir felicidad); «anunciar» (anunciación, ángel negro, señor Corales, del circo, y la mujer malabarista, contorsionista: La Bambina); «pista» (tener una pista de algo, pista del circo desde donde la anuncia el señor Corales). Luego, la lista de personajes: Toño, Antonio, Elba, don Iván, La Bambina, don Blas Urízar, la María Paine Guala, Arístides Olea, el cabo Olea. A continuación enumera las partes: 1) El Chambeque, 2) La María Paine Guala, 3) El pique grande, 4) Los Jureles, 5) La Bambina.

Tiene escrita una versión más o menos terminada, pero quiere cambiarla completamente. Uno de los mayores problemas que le ve no es tanto la forma narrativa, sino la posición política de don Iván. No sabe cómo manejar este lado del asunto, que ha perdido increíblemente su importancia. Desde 1984, cuando comenzó la novela, hasta 1992, cuando la quiere terminar, todo ese mundo político ha cambiado.

El título todavía le merece dudas, al parecer ruiseñores sólo hay en la cuenca del Mediterráneo y en Asia Menor, y jamás alguien ha podido alimentar un ruiseñor en América. Baraja varias posibilidades.

*Pienso, ¿y si utilizara para Los ruiseñores una cueva paleolítica (sacando cosas de Campbell, por ejemplo) en que se reconstruye un pasado de treinta mil años, y las leyendas que han llegado hasta nosotros? Not a bad idea. Tengo que estudiarlo y pensarlo más. Hablar con Sonia Montecino sobre las leyendas y la arqueología de la gente de la costa en esa región.*

*Leo Cakes & Ale con bastante placer. Leyendo esto. ¿Por qué no tomar el tono «urbane» de Maugham, para hacer una caricatura de un «gran» escritor viejo latinoamericano, completamente swamped por su edad y su fama? ¿Por qué no tomar el punto de vista urbano y jocoso para hacer el yo narrador, el del narrador espejo de Cakes & Ale, con su origen «proper» y su capacidad para ridiculizar a los escritores totémicos y las luchas políticas, estéticas y sociales de una época? Excelente idea. Pero una vez que termine con lo que estoy escribiendo. Ya no puedo sujetar esta novela más tiempo, debo parirla, debo cerrarla, debo entregarla. Pero también debo conservar Cakes & Ale como modelo, junto a mi almohada, pese a que en muchos sentidos creo que es un libro latoso, pretencioso y ridículo. Debo hacer caricaturas de Enrique Lafourcade, Jorge Edwards, Carlos Fuentes, etc. Pero que no se me note demasiado quiénes y de dónde son... Me parece una idea de primera, este sí que sería un «best-seller», seguro, con sketches de las profesiones de crítica literaria en las universidades norteamericanas y, sobre el posmodernismo, lo kitsch, etc. Sleep on it. Despiadada caricatura sobre Ganderats y la Totó Romero. Todo en la forma de memorias; para escribirlas he recibido un grant de una universidad americana y un adelanto fenomenal, mucho mayor que el que he recibido por cualquiera de mis libros, por pasar un semestre, digamos, en una universidad (Iowa se impone) escribiendo estas memorias. Tiene que ser algo muy urbano y muy cómico.*

*Lo entusiasma la perspectiva de un nuevo viaje y de recibir un homenaje como el que le acaba de conferir el gobierno francés. Tiene que ir a París a recibir el Premio Roger Caillois, que también le servirá para pasar a España e*



ir a Calaceite, donde Pepe Ferrer, por el asunto de la novela que tiene en mente; para ver a Yves Zimmerman por la muerte de Vigna, su mujer, y a José Ramón Monreal, por una infinidad de razones; y, si es posible, llegar hasta Zaragoza a ver a los Buñuel. Pero la parte más difícil le parece el encuentro con Mauricio Wacquez, lo cual se refleja nuevamente en su paranoia.

*Llegando de improviso a Calaceite, estoy seguro de sorprender en la casa de Mauricio el cuadro que me debe haber robado, del cura Larraín. Me encantaría recobrarlo.*

*¿Estarán la Elsa Arana y la Isabel de Tramontana en Calaceite y será verdad lo que creo que quieren, vale decir, echar mano de la casa de mi sobrino el Pocho? No sería nada de raro, ya que la Elsa es tan definitivamente manipuladora como su álgter ego, Mauricio Wacquez y toda su terrible tribu. ¡Fantástico que Jorge Edwards permita que su hija Ximena sea tan amiga y frecuente ese ambiente! Pero hay profundidades insondables en el alma —en lo que tiene de alma, lo poco que su buen cerebro le dejó— de Jorge Edwards.*

Mi padre continúa trabajando en la novela, aunque siente que no representa para nada lo mejor que ha producido. Esto lo hace dudar bastante y tiene muchas preguntas: ¿Interesará un tema como el que ha tomado? ¿La forma no será demasiado lírica, demasiado rellena? ¿Demasiado poco moderna? ¿Es un mundo contemporáneo lo que está escribiendo; estará dentro, o puede afectar a la sensibilidad de hoy? Lo curioso es que se siente detrás de la realidad y desfasado de la «sensibilidad de hoy». Siente que no puede escribir. Toda esta angustia se ve reflejada en algunas anotaciones en su diario:

*No puedo seguir. Estoy desesperado. Esta novela es pésima. No le veo ningún futuro. Estoy destrozado. Ya no puedo escribir. Siento la muerte. No creo que vuelva a escribir nunca más en mi vida.*

Mientras, termina de leer *La campaña*, de Carlos Fuentes, que lo tiene muy

desilusionado y no la encuentra una buena novela; su lenguaje es pretenciosamente lírico, terriblemente adornado. Sin embargo, cree que es un libro escrito con un brillo envidiable, y con una soltura y una andadura que, según dice, lo ponen *verde de envidia*.

Además se siente solo.

*¿Por qué no me escribe Mary Lursky Friedman, por qué no me escribe Naomi Wallace, por qué no me escribe la Diamela Eltit? ¿Qué pasa? ¿Por qué este coronel ya no tiene quien le escriba? ¿Por qué no me ha contestado Valentín Pimstein? ¿Es algo nuevo, en mí, de mí inalienable, que sea tan humillado y abandonado y no querido y descuartizado? ¿Por qué mi sobrina Claudia no me quiere? ¿Por qué pongo obstáculos, como sin duda pongo, para que la gente me quiera y se acerque de manera interesada a mí? ¿Por qué la Malú del Río, según dijo la Tere, «no entiende nada» de nuestra relación? ¿Tan despreciable soy que a la Malú le parezco absolutamente imposible? ¿O es que la Malú, simplemente, no entiende nuestra relación porque no hay nada de sexo en ella, por lo menos abierta y explícitamente? ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo escribir?*

Ante todas estas angustias y temores decide no participar en el Premio Extremadura ni tampoco ser jurado, pues le representa mucho trabajo. Quiere únicamente dedicarse a trabajar en su novela.

Le alivia, sin embargo, una conversación que mantiene con Luis Alberto Ganderats. Le parece amable, amistoso e inofensivo, y quizás las entrevistas con él no salgan del todo mal, siempre que se omitan los malos entendidos y malas interpretaciones que cree posible que pasen.

Continúa así con su proyecto de novela, aunque no lo convenza:

*Todavía no tengo ninguna fe en esta novela, pero voy a forzarme a escribirla hasta el final, aunque sea a azotes. Pero es un trabajo de muchos meses y me da temor contemplarlo como mi futuro. Releyendo Conjeturas*

*tengo una versión en que comienzo bien, y formalmente es más emprendedora que Los gorriones.*

*Esta noche voy a terminar La campaña, de Carlos Fuentes, que no me entusiasma, pero me entretiene bastante.*

*Al terminarla me pareció pésima, pasada la primera mitad de la primera parte, pero después se descompone y se deshace, pedante, grandilocuente, retórica, repleta de datos no digeridos, de personajes que no funcionan como tales, pedagógica, pretende ser un bosquejo del romanticismo que abarca toda América Latina, y en todos los grandes acontecimientos está él. Ve a toda Latinoamérica como algo mucho más exótico —desde otra perspectiva— que Gabriel García Márquez, y es totalmente hueco. Me apesadumbra bastante comprobar esto tan claramente.*

*Ahora, a Mrs. Dalloway y seré feliz.*

*En este cuaderno he escrito cien páginas en poco más de un mes. Not bad! Así debo seguir. Pero veo que si escribo el original aquí, como este comienzo de capítulo, la cosa se va a agrandar demasiado. Trabajar sobre algo ya hecho, como debo hacerlo mañana, es un trabajo interesante, alerta, y no pesado y desgarrador, como lo es sin duda escribir esto a máquina, como el que he escrito en estas páginas el día de hoy, cuando el ser consciente apenas se asoma, y casi no sirve para absolutamente nada más que como señales camineras para no perderse.*

Vuelve a tomar su rutina habitual: sube temprano a su estudio, no sin dificultad, arrastra las piernas y usa una faja que lo ayuda a mantener su espalda derecha mientras trabaja; las antiguas chilabas han quedado en el olvido, pero no se viste, sube en pijama a escribir. Al verlo frente a su largo mesón de trabajo y a pesar de la faja, aún se encorva. En un gesto muy característico suyo, saca la punta de la lengua hacia un lado, dejando que se asome entre sus finos labios. Siempre lo hace cuando está concentrado, a

veces a tal punto que no se da cuenta de que yo he entrado hace rato y que lo observo esperando que note mi presencia para entonces hablarle.

Cuando escribe es de una exigencia extraordinaria. En la mañana, cuatro horas, y luego de almorzar y una pequeña siesta, otras cuatro o cinco horas sin levantarse de su silla. Sus diarios de ese entonces reflejan un nuevo entusiasmo revitalizante para él.

*Es increíble cómo trabaja uno cuando se es luneta, y todo lo demás se hunde en la oscuridad de las cosas sin importancia.*

*No soy un personaje público, épico, heroico, sino un ser privado, oscuro, pero nadie puede mezcuinarme el derecho a la complejidad, que sé que tengo pese a que no poseo el lenguaje para él.*

Está trabajando y siente que su vida empieza a ordenarse. Sus preocupaciones, tanto intelectuales como domésticas, se van aclarando: el Woodrow Wilson Fellowship, el viaje a París, la compra del departamento en la calle Galvarino Gallardo para tener una renta. Está leyendo un libro que le interesa y para él no hay nada más motivador que ese placer. Las buenas perspectivas desde el punto de vista económico. El dinero que recibe mensualmente por el Premio Nacional de Literatura con el que fue galardonado, la renta por el departamento que están comprando y la renta que le da su capital. También me ha perdido el miedo, que según él lo tenía paralizado. Pero, por sobre todo, tiene la sensación de estar avanzando hasta completar un nuevo libro, una nueva novela. De modo que no deja de inquietarlo, como siempre, la recepción que ésta tendrá de Carmen Balcells, lo que le significa dinero; ni del cura Ibáñez como crítico literario, que tiene que ver con su prestigio como escritor chileno; ni la de las universidades norteamericanas, donde tiene su público más exigente.

Cada día está más sordo, o cree estarlo; a veces usa su audífono (cuando se acuerda de ponérselo), pero es, en realidad, una sordera relativa, que le da la excusa perfecta para aislarse, para participar o no de una conversación o para

escuchar sólo lo que quiere y a quien quiere. Se diría que es una sordera social, parte del reflejo de las puertas de la vejez como tal. Viejo = sordo = aislado.

Decide, entonces, tomar clases de yoga con una profesora particular. Espera que el ejercicio le permita recuperar las riendas de su cuerpo, conocerlo, cuidarlo, pero este entusiasmo le durará muy poco. La vejez también le hace plantearse ciertas evaluaciones de su vida, de su yo más íntimo.

*Self-indulgent of the mind. Pienso, cada vez con más certeza, que necesito un juego, lo que me ha faltado tanto en la vida no es la sensualidad, sino un juego. Al leer a Hesse encuentro una clave: ¿Por qué, por ejemplo, no tomar clases de latín y hacer del latín mi «juego»? Un código y un vocabulario, una gramática y una semántica, las piezas distintas manipuladas en formas distintas que hacen finalmente la literatura. Lo importante es la práctica de esas reglas, que es la gramática. Juego lúdico. Amor. Todo es uno. ¿Pienso que tal vez estoy demasiado viejo para absorber un código que en buenas cuentas es casi completamente nuevo para mí? Puede ser. Pero también puede no ser, aunque necesito un «juego» con el cuerpo, porque no voy a necesitar un «juego» con la mente (the mind no tiene traducción adecuada al castellano), algo gratuito, una cantidad de claves aprendidas de antemano, para después entrar, si así lo quiero, a la literatura.*

Sus temores vuelven ante la idea de viajar a París, pues implica salirse de su espacio acotado. Es el miedo al avión, miedo a salir a la calle, miedo a que Faride Zerán le haga una entrevista, miedo al «pushiness» de ella y a su falta de sensibilidad, miedo a encontrar a Mauricio Wacquez en París, miedo a su propia fragilidad, a su falta de salud, a que el tiempo se le termine antes de ser capaz de completar la novela; miedo a Raúl Hameau y su rapacidad. Todo es una amenaza para él en ese momento.

Pese a todo, recupera su centro verdadero, lo más importante para él.

¿Cómo continuar la novela? Antes de quedarse dormido esa noche y olvidar a todos estos fantasmas, decide leer sobre Richard Burton. Anota:

*Porque sin leer quedo como si estuviera completamente vacío, y me da algo muy parecido —pero que no es— al miedo.*

Finalmente, el 4 de abril de 1992 parte rumbo a París. Viaja al lado de una mujer que le parece igual a la que le robó el anillo que le llevaba de regalo a mi madre, entre Río y São Paulo, hace cinco años; igual de muda y elegante y fría. Le tiene miedo, la cree capaz de todo.

En París se aloja en la casa de su primo Gonzalo Figueroa, entonces embajador de la Unesco y muy querido para él, pero con quien, a raíz de *Conjeturas acerca de mi tribu*, tendrá un muy desagradable desencuentro que los enemistará para siempre.

Nada más llegar se arrepiente de haber aceptado la invitación; le parece todo siniestro, todo malo.

*He tenido que hablar demasiado. Todo el mundo exigiendo mártires del golpe, todo da vuelta imbécilmente alrededor de la política, mártires sacrificados, realmente la única persona civilizada es Jorge Edwards. Diamela Eltit, insoportablemente pedante. Martínez, furioso (le dio una especie de ataque) porque dije que la poesía tiene menos vigencia (y es, sobre todo, menos leída) que la prosa. Poli Délano, derechamente un cretino. Uribe no es mal poeta. Luis Mizón, en cambio (el más heroicamente mártir de todos e insoportable), es pésimo poeta, francamente anticuado y no veo por qué está invitado en este grupo que se supone que es gente más bien artísticamente distinguida. Gonzalo Figueroa, muy embajador, inteligente, arbitrario. Roberto Matta, un payaso autorreferido. No me gusta su pintura. Talks too much. Mauricio Wacquez no es interesante, pero bastante amigo. Luz María Edwards, inteligente y encantadora. La quiero mucho. Pero el pensamiento literario del grupo es francamente malo. Skármeta, muy inferior de calidad, pero tiene buena acogida en el mundo internacional. Por lo*

*menos is something. Fuera de la Luz María Edwards, nadie entiende realmente nada de literatura. Uribe, especialmente, totalmente perdido pese a ser un poeta interesante. No he saludado a Nicanor Parra. Esta tarde lo haré.*

Aunque este ambiente no lo entusiasma para nada, da una muy buena conferencia en la Sorbonne y otra en la Unesco, que lo dejan autocomplacido. Aprovecha, entonces, de dar largos paseos por París, maravillándose como siempre con su belleza.

Viaja luego a España para ir a Calaceite. Mientras hace el recorrido en auto desde Barcelona, se emociona; le parece haber olvidado lo imponente del paisaje que lo rodeó mientras vivió ahí. Escribe al llegar:

*El camino más bello, en el día de sol más bello de mi vida, mucho más bello que el campo de Aix y la Provenza, que acabo de ver con la misma luz y con mucha menos emoción, pese a que entonces creí que se trataba de la luz definitiva y de la emoción definitiva. Viaje maravilloso desde Benisanet y Mora del Ebro por el campo, realmente me dejó con la boca abierta, no lo recordaba así, con las eremitas verdes desde las viñas negras a ras del suelo rojo, los almendros de verde, reciente, comestible. No creo que vuelva a sentir la emoción de belleza que sentí esta tarde en el campo del Bajo Aragón. Pienso en la emoción de Hemingway frente a este campo, que no debe haber cambiado mucho desde el campo descrito por Hemingway.*

Mi padre se reencuentra con antiguos amigos, como Pepe Ferrer y su mujer, Tina, Pilar Soler, Montsé Vallés, Ángel Crespo, la familia Gili. Lo primero que hace al llegar es ir a abrazar a la gente de la fonda: don Enrique y sus hijos, Enriquito y Miguelito, ahora casados y con hijos; visita a Emilio, el sastre, y su mujer, Julia; a Lourdes, nuestra fiel ayudante cuando vivíamos ahí. Pero a quien realmente echa de menos es a Vigna, la más amiga, la más cercana e inolvidable; su ausencia se hace notar, dejó un gran vacío.

Visitó nuestra casa y no le importó tanto verla como había pensado; creyó

que se emocionaría, pero no fue así.

Luego de pasar unos días, abandona Calaceite rumbo a Ginebra, guardando la belleza del paisaje dentro de él con esa profunda emoción que brinda el reencuentro.

En Suiza se siente cansado y solo. Pasa dos días y nuevamente debe estar en París. Este viaje, en general, lo ha dejado frustrado.

*Mucho esfuerzo de mi parte ante la necesidad de desempeñarme con cierto brillo, y cierto brío del que carezco totalmente. Mucha gente que ver, muchas entrevistas, muchas explicaciones a preguntas inútiles, terminé agotado.*

Luego, retoma en sus diarios los esquemas para su libro sobre la historia de su familia. La idea vuelve a entusiasmarlo.

El 23 de abril de 1992 anota en su diario sobre su estadía en París:

*Última noche en París, no muy romántica. Mi aventura: fui a Shakespeare & Co., donde me compré el libro de Bruce Chatwin. Fui a la Galería La Fayette y compré todo, o casi. Volví a pie y un taxista intentó estafarme, un africano semiborracho me topeteó, me manoseó buscando mi cartera, en medio segundo en la Place Vendome, pero no encontró nada y pude zafarme de él, y otro sinvergüenza, desde un auto, diciéndome que era italiano, trató de «regalarme» una chaqueta de cuero, otro estafador. De nuevo pude zafarme. En el restaurante peleé con el mozo, o el mozo peleó conmigo, porque le pedí algo que no era exactamente lo que decía en la carta.*

*Pero estoy de buen ánimo y mañana después de bañarme y cortarme las uñas de los pies, y comprar los pocos regalos que me faltan, voy a ir al Musée de Marmottan para despedirme de París.*

*Pero a medida que escribo aquí siento que me duele el estómago y me arde el esófago. ¿Será la soupe a l'ognion que comí tan cuidadosamente esta noche? Voy a tomar otra pastilla de Gastrocol, a ver si me hace mover el vientre, como decía mi pobre madre. ¡Qué pobre y maldita vida tuvieron! ¡Qué poco gozaron! Todo por culpa del simpático egoísmo de mi padre, que*



*rehusaba definitivamente trabajar más que lo muy poco que hacía, y lo muy poco que estudiaba y enseñaba, y se dejaba querer por su simpatía y su facilidad —tan pueblerina, por lo demás— con los más variados juegos de naipes. Estoy realmente pésimo del estómago esta noche.*

De regreso en Chile siente su falta de energía e interés por el trabajo creativo. Cree que éste no va hacia ninguna parte y que quizás ya no escribirá nada más que valga la pena. Pocas ganas, poco impulso, poca esperanza con *Los gorriones cantan en griego* (futuro *El Mocho*). La falta de fuerza narrativa lo tiene atrapado. No le gusta lo que ha escrito, pero le ha dedicado tantas horas de trabajo a este proyecto, que no puede sino terminarlo, para así pasar a otra cosa con la mirada limpia.

Mi madre está mejor. Sigue con sus artículos para la revista *Reseña* y a veces para otras, pero ahora quiere emprender un nuevo desafío. A raíz del proyecto de mi padre de escribir sobre Richard Burton, que luego abandonó, se despertó en ella el interés por el personaje que era su mujer, Isabelle Arundel Burton. Quiere hacer una biografía sobre ella.

*Quisiera incluir también mucho de la increíble vida de su marido, sir Richard Burton, quiero, y esta noche pienso que lo haré, lo intentaré... aunque Pepe está en contra.*

*Estoy leyendo a Rilke. ¡Cuánto se parece Pepe a Rilke! ¿Será tan grande?*

Mi padre viaja a Buenos Aires por una semana. Es una ciudad que lo motiva y lo revitaliza. Sin embargo, siente que por su problema de audición —que cree se ha agudizado— entendió poco en las conferencias y no alcanzaba a tomar el hilo. Pese a que participó escasamente, conoció gente interesante.

*Conocí al inefable Juan Forn, dictadorcillo literario de Buenos Aires. Hizo algo positivo, me regaló *London Fields*, de Martin Amis, una novela muy «trendy» que, sin embargo, me ha servido, me está sirviendo, puesto que*

*no la termino de leer todavía, para tomar contacto con lo que puede parecer contemporáneo.*

Mi padre se da cuenta de que definitivamente no puede seguir con la escritura de *Los gorriones*. Según él, estaba tomando un giro demasiado *garciamarquiano* y muy Fellini. Decide, entonces, retomar la idea de la gorda americana y del profesor chileno, que vuelven a atrapar su imaginación y a ponerla a prueba. Para esta novela quiere un tono irónico, levemente jocoso, y con este tema puede lograrlo.

*La gorda me parece estupenda como personaje, y claro, el profesorcillo chileno también es un personaje estafalario y estupendo. Tengo que empezar por un desbrozamiento de lo que ya tengo y una ordenación del material, desarrollándolo un poco a medida que avanzo.*

A poco andar, como es habitual, le surgen todo tipo de dudas. ¿Será realmente contemporánea? Pero aquello no lo detiene. En sus cuadernos se suceden estructuras tras estructuras, teniendo así el proyecto casi completo hasta el final, con la secuencia narrativa, los personajes y el desenlace.

En junio de ese año anota:

*Uno escribe una novela no porque uno tenga una vida novelesca, sino porque quiere hacer una novela con su vida. Trato de convertir el asesinato múltiple de un estudiante chino en una universidad del Medio Oeste norteamericano, incorporando mi vida, tan apacible, tan remota a esos acontecimientos, y relacionar mi vida con la NASA, y con el futuro de la sobrevivencia de la raza humana, pero me doy cuenta de que carezco de vocación, no para novelar, sino que para participar en acontecimientos, cualesquiera que sean. No vi la sangre de las cuatro personas, por las balas del estudiante de física chino de la universidad X, pero estuve cerca, muy cerca, tan cerca que cuando pienso en ello me encojo como un animal que se apronta para invernar en su agujero, para evitar, para desconocer todo contacto, y tampoco puedo reflexionar doctamente, diciéndome que el futuro*

*del mundo va a estar en manos de seres desequilibrados, como ese chino que asesinó a su contrincante en el examen que debía admitirlo en la NASA, al profesor que lo descalificó, y a la inocente secretaria del departamento, porque no lo premiaron a él en ese examen. Tampoco puedo presumir, como tanto latinoamericano que enseña durante un par de semestres en una universidad americana, de conocer ese mundo tan distinto al mío, ni analizar con cualquier certidumbre que sea el espíritu de los habitantes de ese país, por muy involucrado que uno haya estado brevemente con personas y fenómenos que pertenecen a esa esfera.*

La seca literaria parece haber acabado y ese gran fantasma se aleja a medida que las páginas de este nuevo proyecto se van acumulando. De pronto se le vienen títulos a la mente: *Vidas paralelas* o *Novelas paralelas*, quiere probar con una doble narración que le dé un carácter experimental con una parte narrada en primera persona, donde podría incluir anotaciones de su diario y reflexiones sobre la novela, paralelamente al desarrollo de la historia en sí. El planteamiento es, en realidad, dos novelas entrelazadas, pero que en el fondo son la misma, pues una es una meditación sobre la otra.

Su técnica es la misma que ha usado siempre: en su diario perfila personajes, verdaderos currículums vitae de cada uno de ellos; ideas, listados de palabras que le llaman la atención, estructuras de capítulos posibles. Hace, rehace y vuelve a rehacer una y mil veces, llenando las páginas de su diario.

Van a pasar unos días a Lo Gallardo, la casa de campo de su amigo Fernando Balmaceda y de su mujer, Carmen Borrowman, lugar mágico, con un jardín maravilloso en el que mi padre siempre encontró inspiración.

*De regreso después de dos días en Lo Gallardo. Allí escribí la primera mitad de Coronación. Reviví mi amistad con doña Momo y con Fernando, y me sentí realmente, por primera vez, escritor y poeta. El lugar está lleno de mis marcas, de la vida solitaria, de las semanas y semanas pasadas allí, y Fernando o la Momo viniendo de vez en cuando para visitarme.*

Su vida social continúa, pero es más un deber que un placer para él; quizás de modo autoimpuesto se da cuenta de que le es difícil estar en contacto con otros. Anota al respecto:

*Antenoche, gran cóctel chez Techy Edwards. Nada extraordinario.*

*Anoche, melancólica (de parte mía, por viejo, por out of place, por esencialmente solitario) fiesta donde Arturo Navarro y Patricia Politzer. Políticos: Viera-Gallo, Lagos, Altamirano, etc., y mundo de los medios, es decir, nada que ver conmigo. Antonio Skármeta, Ágata Gligo, Fernando Sáez y yo los únicos del mundo literario; mucho periodista y sensibilidad periodística. Muy solo, de otro mundo, de otra sensibilidad, de otra clase social. Mucho más at home en la fiesta anterior, en casa de la Techy.*

Esta sensación en él también es fluctuante, como tantos otros aspectos de su personalidad. Unos meses más adelante escribe:

*Muy buen almuerzo con los Orrego y los Edwards, buena la comida, bien servida, bonita y sabrosa, y fácil y no exigente la conversación. Muy agradable, y la casa y el jardín estaban bonitos. Estoy contento con una función social por primera vez en mucho tiempo.*

La vida retoma, por un tiempo, su curso habitual. Su salud por ahora es estable, sin crisis que hagan que su entusiasta proceso creativo se detenga.

Mi madre también está escribiendo, sigue con la biografía de Isabel Arundell, idea que, por lo demás, no deja de molestar a mi padre. Encuentra detestable al personaje de Isabel Arundell, y no es de extrañar, pues de algún modo debe haberse visto reflejado, ya que la relación de pareja que mantenían estos dos personajes históricos tiene ciertas similitudes bastante curiosas con la de mis padres.

Por ese tiempo, mi madre y yo sostuvimos, por primera vez como adultas, una conversación sobre mi adopción. La visión que tuvo mi padre al escuchar esta conversación es descrita en su diario:

*Hoy en la mañana gran escena. Pilarcita está demasiado joven para ser*

*compasiva. M. Pilar, demasiado mal para resistir el embate; yo, demasiado débil para poner los puntos sobre las íes. Ver a María Pilar y Pilarcita hablando sobre su adopción. Bastante desgarrador. Yo mismo no sé lo que siento en todo esto, odio-amor por M. Pilar entera y deshecha, pero igualmente siento compasión por ambas. Siento a la Pilarcita más frágil de lo que creía: no es de fierro (¡qué descubrimiento!). María Pilar confirma su fragilidad, y yo, roto en mil pedazos.*

*Pero curiosamente distinto a otras veces de lo mismo, no estoy destrozado, puedo recogerme, juntar mis pedazos y el resultado sigo siendo yo.*

La tormenta pasó y la calma retornó a nuestra relación de madre e hija. Al menos por unos meses... Mi cumpleaños de 1992 sería muy especial, pues coincidía con la fecha anunciada para el nacimiento de mi segunda hija, hecho que finalmente ocurrió dos días después. Pero hoy recuerdo muy bien ese día por otro motivo: mi madre bebió demasiado alcohol durante la celebración, lo cual me llenó de rabia y frustración. Mi padre también lo notó.

*María Pilar se emborrachó hoy, en el cumpleaños de mi hija, del que tanto esperaban ambas. Estaba pésimo, idiota. Yo lo pasé por alto creyendo que los demás no se percatarían. Llanto. Arrepentimiento, escena, dolor de mi hija, dolor de M. Pilar, dolor mío. Llamé a Rafael Parada para internarla mañana en la Clínica Santa María, para unos días de aislamiento y limpieza de fármacos. No estará para el nacimiento de Clara, como Pilarcita y M. Pilar tanto lo deseaban. Yo me tendré que hacer cargo de toda la maroma mañana.*

Efectivamente no estuvo al lado mío cuando nació Clarita. Ella siempre tenía la forma de encontrar su propio protagonismo y robárselo a los otros. Cuando nació mi primera hija, Natalia, ella estaba mal, es cierto, pues acababa de morir su madre tres días antes. Aquello no me dejó disfrutar mi felicidad, pues me sentía culpable de estar contenta y, en cambio, verla a ella

sufriendo. Fue una verdadera tortura y mi primer enfrentamiento con el ciclo inevitable del nacimiento, la vida y la muerte.

Hablar con ella sobre temas dolorosos era difícil. Tendía a la autocompasión, a enfocar todo en sí misma como víctima y a no escuchar aquello que le hacía daño. Hoy, con la distancia, habiendo leído los diarios de mi padre y conociendo el abandono en todo sentido del que ella fue víctima, debo reconocer el gran tributo que tengo que rendirle. Como pasa comúnmente, no aprecié lo suficiente a quien tenía al lado hasta que no la tuve más. He leído también sus diarios y encontré ahí a una mujer adolorida, insegura y triste, que dejó de lado su propia vida para vivir en función de mi padre, perdiéndose en ese laberinto y perdiendo sus grandes potencialidades en el campo de la pintura y del periodismo. Lo que no logró perder nunca, sin embargo, fue su fe en Dios, su gran corazón y generosidad que, lo sé, muchas personas echamos de menos.

La vida continúa centrada en mi padre. A las preocupaciones por su nuevo libro se le suma también la incertidumbre sobre si ganará el Premio Cervantes de 1992. Nicanor Parra y Jorge Edwards le han insinuado que lo más probable es que sea así, e inmediatamente empieza a elucubrar sobre esta posibilidad.

*Lo aterrador es, no el premio, sino la necesidad de escribir un discurso de cuarenta y cinco minutos sobre un tema libre, para leerlo en la ceremonia del premio, delante de los Reyes de España y del who's who literario de España y Latinoamérica. Me muero de temor, pero lo voy a tener que hacer porque el Cervantes es el premio más importante de la literatura de lengua castellana. Voy a bajar —son las 11.30 de la noche y estoy en mi estudio— y leer el pésimo libro de Marco Antonio de la Parra, en el que voy por la mitad más o menos.*

Convencido de la posibilidad de obtener este premio, mi padre escribe una idea tentativa para el discurso de aceptación.

Tiempo atrás, mis padres habían viajado nuevamente a Estados Unidos, a Washington D.C. Se había comprometido con el Wilson Center a escribir el proyecto que tenía sobre sir Richard Burton, pero aprovecha su tiempo ahí para seguir trabajando en su novela, que ya tiene mayor estructura, nuevos capítulos; el personaje de la gorda, la Ruby, está totalmente perfilado y definido. Quiere que sea una novela esencialmente jocosa. Al reflexionar sobre lo que lleva escrito, anota ciertos puntos que debe incluir: más personalidad a Ruby; Rolando Viveros, más activo y real con más conflicto. Quiere mantener el ejemplo de *The Eustace Diamonds* y la vitalidad en su caracterización y de su dinámica tan suelta a los ojos de mi padre. La lectura de esta novela de Anthony Trollope lo mantiene fascinado. En realidad, esto le pasa cada vez que la lee: le asombra la forma como la ley interviene en la estructura de la familia y de la novela, y la psicología de los personajes lo cautiva y admira.

Se plantea, entonces, la posibilidad de ir a la Universidad de Princeton para ver todos sus papeles; le parecen extremadamente importantes los cuadernos, sobre todo por la forma que, en su conjunto, narran el nacimiento de una obra, de sus obras. Su ego se refleja en el siguiente comentario en el diario de esa fecha:

*Nada me gustaría más que Jay Tolson se metiera —de modo total— en mis cuadernos e hiciera un exhaustivo estudio de cómo nace una obra de arte, todo esto, después, comentado conmigo a través de un running interview, que sería la espina dorsal de donde estarían colgados los fragmentos del diario y los manuscritos que hay en Princeton.*

Sigue con la idea de escribir una obra de teatro, muy inglesa, muy victoriana. Sería una obra pornográfica y se llamaría *House Party*. Las ideas se suceden unas a otras llenando las páginas de sus cuadernos con ansiedad creativa. Está plagado de proyectos, pero sin orden alguno.

Lo invitan a dar una conferencia a Harvard ante cincuenta invitados de

todos los ámbitos de la universidad; son los maestros más importantes del mundo, en buenas cuentas, a quienes debe hablar por cuarenta minutos en inglés sobre el tema que él elija. Este desafío, naturalmente, le causa cierto temor.

*Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, entre miles de otros (Brodsky, etc.), han dado conferencias allí, y yo, claro, no me puedo negar, por la simple razón de que si lo hago quedo totalmente imposibilitado para que me invite, o se interese por mí, otra universidad. Estoy francamente aterrorizado. Voy a tener que comenzar a tomar tranquilizantes ahora mismo.*

Comienza entonces a pensar en algún tema posible para esta conferencia; «The writer as exile» es una posibilidad, o usar de nuevo «Ithaca», de Cavafis. Mientras sigue divagando sobre su conferencia, compra calcetines en Brooks Bros. y dos cuadernos estupendos en Time.

Es invitado a dar una conferencia en Nueva York y aprovecha la ocasión para ir a todas las exposiciones. Le interesó especialmente Henry Moore, el supremo reposo —¿maternal?— de sus figuras, como tiradas en la arena mirando el mar u observando, desde su suprema indiferencia, a las personas que lo ven. En su visita concluyó que, en general, no le gustó Modigliani, pero sí le pareció impresionante el gran espacio con diez obras de Picasso, que muestra sus diferentes períodos creativos. Mi padre queda conmovido ante esta magnificencia.

Vuelve a Washington a recibir a mi madre, que llega desde Chile para acompañarlo. Debe trabajar en su proyecto sobre Richard Burton. Está muy entusiasmado, las ideas fluyen y las versiones se van superponiendo..., pero los miedos también.

*Me tengo que apurar con esta novela, la idea es demasiado buena, no la vaya a aprovechar alguien antes que yo, como Kurt Vonnegut o Carlos Fuentes.*

Luego, anota:



*Al escribir debo recordar que es importante incluir el atractivo como en The Secret History, de Donna Tartt, del placer de vivir, de ser jóvenes. Encuentro ese libro tan parecido en el tono del relato, aunque no en el contenido, a Brideshead Revisited, que en el fondo es un romance, y quiero que mi novela, aunque es sobre un crimen, sea también un romance.*

Le llega una mala noticia que lo deprime un poco, aunque en el fondo la esperaba. Decepcionado, escribe en su diario:

*Hoy NO me saqué el Premio Cervantes. Muy doloroso y muy confundidor. ¿Quién diablos es esta mujer que se lo sacó y que nunca nadie oyó mencionar? Es absurdo a estas alturas decidir desengañarme de los premio. Ya sé desde hace años que son mentiras y desde el punto de vista de valorización de mí mismo no cuentan para nada. En dos sentidos sí cuentan: uno, en lo que significa como dinero, y dos, en lo que significa como publicidad, y en esos dos sentidos me duele muchísimo. Julio Ortega, que me dio la noticia, es un terrible mediocre y resentido. No creo que me invite a hacer el curso de Spring 1994, como yo quisiera. No sé si entonces —tendré setenta años— tendré fuerzas.*

Hay una anécdota tragicómica en una de esas intervenciones como conferencista. La invitación de una de ellas contenía una pequeña biografía suya, nombrando sus obras y los diferentes premios y honores recibidos durante su vida. Entre ellos aparecen el Príncipe de Asturias y el Cervantes. Ante esto su discurso (el original en inglés) comienza así:

*Déjenme empezar corrigiendo un error que parece haberse producido en esta elegante invitación. Se menciona, entre los honores de los que he sido objeto, haber recibido el Príncipe de Asturias y el Cervantes, dos de los más prestigiosos premios literarios de habla hispana, para los cuales he sido nominado. Desafortunadamente, nunca los he obtenido. Espero este error en la invitación me traiga suerte, así en los años venideros pueda ser honrado*

*con estos premios, lo que, para susurrar la verdad, los deseo no tan secretamente.*

La vida en Washington es placentera. Han sido unos de los mejores meses de sus últimos años desde el punto de vista del trabajo, tranquilidad personal y económica. Esta permanencia, no obstante, tiene una parte más frívola y entretenida: largas caminatas por los parques, teatro, cine, exposiciones, comidas e idas a comprar ropa, sobre lo que hay una anotación curiosa en su diario, la cual refleja una faceta que mantenía oculta, pero que era muy suya.

*Hoy salí de compras con M. Pilar, sin que ella me lo pidiera, y gasté una gran cantidad de dinero, compulsivamente, que no tengo, en comprarle cosas en Jaeger. ¿Saks? De repente me parece que sí. ¿Por qué lo hago? Es algo que tiene más que ver con la ropa misma que con ella, lo que significa para mí la simbología de la ropa, no sólo porque estoy leyendo The Fashion System, de Roland Barthes —que entiendo sólo muy por encima—, ni porque voy a escribir sobre el problema en Vidas paralelas, sino que desde antes, desde los disfraces de la niñez y la adolescencia y todos los problemas y las culpas que con relación a todo eso he tenido. Ahora, y quizás siempre, pero ahora estoy más consciente de ello, hay un gran elemento de placer no ajeno a la culpa que expío gastando lo que no puedo y no debo en ropa para M. Pilar. Son muchos los cables enredados en esto, y si bien comencé a hablar de ellos con mi analista, no agoté para nada el tema. En todo caso, ya estoy demasiado viejo para agotarlo y agotarme en el acto de agotarlo.*

En una comida en la Embajada de Chile conoce a Ricardo Lagos, quien le parece muy inteligente y de palabra arrolladora. Le gustó especialmente, ya que le pareció ciertamente el primer hombre político que hace referencia al peligro que entraña el triunfalismo chileno. Dos años después, cuando mi padre logra terminar su novela, le pedirá a Ricardo Lagos que la presente. En

esa misma comida hay muchos otros chilenos, pero ese ambiente, como de costumbre, no le gusta nada.

*Me sentí incómodo, sin un lugar adecuado, como privado de identidad, básicamente porque no puedo —ni sé cómo— funcionar socialmente con ellos y entre ellos. No pertenezco, no me reconozco, me siento profundamente incómodo, y además no me gustan para nada.*

Mi padre comienza a leer *The Volcano Lover*, de Susan Sontag, y descubre ahí unas líneas que le parecen fantásticas, aunque con cierta ironía hace una anotación:

*Estupendo como epígrafe de Vidas paralelas, y, creo yo, un robo directo de la Susan de El obsceno pájaro, que ella me ha dicho admira tanto (chez Kurt Vonnegut, frente a varias personas) en la comida en que condenó mi script con Jenny Sharader de Rimbaud en Somalia.*

Por momentos vuelve a él la desesperación y se pregunta una y otra vez cómo continuar la novela. Se pregunta para qué escribe, para quién escribe noche tras noche —*what is the good of it all?*—, y qué otro placer, fuera de la tortura de luchar consigo mismo, saca de todo esto. Pero reconoce que es verdad, que en etapas más avanzadas del proceso de escritura, cuando todo es materia de precisión y virtuosismo, al ir apagando esplendores innecesarios, simplificando, es que siente un gozo que le sube como una enredadera por las piernas y los brazos, y que está llegando al lado cuya belleza o perfección —o incluso utilidad— no tiene nada que ver con los juicios exteriores; que puede existir solo, por sí mismo, y que él lo hace *bailar* y hace *bailar las cosas*.

Pero otros hechos lo angustiarán en ese momento:

*Decepción y dolor al ver que mis libros no se venden ni se leen en Estados Unidos. Me pregunto por qué los traducen y los publican. No entiendo. Pero me siento totalmente deprimido y me dan ganas de no volver a escribir nunca más en mi vida. Pero está visto que no puedo dejar de hacerlo. De vuelta de*

*Olson's (como de vuelta de Kramer's el otro día) venía suicida. Sin embargo, en el camino, mi único pensamiento fue el de volver a escribir, continuar con mi novela.*

Vuelve al trabajo y las ideas se van ordenando en capítulos y escenas totalmente definidas; el personaje de la Ruby, en consecuencia, es su mayor obsesión, debe ser gozoso, encantador, enamorable, frágil, delicado, divertido, loco. No va a descansar hasta terminar la primera parte completamente, pero le aparece una pregunta:

*¿Quién se puede ofender con esta novela?*

Por la gordura hace una lista en la que nombra a Carmen Balcells, Lela Hameau, Regina Santa Cruz, Verónica Serrano y, por el profesor, a Óscar Hahn y Renato Martínez.

Anota este comentario con un asterisco destacado en su diario:

*Importante: evadir toda mención deshonrosa de la gordura, porque debo temer a Carmen Balcells. Es de primera importancia jamás ironizar sobre Ruby, a costillas suyas, sino que hacerla siempre una heroína trágica, maravillosa, imaginativa y sensible, que en ningún sentido pueda herir a Carmen Balcells. Mis simpatías deben estar todas visiblemente con Ruby.*

Mis padres pasan la noche de Año Nuevo con Gonzalo Biggs y su mujer. Comienza 1993 y se da cuenta de que cumplirá sesenta y nueve años, que le falta sólo uno para los setenta y definirse como «viejo».

*De este año quiero: (1) Que M. Pilar no vuelva a tomar. (2) Terminar Vidas paralelas. (3) Que mi hija me quiera. (4) Hacer un viaje. Y en 1994 volver a USA.*

Está leyendo sobre los últimos días de Flaubert (la biografía de Henri Troyat le parece mediocre y para el gran público) y se encuentra financiera y anímicamente parecido a él. Empieza a inquietarse nuevamente por su subsistencia económica. Le han fallado varias conferencias y gasta demasiado

dinero en remedios y doctores, bien por la depresión de mi madre o por los chequeos médicos mensuales a los cuales él debe someterse. Esto lo tiene muy nervioso. Saca cuentas, sumas, restas, posibles presupuestos que anota al margen de las páginas de su diario. Quiere volver a Chile con algunos ahorros, pero lo ve difícil y se angustia. Sus preocupaciones, en parte, se basan en hechos objetivos: se les viene encima la vejez y, con ello, importantes gastos médicos; sabe que no va a escribir muchos años más y que lo que ha logrado ahorrar será con lo que tendrá que vivir. La visión de mi padre en ese momento es catastrófica.

*La situación económica se pone pésima. Las cuentas de los doctores, lo caro que es vivir en nuestra casa en Santiago, y no hay quien haga comprender a M. Pilar que «we can't afford it» y que nos estamos autodevorando con esa casa, sus gastos son enormes y me «va a salir más cara la vaina que el sable». De modo que estoy totalmente paralizado económicamente. Ella dice: «Me niego a vivir en un departamento, no quiero vivir en una casa sin jardín, no puedo vivir sin perros», y no entiende que al paso que vamos nos queda dinero para vivir muy pocos años más.*

Unos días después, cuando le llega su estado de cuentas con un resumen financiero de sus ahorros, concluye:

*Estoy entero dolorido y angustiado con el asunto del dinero. Nunca he tenido más dinero y nunca he tenido tanto miedo a que me falte. Sobre todo pensando en la vejez, cuya sombra (en la forma de múltiples enfermedades) ya estoy empezando a sentir como una especie de frío al que voy ingresando. ¿Qué hacer? No lo sé francamente. Trabajar. Terminar mi novela. En este momento de mi vida lo único que quiero es tener tranquilidad suficiente como para escribir, cosa que no voy a tener jamás, hasta que me muera. Y eso francamente lo veo acercándose, y que me estoy matando poco a poco con tanto trabajo.*

*De repente veo, considero, que he publicado poco en mi vida, que he*

*trabajado poco. ¿Qué he hecho estos últimos años? Poco y nada desde Taratuta, y entre eso y La desesperanza, también nada.*

Viaja invitado a Boulder, Colorado, a dar una conferencia. Le parece pésimo el alojamiento y surge su parte paranoica. Duda de que a Carlos Fuentes o Mario Vargas Llosa los hayan alojado en un lugar así.

Está leyendo *Dreyfus*, de Michael Burns, que le parece bueno e interesante. Va a Fort Collins y le viene a la mente la tragedia de la operación de su úlcera en 1969 y todos sus episodios de locura que se desataron, pero que, finalmente, dieron forma a *El obscuro pájaro de la noche*. Por otro lado, se siente orgulloso debido a la publicación de dos libros sobre su obra: *Understanding José Donoso* y *The Tension of Paradox*.

Va a ver la película *The Crying Game* y anota sobre ella:

*Leyendo las sensacionales críticas de esta película, con su parecido a El lugar sin límites, me entran las ganas violentas de nuevo de hacer una película. ¿Pero cómo, con quién? Silvio Caiozzi no me sirve, según creo, porque tiene una sensibilidad demasiado distinta y contraria a la mía. Pienso en un film (¿pehuenche?). Sobre la historia medieval de la princesa que se queda muda. La mudez de la hija de alguien (el padre la promete en matrimonio a un amigo antes de que aprenda a hablar y no aprende nunca y queda muda para toda la vida. Ver a quién le sucede esto en el siglo XIV). La maldición divina por jugar con la identidad y la integridad de otro ser. El poder de Dios para ver y juzgar lo que nosotros no vemos ni juzgamos. Un personaje es un poeta, el que le enseña a la niña a reconocer los sonidos en las palabras escritas. La niña. El padre que es pura codicia, y la salvación por la letra escrita, por la imagen. Me gusta mucho esta idea.*

Pero mi padre vuelve a su realidad de ese momento, a lo que verdaderamente le importa: su novela que está en pleno proceso. Ha estado releendo lo que lleva escrito, se da cuenta de que quiere cambiarlo, no puede dejarla ser simplemente una novela realista del montón, *witty* y divertida, eso

sí, pero no del montón, y para ello se le ocurren varias ideas. Pero otra vez se paraliza.

*No soy capaz de retomar mi novela. A veces dudo de si la completaré alguna vez. ¿O sólo lo pienso hoy por mis preocupaciones de salud? ¿Y puede ser que mañana piense distinto? El hecho es que, por lo menos hoy, siento que mi carrera literaria está clausurada, terminada, que no puedo seguir adelante. Quisiera dejar la novela y escribir mi ensayo autobiográfico, que me parece tanto más fácil, tanto menos trabajo o por lo menos tanto más un trabajo para un hombre viejo como yo.*

Se pregunta cómo es posible que después de tantos años haciendo lo mismo, todavía sienta tanto miedo; ese vértigo, ese vacío frente al vano de la escalera. Piensa en *El jardín de al lado*. El jardín secreto es su metáfora para la escritura, nunca totalmente realizada, nunca totalmente perfecta, nunca accesible, que mantiene su unidad como «objeto» fuera de uno mismo, de la propia psicología, y es un «todo ajeno» que lo deja a él mismo como un marginal.

Está leyendo, por décima vez, *Portrait of a Lady*, de Henry James, y lo encuentra aún más genial que otras veces. Se pregunta a sí mismo si eso es posible.

En su diario de entonces, entre medio de ideas para la novela, diálogos, notas para rehacer ciertas páginas, hay un ensayo sobre su propia literatura. Al final deja una anotación que demuestra, una vez más, el gran ego de todo artista. Hay una nota dirigida a los que han estudiado su obra. Cito:

*Para Marie Murphy, Sharon Magnarelli, Pamela Finnegan, Lucille Kerr, Alicia Borinsky, Ricardo Gutiérrez Mouat, Mary L. Friedman, Hugo Achurar, Adriana Valdés, Antonio Cornejo Polar, George MacMurray, Phillipe Swanson, Hernán Vidal, Hortensia Morell, Myrna Solotorevsky y para todos los que han escrito sobre mi obra. José Donoso.*

Carta de mi padre desde Washington. Se advierte un poco cansado con su

estadía, agotado por el esfuerzo que le demanda viajar de un lugar a otro para ofrecer conferencias; se siente viejo y le resulta difícil hacer otra cosa que no sea escribir.

Viaja, a pesar del cansancio, otra vez a la Universidad de Columbia. *Fea y fome*, le parece, especialmente la gente. En Boston, a los profesores los juzgó mejor y la gente es menos fea. Luego, va a Missouri. Ahí su sensación de haber dado una buena conferencia lo alegra y se siente admirado y celebrado por todos. Eso lo reconforta.

Se le ocurre nuevamente una idea para una posible película, a partir de su paranoia con el robo, entremezclada con la fantasía.

*La María y Juan (empleados reales de la casa de mis padres) encerrados en la casa, nosotros de veraneo. Se visten con la ropa de sus dueños, pero no se atreven a salir a la calle por temor a que reconozcan los vecinos la ropa, no de ellos. Los vecinos hablan de la ropa, de la elegancia de la señora. La ropa se hace cosa sagrada, que sólo pueden tocar ellos en la noche, jamás salir con ella. Van necesitando más y más que la ropa los autorice (el marido y mujer empleados tienen una relación impotente) para hacer el amor, y sin ella quedan impotentes. La ropa «es» ellos y al regreso de la pareja de los dueños de casa, los asesinan para ser «ellos». No, no tanto para eso como para apoderarse de la posibilidad gramática de las prendas para transformarse ellos en nosotros. No en ellos, los asesinos, sino en lo que ellos quieran improvisar con la ropa, ser y dejar de ser, nuevamente, según lo que ellos puedan crear.*

A continuación sigue divagando sobre esta nueva idea:

*¿Obra de teatro? ¿Para hacerla con Carlos Cerda? ¿Por qué no? Más que guión de cine. ¿O no? Creo que es algo que podría comprender Silvio Caiozzi o Gustavo Meza. Pero con Silvio Caiozzi se puede hacer algo de proyección universal.*

*Otra idea para una película con Silvio, como un aparato primitivo de*



*tecnología, una radio al llegar a un pueblo primitivo transforma definitivamente la vida y las relaciones de la gente. Hacer de esto un símbolo de la nueva tecnología en comunicaciones.*

Con sus conferencias ha logrado juntar suficiente dinero para la deuda que tiene por su casa en Santiago. Me envía el dinero para hacer todos los trámites y finalmente pagarla. Con todo, por alguna razón no puede dejar de pensar en el dinero, en el deterioro y en la muerte que lo acecha. También en las obligaciones de la vida social.

*Debemos ir, horrible e innecesariamente, a una comida. ¿Para qué? No sé, pero exactamente en situaciones como esta consiste la idiotez de la vida social. No debo dejarme arrastrar a ella, a no ser que me interese de alguna manera.*

*Mañana no voy a dejar que nadie en el mundo me moleste, ni yo mismo, y voy a avanzar en mi novela.*

Luego de pasar casi diez meses en Washington, no contempla este nuevo retorno con ningún grado de placer ni de tranquilidad.

Al llegar siente horror ante lo feo que está Santiago bajo la nube negra de esmog, y recuerda que Titi (María Teresa Cortés) una vez dijo: «¿América Latina? Un continente imposible. ¿Por qué no la vendemos y compramos algo más chico y más cerca de París?».

Ante esta visión de Santiago, en mi padre surge la añoranza por el sur de Chile y su paisaje.

*De pronto, el ansia por volver a encontrar esa extraña playita, al norte de Puerto Saavedra, que descubrimos en nuestra exploración a caballo con mi baqueano y amigo Domingo Leal. Esa playa totalmente constituida por cantos rodeados de obsidiana, del porte o menores que medio puño, o hasta el porte de una nuez, todos negros, perfectos, maravillosos, de una pureza perfecta, inimaginable, sonando con la subida y el repliegue del mar, como un polifónico ábaco, tan vasto, tan hondo, tan abundante, que ya no servía*

*para calcular, sino que nacía allí, informe, impenetrable, con su rumor negro e incuestionablemente sólido y sus millones y millones de globos nítidos y prístinos. Recuerdo mi deleite (uno de los grandes de mi vida): tenía una talega que llené de guijarros y durante muchos años conservé, siempre en disminución hasta que se dispersaron y me dispersé yo, y ya no quedó ningún guijarro. Es en este período post Washington cuando me siento tan acometido por mi hambruna de paisaje, desolado por la total falta de él en mi regreso a Chile, por haber leído tanto a Bruce Chatwin y Paul Theroux, etc.*

Pero el regreso también da sus frutos. La novela tiene ya una forma definitiva y sólo queda compaginarla y corregirla. Entonces, nuevamente la idea de escribir sobre las memorias y después de eso morir con toda tranquilidad. Aunque siente que le restarían algunas cosas por terminar, pero, si no pudiera lograrlo, cree que con sus memorias el ciclo de su vida quedaría bien cerrado.

Siempre está fabulando, aun con la historia más simple. Esto se evidencia con el siguiente encuentro y que narra así:

*Conversación fascinante, ayer toda la tarde, con mi sobrina Claudia, sobre mi hermano Gonzalo y sobre lo que es y está siendo su vida en el campo. Todo lo que sucede es increíble, su relación con Hernán (cuidador), la Carmencita (mujer del cuidador), la Gaby; la relación de Hernán con Claudia y con el Pocho, es un intrínquilis tan increíble y tan bello, Lampedusa y Giolanza di Mazarino, un poco en chileno y cincuenta años después. Pero todo el asunto me huele más que todo a novela de Faulkner. Si la Claudia no fuera tan neurótica y autodestructiva, con su talento innato (y si no estuviera cercada por todo el mundo del feminismo y el estructuralismo absorbente y voraz que cerca lo poco que le va quedando de ingenuidad o de frescura) podría sobre todo escribir esa novela, tal como me la contó ayer. Y*

*si a mí me quedaran más energías vitales, para mí sería el gran tema del futuro, de mi futuro.*

Mi padre pasa por momentos de asomos a una locura que siempre ha estado ahí, solapada, tomando curso en sus escritos, pero la de ese momento tiene ya atisbos de senilidad. Mi madre se preocupa. Anota en su diario:

*Pepe está tan lleno de sí mismo, «and he can afford it». Sin embargo, me quiere y yo a él.*

*Está... es, bastante loco. Dice que se va a dedicar la novela que terminó a sí mismo. Se la pedí yo, que tanto me rompo por ella. Pensaba dedicársela a la Tere del Río, pero luego dijo que ella es demasiado fría, luego pensó en dedicársela a las mujeres que han escrito sobre él... luego dijo que «a nadie, para mí mismo». Mala señal.*

Deja de escribir su diario, tan necesario para él, por casi un año. La razón, en parte, está en las tres hospitalizaciones largas y de difícil recuperación entre estos períodos. También porque luego estuvo absorbido en la corrección de *Donde van a morir los elefantes*, de la cual logra terminar y cerrar toda su primera parte para enviarla a Carmen Balcells. Ella parece estar encantada con el material. Luego, lo retoma en julio de 1994.

Ese año va a cumplir setenta y lo tiene muy entusiasmado el homenaje organizado por la División de Cultura del Ministerio de Educación para celebrarlo.

*Se festejará mi cumpleaños a nivel nacional, con mesas redondas, exposición de cuadros con temas donosianos, condecoración del Presidente de la República (Medalla Gabriela Mistral), exposiciones fotográficas, concurso de cuentos, de tesis doctorales, obras de teatro, recepción en el Palacio Cousiño, etc. Me siento orgulloso y feliz de este reconocimiento público, a pesar de que creía «better form» decir que no me importa nada.*

Fue una gran fiesta, memorable; mi padre rejuveneció por esa época, pues no hay nada como el reconocimiento para una artista y que el deseo de gloria

se vea satisfecho. Todo esto lo llena de una gran lucidez y avidez, a pesar de su estado físico. Escribió dos discursos brillantes e inolvidables. El primero, para la Ilustre Municipalidad de Santiago, cuando fue condecorado con la Medalla de la Ciudad de Santiago, que comienza con la idea de la ceguera, la miopía real y, luego, mientras el discurso avanza, esta ceguera queda denunciada como un mal que lo cubre todo, la ciudad de Santiago, la política...

Su intervención causó polémica, pues emitió juicios severos contra la destrucción de la ciudad de Santiago en la propia municipalidad, y ante el alcalde. Mi padre, sintiéndose libre ya para decir lo que quería a esa altura de la vida, también hizo en esta ocasión una fuerte crítica a los políticos y a su discurso de «reconciliación nacional». Dijo, en parte, lo siguiente:

*Pero al caminar por el Santiago de hoy me resulta una ciudad desconocida que pugna por encontrar empleando la nostalgia. ¡Ha sido, para mí, tan querida, tan dolida, tan odiada! Pero en Chile estamos perdiendo nuestra facultad de sufrir porque todo se perdona, hemos hecho lo posible por borrar nuestra memoria, nos hemos empeñado en perder la nostalgia y el dolor por lo que los políticos llaman el «perdón», pero el perdón no es posible si se eliminan los ángulos doloridos de la nostalgia, y se cubre el dolor —que se debe incluir en todo perdón verdadero, junto con la memoria— con un manto cuyo modelo hemos encontrado en Disneylandia.*

*En Santiago hemos ido perdiendo los hitos materiales de la memoria: a los setenta años uno vaga casi ciego por las calles cuyos pavimentos uno conocía de sobra. A veces, en el centro de este Santiago que tan bien conocen mis antiguos pasos, me detengo para preguntar —porque a veces mi brújula urbana no funciona— dónde queda la Plaza de Armas. Me contestan con una sonrisa amable, señalándome el camino con el dedo porque seguramente se dieron cuenta de que estoy quedando sordo. Entonces me alejo, simulando una renguera para que por lo menos me crean minusválido,*

*no idiota. Pero en fin, por lo menos mi dolor por la otra ciudad es verdadero. Como el perdón, que es una palabra subterráneamente ligada al dolor. Pero el perdón del que se está hablando es legal, oficial. El dolor y la rabia de los que les han escamoteado lo que les pertenece, padre o hijos desaparecidos mientras la justicia silva Over the Rainbow sin castigar a nadie, sin exigir nada. El verdadero perdón, el doloroso, que conserva la rabia, es «denso», no «light», no «divertido».*

*Se ha hecho mucho por Santiago. Pero no lo central. No hemos recobrado nuestra identidad desde dentro, ya que esto sólo es posible mediante la cultura y la educación. En este país nos hace falta que los economistas e ingenieros lean algo tan aparentemente inútil como Rilke. Que los poetas se conmuevan con algo tan elegante como Euclides.*

Unos días después debe dar un segundo discurso, esta vez por la condecoración Orden al Mérito Docente y Cultural Gabriela Mistral. Esta intervención sí sacará ronchas entre los políticos y mi padre quedará, por decirlo de alguna manera, en la lista negra de La Moneda (de hecho, la Casa de Gobierno nunca más lo invitará a ningún acto oficial).

Aquel día asistimos todos a este importante evento, incluida la nieta, la Nana, los amigos, los alumnos del taller y los parientes lejanos.

En una parte de su discurso decía:

*Ni la economía ni la sociología ni la política son áreas en que entiendo nada. Debo agregar que mi sentido acerca de ellas es bastante negativo, sintiendo que jamás entenderán nada estos señores, porque un político, para ser bueno, debe antes que nada leer a Rilke, a Cavafis, a Yeats.*

Silencio sepulcral en la sala. Al recibir la medalla dijo, como otro broche de oro, que le gustaba mucho y la agradecía porque su nieta Natalia las usaba para disfrazarse.

Ante la presión de la opinión de mi madre y de ciertos amigos que le hicieron ver lo poco acertado de su discurso, decidió escribir una carta de

disculpas al Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, quien concedía este honor, pero creo que resultó aún más anecdótica que el mismo discurso. Fechada en Santiago de Chile el 11 de octubre de 1994, empieza la carta agradeciendo la condecoración y el honor que con ella se le confería, elogiando la iniciativa de honrar a «un trabajador de la cultura». Pero en el segundo párrafo toma otro giro, y con un tono de sinceridad se dirige al Presidente diciéndole:

*Todos sabemos que la cultura es el único bien que permanece y que tiene voz propia, independiente de los avatares de la economía y de la contingencia política, capaz de unir a un continente entero con una sola voz. Quiero felicitarlo de nuevo por esta iniciativa que tiene contentos a los trabajadores de la cultura, hasta ahora considerados ciudadanos de segunda categoría, que sólo se puede elevar, no con dinero que también es útil, sino que con honores significativos, con becas, con impulsos serios hacia la creación, con el mejoramiento de nuestras bibliotecas, que por desgracia en nuestro país están hechas un desastre. Son pocos los que comprenden su eventual «utilidad» o la proyección de su poder en la definición de un ethos no sólo de nuestro tiempo, sino que frente a la eternidad, tan sigilosa y elusiva que en nuestros tiempos de apremios y urgencias inmediatas ya casi no le queda lugar, pero que es un lugar que urge restituirle.*

*La Fundación Guggenheim otorga cerca de cuatrocientas becas al año, algunas para investigaciones científicas, otras en el campo de las ciencias sociales, pero sobre todo en campos que en Chile serían considerados formidablemente inútiles. Así, al voleo, le transcribo algunos títulos de los últimos años: beca para un estudio sobre la naturaleza de la ironía; beca para un estudio literario del género pastoril; beca para el estudio del concepto de «centralidad» en la poesía de Wallace Stevens; beca para el estudio del cine chino contemporáneo; beca para un estudio sobre Moisés, la masculinidad y el monoteísmo... etc., etc., etc. Además de becas para*

*fotografía, para la escritura de novelas, para danza, para pintura y escultura, para actuación y disciplinas teatrales.*

*Fue esa la sensación y mi malestar que va en aumento, de que estas disciplinas, y la «alta cultura» que ellas señalan, son desdeñadas por inútiles por empresarios y economistas que gobiernan este país, fue lo que me impulsó, con la ceguera del toro enfurecido ante la capa y las banderillas y su dolor, a embestir en un momento en que no debí haberlo hecho, el momento en que usted me estaba distinguiendo. Le ruego que excuse esta torpeza mía.*

Increíblemente, luego prosigue diciendo que quiere aprovechar esa ocasión para tocar dos puntos: el primero referido a que si entonces en el país se está haciendo lo posible para frenar la fuga de capitales chilenos al extranjero, existe también una descomunal fuga de capitales intelectuales chilenos hacia Europa y Estados Unidos. Para evitar esta fuga de «materia gris» sería muy conveniente que, por lo menos, alguien estudiara este problema y buscara la forma de remediarlo. El segundo, la falta de aportación de capital privado del país a las áreas de la creación y del conocimiento puro. Mi padre le señala que es lamentable leer la sección «Opciones académicas» del diario *El Mercurio* («que es otra vergüenza de la que padece el país»): todas las carreras prácticas, pero ninguna referente a lo que podría ser el engrandecimiento cultural de nuestra nación.

Por último, nuevamente le pide que perdone su «metida de pata» en un momento en que no debía haber sucedido, pero, al parecer, las disculpas después de esta carta —en que aprovechó para hacer notar la falta de importancia de la cultura para los políticos— no fue aceptada, al menos formalmente.

Para mi madre, estos reconocimientos acentúan su sensación de aislamiento. En su diario se desahoga:

*Le tengo también envidia a Pepe por el amor que despierta, siento que*

*poca gente me quiere a mí. Debo dejarme de mendigar... quisiera tantos más cariños... los perros, gran solución, parece mentira lo que significa el amor de la Clarisa (su perra yorkshire), ayer estaba desesperada porque ella prefirió estar abajo que estar conmigo. El Myshkin (gato siamés) es el más tierno, pero el amor de la Clarisa significa demasiado para mí.*

*La biografía de Isabel Arundell es el centro de mi vida en esta época. Mis mejores momentos son cuando escribo y cuando asisto a misa. Mi compromiso es con Dios.*

Ella se hizo querer, pero sentía siempre que era poco lo que recibía de vuelta. Tenía una amiga a quien adoraba, Lita Riesenberg, «la más importante», decía. En cambio, de Mónica Bordeau, su inseparable de juventud, estaba decepcionada, pues la sentía enjuiciadora e incomprensiva con sus depresiones. Otra amiga querida es su prima Marialyse Serrano, quien, a pesar de ser dura, la apoya y escucha.

Pasaron estas fiestas de los setenta años y la salud de mi padre empeoró vertiginosamente. Ante el fin, su mirada intenta descifrar el momento por el que pasa la literatura.

*Es un momento de gran desconcierto, aunque no por eso pobre. Ya no se siente esa gran unidad de resultado (aunque no unidad de proyecto) de la gran novela latinoamericana que se sintió en los años sesenta y setenta, y parece haber estallado, dejándonos con esquirlas. Esos eran los tiempos de la novela moderna en su momento de apogeo, pero ha llegado el momento de la deconstrucción. Ya no se siente la existencia de una gran novela latinoamericana moderna, sino que con el posmodernismo ha llegado el momento de la deconstrucción, hay novela chilena, argentina, mexicana, peruana, etc., pero algo como defensivo la mantiene dentro de los límites de sus países y ya no es una experiencia compartida. Ya no existen los centros que eran Barcelona, París, ni la política del castrismo o incluso del*



*marxismo arreglado, ni el coro de los indudables maestros y los resabios del existencialismo, sino que fragmentos, algunos de ellos de gran calidad. Sobre todo, diría yo, los novelistas ya no tienden a pontificar ni a profetizar ni a creer que pueden explicarlo todo, sino que han vuelto a sus cometidos más o menos modestos, y sin ver el mundo y la sociedad como un gran todo, se conforman con sus literaturas personales, que iluminan las piedras y los matorrales más cercanos como para conocerlos y definirlos, pero con la conciencia de que hay, más allá, el gran universo oscuro del que la literatura puede definir sólo una parte, lo más cercano, reconociendo, sin embargo, que es parte de la noche general circundante.*

Páginas más adelante retoma la idea:

*La literatura es el olvido y la recuperación de la imagen a través de la palabra desde más allá del olvido. El olvido es lo que practicó toda mi generación de novelistas en el exilio, efectuando la recuperación, la reconstrucción mediante el lenguaje.*

*Mi generación fue la de la construcción de la recuperación de la imagen y la palabra desde el olvido del exilio. No podíamos vivir sin escribir, no podíamos escribir sobre los mundos extraños donde éramos marginales, teníamos que vivir con alguna parte y vivimos en la reconstrucción de mundos ahora inaccesibles. La memoria es la palabra. Era cuestión de reconstruir con la palabra.*

*La generación nueva de novelistas es la de la deconstrucción, del regreso. Los enormes edificios de palabra/memoria se hunden para los nuevos narradores y se hace necesario reconstruir las teorías políticas y económicas, que nos dan una semblanza de estabilidad.*

A finales de 1994 viajan a España para asistir, en Madrid, a la «Semana del autor», organizada por el Instituto de Cooperación Internacional. Van a la zona Villanueva de la Serena en busca de los Donoso españoles, pues descubrió que en un pueblo llamado El Campanario había una familia con el

apellido. Este hecho despertó en él una gran curiosidad, estaba emocionado por la posibilidad de saber más de sus ancestros para su libro de memorias. En el trayecto hacia ese pueblo, conociendo bien las fantasías de mi padre, mi madre le advirtió riéndose un poco de él:

—No esperes encontrarte con marqueses de Valdegamas. Figúrate cómo estarían de muertos de hambre tus antepasados si tuvieron que irse a Chile en el siglo XVI. A lo más serán peones.

Estos Donoso resultaron ser grandes señores y terratenientes. Vivían en una casa de sillería con escudo sobre la puerta y capilla propia en la calle principal. Los recibieron muy amablemente. Sus ojos celestes y un poco saltones eran iguales, según mi padre, a los de sus numerosos parientes en Chile, además de la tez blanquísima y sonrosada característica también muy Donoso.

La primera edición de *Donde van a morir los elefantes* se agota rápidamente y mi padre le escribe a Carmen Balcells:

*Me entero de que ya se ha cubierto la totalidad de mi adelanto de Los elefantes. Es muy urgente, en primer lugar, ponerse de acuerdo sobre una agenda de publicaciones de mis títulos para el resto del año, ya que me consta que mi ausencia en los escaparates de librerías me está causando un profundo perjuicio editorial, y la pérdida de una oportunidad como pocas.*

*Necesito, sobre todo, que me hagas con suma urgencia los depósitos pertinentes.*

*Te ruego, entonces, me digas algo sobre mis cuentas. Espero ansioso, como mi banco espera que te pronuncies a este respecto, mira que con clínicas y médicos se me ha ido toda mi cuenta al hoyo y estoy en cero y me van a meter a la cárcel.*

Ante el sorprendente éxito de ventas de *Donde van a morir los elefantes*, mi padre se embarca rápidamente, sin pensarlo más, en sus anheladas memorias, que tendrán un costo emocional que nunca imaginó. Retoma los esbozos

comenzados en cuadernos anteriores. Los temas a incluir: la novela decimonónica; la Feria del Libro en Buenos Aires, con el posible judaísmo de los Donoso; el origen campesino del padre; el origen intelectual afrancesado de la madre; la tensión y lucha entre ambos lados... En una de sus páginas afirma:

*No existe cultura si no hay memoria, y no hay cultura nacional si no hay cultura familiar y personal, si no hay códigos y modelos ni resonancias de otros en uno.*

Va ese año, por última vez, a la Feria del Libro en Buenos Aires como invitado oficial, pues se hará el lanzamiento de *Donde van a morir los elefantes*. Viaja acompañado por su sobrina Claudia Donoso y su secretario de entonces.

Estaba evidentemente cansado y debilitado (en plena feria sufrió un desmayo). A pesar de las dificultades físicas, no perdía el ánimo ni el humor, en una lucha en contra de su propio cuerpo, aferrándose a la vida.

Esther Edwards, en su libro *Voces de la memoria*, recuerda esa última feria:

*... era evidente para cuantos lo veían que le costaba trabajo valerse solo. No se quejaba, pero hacía esfuerzos para estar alerta y seguir las conversaciones a pesar de la sordera de la que hacía gala en el último tiempo, manipulando su audífono muy obviamente. Analizamos la idea de que usara una cometilla, como los generales retirados en las piezas de Chejov.*

*—¿Te parece que en los anticuarios de San Telmo podríamos encontrar algo así?*

*Una mañana salimos a buscar ese artefacto que le permitiría exhibir su minusvalidez y quizás concederse la impertinencia de dejarlo de lado, dando por terminada cualquier conversación. Desgraciadamente, ya no existían las cometillas...*

Mi padre necesitaba del mayor apoyo posible: su bastón, su audífono..., y por ello había contratado a un secretario que, no obstante, se transformó en una especie de lazarillo y resultó, finalmente, un fiasco.

La idea de tener un secretario era, en principio, para dictarle cartas, recibir los fax, ir al correo o al banco. Si bien debía cumplir con un horario en las mañanas, se pasaba todo el día ahí, imponiendo su presencia de manera bastante invasiva. Mi padre confiaba en él ciegamente y lo había acompañado a Estados Unidos cuando lo nombraron Doctor Honoris Causa de la Universidad de Southern California.

Luego, por una casualidad, al encontrar una hoja con imitaciones de la firma de mi padre, sospeché lo peor y comencé una cacería de brujas que terminó con el descubrimiento de que este personaje había girado varios cheques en dólares desde la cuenta de su jefe. Naturalmente, se desató el escándalo y él quedó abatido ante esta traición.

Este conflicto lo paralizó. A decir verdad, cualquier conflicto paralizaba a mi padre. La única vez que lo vi enfrentarse a alguien y encararlo con verdadera rabia fue en el lanzamiento de un libro de un alumno de su taller. Durante el cóctel un señor se nos acercó y, cuando mi madre habló, éste le dijo:

—Pareces un macho —pues ella tenía la voz bastante ronca.

Mi padre, al escucharlo, lo increpó furioso, le preguntó quién era él para decirle eso a mi madre; que qué se creía, y finalmente le gritó:

—¡Y tú pareces un imbécil!

Quedé muy sorprendida, pues nunca había visto pelear a mi padre con nadie en público.

En agosto de 1995, en las últimas cinco páginas de su diario, cuando su capacidad para mantener sus anotaciones se acababa y el silencio llegaba a invadir las páginas en blanco, en su último cuaderno, el número sesenta y cuatro, escribe:

*Estoy terminando las Conjeturas. Anoche releí las ciento diez primeras páginas y no me gustan nada. No sé qué hacer. Les falta fuerza, no hay una escena fuerte.*

La inminencia del fin despertó en él la necesidad de escribir sobre su familia, su historia, rescatar todo un pasado y volver a hacerlo suyo. El proyecto se perfila con el título de *Carta genealógica a mi hija*, como para darme o regalarme una historia, producto de un tema que desde hace muchísimo lo persigue y quiere concluir.

En un primer momento plantea así esta necesidad:

*Quiero relacionar, por una parte, el mundo de mi sensibilidad particular y mi historia, y por otra parte, con ciertos rasgos de la historia de mi país y América Latina. Quisiera que fuera, en un sentido, una novela, una evocación, un análisis personal, y en otro, historia y biografía de personajes que conozco a través de la historia escrita o la tradición oral familiar, o personalmente, y con esto crear un cuadro de cierta clase media chilena.*

*El proyecto es, en esencia, este: un ensayo-novela escrito en la forma de una carta dirigida a mi hija adoptiva de dieciocho años, comparando su identidad social, frágil por razones naturales, con la mía. Esta fragilidad, con sus angustias, posturas y rebeldías, para un novelista es una fuente de creatividad. No creo que existan muchos novelistas, fuera de Tolstoi, que pertenezcan a una clase social que no tiene dudas sobre sí misma. En este sentido me gustaría discutir a Proust, Balzac, Stendhal, Virginia Woolf, Victor Hugo, etc.*

*Estos novelistas tuvieron que inventar, de cierta manera, un pasado, y un origen porque el propio no les satisfacía, y este origen creado, sobre todo en sus novelas, les proporcionaba cierta seguridad. Esta carta no pretenderá ser un estudio académico. Tengo la intención de recrear, como en una novela, la historia de mi propia familia, y analizar sus bajos y altos históricos y sociales, con especial atención en los personajes, períodos y*

*situaciones de crisis y ruptura de su identidad social. Narraré esto en primera persona, reflejando en mi propia dolorosa experiencia de estas dudas de mí mismo que me vienen desde mi niñez, y de qué manera esta aparente falla, o debilidad, parece haber sido, en mi caso, una parte importante en la formación de mi vida imaginativa, y mi creación literaria.*

Tiempo después, cuando mi padre estaba metido de lleno en la escritura de *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, hablamos sobre el problema de la identidad y buscamos un punto de encuentro entre ese mundo tan propio de él y el mío, nuestras historias, nuestras raíces.

—Ahora estoy escribiendo una novela, historias de mi familia, y me sorprenden las cosas que estoy escribiendo. Me sorprende la forma en que voy encontrando cosas o en que las imágenes me asaltan. Voy uniendo pedazos pero inconscientemente. Vienen, llegan, aparecen. La memoria es un pozo sin fondo en el que de repente metes la mano y sales con un fajo y lo usas. Fluye desde el fondo de uno mismo, desde lo más profundo, pero que después uno sea capaz de armarlo bien es otra cosa, y se puede convertir o no en una novela.

»Quiero con esta novela exhumar ciertos recuerdos, referirme a ciertos personajes clave, a ciertos lugares y acontecimientos, pintar un cuadro de mi propia sensación de ambigüedad social y de mi familia, que ahora me parece un fenómeno interesante desde el punto de vista literario. Por otra parte, este salvataje del pasado familiar te lo quiero ofrecer a ti, hija mía, que no lo tienes, como regalo, ya que serás libre de asumirlo como pasado que te pertenece o para rechazarlo completamente. Será en el momento de ejercer esa opción que adquirirás una identidad social fuerte».

Creo que la única vez que le mentí respecto de mis emociones fue a raíz de estas conversaciones sobre las *Conjeturas*, cuando mi padre me planteó este libro como un regalo a mi propia memoria, para que esa historia la hiciera parte mía, mi historia.

Me preguntó si lo sentía propio y no quise decepcionarlo, de modo que le contesté que sí, cosa totalmente falsa, pues nada más ajeno a mí que ese mundo familiar casi decimonónico del que él habla en esas memorias; nada más ajeno a mí que el concepto de familia ancestral, pero sé que mi respuesta lo hizo feliz. Además, no era una mentira del todo, pues de algún modo directo sí llego a tener relación con ella. Sí, es la historia de la familia, la de mis tres hijos que son Donoso Donoso, emparentados sanguíneamente con mi padre por las vueltas de la vida y el misterio del destino, y ellos sí forman parte de esta tribu, de la que yo estaba y estaré siempre excluida.

Las *Conjeturas* dieron mucho de que hablar en otro ámbito. Mi padre no pensó que es imposible escribir la historia de una familia sin herir algunas susceptibilidades, y no se esperaba que parte de esa tribu se molestara. Ingenuamente, para saber su opinión, le envió el manuscrito de la novela a su primo Gonzalo Figueroa Yáñez, quien se sintió muy ofendido con uno de los capítulos. Él, a su vez, se la entregó a otros miembros de la familia Yáñez para que la leyeran y también reaccionaron desmesurada y ridículamente.

José Donoso recibió amenazas de todo tipo: cárcel, disparos e incluso asesinato por parte de algunos miembros de esta «tribu». Mi padre quedó desalentado, cayó en una tristeza profunda, acompañada de un hermetismo que lo llevó a tomar la decisión de sacar ese conflictivo capítulo completo del libro, dejándolo medio trunco y reducido en cien páginas.

Todo el escándalo nació a raíz de la insinuación, por supuesto teñida con la fantasía —cosa que esa parte de la familia no pudo entender—, de que la madre de don Eliodoro Yáñez, doña María Josefa Ponce de León, ya viuda de Yáñez y apodada, según la leyenda, como la Peta Ponce, había educado a sus seis hijos gracias a una carreta con alegres mujeres que guiaba a distintos pueblos. En esa carreta también iban sus dos hijos, que vendrían siendo el abuelo y el tío abuelo de mi padre. Esto fue lo que desató la furia en varios familiares, quienes, indignados ante semejantes «calumnias» sobre su santa

abuela, tía abuela, tía o cualquier otro posible parentesco, impidieron la publicación de esta parte del relato.

Qué pena, pues el relato —que al parecer decididamente era ficción, según su hermano Gonzalo— era mágico. De ser cierto, esta mujer que se paseaba en carreta por todo Chile logró educar tan bien a sus hijos, que uno fue dueño del que llegó a ser el diario más importante en Chile, *La Nación*, y luego candidato a la presidencia.

La reacción más exagerada fue la de Gonzalo Figueroa Yáñez, quien violentamente envió a mi padre una carta, con copia a todos los primos Yáñez, llena de ofensas y amenazas, junto con la devolución del regalo de matrimonio que mi padre le había mandado a su hija, que se casaba por esos días. Esa carta llegó, misteriosamente, a las manos de un periodista que la publicó íntegra en una revista nacional. Espero que al señor Figueroa verse expuesto de esa manera le haya causado algún tipo de incomodidad, pues para mi padre este fue uno de los episodios más dolorosos de su vida.

Traté de convencerlo de que publicara el libro completo, pero se negó una y otra vez. Incluso, por momentos, pensé que era la primera vez que lo veía acobardarse y lo incitaba a enfrentar a la familia.

—Simplemente no —dijo, cansado de mi insistencia—. Me molesta la hostilidad, la mala voluntad. Me estoy echando para atrás para evitar la pelea, le tengo temor a la pelea.

Hoy me han preguntado si yo publicaría la versión completa de *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu* y, la verdad, es que no lo haría. Si mi padre no quiso hacerlo y consideró que eso era para él lo correcto, no soy quién para no mantener su decisión.

A mi madre, la vida social le era muy fácil de llevar; mucho más que a mi padre. Ella compartía su mismo círculo de amigos, como también mantenía los propios. Entre esas amistades, por lo demás, aparecieron los «amores» de



mi padre, centrados principalmente en tres figuras femeninas muy disímiles entre sí. Ágata Gligo: joven, bella, inteligente, escritora; Teresa del Río: madura, sofisticada, fría, culta, y Josefina Delgado —que vive en Argentina—: profesora, intelectual, estudiosa, de aspecto amable y simple.

Estos amores, platónicos o no, por momentos tomaban mucha fuerza y en otros se desdibujaban completamente. Pero eran, desde luego, centrales para él. Así al menos escribió, años antes, mientras estaba en Estados Unidos:

*Curioso, veo a Tere del Río como una enemiga, una contrincante, en cambio veo a Ágata Gligo como una amiga, a pesar de que ambas se han «interesado» por mí, pero con Ágata he llegado más lejos, hasta la orilla misma, y la siento mucho más entregada, mucho más mujer, mucho más interesante que la Tere. La Tere representa todo lo que una parte mía adora en una mujer: no sólo la belleza, sino la elegancia, finura, distinción, buen gusto. En un momento dado, porque las cosas habían llegado a ese punto, hubiera podido enamorarla, pero la desenamoré. Con Ágata, en cambio, pese a todas dificultades e inconvenientes, permanece palpitantemente verdadera y unida a mí, físicamente incluso, cosa que no sucede de ninguna manera con la Tere. A la Tere espero verla con ganas pero con miedo; a la Ágata, con calor y ternura.*

En este ámbito hay, también, terribles contradicciones que pasan del más absoluto amor y admiración a la decepción:

*Salí con la Ágata en la tarde. Estuvo muy aburrida. Me pregunto si es el hecho de ser chilena solamente, o también su enfermedad, de la que está grave, o su natural falta de inteligencia. Es muy del cotilleo literario y nada más. Tomamos helados en el Parque Arauco (mall). Hablamos de puras tonteras y nada de joie-de-vivre, como dice Jorge Edwards, porque la joie-de-vivre es una cualidad europea, no americana, y menos latinoamericana.*

Su amistad con Tere del Río causa cierto grado de conflicto con mi madre, y no sin razón. Mi padre es bastante dependiente de esta mujer, a quien

admira, y está siempre alerta de su opinión; si llama o no lo llama, si fue atenta con él o no. Incluso, en una ocasión le pide que lo lleve al aeropuerto cuando debe viajar a Concepción.

*Llegó la Tere a la casa. María Pilar se había ofrecido a traerme al aeropuerto, pero se ofreció la Tere e invitó a María Pilar. María Pilar le dio las gracias y no vino. Nos vinimos solos, y la Tere y yo tuvimos como una hora de conversación solos, en que hablamos de todo. Entre las mujeres que conozco es sin duda la más inteligente, fina y culta. Le falta afectividad, pero debo decir que en general conmigo la tiene. Pero, como a todo el mundo, de repente se le van los puntos.*

Cuando anuncian el aterrizaje en Concepción, viendo el mar desde lo alto, mi padre medita por un momento en la escena de dejar a mi madre e irse junto a Teresa de Río. Siente cierta culpabilidad.

*Esta noche llamaré por teléfono a María Pilar. Al despedirme y meterme en el auto de la Tere, no la besé y ella me dijo: «No me has dado un beso de despedida». A lo que la Tere replicó: «¿Va a ser muy larga la separación?», o algo así, no sin una ironía bastante mordaz. Tengo la horrible sensación de que se quedó emborrachándose. ¿Será posible, o habrá reaccionado de una forma más o menos sana?*

Su amor es cambiante. Como en todo, mi padre ama odia o enaltece-envilece y esto se aplica a todas sus relaciones, pero en especial a sus amores en el amplio sentido de la palabra. De manera que he podido concluir que su ego nunca le permitió amar realmente a nadie; él lo sabía y, en parte, negaba esta faceta, refugiándose en la idea de que él no era objeto de amor.

Tere del Río siempre estuvo presente en su ambivalencia:

*La quiero mucho. La Tere fue a ver a J. F. K. con Julio Pérez Cotapos, pero no puedo dejar de anotar aquí mi ambivalencia ante el hecho de que la Tere salga con un «pololo» tan pololo. Estoy, me parece, sufriendo de celos, o de envidia, no sé.*

Y otro día no la quería nada, la consideraba una mujer fría, inmutable, y así pasaba enredado en estos «amores».

Finalmente, estas relaciones se le hicieron inaguantables a mi madre, y a pesar de que generalmente callaba y dejaba que mi padre hiciera su vida, llegó un momento en que no lo toleró más y lo enfrentó en relación a Teresa del Río.

En su diario escribe:

*Hoy —desde ayer— hemos tenido la pelea más feroz que hemos tenido con María Pilar en nuestra vida conyugal. Todo a propósito de mis relaciones con la Tere del Río, que ella dice que es por celos, pero yo creo más bien que tiene un origen en la envidia.*

Los celos de mi madre no son antojadizos. La admiración de mi padre por esta mujer es notoria, y a pesar de tener seguridad del amor de su esposo, mi madre no deja de inquietarse. Esto se confirma con una anotación que escribe mi padre en 1992, mientras está en Washington:

*He pensado en Tere del Río, bastante obsesivamente, sin eso que la gente sabe, o cree saber, llamar amor, pero sí con persistencia.*

En un momento dado, mientras escribe *Donde van a morir los elefantes*, es tanta su admiración por la Tere, que piensa en dedicarle el libro. Entonces explica por qué desiste:

*No estoy seguro de dedicársela a la Tere del Río. I am having second thoughts about it. De alguna forma pienso que el gesto mío lo interpretaría equivocadamente, or not at all, como niña rica que es, ella cree, me parece, que se lo merece todo, y ni siquiera se sorprendería demasiado. Creo que la verdadera emoción le faltaría.*

A Ágata Gligo, en cambio, la quiso siempre, y mucho, se preocupaba por ella, por la lucha que mantenía contra un cáncer de mama que se apoderó de ella muy joven y que la mantuvo en una larga e incesante batalla por su vida. Mientras Ágata vivía este proceso, plasmó su experiencia con la escritura de

un libro que se publicó, póstumamente, titulado *Diario de una pasajera*. Ágata Gligo murió en julio de 1997.

Para mí fue otra pérdida importante. A pesar de lo débil que estaba, se preocupó por mí, me acogió en su casa y juntas nos sentábamos a hacer las últimas correcciones de la novela *El Mocho*, para entregarlo a la editorial. Eran tardes muy agradables y luego del trabajo compartido tomábamos el té y simplemente hablábamos, recordando juntas a mis padres.

Cuando Ágata murió quise hacerle un pequeño homenaje y escribí unas líneas tituladas *El honor de los adioses*, que, por pudor, no me atreví a publicar, aunque sí las llevé a su marido, Luis Brahm.

El otro gran amor de mi padre, anterior a estas dos mujeres, fue Josefina (Pepita) Delgado, a quien mi padre visitaba cada vez que iba a Buenos Aires. Mezcla de admiración mutua, lo que más le gustaba a mi padre era que se sentía endiosado por esta mujer y sus pleitesías.

Muy inteligente ella; pequeña, de ojos vivos, amistosos y cordiales, profesora de literatura, investigadora y crítica literaria, que indagó mucho sobre la obra de mi padre. Hablaban largamente de literatura, analizaban y criticaban juntos, tanto así que Josefina Delgado es un personaje central en *Ta - ratuta*, con quien mantiene un diálogo personal y directo en la narración de la novela.

Diría que es a ella a quien mi madre le tuvo más celos. No sé ahora el motivo, porque no era la mujer elegante y sofisticada al estilo de Tere del Río, ni tenía la belleza enigmática de Ágata Gligo. A decir verdad, no es que fuera fea; sin embargo, su capacidad intelectual era un arma poderosa que hacía a mi madre sentirse muy insegura. Creo que mi madre se sentía excluida de este círculo tan intelectual y quizás un poco despreciada por ellos.

Escribe en su diario al respecto:

*Ahora, luego de un tiempo de enfriamiento, el total rechazo a la Pepita*

*porque no soporta lo malo que es su libro (lo que, claro, en parte me alegra) y la Tere, cuya amistad impulso porque le da algo fuera de mí, lo empieza a cansar también (lo cual también me alegra).*

Su otra amistad era con Fernando Balmaceda, a quien volvió a acercarse en un principio, pero más por un recuerdo de la juventud perdida que por otra cosa. Sobre esto mi padre escribe:

*Vamos saliendo a tomar el té donde los Balmaceda (Fernando y Carmen Borrowman). Hace tanto tiempo que no los veo. ¡Qué amigos míos han sido los dos! Amigos de corazón, tanto ella como él, cada uno en su medida, y tan poco que nos vemos ahora. A veces pienso que se debe a lo complicada que es María Pilar, lo poco acogedora que es, siendo como es tan gregaria... Quizás no sea esta la razón. Razón uno es, según yo, que yo me he desarrollado intelectualmente y Fernando ha quedado infantil. Y dos, creo, porque hay algo en mí que no me perdona el uso que él y su madre le dan a los escritores, bufones, gente desclasada que necesita de mecenas, aunque todo esto sea inconsciente en ellos y lo negarían totalmente si se les planteara la cuestión. Y a la Carmen, creo yo, se le han ido los humos aristocráticos de sus dos matrimonios, García-Huidobro y Balmaceda, a la cabeza, lo cual también puede ser nada más que una apreciación. Y ella no se acuerda de los orígenes tan cuestionables de ella misma, que pasó su juventud con su madre pobrísima y sus dos hermanas —las tres bonitas y encantadoras— «viviendo en pecado» (su madre) con Pito Ossa, que ahora ha pasado a ser padrastro en segundas nupcias con su madre, que tenía facha de verdulera. Cuando el 11 de septiembre sacó la cabeza a la ventana para mirar lo que estaba sucediendo en la calle afuera de su departamento del centro, una bala perdida le atravesó la cabeza, cosa que nunca hemos hablado.*

Mi padre deja de lado las nostalgias románticas con estos amigos por un instante y anota en su diario concluyendo que no los encuentra ni demasiado

inteligentes, ni demasiado cultos. Pero, de todas maneras, le gustó estar con ellos, caminar después del té por las calles de Los Dominicos, aunque los encuentra bastante discutibles como personas y como amigos.

Al mirar hacia atrás y acudiendo a la nostalgia, la que advertía dejar de lado para conservar la objetividad, recuerda a una Carmen Borrowman adolescente, linda, pobre y emotiva, totalmente vulnerable.

*Pienso en la Carmen y creo que con ella podría ser la única mujer (u hombre) por la cual, with a little push, podría fabricarme una relación romántica, que fue con la Ágata, y que casi fuéramos con la Tere, pero esta curiosa sensación, muy Mrs. Dalloway, un poco etérea, y sin embargo puedo pensarme besándola, es sólo con la Carmen. Luminosa sensación que no tenía por la Carmen desde que era muchacho.*

Leyendo todas las cartas de mi padre descubrí una en especial, que explica, de algún modo, de dónde viene el rencor que le tenía Fernando Balmaceda, al que mi padre consideraba su gran amigo de juventud, y que lo llevó a una extraña y cobarde venganza al publicar, años después de su muerte, un artículo que fue portada de la revista de un diario muy importante: *A José Donoso ser homosexual le distorsionó la vida*, se leía en el encabezado.

Decía que encontré una carta clave de mi padre. Ésta iba dirigida a doña Momo, madre de este supuesto amigo. Está fechada el 3 de agosto de 1970.

*Querida doña Momo:*

*Mucho le extrañará recibir carta mía después de tantos años de silencio y de distancia, aunque jamás de olvido. Vengo llegando de almorzar con Lucho Oyarzún. Fue muy importante para mí esta conversación con Lucho porque me explicó muchas cosas que me tenían confundido y apenado porque no las comprendía y sólo ahora vengo a comprender. Pero sobre todo me dice Lucho que usted nunca ha dejado de quererme y de acordarse de mí, lo que me dejó lleno de emoción y orgullo. Le aseguro que es lo mismo de*

parte mía. Que Lucho me confirme que usted me recuerda con cariño a pesar de todo me emociona.

En cuanto a ese «a pesar de todo», me entero por Lucho que lo que creí era la alusión más cariñosa, la más halagadora —ya que por muy acostumbrada que esté una mujer al halago de la admiración, saber que en secreto y ambiguamente alguien más estaba un poquito enamorado de usted siempre es agradable—, ha sido interpretada en la forma más crasa y más burda y más malintencionada —además de más falta de ironía— que es posible. ¿Qué puedo decirle, doña Momo querida? Lo más simple: perdóneme, lo que más lejos estuvo de mi mente fue molestarla. Quisiera que no hubiera sucedido. Reconozco que fui ingenuo y que no se me ocurrió que se pudiera interpretar mal. Al fin y al cabo, colocándola a usted como la figura femenina primera, que iniciaba inocentemente mi hombría tormentosa, no creí ofender a nadie. Perdón, perdón de nuevo, cien mil perdones, fui atarantado, fui ingenuo, fui torpe, fui desatinado, pero le aseguro que mi intención tan lamentablemente fallida fue buena y que no faltó cariño, sino que al contrario, quizás para algunos sobró. Pienso que ya no saco nada con pedir perdones. El mal está hecho.

Fernando está ofendido. Fue grosero con mis suegros y mis padres. Yo estaba furioso porque no podía comprender por qué, y muy dolido, pero ahora comprendo, y aunque no le perdono la grosería con mi familia —se la hubiera perdonado dirigida a mí— entiendo que su sensibilidad ofendida tuvo que actuar en esa forma, que hubo causa, que no era todo un juego diabólico de odios reprimidos y retorcidos. Dígale de mi parte que, aunque ya es inútil, siento mucho si el dolor que le causé fue auténtico al no ser capaz de entender la ironía y la sutileza, la alusión que en mi novela hice. Que de su grosería para con mis padres y mis suegros ya hablaremos cuando la vida nos junte, que por el momento la paso por alto. La vida da muchas vueltas.

Efectivamente, dio muchas vueltas y la venganza llegó... treinta y tres años después.

En su cuaderno de noviembre de 1995 está la descripción de una serie de ideas para una nueva novela titulada *Los pequeños acertijos*. Quiere que sea una novela de amor, tema raro en él. Enumera lo siguiente:

(1) *Buenos Aires, casa venida a menos en el centro. Probablemente en la calle Chile, México, donde estaba la biblioteca de Borges.*

(2) *Mujer borracha, histérica y joven arrienda una de las piezas de atrás de la casa.*

(3) *Habitada por dos familias y media (la media es un estudiante, que nada tiene que ver a quien le alquilan una habitación).*

(4) *No son tan jóvenes. Alrededor de treinta y cinco, cuarenta años.*

(5) *Una familia tiene una hija, muy niñita.*

... y así una interminable enumeración de escenas, emociones que debe incluir.

*Tengo que profundizar todos estos personajes y todos estos temas. Difícil hacerlo. Desarrollar los personajes que no pueden ser en ningún sentido típicos, ni cliché.*

*Elenco: Los pequeños acertijos.*

*Verónica Pardo, cuarenta años, casada. Ex niña ricachona, que vive su juventud en Buenos Aires en un ambiente de pitucas. Hace la caridad con los locos. Casada con Luis Enrique Cuevas. Luis Enrique Cuevas, chileno, de origen clase media... Jamás tuvo dinero. Pintor de segunda pero con cierto público (se mantiene haciendo retratos). Él está viviendo —desde hace dos semanas— con una polaca recién llegada, polaca que no sabe hablar castellano, no sabe contar su propia historia: Mia.*

*Chileno pobre: Hugo Chávez, ex minero (Lota). Hace artesanías y las vende en la plaza de San Telmo, con poca suerte. La mujer debe salir a trabajar.*



*Zulema Castillo (veinticuatro años). Morena, ojos, dientes, pelo maravillosos. Gran suavidad. Leve exigencia. Profundo amor por Hugo Chávez. Trabajadora, casi muda. Soltera. Gran cocinera. Tiene una niñita de ocho años, a la que adora y dedica su vida.*

Continúa con una larga lista de posibles personajes. Luego, más ideas que quedarán ahí, esperando para ser materializadas, pero lo único que seguirá serán páginas en blanco. Esas son las últimas líneas de su diario, el último registro.

Este proyecto quedará en el olvido, pues no habrá tiempo para llevarlo a cabo. Debido a las pocas energías que le quedan, decide rescatar la novela *Los ruiseñores cantan en griego*, en un último esfuerzo por conectarse con el lenguaje, con la palabra. Después ya no habrá nada. Este libro será publicado póstumamente y luego de un minucioso trabajo de edición, pues hay dos finales posibles. Mi padre lo ha abandonado a la suerte del destino, como una forma de no ponerle final para no tentar al suyo propio, dejando abierta la posibilidad del desenlace, dejándolo inconcluso para no morir. Las siguientes palabras describen su sensación interna:

*Cuando puedo escribir, mi enfermedad, más que reducirse se domina, pero conserva toda su fuerza destructiva. Mi cuerpo me obedece cuando escribo y escribo para que mi cuerpo no me mate. Es el enemigo que te va a aniquilar y que para aniquilarte te mantiene vivo. A estas alturas, para mí se trata de durar. Mi gran terror, por un lado, es querer terminar un libro y, por el otro, no querer terminarlo. Es la sensación de que terminarlo puede significar mi muerte y que no terminarlo significa mi mudez.*

Otro proyecto en el cual está involucrado con entusiasmo es la recopilación que realiza Cecilia García-Huidobro de los artículos periodísticos escritos por él, tanto en los tiempos cuando trabajó para la revista *Ercilla* como de otros tantos, muchos años después, entregados a la Agencia EFE. Este libro llevará

por título *Artículos de incierta necesidad* y será publicado también de manera póstuma.

En el otoño de 1996 se inaugura en el colegio The Grange el edificio José Donoso's Resource Center. Frente a semejante honor, mi padre decidió, ante la sorpresa de mi madre y mía, donar su biblioteca privada a este centro.

La ceremonia se llevó a cabo en el exterior del edificio, en un día extrañamente frío para esa época del año. Naturalmente, mi padre se resfrió y a causa de su débil salud, rápidamente hizo una neumonía. Era el principio del fin. Cayó gravemente enfermo, lograba recuperarse por unas semanas, pero luego recaía y debían sacarle líquido de los pulmones constantemente. El desgaste era demasiado, su cuerpo no era capaz de luchar, le costaba respirar.

Pese a estas complicaciones, en el último año de su vida se entusiasma con un proyecto de telenovela para la cadena Televisa. Incentivado por su gran amigo Valentín Pimstein, aquello tiene una evidente significación por sobre el atractivo económico. Mi padre lo asume como desafío a sí mismo, a mantenerse, a seguir escribiendo, a no darse por vencido. Pero entonces apenas si puede teclear la máquina, de modo que le dicta a Felipe del Solar, un joven periodista amante de la literatura, que oficia como secretario personal durante esa época.

La telenovela tiene por título *Los primos y las primas*, y el trabajo que ésta implica lo toma en serio. Así avanza hasta completar casi noventa páginas. Plantea el proyecto justificando que la literatura es parte esencial de la telenovela, y aunque los buenos escritores han estado alejados de este medio de comunicación —y que en esa distancia del escritor «literario» con el de televisión, algo se podía estar perdiendo—, se trata de una forma legítima para que sus obras lleguen a mucha gente.

Quiere cambiar el estilo que hasta ahora han tenido —un poco mediocre y

hasta con cierto mal gusto— y proponer una nueva fórmula que aumente su calidad. De modo que este es un proyecto «libro-telenovela». Primero quiere escribir la novela, publicarla como libro y que a partir de éste se desarrollen los guiones. Pero luego le exigen que la escritura sea en paralelo, libro y guiones, y no ve forma posible de hacerlo.

Una vez iniciado el trabajo, éste se le hace titánico. Le escribe a Valentín Pimstein en julio de 1996:

*Por cierto, que el resumen de doscientas páginas que se recomienda hacer y que encabeza los pies forzados de la teleserie no los haría, como tampoco los bosquejos de los personajes. Dime qué hago y cómo me meto en esto, o si comienzo a escribir como cualquier hijo de vecino.*

Dos meses después le escribe otra carta:

*Querido Valentín:*

*Estimo que la entrega del libro se efectuaría en un plazo de cuatro a ocho meses, pero te recuerdo que la «creación literaria» no es un proceso industrial.*

*Asimismo, te reitero lo que ya he manifestado en una reunión en mi casa, que sólo empezaría a trabajar sobre los guiones una vez entregado el libro. Naturalmente trataré de que los plazos de entrega sean lo más breves posibles.*

Con respecto a esto mismo, le escribe a Carmen Balcells:

*No te voy a decir la cantidad de trabajo y esfuerzo que me costará la escritura de la telenovela, pero la verdad es que necesito ese dinero con cierta urgencia. Sé que mi salud está en juego, pero con una dieta razonable y tranquilidad extrema estoy convencido de que podré realizarlo. Es cuestión de que desde allá —tu oficina, tú misma, Valentín, toda la gente que está envuelta en el proyecto— me echen carbón y me ayuden con el estímulo y la «admiración» debida.*

*Quedo pues en tus manos, como tantas veces, y en las de Dios, que no*

*puedo decir que este año se haya portado demasiado bien.*

En sus últimas apariciones en público se veía pálido, flaco, titubeante al hablar y al caminar. Aun así, con mucha dificultad va a Talca, en octubre de 1996, donde se le hace entrega de la condecoración al mérito Abate Juan Ignacio Molina. Luego de su muerte, esta universidad creó el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, con el cual han sido galardonadas destacadas personalidades del ámbito literario.

Increíblemente, un mes antes de morir, mis padres viajan a Mendoza. Lo estimulaba la idea de ser declarado Ciudadano Ilustre de Mendoza y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Cuyo. Logra mantenerse bien e ir a todas las ceremonias correspondientes, pero se sentía a las puertas de la muerte. Era el saberse apreciado y admirado lo que le daba esa fuerza.

A esa altura sabíamos que el tiempo que nos quedaba para hablar no era mucho, y las largas conversaciones en su estudio eran un momento mágico. Como siempre, él las guiaba y yo nunca me permití obligarlo a revisar episodios de su vida. Eso claramente lo mantenía alerta. En uno de estos diálogos me dijo:

—Los mejores regalos al evaluar el fin de la vida los trae el recuerdo.

Esta larga mirada retrospectiva de su vida, por momentos parecía entristecerlo; a ratos se quedaba en silencio, aunque en otros su rostro se iluminaba como un niño que saborea una golosina; deambulando por los mundos internos que copaban su vida.

Hay algo infantil en la vejez. Uno vuelve atrás, a las necesidades más básicas de protección, de amparo y cobijo; lo veo ahí sentado como un niño relatándome todas estas historias con la esperanza de que escriba su biografía, proyecto en que tenía involucradas a muchas otras personas: a Fernando Sáez, su gran amigo y escritor que había sido parte de su taller; a Esther Edwards y a su sobrina Claudia Donoso. A cada uno hacía sentir que era el biógrafo de su vida y no supimos sino hasta después de su muerte cuántos

éramos los que estábamos convencidos de este rol que nos daba en exclusiva como «privilegio».

He mencionado que su última aparición en público —y su último esfuerzo— fue asistir a la Feria del Libro de Santiago. Mi marido lo llevó apoyándolo con su brazo, mientras mi padre se afirmaba en su bastón. Luego, se sentó en el stand de su editorial, Alfaguara, a firmar libros con mano temblorosa y la piel muy pálida, pero siempre amable con las personas que se le acercaban, preguntándoles el nombre, sonriendo y recibiendo a cambio su mejor pago, el reconocimiento.

Dos días después tuvo otra crisis respiratoria. Esta vez el doctor Reyes recomendó no hospitalizarlo. No había nada que hacer, sólo aliviarlo en su casa con oxígeno, sedantes y nuestra compañía.

Entonces volvimos a hablar, ahora sabiendo que estas sí eran las últimas conversaciones. Hablamos de su madre y, al recordar a la Titi, sus ojos se le iluminaban en busca de los recuerdos de la casa de avenida Holanda:

—Mi mamá era una mujer muy fantasiosa, llena de fantasías, de mentirijillas, de relatos fantásticos, contaba las cosas más increíbles sobre su niñez y adolescencia, no supe nunca si eran verdad. Mi mamá me cantaba: «Soy el farolero de la Puerta del Sol». Yo era muy chico y no sabía lo que esas palabras significaban, pero me fascinaban. Me atraen mucho las palabras, soy un enamorado de las palabras, de las primeras palabras que me acuerdo son «renacuajo farolero», que son de esas canciones. Al pensar en ella pienso en el mundo de la fantasía. Era muy humana, daba mucho cariño, tenía una humanidad tremenda.

»Eso sí, no me gustaba nada cómo se vestía. Tenía un sombrero con dos pájaros horrorosos, tenía muy mal gusto. Era una mujer muy bonita y muy encantadora, de mente abierta, acogedora. A nuestra casa llegaba mucha gente y ella siempre los recibía a todos. Era una casa muy llena de vida y eso

lo permitía la Titi. Hacían una comida criolla, estupenda, el charquicán era maravilloso..., y los niños envueltos extraordinarios.

»Mi mamá hacía muchas obras benéficas: fundó la población Los Nogales, consiguió que les pusieran agua potable, la gente que vive en Los Nogales es un poco mi mamá. Era cachurera; compraba cosas raras por muy poco dinero, pero siempre eran objetos sorprendentes.

»Creo que entre mis padres hubo un gran amor de jóvenes, y luego ya no hubo mucho más, pero siempre había un ambiente muy amable. Mi papá no le dio nada, no le dio dinero, ni posición, ni apoyo, no le dio nada y tampoco le fue fiel. Para compensar esta soledad se rodeó de mucha gente, buscaba que las personas la quisieran. Yo sospecho que ella tuvo un amor escondido, son sólo sospechas. Mi mamá siempre me decía que a ella le gustaban los hombres altos, flacos, con cara de resfriados, todo lo contrario a mi papá...».

## El psicoanálisis

Es aquí, en su historia psicoanalítica, en la cual aparece el verdadero «individuo psicológico» que era mi padre y que se revela, desde su primera hasta la última experiencia, como un sujeto complejo, contradictorio, sufrido y atormentado por temores internos, escondidos tras «el tupido velo» sobre sí mismo.

Su historia psicoanalítica era de vital importancia, especialmente sus experiencias iniciales y cómo éstas determinaron muchas de sus decisiones y afectos, así como también mucho de sus personajes. Era, en alguna medida, un adicto al psicoanálisis; siempre dijo que si no fuera por un asunto netamente económico, se hubiera hecho terapia toda su vida. Tan convencido de ello estaba que obligó a mi madre, al poco tiempo de casados, a hacerse una también, de la cual ella sí que no saldrá nunca, ni podrá estar sin ayuda psicológica por el resto de su vida. En resumen, dos adictos al psicoanálisis o dos seres necesitados de estructura o contención de sus mundos desbordados por las emociones.

Su primera experiencia psicoanalítica fue en Chile, en 1960, con alguien a quien sólo menciona como Bernardo. Un hombre joven, inteligente, sin cuya dirección sensible quizás nunca hubiera dado el paso definitivo del matrimonio, por su falta de enraizamiento, de identidad y de capacidad de decisión. Escribe en un cuaderno sobre sus elaboraciones de ese entonces, vistas desde el horizonte del tiempo:

*Mi largo prontuario de solterón había dejado huellas en mí, huellas grandes y dolorosas, que aún ahora no termino de borrar completamente, y durante y antes y después de mi matrimonio estuve en psicoanálisis. En todo*

*caso, con Bernardo hablaba yo de una especie de embotellamiento literario, de vivir una vida que no me gustaba. Y siempre me encontraba con la figura de un clochard, de un ser totalmente destituido y sin nada, figura que me acosaba, con la que soñaba, por la que sentía un atractivo feroz y un terror espantoso. Era la disyuntiva entre el clochardy el matrimonio. Fue el análisis de la tentación entre la disolución y el clochardismo, una larga y terrible cadena de tentaciones que fui resolviendo gracias a mi incurable inmoralidad o amoralidad y a mi temor. Prefiero no ser auténtico y ser un escritor. Prefiero que esas zonas de mi ser, que son las más oscuras, queden incompletamente exploradas, a condición de que pueda salvar algo de coherencia, algo de no disolución para tener energía y poder seguir escribiendo.*

También logró externalizar todos sus temores a través de sus diarios, otro modo de «salvación». En éstos plasmó sus más profundos y ocultos pensamientos; sus dudas y tormentos, todos sus fantasmas acosadores.

En su eterna dicotomía entre la disolución y la definición, mientras está en la casa de El Canelo, en agosto de 1957, ensayando el guión de una obra de teatro basada en una experiencia de su infancia, que alguna vez quiso llamar *Casa en la calle Ejército*, se desahoga, con la misma fuerza que una tormenta, de lo que le acontece en ese momento:

*Tengo, tengo que encontrar amor si quiero que mi vida no sea una alcachofa, yéndose de hoja en hoja hasta dejarme sin nada en la mano. Tengo que hacerlo porque esa y no otra es mi forma de conocimiento, saltar la flecha desde la cuerda distendida, permitirle que me atraviese la angustia y quedar, sin embargo, vivo e invulnerable y crecido.*

*No hay compromisos en mi amor. Y eso es, sobre todo y desesperadamente, lo que necesito para darle altura a mi vida y mi obra. Necesito dar, saber dar amor...*

La terapia le permitió elaborar la posibilidad de la fuga, de la seducción



por no ser nada y de dar, finalmente, el paso hacia el matrimonio. Estaba contento de poder exorcizar esa inclinación durante sus sesiones psicoanalíticas; quería dejar atrás ese impulso hacia el abismo.

Cuando su psicólogo emigró a Argentina, debido a una oferta de trabajo, dejó a mi padre en manos de su colega Ruth Risenberg. Con ella fue quizás con quien mayor tiempo se mantuvo: tres veces por semana durante casi dos años.

*Pienso en mi primer análisis con Bernardo y que la figura que primó en ese análisis, la del clochard desposeído, fue, en realidad, una proyección de su propio terror que se encarnaba en él, en Bernardo, para destruirlo, clochardizarlo, y quedarme yo dueño de su poder. Con Ruth Risenberg, en cambio, el personaje que primó en el análisis era el de la «mujer destruida», el de la vieja, de la mujer abyecta de El obsceno pájaro de la noche, relacionado con toda la desesperación que yo sentía en ese momento frente a la esterilidad de María Pilar y de nuestros esfuerzos por tener hijos, o quizás tenía que ver con la figura de mi propia Nana, que ocupaba una posición tan central e importante en mi vida. En todo caso, sirvienta-explotaciónvieja-esterilidad, todo era una sola cosa para mí, que recurría en mi análisis y en las figuras que poblaban mi imaginación.*

Relacionada de manera central con la creación de *El obsceno pájaro de la noche* está la Nana, figura vital en la vida de mi padre. Ella fue quien lo crió, quien lo cuidó, lavó y alimentó. Hay en su literatura un oído muy atento a lo que ella era. Le dio acceso a un mundo totalmente desconocido y prohibido para él, al mundo del inquilino, de la pobreza en el campo, de las leyendas y cuentos populares, de su vocabulario. A través de ella se abrió para mi padre la puerta del mundo mestizo de Chile. También la Nana fue tema central en sus terapias.

Con su analista Ruth Risenberg —con la que mantuvo una relación relativamente buena, o menos dolorosa en cuanto experiencia consciente—,

las cosas terminaron de la misma manera que con Bernardo: ella tuvo que partir a Londres. Mi padre entonces albergó una horrible sensación de orfandad, de que siempre lo iban a dejar solo, que nada sacaría con continuar su análisis que había seguido durante tantos años y con la natural impresión de que no llegaba a nada concluyente.

¿Qué quería del análisis? Ni él mismo lo sabía. Liberarse de la angustia, supongo, en esa época prefarmacológica; concebir un contacto más fuerte con la vida que no estaba sintiendo; la romántica noción de una «entrega total», de decir definitivamente «soy esto» o «soy lo otro»; como si para los seres humanos fuera posible hacer esa escisión, como si el mundo emocional tuviera, claramente, un signo positivo y otro negativo... y esto menos aún con una personalidad como la suya.

Mi padre quería, entonces, refugiarse claramente dentro de una tipología, pero no le fue posible, ni esa búsqueda nunca le fue dada completamente. Pero en ese entonces, y a lo largo de su vida, le causaba una angustia que lo hacía revolverse, buscar su destino como si hubiera uno sólo posible, y como si ése fuera definido, definitivo y unívoco.

Luego, con los años, trató de esconder esa parte, de dejarla viva, oculta bajo el manto de la escritura, e incluso como su motor. La literatura fue el medio que usó para parchar esa fisura y otras tantas. Estos temores fueron su temática hasta que murió, el análisis de las diferentes aristas que lo conformaban, pero que lo hacían sentirse destinado a la no-pertenencia, a la soledad.

Mientras escribía dificultosamente *El obscuro pájaro de la noche*, siguió con su terapia y anotó:

*Yo insistía en llevar capítulo tras capítulo a mi analista, y claro, como pertenecía a la escuela kleiniana más estricta, fue alumna en Londres de la propia Melanie Klein, no me daba consejos ni apoyo ni comentarios, que yo ansiaba desesperadamente.*

*Por otro lado, fue la época más feroz de nuestros tratamientos ginecológicos contra la esterilidad. En manos del doctor Juan Zañartu, que como un demiurgo gobernaba las relaciones eróticas entre María Pilar y yo, la libertad en ese sentido era imposible. Como vivíamos en los alrededores de Santiago, pensamos seriamente en tomar un piso cerca del médico para hacer el amor y correr donde Zañartu para que examinara a María Pilar recién poseída.*

En septiembre de 1965, entre intensos tratamientos de fertilidad y una etapa creativa compleja, mi padre decidió comenzar una terapia con un nuevo psicoanalista, de apellido Castillo. Nuevamente regresó al infierno. Castillo era un muchacho relativamente joven, muy serio, kleiniano a ultranza, al cual estuvo sometido en forma horrible durante muchos meses.

*Creo que jamás he sufrido tormentos más horribles, más sin salida que con Castillo. Jamás he jugado un juego en que yo tuviera menos cartas, menos fuerza. Sentía horriblemente que Castillo me manipulaba, hacía lo que quería conmigo, que se burlaba y, de hecho, supongo que metódicamente se burlaba de que yo escribiera, me remedaba, se reía de mí, me hacía reaccionar violentamente, me tenía en un estado de perpetua ebullición, de perpetua zozobra, que no me dejaban vivir. Yo odiaba a Castillo. Y a pesar de que hoy me doy cuenta de que fue el que más me dio en términos de vida, no puedo guardarle simpatía, aunque sí un reconocimiento. Como lo veo ahora, y aquí se plantea el problema de la condenación y la salvación, Castillo estimó que mis problemas eran insolubles por métodos psicoanalíticos, y que, por otro lado, yo estaba enviciado con el psicoanálisis y se me había producido una dependencia de él, que él me traería la salvación o la redención. Lo que era verdad. Yo, en realidad, vivía para el psicoanálisis en esa época, gastaba una fortuna que no tenía. Vivía miserablemente, sin ningún placer, ni una expansión, todo para pagar el*

*psicoanalista. Esto, naturalmente, fue considerado por Castillo como un horror, y se planteó, creo yo, el problema de «hacerme reaccionar».*

*He sido siempre un hombre más dado al afecto y al cariño que al odio, he sido siempre incapaz de violencia alguna, le tengo terror. Y creo que esta suavidad mía, que sepultaba odios y envidias que yo mismo apenas divisaba en la superficie y si los divisaba, inmediatamente sumergía, era y sigue siendo uno de mis mayores síntomas neuróticos. Creo, incluso, que mi terror a los hombres y al mundo de los hombres, en el sentido de una definición política, de un abanderamiento con una idea cualquiera, mi imposibilidad de vivir y conocer una experiencia colectiva en ningún sentido, mi incapacidad de lucha, de pronunciamientos, está toda relacionada con esta falta de violencia que Castillo evidentemente vio en mí, y que trató de sacar a flote. Lo malo es que, durante un tiempo, viví en forma total con Castillo una especie de abyección, me sentí despreciado y pisoteado por mi propia incapacidad de defenderme, de aceptar humillaciones, de mi incapacidad de forjar mi propio salvamento.*

Mi padre sabía muy bien que estaba viviendo un experimento, uno en el cual se veía a sí mismo reducido a un mínimo factor, despreciable y humillado, y se sentía incapaz de dar la pelea. Siempre le fue difícil enfrentarse, tanto física como verbalmente. Evitaba, como se ha mencionado anteriormente, toda posibilidad de polémica. Ejemplo de ello fue cuando muchos años después debió enfrentar un serio conflicto por la publicación de *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu* y el capítulo que enfureció a parte de la familia Yáñez.

Su sensación de inferioridad lo persiguió siempre, pero esta misma cobardía, la sensación de estar condenado a lo que él creía su propio infierno de inferioridad moral, creo que lo marcó de forma definitiva. Estas ideas sobre sí mismo, unidas naturalmente con su idea del *clochard*, y su terror al

mundo de los hombres, y al hombre en sí, se transformaron literariamente en la abyección del mudito de *El obsceno pájaro de la noche*.

En ese entonces se hizo muy amigo de Ignacio Matte Blanco. Imaginativo, freudiano, pero básicamente heterodoxo, era como «el papa» de los psicoanalistas en Chile. Fue él quien lo ayudó a liberarse de Castillo. Le dijo que cada escritor tenía la necesidad de su propio mundo y que sería peligrosísimo si consentía en que se lo alteraran. Apoyándose en estas palabras, se enfrentó con Castillo y lo abandonó después de una violenta escena en que le tiró un cheque en blanco encima de su escritorio.

Con ese acto mi padre creyó que era el fin del *clochard*-hombre, enfrentándose ahora con el hombre poderoso. Pero luego concluyó que Castillo simplemente había tomado el toro por las astas y, considerando que mi padre ya no iba a estar nunca «mejor» de sus males y que tenía que vivir con ellos, quiso demostrarle que sí era capaz de ser violento, de encarar, de insultar, y así lo condujo a esta escena final.

*Este ser que no se atreve a nada, que lo único que quiere es disminuir y disminuir para no tener miedo a que lo mutilen y lo roben, ese ser, Humberto (El obsceno pájaro de la noche), era yo, y veo ahora, gracias a mis análisis, y sin saberlo entonces, que estaba planeando un ser que era una forma curiosa de autobiografía: puramente fantástico, urdido con las fantasías que desde siempre me acosaron, de alguna manera resultó ser como un calco de alguna cosa en mi interior, de toda mi impotencia latente, de mi impotencia frente a la creación sobre todo y su resultado la esterilidad (imaginariamente mía) en mi incapacidad de producir un hijo; en mi impotencia frente al mundo de la acción y de los hombres, mis hermanos, mis compañeros de trabajo, mis amigos metidos hasta las narices en la acción política; mi impotencia para darle una estructura coherente a mi vida. Era un impotente, un estéril. Mi única actividad era escribir y volver a escribir lo que ya estaba escrito. Todos mis psicoanálisis, es verdad, ahora lo veo, han venido a dar un*

*resultado y una posibilidad de enfrentarme a mí mismo y de tener la posibilidad de escribir.*

Este paralelo personal con Humberto Peñaloza logró, de algún modo, teñir nuestra relación. Mezcló conmigo —y en su propia autoidentificación— este aspecto del Mudito, del ser marginal; lo mezcló con mi falta de origen, la cual lo atraía y lo hacía sentirse mi «par». Es en esta atracción hacia lo desconocido que me cría haciéndome sentir también un ser «distinto». Me convierte en un imbunche y en una extrañeza del destino. Aparecen manchas en mi cara por una enfermedad, al igual que las manchas de Humberto Peñaloza que crecen según la marginalidad, el silencio, lo diferente; manchas que ponen en él el signo eminente de lo distinto, al igual que me hicieron sentir a mí. La pregunta es si esto fue una ironía del destino o una internalización tal de mi personaje asignado que logra llegar hasta ese punto.

La imagen de *clochard* nunca lo abandonará. Una vez, ya de vuelta en Chile, alrededor de 1984, cuando viajábamos hacia el balneario de Cachagua, en un lugar del camino —una cuesta rocosa llamada Las Chilcas— donde siempre veíamos a un vagabundo, mi padre lo bautizó como «el *clochard* verde», fascinado con la estética de sus harapos, que hacían juego con el campo que lo rodeaba.

Mi madre, en un ensayo sobre la obra de mi padre titulado *La ruina inconclusa*, hace referencia a esta imagen que lo cautivó.

*No es raro que Pepe alhaje a sus personajes con cualidades pictóricas. La visión de Rembrandt de un grupo de mendigos en El obsceno pájaro de la noche bajo los puentes de Santiago. En Los habitantes de una ruina inconclusa escribe sobre «los mendigos suntuosamente andrajosos...» que «habían invadido la noche ciudadana».*

*Es cierto que los andrajos del «clochard verde» del camino son verdes, quizás teñidos por la hiedra que le sirve de lecho. Violeta y plata su barba, el conjunto visto a través de los ojos de Pepe compone un personaje lujoso,*

*vibrante como un figurín de Bakst o más como un figurín de Pepe Caballero para una obra de Valle-Inclán o de algún bailarín que interpreta a un vagabundo medieval. Recuerda también a los peregrinos rusos del libro de fotografía de El Imperio ruso, de Chloe Obolensky, que compró en Nueva York y que tanto lo motiva y moviliza sus obsesiones.*

También en *El jardín de al lado* hay un análisis bastante profundo de los temores, de las envidias que motivan sus obsesiones, y que en esa obra llegan a ser una tentación para el personaje principal. En *Los habitantes de una ruina inconclusa*, en tanto, se refleja una especie de psicodrama con los harapos, a veces suntuosos, como la bufanda de seda plateada que encuentra el personaje de Blanca dentro de un paquete (que guarda para el vagabundo, pero que finalmente le servirá para ahorcarse).

¿Morirá con los esposos Castillo la obsesión «clochardesca» de mi padre? ¿Morirá cada vez que exorciza a través de algún personaje este lado tan oscuro? No será así, nunca cesará esta obsesión recurrente, esta tentación que lo lleva ante el abismo, ante la fuerza de la otra cara del poder, de la negación, de no poseer nada, de no hacer ni codiciar nada.

La tentación del cambio de piel, de pertenecer a ese mundo autónomo, que no obliga a nada, donde nada premia ni castiga ni censura. Era su tema, su centro hasta su muerte, el lugar donde toda frontera se traspasa.

*¿Fui realmente un niño dolorido en mi infancia? No sé, quisiera más que nada en el mundo saberlo. Lo más fuerte que siento de mi infancia fue una especie de abandono. Mis padres, centrados en ellos en pos de sus propios problemas, me daban la impresión de que a mí me ignoraban, que no me tomaban en cuenta. Ellos y lo que ellos vivían eran lo importante, no yo; por lo tanto, debía salvarme y cobrar importancia de alguna manera, en una casa siempre repleta de gente que entraba y salía, se alojaba y se iba.*

Mi padre siente una carga dolorosa, determinante desde su infancia: la sensación de haber heredado una fisura. Ese dolor se dio, desde muy

pequeño, como conciencia de una «fisura social», de una ambigüedad con respecto a quién era y quiénes eran sus padres. Fue un niño desconcertado por no saber a qué grupo social pertenecía, si era aristócrata, rico o pobre; sin saber a qué grupo debía acercarse, se sentía descolocado en el mundo que lo rodeaba, un paria.

Esta es una de las heridas que reconoce como vital y que lo llevó a no adaptarse, a no tener un grupo de pertenencia. Su origen lo inquietaba de manera obsesiva, especialmente a raíz de las inseguridades sociales de la familia materna. En un cuaderno escribe sobre los orígenes:

*Yo desciendo, tanto por la familia de mi padre, que es reprobablemente provinciana, como por la familia de mi madre, que es de origen oscuro, de tribus muy distintas, pero que, hasta cierto punto, comparten parecidas fallas geológicas, pese a estar colocadas en las antípodas de la sensibilidad, de la cultura y del poder.*

*Mi padre pertenece a una vieja raza de latifundistas originada en la Conquista de Chile. La familia de mi madre, los Yáñez, es harina de otro costal. Tempranos advenedizos muy ricos, constituyeron una tribu brillante pero improvisada, culta y francófona gracias a sus largas peregrinaciones por Europa...*

En relación con sus padres tenía la sensación de no haber sido ni deseado, ni esperado, ni querido. En una de las conversaciones que grabó con su sobrina Claudia, le dice:

—Siento que la mirada de mi padre pasaba a través de mí. Pienso que mi padre sentía como negativo, como un pecado, aquello que ha sido la base de mi vida, de lo que me marcó. Desde esa visión de él vivo entonces en pecado, vivo en falla. Después me apoyó, pero era tarde. Mi mamá, en cambio, alimentó mi imaginación. Me enseñó a mirar. Mi madre era una mujer inculta, inteligente, muy imaginativa. Su mirada me cubría. Lo de mi mamá era la comida, una cosa animal de darle a otros de comer. Cuando vieja dejó



de comer y ahí está lo poético de su figura: se puso a comerse a ella misma, cuando ya nadie la necesitó se empezó a consumir. Lo que ella quería era seguridad económica y social. Era una mujer terriblemente insegura. El dolor de la posición social ambigua permaneció siempre en ella.

Para él, la relación con su progenitor era la más difícil. Sintió el peso de no ser lo que su padre quería que fuera. Le echaba en cara su falta de voluntad y pereza en los estudios. No es que se opusiera a que fuese escritor, pero nunca se interesó en lo que él escribía. Sólo muchos años después, cuando se hizo un nombre como autor, sintió que su padre lo miraba con respeto, porque cuando estaba haciendo sus primeras incursiones en las letras le dijo:

—¿Por qué escribes estas acuarelititas, estos apuntes que no significan nada? Voy a creer en tu capacidad cuando hayas escrito una novela con toda la barba.

Cuando por fin logró terminar *Coronación*, mi padre tuvo que recurrir a amigos para financiar su edición, pues mi abuelo no quiso ayudarlo. El aprecio literario paterno llegó sólo con la publicación de *El obsceno pájaro de la noche*.

Muchos años después, durante su psicoanálisis con Hugo Rojas, anota la siguiente observación en sus diarios de 1992:

*Leyendo La odisea traducida por T. E. Lawrence y en sesión con Hugo Rojas: recuerdo afectuoso de mi padre, por primera vez en la terapia, concediéndole lo que me dio y le debo el recuerdo cariñoso. Relacionando todo mi posible viaje a Chiloé con mi viaje juvenil a Magallanes, y Bruce Chatwin, y las cartas de mi padre, dondequiera que yo estuviera, siempre serenas y afectuosas: la primera salida de Don Quijote era el viaje a Magallanes.*

La vida lo hará ir reconciliándose poco a poco con la imagen paterna; es un proceso de recuperación gracias al psicoanálisis y a la distancia que impone la muerte, de modo que el recuerdo permite mirar en forma diferente.

*Rara esta emoción, sentirla tan hondo, como si recuperara a mi padre perdido en una selva de prejuicios y de incomprensión y de incompatibilidades que no tenían, en realidad, nada que ver con él y conmigo.*

Reflejo de su complejo mundo interno fueron sus máscaras o la necesidad de tenerlas. Sus propias autoacusaciones, su autoenjuiciamiento sobre su sensación de ineficacia y de su gran inseguridad sobre su aspecto físico. Se sentía poco agraciado, el «patito feo» de la familia al lado de Gonzalo y Pablo, sus hermanos notablemente buenos mozos. Esto lo hacía evitar «las conquistas», aunque tuvo varias, pues siempre estaba el temor al ridículo. Hay un relato que demuestra todas esas inseguridades.

*Recuerdo ver de joven La sinfonía inconclusa, una película de Martha Eggerth basada en la vida de Schubert. Nunca he sentido tal grado de identificación como con aquella escena de esa película en que Schubert, enamorado de la condesita de Esteráís, ve su inspiración interrumpida por una carcajada de la noble. La madre de la señorita Esteráís ofrece un gran baile para toda la nobleza austriaca e invita a Schubert para que lo oigan tocar el piano. La condesa se sentó en un taburete al pie de una estatua de Venus que tiene una mano y un dedo estirados. Cuando llega Schubert, que ha alquilado un frac para la ocasión, y se inclina para besarle la mano a la condesa madre, enreda la etiqueta de su frac en el dedo de la estatua y con su inclinación la arroja al suelo y la hace mil pedazos. La condesita amada por Schubert lanza entonces una carcajada que contagia a toda la concurrencia. Schubert sale huyendo, humillado, a la carrera, imposibilitado para continuar su creación: sería esta la razón para que la sinfonía haya quedado sin terminar. La carcajada de su amada se transformó en mi música predilecta y desde entonces me identifiqué con el desgraciado Schubert.*

En un diario de 1991, mientras está en México, escribe:

*Me llamó la Raquel Parot. Recuerdo doloroso del desdén que de ella sufrí en mi juventud: invitaban a Fernando Balmaceda como pareja de la Paz Risopatrón y a la María Olga Ortúzar de pareja de Armando Parot a sus fiestas, and I was left out. Nunca me olvidaré. No hay rencor —creo—, sino sólo dolor. ¡Cómo sufría con estas cosas yo cuando era muchacho! La Marisa Jaramillo escondiéndose en medio de un ramillete de muchachos con frac en el baile de estreno de la Margarita Donoso Larraín, para que yo no la viera y no la sacara a bailar el baile que me había prometido y que yo estaba esperando. Schubert en el baile de esa baronesa austriaca cuando todo el mundo se ríe de él, en la película que vi en mi niñez y que me quedó tan dolorosamente grabado durante toda la vida.*

Otro episodio relacionado con esta misma inseguridad se deja entrever al recordar que, cuando era un poco más que un niño, Bernardo Edwards le dijo que cuando él llamaba para ir a la casa de Patricio Garcés a jugar, entre todos se armaba una discusión:

—¡Que venga! —decían unos.

—¡No! —respondían otros—. ¡Que no venga!

Esto le deja la sensación de que su personalidad siempre ha sido conflictiva y de que entre a quienes les agrada su presencia y a los que no, los segundos son mayoría. Definitivamente, lo que salvó a mi padre de la autodestrucción fue escribir y a través de la escritura, como él decía, «poder ser lo que uno no se atreve a ser».

En otra de las conversaciones que mantuvo con Claudia Donoso, le dice:

—Todo personaje interesante tiene una fisura. Es algo que se debe reducir, aunque probablemente nunca se resuelva. Uno sabe que ciertos problemas no se arreglan, pero persisten ahí como una fuerza eréctica muy fuerte que anima lo que uno está diciendo. Es lo que uno no controla. Esa es la parte excitante de la literatura. Y yo diría lo que Faulkner: la novela es el oscuro gemelo del hombre, «The writer's secret life, the dark twin of a man».

Lo importante, creía él, era estructurarse alrededor de esa falla, sacarle partido, no huir de ella; es así como la escritura le permite ser todo lo que uno es y todo lo que uno no ha sido.

Huir de Chile durante tantos años fue una manera de evitar ciertos fantasmas que lo perseguían. Al decidir volver al país, éstos reaparecen y lo atormentan: «Temor a los odios y a las revelaciones públicas que me aterrorizan y me inmovilizan», confiesa, y aun años después de su regreso, el temor persiste, especialmente representado en las personas de Marta Rivas, de Armando Uribe, de Federico Schopf y de Enrique Lafourcade.

Escribe en 1991:

*Temor de volver a Chile. Quisiera perderme en el interior de Argentina, pero probablemente iré a Chiloé, o a Lota, a Temuco, temo la persecución para castigarme, despreciarme, destruirme. Temor a los ecos de mi vida en la Pilarcita, que es lo que más me puede doler (si lo supieran...) ¿Se habrá robado el cuaderno anterior a éste mi sobrina Claudia? Es probable. El peligro me acecha de todos lados. Debo esconderme para que no me descuarticen.*

Esta misma inseguridad se despierta nuevamente con motivo de una extensa entrevista que quiere realizarle el vespertino *La Segunda*:

*No creo en absoluto que esta entrevista vaya a ser desde el punto de vista de mis libros. Lo que quiere son detalles de «mi vida», es decir, se quiere meter a intrusear donde no tiene por qué meterse. Usaré la palabra «amigo» y alegaré que cualquiera aclaración de eso no es más que una parte de mi vida privada, que no estoy dispuesto a compartir con el público. Ahora, si me pregunta sobre El lugar sin límites voy a tener que inventar un modo de evadirme, que no sé todavía cuál va a ser ni cómo, pero sé que va a resultar difícil. O tal vez no tan difícil.*

Cuando mi padre volvió a Chile, en 1981, sintió la necesidad de iniciar nuevamente una terapia para enfrenar la angustia que le generó el retorno

«del nativo» a su Ítaca. Es una terapia que lo ayudará a mantener sus monstruos internos bajo revisión o en remisión. Le recomendarán a Hugo Rojas, por quien mi padre, con el tiempo, sentirá gran respeto y afecto.

Muchas veces lo llevé en mi auto a sus citas con su terapeuta, lo dejaba en la calle Los Leones y lo veía caminar, ya encorvado y un poco lento —con esa actitud de viejo desde siempre—, hacia el umbral de la puerta de la consulta, pero en su mente iba elaborando los posibles temas para la sesión, o quizás temiendo el resultado de esos cincuenta minutos en que se enfrentaba a su mundo interior, tan complejo y cambiante. Yo, como una madre con su hijo, esperaba a que entrara, a que cumpliera. Luego, me quedaba pensando en lo interesante que debían ser esas sesiones.

Pese a la estima, con Hugo Rojas la relación, como con sus anteriores terapeutas, es ambivalente. Pasa de considerar su gran calidad y calor humano a la sospecha absoluta de su inutilidad. Siente que no ha resuelto ninguno de sus problemas, que la terapia sin un fin preciso no le acomoda.

*No veo con placer mi visita donde Hugo Rojas mañana. No sé qué me va a poder aliviar. Lo que gasto en terapia y la plata que le «debo» a Hugo, que no estoy tan seguro de «deberle». Tampoco creo con ecuanimidad mi «desobediencia» cuando le proponga y le fuerce la mano, para irme, por lo menos por un mes a Chiloé. Estoy seguro de que lo verá como una rebeldía. No sé cómo voy a poder salirme de estos molestos compromisos.*

En otra sesión, a raíz de la apasionada lectura de *La odisea*, habla con Rojas de la visión masculina de la vida. Escribe:

*Las mujeres son apenas nombres, filiaciones, un continuar genético sobre el cual se suscribe el hecho de ser hombre. ¿Cuál es la diferencia exacta entre ser «macho» y ser «hombre»? Se me ocurre que en La odisea la voy a encontrar y hacer mía.*

Este temor al juicio y a ser señalado con el dedo aparece desde muy joven; es una inseguridad con respecto a sí mismo, a definirse como algo y como

alguien, por temor al desprecio, al rechazo; un temor que lo perseguirá siempre, torturándolo interiormente, convirtiéndolo en un ser adolorido.

Haber sido distinto o haber tomado una opción distinta en la vida le coarta su propia libertad. Dice sin decir, sólo insinúa lo que teme aceptar, no hay palabras explícitas, no las habrá nunca.

Su sexualidad, en tanto, es un tema que no menciona como parte de sus terapias, pero evidentemente se deja entrever en todas sus inseguridades. Existe sólo una «confesión», también sólo deducible en una carta a su amigo Fernando Balmaceda en febrero de 1951, mientras era estudiante en Princeton.

*Yo tengo tanto de mí que contarte que no lo voy a hacer. Tendría que contarte mi vida desde los cuatro años para que pudieras entender, aunque sé desde ya que entiendes. No es que haya cambiado en nada, siempre he sido lo que ahora soy y me siento con capacidad para contarte en palabras lo que siempre te he querido contar y que jamás he podido, aunque tú te habrás dado cuenta de que más de una vez he estado a punto de hacerlo. Pero no voy a hacerlo, aunque estoy en un estado espiritual sin precedentes de angustia y agonía, me siento débil y amarrado y bruto.*

*Porque habrás de saber que hasta nuestros mejores amigos se enamoran, y es el caso mío. Sí, Fernando, estoy enamorado de veras, por primera vez en mi vida, sin dejar la menor partícula de mi ser fuera de este amor, sin dar vuelta la espalda ni al más escondido y escandaloso rincón de mí mismo. Era algo que yo temía que sucediera, pero que ansiaba para poder completarme: ha sucedido y estoy completamente desorganizado y por el suelo. Creo que quizás no me conocerías. Y temo pensar que quizás ya no me querrás conocer. Sí, Fernando, todas las dudas. Ha llegado el momento de sacar las cuentas, el juicio final, la balanza y todo el terror de lo desconocido dentro de uno mismo, dentro del ser amado, dentro de todas las personas amadas que a uno lo rodean. Inseguridad. Yo que he sido siempre lo más seguro —*

*superficialmente— de las personas. Lo terrible es que me gustaría poder hablarte, pues son cosas que no se pueden escribir. Explicaciones que no existen y que no tienen el menor valor si no existe eso de ternura de parte del interlocutor que da todas las excusas de antemano para que uno pueda vestirse completamente, sin temores, sin angustia. Fernando, daría mi vida porque estuvieras aquí ahora, con todos los reproches y las preguntas y las excusas escritas en tu cara. Pues habrás de saber que, además de ser tu amigo, soy tu hermano.*

Luego, le pide a su amigo que destruya esta última página de la carta, ya que las páginas anteriores habían sido sólo para tomar el aliento necesario para esta última parte. Este «amigo», sin embargo, la conservará como la primera de otras traiciones que vendrán con el tiempo.

La idea de volver a su terapia lo tiene intranquilo. Luego de varios meses de ausencia por su viaje a Washington, y ya de vuelta en Chile, anota:

*En la mañana, primera sesión con Hugo Rojas, que no me cobró por los cuatro meses pasados sin él. Buena actitud sobre mi nueva falta de hipocondría: supone que esa parte, por lo menos, parece haber sanado.*

La paranoia de la que es víctima también alcanza a su propio terapeuta. Le parece que Hugo Rojas es, en muchas ocasiones, poco receptivo, que está distraído con sus propios problemas. Se siente bastante abandonado por él, ya que no se ha interesado en leer la novela que está escribiendo en ese momento, *Los gorriones cantan en griego*. Piensa que puede que sea injusto de parte de él juzgarlo así, pero así lo ve y no puede cambiar. Al fin y al cabo, la novela que está escribiendo en ese momento representa prácticamente toda su vida, y verse o imaginarse que está abandonado por su propio terapeuta lo tortura.

Los delirios de persecución lo hacían sufrir horriblemente, aunque de alguna forma logra ocultarlos y canalizarlos a través de la escritura. Julio de 1992:

*Tengo la imagen del vendedor de periódicos de la calle Los Leones con Pocuro. Todo lo que sabe de mí. Yo voy dos veces a la semana a hacer psicoterapia. El hombre contamina de información acerca de mí a toda la gente, poco a poco, y pasan los días amenazantes, y el tipo es demasiado inteligente para ser un simple vendedor de diarios. ¿Está plantado ahí para conseguir información sobre mí? ¿O para difundir la que sabe? ¿O para conseguir más información? ¿Quién puede requerirla? Un día lo veo pasar, después de mucho tiempo de no verlo, en un Mercedes, y ya no lo veo nunca más. Hasta que de pronto, a pesar de mí mismo, me siento en mi escritorio y escribo este cuento que divulgará toda la información que él recaudó: cuento premiado, traducido, antologizado, y los críticos divulgan en los periódicos y en las revistas doctos fragmentos de mi vida que ni siquiera yo conocía, porque al interpretar lo que he escrito divulgarán cosas de mí mismo que yo no conocía.*

Otra muestra de su paranoia la encontramos algunos años antes, cuando fue víctima de un «lanzazo» en plena Alameda. En compañía de unos amigos fue al cine y luego al Café Torres. Caminaron unas cuadras y de pronto, desde la oscuridad, apareció una sombra que con gran agilidad le metió la mano en un bolsillo y luego corrió a perderse.

*Creo recordar, que a la salida del Café Torres mi mirada captó dos figuras, un hombre ensombrerado hablando con una mujer, que clavaron en mí su vista. ¿Pero por qué en mí, qué signo llevo que me hace tan fácilmente detectable como enemigo, como víctima, como culpable, como vulnerable? ¿Cómo adivinó esa pareja protegida en su portal, que me siguió, creo, con sus ojos y mandaron a que me atacaran justamente a mí?*

No deja de haber ciertas curiosidades que permiten descubrir a un ser que elucubra sobre sí mismo continuamente; atento a su «yo» interno y que aflorará, por supuesto, a lo largo de sus psicoanálisis. El 14 de agosto de 1991 apunta:



*Acabo de volver de donde Hugo Rojas. Parece que hoy estuve mejor, estoy mejor, menos deprimido. En parte porque anoche agarré firmemente —me parece— la posibilidad de una novela. Debo releer a NOSTROMO.*

*Le hablé mucho de mi letra a Hugo. Tal vez demasiado y me está costando, ahora, un esfuerzo de voluntad retener esta letra grande y más bien redondeada comparada con mi letra de hormiguelo de los otros volúmenes de diarios.*

Durante dos o tres diarios mantiene este gran esfuerzo para no tener su clásica letra de hormiga, lo que permite leerlo sin necesidad de recurrir constantemente —como yo ahora al revisarlos— a una lupa, o pasar una media hora descifrando una sola palabra.

*Amo esta nueva caligrafía mía. Es como si hubiera encontrado otro yo, y no sé cómo lo encontré. ¿Qué me hizo cambiar tan radicalmente? ¿Me plantea algún problema del ser? No sé cuál de las dos caligrafías es la real de José Donoso, esta caligrafía ventilada y abierta, o la otra, la anterior, cerrada, secreta, como una colonia de arañas minúsculas escondiéndose por mis amados renglones de papel lineado.*

En otra oportunidad, hace mucho tiempo, cuando mi padre iba a salir de Chile con un destino que no recuerdo, fue detenido mientras timbraba su pasaporte y luego llevado a Policía Internacional. Pasó mucho rato dentro. Mi madre y yo nos preguntábamos qué pasaba, pero no había respuesta alguna.

Luego de una larga espera, apareció acompañado por dos policías y nos enteramos de que el problema era que había un estafador muy buscado que se llamaba José Manuel Donoso Yáñez. Esta coincidencia lo obligó a tener que ir a juzgados de policía a certificar que él era una persona distinta a ese delincuente y a viajar siempre con un documento notarial que acreditaba su verdadera identidad.

Esto no fue sólo un dato anecdótico, sino más bien algo que a él lo

perturbó y fascinó a la vez; una posible doble identidad, un ser paralelo y marginal con su mismo nombre.

*El espectro de otra persona con mi nombre. El José Donoso estafador, que me persigue y me hace la vida imposible, con el que me identifico e inmediatamente que me identifico, me hace daño, el que tiene todo lo bueno, lo benéfico y dañino mío, que tengo separado en dos, pero que finalmente es —soy, es— uno sólo.*

*Cómo me roba cosas, cómo me destruye la vida, cómo lo necesito. Desarrollar este tema de «doble» en un cuento, no da para novela.*

*El tema del doble, el espectro de otra persona con mi nombre. El José Donoso estafador de poca monta, que me persigue y me hace la vida imposible. Cómo me roba cosas, cómo me destruye la vida, cómo lo necesito para seguir viviendo. ¿Tiene algo que ver con los gemelos de la mitología maya, con Cástor y Pólux?*

Tema recurrente de terapia es la relación con mi madre. Su amor-odio, su gran dependencia, a pesar de querer liberarse de ella, una dualidad constante de opuestos que debe manejar. Analiza qué lo llevó a casarse, cómo mantiene esa relación y las crisis por las que han pasado.

*El viaje a Europa por el Premio Chile-Italia, allá por el año 1959-1960. El viaje que me impulsó, en buenas cuentas, a casarme con María Pilar, y dar lo que hubiera sido el más terrible de todos los wrongturns que he dado en mi vida, si no hubiera sido por la Pilarcita. Pero también debo dejarlo en claro, sin la Pilarcita, tal vez, María Pilar y yo nos hubiéramos separado, y no sé qué resultado bueno u horroroso hubiera tenido esa separación. Pero claro, todo un mundo de experiencias paternas y viriles necesarias para mí me hubieran faltado y yo no soy completo sin ellas. Mala cosa.*

Unas páginas más adelante escribe:

*María Pilar estuvo desagradable. No tomó las cosas que yo le tiré. Todo lo*

*da vuelta en contra de mí. No acepta ninguna falla personal, ninguna falla en nuestro matrimonio, salvo aquella producida por mis estados de depresión.*

Se queja de que mi madre frente a cualquier problema es trágica, que todo lo centra en ella *too dramatically*, que ante todo conflicto sobre dinero saca a relucir lo que heredó de su padre y que ella tiene todo el derecho a tomar decisiones sobre su administración. Siente que si bien él se lo reconoce, ese dinero no existiría si él no hubiera, durante tantos años, mantenido todos los gastos: vivienda, comida, vestido, psicoanálisis y demás. Este resentimiento sale a la luz en pequeños detalles cotidianos, pero también se refleja en su fuerte dependencia para con ella, en una dualidad misteriosa que los unía más allá de toda lógica y que finalmente era amor.

*Son las 22.45 y María Pilar aún no llega. ¿Por qué? La estoy esperando para comer. Es increíble el enviciamiento que siente una mujer por otras mujeres cuando ha descubierto que su compañía compensa. ¿Compensar qué? ¿La soledad? Las mujeres entre mujeres saben no sentirse solas. Los hombres entre hombres, en cambio, sí.*

*Acostados leemos, cada uno en su luz. María Pilar quiere anotar algo y me pregunta si tengo un lápiz. Yo le contesto que no, sabiendo que mi lápiz marca una página en una libreta, junto a mi cama. ¿Es mi venganza?*

Un tiempo después le preocupa que mi mamá esté nuevamente tomando alcohol en exceso, aunque él trata de evitar todo enfrentamiento con el tema, tanto en la cotidianidad como en su psicoterapia, en algunas ocasiones se desespera y escribe sobre este tema tabú luego de una sesión de su terapia.

*María Pilar estaba borracha esta mañana a la hora de almuerzo. Me dijo después que era porque había tomado un Amparax y luego una cerveza. Yo creo más bien que había tomado trago. Pero puede ser, los borrachos mienten mucho, aunque yo no creo que el trago sea peor que el Amparax.*

A pesar de sus quejas, mi padre tiende a protegerla. Es un tema que, en el fondo, lo entristece; ver en ella su deterioro, su desaliento; como si la vida se

le hubiera terminado, la incapacidad de enfrentar los problemas, las pastillas, el trago. Decide, entonces, hablar con el doctor Labarca, el psiquiatra de mi madre, para que la interne durante unos días.

Los conflictos en ese entonces eran bastante violentos y lo confiesa a su psicoanalista:

*Después de la borrachera de María Pilar, después de almuerzo, le pegué, pero muy, muy fuerte en la cara. Estoy horrorizado de culpabilidad. Ahora quiere ir mañana conduciendo ella donde la Carmen Ávalos en Pirque, lo que es de todas maneras una locura, y se enfureció porque no quiero, me niego a acompañarla. Llamé al Dr. Labarca para tener una conferencia conmigo y la Pilarcita, para saber qué sucede, en qué estado están las cosas y qué se puede esperar.*

*¡Qué horror de día! ¡Qué culpabilidad! Cómo siento el odio de M. Pilar, porque no puedo aceptar que se cuente el cuento. Yo seguramente tengo parte de la culpa, pero seguro que es lo menos, en todo caso la asumo. Me echó en cara, por primera vez en nuestro matrimonio, mi juvenil homosexualidad, y eso me hace sentirme más culpable todavía porque siento que no me debía haber casado con ella y que le he hecho daño.*

Cree que mi madre lo culpa de todo, pero reconoce que, en realidad, este proceso de autodestrucción en ella es anterior a su relación con él; que estaba enclavado de antes y que jamás ha podido liberarse de esa sensación de inferioridad, sobre todo como mujer.

*Yo, claro, mirando de cierta manera, es verdad que la censuro, pero la censuro cuidándola, ayudándola, guiándola —no puedo olvidarme que es como una niña chica tiranizada por su súper-ego, que supongo que lo ha encarnado en mí—, y sobre todo soportándola. Tengo, no puedo negarlo, bastante temor por ella. Pero alejarla un poco, o bastante, de las fuentes de sus angustias en cuanto a la Pilarcita, Natalia, la casa, el dinero, puede ayudarla un poco.*

En mi padre se nota la desesperación e impotencia por las reiteradas depresiones de mi madre. No le ve salida a este problema y eso le quita el ánimo. Recuerda con su terapeuta:

*Con razón me advirtieron antes de casarme que era muy necesario ser verdaderamente valiente para casarme con M. Pilar. ¿Qué hacer? ¿Qué pensar? El dolor por ella y por mí. La sensación de ruina de todo tipo, incluso económica, porque todo esto me está resultando carísimo, la destrucción de toda la familia, lo imposible que resulta comprender nada de lo que está sucediendo, al mirar en torno y no encontrar consuelo, ni satisfacción en ningún otro campo, en ningún otro sentido. Cómo no pensar que su necesidad de alcohol no es parte de un síndrome mayor, de su exigencia, de su dependencia de todo y todos, su personalidad de niña mimada, de su falta de realización, pese a todo lo que diga al contrario de realización sexual que venía inscrita en sus genes (ver a su madre, por ejemplo), pero ella no lo acepta, en muchos casos lo niega.*

Lograr la anhelada estabilidad financiera es otro tema dentro de su terapia. Las necesidades económicas siempre lo ponen tenso: saca cuentas una y otra vez. Le teme de manera desmedida a la pobreza, reconoce que esto se arrastra desde siempre en él y busca el origen de este temor.

*La incertidumbre económica ha sido una de las cosas en mi vida con la cual he tenido que luchar a brazo partido. Desde niño, desde mi padre incapaz de trabajar para mantenernos debidamente, incapaz de ayudarnos en nuestras profesiones, especialmente a mí, al que abandonaron muy temprano, dejándome que peleara con mis propias uñas. Es un rencor muy grande que le tengo a mi padre. Y a mi madre, la pobre, pelando el ajo para que él se fuera el sábado y el domingo a jugar golf en las tardes, luego, al Club de la Unión a jugar rocambor. ¿Será verdad lo que he oído murmurar que sus amigos le arreglaban mesas de rocambor o bridge a mi papá para que ganara plata y tuviera algo con que vivir además de su miserable*

*jubilación de profesor universitario? Lo creo muy probable. Mi papá era encantador, sus amigos lo adoraban, pero era incapaz de afrontar la vida. Era totalmente blando e ineficaz, y en cierto sentido, yo me identifico con él en ese sentido de la blandura. Debo confesar que la blandura heredada se me ha ido y ha quedado un ser mucho más duro, muchísimo más enfrentador en todo lo que sea competencia (mi padre sublimaba eso en el juego), en mi ambición literaria, por ejemplo, que corre a parejas con mi talento, o que toma más bien esa forma. Pero literariamente no puedo ignorar que soy competitivo y hasta envidioso (aunque no destructivamente), que son características totalmente ajenas a mi padre, e incluso desconocidas para él, como el arribismo, por ejemplo, cuya ausencia total era parte de esa blandura (no de la mía, porque en ciertos sentidos sí siento en mí cierto arribismo). En fin, creo que va siendo hora de prepararme para irme.*

Habla de lo que significa la fama para él, que es una especie de descuartizamiento; de mierda y gloria a la vez, y en la que todo el mundo tiene derecho a llevarse una parte. Según Hugo Rojas, es transformar al «famoso» en fetiche, en objeto. Ante estas conclusiones mi padre escribe:

*Bastante dura la sesión, pero es probable que me haya deshecho de algunos de mis miedos en ella. Todavía no comprendo nada, pero ya comprenderé.*

La enfermedad tampoco queda fuera de sus pensamientos. En su mente mantiene una teoría sobre la historia de su cuerpo, pero su psiquiatra discrepa con él y le dice que se trata de una fantasía suya y que más bien su cuerpo manifiesta sus emociones enfermándose y en otras ocasiones simplemente creando enfermedades imaginarias. Mi padre, sin embargo, anota:

*Lo importante que es mi cuerpo, mi fragilidad, cómo me ha servido tan poco el cuerpo y cómo se me está quebrando.*

Su relación con Hugo Rojas en este aspecto es conflictiva, pues no quiere

que vea que el deterioro real va en aumento, la lentitud en las ideas que se va haciendo cada vez más evidente.

*Me escuecen los ojos y siento muy áspera la lengua, todo, probablemente, producto de la misma enfermedad, que puede no ser tal. Temo más que nada que esto sea otra forma de la autodestrucción que me aquejó al comienzo de mi tratamiento psiquiátrico, cuando me creía afectado por un sinnúmero de enfermedades, todas más o menos mortales. Ahora puedo estar haciendo otro episodio más de la misma tendencia autodestructiva, y lo curioso es que mi primera opción es no contárselo a Hugo Rojas, sino ocultárselo, no sé por qué. Pero es curioso, sobre todo, que hace dos días —los mismos días que me ha durado la picazón— que no voy al baño, es como si mis propias heces me estuvieran envenenando y matando.*

Cree que Hugo Rojas no respeta ni toma en serio la autonomía de su cuerpo; que tampoco cree en sus dolores, ni en sus enfermedades, y que reduce todo a un síntoma de autodestrucción psicológica.

Las terapias a lo largo de su vida lo ayudaron, sin duda, a vislumbrar mejor quién era y a qué le temía; a aceptar sus varias caretas y a definir sus fisuras internas; a poder escribir como un modo de canalizar a través de su literatura, ya que para él la literatura y la locura iban de la mano y creía con firmeza que había que exponerse a esa locura abiertamente. Sólo así pudo lograr estructurarse alrededor de su «falla».

*Así como Lord Byron, que fue uno de los hombres más guapos de su tiempo y un total desajustado, tenía el pie equino. El pie equino te separa de la gente, eres como una pieza única, entonces tú puedes transformar esa falla en algo creativo o negativo. Puedes ser un lisiado o puedes ser Lord Byron...*

## El maestro

Su pasión por la literatura llevó a mi padre a querer compartirla, aunque no desconocía las limitaciones de las «escuelas para escritores».

*Por todos lados proliferan los talleres literarios en que jóvenes aspirantes a escritores se reúnen en torno a un «maestro», que los estimula, los critica, les muestra. Los hay en todas partes, no creando escritores, ya que eso no se aprende, pero los talleres pueden estimular y hacer fermentar, mediante el estudio, lo que ya hay. En todo caso, crean una capa de ávidos buenos lectores.*

No había nada que le gustara más que ser llamado «maestro». En el plano de profesor o guía tuvo varias experiencias, primero en la Universidad de Iowa, después en España y finalmente en Chile, hasta los últimos días de su vida.

Cuando regresó al país casi no existía actividad cultural debido a la opresión de la dictadura militar. Entonces, mi padre decide hacer un taller literario como un desafío.

*Cuando yo creé mi taller de escritores, el primer año elegí a un grupo de muchachas y muchachos jóvenes. Me encontré en la primera sesión con dos cosas que me parecieron intolerables: que carecían de la experiencia del viaje, de la visión del afuera, de la óptica distinta, que contaban sobre el olor del membrillo porque no tenían la experiencia del olor de la guayaba, no porque lo prefirieran, y en segundo lugar, porque su conocimiento de la literatura, de la novela específicamente, se remontaba sobre todo hasta los escritores latinoamericanos de mi generación, que éramos, como quien dijera, los clásicos. Yo, naturalmente, monté en cólera. ¿No conocían a*



*Stendhal, a Dostoievski, a Tolstoi, a Proust, a Balzac? ¿Por qué querían ser escritores, entonces? La respuesta fue que querían ser escritores, que habían aprendido a querer serlo porque habían leído las novelas escritas por los latinoamericanos expatriados de los años sesenta y setenta, que con ellos tenían «onda», como dicen los jóvenes ahora, en tanto que los otros les parecían demasiado remotos, y de lo que hablaban no les parecía de ninguna importancia. Furioso, los despaché y juré no volver a enseñarle a gente tan joven, que sólo podían leer a aquellos autores que creían podían parecerseles, con cuyos personajes podían identificarse, y cuyas historias podían parecerles verosímiles.*

Les explicó —con convicción y fuerza— que la evolución de los escritores latinoamericanos a los que ellos leían había sufrido un proceso de decantación, de soledad, de exponerse a otras cosas, de mirar y, quizás, de aceptar cada uno sus propias fisuras. De modo que a través de éstas podrían penetrar la imagen de aquello que ellos llamaban «lo nuestro» y que tanto los seducía en las novelas latinoamericanas.

Les recordaba que esos escritores habían escrito la mayoría de sus obras lejos de su propia tierra, como también los escritores ingleses expatriados de la época romántica: Byron, Shelley, Keats, Browning, quienes vivieron y escribieron durante tantos años lejos de Inglaterra. Este cenáculo se había alejado de su patria, en líneas generales, por el ahogo que les producía la sociedad inglesa con sus dictámenes y costumbres. Se puede decir que ninguno de estos poetas hubiera escrito lo que escribió de haber permanecido en su patria, continuando las tradiciones entre las que nacieron. Fue T. S. Eliot quien dijo que la única manera de prolongar una tradición es por medio de la ruptura con ella.

También los americanos se habían expatriado: Hemingway, Scott Fitzgerald, Ezra Pound, Gertrude Stein, Henry James... todos ellos habían tenido una época de autoexilio en la que habían llegado a encontrarse a sí

mismos como escritores, mediante el contacto con lugares, gente, vidas e ideas diferentes.

Les explica a sus alumnos que él mismo había sentido esta necesidad de ruptura con Chile.

*Yo sentí la urgencia del viaje. No del viaje rápido de turismo, sino de expatriarse, viajar por meses y años, levantar las raíces de acá e intentar colocarlas en otra tierra. Creo honradamente que la experiencia del viaje es absolutamente necesaria para los escritores en formación y también después. Y hablo de los escritores chilenos. Los escritores que no viajen, que fijan para siempre sus raíces en un sitio, conservan su mérito, pero de alguna manera los problemas vistos en «micro» jamás se transforman en «macro», y lo que puede ser una buena idea literaria tiñe de tal manera lo que se escribe, que las ramas no lo dejan ver el bosque y tiende a un chauvinismo y a una exacerbación de un patriotismo pequeño. El viaje, el contacto prolongado con otras gentes y otras tierras y otras culturas, sin duda relativiza todo lo de aquí, y al relativizarlo, aunque uno escriba sobre lo más íntimamente chileno, sobre lo más doméstico, va a darle forzosamente una dimensión universal.*

La generación de autores a la que mi padre perteneció, que publicaron algunas de sus obras memorables en las décadas del sesenta y setenta, y cuyos nombres se identifican con un momento muy alto de la novela latinoamericana, estaban todos escribiendo como expatriados. Muchos de ellos eran, de hecho, exiliados políticos. Otros habían elegido este desalojo de la tierra natal para adquirir experiencias y, sobre todo, perspectivas y opciones muy distintas a las que sus países les ofrecían.

*La mente estaba en un estado previo a la eclosión antes de salir y existía el peligro de que se enquistara. Saliendo, la eclosión se producía, y se tenía la impresión de que se estaba produciendo en serie, que uno era parte de algo mucho más grande que las pequeñas eclosiones locales. Era una reacción en*

*serie. Recuerdo que cuando yo le protesté a Carlos Fuentes en una carta por haber contado unos cuentos que yo sabía sobre las hermanas de Luis Buñuel y él los escribió en un artículo del New York Times, me contestó diciéndome: «No seas tonto, da lo mismo quién use esos cuentos, acuérdate que todos los latinoamericanos estamos escribiendo partes distintas de la misma gran novela».*

Era una sensación común entre el grupo de escritores que pertenecieron al denominado Boom latinoamericano en torno a la agente literaria Carmen Balcells, con sede en Barcelona.

Si bien la mayoría de las grandes novelas de los escritores de esta región se escribieron fuera de sus países, estas novelas trataban temas de sus propias tierras, como una manera de recobrar esas patrias abandonadas por necesidades políticas o personales. Pero, según la visión de mi padre, no eran novelas nostálgicas, no eran «*Oh, to be in England now that April's there...*». Eran otra cosa bien distinta. Eran construcciones, exploraciones. Eran mirar desde afuera lo que no se había querido mirar, lo que no se había podido ver desde dentro. Eran posibles grandes síntesis dejando atrás detalles sin importancia que sólo interesan en provincia.

*Gran parte de los novelistas de Europa de la década del sesenta y setenta estaban luchando por la libertad, por una libertad a que apostaron y que más tarde se vio caer, desintegrarse. Byron muere en Missolonghi, un inglés luchando por la libertad de los griegos. Hubo muchos Byron que rompieron lanzas por la libertad entre los novelistas latinoamericanos. Pero si bien creo que los conceptos de libertad van cambiando, las lealtades varían, se readecuan, se forman nuevas alianzas y distintas coaliciones que adquieren un sentido distinto al que antes tenían, las novelas de estos luchadores —y lo mucho que hay de lucha dentro de esas novelas, que muchas veces no es manifiesto ni claro a primera vista—, creo que permanecen. Para toda la generación de escritores más jóvenes, es lectura obligada, clásica, lo que*

*nutrió sus imaginaciones, como a mí me nutrieron Sartre y Camus, y Faulkner y Fitzgerald.*

*Les dije entonces a mis alumnos que todo era cuestión de sabiduría, de desilusión. Que uno viajaba y se exponía, como Ulises, a mil aventuras, que el regreso era difícil y no tan claramente deseable a medida que el tiempo pasaba, que el mundo de Ítaca había cambiado totalmente después de los diez años del periplo, que uno mismo había cambiado hasta ser casi irreconocible más que por otros seres con fisuras, como el ciego, como el perro. Que no había hecho más que hablar de una patria, y de unas cosas de la patria, que en esencia no existían ya, o que quizás jamás habían existido, pero esa patria subjetiva, creada, viva sólo en el lenguaje, era más patria y más firme que las patrias trazadas por las fronteras geográficas y sus cercanías y lejanías. Les predico no sólo la necesidad de leer lo que quizás de inmediato no vayan a comprender o absorber, ni la necesidad de no perder contacto con las privadas fisuras interiores que existen en el espíritu de todo escritor, que escritores sin fisuras interiores no hay, sino también esa larga, agotadora tarea del viaje, del viaje como tal, Ulises recorriendo todo el mar Egeo para poder llegar de nuevo a Ítaca y uno tiene la sensación de que no tiene demasiadas ganas de volver a Ítaca porque le interesa más el viaje mismo, desde donde puede «pensar en Ítaca», que es lo literario, y es la esencia de La odisea.*

Los talleres literarios fueron un éxito. Alumnos como Carlos Franz, Arturo Fontaine, Ágata Gligo, Fernando Sáez, Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet y muchos otros, asistían con altos y bajos. Cada semana la casa de Galvarino Gallardo se alborotaba, el timbre sonaba a cada instante y uno a uno los alumnos subían al estudio de mi padre en el tercer piso, mientras Cirilo, nuestro perro, los perseguía mordiéndoles los tobillos. Ellos, tratando de esquivar educadamente a esta pequeña bestia, lograban alcanzar el altillo

donde mi padre, como buen maestro, los esperaba sentado en un gran sillón de mimbre o recostado en su chaise longue.

Sobre esta experiencia escribe en su diario:

*A los que pasaron por el taller me siento muy unido, muy compinches, con algunos he tenido una verdadera amistad. Alguien me dijo que una de las gracias que yo tenía como profesor era nunca hacer sentir inferior a nadie, es mi forma de entregarme, como profesor yo estoy recibiendo mucho, ellos me dan una cantidad de vivencias que yo no puedo tener, ya soy viejo, ellos me retroalimentan a medida que yo los voy alimentando.*

En realidad, fue un maestro más que un profesor. Creo que mi padre dejó una gran huella en ese grupo, a pesar de que algunos se rebelaron más tarde a este legado y con justa razón, ya que fueron tildados de «donositos». Roberto Bolaño fue uno de los últimos en fustigarlos con ese término, ante lo cual quisieron correr por su propia cuenta y sublevarse ante la imagen del maestro para tomar otro camino. Una actitud muy lógica, claro está. Pero mi padre les enseñó algo importante: que el ser escritor es una tarea doble, por un lado mostrar su inteligencia, su sensibilidad y, por otro, entender la profundidad de la cultura y ser un agente de cambio, de imaginación.

Por ejemplo, durante una de las sesiones del taller, mi padre leyó en voz alta a sus alumnos un texto de Proust sobre Renoir, que hacía ver que antes de sus retratos no existían en París las mujeres de Renoir, pero, después de que él las pintó, los boulevards estaban repletos de estas mujeres. Así quería demostrar a sus alumnos la relación compleja entre el mundo creador de los libros, la literatura y otras artes, y que el artista puede transformar la realidad para su audiencia.

Hoy, mirando desde la distancia, me vuelvo a preguntar cuánto del alejamiento de algunos alumnos del taller fue por la imagen de mi padre. ¿Será el cansancio de ser siempre asociados al maestro? ¿Ser llamados «donositos»?

Ellos quieren emprender su propia historia sin ser catalogados dentro de estos cánones, que pueden no ser reales, pues cada uno tiene su propio estilo, su propio tono creativo y su propia marca. En cierto sentido se parecen a mí, al hijo que se rebela, que no quiere que el sello del padre lo estigmatice por siempre, pero también hay en ellos algo de rencor, de dolor, al igual que en mí, al no poder recibir del maestro el reconocimiento total e incondicional.

Arturo Fontaine, autor de la novela *Oír su voz*, en un artículo describe su paso por el taller de mi padre:

*Se leían por supuesto manuscritos. Pero también se leían y discutían muchas novelas y cuentos conocidos. A veces, oírlo hablar de personajes, escenas y situaciones que le habían gustado, era casi conmovedor. Era impresionable como un niño. Leer, imaginar lo leído, era una manera vigorosa e inteligente de comprender. En eso creía, en que una mirada, una lágrima, una sonrisa que emociona en la página, humanizan a las que se suceden en el mundo.*

*Su taller era un poco una tertulia literaria. De repente, si se prolongaba a través de las invitaciones de María Pilar, se volvía, entonces, un poco un salón literario.*

*Donoso no intentaba imponer una estética o buscar adeptos. Jamás lo oí, en su taller, hablar de su propia obra a menos que se le preguntara expresamente por ella. Jamás lo oí recomendar o insinuar siquiera su lectura. En cambio, fui testigo una y otra vez de la vehemencia con que sugería a éste o aquél la lectura de tal o cual libro en función de lo que ellos estaban escribiendo. Sus gustos eran amplísimos.*

Fontaine anotó, además, algunas cosas que mi padre dijo al pasar en su taller, registro muy interesante y que refleja el verdadero espíritu de esos talleres:

—A veces, como en *Otra vuelta de tuerca*, el prólogo es clave.

—Hay que preferir.

—A mí me parece un error no elegir algún personaje en el cual uno, el escritor, se pueda proyectar.

—¿Hesse? Está muy bien para los dieciséis.

—The Real Thing, de James: es una obra de arte quizás perfecta.

—Lo más importante: el primer párrafo. ¿Ejemplos? Moby Dick, Orgullo y prejuicio, En busca del tiempo perdido... Aunque hay gente que valora más la última palabra. Los títulos son también importantes. Finalmente (riendo), el título es lo que más queda de las novelas.

—Soy un novelista del espacio.

—La tríada, tres adjetivos sucesivos. ¡Cuánto pueden hacer tres adjetivos sucesivos!

—Un personaje puede hacerse añicos en la novela. Pero esa caída ha de tener cierta grandeza.

—Novelar es pensar con la pluma.

—Un novelista siempre tiene que saber cómo están vestidos sus personajes; dónde compran la ropa.

—Un escritor no debe mostrar más que la punta del iceberg. Es el peso de lo que está escondido lo que sostiene la novela.

—Un primer párrafo debe proyectar. No debe contar la novela. Debe enganchar.

—No existen las enredaderas: existen las buganvillas, la pluma, las clemátides. No existen arbustos: existe el pitosporo.

—Materia y forma: que la greda y la mano que la modela lleguen a ser una y la misma cosa.

Una de sus alumnas más queridas fue Ágata Gligo, quien murió un año después que él. Los unía una mutua admiración. Ágata sorprendía por su melena de leona, sus ojos azules casi transparentes, belleza que para mi padre era importantísima.

En el libro póstumo de Ágata Gligo, *Diario de una pasajera*, donde relata

el proceso de su enfermedad, ella se refiere en muchas ocasiones a mi padre, pero hay una especialmente decidora en cuanto a lo que era él como maestro, y que creo ayudó a la existencia de su libro.

*Pepe me preguntó:*

—¿Y tú?

—Yo, aquí.

—¿Qué pasa con la escritura? No puedes no escribir.

*Me pareció oír: no puedes no vivir. Pero sin duda me equivoqué.*

*Le expliqué que no sabía por dónde empezar a trabajar y le pedí que me diera algún consejo.*

—Ningún consejo sirve —me respondió.

—Lo sé. Pero de todas maneras quiero uno.

*Entonces dijo:*

—Llevar diario de escritor.

*Y reiteró:*

—*Diario de escritor, no diario de vida.*

Cuando mi padre cumplió setenta años, en octubre de 1994, el Departamento de Programas Culturales del Ministerio de Educación, junto a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, organizó el ya mencionado gran homenaje para celebrarlo: «Donoso, setenta años», que incluía la condecoración con la Orden al Mérito Cultural y Docente Gabriela Mistral, un coloquio internacional de escritores como José Saramago, Francesca Duranti, John Wideman, Philip Swanson, Josefina Delgado, además de muchos escritores chilenos. Una semana de charlas, debates, mesas redondas, exposiciones de arte, muestras de cine y concursos de cuentos.

Precisamente en su *Diario*, Ágata Gligo recuerda el homenaje y cómo mi padre podía ser a veces generoso y otras despiadado:



*El viernes 7 tuvo lugar la mesa redonda de los «discípulos» (Ágata Gligo, Carlos Cerda, Arturo Fontaine, Darío Oses, Gonzalo Contreras, Fernando Sáez, Marco Antonio de la Parra, Soledad Fariña, Sergio Marras, Carlos Franz). Aunque el título de discípulos ya está gastado.*

*Bueno, el panel fue demasiado largo. A alguna gente le gustó y a otra lo cansó. Al final habló Pepe. Dijo algo como: «Esta gente tiene talento, unos más, otros menos. Pero, en general, no saben contar». ¿Fue eso lo que quiso expresar? Aunque lo dudo, así se oyó. La intervención de Pepe me pareció descalificadora por decir lo menos, y bastante pesada.*

*Después vino la mesa de cierre del coloquio, con la magnífica improvisación de José Saramago. Noté que no le había gustado la historia del maestro y los discípulos, y estoy segura de que cuando usó la palabra «apóstoles», se equivocó irónica y deliberadamente.*

*Esa frase desafortunada de mi padre en su discurso, «... pero no saben contar», sembró bastantes rencores que permanecen hasta el día de hoy.*

*Por ese entonces también hubo varias fiestas inolvidables. Una en el Palacio Cousiño y otra en la casa de Galvarino Gallardo, para despedir a todos los invitados internacionales, de cuya organización estuve a cargo yo, corriendo de un lado a otro hasta último momento y tratando de que todo estuviera perfecto, pues mi madre, en una especie de ataque de celos —que a veces le daban por tanto homenaje y reconocimiento—, se declaró enferma, aunque luego estuvo presente.*

*En su libro, Ágata Gligo describe esa noche:*

*Sentados en torno a la mesa redonda del comedor de los Donoso, pasamos mucho rato oyendo a Saramago contar la historia de su vocación tardía. No es un hombre de intercambio fácil, pues toma en cuenta poco a los demás.*

*Bueno, ahí estaba Pepe, en el otro lado de la mesa, conversando primero con Pepita Delgado y después con Delfina Guzmán. El haz de luz de Saramago lo dejaba fuera, en un vértice de sombra creado por la estatua del*

otro. Con el correr de los minutos, lo informe y flotante se plasmó en la superficie. María Pilar, vigía experimentada, verbalizó: «¡Miren, miren lo que está pasando! ¡El maestro arrinconado y todos sus discípulos predilectos embobados en torno a Saramago!». Las risas no impidieron que siguiéramos escuchando al escritor portugués, hasta que de repente el dueño de casa dijo que se retiraba a su dormitorio, pues estaba muy cansado. Nadie se atrevió a retenerlo, a decirle «quédate». Cuando subió nos miramos. ¡Está deprimido!, dijo Fernando Sáez. «Deprimido no, desesperado», corrigió Arturo Fontaine. «Lo que pasa es que no puede vivir sin nosotros», agregué yo y noté que todos gozábamos no sólo ante lo cómico del asunto, sino ante la posibilidad de ese sufrimiento. El único bondadoso fue Marco Antonio de la Parra. Primó su condición de médico psiquiatra. Subió a acompañar a Pepe y volvió con la noticia de que no bajaría. «La cosa es grave, más de lo que pensábamos», dijo Arturo. «¿Crees que hay peligro de suicidio?», inquirió Fernando. «¿Le tomaste el pulso, le pusiste la mano en la frente? ¿Lloró en tu hombro?», pregunté yo.

Y Saramago no perdía detalle.

—Podríamos buscar nuevos horizontes. Llevamos demasiado tiempo como apóstoles —concluyó Arturo Fontaine.

—Una buena idea sería trasladarnos a las islas Canarias. Por supuesto, a Lanzarote. Podríamos instalar un campamento a una distancia prudente de la casa de Saramago —propuse yo.

La idea prendió, nos iríamos los cinco apóstoles a las islas Canarias, tras el nuevo gurú.

Más adelante Ágata, con mucha ironía, relata todos los periplos de estos apóstoles pasando de un gurú a otro hasta que, finalmente, vuelven a su antiguo maestro. Luego, retoma el relato sobre esa velada:

Es verdad que Pepe estaba cansado, que subió un momento a su dormitorio. En mi relato lo dejé arriba. Lo cierto es que volvió relativamente

*rápido y se integró al grupo del comedor, participando en nuestros desvaríos. Los invitados extranjeros, Saramago incluido, se retiraron y nos quedamos en el salón, todos vivificados por la risa. ¡Fue una noche magnífica!, repetíamos excitados. ¡Fue una noche magnífica!, decía también Donoso.*

La visión personal de mi padre sobre los talleres literarios como tales se refleja en un ensayo:

*La idea de talleres literarios en su forma actual debe haber nacido en Estados Unidos, siempre ha sido costumbre, por otra parte, que los escritores más jóvenes se agrupen un poco en torno a los de más experiencia, en un café o en una casa hospitalaria que el maestro frecuentaba. Pero después fueron las universidades americanas las que tomaron esta idea de taller literario, comenzando en Stanford, California, y luego en Iowa City. Hoy por hoy existen pocas universidades americanas que no cuenten con un taller y en muchas de ellas es el punto de atracción mayor para el alumnado, sobre todo si el maestro es un escritor de buena talla y renombre. Las universidades compiten por tener como profesores en sus talleres a figuras destacadas.*

*¿A qué se va entonces a los talleres literarios? Creo que más que nada, en este mundo elitista en que vivimos, en busca de una atmósfera generada por pares que creen que vale la pena escribir, escribir novelas, ensayos, cuentos, teatro, poesía... lo que sea.*

*El método que se sigue también varía, aunque las diferencias no son grandes. Se reúne alrededor de un maestro un grupo de personas que han escrito un poco, privadamente, y quieren saber la opinión de otros escritores, que generalmente no conocen. O jóvenes aspirantes a genios o jóvenes tímidos, profesionales, estudiantes de literatura para los que no es suficiente lo que les da la universidad, gente con deseo de comunicarse o de saber un poco más sobre lo que ellos van escribiendo. En algunos talleres se lee algún*

*cuento clásico, modelo, y se trabaja sobre él. En casi todos, el aspirante a escritor debe traer para una fecha establecida un cuento, si de cuentos se trata, y al leerlo en voz alta lo somete al juicio de los demás asistentes al taller.*

*En España logré formar un taller por unos pocos meses. Los talleres literarios —múltiples, variadísimos, muchas veces rivales— formaron algo como un espacio de independencia, un espacio donde se podía y debía hablar de literatura, porque la literatura, lejos de aislarse fuera de la contingencia social y política, le daba a ésta una estatura y una profundidad que estaba muy distante de la información periodística.*

*Cuando yo vivía en España, hace más de diez años, hablar de talleres literarios causaba risa, ¿se puede enseñar a escribir... se puede aprender?, ¿una persona que no tiene talento, puede llegar a tenerlo después de asistir a un taller?*

*No sé si en España, pero ciertamente en muchos países latinoamericanos, el tiempo ha dado respuesta a estas preguntas: no, no se puede enseñar a escribir... no, no se puede aprender, ni el talento se adquiere por contacto con otros alumnos que buscan lo mismo en un taller. Pero en muchos de nuestros países, Argentina, México, Chile, los talleres literarios han proliferado.*

*Los talleres literarios en Buenos Aires, por lo menos hace tres años, cuando yo frecuentaba esa capital, eran innumerables. Todo el que se preciara de ser escritor se instalaba con su grupo. Lo que me extrañó fue que —en los que yo visité— no los formaban gente joven, sino gente mayor, profesionales de edad madura: psicoanalistas, psicólogos y profesores. Funcionaban en todas partes, en la trastienda de una librería, en un café, en casas particulares.*

*En Chile, durante el régimen de Pinochet, tuvieron una importancia que es difícil de ignorar, aunque —por lo menos dentro de lo que yo sepa— jamás*

*los talleres fueron sitios donde se gestaran ideas revolucionarias, ni se discutían las personalidades que empezaban a aparecer en la incipiente política, ni se promovieron protestas ni manifestaciones. Sin embargo, es posible afirmar que en ausencia de una universidad libre, los talleres formaron algo como una universidad marginal. No es que estuvieran organizados ni centralizados, pero existía un acuerdo tácito.*

*Pero los jóvenes talentosos de Estados Unidos hoy en día —los hijos de los hippies que repletaron los talleres hace un par de decenios—, que nada quieren saber de los compromisos extravagantes de sus padres, ¿asisten hoy a talleres? La verdad es que bastantes lo hacen, lo que no deja de sorprender: es como si adquiriendo media docena de gustos literarios lo hubieran aprendido todo y se lanzan al difícil mundo de las editoriales americanas, que en 1991 están cada vez más reacias a publicar cualquier cosa.*

*Es curioso que del taller literario de Iowa, en los años en que yo fui profesor, entre otros escritores, de ese taller salieron algunos de los escritores más notables de Estados Unidos de hoy en día: John Irving, Gail Godwin, John Edgar Wideman, entre otros.*

Con la celebración oficial de sus setenta años viene un cambio en su persona y en su creación literaria. Continúa con sus talleres con cierta dificultad hasta que el esfuerzo es demasiado grande y abandona, no sin dolor, este rol que lo enorgullece y por el que se siente reconocido en su ego interno. Su gran virtud como maestro era escuchar; no había nada que lo apasionara tanto; sentía que más lo nutrían sus alumnos a él que él a ellos.

## La enfermedad

Mi padre vivió siempre en un estrecho vínculo con la enfermedad, con el ser enfermo. Ya desde niño, para evitar los deportes y las matemáticas, inventó un dolor de vientre y le diagnosticaron un principio de úlcera, por lo que nunca almorzaba con sus compañeros, sino en la enfermería o en el departamento de Mrs. Balfour, mujer del subdirector del colegio, para luego, durante el largo recreo después de almuerzo, acostarse y descansar. Estas largas reclusiones le permitieron conocer las delicias de ser «un niño diferente» y adentrarse aún más en la lectura.

Estos dolores ficticios, sin embargo, se hicieron reales y se apoderaron de él como una fiera interna que lo atacaba. Cuando joven, cada vez que no lograba escribir, su cuerpo sufría, le pasaba la cuenta con síntomas inespecíficos. Después de la publicación de su primer libro, los dolores marcaron, como un hito, el fin de cada una de sus obras. Con cada término de una novela le sobrevinía una enfermedad.

Mi padre siempre fue enfermizo, desde pequeño tuvo un aspecto débil. Para algunos de sus amigos era un hipocondríaco, pero lo que sí es un hecho es que al morir era portador, hacía treinta años, del virus de hepatitis C.

Se cree que fue contagiado en Fort Collins, Estados Unidos, en 1967, en alguna de las tantas transfusiones de sangre que recibió al ser operado de urgencia de una úlcera hemorrágica. La enfermedad era por entonces desconocida y sólo fue tipificada en 1980. A los cuarenta y un años quedó condenado sin saberlo.

Supo mucho después su verdadero diagnóstico y sobrevivió diez años más

a lo vaticinado por todos los doctores que lo evaluaron a lo largo del tiempo. Escribir le permitió sobrevivir.

Existía en mi padre la sombra de la muerte proyectándose junto a la suya, presente como un implacable acompañante. En los últimos años se veía envejecido, vacilante, inseguro, apoyado en su bastón, distante de la gente que lo rodeaba, culpaba a la sordera, pero creo que no era así; quería concentrarse en sí mismo, en su mundo interior. No quería distracciones, el lapso posible que quedaba era muy corto y sentía que esa sombra avanzaba a pasos agigantados.

Mi padre tenía perfecta conciencia de su próximo fin, pero a la vez se rebelaba, no quería morir; quería seguir escribiendo eternamente.

*Escribo sobre todo para saber por qué escribo. Para saber cómo funciona este extraño aparato que me hace ver y sentir y conocer, qué es el lenguaje. Peleando con él, torciéndolo y jugando, siento que estoy haciendo algo que es verdad, cosa que no siento con otros compromisos a veces tomados. Es la urgencia de esta pregunta central a mi vida —como mi vida es central a la vida del mundo y el universo—, saber por qué escribo, cuál es mi relación con las palabras, lo único a través de lo cual llegaré a una posición que tal vez sea verdad. O no. La lucha, el juego, pueden ser inútiles. Pero son todo lo que conozco, el ámbito completo de mi conocimiento, y me aproximo a las cosas y a los hechos y a las personas a través de esa quimera que es el lenguaje, que puede no ocultar verdad alguna sobre sí mismo ni sobre el mundo ni sobre mí, pero en todo caso es el sitio donde se reúne toda mi experiencia. Hace años que escribo, treinta o más, diariamente, todo el tiempo, aun cuando no escribo. Todavía no sé nada ni de mí ni de otras quimeras que quisiera que fueran verdad. Pero no importa si sigo teniendo lenguaje, porque significa la subsistencia de este espacio que es mi yo, pero pronto terminará. La muerte es la falta de lenguaje.*

Durante los primeros años de su vuelta a Chile su salud estuvo estable.

Luego, empezaron pequeñas crisis, anuncios de lo que vendría; un pequeño infarto cerebral, cálculos renales, problemas a la próstata, hemorragia cerebral, falla hepática, hemorragias digestivas...

La primera de las grandes crisis fue en 1991, cuando se le formaron várices esofágicas producto de su enfermedad hepática y éstas empezaron a sangrar. Pasó varios días al borde de la muerte en la Unidad de Cuidados Intensivos. Deliraba intoxicado por su propia sangre. Me decía que la CNI (el aparato de inteligencia de la dictadura) lo estaba esperando y, para que no escapara, habían puesto rejas en las ventanas; también, que durante la noche los doctores les hacían cosas espantosas a los enfermos: les sacaban las entrañas para todo tipo de experimentos, mientras los pacientes daban alaridos de dolor.

Este episodio me recuerda, en cierto modo, la experiencia alucinatoria producto de la morfina, cuando lo operaron de úlcera en Iowa. En esa ocasión, mi madre le pidió a Percival Cowley que le diera la extremaunción, ya que no veíamos posible que lograra recuperarse. El cura aceptó aun sabiendo que era probable que mi padre no lo aceptara, pero quiso hacer el intento por la amistad que lo unía a mi madre, fiel asistente a su parroquia cada semana.

Así fue.

Mi padre era ateo sin duda alguna y un duro crítico del catolicismo, aunque siempre respetó la opción de mi madre y la mía, pero en su interior la no aceptación de estos dogmas era un hecho.

*Recuerdo cómo lo vi hundirse, getting bloated, sudar, ponerse totalmente negativo cuando no quise aceptar la verdad revelada de los católicos como verdad, cómo sufrió el pobre hombre, cómo de algún modo llegó a enfermarse, viendo que su prédica era totalmente en vano, y que mi muy modesta resistencia a sus verdades axiomáticas lo destruían. ¡Qué visión*



*infern! Es como si se hubiera dado cuenta de que estaba mintiendo, y que todo su ministerio era una pura fachada, una pura falsedad.*

Por momentos, su mente perdía lucidez a causa de su encefalopatía, un diagnóstico y un nombre clínico cercano a lo irónico. Esta especie de pérdida de la realidad le ocurría luego de haber sufrido alguna hemorragia interna, o bien cuando no cumplía su estricto régimen y comía más proteínas de las permitidas. Pero aun mientras desvariaba y balbuceaba incoherencias, quienes lo conocíamos veíamos detrás de esos ojos azules perdidos un destello, una luz, que nos indicaba que aún tenía conciencia de lo que sucedía a su alrededor y que miraba todo con cierta suspicacia para luego usarlo en su escritura.

En esta confusión es difícil saber bien qué encierra su mente, la que para nosotros se encontraba en un plano desconocido. Pero la pregunta es dónde está la división. Quizás era ese el plano en que vivía diariamente y sólo algunas veces nos dábamos cuenta. Mi madre y yo llamábamos al doctor para preguntarle si estaba desvariando, pero ¿lo estaría realmente?, pues luego, mediante dieta u hospitalización, volvía a la supuesta realidad. ¿Pero en verdad volvía o nos engañaba y su mente seguía vagando por estados desconocidos, en donde encontraba a sus personajes? En sus diarios de 1988 ve claramente la cercanía de la muerte:

*Son las 4.30 de la mañana. No puedo dormir. Estoy en un momento débil, de salud deteriorada, carcomida, gastada, podrida, mi cuerpo inflado, blanqueado, asqueroso, envejecido, de eso no cabe la menor duda.*

*Obsesionado con mi cuerpo que ya no me sirve. ¿Pero me sirvió alguna vez? ¿Me procuró orgullo, placer, plenitud alguna vez? No, la verdad es más bien que él no me sirve a mí, yo no lo sirvo nunca a él, no lo amé, no lo admiré y tampoco le exigí nada.*

*Siento odio por mí mismo porque voy a morir. No pienso en el mundo, ni*

*en María Pilar, ni en mi hija. Sólo pienso en el hecho físico de mi propia muerte, el accidente repetido de la muerte singular.*

*Hoy ha sido un día mortal, me hicieron radiografías del estómago y el Dr. Silva comunicó hepatitis avanzada. Máximo cinco años de vida. No atino a pensar. María Pilar, igual que yo, atontada. ¿Y Pilarcita? ¿Cómo le vamos a decir todo esto? ¿Qué va a pasar?*

*Cinco años de vida quizás en que pueda hacer que María Pilar se haga fuerte y que Pilarcita se haga mujer y que caiga Pinochet para que haya democracia, y alcanzar a escribir un libro antes de que todo se termine. ¿Pero qué libro?*

*Quisiera hablar con Marco Antonio de la Parra, largamente, mi confesión, mi catarsis, que podría hacerlo como con nadie. Quisiera hablar con la Delfina Guzmán, con la Tere del Río, con mi hermano Gonzalo, no sé con quién más, todo el resto del mundo me parece tan terriblemente exterior y frío. ¿Cómo reaccionará Jorge Edwards? ¿Por qué he temido tantas veces el impulso de escribirle a Carmen Balcells? Supongo que es porque la siento figura fuerte y en último término protectora, pese a que sé que no me tiene simpatía.*

Unos días después de escribir el párrafo anterior es hospitalizado en Davis, Estados Unidos, por una nueva crisis de salud. Se suceden las enfermedades: corazón, esófago, hígado. Hubo un momento en que pareció necesario un trasplante de este último, pero la protombina lo salvó por el momento. Con el temor metido en el cuerpo escribe:

*¡Este cuerpo mío que tan mal me ha servido, con el que siempre tuve tan mala relación, y al que no quiero nada! Por no quererlo, me figuro, lo tengo en el estado lamentable en que está. ¡Qué agresión, qué indignidad, qué castigo le imponen al cuerpo las enfermedades! Sobre todo la invasión. Le meten a uno un «catheter» en la ingle por una vena. ¿O será una arteria? Y ese inocente tubito va armado con un aparato de televisión que te llega hasta*

*el interior del corazón, la aorta, la carótida. Los médicos ni siquiera se reúnen alrededor de mi cuerpo postrado e indigno, sino en torno a la televisión, que con su luz azulosa les señala, les muestra lo que es mi interior mientras yo quedo abandonado en la camilla de al lado porque no les interesa. Están mirando lo único secreto que me quedaba, como quien mira un espectáculo, un objeto, estudiándolo como personajes de Rembrandt, pero con una luz fría, eficaz, no con la tierna luz holandesa de la compasión. Y este último reducto del que yo me iba quedando es invadido por la mirada del otro, y los instrumentos de la otredad se meten a hurgar en mis tinieblas. Me vuelven a la mente las líneas de un soneto, creo que español, pero no recuerdo de quién es, en el que no había pensado desde mi juventud más remota, cuando tal vez premonitoriamente me encantaba. Soneto a sus vísceras se llamaba: «... el jardín azul de tus pulmones, tu garganta elegante y anillada...». No será ni elegante ni anillada mi garganta, pero es mía —era mía—, y hasta allí se metieron para escrutar mi carótida.*

En el hospital lo miran a través de los rayos X. Es como una hoja de álamo comida por la peste, pura estructura: venas, huesos, nervios y quizás qué más porque le han inyectado un contrastante que permite ver cosas insospechadas en su interior. Está aterrado, hundido en la sensación de soledad absoluta, del desamparo más cruel, frente a su cuerpo enfermo. El miedo se refleja en sus escritos:

*Mi mundo secreto terminó, con el fracaso que es la vejez y la enfermedad. Soy lo que los médicos dicen que soy: válvulas, píloro, transaminasas, tiempo de protombina... Eso soy, lo que los invasores ven y no tengo dónde, si quiero seguir viviendo, esconderme. Esas máscaras que miran a la luz de la televisión, hierática, japonesa, me han dado el pase. Después, para consolarme, leo La tempestad, de Shakespeare. Sí, como dice Próspero: «Somos de la materia/ de que están hechos los sueños, y nuestra pequeña vida/ rodeada está de sueño...». Morboso de parte mía pensar en esta última*

*obra que escribió Shakespeare. Aunque se me ocurre que la disposición de vara mágica no es un presagio de su muerte, sino de escritor/mago cansado («Our revels are now ended...»), Dice: «Nuestra fiesta ha terminado...». La fiesta no es vivir, es escribir). Veo a Shakespeare, ya cansado, que se retira a su pueblo a Stratford y tranquilo deja sus asuntos en Londres, manejados con mano maestra por Carmen Balcells. No sé por qué estoy escribiendo todo esto. ¡Ah, los exámenes médicos que me han dejado hecho polvo emocionalmente! Por fin nada. Mis amigos volverán a repetir que soy un neurótico. Pero mis amigos son simples y ya les tocará a ellos que invadan mecánicamente el secreto oscuro de su interior. No resultó nada, como digo. O por lo menos nada demasiado distinto a los pesares a que siempre me ha sometido mi cuerpo enemigo, mezquino e inseguro, que siempre desprecié y vapuleé y abandoné y maltraté.*

Durante la estadía en Davis, como he mencionado, mi madre también se enferma gravemente y se le diagnostica una miocardiopatía dilatada. Momento de crisis total, diagnósticos lapidarios e ineludibles para ambos. La salud de mi madre venía deteriorándose desde mucho antes, pero quienes la rodeábamos no queríamos aceptarlo y minimizábamos sus síntomas. El rol del enfermo nos parecía exclusivo de mi padre, o quizás queríamos evitar ver la agonía paralela de estos cuerpos deteriorándose: el de mi madre, maltratado por un camino de larga autodestrucción, su recurrente abuso de alcohol y de antidepresivos; el de mi padre por su hepatitis.

Mi padre escribe con angustia:

*Preocupado con la tos de María Pilar, con una falta total de vitalidad, falta de apetito. Además, le palpo cuidadosamente el abdomen y me pareció, sin duda, que tiene hinchado un costado, cerca del esternón. Curioso. El médico, por otra parte, le notó ciertos desperfectos en el corazón. ¿Pero y el resto? ¿Por qué nos siguen traicionando nuestros cuerpos? Ella, claro, ha*

*adorado y, en cierta medida, disfrutado del suyo. No siempre ha sufrido como yo la traición de su cuerpo. Espero que no sea la traición definitiva.*

Días más tarde, mi madre debe ser hospitalizada y el cardiólogo japonés le da el diagnóstico definitivo. Desesperado, mi padre anota:

*Pero los años están contados. Next stop is death. Por eso no he podido seguir escribiendo. Es demasiado doloroso y casi no puedo soportarlo. María Pilar está entera, mucho más valiente que yo, admirable. Pero el temor no se puede dejar de sentir.*

A pesar de la pronta mejoría de mi madre y centrado todo pensamiento en sus cuerpos, escribe:

*¿Por qué siguen martirizándonos nuestros cuerpos? Cuando jóvenes con el placer, cuando viejos con el dolor. ¿Por qué sigue traicionándonos el cuerpo? Ella ha disfrutado del suyo y ha sufrido menos la traición de su cuerpo que yo del mío. Todos nuestros cuerpos —traidores todos, hasta los mejores— se encontrarán en el último círculo del infierno, el de los traidores. Lo que es uno mismo, sea lo que sea, huirá lejos de ese objeto absurdo, incapaz de cumplir su promesa de retener el alma. (¡Tan típico de viejo hablar del alma a la hora nona, cuando uno jamás ha creído en ella!).*

De vuelta en Chile, su vida más que nunca gira en torno a las enfermedades o a las posibles enfermedades. Le preocupa una llaga que le ha salido en la cara, le pica; además, le preocupa su próstata que le está causando problemas. Se siente paralizado por su enfermedad, ve un doctor, luego a otro. Es necesario que se haga una biopsia de la próstata y el veredicto lo aterroriza. No da tregua al temor de la traición de su propio cuerpo.

Mi madre logra superar su crisis, pero deberá seguir el tratamiento de por vida, con varias prohibiciones y cuidados. Al igual que mi padre, tampoco volverá a ser la misma. Nunca más.

Mi padre vuelve a su papel central de enfermo, olvidando por completo la enfermedad de mi madre, y asume, o intenta creer, que la enfermedad de ella nunca existió. Así describe su condición el 30 de marzo de 1990:

*Estoy mal, como no había estado hacía mucho tiempo (supongo que esto lo he dicho antes en mi diario, en otras circunstancias). Lo más grave de todo es que creo que la cabeza no me funciona bien (Yo will begin to lose your mind), me advirtió el doctor Silva en Davis hace un año y medio. Puede ser la depresión en la que estoy metido, que es la más grave que he vivido, pero hay elementos de angustia que me hacen pensar que puede ser otra cosa, algo radical y químico. Inseguridad total, me mellará el pensamiento, se me olvidará la palabra, incluso la palabra escrita. No tengo poder de concentración ni para leer, ni para escribir, ni para conversar (¿me estoy poniendo gagá?). Y no me interesa nada y me paso los días en blanco y las noches tratando de llegar a la hora de tomar una píldora para descansar seis horas, pero que me deja bastante abombado al otro día y deprimido. De pronto, horror a la enfermedad, temor de que sea cáncer al estómago, al hígado, definitivamente destruido, Sida sin motivo alguno, y pensando en esas cosas no me duermo en las noches.*

*Temor del avión que me llevará a Buenos Aires, de la publicidad de mi rostro con la publicación de Taratuta, de los iraquíes, de los atentados, y al fin del mundo, al fin, todo.*

La enfermedad avanza a pasos agigantados, los síntomas son cada vez más agudos y el deterioro más notorio; los controles médicos, más seguidos, y su desesperación también va en aumento. Su cuerpo vacilante al caminar, su sordera, su flacura y la palidez de su rostro anuncian que está muriendo lentamente.

Al mes siguiente, en abril, anota en su cuaderno:

*Todo más o menos terrorífico. Debo perder el miedo a mi propio cuerpo, que es una perpetua amenaza. Es mi enemigo. ¿Cómo puedo hacerlo mi*

*amigo? Siento que ya es demasiado tarde. ¿Dónde está el placer, dónde se ha ido, fugado, escondido, de qué se ha disfrazado, enmascarado? No tengo paz. Y menos por estos días hasta que me hagan la endoscopia el viernes.*

*Pero mientras escribo esto levanto la vista, el día está borroneado de gris, y desde adentro exclamo Not yet!, Not yet! Lo que me hace pensarlo es que se me caen pelos no sé por qué y un poco de caspa sobre el sweater colorado y pienso en el tratamiento que sufrió Nemesio Antúnez, cómo se cae el pelo, cómo se desfigura uno, y exclamo: Not yet!, please. Not yet! ¿Hasta cuándo pido permiso? No lo sé muy bien. El tiempo pasa pronto y todo, supongo, da lo mismo. Pero quisiera tener unos años más antes que caiga el telón. ¡Qué poco heroico soy! No me atrevo ni siquiera a mirar o a leer los poemas de Enrique Lihn sobre su muerte. Me da temor. ¿Qué entonces...?*

En este momento, luego del fragmento anterior, sus diarios quedan detenidos por casi un año. Su deteriorada salud no le permitirá escribir. Su habitual y metódica rutina de llevar sus diarios de escritor sagradamente cesará, quedando un paréntesis que sólo refleja desolación. Lo retoma casi justo un año después, mientras está en Estados Unidos. Nueva York, 25 de noviembre de 1991:

*Hoy en la noche, después de la comida chez Peter Johnson, con el top del Institute for Advanced Studies, levanté los brazos ante el gran espejo iluminado de mi baño en el hotel, y vi el enrejado que, supongo, con mi cirrosis (enrejado de venas superficiales) se dibuja en mí.*

*El temor es francamente espantoso: muerte inminente... El año que viene. ¿Por qué no me vieron este enrejado, que no puede ser demasiado reciente, ni el Dr. Glasinovich, ni el Dr. Orrego, ni el médico canadiense, para tomar las medidas correspondientes, siempre que haya medidas que tomar? Recuerdo el horror que me produjo un hombre desnudo en el baño turco, hará cuarenta años, que tenía todo el cuerpo así, y cuando se lo dije a mi padre, me dijo que no, no era sífilis, como yo creí entonces, sino un problema*

*producido por una avanzada cirrosis. Terrible. Tiemblo ahora. ¿Qué hacer? Nada hasta regresar a Chile, dentro de veinte días, y entonces hablar con mi hermano Gonzalo y el Dr. Glasinovich. ¿Tengo miedo? Sí. Pero siempre tengo miedo, de una cosa o de otra. Esto debe estar relacionado —me imagino— con el calor quemante que a veces siento en mis manos y en mis pies. O, al contrario, con el frío que también a veces siento. No quiero seguir escribiendo en este maldito cuaderno.*

Hace, entonces, una lista de sus enfermedades para ver a distintos médicos: (1) *hígado*; (2) *piel*; (3) *próstata*; (4) *ojos*; (5) *nariz*.

De regreso a Chile, mis padres van a pasar el Año Nuevo de 1991 a Valparaíso. Mientras recorren las calles del puerto, a mi madre le llama la atención lo agachado y encorvado que camina mi padre, algo que ha empeorado ese último tiempo. Aunque mi padre recuerda que doña Tere Jaraquemada siempre le decía que andaba «encorvado», «como viejo» desde que tenía sólo veinticinco años, ahora se da cuenta de su realidad.

*Me he dado cuenta: soy un perfecto viejo.*

Mientras escribe *Los gorriones cantan en griego* se desafía a sí mismo pensando en que quiere ver hasta dónde es capaz de seguir escribiendo con esta nueva conciencia, con la sensación de salud frágil, de atención y memoria tenues, de incapacidad de hacer una buena pesca con la red de su escritura.

Su amor por mi hija Natalia entonces es muy grande, no así por su segunda nieta, y espera que ella tenga alguna inclinación por las cosas del espíritu.

Escribe:

*Aun así, cuando ella comience a ver algo en ese sentido, yo, si estoy vivo, cosa que dudo, estaré demasiado viejo o envejecido para guiarla y ayudarla y darle ímpetu.*

El deterioro físico general de mi padre, con un gran avance de la cirrosis,



efecto de la hepatitis, hace que él sienta su propia decadencia. A pesar de esta realidad objetiva, su paranoia también incide en la enfermedad.

*No tengo nada que decirle a nadie. Estoy aislándome totalmente. Creo que tengo un año más, más o menos, de facultades plenas, y después, adiós. Seré un ser defectuoso, semiidiota, decrepito. Por esto la presente novela, probablemente muy swan song, tiene que tener una calidad extraordinaria. Puede ser por lo menos que alcance a disfrutar todo lo bueno y positivo que alcance a darme, y después que me dé por lo menos un poco de seguridad económica para que me ayude a sobrellevar mi lento apagamiento: médicos, enfermeras, casa cómoda; en fin, todas esas cosas. Lo peor es que me siento como si estuviera aquejado de una enfermedad vergonzosa, que me hace temer la burla, el descrédito, el abandono, la incomunicación, y es como si quisiera esconderme todo el tiempo, de todo el mundo, y no encuentro un lugar donde puedo estar tranquilo y sin zozobra. Ese lugar sólo me lo dará mi libro nuevo y genial (me temo que Los gorriones no sea genial precisamente, lo que me hunde en la zozobra. No sé siquiera si es o no publicable), que me preste frescura, la que voy perdiendo con mi cirrosis.*

Mi madre se preocupa por él, ve también su deterioro y su angustia. Escribe en su diario:

*Pepe, cada día más solitario. Está muy solo. No puede dejar de tener un taller literario a su cargo. Dios me ayude... lo veo mal. Hoy se hace un scanner.*

*Dios me ayude, lo quiero profundamente, somos en realidad una buena pareja matrimonial, pero estoy consciente de su egoísmo y lo que de él no tengo y me hace falta... lo asumo.*

*Quisiera tanto ayudarlo a salvar su mente, su privilegiado intelecto y talento. Debo rodearlo con gente que lo estimule, como sus alumnos que lo adoran, en vez de sus viejas amistades que lo aburren o paranoizan como los Valdivieso, los Balmaceda o su hermano Pablo y la Lucha.*

No quiere rendirse, acepta las invitaciones que le hacen a las conferencias, se siente reconocido y esto lo ayuda a continuar. En un viaje a París, Barcelona y Ginebra, en 1992, siente el peso de su enfermedad como una carga evidente y se arrepiente de haber aceptado. Está cada vez más sordo, le duelen los ojos, las piernas. Su estómago le pasa la cuenta por cada comida que no es la indicada para él. Se cuida, sí, pero aun así una noche siente fuertes dolores de estómago, ardor en el esófago, y luego vienen las regurgitaciones, por suerte, sin sangre.

—*If I should die now?* —se pregunta.

No le gusta pensar que su cuerpo pudiera quedar *in a foreign field*. Sufre un ataque de paranoia, cree que mi madre no iría a ayudarlo o bien a recoger su cuerpo, porque ella sería incapaz de socorrerlo.

A pesar de la última experiencia de su viaje a Europa, acepta al año siguiente una invitación del Woodrow Wilson Center en Washington. Su sensación de agotamiento físico no lo abandona, ni sus temores le dan tregua.

*Todos estos dolores físicos que siento, ¿qué son...? Me dan bastante miedo, si debo decir la verdad. El dolor de mis huesos, de mis piernas y pies especialmente. Hoy casi no puedo caminar. Dudo que esto sea psicossomático, como Hugo Rojas (psicoanalista) quería que todo lo mío fuera. ¡Y me siento tan desprotegido! ¿Qué pasaría si me quedara inválido? ¿Quién me cuidaría, y con qué?*

Está viejo y lo nota en lo mucho que se demora en acostarse, en tomar sus píldoras, en sacar sus cosas del pantalón para meterlas en otro. Todo lo que antes hacía inconscientemente, ahora le cuesta una elaboración mental.

Mientras sigue en Washington escribe:

*En todo caso, anoche antes de dormirme tuve pánico de que los dolores e incomodidades de que sufro en las piernas y los pies sea alguna forma perniciosa y antiquísima de AIDS, aunque no tengo razones para ese temor.*

*Aunque, por cierto, en ese tiempo no existía esa enfermedad. El pánico es pánico, nada más.*

Ha salido a distintas universidades americanas a dar conferencias a pesar del gran esfuerzo que le significa, pero las expone con éxito y reconocimiento. Antes de ir a Nueva York está muy asustado: su orina salió café, con sangre, pero no puede fallar a ese compromiso.

*¿El principio del fin? Sin duda. Siento mi mortality. Me gustaría terminar bien mi novela de la gorda antes de morirme. En condiciones óptimas quisiera hacer mis memorias. No estoy triste, sino con miedo, con la posibilidad de la sordidez de un fin, bolsitas para la orina pegadas al cuerpo, orina incontrolable, qué sé yo. Me harán una biopsia. Miedo de morir. Que pasen cosas que yo ya no podré saber, no ser parte de la historia, del tiempo, los relojes detenidos, la memoria agotada, una piedra —¿por cuánto tiempo más?— en el suelo como mis antepasados, que conmemora a un muerto. Hace millones de años. Y los millones de años futuros. Fue dulce mi experiencia de la casi-muerte por mi enfermedad hace dos años, la hemorragia, cuando todo va palideciendo, incluso la voluntad, incluso el miedo, como la gran solución para una muerte no terrible: los romanos en sus baños tibios, y la mujer desnuda, la gorda acogedora en un banco de jardín tendiéndome los brazos. Pero miedo. Miedo. El mal que se apodera del organismo, la pudrición en la oscuridad, la soledad de una caja. ¿Dónde quedarán mis huesos? ¿Y por cuánto tiempo? No importa, y sin embargo importa. Todo cementerio es estrecho, es una prisión. Todo mausoleo, pasajero.*

*En fin. Malos pensamientos pese al tranquilizante que tomé. Quisiera estar en Chile, morir en brazos que saben, o creen, quién soy, en todo caso, se despedirán de una imagen que les es propia, con que pueden interactuar. ¿A quién me dolerá dejar? Pilarcita, María Pilar, Claudia, Martín, Pocho, mis*

*hermanos, Ágata, Tere, todos los países y ciudades que desconozco y las cosas que no he visto, mis libros. Esto me cuesta dejar.*

Luego, en una búsqueda por calmarse y por tratar de recuperar la objetividad, se pregunta si no está *overdramatizing*.

*Pero esto, esto que soy, estas contradicciones y ambigüedades y cobardías y pasiones que soy, estas timideces e incapacidades en que me reconozco, estos ojos que saben ver, este oído atento a todas las inflexiones de una voz, esta capacidad para oír Ravel y Schuman, esta profunda ternura, emoción por mi hija, para cuidar y tolerar sin mucho placer a María Pilar y cuidar lo que queda de nuestro amor, en todo caso, tantos y tantos años de intimidad (en algunos casos intimidad fisiológica), que ya rara vez toma la dimensión de un gran cariño. Estas vestiduras esenciales, me cuesta dejarlas. No creo en una vida trascendente, ciertamente no la creo vista desde esta orilla con el lenguaje y las formas de trascendencia que me es posible aceptar y reconocer.*

Unos días después, a las once de la mañana, tiene una cita con el doctor Herrera, quien le dará su diagnóstico definitivo luego de innumerables exámenes y podrá decirle cuál es su futuro. Ante el temor a este nuevo veredicto médico, reflexiona:

*Cáncer o no cáncer; esa es la cuestión, que es la forma contemporánea de ser o no ser. Voy a ducharme. Que mi cuerpo, ya que no apetecible, sea por lo menos limpio en esta que puede ser muy bien mi aparición última en escena.*

Y a continuación, como si todo lo dicho anteriormente no tuviera ninguna validez ni importancia, continúa escribiendo:

*Hablé con Muñoz Molina; sentí que tenía ganas de conocerme, y yo, excitado, por este response de un espléndido escritor joven, me entusiasmé. Almorzaremos el 4.*

De regreso en Chile, las hospitalizaciones se suceden. El hepatólogo

Humberto Reyes es ahora su médico tratante. Confiábamos en él y lo admirábamos, sobre todo por su enorme paciencia frente a mi padre, que lo llamaba constantemente para preguntarle la causa o importancia de cualquier nuevo síntoma. Enfrentaba con gran sentido del humor a un paciente tan fuera de lo común. Un día el doctor Reyes, llamando desde la casa de mis padres a la clínica para anunciar que iba a hospitalizar a «un paciente», pidió lo siguiente:

—Quiero una pieza linda, con buena vista, pero sobre todo que no haya enfermeras gordas en el piso por las que el enfermo sufre gran debilidad... y puede pellizcarlas.

Dentro del dramatismo de estas crisis, también había momentos cómicos. Un día llegué a verlo a su habitación en el hospital y me encontré con un personaje tendido en la cama. Era la habitación correcta pero me costó reconocer a mi padre. Estaba absolutamente afeitado, con la piel rosada y lozana como la de un niño. Yo, asombrada, le pregunté a la enfermera qué había pasado. Desconcertada, me contestó que cuando le preguntó en la mañana si se afeitaba había contestado que sí, y ella, pensando que la barba crecida era de los días que había pasado internado, no dudó en afeitarlo. Nadie lo reconocía, yo no lo había visto nunca en mi vida sin barba, parecía un pollo desplumado.

En otra ocasión fue a examinarlo al hospital el doctor Gálvez, importante neurólogo. Luego de la revisión del paciente, mi madre lo acompañó a la salida y le preguntó por sus honorarios. El doctor dijo que no era nada, que había sido un placer atender a mi padre. Ella, emocionada al volver a la habitación, le cuenta esto a mi padre y le dice:

—Pepe, mira que amor el doctor, en agradecimiento debemos mandarle un *Elefante*.

Mi padre, desconcertado, la mira y contesta:

—Estás loca, María Pilar, ¿cómo se te ocurre? ¿De dónde vamos a sacar un

elefante?

Mi madre se refería a un ejemplar de la novela *Donde van a morir los elefantes*.

En el libro de Esther Edwards sobre mi padre, *Recuerdos de la memoria*, el doctor Humberto Reyes explica su experiencia con los delirios de mi padre.

*En varias ocasiones José tuvo un comportamiento excéntrico, explicable por la disfunción hepática que le producía severas intoxicaciones. Por ejemplo, traía a los médicos tratantes dos o tres ejemplares del mismo libro suyo, autografiado. Nadie se atrevía a decirle: «Don Pepe, ya me lo dio».*

En noviembre de 1994, mis padres viajan a Barcelona para posteriormente asistir a un congreso sobre su obra en la Semana del Autor, en Madrid. A los pocos días de su llegada a Barcelona, mi padre debe ser internado de urgencia en la UTI del Hospital Clínico de Barcelona por una nueva hemorragia. Las noticias eran alarmantes. Tanto la prensa chilena como española anunciaban un pronto final.

Mi madre contó entonces con el siempre incondicional apoyo de Carmen Balcells y de muchas otras amistades. Yo, desesperada desde Chile, no sabía si viajar o no; mientras tomaba la decisión mi padre, en una gran muestra de coraje, logra levantarse nuevamente. Se perdió el congreso en Madrid, naturalmente, pero siguió su viaje a Italia, como si nada hubiera pasado, aunque en las últimas páginas de sus diarios anota cuidadosamente su temperatura corporal en diferentes horarios.

En las conversaciones que mantuvimos, la enfermedad, el miedo y la muerte estuvieron presentes. Aun tratando de negarnos esta posibilidad tan inminente, lo hablamos, lo enfrentamos con el dolor saliendo como un murmullo junto a nuestras voces. Lo escucho atentamente decirme:

—El temor a la muerte está clavado en el medio de mi personalidad. Como hombre de setenta y dos años, enfermo, soy una persona bastante temerosa. Temo por mi vida. No tengo fe, creo que no creo en nada. Me atormenta

terriblemente lo que les va a pasar a ustedes después de que yo me vaya. Me angustia. No me deja dormir. Veo esas momias, son todas iguales, y yo voy a ser momia. Con mi obra trascenderé muy poco, tengo poca fe en la trascendencia como escritor, realmente trascienden cinco personas en un siglo, eso me da mucha rabia. Me gustaría quedarme aquí, no me resigno a morir. Quisiera vivir eternamente, seguiría escribiendo eternamente.

Me increpa con la pregunta de si he leído Blest Gana, supuestamente el escritor chileno más importante.

—Seguro que ni siquiera sabes quién es —me dice, y luego añade que eso mismo pasará con él. Su miedo al olvido se dibuja en su rostro. La posibilidad de que en unos años se olviden de él le causa un gran dolor.

¿Cuánto tiempo trascenderá su obra realmente? Se lo pregunta una y otra vez.

—Cuando voy a la tumba de mis padres en Zapallar me produce el desgaste espiritual más grande. Yo sé que tus hijos van a olvidarlos, no se van a acordar de ellos, y así pasará luego conmigo.

Respecto a la posibilidad de no poder plasmar más palabras sobre la hoja en blanco, insiste:

—Quien no escribe no deja huella, y quien no lee muere por no conocer las necesarias huellas de sus mayores.

Y necesariamente continúa:

—Escribir es sufrir.

Sabemos que el término de sus novelas le costó casi siempre una enfermedad, entre ellas las llamadas *úlceras literarias*. La enfermedad es la metáfora física de lo que le pasaba a él por dentro, en su mundo interior. Cuando escribió *Donde van a morir los elefantes* le cuenta a Claudia Donoso:

—Quisiera tener tiempo. Le tengo miedo a la muerte. No me gusta la muerte. Soy no sólo agnóstico, sino que a veces pienso que ateo, y la muerte

está envuelta en hospitales. Pero en los hospitales también hay rito y casi todo salva el rito. Hay una tremenda intensidad en estar en los hospitales. Los sueños, por ejemplo: soñaba como loco y eso no es habitual en mí. Me acuerdo de un sueño muy definitivo: me estaba muriendo. Vi mi muerte. Y de alguna manera tuve un gran alivio, o sensación de placer, de plenitud. Había un banco en un parque y encima, tendida, una mujer gorda desnuda. Era la Ruby [personaje femenino de *Donde van a morir los elefantes*]. Pero esto lo pienso por primera vez ahora que te lo estoy diciendo. Es la primera vez que lo capto. La Ruby es mi orografía. Es la forma que tengo. He sentido su calor y es como si todo hubiera ido a parar a esa mujer. Hay un gran sentimiento de amor hacia ella, porque para mí la gorda es la imagen del placer, de la abundancia. Es la diosa primitiva: la Venus de Willendorf. Quizás es la raíz de todo, hacia donde voy también.

Mi padre murió escribiendo, aun en un último esfuerzo. Fue un «escritor» su vida entera, fue su profesión y su pasión. Bernard Shaw dijo: «Feliz el hombre que tiene una profesión que coincide con su afición». Así fue para él, se le dio esa posibilidad y privilegio de muy pocos.

En los últimos días encaramos juntos la muerte, hablamos de ella, vivimos con ella como acompañante, la dejamos sentarse a nuestro lado junto a la cama donde agonizaba.

Me llamó el 4 de diciembre y me dijo:

—Ven, ahora sí que me muero.

Hablamos un rato y me pidió que en su lápida pusiera:

JOSÉ DONOSO, ESCRITOR

Eso fue realmente, esencialmente.

A pesar de mi escepticismo —siempre lograba salir de sus crisis de salud y volver a su estudio a trabajar, a conectarse con la palabra—, no dudé en partir



a verlo, a pesar de que iba saliendo de casa rumbo a la actuación de fin de año de Clara, mi hija menor.

En cuanto llegué supe que la posibilidad era real. Apenas podía respirar, me miraba desesperado, pidiendo algún auxilio. Llamé inmediatamente al doctor Reyes, quien al llegar me recomendó no llevarlo a ningún hospital... No había nada que hacer. Contratamos una especie de clínica móvil para atenderlo lo mejor posible en la casa. Mi madre estaba desolada, también sabía que era el final.

Algo aliviado por el oxígeno, mi padre empezó a hablarme:

—Nunca he tenido un acercamiento a la Iglesia, ni a la fe. Es un mundo ajeno a mí, con el que no tengo relación. Mi padre era muy agnóstico, mi mamá... mira... era y no era. Lo respeto, me da la envidia más grande tu mamá porque ella se va a ir a los brazos de Dios. Lo que uno es, es lo que uno cree, ella se va a morir y se va a ir a los brazos de Dios, yo no sé qué pasará conmigo, miedo a que no va a pasar nada conmigo, por mucho que piense me voy a pudrir, y seré como esas momias y me llevará el aire del tiempo.

Ya es tarde. Tendido en su cama de enfermo, le doy la mano, lo acompaño... a ratos, silencio; duerme, respira con dificultad. Cuando se recupera un poco, me retiene a su lado y de pronto me mira y me dice:

—Deberás ser fuerte. No sé qué será de ti cuando yo no esté. Mira en *Casa de campo*, el mundo de Wenceslao, es un mundo que es redondo. Wenceslao no es torturado, porque tiene fuerzas para encarar la tortura, los demás no tienen esa fuerza. La esencia de la tortura es la falta de fuerza. Pero Wenceslao tiene fuerza para encararlo todo.

Nunca encontré esa fuerza. La he buscado, pero debo reconocer que el dolor me ha hecho conocer la fragilidad y la autodestrucción. Quizás sólo lo logro hoy, al poder escribir este libro, al haber podido ver a mi padre y, de algún modo, mi historia en todas las dimensiones que uno puede tener como

ser humano, los distintos planos, las distintas realidades interiores y exteriores, para, al final, comprenderlo en su totalidad, permitiéndome quererlo, odiarlo, perdonarlo, agradecerle y, por último, lograr el duelo, separarme de su imagen, que he buscado durante estos últimos años, y ser yo misma.

El día antes de su muerte le ofrecí leerle, cosa que nunca se me había ocurrido antes, y me sorprendí mucho de tener ese curioso impulso. Busqué algunos libros de poemas en la biblioteca de la casa. Elegí a T. S. Eliot, Cavafis y a Huidobro, sabiendo que éstos le gustaban. Al ofrecérselos, escogió *Altazor*, libro que yo nunca había leído. Al comenzar la lectura me estremecí, a medida que leía cada estrofa lo estaba invitando a morir, mis lágrimas no se contuvieron y caían sobre cada verso. Le pregunté de pronto si estaba cansado.

—No, continúa, continúa...

Seguí con la lectura hasta que se quedó dormido.

Le leí, invitándolo inconscientemente a entregarse, a dejarse llevar, a «caer», a la entrega, a la muerte implacable, ineludible:

Adentro de ti mismo, fuera de ti mismo, caerás del cenit al nadir porque ese es tu destino, tu miserable destino. Y mientras de más alto caigas, más alto será el rebote, más larga tu duración en la memoria de la piedra.

Altazor morirás. Se secará tu voz y serás invisible

La tierra seguirá girando sobre su órbita precisa

Temerosa de un traspie como el equilibrista sobre el alambre que ata las miradas de pavor

En vano buscas ojo enloquecido

No hay puerta de salida y el viento desplaza los planetas

Piensas que no importa caer eternamente si se logra escapar

¿No ves que vas cayendo ya?...

Cae

Cae eternamente

Cae al fondo del infinito

Cae al fondo del tiempo

Cae al fondo de ti mismo

Cae lo más bajo que se pueda caer

Cae sin vértigo...

Cae en infancia

Cae en vejez

Cae en lágrimas

Cae en risas

Cae en música sobre el universo

Cae de tu cabeza a tus pies

Cae de tus pies a tu cabeza

Cae del mar a la fuente

Cae al último abismo del silencio

Como el barco que se hunde apagando sus luces.

Todo se acabó...

La madrugada del día 7 de diciembre de 1996 sonó el teléfono. Yo sabía y miré a mi marido pidiéndole que contestara él. Era mi madre anunciando su muerte. El aire se detuvo, se congeló el tiempo. El silencio. La eternidad. El fin.

Al llegar a la casa de Galvarino Gallardo subí corriendo las escaleras. Lo estaban vistiendo; intervine, y de modo casi primitivo realicé la ceremonia de los muertos. Mirando hoy hacia atrás me sorprende que uno tenga en el

inconsciente esos rituales tan ancestrales. Elegí la ropa que a él le gustaba, su cinturón preferido, totalmente gastado, su suéter de cachemira color aguamarina, que hacía juego con sus ojos y que él usaba muy pretenciosamente y, sobre sus pies, un manto boliviano con el que se tapaba para su tradicional siesta.

En su ataúd introduje una cajita de manicura que Carmen Balcells le había regalado por su manía de cortarse las uñas y las cutículas; el llavero con todas sus llaves que hacía tintinear dentro de sus bolsillos; su reloj Rolex, regalo de un programa de televisión que, aunque nunca funcionó muy bien, usaba con orgullo, y unos lápices Bic de punta fina, que eran su obsesión.

Mi madre quiso quedarse con sus anteojos. Forcejamos un rato. Yo, aludiendo ingenuamente a que quizás podía necesitarlos y que formaban parte de él, pero debí permitirselo y entenderlo... Así entonces mi padre partió «al otro mundo» con la mayoría de sus cosas, menos sus anteojos.

Quizás para una mente creadora que ha indagado tan profundamente en las angustias del alma, el mundo de la muerte sea su liberación o al menos uno paralelo.

Dos meses después, el 11 de febrero de 1997, murió mi madre.

Bajo un silencio sepulcral, la casa de Galvarino Gallardo también se apagó. Se vendió después de grandes e infructuosos esfuerzos por preservarla y no perderla para siempre. Se trató de crear una fundación, pero todo fue inútil. Ay, la memoria; la pérdida de la memoria, de lo que somos, de nuestra historia. Sé que mi padre hubiera querido que en su casa pusiera una placa recordatoria del tipo

AQUÍ VIVIÓ...

AQUÍ ESCRIBIÓ...

AQUÍ CREÓ...

Como en Europa, donde siempre hay una leyenda unida a los sitios por los que se camina. Saber, antes de llegar a él, que el estudio de Delacroix quedaba en Place de Furstenberg, y la casa donde William Morris organizaba las primeras células marxistas en Hammersmith, y que Henry James y Byron y Proust acudían al Café Florian en Venecia a tomar helados de menta. O cómo en Florencia, frente al Palacio Pitti, una placa recuerda que Dostoievski escribió *El jugador* en ese lugar.

Mi padre contaba que una vez, caminando por Roma y buscando la casa de Rafael, le preguntó a una señora, agobiada por el peso de una bolsa de esas admirables verduras romanas, por la dirección, y ella le contestó: «Ventotto, secondo a destra...», como si Rafael fuera su vecino y contemporáneo.

Hoy, la casa de Galvarino Gallardo, junto a las dos colindantes dibujan, en la estrecha calle del barrio de Providencia, un edificio enorme, igual a miles de los que pueblan la ciudad. No queda rastro de la flor de la pluma que cubría la terraza ni del castaño en la esquina del jardín.

Sólo cemento.

Con respecto a la falta de memoria, mi padre dejó unas palabras:

*Las cosas hoy parecen ser todo lo contrario de cómo la historia querría que fueran, porque ahora todo es falsamente moderno, peak, super, fast-track.*

*Son pocas (por no decir ninguna) las instituciones que conservan los talismanes de la memoria, que servirán a los expertos para reconstruir y estudiar la verdad del pasado. Mejor tirar todo a la basura, nadie lo recuerda. La cultura carece de valor de mercado, de modo que es preferible deshacerse de todo eso.*

*Salvar, rescatar, conservar, preservar algo que alguien en un futuro muy lejano pueda recibir y recoger como un mensaje enviado desde este lado del tiempo. De estos mensajes recibidos, y a su vez enviados, nace la continuidad*

*de la cultura, lo específicamente eterno que identifica al ser humano como tal.*

A través de sus diarios, cartas, ensayos y conversaciones he tratado de dar forma a este libro y develar en sus páginas las complejidades de mi padre, de tener una respuesta a tantos porqué —si eso es posible—, y cito las palabras de Tomás de Lampedusa que mi padre usó en *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*:

*En el ocaso de la vida se impone la necesidad de recoger el mayor número de sensaciones que han atravesado el organismo. Pocos lograrán con ello hacer una obra maestra, pero todos deberían preservar algo que sin ese pequeño esfuerzo se perderá para siempre. Llevar un diario, o escribir, a cierta edad, nuestras memorias, tendría que ser una obligación impuesta por el Estado. Al cabo de tres o cuatro generaciones se habría recogido un material precioso, y podrían resolverse muchos problemas psicológicos que acosan a la humanidad. No hay memoria, por insignificante que haya sido la persona que la escribió, que no encierre valores sociales y expresivos de la mayor importancia...*

Y eso hizo con su libro de memorias familiares: *un tributo para las mujeres de mi descendencia, Pilar, Natalia y Clarita, para que no se olviden y lo vuelvan a contar y a inventar otra vez más.*

Para cerrar esta historia y para dejarlo ir, reproduciré lo que para mí resume nuestra relación y el regalo que me dio, que no fue la vida, sino una historia plagada de matices y contradicciones.

Esto lo escribió en Madrid en 1979, cuando yo tenía doce años:

*Mi hija nació en España. Por suerte alcanzó a pasar dos meses de vacaciones en la casa de avenida Holanda antes de que ésta se extinguiera, de modo que cuando hable de esa casa despertará, después, algunos ecos escondidos en los repliegues de su memoria y sabrá rastrear, por lo menos, parte de las raíces de lo que es, o fue, su padre, hasta un lugar que conserve*

*por lo menos una remota precisión. ¡Ella tiene tan pocas raíces! Nos hemos cambiado tantas veces de casa que no se identifica con lugar alguno, ni con gente, ni con sabores ni con olores que la fijen. Es verdad que las raíces de las que estoy hablando son también cadenas que pesan y coartan; son, en fin, aquello que rechazo. Sin embargo... sin embargo... por algo voy a escribir mis recuerdos para dedicárselos a mi hija. Me aterroriza que viva en un mundo tan libre como será el futuro, la mobile society que se nos está echando encima, desprovisto de los crujidos de los pasos en los benignos parquets del recuerdo, y para ella los crujidos sólo significarán miedo, dificultad de autoidentificación, no el cariño de un desayuno fragante que le traen por el elocuente sonido de la escalera.*

*Todo iba a ser igual, siempre. Y no lo fue porque no podía ni debía serlo. Y heme aquí lamentándolo. Esa seguridad que mi madre quería para los suyos, la laceraba el dolor de pensar que alguno pudiera no tenerla, no era una seguridad ni económica, ni social, ni intelectual: era una seguridad mucho más primitiva, como era ella, una seguridad tribal, la seguridad de que alguien como tú, y ahora te hablo directamente a ti, hija, de tu misma tribu, y aunque quieras o no quieras, debe ayudarte y consolarte en momentos de soledad, de pena, de pobreza. Esa seguridad, esa protección que yo disfruté pese a que después la haya rechazado, no puedo dártela. Tenemos que enfrentarnos a este destino elegido pero no querido de gente solitaria, de mínimo núcleo aislado, sin patria porque no hemos compartido los destinos de la patria y ya casi no hablamos su idioma, sin clase social, sin leyendas familiares, sin parientes que nos ayuden y nos consuelen pese a criticarnos. Las grandes identificaciones colectivas, si somos fuertes y no queremos permanecer llorando en el umbral, tenemos que ganarlas solos. Eso que mi madre tanto quería para nosotros y que a veces siento que echas de menos, no puedo dártelo. Si continúa haciéndote falta, tendrás que creártelo tú. Serás quien quieras ser, pura construcción, ostentarás la*

*fisonomía que elijas, no crecerás tiranizada por fantasmas de existencias previas a la tuya. Así, si con mi trashumancia te he quitado algo, quizás te haya dado otra cosa: esas tiernas seguridades que me definían también me limitaban creando odiosas inseguridades. ¡Hay tantos sentidos en que yo no soy yo, sino sólo mis rabias! Tú, en cambio, podrás elegir con mayor amplitud, llevarás pocas señas de identidad que te condenen a ser algo preestablecido, y si te hemos criado dentro de cierta burguesía modestamente comunista, también te hemos señalado desde pequeña que, dada cierta piedad por el humanismo, la inteligencia y la sensibilidad, podrás trazar tú misma los rasgos de tu propio rostro.*

*Dicen los críticos que en el centro de todos mis libros existe, como un espacio cerrado, una casa, el palacete modernista de Coronación, el burdel de El lugar sin límites, la mansión de Marulanda en Casa de campo y tantas otras. Todas son las casas de que me evadí, eternamente, en todos sus posibles avatares y con los disfraces de sus personajes que son ecos de las personas de mi pasado, estoy condenado a crearlas y recrearlas en mis libros, a crearlas y recrearlas en las casas de mi trashumancia. Descubro, al ponerme a escribir estas líneas, que la única forma en que puedo contar mi historia es, también, alrededor de unas cuantas casas que han sido más que escenarios, más bien agentes determinantes de ciertas maneras de vivir o metáforas que sintetizan distintas épocas y emociones de mi historia. Y me gusta que así sea, para que mi literatura tenga esa coherencia que la realidad carece, y todo sea parte de la maravillosa aventura del dolor.*

*No te gusta leer. No importa. Algún día, por curiosidad, leerás los recuerdos de tu padre: los escribo para que, si quieres, los asumas como parte de tu pasado y dejes que te definan. Si no te apetece hacerlo así, los rechazarás definitivamente como curiosidades sin importancia, más que la que puedan tener como literatura.*

*Quisiera dejarte en herencia estas pocas efigies, este manojito de ideas, de*



*escritos y sensaciones, que quizás no comprendas enteramente ahora, pero quizás sí después. Mis recuerdos, mi pasado, no son sólo para mí y quiero preservarlos para que constituyan parte de tu pasado también.*

Aceptar la pérdida de mi padre me ha costado casi diez años, pues la vida no era concebible sin él; me lo había enseñado así, me había hecho creer que era inmortal... y le creí.

## Bibliografía

Carlos Cerda, *Donoso sin límites*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.

Departamento de Programas Culturales. División de Cultura, Gobierno de Chile, «Donoso 70 años», octubre de 1997.

*José Donoso Papers*, Manuscripts Division of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library Notebooks and Correspondence of this collection.

José Donoso, *Historia personal del Boom*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1972. [Segunda edición con apéndice del autor y «El Boom doméstico», por María Pilar Serrano, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1983, Alfaguara 1998].

José Donoso, *Poemas de un novelista*. Ediciones Ganímedes Ltda., 1981.

José Donoso, «Fragmentos de diario». Diario *Abc*. Madrid.

José Donoso, *Conjeturas sobre la memoria de mi tribu*, Santiago, Alfaguara, 1996.

José Donoso, recopilación Cecilia García-Huidobro, *Artículos de incierta necesidad*, Santiago, Alfaguara, 1998.

María Pilar Donoso, «La ruina inconclusa», revista *Anthropos*, n° 184-185, 1999.

Esther Edwards, *Delfina*, Grijalbo, 2003.

Esther Edwards, *José Donoso: Voces de la memoria*. Santiago, Editorial Sudamericana.

Arturo Fontaine Talavera, «Donoso en su taller», *El Mercurio*.

Cecilia García-Huidobro (selección, edición e introducción), *José Donoso. El escritor intruso*, Ediciones Universidad Diego Portales, 2004. (También en revista *Nexos*, n° 230, México, febrero 1997, *Letra Internacional* n° 52,

Madrid, septiembre-octubre 1997. Estudios Públicos nº 80, primavera-verano 2000).

Ágata Gligo, *Diario de una pasajera*, Santiago, Aguilar Chilena de Ediciones, 1997.

Joaquín Marco (editor), *José Donoso*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, Semana del Autor, 1997.

## Agradecimientos

A Cecilia García-Huidobro, mi correctora de estilo, mi editora, quien ajustó mis palabras, quien «me llevó la pluma», me apoyó, alentó y aconsejó. También a su equipo: a su hija Paz Balmaceda y, especialmente, a Karina Ubilla.

[1](#) José Donoso. Cuaderno 45, Calaceite 7 enero 1974. Princeton University. Department of Rare Books and Special Collections, Manuscripts Division.

[2](#) José Donoso. Cuaderno 57, Santiago 20 noviembre 1984. Princeton University. *Ibíd.*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Pilar Donoso

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-956-384-131-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.cl](http://www.megustaleer.cl)